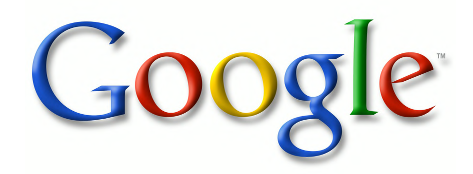
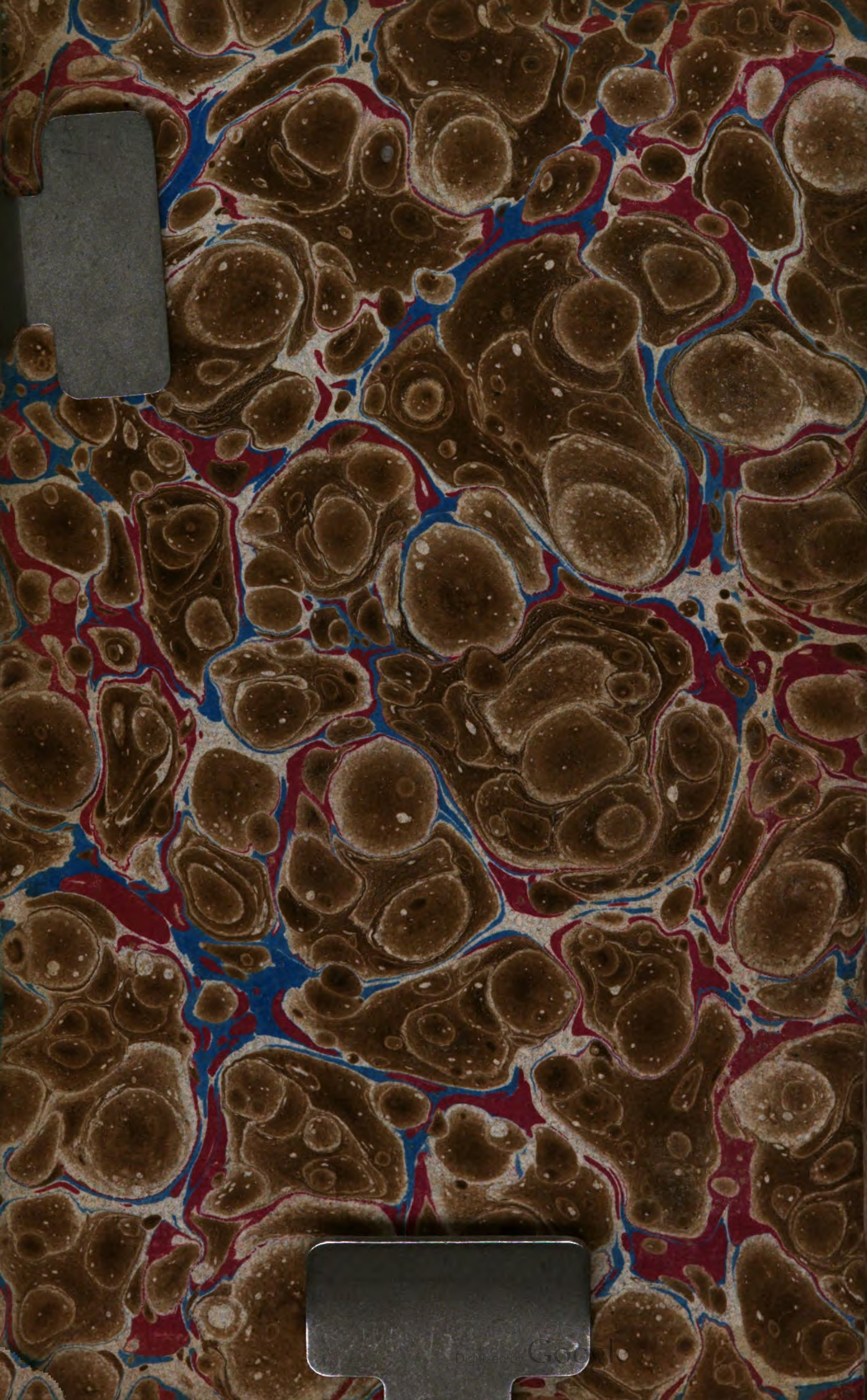
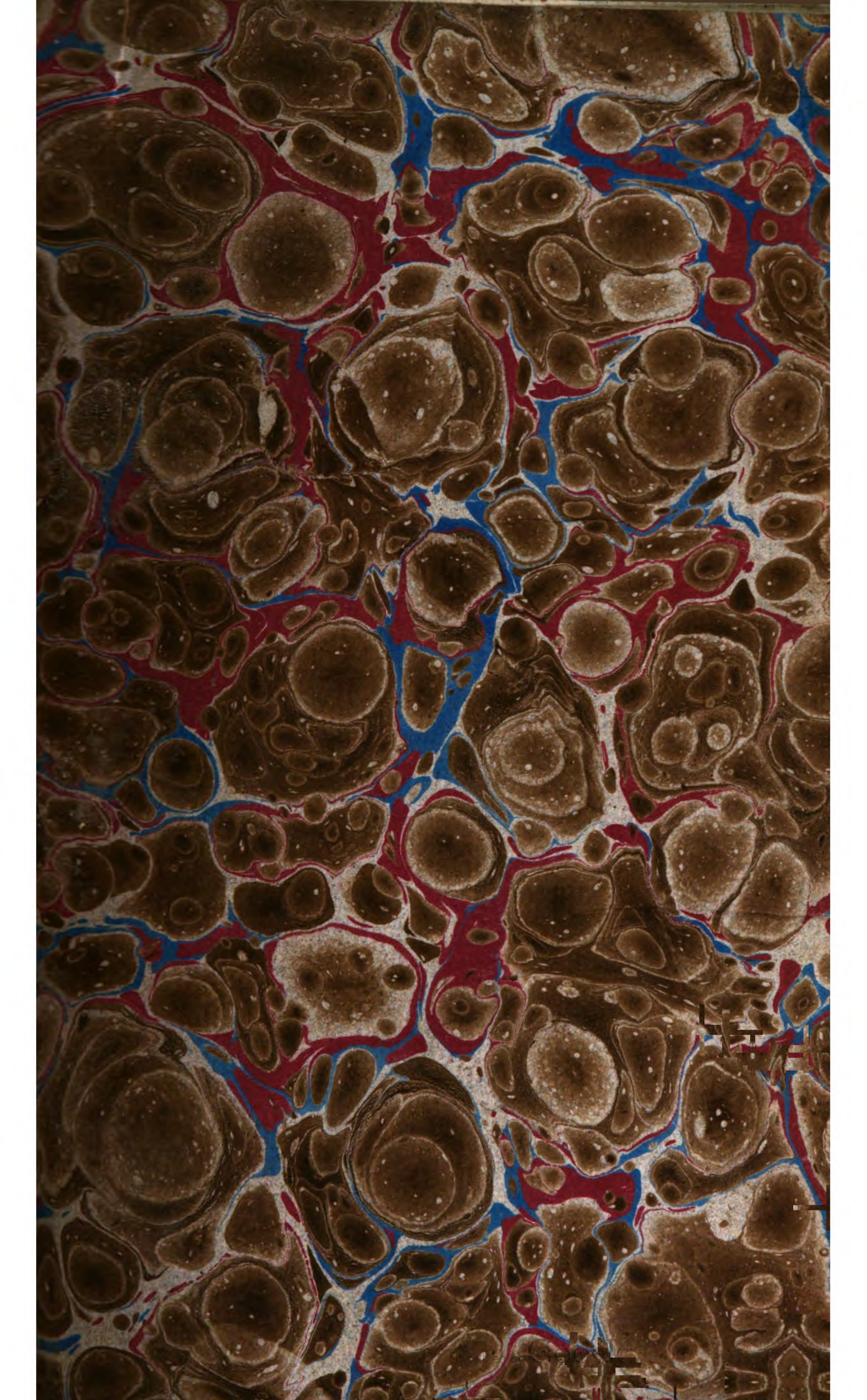

Google







CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA.

TOMO V.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geologia, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS.

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

Iesus Christus heri, et hodie : ipse et in saecula. (*Hebr.* XIII, 8).

Jesucristo ayer y hoy : él mismo tambien en los siglos.

Deus charitas est. (*I Ioan.* IV, 8).

Dios es caridad.

TOMO V.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.



CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE TERCERA.

LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I).

Vida de la Iglesia : lucha eterna. — Cuadro del siglo I. — Dia de Pentecostes. — Discurso de san Pedro. — Confirmacion de su doctrina por medio de milagros. — Curacion de un cojo. — Pedro y Juan son puestos en la cárcel. — Iglesia de Jerusalen. — Ananías y Safira. — Eleccion de los siete diáconos. — Martirio de san Estéban. — Ventaja de esta muerte y de la persecucion. — Predicacion del Evangelio en la Palestina. — Simon el Mago. — Conversion de san Pablo.

La historia de los cuatro mil años que preceden al Mesías está resumida en estas tres expresiones : todo para el Cristo, el Cristo para el hombre [1], y el hombre para Dios.

La historia de los diez y ocho siglos transcurridos desde el nacimiento del Mesías y de todos los que transcurrirán hasta el fin de las edades está resumida tambien en las mismas palabras : todo para el Cristo, el Cristo para el hombre, y el hombre para Dios.

Resulta de esta admirable filosofía, con la cual se explica todo, y sin la cual nada puede explicarse, que la salvacion del linaje humano por Jesucristo es el término de la accion divina en el tiempo, y

[1] ¡ El Cristo para el hombre ! Esta verdad sublime pertenece á la fe. Temiendo la Iglesia católica que lleguemos á olvidarla, la proclama todos los domingos en todos los puntos del globo : *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelis*, etc.

que léjos de no ser nada en el mundo el Cristianismo, como lo pretende la indiferencia de nuestros dias, es el centro á donde todo converge, es el eje en torno del cual gira todo el gobierno del universo.

Antes de la venida del Redentor, todos los designios de Dios se dirigen á que se realice su nacimiento en la época y los lugares vaticinados por los Profetas y determinados desde toda eternidad en los consejos divinos.

Despues de su venida, todos los designios de Dios se dirigen á establecer, conservar, esparcir por el universo entero, é individualizar en todos los hombres la obra de su redencion.

Hemos visto hasta aquí los acontecimientos, los imperios, los reyes y los pueblos sirviendo bajo la mano del Señor, ignorándolo ó sabiéndolo, queriendo ó no queriendo, á la gloria del Mesías, y el mismo espectáculo nos espera en el largo camino que vamos á recorrer. Pero el establecimiento, propagacion y conservacion del reinado del Mesías no se llevarán á cabo sin esfuerzo, pues la vida de la Iglesia será una perpétua lucha: establecida para continuar la mision de su divino Esposo, es decir, para quitar el pecado del mundo, la Iglesia católica hará su paso sobre la tierra con las armas en la mano. De esto se deduce que no se le podrán imputar las dolorosas consecuencias de esta guerra á muerte, ni las divisiones, odios, trastornos y sangre derramada; porque no es ella quien dió principio á la guerra sino el demonio, el espíritu maléfico, que fué al paraíso terrenal á usurpar el dominio de Dios sobre el hombre y las criaturas.

La Iglesia pudo decirle desde aquel instante lo que dice á todos los herejes en la sucesion de los siglos: «¿Por qué viniste á poner la «hoz en mi herencia? ¿quién te dió el derecho de vivir á discrecion «en ella? Esas almas que has sometido bajo tu yugo, ese mundo «donde has sembrado la zizaña del error y del vicio me pertenecen, «porque son de Dios, mi esposo y mi padre, pues me los dió al «crearlos para que se los conservara y devolviera intactos en el dia «postrero. Yo soy primera, poseo antes que tú, soy la hija del pro«pietario legítimo, mis títulos son auténticos, y pruebo mi descen«dencia porque me remonto hasta él; despojada injustamente, ven«go á reclamar mis imprescriptibles derechos y á arrojar á los usur«padores, en lo cual no hago mas que defenderme. Recaigan, pues,

«sobre tí todas las consecuencias fatales de la lucha, porque tú fuiste «el agresor, tú quien continúas atacando, porque veniste el postrero; «y has venido el postrero, porque no eres el posesor legítimo.» Esta verdad, es decir, que la Iglesia católica, aunque continuamente en guerra, nunca es agresora, da orígen á una multitud de declamaciones insensatas que los hombres superficiales dan ó reciben como acusaciones graves.

Sin embargo, el genio del mal varia perpétuamente sus medios de ataque para arrancar á la Iglesia una parte de sus nobles conquistas, ó impedir que haga otras nuevas; pero siempre se ve obligado á retirarse.

De modo que cada siglo nos va á presentar dos ejércitos frente á frente: de una parte el error, el demonio, el usurpador del campo del Padre de familia; y de la otra la verdad, el bien, la Iglesia, ó mas bien el Hijo del Padre de familia, viviendo perpétuamente en la Iglesia y manteniendo los intereses de su Padre: de una parte Satanás y su estandarte, y de la otra Jesucristo y su cruz.

Hé aquí el parte del combate durante el siglo I:

Viendo el demonio que la Iglesia viene armada de una fuerza divina para arrancarle el cetro que le ha usurpado, da el grito de alarma, y acuden bajo sus pendones: 1.° los judíos, cuyo culto simbólico está amenazado de una próxima abolicion; 2.° los gentiles, cuyos dioses tiemblan ya sobre sus altares; y á esta imponente fuerza se agrega una nube de herejes, los Nicolaitas, los Ebionitas, los Cerintianos y muchísimos otros. Jesucristo opone al ejército del demonio sus doce pescadores y sus nuevos discípulos. La lucha es continua y sangrienta, pero la victoria no es un solo instante dudosa; en todas partes queda vencedor el Cristianismo. Para reemplazar á los judíos que se niegan á someterse á la verdad, se ven acudir millones de gentiles, y el verdadero Dios es conocido mucho mas allá de los límites de la Judea.

Con objeto de fortalecer el valor de sus tímidos Apóstoles, el Hijo de Dios habia realzado esta guerra eterna cuando les dijera: He venido á arrojar una espada en el mundo: en adelante la guerra será entre todos: entre el padre y la madre, el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, y vosotros estaréis expuestos á toda clase de ataques; pero no temais, pues se me ha dado la omnipotencia en el cielo y en la tierra. Vosotros me daréis testimonio en Jerusalen, en

Samaria y hasta en los confines de la tierra. Id, enseñad y bautizad á todas las naciones, pues yo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. Aleccionados en su divina escuela, los Apóstoles sabian á fondo todas las verdades que debian enseñar; sin embargo, para ser no solamente los predicadores, sino tambien los mártires de estas santas verdades, tenian necesidad del auxilio de Dios, y por eso el Salvador habia tenido cuidado de decirles al separarse de ellos: Nada emprendais, permaneced en oracion hasta que seais revestidos de la fuerza por el cielo.

Llenos de confianza en las palabras de su Maestro, los discípulos bajaron del monte de los Olivos, desde donde Jesús acababa de subir al cielo, y volvieron á entrar en Jerusalen acompañados de la Vírgen santísima. Libres de todo cuidado se encerraron en el Cenáculo, es decir, en un aposento solitario donde nada podia turbar su recogimiento ni disminuir el fervor de sus oraciones, preparándose de esta suerte á su terrible ministerio, y llamando sobre sí el Espíritu divino que por medio de ellos debia regenerar el mundo. Nunca fueron tan dignamente pedidos los dones de Dios, y en ninguna escuela podemos aprender mejor que en esta los méritos para alcanzarlos.

No emplearon, sin embargo, todo el tiempo en la oracion. El Salvador habia dicho á sus Apóstoles, al elegirles como los doce patriarcas del pueblo cristiano, que en la época de la regeneracion, cuando el Hijo del Hombre fuera colocado en el trono de su majestad á la diestra de Dios su Padre, tambien ellos se sentarian en doce tronos, desde donde juzgarian á las doce tribus de Israel. Uno de estos doce tronos estaba vacante por la apostasía y desgraciado fin de Judas, y era preciso ocuparlo. Como convenia hacerlo antes que el Espíritu Santo, cuya efusion les habia prometido Jesús, se esparciera sobre el colegio apostólico, Pedro se levantó en medio de la asamblea, compuesta de cerca de ciento veinte discípulos, y dijo que era preciso dar un sucesor á Judas, cuya traicion y muerte trágica recordó en breves palabras. Entre los que siguieron á Nuestro Señor Jesús, añadió, durante todo el tiempo que vivió entre nosotros, contando desde el Bautismo de Juan hasta el dia en que el divino Maestro desapareció de nuestra vista para volver á subir al cielo, elegid uno que dé testimonio á la verdad de su resurreccion. Presentáronse dos; el uno fue José, que era llamado el Justo, y el otro Matías.

Ambos eran dignos del apostolado, si este podia merecerse; pero ni los discípulos congregados, ni los antiguos Apóstoles, ni el mismo Pedro quisieron encargarse de la decision, y convinieron en remitir esta eleccion al Señor, á quien todos los presentes dirigieron de acuerdo esta ferviente oracion: Señor, Vos que conoceis á fondo los corazones, mostrad á cuál de los dos habeis escogido. Terminada la oracion echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, que al momento tomó asiento entre los Apóstoles.

El retiro de los discípulos llegaba en tanto á su fin: brilló en el mundo el dia para siempre memorable de Pentecostes. Eran las nueve de la mañana, en el momento en que se hacia en el templo la oblacion de los panes de trigo nuevo, cuando vino repentinamente del cielo un estruendo como de viento impetuoso que resonó en toda la casa donde estaban reunidos los Apóstoles. Á este primer prodigio siguió otro mas sorprendente aun y mas expresivo: vieron aparecer unas lenguas como de fuego que fueron á reposar sobre la cabeza de cada uno de ellos, admirable símbolo de la unidad de creencia y de amor que iba á reinar en el mundo, y fueron todos llenos del Espíritu Santo. Desde aquel momento la Iglesia se halló animada de vida divina é inmortal, y los doce pescadores de Galilea se convirtieron en Apóstoles del Hijo de Dios y cooperadores de su ministerio.

Trocados en hombres nuevos, libertados de todas sus antiguas flaquezas, animosos y llenos de un celo abrasador, comenzaron á hablar diferentes lenguas segun la impresion del Espíritu Santo.

Al momento se esparció por la ciudad la noticia del prodigio; y como aquel dia Jerusalen estaba llena de una multitud innumerable de hijos de Abrahan, que habian acudido aquel año de todas las partes del mundo, y en mayor número que de ordinario, porque estaban en la persuasion en todo el Oriente de que iba á aparecer el Mesías, corrieron en tropel al Cenáculo para ser testigos del prodigio. Todos se preguntaban en su asombro: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo es que cada uno de nosotros les oimos hablar al mismo tiempo la lengua de nuestro país? Y habia allí partos y medos, elamitas, hombres originarios de la Mesopotamia, de los montes de Cilicia, de Capadocia, del Ponto, del Asia proconsular, cuya capital era Éfeso, de Frigia, de Egipto, de Libia, situada hácia Cirene, romanos, judíos, árabes y cretenses.

Pedro, acompañado de los once, tomó la palabra en estos términos delante de todo aquel pueblo : El prodigio que os asombra es el cumplimiento sensible del vaticinio de Joel. Hé aquí, decia el Señor por boca de este Profeta, que en los postreros dias del reinado de la Sinagoga derramaré mi espíritu sobre toda carne, y entonces haré aparecer prodigios en el cielo y en la tierra, y vuestros hijos profetizarán. Anuncióles en seguida la ruina próxima de Jerusalen, añadiendo que los que creyeran en el Señor no serian víctimas de tan espantosa catástrofe; que Jesús Nazareno, á quien habian crucificado, era verdaderamente el Mesías prometido á sus padres, y les exhortó á que se bautizasen en su nombre para recibir el perdon de sus pecados y los dones del Espíritu Santo.

El efecto milagroso de este discurso fue el convertirse y bautizarse el mismo dia tres mil personas, y además ¡qué nuevo prodigio no fue el cambio que obró la gracia en tantos corazones! Veíase á aquellos fieles de un dia, dóciles á las instrucciones de los Apóstoles y asiduos á la oracion, comulgando juntos en la fraccion del pan, es decir, participando en comun del cuerpo y sangre de Jesucristo, realmente presente bajo la especie del pan, y esparciendo con el encanto de sus virtudes el buen olor del Dios cuya gloriosa adopcion acababan de recibir.

Dios confirmaba la doctrina de los Apóstoles y la fe de los nuevos fieles con un gran número de milagros que tenian á toda la ciudad en un santo terror. Un dia Pedro y Juan subian al templo á las tres de la tarde, que era un momento de oracion pública para los hijos de Israel, y los pobres estaban ya en las puertas del templo para pedir limosna, pues en todas las épocas se ha supuesto que los que mas frecuentan la casa de Dios son tambien los mas caritativos.

Un hombre de cuarenta años, que habia nacido cojo y que no podia hacer uso alguno de sus piernas, se hacia trasladar allí todos los dias, y le ponian en la puerta del templo llamada la Hermosa, donde pedia limosna á los que entraban. Cuando vió venir á Pedro y á Juan les pidió limosna; los dos Apóstoles le miraron, y Pedro le dijo : Míranos. Persuadido el cojo de que iba á recibir alguna cosa, les miraba con atencion. No tengo oro ni plata, le dijo Pedro, pero lo que tengo esto te doy : En nombre de Jesús Nazareno levántate y anda. Y, al decir estas palabras, Pedro le tomó por la mano, y le ayudó á levantarse. En el mismo punto se consolidaron sus piernas,

y empezó á saltar y á andar; seguro de su curacion, entró en el templo con los Apóstoles, y se puso nuevamente á saltar en presencia de todo el pueblo y á bendecir á Dios.

No hubo jamás un milagro mas incontestable: la admiracion se apoderó de todos los corazones, y se convirtió, si así puede decirse, en un éxtasis general. Reuniéronse en tropel en torno de los dos Apóstoles, y Pedro se aprovechó de este momento para predicar nuevamente el Evangelio. Este segundo discurso fue tan eficaz que convirtió á cinco mil personas.

Los sacrificadores y el capitan del templo, exasperados con tan prodigioso triunfo, prendieron á los Apóstoles y los pusieron en la cárcel. Pedro y Juan pasaron en ella la noche; mas al perder la libertad no perdieron nada de su valor, pues no eran aquellos hombres á quienes hacia temblar la presencia de los enemigos de su Maestro ó la voz de una mujer. Convocóse al dia siguiente el Sanedrin ó Sinedrio, que era el Consejo soberano de la nacion, y haciendo presentar á los dos Apóstoles, les preguntó bajo qué autoridad obraban. Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió con seguridad: Pues que se nos interroga hoy por el beneficio hecho á ese hombre enfermo, y debemos declarar en nombre de quién le he curado, sea notorio á todos vosotros, príncipes y sacerdotes, y con vosotros á todo Israel, que en nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien crucificásteis, pero que Dios resucitó, por virtud de él ha sido curado este hombre.

Todo el Consejo quedó lleno de asombro al ver la firmeza de los Apóstoles, pues sabia que no eran mas que hombres del pueblo. Por otra parte el milagro era incontestable. Despues de haber deliberado, los jueces les prohibieron que enseñaran en nombre de Jesús. Pedro y Juan les respondieron con santa intrepidez: Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros mas bien que á Dios: ¿podemos callar lo que hemos visto y oido cuando Dios nos manda que lo publiquemos? Hiciéronles grandes amenazas, pero sin embargo les dejaron ir libres.

Los dos Apóstoles volvieron al lado de los fieles y contaron lo que acababa de suceder. Toda la asamblea dió gracias á Dios, animándose á publicar mas resueltamente que nunca la divinidad del Salvador Jesús.

El mundo no ha visto nunca espectáculo tan admirable como aque-

lla iglesia de Jerusalen. Todas las virtudes brillaban en ella con esplendor, y la caridad especialmente, esa gran virtud de los Cristianos, reinaba allí con imperio absoluto. Los fieles vendian sus bienes, y depositaban su valor á los piés de los Apóstoles que lo ponian en comun. No habia entre ellos ningun pobre; todos juntos no tenian mas que una fortuna, un corazon y un alma.

Sin embargo, uno de estos fieles llamado Ananías, de acuerdo con su esposa Safira, se hizo culpable de una mentira en apariencia muy leve. Tenia un campo, lo vendió, se reservó secretamente una parte de la suma, y llevó la restante á los piés de los Apóstoles. Pedro le dijo: Ananías, ¿por qué has permitido á Satanás que tentara tu corazon hasta el punto de hacerte mentir al Espíritu Santo, y retener una parte del precio que has recibido de tu campo? Esa herencia era tuya y nadie te obligaba á venderla, y no mentiste á los hombres sino á Dios. En el momento que el culpable oia las palabras del Apóstol, cayó muerto á sus piés. Ya podeis figuraros qué santo terror inspiraria esta muerte repentina á todos los fieles; unos mancebos que se hallaban presentes levantaron el cadáver, y lo llevaron segun costumbre á enterrarlo fuera de la ciudad.

Pedro continuó su instruccion que duró cerca de tres horas. Estaba aun hablando cuando se presentó la mujer de Ananías que ignoraba todo lo que habia pasado. Díme, le preguntó san Pedro, ¿la suma que aquí ves es todo el dinero que os han dado por la venta de vuestro campo? Sí, respondió ella. ¿Por qué, añadió el Apóstol, te concertaste con tu marido para tentar al Espíritu Santo? Hé aquí que oigo acercarse á los que han enterrado á tu marido; están en la puerta, y van á llevarte tambien. Al oir estas palabras Safira cayó, y murió, y los mancebos que habian dado sepultura á su esposo la llevaron á su lado.

Este doble ejemplo de severidad hizo su efecto; todos quedaron penetrados de la grandeza de Dios y del terror de su justicia. Todos los dias se aumentaba el número de los fieles, y Jerusalen cambiaba insensiblemente de aspecto. Tal vez se hubiera hecho enteramente cristiana si los que la gobernaban no hubiesen sido en su mayor parte hombres impíos y maestros sin religion, pues únicamente trataban de derrocar lo que llamaban la nueva secta. Pero los medios con los cuales se extendia el Evangelio á pesar de sus esfuerzos desconcertaban sus medidas, pues eran milagros constantes, visibles y con-

tinuos. Pedro especialmente los hacia sin saberlo, hasta el punto de que expusieran los enfermos en la calle, y los colocaran sobre sus camas en las plazas públicas, para que si Pedro llegaba á pasar, su sombra tocase cuando menos á alguno de aquellos desgraciados y recobrasen la salud. Acudian á Jerusalen desde todas las ciudades inmediatas, llevando los enfermos y los posesos, y todos eran curados.

¿Cómo podia la Sinagoga tolerar estos progresos del Evangelio? El príncipe de los sacerdotes mandó lleno de ira que encerrasen en la cárcel á los Apóstoles; pero un Ángel los puso en libertad y les mandó que fueran al templo á predicar valerosamente la palabra de Dios. Prendiéronles allí nuevamente para llevarlos ante el Consejo de la nacion. Os hemos prohibido, les dijo el sumo sacerdote, que enseñárais en nombre de ese hombre, y ved que habeis llenado á Jerusalen de vuestra doctrina, y quereis que vuelva á caer sobre nuestras cabezas la sangre de ese hombre. ¡Ah! hé aquí la iniquidad mintiéndose á sí misma. Caifás, príncipes de los sacerdotes, ¿no fuísteis los primeros en pedir que su sangre cayese sobre vuestra cabeza y sobre la de vuestros hijos? ¿Por qué imputais á los Apóstoles como un crímen el acusaros de la muerte de ese hombre? Si, como lo sosteníais delante de Pilatos y del pueblo, Jesús de Nazareth era un impostor, ¿por qué temeis las consecuencias de vuestra justa sentencia?

Pedro les respondió sin dejarse intimidar: Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. Esta respuesta, llena de dignidad y de exactitud, irritó de tal modo á aquellos jueces inícuos, que trataron de mezclar la sangre de los discípulos con la del Maestro; pero un miembro del Consejo llamado Gamaliel tomó la palabra y les dirigió este razonamiento: Cesad de inquietar á estas gentes; si su proyecto es obra de los hombres, caerá por sí propio, y si es obra de Dios, en vano trataréis de contener sus progresos.

Adoptóse el parecer de Gamaliel: el Consejo desistió de la sentencia de muerte que acababa de pronunciar, pero mandó vergonzosamente azotar á los Apóstoles, prohibiéndoles severamente que hablasen jamás en nombre de Jesús; despues de lo cual, les volvió á dejar en libertad. Léjos de sentirse humillados y desanimados, los Apóstoles se retiraron llenos de alegría por habérseles reconocido dignos de padecer un ultraje por el nombre de su Maestro. ¿Quién pue-

de encadenar las lenguas que el mismo Dios desata? Á pesar de los castigos y las prohibiciones de la Sinagoga, los Apóstoles no dejaron de continuar publicando la divinidad del Salvador.

Hasta entonces habian estado encargados de repartir entre los nuevos fieles las limosnas de que eran depositarios; pero el número de los discípulos aumentaba de dia en dia, y los Apóstoles les dijeron: No conviene que dejemos la predicacion de la palabra de Dios para cuidar del servicio de las mesas y arreglar circunstanciadamente lo que debe darse á cada uno; buscad entre vosotros y escoged siete varones de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y dotados del don de sabiduría, para que los encarguemos de esta ocupacion, y nosotros emplearémos el tiempo repartiéndolo entre la oracion y la predicacion de la palabra.

La proposicion de los Apóstoles fue aceptada unánimemente; se procedió á la eleccion, y cayó la suerte en Estéban, Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolás. Los Apóstoles ratificaron la eleccion, oraron todos juntos sobre los nuevos elegidos, é imponiéndoles las manos, les confirieron el órden del diaconado, instituido por Jesucristo para dar á los Obispos y á los presbíteros ministros inferiores en las santas funciones anejas á su dignidad.

Estéban, el primero de los siete diáconos, era un hombre lleno del Espíritu Santo, y Dios hacia por medio de su ministerio una multitud de milagros que propagaban rápidamente el Evangelio. Los miembros de la Sinagoga quisieron disputar con él; pero Estéban los confundió de tal modo, que resolvieron perderle, con cuyo objeto pagaron testigos falsos para que dijesen que blasfemaba contra Moisés y contra Dios. El Consejo de la nacion se reunió nuevamente, y el inocente acusado fue condenado á muerte. Apoderáronse de él y le condujeron al lugar del suplicio; mientras le apedreaban, el Mártir invocaba á Dios y decia: Señor Jesús, recibe mi alma. Y cayendo despues de rodillas, clamó en alta voz diciendo: Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que hacen. Y habiendo dicho estas palabras, se durmió en el Señor. Así habia muerto en el Calvario el Jefe de todos los Mártires, y así debia morir el primero de sus imitadores, y el modelo de un millon de otros Mártires.

Estéban, triunfante en el cielo, no debia llorarse, pues la Iglesia misma, que perdia con su muerte un ministro digno de ella, se apro-

vechó en cierto modo de su pérdida; Dios habia dispuesto de tal modo los acontecimientos, que habiéndose alzado con este motivo una persecucion, la palabra de salud, aislada desde Pentecostes en el recinto de Jerusalen, se esparció por las provincias, y desde entonces se pudo decir con razon que la sangre de los Mártires era la semilla de los Cristianos.

Se ignora cuánto tiempo duró la persecucion contra la santa iglesia de Jerusalen, ni cuántas víctimas inocentes sacrificó, y únicamente se sabe que uno de sus mas ardientes perseguidores fue un jóven llamado Saulo que guardaba las vestiduras de los verdugos mientras apedreaban á san Estéban, y que siendo partidario adicto de los Fariseos y de los sumos sacerdotes, alcanzó de ellos ámplios poderes. Sabemos por él mismo que iba en Jerusalen á todas las casas que le eran sospechosas de cristianismo, que hacia poner en la cárcel á los hombres y mujeres que confesaban á Jesucristo, les hacia atormentar con crueldad, y ordenaba sentencias de muerte, cuya ejecucion se apresuraba á que se llevase á cabo sin tardanza. Tantas violencias no llegaron á intimidar á los Apóstoles; permanecieron constantemente en Jerusalen, pero obligaron á los nuevos discípulos á que se esparciesen por las diferentes comarcas de la Judea y la Samaria, y su dispersion fue la salvacion de los pueblos.

Mientras los Apóstoles, que permanecian en Jerusalen, cultivaban sus primeras conquistas, los discípulos dispersos por el país predicaban el Evangelio de Jesucristo. De modo que aquella furiosa tempestad, que debia aniquilar la Iglesia naciente, solo fue un viento favorable que esparció á lo léjos la buena semilla. Lo mismo sucedió en todas las persecuciones: así nos lo demostrarán los siglos siguientes.

El diácono Felipe bajó á la Samaria y predicó en la ciudad donde se detuvo: sus discursos, sostenidos por milagros diariamente repetidos, preparaban los ánimos al Evangelio; pero un mago famoso llamado Simon los habia llenado de tal suerte de preocupaciones, que se necesitó mucho tiempo para que sus ilusiones se desvaneciesen. Felipe lo consiguió con tan buen éxito que convirtió á los pueblos seducidos y al mismo seductor: Simon renunció á la mágia, confesó á Jesucristo, y recibió el Bautismo. Luego que el santo Diácono vió su obra asegurada, se apresuró á anunciarlo á los Apóstoles, á quienes colmó de alegría esta noticia; y como Felipe no tenia fa-

cultad de imponer las manos, es decir, de dar la Confirmacion á los nuevos bautizados, la iglesia de Jerusalen envió á Pedro y á Juan á la Samaria para administrar este Sacramento.

En aquellos primeros dias de la Iglesia naciente Dios añadia con frecuencia á las impresiones visibles de su Espíritu dones sensibles que se manifestaban exteriormente, como el don de profecía y el de lenguas. Este maravilloso espectáculo excitó la curiosidad de Simon, y nada le pareció tan glorioso y apetecible como el poder comunicar á los demás aquellos dones extraordinarios. Ofreció, pues, á los Apóstoles una suma de dinero diciendo : Dadme el poder de hacer bajar el Espíritu Santo sobre aquellos á quienes imponga yo las manos. Perezca contigo tu dinero, le respondió san Pedro, porque has creido que el don de Dios se compraba á precio de oro. Ninguna parte tienes tú en este ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios : Simon no se aprovechó de esta amonestacion, y por el contrario se convirtió en un enemigo personal de los Apóstoles. El baldon de su crímen ha quedado para siempre unido á su memoria, y despues de mil ochocientos años se designa aun con su nombre el tráfico de las cosas santas proyectado por aquel impío.

Habiendo hecho los Apóstoles en Samaria lo que se habian propuesto por la gloria de la Religion, regresaron á Jerusalen, y Felipe continuó su mision y convirtió á uno de los ministros de Candace, reina de Etiopia, que habia ido á adorar en Jerusalen. Despues recorrió todo el país desde Azoto hasta Cesarea. Reinaba aun la paz en estas comarcas lejanas, mas no se habia restablecido en la capital, donde estaba igualmente encendido el odio público, y Saulo continuaba estimulándolo con el mismo ardor.

Un dia en que se hallaba enteramente ocupado en sus proyectos contra los discípulos de Jesús crucificado, sabe que un gran número de israelitas habian dejado en Damasco á Moisés para seguir á Jesús Nazareno ; va al punto á presentarse al sumo sacerdote, y le pide cartas y poderes para las sinagogas de aquella ciudad, con objeto de que se le deje en libertad de hacer prender á los prevaricadores y de llevarlos encadenados á Jerusalen. Acéptase su proposicion, y parte á Damasco acompañado de algunos oficiales bajo sus órdenes ; y cual corre hácia el redil un tigre sediento de sangre, del mismo modo Saulo apresura su marcha, no respirando mas que sangre y exterminio, cuando súbitamente es detenido.

En medio del dia, dice él mismo contando su conversion al rey Agripa, quedé deslumbrado por una luz bajada del cielo, que me rodeó por todos lados lo mismo que á los soldados que guiaba; y heridos como de un rayo, caimos todos en tierra. Al mismo tiempo oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? — Señor, respondí, ¿quién eres? — Soy, respondió la voz, Jesús Nazareno á quien haces la guerra. No te obstines mas tiempo, porque te será funesto cocear contra el aguijon. Trémulo y confuso, solo tuve fuerza para decir estas palabras: Señor, ¿qué quieres que haga? — Levántate, me dijo el Señor, entra en Damasco, y allí sabrás lo que debes hacer. Me levanté, pero me habia quedado ciego, y los que me acompañaban me llevaron por la mano hasta Damasco, donde estuve tres dias sin beber ni comer.

Habia en Damasco un discípulo de Jesús llamado Ananías: el Señor se le apareció y le dijo: Vé á la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas á uno de Tarso llamado Saulo. Señor, respondió Ananías, sé todos los males que ha hecho á vuestros santos de Jerusalen, y que ha venido á Damasco á prender á cuantos invocan tu nombre. Vé, Ananías, añadió el Señor, no temas, porque he hecho de Saulo un vaso de eleccion que destino para llevar mi nombre delante de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel. Y Ananías, tranquilizado, salió al instante, y habiendo entrado en la casa, puso las manos sobre los ojos de Saulo, y le dijo: Saulo, hermano mio, el Señor Jesús que te se apareció en tu camino me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y aun seguia hablando Ananías cuando cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas, y recobró la vista, y recibió el Bautismo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido Apóstoles para anunciar vuestro Evangelio, no solamente á los judíos sino tambien á los gentiles. Dadnos la gracia de recibir vuestra santa palabra con la misma docilidad que los fieles de Jerusalen.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con cuidado esta parte III del Catecismo.*

LECCION II.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

El Evangelio pasa á los gentiles. — Bautismo del centurion Cornelio. — Misiones de san Pedro en Cesarea, en Antioquía, en Asia, en Roma, donde combate á Simon el Mago; en Jerusalen, donde es puesto en la cárcel por mandato de Herodes Agripa, y libertado por un Ángel; en Roma, donde san Marcos escribe su Evangelio; en Jerusalen, donde preside el primer concilio, y finalmente en Roma. — Vida y misiones de san Pablo en Damasco, en Cesarea, en Antioquía, en Chipre, en Iconio, en Listra y en Filipos.

Los Apóstoles, que habian acompañado al Salvador durante su vida pública, estaban señalada y especialmente encargados de cultivar la Palestina; pero la Sinagoga se endurecia de dia en dia, y el pueblo deicida colmaba rápidamente la medida de las iniquidades que debian arrastrarlo á su ruina. Para que así sucediera, el Sol de justicia que habia asomado en Judea no debia extinguirse, sino pasar á otros pueblos y alumbrar nuevas regiones. Vamos á contar este maravilloso paso del Evangelio.

Figuraos un foco luminoso del cual salen doce rayos que partiendo en direcciones opuestas llegan hasta los confines del mundo, y tendréis una imágen de la propagacion del Evangelio. El foco luminoso es el Cenáculo, es la iglesia de Jerusalen, y los doce rayos son los doce Apóstoles que partiendo de Jerusalen se dirigen unos hácia el Oriente y otros hácia el Mediodía; aquellos van al Norte y estos vienen al Ocaso; y la tierra entera hasta en sus mas remotos confines recibe la visita de alguno de estos nuevos conquistadores. Tracemos la biografía de cada uno de ellos estudiando sus rápidas excursiones, y sigámosles por la huella de sus beneficios y su sangre. Principiarémos por san Pedro.

Los judíos, como hemos dicho, iban á ser rechazados, y los gentiles llamados al Evangelio, pero era preciso que fuera Pedro quien les abriera la puerta. Jefe de todo el rebaño, y pastor supremo de los extranjeros lo mismo que de los hijos del reino, era el primero en aparecer en todas partes. Un dia, hallándose en oracion, Dios le dió á

conocer que habia llegado el momento de hacer entrar á las naciones en el redil del divino Pastor. Habia en aquel entonces en Cesarea un oficial romano, llamado Cornelio, que mandaba una de las cohortes de la legion Itálica, y era un hombre religioso y temeroso de Dios que hacia abundantes limosnas acompañadas de fervientes oraciones. Apareciósele el Ángel del Señor y le dijo: Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido hasta el trono de Dios; envia á Joppe á buscar un hombre llamado Simon, que tiene por sobrenombre Pedro; vive en casa de otro Simon, curtidor, cuya casa está cerca del mar, y él te dirá lo que debes hacer. Habiendo desaparecido el Ángel, Cornelio llamó á dos de sus criados y á un soldado temeroso de Dios, y los envió inmediatamente á Joppe. Esta ciudad distaba unas quince leguas de Cesarea, y los enviados no pudieron llegar hasta el dia siguiente al mediodía.

El Señor no habia revelado hasta entonces á Pedro los designios de su Providencia; pero estando aun en camino los enviados de Cornelio y acercándose á la ciudad, Pedro subió segun su costumbre á lo alto de la casa para pasar allí algun tiempo en oracion antes de tomar su alimento. Terminada su oracion, se sintió con hambre, y pidió de comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un rapto de espíritu; vió el cielo abierto, y una cosa que descendia en forma de lienzo suspendido por los cuatro cabos, y que bajaba desde el cielo á la tierra. Este lienzo estaba lleno de toda clase de animales cuadrúpedos, de reptiles terrestres y de aves del cielo.

Cuando llegó el lienzo al alcance del Apóstol, se oyó una voz que decia: Levántate, Pedro, mata de esos animales, y come sin distincion ni eleccion. ¡Ah! Señor, respondió el Apóstol, no lo haré, porque toda mi vida observé la Ley al pié de la letra, y jamás llegué á comer nada impuro é inmundo. La voz añadió: No tengas la temeridad de llamar impuro é inmundo lo que el Señor ha purificado. La vision se repitió hasta tres veces, y otras tantas recibió Pedro el mismo mandato, dió la misma respuesta y oyó la misma réplica. El lienzo se retiró al cielo, y Pedro volvió de su éxtasis.

Esforzábase á comprender el misterio, cuando se presentaron en casa de Simon, el curtidor, los enviados de Cornelio, y preguntaron si moraba allí Simon, por sobrenombre Pedro. Aun estaban hablando cuando salió el Apóstol, á quien explicaron el objeto de su viaje y le suplicaron que les siguiera á Cesarea. La llegada de aque-

llos gentiles tenia un enlace sensible con la revelacion, y Pedro comprendió que en adelante no habria ya distincion entre los judíos y los gentiles, y que estos dos pueblos no debian formar mas que un solo redil. Pedro recibió á los mensajeros con bondad, y partió con ellos á Cesarea, donde bautizó al virtuoso oficial y á toda su familia. Tales fueron las felices primicias de la Iglesia de las naciones.

Pedro se dirigió desde Cesarea á Antioquía, donde el Evangelio hacia rápidas conquistas, y allí es donde los discípulos empezaron á llevar el nombre de cristianos. Este nombre era entonces honroso entre los gentiles; no llevaba aun en pos de sí las persecuciones ni los suplicios, y mientras los judíos lo blasfemaban en Jerusalen, era honrado en el centro de la idolatría. En el reparto que los doce pescadores hicieron entre sí del universo, san Pedro fue destinado á llevar el Evangelio á la capital del mundo romano; pero no llevó á cabo tan pronto su designio, porque no habia llegado el momento de la Providencia. Entre tanto fue instituido, por consentimiento comun de los Apóstoles, obispo de Antioquía, que era la capital de Siria. Se cree que gobernó esta Iglesia durante siete años; pero esto no quiere decir que permaneciese en ella constantemente, porque en efecto, durante este intervalo, el Apóstol predicó á los judíos esparcidos por toda el Asia, en el Ponto, en la Galacia, en la Bitinia y en la Capadocia. Á pesar de tan penosos trabajos, el Vicario del Hijo de Dios llevaba una vida en extremo frugal: san Gregorio Nazianceno nos dice que se contentaba con comer diariamente un sueldo de altramuces, que eran una especie de guisantes ó habas [1].

En tanto Herodes, por sobrenombre Agripa, habia renovado la persecucion contra los Cristianos, y dado muerte ya á Santiago, hermano de san Juan Evangelista. Á esta muerte tan injusta quiso añadir la de san Pedro; el Jefe de la Iglesia fue por consiguiente preso y arrojado en un angosto calabozo, cargado con una doble cadena, y le custodiaban diez y seis soldados, divididos en cuatro partidas, para relevarse mútuamente. Dos estaban de noche y de dia cerca del preso, tal vez hasta le tenian sujeto por las cadenas, segun la costumbre ordinaria de los romanos, y otros dos hacian centinela delante de la puerta.

Todas las precauciones de Agripa solo sirvieron para hacer mas incontestable el nuevo milagro que Dios queria obrar: la iglesia de

[1] Orat. XVI, pag. 241.

Jerusalen se habia puesto en oracion para alcanzar la libertad de su padre, y fue oida. La misma noche que precedia al dia destinado para el suplicio de san Pedro, un Ángel bajó á la cárcel, despertó al Apóstol, á quien tan inminente peligro no le privaba del sueño, y le dijo que se vistiese y le siguiese. Al mismo tiempo rompió sus cadenas, le abrió las puertas, y le guió al través de los dos cuerpos de guardia con una luz que solo él veia hasta la parte exterior de la última puerta que era de hierro, llevándole además á lo largo de una calle donde desapareció. San Pedro, que hasta aquel instante habia mirado como un sueño cuanto pasaba, comprendió únicamente entonces que Dios le habia libertado verdaderamente.

Habiendo reconocido dónde se hallaba, fué á llamar á la puerta de la casa de María, madre de Juan Marcos [1], donde estaban en oracion un gran número de fieles. Una criada, llamada Rhode, salió á ver quién era, prestó el oido, y reconoció la voz de Pedro. Fue tanta su alegría y su sorpresa, que en vez de ir á abrir la puerta, corrió absorta á decir á los Cristianos: Pedro está en la puerta. — Tú eres loca, le dijeron. — No tal, respondió ella, es él. — Te engañas, añadieron, es su Ángel bueno. En tanto Pedro, á quien Rhode habia dejado en la calle, continuaba llamando. Abriéronle, entró y le reconocieron. Inútil es preguntar cuáles serian la sorpresa y la alegría de todos los fieles, y podeis formaros una idea recordando el afecto y lealtad que le tenian. Pedro les hizo señal con la mano para que callasen, y les contó cómo le habia libertado Dios.

Al asomar el dia fueron á noticiar á Agripa que su preso se habia fugado, y aquel mandó que se interrogase á los soldados; pero no consiguiendo descubrir nada, decretó que los llevasen al suplicio. La Iglesia, que habia pedido á Dios la libertad de su jefe con tantas oraciones, le da las gracias todos los años en el primer dia de agosto, en la fiesta de *san Pedro ad vincula*.

El Apóstol milagrosamente libertado salió al momento de Jerusalen y se dirigió á las fronteras marítimas de la Judea, donde visitó las iglesias nacientes y estableció obispos, sembrando por todas partes el doble beneficio de su doctrina y de sus milagros; y enriquecido con tantos despojos ganados al demonio, concibió la idea de ir á combatir hasta á Roma. ¡Qué maravilla! Aquel mismo hombre que temblaba un dia delante de una criada, no teme ahora aventu-

[1] San Juan Marcos era discípulo y primo de san Bernabé.

rarse en una ciudad semejante á una vasta selva poblada de enconadas fieras, y su valor fue mayor en esta ocasion que cuando marchó sobre el mar. Mas ¿de dónde le procedia tanta intrepidez? Del amor ardiente que Jesucristo le habia inspirado hácia sus ovejas al confiárselas á su direccion. Pedro se dirigió, pues, hácia Roma, segun el parecer de los demás Apóstoles, que le habian destinado para la capital del mundo, para que la luz de la verdad se difundiese con mas prontitud y eficacia desde la cabeza á todo el cuerpo, pues ninguna parte del Imperio podia ignorar lo que pasaba en Roma.

El pescador galileo entró en la ciudad de los Césares en el segundo año del reinado del emperador Claudio, y cuadragésimocuarto de Jesucristo; plantó el árbol sagrado del Evangelio en el centro mismo de la idolatría; y como esta planta enteramente nueva estaba aun débil, Dios, para darle espacio de crecer en la paz, inspiró á Claudio un espíritu de dulzura y de bondad hácia los pueblos, y le permitió que ahogase en pocos dias rebeliones peligrosísimas, dispuestas á derrocar el Imperio. De modo que hasta el Estado se aprovechó de la gracia que Dios concedia á la ciudad de Roma enviándole su Apóstol.

Entre otras conversiones que obró san Pedro en este primer viaje se cuenta la del senador Pudente con su mujer Priscila, sus dos hijos Novato y Timoteo, y sus dos ilustres hijas Praxedes y Pudentiana [1]. Hospedado en la casa de esta excelente familia, el Apóstol celebró allí los divinos misterios, ordenó presbíteros, consagró la primera iglesia de Roma, es decir, la primera casa en que se reunieron los Cristianos, y combatió á Simon el Mago [2]. Este impostor, en vez de aprovecharse de las amonestaciones que san Pedro le habia dirigido en Samaria, se habia endurecido mas que nunca, se entregaba con ardor á la mágia, é impelido por el demonio, habia ido á Roma bajo el emperador Claudio, para ser el primero en apoderarse de la capital del mundo. Hizo en ella tan repetidos prestigios, que fue puesto por el Senado en el número de los dioses [3]. San Pedro disminuyó el crédito de este impostor, pero su victoria no fue completa hasta mas adelante.

El Apóstol se aprovechó en tanto de su permanencia en Roma pa-

[1] Baron. ad ann. 44.
[2] Eusebio, lib. II, c. 14.
[3] Just. Apol. II, pág. 69; Eusebio, lib. II, c. 14.

ra escribir su primera epístola, la cual está dirigida á los fieles del Ponto, de la Galacia, del Asia y de la Capadocia; y aunque es particularmente para los judíos convertidos, esparcidos por todas estas provincias, habla tambien á los gentiles que habian abrazado la fe. Adviértese en ella una dignidad y un vigor dignos del príncipe de los Apóstoles [1].

Los principales compañeros del Jefe de la Iglesia en este primer viaje fueron san Apolinario, á quien san Pedro consagró obispo de Ravena; san Marcial, que envió á las Galias; Rufo, que instituyó obispo de Capua [2]; pero el mas conocido de todos es san Marcos Evangelista, quien escribió un Evangelio durante su permanencia en Roma, á ruegos de los Cristianos, y particularmente de los caballeros romanos á quienes san Pedro habia anunciado á Jesucristo [3]. Despues de haberlo escrito, en cierto modo dictándole san Pedro, Marcos lo llevó á Egipto, á donde fue enviado por el Jefe de la Iglesia.

El pescador de Galilea trabajaba en tanto hacia cerca de siete años en extender el reinado de la cruz en la misma capital de los Césares, cuando el año 51 de Jesucristo, séptimo del emperador Claudio, un edicto obligó á todos los judíos á salir de Roma. San Pedro partió, pues, á Oriente, y fué á celebrar las fiestas de Pascua en Jerusalen, donde presidió en el mismo año el concilio que se celebró en esta ciudad, y que resolvió que no se obligase á los gentiles convertidos á la fe á someterse á los ritos judáicos, como pretendian ciertos judíos hechos cristianos. Los Apóstoles expresaron su decision, á la cual se sometió toda la Iglesia, con estas memorables palabras: *Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros*, que indican la omnipotencia y la infalibilidad del colegio apostólico. Despues del concilio de Jerusalen, san Pedro continuó con el mismo ardor cumpliendo su gran mision de gobernar y apacentar los corderos y las ovejas.

Cerca de cinco años despues de su partida de Roma, es decir, en el año 59 de Jesucristo y tercero de Neron, volvió á Roma para no salir mas. La llegada de san Pedro á la capital del mundo aumentó sobremanera la Religion; pero furioso el demonio viendo que su im-

[1] Esta observacion es de un protestante. (Véase Grotius *in Epist. Petr.* c. 1, t. VIII, *Critic. Sacr.* pag. 117).
[2] Baron. ad ann. 44.
[3] Eusebio, lib. II, c. 15.

perio disminuia de dia en dia, agotó todo su artificio y su odio para contener los progresos del Evangelio. Neron, su digno ministro, encendió una persecucion violenta que debia granjear á san Pedro la corona del martirio.

El Salvador, que despues de su resurreccion le habia revelado de qué modo debia glorificar á Dios en su vejez, le dió á conocer mas adelante la época y el lugar donde debia acontecer esto. Sabiendo, pues, san Pedro que pronto iba á dejar su cuerpo carnal, quiso aprovechar el breve tiempo que le quedaba para despertar la piedad de los fieles, y hacerles recordar las verdades que les habia enseñado. Con este objeto escribió su segunda epístola, que, como la primera, está dirigida á los fieles del Ponto y del Asia, y forma, por decirlo así, el testamento del Jefe de la Iglesia.

Antes de contar la muerte de san Pedro, vamos á dar á conocer al que debia ser su glorioso compañero, y participar de su victoria despues de haber participado de sus combates. Este nuevo conquistador, salido de la Judea para someter el mundo al imperio de la cruz, se llama Saulo. Nació en Tarso, ciudad de Cilicia, y pertenecia á la raza de Abrahan y á la tribu de Benjamin. Era tambien por su nacimiento ciudadano romano, porque los habitantes de Tarso, que siempre habian manifestado mucho afecto á la casa de los Césares, despues de haber padecido cruelmente mientras Casio, uno de los asesinos de Julio César, era soberano del Asia, merecieron que Augusto se creyera obligado á recompensarlos; y á los honores y bienes con que los gratificó, añadió el derecho de ciudadanía romana.

El jóven Saulo fue enviado á Jerusalen donde le educó un célebre doctor llamado Gamaliel. Se acostumbraba comunmente entre los judíos hacer aprender un oficio á los que estudiaban las sagradas Letras, ya para que tuviesen siempre un medio de ganarse la vida, ya para evitarles los desarreglos que nacen de la ociosidad. Así pues, puede creerse que en aquella época aprendió el oficio de fabricante de tiendas, que ejercia aun al predicar el Evangelio. Saulo, como celoso fariseo, se declaró perseguidor de los Cristianos; pero habiendo sido convertido en el camino de Damasco, como hemos visto antes, se trocó en el mas ardiente propagador del Evangelio.

Su mision fue la conversion de los gentiles. Predicó primero en Damasco, de allí se retiró á la Arabia, y despues de una permanencia de cerca de tres años, regresó á Damasco. No pudiendo los ju-

díos tolerar la ventaja que la Iglesia reportaba de su conversion y de sus discursos, tomaron la resolucion de darle muerte. Súpolo Saulo, y los discípulos, que temian por su vida, le bajaron durante la noche en una espuerta por una ventana que habia en la muralla de la ciudad. Libertado del peligro, Saulo tomó el camino de Jerusalen para ver á san Pedro, pues convenia que antes de partir para su gran mision rindiese homenaje al Jefe de la Iglesia.

De Jerusalen se dirigió á Cesarea, despues á Cilicia, y pasó algun tiempo en Tarso de cuya ciudad era hijo, y á la cual fué á buscarle su amigo san Bernabé, que predicaba en Antioquía, para tomar parte en sus trabajos. «Fué á buscarle, dice san Crisóstomo, no «solamente como á un amigo particular, sino como á un general del «ejército cristiano, como á un leon, como á una lámpara brillante, «como á una boca capaz de hacerse oir por toda la tierra [1].» Saulo permaneció un año entero en Antioquía, y multiplicándose sus predicaciones, proporcionaron á esta ciudad un honor que la hace ilustre en todo el universo. Allí fue donde, como hemos dicho, empezaron los discípulos á llevar el nombre de cristianos, nombre que les dieron los mismos Apóstoles.

Mientras Saulo estaba en Antioquía, una hambre terrible afligió al Oriente : era el año cuarto del reinado del emperador Claudio, y el 43 de Jesucristo. Dios, que hacia que todos los acontecimientos contribuyesen al establecimiento del Evangelio, halló en aquella hambre un medio de hacer recomendables á los Cristianos, y de unir á los gentiles, que componian la mayor parte de la Iglesia de Antioquía, con los judíos que habian abrazado la fe en la Judea. Estos habian dejado sus bienes ó habian sido despojados de ellos, por cuya razon los fieles de Antioquía resolvieron acudir en su auxilio. Saulo y Bernabé se encargaron de sus limosnas, y partiendo á Jerusalen, las entregaron á los sacerdotes para que las distribuyesen.

Cuando regresaron á Antioquía, recibieron la imposicion de manos, y resolvieron abandonar aquella ciudad querida, donde la fe estaba planteada para lo sucesivo, y suficientemente asegurada. Los dos amigos se dirigieron hácia Chipre, que tenia entonces por gobernador al procónsul Sergio Paulo, varon sábio y prudente, que deseoso de oir la palabra de Dios envió á buscar á Saulo y á Bernabé ; pero tenia á su lado un judío mago y falso profeta, llamado Barjesus, que

[1] S. Chrys. homil. XXV.

se oponia á los Apóstoles, y hacia todos los esfuerzos posibles para que el Procónsul no abrazase la fe. Saulo le hizo perder la vista y le redujo á buscar á alguno para guiarle. El Procónsul se convirtió admirado de este milagro, y se cree tambien que Dios ablandó el corazon de Barjesus por medio de aquella ceguera que solo debia ser pasajera, y le abrió los ojos del alma con los del cuerpo, para que viera el sol que alumbra el mundo de las inteligencias y el sol que alumbra el mundo material [1]. En conmemoracion de la conversion del Procónsul, Saulo tomó el nombre de Pablo, y quiso indicar con esto el glorioso triunfo que Jesucristo habia conseguido por medio del débil ministerio del último de sus Apóstoles.

Pablo y Bernabé partieron sin tardanza á hacer nuevas conquistas, y despues de haber recorrido evangelizando una parte del Asia Menor, llegaron á Iconio, donde el Apóstol de las naciones, segun la tradicion comun, convirtió á santa Tecla y la persuadió á consagrar á Dios su virginidad. En Listra curó un hombre lisiado de sus piernas que nunca habia andado. Hé aquí de qué modo se verificó el milagro : Pablo distinguió á aquel enfermo entre sus numerosos oyentes, é iluminado por una luz divina, leyó en su alma su fe y su deseo de conocer la verdad. De pronto el Apóstol se interrumpió en medio de su discurso, y dijo en alta voz á aquel hombre : Levántate y sostente derecho sobre tus piés.

El lisiado experimentó al momento cuánta es la eficacia de un Apóstol de Jesucristo que habla en nombre de su Maestro, é hizo aun mas de lo que se le mandara, pues se puso á saltar y andar delante de todos. Este milagro produjo un efecto prodigioso; todos los presentes exclamaron : Son dioses disfrazados bajo figura humana. En un momento esta loca creencia se apoderó de todos los ánimos, y no faltando mas que darles á cada cual un nombre, lo hicieron fácilmente; Bernabé era de mas edad que Pablo y de mayor estatura, y dijeron que era Júpiter; y Pablo, que llevaba la palabra y predicaba con grande elocuencia, fue reputado como el intérprete del soberano de los dioses, y le convirtieron en Mercurio. El sacerdote de Júpiter se presentó trayendo coronas para los nuevos dioses, y toros para sacrificarlos en su honor. Viendo Pablo y Bernabé lo que pasaba, rasgaron sus vestiduras, y lanzándose en medio de la multitud exclamaron con grandes voces : ¿Qué haceis? Somos mortales,

[1] Orig. *in Exod.* XXII.

hombres semejantes á vosotros que venimos á suplicaros que renunncieis á vuestros vanos ídolos, para convertiros al Dios vivo que crió el cielo y la tierra.

Estas palabras y el horror que manifestaron hácia el culto sacrílego que querian rendirles impidieron á duras penas que se les sacrificasen víctimas. Todo esto era un lazo que les tendia el demonio, y se libraron de él glorificando á Dios con su humildad, como le habian glorificado con su paciencia en las persecuciones. No tardaron en conocer cuán vanas y frágiles cosas son los aplausos populares.

Mientras estaban contendiendo con los habitantes idólatras de Listra, llegaron unos emisarios enviados por las sinagogas de Antioquía y de Iconio, los cuales por medio de sus declamaciones cambiaron de tal modo el espíritu del pueblo, que toleró que aquellos judíos apedreasen á san Pablo, á quien sacaron arrastrando de la ciudad creyendo que estaba muerto. Así le castigó Dios por las piedras que habia lanzado contra san Estéban por manos ajenas, y expió la falta que cometiera entonces incurriendo en el mismo suplicio.

Los judíos estaban satisfechos; pero Pablo no habia muerto, y aquel mismo dia volvió á entrar en la ciudad. Sin embargo, para no irritar mas á sus perseguidores, partió al dia siguiente, dirigiéndose á Derbes con san Bernabé, y numerosas victorias coronaron su valor. Volvieron á pasar por Listra y por Iconio, ordenando presbíteros en cada iglesia con oraciones y ayunos, exhortando á los fieles á perseverar en la fe, y recordándoles que debemos sufrir muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

Los dos Apóstoles estaban de regreso en Antioquía el año 47 de Jesucristo. Pablo no permaneció allí mucho tiempo; llevó el Evangelio á la Capodocia, al Ponto, á la Tracia, á la Macedonia y hasta á la Iliria, y semejante á una nube divina impelida por el viento de la caridad, aquel vaso de eleccion corria por toda la tierra esparciendo el rocío vivificador de la palabra santa. Cinco años despues se hallaba en Filipos, ciudad de Macedonia, donde convirtió entre otros á una mujer que comerciaba en púrpura, llamada Lidia, la cual recibió el Bautismo con toda su familia, y obligó á san Pablo y á sus compañeros á hospedarse en su casa, para manifestar que la creian fiel al Señor.

Pablo se esforzaba desde aquella casa en atraer á Jesucristo á cuantos se presentaban para oirle. Un dia, al ir los obreros evangélicos

á la oracion, los encontró una jóven poseida de un demonio que la instruia de las cosas secretas en cuanto es posible al espíritu maligno. Estaba al servicio de unos impostores, y su maldito talento de adivinacion, de que siempre han sido el engaño los hombres de todas las épocas, era un manantial fecundo de riquezas para sus amos.

Al pasar, dice el historiador sagrado, vimos á esta jóven que empezó á seguirnos diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os enseñan el camino de la salud. Pablo la dejó que hablase, hasta que indignado al fin de sus artificiosas alabanzas, mandó al demonio que saliese del cuerpo de la jóven, y fue obedecido. Pero la avaricia cruel que dominaba á los amos de aquella pobre criatura los desesperó con su curacion; no atreviéndose á confesar su pasion, la cubrieron con la apariencia de un crímen de Estado, y apoderándose de Pablo y de Silas, los llevaron á la plaza pública, donde los presentaron á los magistrados. Os traemos, dijeron, dos hombres que alborotan la ciudad; y sin mas exámen, los magistrados los mandaron azotar con varas y meterlos en la cárcel. El carcelero los encerró en un calabozo apretándoles los piés en el cepo, lo cual les obligó á permanecer recostados boca arriba sin poder sostenerse en pié.

Tantas ignominias, en vez de abatirles, les llenaron de una alegría divina, de modo que á media noche se pusieron á orar y alabar á Dios con tanto fervor que les oian los otros presos. Dios quiso por su parte manifestar cuánta es la fuerza de una oracion : súbitamente se sintió un terremoto tan grande que se movieron los cimientos de la cárcel, se abrieron las puertas, y fueron rotas las mismas ataduras de todos los presos. Habiéndose despertado el carcelero y viendo las puertas abiertas, creyó que se habian huido los presos, y como él respondia de ellos con su cabeza, cogió su espada para matarse; pero viéndolo san Pablo, aunque no habian traido aun luz, dijo en alta voz : No te hagas ningun mal, porque todos estamos aquí. El carcelero mandó traer una luz, y entrando en el calabozo de Pablo y de Silas, se arrojó temblando á sus piés. Llevó á los Santos á su habitacion, lavó sus llagas y les sirvió de comer : Señores, les dijo, ¿qué debo hacer para salvarme? Y ellos le respondieron : Cree en el Señor Jesús. Y creyó, y fue bautizado con toda su familia.

Cuando fue de dia los magistrados enviaron alguaciles á la cárcel con órden de dejar en libertad á los dos presos. El carcelero se apresuró á anunciarles tan buena noticia, y entonces san Pablo, que no

se habia quejado al azotarle con varas y al ponerle en la cárcel, dijo que era muy extraño que hubieran ultrajado de aquel modo á ciudadanos romanos, y que despues de hacerlo se pretendiese sacarles de la cárcel secretamente y sin ninguna reparacion [1]. No, dijo, no puede pasar así; es preciso que ellos mismos vengan á sacarnos. Estaba *gozoso* de inspirarles temor para que los fieles de aquella ciudad gozasen de mas tranquilidad y libertad; los magistrados se presentaron en la cárcel llenos de terror, y suplicaron á los dos Santos que saliesen y se alejasen de la ciudad. Pablo conservó siempre desde entonces un tierno recuerdo de los cristianos de Filipos, y ellos por su parte le amaban como á un padre. Estos hijos amados fueron los que mas adelante fueron á Corinto á llevar al grande Apóstol todo lo que le faltaba, y observaron igual conducta mucho tiempo despues cuando estaba preso en Roma.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por el admirable celo de que llenásteis á san Pedro y á san Pablo; dadnos la docilidad de los primeros fieles.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé las instrucciones con gran deseo de sacar provecho de ellas.*

[1] Los ciudadanos romanos gozaban de grandes privilegios; las leyes prohibian especialmente que los azotasen con varas. (S. Chrys. *in Act.* homil. XLVIII).

LECCION III.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Misiones de san Pablo en Tesalónica, en Atenas delante del Areopago, en Corinto, en Éfeso y en Jerusalen. — Le prenden y le envian á Cesarea. — Parte á Roma. — Acogida que recibe. — Aunque preso predica el Evangelio. — Vuelve á Oriente, y despues á Roma, donde entra con san Pedro. — Muerte de Simon el Mago. — Martirio de san Pedro y san Pablo.

Pablo y sus compañeros salieron de Filipos para dirigirse á Tesalónica, ciudad célebre y capital de la provincia. Pablo era por su mision especial el Apóstol de los gentiles, y bajo este concepto especialmente los hijos de Jacob, que le miraban como el enemigo natural de sus privilegios y de su ley, se declaraban en todas partes los suyos. Sin embargo, no dejaba de buscarlos en todos los puntos donde establecia sus misiones. Predicó tres sábados en la sinagoga de Tesalónica; su palabra no fue vana, pues convirtió algunos judíos y un gran número de gentiles, y estos nuevos cristianos fueron el modelo de todas las iglesias por su constancia, su piedad y su tierna caridad.

El Apóstol se portaba con ellos como una afectuosa madre con sus hijos, y en su amor hubiera deseado darles no solamente el conocimiento del Evangelio, sino tambien su propia vida. Los exhortaba, consolaba y suplicaba que obraran siempre de un modo digno de Dios y de la gloria á que habian sido llamados, y les enseñó á santificar las mas insignificantes acciones, y en particular el trabajo manual, de lo cual les daba ejemplo.

Sin embargo, los judíos endurecidos resolvieron dar muerte á los nuevos predicadores. Avisados con tiempo de la borrasca que les amenazaba, Pablo y Silas partieron á la ciudad de Berea, donde pronto fructificó el Evangelio; pero habiendo llegado emisarios de Tesalónica para sublevar al pueblo, los cristianos se vieron precisados á llevar á san Pablo á orillas del mar y á embarcarlo. Dios permitió de este modo que el soplo de la persecucion arrojase de ciudad en ciudad aquella bienhechora nube para que esparciese á lo léjos

la lluvia saludable que llevaba en su seno. ¡Cuán cierto es que las pasiones de los hombres contribuyen en manos de la Providencia al cumplimiento de sus adorables designios!

Algunos cristianos de Berea acompañaron al Apóstol hasta Atenas, donde tenian órden de reunírsele Silas y Timoteo. Atenas habia sido el punto general de reunion de los mas distinguidos talentos y de los mas grandes filósofos, y era aun la ciudad mas culta y mas aficionada á las bellas letras; mas todo el fruto que habia sacado de esta superioridad consistia en que no habia en el mundo, á excepcion de Roma, una ciudad mas llena de ídolos y supersticiones. Adoraba á todos los falsos dioses que sabia eran adorados en los demás pueblos, y temerosa de haber olvidado alguno que no conociera, habia erigido una ara con esta inscripcion : *Al Dios desconocido.*

El celo de los atenienses por el error animaba el de Pablo por la verdad hasta el punto de consumirle de dolor. Hablaba á los judíos todos los sábados en las sinagogas y todos los dias en la plaza á los que allí se hallaban, y no le faltaban oyentes. Los habitantes de Atenas no parecian tener otra ocupacion que la de pasear su ociosidad para dar ó saber noticias; la ciudad estaba además poblada de estóicos y epicúreos, gentes curiosas de toda doctrina, que acudian por consiguiente en tropel á oir al charlador, que era el nombre que daban al Apóstol; y aunque en un principio se limitaron á mofarse de él, pronto le llevaron al Areopago para que expusiese allí su doctrina. El Areopago era el Senado de Atenas; nada hay tan célebre en la historia como aquella ilustre corporacion, considerada como el oráculo de la verdad y la norma del buen gusto.

Podemos decir tambien que ninguna sesion fue tan célebre como la en que Pablo apareció delante de aquella academia. El Cristianismo y el Gentilismo, que parecian buscarse mucho tiempo hacia, se encontraban por fin frente á frente, é iban á luchar cuerpo á cuerpo. Veíanse de una parte los representantes de todas las sectas filosóficas de la antigüedad, con el corazon hinchado de orgullo, la cabeza llena de preocupaciones y de argumentos, y la lengua hábil en manejar el sofisma; y se veia de la otra parte á un extranjero, un judío de pequeña estatura, y en cuyo exterior nada podia imponer el respeto. ¿Hay cosa mas dramática y mas asombrosa que semejante contraste [1]? Cuando se sentaron todos los jueces, Pablo apareció en la

[1] Tres cosas hay que quisiera haber visto, decia san Agustin; á Roma en

tribuna. ¿Qué va á decir? Para apreciar toda la sublime sencillez de su discurso, es preciso atender á que cada una de sus palabras es como un martillazo que reduce á polvo alguno y aun varios de los sistemas absurdos sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo, de que eran los partidarios ó apóstoles sus jueces. Para no atacarles de frente, Pablo no combate directamente la filosofía ni el Gentilismo, expone la verdad, y deja que sus oyentes saquen las consecuencias. Hé aquí su admirable discurso :

«Ciudadanos de Atenas, todo lo que ven mis ojos me anuncia que «sois religiosos hasta el exceso, porque al recorrer vuestra ciudad, «y al examinar los simulacros de vuestros dioses, he encontrado una «ara sobre la cual he leido esta inscripcion : *Al Dios desconocido*. Voy, «pues, á anunciaros lo que adorais sin conocerlo ; es el Dios que hizo «el mundo y todo lo que hay en él, que siendo el Señor del cielo y «de la tierra, no habita los templos fabricados por la mano de los «hombres, y si recibe los homenajes de los mortales, no es porque «necesite alguna cosa, pues da á todos la vida, la respiracion y to- «dos los bienes.

«Él es el que de un solo hombre hizo salir todo el linaje humano «para que habitase la tierra, señalando á cada hombre el tiempo de «su vida y á cada pueblo los límites de su posesion. Su designio era «que los hombres le buscasen en sus obras, y que despues de ha- «berle hallado le rindiesen sus homenajes, porque no está léjos de «cada uno de nosotros. En él vivimos, nos movemos y somos ; y bajo «este sentido dijeron algunos de vuestros poetas : Somos del linaje «de Dios.

«Siendo, pues, hijos de Dios, guardémonos bien de imaginar que «la Divinidad es cosa semejante á simulacros de oro, de plata ó de «piedra, obras del arte y de la invencion de los hombres.

«Así pues, Dios, despues de haber disimulado al parecer aquellos «tiempos de ignorancia y de ceguedad, anuncia ahora á los hom- «bres en todos los lugares de la tierra que hagan penitencia de sus «extravíos voluntarios, porque ha establecido un dia en que juzgará «á todo el universo con soberana justicia por el ministerio del hom- «bre á quien dió este poder, lo cual ha puesto fuera de duda resu- «citándole de entre los muertos.»

un dia de triunfo, á Ciceron en la tribuna de las arengas, y á Pablo delante del Areopago.

Es imposible imaginar nada mas adecuado á la disposicion de los oyentes, y mas proporcionado á sus conocimientos presentes que el discurso del grande Apóstol. Ve en la ciudad de Atenas una ara erigida al Dios desconocido, y esto le da ocasion para despertar en el alma de los atenienses, idólatras y supersticiosos, la idea cási natural de un Criador, de un Soberano y de un Juez. Les hace conocer cuán separados se hallan de la primera de todas las verdades; añade que Dios quiere poner fin á tan culpable ignorancia; que es preciso convertirse, porque ha de juzgar al mundo; que este Juez existe, y que para dar testimonio de la autoridad soberana que le concede, Dios le resucitó de entre los muertos.

De modo que el sencillo y sublime símbolo que expone el Apóstol encierra la unidad, la espiritualidad, la soberana perfeccion de Dios, la creacion del hombre á imágen de Dios, su degradacion, su obligacion de hacer penitencia porque debe dar cuenta de sus obras, y la creacion del mundo destinado á revelarnos la existencia de Dios. Y hé aquí derrocados y pulverizados todos los sistemas de los filósofos sobre la pluralidad de los dioses, sobre la eternidad del mundo, sobre los átomos creadores y sobre la naturaleza del alma. ¿Cuál fue, pues, el fruto de aquel discurso, el mas bello sin duda que salió jamás de la boca de un simple mortal? El mismo que produce aun todos los dias la palabra de Dios. Nadie se atrevió á replicar; algunos se mofaron, hé aquí los impíos; otros aplazaron su parecer hasta oirlo otra vez, hé aquí los indiferentes; y algunos pocos creyeron, hé aquí los fieles. De estos últimos fue uno de los miembros del Areopago, llamado Dionisio, que llegó á ser primer obispo de Atenas [1].

Pablo supo al salir del Areopago que habia llegado Timoteo, y salió acompañado de este querido discípulo de la ciudad donde habia reconocido que la miés no estaba en sazon, llegando muy pronto á Corinto, capital de toda la Grecia.

Esta ciudad, situada entre dos mares que la convertian en centro de todo el comercio de Oriente y Occidente, era muy populosa y rica, y reinaban en ella de un modo espantoso todos los vicios, pero especialmente la lascivia. San Pablo fué á hospedarse en casa de Aquila y Priscila su mujer, y eligió su casa porque eran judíos y tenian el mismo oficio, el de hacer tiendas, y trabajaba con ellos. El Apóstol no quiso deber su subsistencia, menos aun en Corinto que

[1] Y de París, segun una tradicion bien fundada.

en otras ciudades, á los fieles á quienes predicaba; y la abnegacion, las oraciones y el celo del nuevo misionero alcanzaron todo su efecto; pues á despecho de todos los obstáculos, Pablo plantó la fe en Corinto. Allí es donde Timoteo, que habia partido á Tesalónica, fué á reunírsele con Silas, y ellos le consolaron, tanto con su presencia como con las buenas noticias que le trajeron de sus queridos tesalonicenses. Á estos fervientes neófitos escribió su primera Epístola para felicitarles y alentarles en su adhesion á la fe.

Pablo partió de Corinto despues de una permanencia de diez y ocho meses, recorrió las diferentes provincias de Asia, fué á Jerusalen, y regresó muy pronto á Éfeso, donde permaneció tres años para fundar aquella iglesia que san Juan debia asegurar despues con su presencia y honrar con su muerte. Imposible seria explicar todo lo que tuvo que padecer el grande Apóstol para desmontar un campo tan inculto; él mismo nos cuenta que no pasaba un dia sin verse expuesto á perecer, y una vez entre otras le prendieron y le arrojaron á las fieras en el anfiteatro; pero Dios le libertó.

El infatigable Apóstol escribió su Epístola á los gálatas en medio de tantos trabajos y peligros: aquellos fervientes cristianos se habian dejado engañar por falsos doctores que querian obligarlos á someterse á los ritos mosáicos, y cuyos esfuerzos se dirigian nada menos que á la ruina del Evangelio. San Pablo les escribió con una energía proporcionada á su celo y á la magnitud del mal que trataba de destruir, y escribió tambien por aquella misma época sus dos Epístolas á los corintios. Estos dos monumentos del celo apostólico encierran todo cuanto pueden inspirar la firmeza, la caridad mas ilustrada y mas tierna, y la prudencia dirigida por la fe.

Empezaba en tanto á brotar la buena semilla, y Éfeso contaba ya un gran número de cristianos; pero la contradiccion es el sello de las obras de Dios, de modo que tantas conversiones atrajeron al Apóstol nuevos disgustos. Diana, diosa de la caza, tenia en Éfeso un templo reputado por una de las maravillas del mundo, y al cual rendian adoracion todos los idólatras; los que iban á Éfeso no dejaban de visitar este templo, y para rendir homenaje á la diosa, acostumbraban comprar y llevarse á sus casas unas pequeñas figuras de plata, construidas en forma de nichos en donde estaba colocada la estatua de la diosa.

Cierto Demetrio, platero de profesion, que tenia mucha ganancia

con esta clase de obras, conociendo que si llegaba á triunfar la doctrina de Pablo quedaban destruidos su comercio y sus beneficios, convocó á todos los plateros que hacian el mismo negocio, y les dijo: Ya sabeis que debemos nuestra subsistencia á las obras que elaboramos en honra de Diana; pero sabeis tambien, y lo estais viendo, que ese Pablo disuade, no solamente en Éfeso sino en toda el Asia, á una multitud innumerable de personas de que se dirijan á nosotros, predicando por todas partes que los dioses fabricados de mano de los hombres no son dioses. ¿Y cuál será el resultado de esto? Que nuestro comercio quedará desacreditado, y el templo de la gran Diana, reverenciado en toda el Asia, solo será objeto de menosprecio.

Demetrio triunfó mas allá de lo que esperaba, porque su lenguaje era el mas adecuado para herir las almas vulgares por todos los puntos mas propios para conmoverlas: el interés y la supersticion. Todos los artífices empezaron á dar voces, arrebatados de ira, diciendo: ¡Viva la gran Diana de los efesios! Se amontona el pueblo, toda la ciudad se llena de confusion, la multitud se precipita hácia el teatro, y á falta de Pablo, que Dios oculta del furor de sus enemigos, arrastra con violencia á sus dos compañeros Gayo y Aristarco.

Informado Pablo del suceso, tuvo bastante valor para querer presentarse al pueblo enfurecido, pero sus discípulos se opusieron. En tanto mil gritos confusos salian de la turba; y como sucede cási siempre en los movimientos populares, un gran número hasta de los mas exaltados ni sabian siquiera de qué se trataba. Los judíos temieron que descargase sobre ellos la borrasca, y en su inquietud, hicieron todos sus esfuerzos para colocar á uno de los suyos llamado Alejandro en un paraje elevado, desde donde pudiera hacerse oir y defender su causa. Quiso hablar, pero pronto se supo que era judío, y mil voces ahogaron la suya gritando con mas fuerza que antes: ¡Viva la gran Diana de los efesios! Los clamores duraron cerca de dos horas sin que fuera posible apaciguar el tumulto: cuando los amotinados se cansaron de gritar, se adelantó el secretario de la ciudad, é hizo ver que aquel tumulto podia reputarse una sedicion de la que serian los habitantes responsables al Emperador, y que si Demetrio tenia negocios que ventilar con alguno, podia ir á la audiencia y pedir justicia al Procónsul. El pueblo se contentó con estas palabras, y se retiró.

Pablo reunió en tanto á todos los cristianos, se despidió de ellos,

y no pensó mas que en partir. Antes de emprender su viaje, dirigió su famosa Epístola á los romanos; era el año de Jesucristo 58. Esta Epístola, escrita despues de otras varias, se coloca sin embargo la primera, tanto por la dignidad de la ciudad de Roma, como por las instrucciones importantes y la hermosa doctrina que contiene. El Apóstol explica en ella particularmente el misterio de la gracia que justifica al pecador, y demuestra que ni los judíos ni los gentiles la merecian.

Aunque san Pedro fundó la Iglesia de Roma, san Pablo escribia á los fieles que la componian, porque tanto era Apóstol de los romanos como de las demás naciones. Habia llenado ya del nombre de Jesucristo todos los países que se extienden desde la Judea á la Iliria, y en todas las provincias de Oriente no se hallaba ya un lugar donde no hubiese sido anunciado el Evangelio. Por esto abrigaba la resolucion de ir á España tan pronto como hubiera llevado á Jerusalen las limosnas de los fieles, y de pasar entonces por Roma. ¡Admirable celo! los imperios faltan á la ambicion de Alejandro, y hé aquí que la tierra parece demasiado pequeña á nuestro nuevo conquistador.

Estando todo dispuesto, Pablo salió de Éfeso donde habia permanecido tres años : despues de haber atravesado la Macedonia, recogiendo las limosnas de los fieles para sus hermanos de Jerusalen, llegó á Troade, donde celebró la fiesta de Pascua. Los discípulos se reunieron aquel mismo dia en un aposento del tercer piso para partir el pan sagrado. Pablo predicó hasta media noche, porque debia partir al dia siguiente, de modo que olvidaron la hora de la comida y del sueño, pues todos tenian tan solo hambre de verdad y de salud de las almas. El demonio intentó turbar tan santa alegría, pero no hizo mas que avivarla. Un jóven llamado Eutico, que estaba sentado en una ventana, no pudo resistir al sueño, y habiéndose dormido durante el sermon, cayó desde el tercer piso y murió. Esta desgracia nos indica el castigo que merecen los que oyen con descuido la palabra de Dios; pero el Señor hizo que contribuyese á la gloria de su Apóstol y al consuelo de los fieles.

Pablo bajó al momento, se inclinó hácia el muerto, y le restituyó la vida abrazándole. No os aflijais, dijo al volver á entrar en la asamblea; el jóven vive. Y continuó su discurso, y bendijo el pan sagrado. Ya puede figurarse con qué nuevo fervor escucharian los disci-

pulos al Apóstol, y participarian de los santos misterios; la divina Eucaristía, presentada por las manos de un Santo que acababa de resucitar un muerto, forzosamente debió encontrar almas llenas de conviccion y corazones bien dispuestos. Despues del banquete celestial, Pablo continuó exhortando y consolando á los fieles; al asomar *la* aurora, bajó para dirigirse al puerto; se embarcó al momento, y dos dias despues se hallaba en Mileto, ciudad célebre de la provincia de Caria en la costa de Asia.

Tenia intencion de hallarse en Jerusalen por Pentecostes para granjearse mas fácilmente el ánimo de los judíos con el respeto que manifestaba hácia sus fiestas y ceremonias. Á pesar de la premura del tiempo, no pudo rehusar á su celo el convocar en Mileto una especie de sínodo, y habiendo enviado emisarios á Éfeso, mandó que acudieran los ancianos de la Iglesia, es decir, los pastores que el Espíritu Santo habia establecido en ella para gobernar el pueblo de Dios. Viéndolos á todos reunidos en torno suyo, les dirigió una de esas despedidas apostólicas en que un padre lleno de ternura, dejando salir con desahogo los sentimientos de su corazon, dice á sus *hijos* cosas tan interesantes que nunca las olvidan.

«Ya sabeis, les dijo, cuál ha sido mi conducta en medio de vos«otros desde el dia en que entré en el Asia, sirviendo al Señor con «humildad, con lágrimas y con los peligros y contradicciones que «me vinieron por las asechanzas de los judíos. Sin embargo, nada «he descuidado, nada he omitido de cuanto he creido que podia con«tribuir á vuestra salvacion, y os he anunciado el Evangelio en pú«blico y en vuestras casas.

«Pero hé aquí que ahora arrastrado y como encadenado por el Es«píritu Santo, me adelanto hácia Jerusalen, ignorando la suerte que «me aguarda; pues lo único que sé es que el Espíritu Santo me hace «anunciar en todas las ciudades por donde paso que me esperan en «Jerusalen prisiones y tribulaciones; mas no temo ninguna de estas «cosas, ni tengo en mas precio mi vida que la salvacion eterna de «mi alma, y me importa poco, con tal que acabe mi carrera y cum«pla la mision que recibí del Señor Jesucristo de anunciar el Evan«gelio de la gracia de Dios.

«Sé tambien que no me volveréis á ver vosotros por quienes he «pasado predicando el reino de Dios. Velad, pues, por vosotros mis«mos y por el rebaño del que el Espíritu Santo os ha instituido obis-

«pos y guias, rebaño querido que compró con su sangre. De en-
«tre vosotros mismos se levantarán hombres que predicarán una falsa «doctrina, lobos rapaces que no perdonarán á la grey. Velad, pues, «os repito, recordando que durante tres años no he cesado noche «y dia de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora «os encomiendo á Dios y á su gracia, que es bastante poderosa para «erigir y sostener el edificio de la Iglesia cuyos cimientos he puesto «entre vosotros.»

El Apóstol añade á todos estos rasgos que caracterizan al pastor perfecto el del desinterés, esa noble virtud que habia aparecido en él con un brillo superior: «Nunca he codiciado plata, oro ni vestido de na-«die, como vosotros mismos lo sabeis; porque estas manos me han «suministrado las cosas necesarias á mi y á los que están conmigo.»

Pablo se hincó de rodillas despues de este discurso tan interesante, y los circunstantes le imitaron y se pusieron en oracion. Los suspiros y sollozos de toda la asamblea interrumpieron muy pronto el silencio de la oracion, y todos aquellos hijos se arrojaron al cuello de su buen padre bañados en llanto, especialmente por haberles declarado que no volverian á verle mas; y le fueron acompañando de esta suerte hasta el navío.

Pablo fué á desembarcar en Tiro, y algunos dias despues se hallaba en Jerusalen. Al dia siguiente de su llegada á esta ciudad fué á verle Santiago, que era su obispo, y todos los presbíteros fueron á saludarle y á bendecir á Dios por lo que habia hecho por su ministerio en medio de los gentiles. Siete dias hacia ya que el Apóstol se hallaba en Jerusalen, ocupado únicamente en distribuir las limosnas que habia llevado á los fieles, cuando estando en oracion en el templo, le reconocieron algunos judíos de Asia, que en el mismo instante empezaron á dar voces diciendo que estaba allí el que enseñaba por todas partes contra la Ley. Á sus gritos acudió todo el pueblo, se lanzaron sobre el Apóstol, y le arrastraron fuera del templo para maltratarle y darle muerte con mas libertad y menos escrúpulo. Aquellos bárbaros le hubiesen dado muerte, si no se les hubiera impedido; pero el tribuno Claudio Lisias, que mandaba la cohorte romana que estaba de guarnicion en Jerusalen, acudió diligentemente con sus soldados, y su presencia contuvo á los perturbadores. Sacó al Apóstol de entre sus manos, le mandó atar con cadenas, y quiso azotarle con varas para apaciguar al pueblo; pero Pablo le de-

tuvo de pronto preguntándole : «¿Así te atreves á tratar á un ciu-«dadano romano?»

Estas palabras hicieron temblar á Lisias. Se apresuró á librar al Apóstol de la furia de sus enemigos, y á enviarlo á Félix, gobernador de la Palestina, que residia en Cesarea. Félix era una alma venal que trataba de enriquecerse, como la mayor parte de los gobernadores romanos de aquella época, y aunque conoció al momento la inocencia del preso, le tuvo sin embargo dos años en la cárcel, esperando que comprarian su libertad á precio de oro. Tal vez hubiera prolongado esta inícua detencion si Pablo hubiese estado por mas tiempo en su poder; pero Félix fue destituido, y Neron le dió por sucesor á Porcio Festo para granjearse el afecto de los judíos. Félix dejó á Pablo encadenado en las cárceles de Cesarea á discrecion de Festo.

El nombramiento de un nuevo presidente romano en la Judea era la última disposicion de la Providencia para que el Apóstol partiese á su mision de Italia. Festo, cuando llegó de Roma, hizo que compareciera el Apóstol en su presencia, y despues de haber oido á sus acusadores, el Presidente le preguntó dónde queria ser juzgado. Pablo respondió : Apelo al César. Asombrado Festo de esta respuesta, conferenció un momento con su Consejo, y volviendo á subir á su tribunal, dijo : Has apelado al César, y al César irás. De este modo los hombres, sin saberlo ni quererlo, secundaban los designios de la Providencia; Pablo iba á predicar á Roma el Evangelio, y los vaticinios del Salvador se cumplian al pié de la letra.

El Gobernador supo que una nave que habia llegado á Cesarea se preparaba á darse á la vela. Pablo fue embarcado con otros presos, bajo la custodia de un oficial llamado Julio, centurion de una cohorte de la legion Augusta, é iban con él san Lucas y Aristarco de Tesalónica. La historia de esta navegacion es tan interesante por sí misma y tan propia para darnos á conocer el celo y el gran carácter de san Pablo, que vamos á contarla detalladamente.

«Despues de hacernos á la vela, dice san Lucas, empezamos á «costear las tierras de Asia; al dia siguiente llegamos á Sidon, y Ju-«lio, tratando á Pablo con humanidad, le permitió que fuera á ver «á sus amigos y se proveyese de lo necesario. Cuando salimos de «allí, fuimos navegando por debajo de Chipre porque los vientos «eran contrarios, y habiendo cruzado la mar de Cilicia y de Panfi-«lia, llegamos á Listra, donde habiendo encontrado el Centurion un

«navío de Alejandría que iba á Italia, nos trasbordó á él. Navega-
«mos muy lentamente durante muchos dias, y llegamos con gran
«dificultad á la vista de Gnido; y como el viento nos impedia ade-
«lantar, fuimos costeando la isla de Creta junto á Salmon. Navegan-
«do con trabajo á lo largo de la costa, llegamos á un lugar llamado
«Buenos-Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Talasa. Y co-
«mo se hubiese gastado así mucho tiempo y la navegacion se hiciese
«muy peligrosa, Pablo dió este consejo á la tripulacion: Amigos
«mios, les dijo, veo que la navegacion comienza á ser muy traba-
«josa, no solamente para el navío, sino tambien para nuestras per-
«sonas. Pero el Centurion daba mas crédito á los consejos del piloto
«y del maestre de la nave que á lo que decia Pablo, y como el puerto
«no fuese bueno para invernar, los mas fueron de parecer que se
«diesen otra vez á la vela por si se podia arribar á Fenice, que es
«el puerto de Candía, para pasar en él el invierno.

«Habiendo empezado á soplar suavemente el viento de Mediodía,
«creyeron que podian llevar á cabo su designio, y con esta esperan-
«za levaron áncoras y se pusieron á costear la isla de Candía; pero
«poco despues se levantó un viento impetuoso entre Norte y Oriente
«que arrojó la nave cerca de una pequeña isla, llamada Cauda, don-
«de apenas pudimos ser dueños del esquife.

«Al dia siguiente, siendo réciamente azotados por la tormenta,
«los marineros arrojaron las mercancías al mar, y tres dias despues
«lanzaron tambien con sus propias manos los aparejos de la nave.
«Y no apareciendo en tanto por muchos dias ni el sol ni las estrellas,
«y siendo cada vez mas deshecha la tormenta, teníamos ya perdida
«toda esperanza de salvarnos, y en medio de la general consternacion
«Pablo se levantó y dijo: Hubiera convenido mas sin duda, amigos,
«haber seguido mi consejo de no partir á Candía, y hubiéramos evi-
«tado tantos peligros y tanta pérdida; pero os exhorto sin embargo
«á que tengais buen ánimo, pues no perecerá ninguno, y solamen-
«te se perderá el navío. Porque esta misma noche se me apareció
«un Ángel de Dios de quien soy y á quien sirvo, diciendo: No te-
«mas, Pablo; es necesario que comparezcas delante del César, y te
«anuncio que Dios te ha concedido la vida de todos los que están
«contigo en la nave. Por lo cual, amigos, tened buen ánimo, porque
«confio en Dios que sucederá así como se me ha dicho; mas es ne-
«cesario que seamos arrojados en una isla.

«Y cuando llegó la noche del dia catorce, como los vientos nos em-«pujasen por todos lados hácia el mar Adriático, los marineros cre-«yeron cerca de la media noche que descubrian alguna tierra, y «habiendo echado la sonda, hallaron veinte brazas de agua, y un «poco mas adelante hallaron quince. Temiendo entonces que fuéra-«mos á dar contra algun escollo, arrojaron cuatro áncoras desde la «popa, esperando con impaciencia que viniese el dia. Y queriendo «huir los marineros del navío, echaron el esquife en el mar, con pre-«texto de ir á echar las áncoras de proa, pero Pablo dijo al Centu-«rion y á los soldados: Si estos hombres no permanecen en el navío, «vosotros no podréis salvaros. Entonces los soldados cortaron los ca-«bles del esquife y lo dejaron caer. Y cuando comenzó á aparecer el «dia, Pablo exhortó á todos á que tomasen alimento, diciéndoles: «Hoy hace catorce dias que estais como en ayunas, y cási no habeis «tomado nada esperando el fin de la tempestad, y por eso os exhor-«to á que tomeis alimento para poder salvaros, porque ni un solo «cabello de la cabeza perderá ninguno de vosotros.

«Y diciendo estas palabras, tomando pan, dió gracias á Dios en «presencia de todos, y partiéndolo, comenzó á comer. Todos los de-«más volvieron á tomar aliento y se pusieron tambien á comer. Y to-«das las personas que íbamos en el navío éramos doscientas y setenta «y seis, y cuando estuvieron saciados alijaron el buque arrojando el «trigo á la mar. Al asomar el dia no conocieron la tierra que tenía-«mos á la vista; pero distinguieron un golfo en la orilla, en el cual «resolvieron encallar la nave si les era posible. Retiraron, pues, las «áncoras, largaron al mismo tiempo las ataduras del gobernalle, y «dejándose llevar de la mar, iban hácia la playa despues de haber «alzado la vela del artemon; mas habiendo encontrado una lengua de «tierra, hicieron encallar en ella la nave. Los soldados fueron enton-«ces de parecer de que matasen á los presos, temiendo que alguno de «estos se escapase á nado, pero lo impidió el Centurion que queria sal-«var á Pablo, y mandó que los que supiesen nadar se arrojasen los «primeros al agua y se saliesen á tierra; y los demás fueron sacados «unos en tablas, y otros sobre los despojos del navío; lográndose de «este modo que todos saliesen salvos á tierra.

«Y estando ya en salvo de este modo reconocimos que la isla se lla-«maba Malta, y los bárbaros nos trataron con suma humanidad, por-«que despues de haber encendido una grande hoguera á causa de la

«lluvia y del frio que hacia, nos dieron á todos los auxilios que ne-
«cesitábamos. Habiendo recogido Pablo en aquel momento algunos «sarmientos y arrojándolos en el fuego, una víbora que hizo saltar el «calor se le asió de la mano, y cuando los bárbaros vieron el animal «que colgaba de su mano, se decian los unos á los otros : Este hom-«bre es indudablemente un homicida, pues que despues de salvarse «de la mar, no quiere dejarle vivir la venganza divina. Pero Pablo «sacudió la víbora en el fuego y no recibió mal alguno. Los bárbaros «creian que se iria hinchando y que caeria muerto de repente; mas «despues de haber esperado largo rato, cuando vieron que no le so-«brevenia mal ninguno, mudaron de parecer y dijeron que era un «dios. Y en aquellos lugares habia unas tierras que pertenecian al «príncipe de la isla, llamado Publio, el cual nos recibió muy hu-«manamente, y nos dió hospitalidad en su casa durante tres dias. Y «acaeció que el padre de Publio se hallaba padeciendo una fiebre y «una disenteria; Pablo entró á verle, y poniéndose en oracion, le «aplicó las manos y le curó. Despues de este milagro, acudieron á «él cuantos enfermos habia en la isla, y quedaron sanos; los cuales «asimismo nos hicieron grandes honras y nos proveyeron de todo lo «necesario para nuestro viaje. Al cabo de tres meses nos embarcamos «en una nave de Alejandría que habia pasado el invierno en la isla, y «que tenia por divisa á *Cástor* y á *Pólux*, y llegamos á Siracusa, don-«de nos detuvimos tres dias. Costeando desde allí fuimos á Reggio, «y habiéndose levantado al dia siguiente viento meridional, llegamos «un dia despues á Pouzzole, ciudad de la campiña de Nápoles.»

Pablo encontró allí cristianos, porque ya eran en grande número en Roma y en Italia, habiendo plantado allí san Pedro la fe hacia mucho tiempo. Despues de haber pasado una semana entera con los fervientes neófitos de Pouzzole, Pablo partió á la capital del mundo. Los hermanos de Roma salieron á recibirle á veinte leguas de distancia, unos hasta una ciudad llamada *Foro de Apio,* y otros hasta un punto llamado las *Tres Posadas* [1], y el grande Apóstol, rodeado de estos fervientes discípulos, hizo su entrada en la ciudad de los

[1] Estos lugares para siempre memorables existen aun en el dia. El 15 de febrero de 1842 pasamos á *Cisterna*, que la tradicion asegura ser las *Tres tabernas* de los Hechos de los Apóstoles. Algunas horas despues, en medio de las lagunas Pontinas, almorzamos en el *Foro de Apio*, llamado aun en el dia *Forappio*. (Véase las *Tres Romas*).



Césares por la via Apia, al principio de la primavera del año 61 despues del nacimiento de Jesucristo. Entró cargado de cadenas, con la alegría y noble confianza de un príncipe que regresara á su capital en un carro de triunfo, cubierto con los laureles de la victoria.

Todos los presos fueron entregados por el centurion Julio al prefecto del Pretorio, que era capitan de los guardias del Emperador. Desempeñaba á la sazon este cargo Afranio Burrho, cuyas buenas cualidades ensalza la historia, y que contenia en cuanto le era posible las malas inclinaciones de Neron. Admirado Pablo de los mismos gentiles, tuvo la libertad de permanecer en casa particular con un soldado que le custodiaba, y al cual estaba atado noche y dia con una larga cadena, segun la costumbre de los romanos. El Apóstol alquiló para sí y para su pretoriano una habitacion donde pasó dos años enteros, trabajando con sus manos para pagar el alquiler.

Recibia á cuantos iban á visitarle, y les predicaba públicamente el Evangelio: su cautiverio fue una mision continua que contribuyó sobremanera á la propagacion de la fe, y extendió su celebridad hasta en la corte del Emperador, donde habia ya varios cristianos.

Habiendo llegado á noticia de los fieles de Filipos, tan tiernamente amantes de su Apóstol, que se hallaba preso en Roma, le enviaron á su obispo Epafrodita, tanto para llevarle auxilios como para asistirle en su nombre. Pablo escribió á sus queridos filipenses una epístola en la que se revelan toda la grandeza de su alma y todo el ardor de su celo. Escribió tambien á Filemon de Colosas, ciudad de Frigia, en favor de Onésimo su esclavo, á quien le suplica en nombre de sus cadenas reciba como si fuera él mismo. De aquella prision salieron tambien las admirables epístolas á los colosenses y á los hebreos.

Despues de dos años de cautiverio, san Pablo llegó á hacerse oir, y habiéndose plenamente justificado de las acusaciones que contra él intentaban los judíos, fue puesto en libertad. El hombre de Dios volvió á partir al momento á Oriente, y se cree que en el transcurso de este viaje escribió á sus dos amados discípulos Tito y Timoteo. Habiendo lanzado su postrera mirada á las iglesias orientales, este sol brillante dirigió nuevamente su curso hácia la ciudad de Roma, donde debia detenerse para siempre; y despues de su regreso á la capital del mundo, escribió su segunda epístola á Timoteo y á los fieles de Éfeso.

Pablo entró en Roma con san Pedro : estos dos conquistadores, uniendo sus fuerzas, clavaron el pendon de su divino Maestro hasta en el palacio de Neron ; pero este príncipe infame no pudo tolerar que se introdujese en Roma una religion tan santa, siendo así que hubiera preferido perder su imperio antes que sus desarreglados placeres. Su furia no tuvo límites cuando supo la conversion de una cortesana que era su culpable ídolo, y el grande Apóstol que habia obrado este prodigio se vió al momento cargado de cadenas y hundido en una estrecha cárcel, á donde fué á reunírsele pronto san Pedro.

Antes de triunfar del mismo Neron con una muerte gloriosa , los dos atletas de Jesucristo debian alcanzar una brillante victoria sobre el mayor enemigo que tuvo la Iglesia en sus primeros años. Simon el Mago, enviado á Roma por el demonio para desacreditar y arruinar la obra evangélica, habia anunciado en prueba de su divinidad que se elevaria por los aires, y el falso profeta debia hacer su pretendido milagro y corroborar su doctrina el dia de los juegos públicos, en presencia de toda la ciudad y del mismo Emperador. Habiendo llegado esto á noticia de Pedro y Pablo, se pusieron en oracion, y abandonado el impostor por los demonios que le levantaban, cayó en el suelo, se fracturó las piernas, y su sangre salpicó hasta el pabellon desde donde le miraba Neron. Lleváronsele; pero arrebatado por su despecho, se arrojó desde lo alto de su casa y murió [1].

Habiendo llegado el dia de su martirio, sacaron á los dos Apóstoles de su calabozo, y los llevaron juntos fuera de la ciudad por la puerta de Ostia. Dirigieron á san Pedro hácia el monte Vaticano, donde fue crucificado con la cabeza abajo, pues así lo habia pedido él mismo por humildad, temiendo que se creyera que afectaba la gloria de Jesucristo, si hubiera sido crucificado del mismo modo que su divino Maestro. San Pablo fué llevado á un sitio llamado las *Aguas salvianas* [2], y le cortaron la cabeza en atencion á su cualidad de ciudadano romano. Este dia para siempre memorable fue el 29 de junio del año 66 despues de Jesucristo [3]. San Pedro, fundador y pri-

[1] Prud. *De Martyr. II*, 145. (Véase tambien Tillemont, t. I, pág. 180).

[2] Baron. ad ann. 68, *Constit. apost.* lib. VI, c. 9.

[3] Véase Baron. ad ann. 69, § 1, 3, 19. (Véase las *Tres Romas*, t. III, y Foggino, *De itinere et episcopatu romano divi Petri).*

mer obispo de la Iglesia de Roma, la habia gobernado durante cerca de veinte y cinco años.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos hecho nacer en el seno de vuestra Iglesia, y dadnos la gracia de ser siempre fieles de todo nuestro corazon á la Iglesia romana, madre y soberana de todas las demás iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer sin discurrir todo lo que me manda la Iglesia.*

LECCION IV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Vida, misiones y martirio de san Andrés, —de Santiago el Mayor.—Juicio de Dios sobre Agripa, primer rey perseguidor de la Iglesia. —Vida, misiones y martirio de san Juan Evangelista, — de santo Tomás, —de Santiago el Menor, — de san Felipe, — de san Bartolomé, — de san Mateo, — de san Simon, —de san Judas, —de san Matías, —de san Marcos y de san Lucas.

La leccion anterior nos ha puesto á la vista la rápida historia de san Pedro y san Pablo, y esta nos va á bosquejar las expediciones y victorias de los demás conquistadores evangélicos. El primero de quien vamos á hablar es san Andrés : hermano de san Pedro, tuvo la gloria de llevar al Salvador al que debia ser el Jefe de la Iglesia universal. Despues de la ascension, dirigió sus pasos hácia la Escitia, recorrió la Grecia y el Ponto, y volvió en seguida hácia el Norte. Los moscovitas están en la persuasion de que san Andrés llevó la fe á su país hasta las fronteras de Polonia. Finalmente, se dirigió á la ciudad de Patras en Acaya, donde dió su sangre por Jesucristo en un suplicio semejante al de su hermano y al de su divino Maestro, pues como ellos fue crucificado. La tradicion nos dice que la cruz de san Andrés estaba formada con dos piezas de madera que se cruzaban oblícuamente por el medio, y representaba la figura de una X.

Desde el instante que vió á lo léjos el instrumento de su suplicio, el santo Apóstol exclamó en un transporte de alegría : «Salve, cruz «preciosa, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Dios y ador- «nada con sus miembros como de piedras preciosas. ¡Cruz saluda- «ble! recíbeme en tus brazos; hace mucho tiempo que te busco; «dígnese recibirme por tí el que se sirvió de tí para rescatarme.» Las reliquias del Santo descansan ahora en Italia, en la catedral de Amalfi [1]. ¡Quiera Dios que su amor hácia la cruz reine en todas las partes donde hay cristianos!

[1] Véase Ughelli, *Ital. sacr.* t. VII.

Hé aquí un nuevo conquistador y un nuevo testigo de la fe que tenemos la dicha de profesar:

Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan Evangelista y próximo pariente del Salvador. Se le da el sobrenombre de *mayor* para distinguirle del Apóstol del mismo nombre que fue obispo de Jerusalen, y que tiene el sobrenombre de *menor*, ya porque fue llamado al apostolado despues de Santiago el mayor, ya porque era de pequeña estatura, ya, en fin, á causa de su juventud. Salomé, madre de Santiago el mayor y de san Juan, se llamaba tambien María, y era prima hermana de la Vírgen santísima.

Santiago nació en Galilea, y era pescador de oficio como su padre y su hermano. Despues de la ascension del Salvador, se apresuró como los demás Apóstoles á desmontar el vasto campo que le habia cabido en herencia; leemos que predicó el Evangelio á las doce tribus de Israel, dispersas en diversos lugares de la tierra, y que llevó la antorcha de la fe hasta á España [1], de donde volvió á Jerusalen cargado con los despojos del infierno, y no esperó mucho tiempo el dia de su triunfo.

Agripa, nieto de Herodes, habia sido educado en Roma bajo el reinado de Tiberio, y habia conocido á Calígula y merecido la confianza de este príncipe lisonjeando bajamente sus pasiones. Apenas llegó Calígula al imperio, dió á Agripa el título de rey de los judíos para manifestarle su aprecio, y el nuevo soberano se apresuró á ir á tomar posesion de sus Estados. Afectando un gran celo por la ley de Moisés, suscitó una persecucion sangrienta contra los discípulos de Jesús, con la seguridad de granjearse de este modo el corazon de los judíos; aprovechóse, pues, del viaje que hizo de Cesarea á Jerusalen, con el designio de celebrar la fiesta de Pascua del año 43, y para manifestarles el deseo que abrigaba de complacerles. Santiago fue la primera víctima de su política; habiendo mandado que le prendieran algunos dias antes de la solemnidad, le sentenció á cortarle la cabeza, lo cual se ejecutó.

Eusebio cuenta, segun Clemente de Alejandría, que el denunciador del santo Apóstol quedó tan sorprendido al ver su valor y su constancia, que se declaró tambien cristiano, y fue condenado al mismo tiempo á ser decapitado. Cuando le llevaban al suplicio con Santia-

[1] Tal es la tradicion de la Iglesia de España, apoyada en la autoridad de san Isidoro de Sevilla, etc.

go, le pidió perdon por haberle entregado de aquel modo á sus verdugos. El Apóstol se volvió á su lado y le dijo abrazándole : «La paz «sea contigo.» Los dos recibieron la muerte en el mismo sitio [1]. Santiago el mayor es el primero de los Apóstoles que padeció el martirio. La Iglesia, al perder en la tierra una de las grandes columnas sobre las cuales estaba particularmente apoyada, no permaneció menos firme, para que sus enemigos se convenciesen de que está establecida, no sobre los hombres, sino sobre la omnipotencia de Dios.

Santiago conservó una virginidad perpétua; no comia carne ni pescado, y solo llevaba una túnica y una simple capa de lino [2]. Su cuerpo fue enterrado en Jerusalen, pero poco tiempo despues sus discípulos le trasladaron á España, y actualmente descansa en la catedral de Compostela en Galicia, que es una de las mas célebres peregrinaciones del mundo católico.

Agripa, que hizo morir al santo Apóstol, es el primer rey perseguidor de la Iglesia. En él principia la formidable historia de la justicia de Dios sobre todos los que se han atrevido á alzarse contra el Señor y contra su Cristo, porque los Reyes son criados y puestos en el mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo, Cordero dominador del mundo: tal es la condicion inmutable de su gloria, de su dicha y de su misma existencia. Si la infringen, son infaliblemente heridos por ejemplares castigos. La rigurosa precision con que se ejecuta esta ley hace diez y ocho siglos no es la menor de las pruebas de la divinidad del Cristianismo, y ella contesta victoriosamente á la indiferencia impía de nuestros dias, que considera al parecer á Jesucristo como á un monarca destronado que no merece ya temor, obediencia ni respeto, al mismo tiempo que demuestra notablemente el cuidado que el divino Pastor se toma desde lo alto del cielo de su rebaño querido.

Ya habeis visto que Herodes y Pilatos murieron miserablemente; Agripa, manchado con la sangre de un apóstol de Jesucristo, tardó poco en sentir los efectos de la venganza divina. Despues de la fiesta de Pascua, regresó á Cesarea con el designio de dar juegos públicos en honor del emperador Claudio, á donde le siguió un numeroso cortejo de personas de consideracion. El segundo dia de las fiestas se presentó en el teatro con una vestidura tejida en plata, en la

[1] Eusebio, lib. II, c. 9.
[2] S. Epiphan. epist. XVIII, c. 14.

que el arte sobrepujaba á la riqueza, y brillaba con nuevo esplendor con los rayos del sol que reflejándose en ella deslumbraban á los espectadores. Estos por su parte manifestaban una especie de respeto que rayaba en adoracion. Habiendo Agripa pronunciado un discurso, los aduladores que rodean por lo comun á los príncipes hicieron oir aclamaciones reiteradas: «No es la voz de un hombre, «exclamaron, sino la de un dios.» Embriagado el Príncipe con estas alabanzas impías, olvidó que era mortal; pero en el mismo instante le hirió el Ángel del Señor, y sintió dolores de entrañas tan violentos que no los podia soportar. Despues de haber padecido cinco dias sin que los médicos pudieran dulcificar en lo mas mínimo su mal, ni impedir que los gusanos lo devorasen vivo, espiró en medio de padecimientos imposibles de imaginar y mucho menos de expresar. Justicia de Dios: traslado á los perseguidores.

San Juan Evangelista ocupa el quinto lugar entre los doce pescadores de hombres que apartaron el universo del abismo de la idolatría. El mas jóven de los Apóstoles, vírgen de cuerpo y de corazon, san Juan, fue el discípulo amado del Salvador; asistió con Pedro y Santiago al espectáculo glorioso del Tabor, y mas adelante á la agonía de Jesús en el huerto de Gethsemaní; pero él solo, entre todos los Apóstoles, tuvo la dicha inefable de reposar durante la última cena sobre el seno adorable del Hombre-Dios; él solo le siguió al Calvario, y solo él con María fue nombrado desde lo alto de la cruz en el testamento del Salvador. En recompensa de su amor y de su fidelidad constante, Jesús le confió el cuidado de su augusta Madre.

Despues de la ascension del divino Maestro, Juan predicó el Evangelio en la Judea y la Samaria. Cuando llegó el momento de llevar á los gentiles la antorcha sagrada, al discípulo amado le tocó en suerte para su mision el vasto país ocupado por los partos [1]. Este pueblo famoso era el único que disputaba entonces á los romanos el imperio del mundo. No ha quedado en la historia huella alguna de las maravillas que hizo san Juan por la salvacion de aquella nacion, y únicamente sabemos que volvió al Asia Menor y que se fijó en la ciudad de Éfeso, donde vivia con él la Vírgen santísima. El Apóstol amado tenia á su cargo el gobierno de todas las ciudades del Asia, y gozaba de gran reputacion, tanto á causa de su eminente digni-

[1] Baron. ad ann. 44; S. Aug. *Quaest. evang.* lib. II, c. 39; y Estio, *in Ioan.*, pág. 1250.

dad, como por sus virtudes y milagros. Domiciano le mandó prender, y fue llevado á Roma el año 95 de Jesucristo; compareció delante del Emperador, quien léjos de enternecerse con el aspecto de aquel anciano venerable, tuvo la barbarie de mandar que le arrojaran en una caldera de aceite hirviendo [1]. Grande fue la alegría del Santo cuando oyó pronunciar su sentencia: ¡ardia en un deseo tan ferviente de ir al lado de su divino Maestro y pagarle amor con amor! Pero Dios se contentó con esta disposicion, concediéndole sin embargo el mérito y la honra del martirio; suspendió la actividad del fuego, y le conservó la vida, como la habia conservado en otro tiempo á los tres mancebos en el horno de Babilonia. El aceite hirviendo se convirtió para él en un baño refrigerante, y salió de él mas fuerte y vigoroso que habia entrado.

Asombró al tirano este suceso, y no atreviéndose á dar muerte al Santo, se contentó con desterrarle á la isla de Patmos [2] á trabajar en las minas. Allí es donde mártir, apóstol y profeta de la Ley nueva, san Juan escribió su Apocalipsis. La palabra Apocalipsis significa revelacion; el Salvador da á conocer en ella á su vírgen discípulo lo que ha de suceder al fin de los siglos, así como las maravillas de la Jerusalen celestial, conocidas únicamente hasta entonces de los Ángeles, pues tanto se complace nuestro Dios en comunicarse á los corazones puros. Condenado al destierro y al rudo trabajo de las minas en una edad muy avanzada, san Juan esperaba que pronto veria terminar su vida con el martirio; pero su divino Maestro le quitó esta esperanza.

Habiendo sido asesinado Domiciano el año siguiente, Nerva, adornado de excelentes cualidades y de un carácter naturalmente pacífico, fue elevado al imperio, y san Juan consiguió la libertad de regresar á Éfeso. Tenia á la sazon cerca de ochenta y dos años de edad, pero su extrema vejez no le impedia ir á las provincias vecinas, ya para ordenar obispos, ya para formar nuevas cristiandades. Así pues, gobernaba como antes todas las iglesias de Asia, y uno de los que ordenó en los últimos años de su gloriosa carrera fue el gran Policarpo, á quien instituyó obispo de Esmirna [3].

[1] Tertul. *De Praescrip.* c. 36. — Existe aun en el dia una capilla erigida en el lugar del martirio, cerca de la Puerta Latina.

[2] Una de las islas Esporades, situadas en el mar Egeo ó el Archipiélago.

[3] Tertul. *De Praescrip.* c. 32.

Por la misma época se manifestó tal como era el corazon del discípulo amado. Habiendo ido el santo anciano á una ciudad inmediata á Éfeso [1] llamó al Obispo, y en presencia de todo el pueblo le presentó un jóven que á las gracias corporales reunia un natural vivo y ardiente. Os recomiendo á este jóven, le dijo, en cuanto me es posible, y os le doy en depósito en presencia de Jesucristo y de la Iglesia. El Obispo prometió tener cuidado de él; pero muy pronto descuidó su promesa, y el jóven viviendo en una excesiva libertad se corrompió con el trato de las personas de su edad. Arrebatado por el ardor de su natural, como un caballo fogoso que rompe las riendas, bien pronto sobrepujó á sus compañeros; y poniéndose á su cabeza, formó una cuadrilla de bandidos, y nadie era mas violento, mas cruel y mas temible que él.

Algunos negocios obligaron en tanto al Apóstol á volver á la misma ciudad, y despues de arreglarlos, llamó al Obispo y le dijo: Devolvedme el depósito que Jesucristo y yo os hemos confiado en presencia de la Iglesia que presidís. El Obispo quedó asombrado. Os vuelvo á pedir, añadió el Apóstol, el jóven, el alma de vuestro hermano que os he confiado. El Obispo, bajando los ojos, le dijo llorando: ¡Ha muerto! ¿Cómo? replicó el santo anciano, ¿de qué género de muerte? Ha muerto para Dios, respondió el Obispo; se ha hecho un malvado, un perverso, y para decirlo todo, un ladron. En vez de estar aquí en la iglesia, se ha apoderado de un monte, donde se halla con una cuadrilla de bandidos como él.

Al oir estas palabras el Apóstol desgarró sus vestiduras, y exhalando un profundo suspiro, le dijo golpeándose la cabeza: ¿Será cierto que habeis sido un infiel custodio del alma de vuestro hermano? Que me traigan un caballo y me dén un guia. Y no prestando oidos mas que á su caridad, el venerable anciano monta á caballo y se dirige al monte indicado. Pronto le detienen los centinelas de los bandidos; pero en vez de huir y de pedirles la vida, exclama en alta voz: He venido para que me prendiérais; llevadme á la presencia de vuestro capitan. Y le conducen ante el jóven que le espera con las armas en la mano. Reconoce este al momento á san Juan, y lleno de terror emprende la fuga. El Santo olvida su debilidad y sus muchos años para correr tras él con todas sus fuerzas gritando: «¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¿por qué huyes de mí? ¿por qué huyes de

[1] S. Chrys. ad Th.; Baron. lib. I, c. 98; Eusebio, lib. III, c. 23.

«tu padre? ¿qué temes de un anciano débil y sin armas? ¡Hijo mio! «ten piedad de mí; no temas, que hay para tí esperanza de salva«cion. Yo responderé por tí á Jesucristo, yo padeceré muy gustoso «por tí la muerte, yo daré mi alma por la tuya. Detente, créeme; «Jesucristo me envia hácia tí.»

El jóven no pudo resistir á tan tiernas palabras, se detuvo, arrojó sus armas, y bajando los ojos prorumpió en copioso llanto. Cuando vió que el santo anciano se acercaba, fué á abrazarle y le bañó con sus lágrimas; pero tenia cuidado de esconder su diestra, porque estaba manchada con una multitud de crímenes. El santo Apóstol le estrechó contra su corazon, le aseguró nuevamente y con juramento que le alcanzaria del Salvador el perdon de sus pecados, y hasta se puso de rodillas delante de él, tomándole, con una bondad imposible de admirar bastante, la mano derecha que ocultaba, y besándola como manifestándole que estaba purificada ya con las lágrimas de la penitencia.

El buen pastor, glorioso con su conquista, volvió al redil aquella oveja extraviada, y la presentó á la asamblea de los fieles. Ni se contentó con esto, pues ofreció á Dios continuas oraciones por aquel jóven, se mortificó con él, le suavizó el corazon con diversas palabras de la Escritura, como por un santo encanto, y no se separó de él hasta haberle restablecido en la Iglesia por medio de la absolucion de sus pecados y la participacion de los Sacramentos.

San Juan escribió tambien su Evangelio en la ciudad de Éfeso, despues de su regreso de Patmos, y lo hizo á ruegos de sus discípulos, de cási todas las iglesias de Asia y de todos los fieles de las provincias vecinas, que fueron á suplicarle que diera por escrito un testimonio auténtico de la verdad. Antes de principiarlo ayunó é hizo oraciones públicas, y despues de una revelacion profunda, pronunció las primeras palabras [1]: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, etc. Los demás Evangelistas habian dado á conocer la humanidad del Salvador, mas san Juan nos revela su divinidad; tal es su principal objeto.

El Apóstol amado escribió tambien tres epístolas que conservamos, y son dignas del discípulo predilecto del que es todo amor. Dios permitió que san Juan llegara á una avanzada edad para que se consólidase la obra evangélica; reducido por causa de su extrema ve-

[1] Véase Tillemont, t. I.

jez á no poder ir á la iglesia, le conducian á ella sus discípulos, y no teniendo fuerzas para pronunciar largos discursos, solo decia al pueblo en todas las asambleas estas breves palabras: «Hijos queridos, «amaos unos á otros.» Como se fastidiasen de oirle repetir siempre lo mismo, les dió esta respuesta verdaderamente digna del Apóstol del *amor*: «Es el mandamiento del Señor; con tal que se cumpla, «esto basta [1].»

Su vejez no era triste ni angustiosa, y queria que se entregasen á inocentes diversiones de que él mismo daba ejemplo. Un dia en que estaba entreteniéndose en acariciar una perdiz domesticada, le vió un cazador que se asombró al parecer de que tan grande hombre se rebajase á tal pasatiempo. «¿Qué teneis en la mano? le dijo «san Juan. — Un arco, le respondió el cazador. — ¿Por qué no lle-«vais siempre la cuerda tirante? — Porque perderia su fuerza. — «Pues bien, añadió el santo Apóstol, por la misma razon doy alguna «tregua á mi espíritu.» Cuando llegó, por fin, á los cien años, entregó su hermosa alma en brazos de aquel en cuyo seno habia tenido la dicha de reclinarse. Fue sepultado en Éfeso.

El sexto conquistador evangélico es santo Tomás, que como los demás de quienes hemos hablado era judío de nacimiento, y es aquel á quien el Salvador resucitado permitió que pusiese su mano en la abertura de sus heridas. Despues de la ascension partió á Oriente y llevó el Evangelio á Persia, á Etiopia y á la India [2], donde selló con su sangre la doctrina que habia predicado. Se ignora á punto fijo el lugar y el año de su martirio, y únicamente se sabe que su cuerpo fue trasladado posteriormente á Edesa, ciudad célebre de Mesopotamia [3], donde por muchos años fue objeto de singular devocion. Nada debe admirarnos este culto, cuando se reflexiona que somos deudores de la ventaja de conocer el Evangelio y de ser cristianos á los esfuerzos y padecimientos de los Apóstoles.

El séptimo es Santiago el *Menor*: era hijo de Alfeo y de María, próxima parienta de la Vírgen santísima. San Jerónimo y san Epifanio nos dicen que el Salvador le encomendó en el momento de su ascension la iglesia de Jerusalen, y que por consiguiente los Apóstoles le nombraron Obispo de esta ciudad cuando se dispersaron para

[1] S. Hier. *in epist. ad Gal.* lib. III, c. 6.
[2] S. Chrys. t. VI, homil. XXXI; Baron. 44.
[3] San Gregorio de Tours, *Gloria martyr.* c. 32.

ir á predicar el Evangelio. El santo Obispo de Jerusalen obligó á los judíos á que le respetasen á pesar del encarnizamiento con que perseguian á los Cristianos. Por los años de 59 escribió la epístola que lleva su nombre, y que tiene el título de *católica ó universal*, porque no fue dirigida á una iglesia particular, sino á todos los judíos convertidos que se hallaban esparcidos por todo el universo. El Apóstol refuta en ella á ciertos falsos doctores que enseñaban que la fe bastaba por sí sola para la justificacion, y que por esta razon eran inútiles las buenas obras; da tambien excelentes reglas para llevar una vida santa, y exhorta á los fieles á recibir en sus enfermedades el sacramento de la Extremauncion.

Habiendo burlado san Pablo en la misma época con su apelacion al Emperador los perversos designios de los judíos, resolvieron estos descargar todo su encono sobre el santo Obispo de Jerusalen. El sumo pontífice Anano, digno hijo del famoso Anás de quien se habla en el Evangelio, convocó el Sinedrio, é hizo comparecer á Santiago con otros varios cristianos. Acusaron al Apóstol de haber infringido la ley de Moisés, y le condenaron á ser apedreado. Antes de entregarle al pueblo, le llevaron á lo alto del templo exigiéndole que renegase allí de su fe, de modo que todo el pueblo oyese su voz. Este será, le dijeron, el medio de desengañar á los que has seducido. El Santo, en vez de hacer lo que exigian, empezó á confesar á Jesucristo del modo mas solemne. Los Escribas y Fariseos llenos de ira exclamaron : ¡ Cómo ! ¿ así se extravia el hombre justo ? Y subieron precipitadamente al lugar donde estaba, y desde allí le precipitaron.

Santiago no murió de la caida ; aun tuvo fuerzas para arrodillarse, y en este ademan alzó al cielo los ojos y rogó á Dios que perdonase á sus asesinos diciendo como su divino Maestro : No saben lo que hacen. El populacho le arrojó una nube de piedras, hasta que un batanero le acabó de matar descargándole en la cabeza un golpe con una palanca de las que le servian para batanar el paño. Sucedió esto el dia de Pascua, el 10 de abril del año 61 de Jesucristo [1]. Era tal la opinion que los judíos tenian de su santidad, que atribuyeron á su muerte injusta la destruccion de Jerusalen [2].

El octavo conquistador evangélico es san Felipe. Este nuevo Após-

[1] Eusebio, pág. 64.
[2] Josefo, *Antiq.* lib. XX, c. 8.

tol era de Bethsaida de Galilea, y fue uno de los primeros discípulos del Salvador. Cuando los doce pescadores de hombres se dispersaron por todas las partes del mundo despues de la venida del Espíritu Santo, san Felipe partió á las dos Frigias, donde el glorioso vencedor del Gentilismo gozó mucho tiempo del fruto de su victoria, pues san Policarpo, que no se convirtió hasta el año 80 de Nuestro Señor, tuvo por algun tiempo la dicha de platicar allí con él. Fue sepultado en la ciudad de Hierápolis de Frigia, y mas de una vez se creyó esta ciudad deudora de su conservacion á los milagros continuos que se obraban por virtud de su santo Apóstol.

El noveno es san Bartolomé: galileo de nacimiento, fue puesto por el mismo Salvador en el número de los Apóstoles, y cuando sus compañeros, al salir del Cenáculo, se dirigian unos hácia el Occidente, y otros hácia el Mediodía y el Norte, san Bartolomé se propuso recorrer las comarcas mas bárbaras del Oriente, y penetró hasta los confines de las Indias [1]. Los antiguos entendian algunas veces bajo este nombre no solamente la Arabia y la Persia, sino tambien la India propiamente dicha. En efecto, hablan de los bracmanes de este país, famosos en el universo por su pretendido conocimiento de la filosofía y por sus misterios supersticiosos. Cuando san Pantenes fué en el principio del siglo III á las Indias para refutar á los bracmanes, halló entre ellos vestigios del Cristianismo, le enseñaron una copia del Evangelio de san Mateo en hebreo, que le aseguraron habia llevado á aquellas comarcas san Bartolomé cuando plantó en ellas la fe [2].

El santo Apóstol volvió á los países situados al Noroeste del Asia, y vió á san Felipe en Hierápolis de Frigia; de allí se dirigió á Licaonia, donde, segun afirma san Crisóstomo, enseñó á los pueblos la religion cristiana, y finalmente penetró en la Grande Armenia para predicar la fe á una nacion tenazmente adherida á las supersticiones de la idolatría, y recibió allí la corona del martirio [3]. Los historiadores griegos y latinos están acordes en decir que fue crucificado y desollado vivo. La reunion de estos dos suplicios era usada no solamente en Egipto, sino hasta entre los persas, y los armenios podian haber imitado de estos últimos pueblos vecinos suyos seme-

[1] Eusebio, lib. V, c. 10.
[2] Eusebio, pág. 175.
[3] San Gregorio de Tours, lib. I, c. 34.

jante género de barbarie. Se cree que la ciudad de Albanópolis, donde fue martirizado, es la ciudad de Albano, situada en las costas del mar Caspio confinantes con la Armenia.

¿Quién puede recordar sin asombro las numerosas cárceles que los Apóstoles santificaron con su presencia, y las vastas regiones que recorrieron y regaron con su sangre? Pero al admirar el ardor de su celo y el heroismo de su valor, ¡cuál hemos de humillarnos al ver nuestra pereza, nosotros que nada ó cási nada hacemos para extender el reino de Dios entre las naciones, ni para la santificacion de nuestras propias almas!

Mientras san Bartolomé se entregaba á tanto trabajo y tantos padecimientos en las Indias y en la Armenia, el décimo conquistador evangélico penetraba en Etiopia y en Persia [1]. Este nuevo Apóstol es san Mateo. Llamado de su oficina de los impuestos al apostolado por el mismo Salvador, no se da otro nombre que el de su primera profesion; siempre se llama *Mateo el Publicano.* Su humildad usa este lenguaje para que admiren todas las generaciones el poder y la misericordia del que hasta de una piedra sabe hacer, cuando le place, un hijo de Abrahan. Antes de partir á sus lejanas misiones escribió su Evangelio [2], como si obligado á separarse para siempre de sus queridos neófitos de Jerusalen quisiera suplir con su libro la falta de su presencia.

Dió á su obra el nombre de *Evangelio,* es decir, *buena y feliz noticia,* y con razon, porque ¿qué nuevas hay mas felices que, contando la vida del Verbo hecho carne, anunciar á todos los hombres, hasta á los mas perversos, la reconciliacion del cielo con la tierra, el perdon del pecado, nuestra libertad del infierno, la adopcion de los hijos de Dios, la herencia de su reino y la gloria de ser hermanos de su único Hijo? San Mateo se detiene en su Evangelio en describir la generacion temporal del Redentor, y deja á san Juan el cuidado de completar lo que habia principiado descubriendo su nacimiento eterno. ¿Qué cosa mas justa, sino que el que se habia convertido despues de muchos pecados, fuese el primero en anunciar la misericordia infinita del Salvador, que vino á llamar, no á los justos, sino á los pecadores?

San Mateo vivia muy austeramente y no comia carne, sustentán-

[1] Socr. lib. I, c. 19, pag. 50; Ruff. lib. X, c. 9, pag. 164.
[2] Eusebio, pág. 95.

dose solo de yerbas, raíces y frutas silvestres [1]. Murió en Luch, en el país de Sennaar, que formaba parte de la antigua Nubia, y que está entre la Abisinia y el Egipto. Así es como, por mandato de la Providencia, cada apóstol debia descansar despues de su muerte en el país que se le habia designado para plantar el Evangelio. Poderosos custodios de nuestra fe, velad por vuestra obra desde los cielos.

Aunque Dios se glorifica haciendo que brillen con esplendor las grandes acciones de sus siervos, se complace á veces en tenerlas ocultas, queriendo enseñarnos con esto su infinita sabiduría á que amemos nosotros la oscuridad y el olvido del mundo. Tal es la reflexion que inspira la vida de san Simon, pues todo lo que se sabe de este undécimo Apóstol se reduce á que el ardor de su celo por la gloria de su divino Maestro le valió el sobrenombre de *Celoso*. Los martirologios de san Jerónimo, de Beda, de Adon y de Usuardo fijan su martirio en Persia en una ciudad llamada Suanir, y atribuyen su muerte al furor de los sacerdotes idólatras.

El duodécimo apóstol es san Judas : tiene por sobrenombre Tadeo, que quiere decir *alabanza*, y Lebeo, que significa *un hombre de espíritu*; era hermano de Santiago el Menor y próximo pariente de Jesucristo; elegido como los demás para arrancar el universo del imperio del demonio, salió de Judea despues de Pentecostes, pasó al África, y plantó la fe en la Libia [2]. San Judas volvió á Jerusalen el año 63 de Jesucristo, y asistió á la eleccion que se hizo de su hermano san Simeon para gobernar la iglesia de esta ciudad. Cuéntase que murió en Ararat de Armenia, y es indudable que los armenios honran aun á san Bartolomé y á san Judas como á sus primeros apóstoles [3]. Tenemos una Epístola de san Judas dirigida á todas las iglesias y en particular á los judíos convertidos, y escrita especialmente con el fin de precaver á los fieles contra las herejías nacientes de los Nicolaitas y los Gnósticos.

San Judas era casado antes de su vocacion al apostolado [4]. La historia habla de dos nietos suyos, dignos por sus virtudes de su ilustre abuelo; aquellos inocentes cristianos poseian en comun dos

[1] S. Clem. Alexand. *Paedag.* lib. II, c. 1.
[2] San Paulino, *Carm.* 26.
[3] Véase Joaquin Schroder, *Thes. ling. armen.* pág. 149.
[4] Eusebio, *Hist.* lib. III, c. 20.

fanegas de tierra que cultivaban juntos, y el producto de tan corta herencia les bastaba para pagar los tributos que Domiciano exigia á los judíos con extremo rigor. El receloso tirano no se contentó con esto, y mandó que se diese muerte á todos los descendientes de David para quitar á los judíos todo pretexto de rebelion. Denunciáronse por consiguiente los nietos de Judas como de la raza real de David y parientes de Cristo, y fueron presentados á Domiciano. El Emperador les interrogó sobre su orígen, sus riquezas, sobre el Mesías y su trono, á todo lo cual respondieron con entera sinceridad. Sus manos encallecidas por el trabajo demostraban bastante que era verdad lo que decian de su pobreza; en cuanto al Mesías, declararon que verdaderamente era Rey, pero que su reinado no ostentaria todo su brillo hasta el fin del mundo, cuando viniera á juzgar á los vivos y á los muertos. Admirado de su sencillez y tranquilizado con la bajeza de su condicion actual, el Emperador les despidió como personas que de modo alguno debia temer, y elevados posteriormente al sacerdocio, gobernaron santamente iglesias considerables [1].

El nombre de san Matías, de quien vamos á hablar, no puede pronunciarse sin despertar un doloroso recuerdo. Judas Iscariote habia dejado con su traicion y su muerte una plaza vacante en el colegio apostólico, y fue elegido para reemplazarle san Matías algunos dias antes de Pentecostes. Se ignoran la historia de sus conquistas evangélicas y los pormenores de su muerte, y su vida, como la de san Simon, está oculta en Jesucristo y escrita únicamente por los Ángeles en el libro inmortal de la eternidad.

Doce de aquellos ilustres pescadores cuya historia acabamos de bosquejar fueron enviados directamente para coger en la red de la Iglesia á los hijos de Abrahan. Así como, con una bondad que no se cansa jamás, Dios habia tenido á bien, á pesar de la muerte de su Hijo, recordar las antiguas promesas hechas á los Patriarcas, los judíos debian ser los primeros en entrar en el reino de Dios; pero su obstinacion obligó al Omnipotente á dar al Mesías un pueblo nuevo, y los gentiles fueron los herederos de sus promesas. Pablo fue llamado para ellos al apostolado, y su celo correspondió á su vasta mision.

Á la historia de los doce conquistadores, á quienes los pueblos

[1] Tillemont, t. I.

modernos no pagarán nunca el tributo de reconocimiento á que les son acreedores, añadamos la de san Marcos y san Lucas. Estos dos fieles compañeros de san Pedro y de san Pablo merecen bajo muchos conceptos los homenajes de las naciones cristianas, en primer lugar porque participaron de los trabajos de sus ilustres patronos, y porque nos transmitieron la historia del Salvador y de las primeras conquistas evangélicas.

San Marcos era judío de nacimiento, y atraido á la fe por los Apóstoles despues de la ascension, llegó á ser el compañero fiel de san Pedro. El Jefe del colegio apostólico convirtió en su primer viaje á Roma un gran número de personas, y san Marcos escribió su Evangelio [1] á ruego de estos nuevos fieles, y particularmente de los caballeros romanos. Recopiló todo lo que habia oido al Apóstol, y formó su obra. San Pedro quedó admirado del celo que demostraban los Cristianos por la palabra de vida, aprobó el Evangelio de san Marcos, y le imprimió el sello de su autoridad para que fuera leido en las asambleas de los fieles; y al partir el Apóstol á Oriente, envió á san Marcos á Egipto con el título de Obispo de Alejandría, que era, despues de Roma, la ciudad mas célebre del mundo.

San Marcos predicó doce años en diversas comarcas de Egipto, despues de los cuales fué á Alejandría, donde formó en poco tiempo una iglesia muy numerosa. Los asombrosos progresos del Cristianismo excitaron tanto furor á los gentiles, que resolvieron dar muerte al instrumento de tantas maravillas; pero san Marcos halló el medio de librarse de su rabia por algun tiempo. Fue descubierto, por fin, mientras ofrecia á Dios la *oracion*, es decir, mientras celebraba los sagrados misterios; los paganos mas enfurecidos se apoderaron de él, le ataron con cuerdas y le arrastraron por las calles diciendo á voces que era preciso llevar aquel buey á Bucoles, que era un lugar cercano al mar y erizado de peñascos y precipicios. Esto sucedió el 24 de abril del año 68 de Jesucristo y décimocuarto del reinado de Neron.

El Santo fue arrastrado durante todo el dia; la tierra y las piedras quedaron teñidas con su sangre, y se veian por todos lados pedazos de su carne. El venerable anciano no cesaba de bendecir á Dios durante su espantoso suplicio por haberle juzgado digno de padecer por la gloria de su nombre, y cuando llegó la noche los gentiles le

[1] Eusebio, lib. II, c. 15.

hundieron en un calabozo. Al dia siguiente por la mañana le arrastraron como el dia anterior y espiró en este suplicio; los cristianos recogieron los restos de su cuerpo y los sepultaron en Bucoles, en el mismo sitio donde acostumbraban reunirse para la oracion.

San Marcos no hace mas que compendiar en su Evangelio el de san Mateo: su modo de narrar es conciso, é interesa singularmente por los encantos de una elegante sencillez; á ejemplo de san Mateo, nos da á conocer al Salvador como hombre, como legislador y como modelo, y no cuenta lo que el Hijo de Dios dice de ventajoso para san Pedro, sino que relata su desprendimiento con mucha extension para secundar la humildad del santo Apóstol.

Es diferente el estilo narrativo del Evangelista cuya historia vamos á exponer. San Lucas se propuso, á lo que parece, por objeto mostrarnos al Salvador como sacerdote y pastor, y solo en su Evangelio se halla el relato de varias circunstancias relativas á la encarnacion, como la anunciacion de este misterio á la Vírgen santísima, su visita á santa Isabel, la parábola del hijo pródigo, y otras varias particularidades del mismo género. Su estilo es claro, elegante y variado; los pensamientos y la diccion de una sublimidad que sorprende, y se admira en él al mismo tiempo esa sencillez que forma el carácter distintivo de los escritores sagrados. La energía con que habla el Evangelista de la paciencia, de la mansedumbre y de la caridad de un Dios hecho hombre por nosotros; su serenidad de ánimo al relatar los padecimientos y la muerte del Salvador; su atencion en evitar las exclamaciones y en abstenerse de esos epítetos duros que tan comun es dar á los enemigos del que se ama; todo tiene un no sé qué de grande, noble, interesante y persuasivo que vanamente se buscarian en los mas bellos adornos del lenguaje. Esta sencillez contribuye á que las grandes acciones hablen, por decirlo así, por sí mismas, y la elocuencia humana solo serviria para disminuir su brillo.

Despues de haber dado á conocer la obra, demos á conocer al autor. San Lucas era de Antioquía, metrópoli de Siria, donde hizo excelentes estudios, que perfeccionó viajando por Grecia y Egipto. Su aficion le inclinó particularmente á la medicina; pero solo despues de su conversion al Cristianismo la caridad le impulsó, á lo que parece, á ejercer un arte que no es incompatible con las tareas del ministerio apostólico. San Jerónimo asegura que sobresalia en él, y

toda la tradicion añade que no era menos diestro en la pintura.

Era ya un perfecto modelo en todas las virtudes cuando san Pablo le eligió por cooperador y compañero de sus tareas por los años de 51 de Jesucristo; y estos dos grandes Santos no se separaron ya sino á intervalos, y cuando la necesidad de las iglesias lo exigia. San Lucas siguió á Roma al grande Apóstol en 61, cuando fue enviado preso, y no se separó de él hasta que tuvo el consuelo de verle libre otra vez en 63.

En este mismo año terminó los Actos de los Apóstoles, preciosa historia que habia principiado en Roma por inspiracion del Espíritu Santo [1], y que es en cierto modo la continuacion de su Evangelio. Se propone refutar en ella las falsas revelaciones que se publicaban sobre la vida y trabajos de los fundadores del Cristianismo, y legar con el relato auténtico de las maravillas de que Dios se habia servido para formar su Iglesia una prueba invencible de la resurreccion del Salvador y de la divinidad del Evangelio. Despues de la muerte de san Pablo, el Evangelista predicó en Italia y en Dalmacia, y coronó su larga carrera con un glorioso martirio [2].

Es digno de advertirse que Dios mandó escribir su Ley, por decirlo así, á su pesar y como forzado, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento. La tradicion oral es mucho mas conforme á la sencillez é inocencia que Dios desea ver entre los hombres, y es tambien mas propia para estrechar los lazos de familia y hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos. Así pues, no se ve que Nuestro Señor encargase á sus Apóstoles que extendieran por escrito la historia de su vida ó de su doctrina; y los autores que la dieron se determinaron á hacerlo por diversas circunstancias y por inspiracion del Espíritu Santo. San Mateo escribió su Evangelio á ruegos de los judíos convertidos de Palestina; san Marcos escribió el suyo á ruegos de los fieles de Roma, y los Obispos de Asia suplicaron á san Juan que les dejase un testimonio auténtico de la verdad contra las herejías de Cerinto y de Ebion [3].

San Ireneo, san Jerónimo y san Agustin ven una figura de los Evangelistas en los cuatro animales misteriosos de Ezequiel y del

[1] S. Hier. *Catalog. vir illustr.* c. 7.

[2] Véase san Gregorio Nazianceno, or. III, y san Paulino, serm. XVII.

[3] Véase Eusebio, lib. III, c. 24; lib. II, c. 15; san Jerónino, *Prol. in Matth.*

Apocalipsis, y por esto el retrato de cada Evangelista va acompañado de uno de estos animales simbólicos. Se conviene generalmente en que el *águila* es el símbolo de san Juan, quien desde un principio se eleva hasta el seno de la Divinidad para contemplar en ella la generacion eterna del Verbo; el *buey* es la figura de san Lucas, que empieza haciendo mencion del sacerdocio del Hombre-Dios y del sacrificio de Zacarías; san Mateo está representado por el animal que tenia la *figura* como *del hombre,* porque principia contando la generacion temporal del Salvador, y su objeto es darnos á conocer su santa humanidad; finalmente, el *leon* caracteriza á san Marcos, porque explica la dignidad real del Salvador, verdadero leon de la tribu de Judá, y principia por su retiro al desierto, morada ordinaria del leon.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos transmitido vuestra santa doctrina, no solamente de viva voz, sino por escrito; dignaos iluminar á los que aun no os conocen.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero leer el Evangelio con el mas profundo respeto.*

LECCION V.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Lucha del Gentilismo con el Cristianismo. — Roma pagana.

El reino de los cielos ó la Iglesia es semejante á un grano de mostaza, que siendo el mas diminuto de todas las semillas, se convierte despues en un árbol tan crecido que las aves del cielo pueden poner los nidos en sus ramas, y revolotear por entre su follaje : esto es lo que decia el Salvador á sus Apóstoles, cuando recorria pobre y oscuro los pueblos de Palestina. Así como no hay parte alguna en la tierra que no visite el sol en su curso diario, del mismo modo no hay pueblo alguno debajo del cielo que no haya oido su voz ; hé aquí lo que decia diez siglos antes el Profeta real al vaticinar las conquistas de los pescadores galileos.

La historia de sus misiones es la realizacion literal de estas dos profecías. El Oriente, el Mediodía, el Ocaso y el Norte vieron á aquellos conquistadores evangélicos que enarbolaron en todos los ámbitos del globo el pendon victorioso de la cruz ; esparcieron por toda la tierra la semilla de la verdad ; anunciaron la buena nueva á todas las naciones, y estas la recibieron con regocijo, y la excelente semilla ha dado el ciento por uno. Cuando el último de aquellos doce soles se ocultó en la ciudad de Éfeso, la luz evangélica brillaba del uno al otro polo, habia cristianos en todas partes, y era inmenso su número.

Hé aquí, pues, una sociedad nueva que se forma en el seno de la antigua, y crece tan rápidamente, que pronto se hallarán ambas frente á frente y trabarán la lucha, pues la sociedad vieja querrá ahogar á la jóven. Antes de describir la encarnizada lucha que va á ensangrentar el mundo durante tres siglos, es necesario conocer á fondo á los dos campos opuestos ; al Gentilismo y al Cristianismo. De esta nocion resultarán tres principales ventajas.

1.ª Al ver de una parte el viejo mundo, el mundo pagano, gastado por su incredulidad y sus excesos ; hirviendo en furor al ver

turbados su voluptuosidad infame y su brutal despotismo; disponiendo de toda la fuerza material, lanzando uno tras otro contra su débil rival como rayos abrasadores sus edictos de proscripcion general; armando de hachas á sus verdugos y procónsules; desencadenando todos los leones, tigres y osos que podian proporcionarle los desiertos de África y los bosques de Germania, y llamando en su auxilio á sus legiones vencedoras del universo, su Senado y sus Emperadores; y al ver de la otra parte la sociedad jóven, la sociedad cristiana, compuesta de pequeños y de pobres, fuerte únicamente por su fe, y no oponiendo á su formidable enemigo mas que sus angélicas virtudes y esta única palabra: *Soy cristiano,* verémos con nuestros propios ojos y tocarémos, por deirlo así, con nuestras manos el brazo omnipotente que ha hecho que la debilidad triunfase de la fuerza y la víctima del verdugo, y asombrados y confundidos adorarémos en silencio y dirémos con Tertuliano: Esto es incomprensible é increible, luego es obra de Dios: *Incredibile, ergo divinum.*

2.ª Cuando hayamos estudiado circunstanciadamente el estado del mundo gentil, reconocido cuál era la abyeccion y la miseria profunda del hijo, de la mujer, del esclavo y del pobre, y visto lo que ha hecho por ellos el Cristianismo, sabrémos hacer una diferencia entre ambas sociedades, y nuestro corazon se henchirá de gratitud, y brotarán de nuestros labios continuas bendiciones al Dios salvador que habiéndonos arrancado de aquel horrible estado, en el cual hubiéramos nacido y moriríamos á no ser por él, nos llamó á la luz, á la dulce libertad y á los beneficios del Evangelio.

3.ª Al conocer á los primeros cristianos, nuestros ilustres antepasados, completarémos la falta de nuestra primera educacion, de esa educacion insensata que solo nos habló de los héroes gentiles y de los dioses de la mitología, como si fuéramos tiernos ciudadanos de Atenas y Roma, ó futuros adoradores de Mercurio y de Júpiter. Las virtudes de nuestros padres nos enseñarán cuál es la santidad de nuestra vocacion, y nos dirémos á nosotros mismos: Hé aquí lo que hicieron nuestros padres y lo que ellos nos dicen como el divino Modelo: Os hemos dado el ejemplo para que hagais lo que hicimos. Siendo herederos de su sangre y de su nombre, ¿por qué no hemos de poder hacer lo que ellos hicieron? Ningun cambio ha habido en la Religion; adoramos al mismo Dios, profesamos el mismo Evangelio, y esperamos la misma recompensa. Hijos del viejo Adan como

nosotros, nuestros padres fueron débiles, tentados, pobres, perseguidos y víctimas de padecimientos, y solo en nosotros estriba el que seamos, como ellos, hijos del nuevo Adan, sencillos, sinceros, humildes, castos, resignados y caritativos; es preciso, sí, es preciso; á este precio se logra el cielo.

Para conocer debidamente la diferencia entre el Gentilismo y el Cristianismo, para apreciar la extension de los beneficios de que es acreedor á este último el mundo, y para ver de cerca las virtudes de nuestros padres en la fe, traslademonos á mil ochocientos años atrás, y supongamos que llegamos á Roma el dia que precedió al martirio de san Pedro y san Pablo, y estudiemos circunstanciadamente aquella famosa ciudad en la que se reflejaba entonces el mundo entero como en un vasto espejo.

El Gentilismo y el Cristianismo están allí frente á frente:

El primero ha llegado á su último grado de desarrollo, y el segundo está aun en la cuna. Dirijamos primero nuestras miradas al Gentilismo, y considerémosle sucesivamente en su culto, en sus costumbres y en sus leyes; y á este triple cuadro opondrémos el culto, las costumbres y las leyes del Cristianismo. El Gentilismo habita en la Roma que se muestra á la faz del sol, y el Cristianismo habita en una Roma subterránea. Veamos lo que era la Roma pagana.

Tras setecientos años de continuas guerras, los romanos habian llegado á dominar el mundo. Como todos los pueblos gentiles, solo habian combatido para conquistar botin y esclavos, y para ellos la tierra fue una oveja que no se contentaron con esquilmar, sino que tambien la desollaron. Subamos á la cúspide del Capitolio, y veamos en qué convertian sus inmensos despojos.

Á nuestros piés se extiende una ciudad inmensa, en cuyo seno hormiguean mas de cinco millones de habitantes. Nada puede igualarse al número y magnificencia de sus palacios y templos, y asombra el que todo el oro del mundo haya bastado para construirlos y ornarlos. Roma fue edificada sobre siete colinas; pero con motivo de su sucesivo incremento, comprendia en su recinto bajo los Césares y coronaba doce de estas alturas [1]. Dividíase en catorce barrios [2], cu-

[1] Los nombres de los siete collados primitivos son: Palatino, Capitolino, Aventino, Celio, Quirinal, Viminal y Esquilino, y los de los demás: Janículo, Monte-Cavallo, Pincio, Vaticano, Citorio y Giordano.

[2] Hé aquí sus nombres: 1.° Puerta Capena; 2.° Coelimontium; 3.° Isis y



ya circunferencia total era de doscientos cuatro mil novecientos quince piés; contábanse cuarenta y ocho mil setecientas diez y nueve casas, en cuyo número habia dos mil palacios de la mas increible magnificencia [1]; abovedadas hasta cierta altura y construidas de piedra refractaria al fuego, estaban aisladas entre sí y sin pared intermedia, siendo cada una de ellas una ciudad entera, y veíanse tambien foros ó anchas plazas, circos, pórticos, baños, vastos jardines y ricas bibliotecas.

Para satisfacer la molicie y dar pábulo á la ociosidad de sus voluptuosos moradores, Roma tenia novecientos establecimientos de baños, trescientos veinte y siete graneros de abundancia, y cuarenta y cinco palacios destinados al libertinaje. Veíanse elevarse de su vasto recinto cuatrocientos setenta templos de ídolos en los cuales se adoraban treinta mil dioses. Roma poseia además cinco naumáquias, especies de lagos donde se representaban batallas navales; estatuas y obeliscos sin número; treinta y seis arcos de triunfo de mármol precioso y adornados de esculturas; ochenta caballos de bronce dorado y noventa y cuatro de marfil; varios anfiteatros, de los cuales uno solo podia contener ochenta y siete mil espectadores sentados; el gran Circo, que contenia ciento cincuenta mil asientos, segun opinan los que le señalan menos, y cuatrocientos ochenta y tres mil, segun los que le señalan mas: no habia un solo hospital, y finalmente el palacio imperial edificado por Neron, menos notable por el oro y piedras preciosas que formaban su ornato, que por los campos, bosques y lagos de que estaba rodeado. De las veinte y cuatro puertas de Roma salian veinte y cuatro vias, enlosadas con anchas piedras y con los márgenes adornados de soberbios mausoleos, y que conducian de la capital del mundo á las provincias [2].

Bajemos ahora del Capitolio y penetremos en lo interior de las ca-

Serapis Moneta; 4.° Templum Pacis; 5.° Esquilina cum turre et colle Viminali; 6.° Alta Semita; 7.° Via Lata; 8.° Forum Romanum; 9.° Circus Flaminius; 10 Palatium; 11 Circus Maximus; 12 Piscina publica; 13 Aventinus; 14 Trans Tiberim.

[1] En las ediciones anteriores del Catecismo solo hablamos de los palacios. (Véase Onuphre, *Descrip. urbis Romae*, pág. 105; Nardini, *Roma antica*, pág. 74). — En esta apreciacion no se comprenden los arrabales que ocupaban la vasta campiña en medio de la cual está edificada Roma.

[2] Esta descripcion está sacada de Aurelio Víctor y de Onuphre, lib. I, página 105. (Véanse mas pormenores en las *Tres Romas*, t. I).

sas. Antes de llegar hasta el amo, ved esos millares de esclavos obedientes á todos sus caprichos y que encierran durante la noche en unas como cárceles oscuras é insalubres llamadas *ergastula*; la plebe que hormiguea por las calles se acuesta bajo los tejados, donde puede; durante el dia está en el anfiteatro y en los lugares de libertinaje, y no tiene mas que dos deseos : pan y diversiones [1]. El rico habita en aposentos con las paredes pintadas al fresco, el pavimento formado de ricos mosáicos y los artesonados adornados de oro, con todo lo que para nosotros constituiria un palacio de la mayor magnificencia. La historia y los monumentos que subsisten aun nos enseñan que se prodigaban en el mueblaje el oro, la plata, el marfil, las piedras preciosas y las maderas mas raras y de mas valor.

Ciceron, el modesto Ciceron, tenia una mesa de limonero que costaba doscientos mil sextercios, es decir, veinte y cinco mil francos, y por una casa que compró á Craso dió tres millones y medio de sextercios, es decir, cuatrocientos treinta y siete mil quinientos francos.

Julio César tenia dos mesas que le costaban doscientos cuarenta mil francos, y este mismo César asistia á los juegos públicos sentado en una silla de oro macizo.

Contemos ahora la fortuna de algunos ciudadanos de Roma.

Craso poseia dos mil millones de sextercios tanto en haciendas como en dinero, sin contar sus muebles y sus esclavos. Por esto decia modestamente que no debia llamarse rico al que con sus rentas no podia mantener una legion, y no se ignora que una legion se componia de cerca de diez mil hombres.

Séneca el *filósofo* poseia en bienes raíces trescientos millones de sextercios. Otro romano llamado Cayo Cecilio Claudio Isidoro declaró en su testamento que, aunque habia tenido muchas pérdidas durante la guerra civil, dejaba sin embargo á sus herederos cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientos cincuenta y siete mil animales de otras especies, y seiscientos millones de sextercios.

¿Para qué hacian servir tan inmensas riquezas y el mundo entero sometido á sus leyes? En cuanto á Dios, para el sacrilegio; en cuanto á sí mismos, para la inmoralidad; y en cuanto á los demás, para la mas bárbara opresion : todas las criaturas se habian convertido en instrumentos de crímen en las manos de aquellos seres degradados.

[1] Duas tantum res anxius optat, panem et circenses.

Su religion era una grande infamia, sus templos lugares de excesos, sus fiestas escuelas de libertinaje, y sus dioses todas las pasiones de su corazon. No hablarémos de sus misterios ni de sus iniciaciones secretas, pues toda alma honesta sabe por qué, y únicamente dirémos que el ejemplo de los dioses servia para alentar el crímen, y luchaban á quién les imitaria mejor. Como si Roma, á pesar de la multitud de sus propios crímenes, no hubiera sido bastante rica en este género, adoptó todos los de las naciones que sometia á su imperio, de modo que se veian dentro de sus muros divinidades de todos los nombres y figuras, sacrificios y religiones de toda especie. Satanás se presentaba allí bajo mil y mil formas á la adoracion de los mortales, y Roma era el centro de su imperio, su templo y su cielo.

Ya se adivina lo que podian ser bajo el cielo abrasador de Italia las costumbres de los romanos con pasiones alimentadas por la opulencia y favorecidas por la religion : su lujo y sus insensatas prodigalidades excedian á toda ponderacion. Calígula gastó en menos de un año dos mil setecientos millones de sextercios que le habia legado el emperador Tiberio, y simples particulares, de regreso de sus expediciones, sobrepujaban en magnificencia y en lujo á los mas grandes monarcas : tal era el famoso Lúculo, quien, además de sus jardines tan célebres en la historia, tenia varios salones á cada cual de ellos dió el nombre de una divinidad, y este nombre era para su mayordomo señal del gasto que intentaba hacer. Habiéndole sorprendido un dia Pompeyo y Ciceron, dijo que cenarian en el salon de Apolo, y les sirvieron un banquete que costaba veinte y cinco mil francos; y en otra ocasion aquel hombre se encolerizó contra su mayordomo que, sabiendo que habia de cenar solo, mandó preparar una comida menos suntuosa de lo ordinario. ¿No sabias, le dijo, que Lúculo debia comer hoy en casa de Lúculo? Los excesos trastornaron su razon, y murió loco.

Tito Anio Milon murió debiendo cuarenta y dos millones quinientos mil francos.

Otro, despues de haber consumido en la mesa seiscientos millones de sextercios, se vió precisado á examinar el estado de sus rentas [1], y al ver que solo ascendian á doscientos cincuenta mil francos,

[1] El sextercio valia dos sueldos y medio. (Véase *Usos de los romanos*, por Nieuport, lib. VI, pág. 282).

se envenenó creyendo que semejante cantidad no era suficiente para alimentar á un romano. Su cocina tan solo le habia costado mil millones de sextercios [1]. Este hombre se llamaba Apicio. Sus títulos de gloria consistieron en ser inventor de guisados que llevaban su nombre, y jefe de una academia de gula.

Todos se entregaban mas ó menos á tan repugnantes excesos, y el lujo de las comidas y festines agotaba los tesoros del Estado y la fortuna de las familias. Aquel pueblo de sibaritas necesitaba que le trajesen los pescados mas raros de los países y costas mas remotos. Habian hallado el medio de servir cerdos enteros asados de un lado y hervidos de otro; amontonaban juntos sesos de aves y de cerdo, yemas de huevo y hojas de rosa, y formaban del todo una pasta odorífera, cocida á fuego lento con aceite, garo, pimienta y vino; antes de los banquetes comian cigarras para despertar el apetito, y rechazaban los vinos mas exquisitos si no estaban mezclados con perfumes y aromas.

Los Emperadores, léjos de reprimir este lujo que arruinaba á los ricos y exasperaba á los pobres, eran los primeros en dar ejemplo. Hemos visto cuáles fueron las prodigalidades de Calígula; pero en ellas cási le igualaron sus sucesores. Vero dió un festin que costó seis millones de sextercios; Heliogábalo sobrepujó á todos sus antecesores: mantenia á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo, sesos de faisanes y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayo; daba á sus perros hígados de ánade, á sus caballos pasas de Apamenes, y á sus leones papagayos y faisanes; él ponia en su mesa calcañares de camello, crestas arrancadas á los gallos vivos, lenguas de pavo real y de ruiseñor, garbanzos cocidos con granos de oro, habas guisadas con pedazos de ámbar y arroz mezclado con perlas; salpimentaba tambien con perlas, en vez de pimienta negra, las trufas y los pescados, y artífice de guisos y bebidas, mezclaba la almáciga con el vino de rosa.

Daba en el verano comidas cuyos adornos cambiaban cada dia de color; las estufillas, las ollas y los vasos de plata de cien libras de peso estaban cincelados representando las mas obscenas figuras; los asientos de la mesa, de plata maciza, estaban cubiertos de rosas, violetas, jacintos y narcisos; techos giratorios arrojaban flores con tal profusion que cási ahogaban á los convidados, y el nardo y los

[1] Senec. *Cons. ad Helviam*, c. 10.

perfumes alimentaban las lámparas de aquellos festines en que se cubria la mesa hasta veinte y dos veces con nuevos manjares.

Al lujo de la mesa añadian los romanos el de los vestidos. Tambien Heliogábalo les servia de modelo; vestia trajes de seda bordados de perlas, no llevaba nunca dos veces el mismo calzado, el mismo anillo ni la misma túnica; los almohadones en que se acostaba estaban llenos del plumon arrancado debajo de las alas de las perdices, y se paseaba por entre pórticos sembrados de lentejuelas de oro en carros de oro incrustados de piedras preciosas, pues Heliogábalo desdeñaba las carrozas de plata y de marfil.

Si tales iniquidades y locuras fueran únicamente peculiares á un hombre, no se podrian deducir de ellas las costumbres de un pueblo; pero Heliogábalo no habia hecho mas que reunir en su persona todo cuanto se viera antes de él desde Augusto hasta Cómodo. El ejemplo de los soberanos produjo su efecto, encontrando imitadores en todas las clases: las mujeres llevaban en sus adornos el sustento de varias provincias; cuando iba á levantarse la indolente matrona, se veia llegar una larga procesion de esclavas que le traian los instrumentos de su tocado: un barreño de plata ú oro, un alfiletero, un espejo, tenacillas de rizar, pomadas y botes llenos de ungüentos para limpiar los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos. Parecia aquello el laboratorio de un farmacéutico. Pendian de sus orejas perlas preciosas; rodeaban sus brazos y muñecas brazaletes en forma de serpientes de oro; ceñia su cabeza una corona de diamantes y piedras de la India; colgaban de su cuello largas gargantillas; talones de oro adornaban su calzado de púrpura, y pintaba con carmin sus mejillas para disimular su palidez.

Cuando no estaba todo á gusto de aquellas criminales mujeres, se dejaban llevar contra sus esclavas de extremas violencias; y el tocado de algunas era mas temible que el tribunal de los tiranos de Sicilia [1]. Además de esta legion de personas ocupadas en vestirlas y adornarlas, habia otras encargadas únicamente de decir su parecer, las cuales formaban una especie de consejo, y el tocado se discutia con tanta gravedad como si se tratase de la reputacion y de la vida. Habiendo dicho los médicos que las lociones de leche de burra borran las arrugas, suavizan la tez y conservan su blancura, habia mujeres que para conservar la belleza de su rostro se lavaban *setenta*

[1] Juvenal, sátira VI.

veces al dia (número escrupulosamente observado) con aquel cosmético, y todo el mundo sabe que Popea, tan vergonzosamente célebre en la vida de Neron, llevaba ordinariamente en su comitiva quinientas burras de leche, y se bañaba en ella para suavizar su cútis [1].

No se atrevian á salir sin diamantes como un cónsul sin los distintivos de su dignidad. «Yo ví, dice Plinio, y no era en una ceremonia pública, en una de esas fiestas donde se ostenta todo el lujo «de la opulencia, yo ví en un banquete de esponsales no muy extraordinarios á Lolia Paulina enteramente cubierta de esmeraldas «y perlas, cuya mezcla aumentaba su brillantez; estaban cargados de «ellas la cabeza, el cuello, las orejas, los brazos y los dedos, y valian cuarenta millones de sextercios (7.793,424 francos 50 céntimos [2]). Eran joyas de familia, que habia heredado de Marco Lolio «su tio.»

Por lo que acabamos de decir puede adivinarse cuáles eran las costumbres del mundo pagano entregado sin freno á estos monstruosos excesos de lujo y de buena mesa; y eran tales que nuestra pluma se niega á trazar su cuadro, á pesar de que no podria hacerlo aunque estuviese empapada en el cieno. Todo cuanto podemos decir se reduce á que las infamias cuyo aspecto *hacia palidecer la luna,* y cuyo solo nombre mancha los labios que las pronuncian y los oidos que las escuchan, admitidas por el uso, autorizadas por el silencio de las leyes y sancionadas por la religion, se cometian públicamente en las casas, en los teatros, en los palacios de los Emperadores y en los templos de los dioses, por niños y ancianos, por los grandes y por el pueblo, y que la misma Sodoma se hubiera ruborizado de tales infamias [3].

Tal fue la Roma pagana, tales sus habitantes; su religion y sus costumbres eran un doble ultraje á Dios y á la humanidad. ¿Qué eran para con sus semejantes? Vamos ahora á examinarlo.

Los pueblos voluptuosos siempre fueron crueles. Las costumbres estragadas son hijas ó madres del amor exclusivo de sí mismo, y este amor es el odio al prójimo. Roma pagana justifica este principio; por

[1] Plinio, XI, 41.
[2] Id. lib. I, c. 35.
[3] Hemos sacado de los autores gentiles todos los pormenores que acabamos de escribir acerca de Roma y sobre el lujo y las costumbres de sus habitantes. Estamos distantes de haberlo dicho todo; ni aun hemos citado los autores, y Dios sabe por qué.

donde quiera reinaban el odio y la crueldad. En primer lugar, en el anfiteatro. Antes de mencionar los torrentes de sangre que lo inundaron, demos á conocer este sitio que tan célebre hicieron las gloriosas victorias de nuestros padres en la fe.

El anfiteatro era un espacio ovalado, rodeado de asientos colocados en gradas y desde los cuales miraba el pueblo sentado el espectáculo y los juegos. El mas espacioso y magnífico de todos los anfiteatros de los romanos es el que se llama aun en el dia *Coliseo,* nombre derivado de la estatua colosal de Neron colocada en las inmediaciones; está construido con piedra tiburtina, cuya dureza y hermosura se asemejan á las del mármol; tiene quinientos veinte y cinco piés de anchura; las graderías de que está rodeado se elevan á una altura de ciento sesenta y cinco piés, y pueden contener cómodamente sentados cien mil espectadores; bajo las gradas están las jaulas y cárceles donde tenian las fieras destinadas al combate, y no léjos de allí habia vastos depósitos de agua, que se abrian para variar las diversiones del pueblo-rey, é inundaban el redondel del anfiteatro, donde se trababan batallas navales en el mismo sitio donde un momento antes se vieran combatir los hombres y las fieras. En la entrada habia un altar en el cual aquellos buenos romanos sacrificaban víctimas humanas antes de dar principio á los juegos [1]. En medio del Coliseo estaba el palco del Emperador [2], y cuando entraba en el teatro, todo el mundo se levantaba y palmoteaba. Los combatientes alineados por órden desfilaban por delante de su palco diciendo : César, los que van á morir te saludan [3].

Dada la señal empezaba el combate : el ver á los hombres degollarse mútuamente para su diversion era para aquel pueblo sanguinario un espectáculo tan agradable, que todo podia alcanzarse de él prometiéndoselo, hasta el extremo de verse obligados los Césares á prohibir á los particulares que pretendian empleos el dar al pueblo el espectáculo de los gladiadores [4].

Personas de todas edades, de ambos sexos y de todas las categorías se recreaban con avidez en aquellas escenas de horror. Cuando un gladiador era herido, el pueblo exclamaba : Ya tiene la su-

[1] Minut. Felix. *Oct.;* Tertul. *Apolog.* c. 9.
[2] Cubiculum principis.
[3] Caesar, morituri te salutant.
[4] *Lex Tullia*, citada por Ciceron.

ya [1], y el gladiador bajaba sus armas, lo cual era señal de que se confesaba vencido. Dependia del pueblo el que se le concediese la vida : si queria salvarle, bajaba el pulgar; y si queria que muriese, lo levantaba, y el pobre gladiador se sometia á la muerte. Un simple movimiento del dedo decidia de la vida de un hombre. ¡Qué modo de respetar la humanidad!

Las víctimas que obligaban á sacrificarse de este modo para divertir al populacho mas abyecto, como tambien para recreo de la sociedad mas refinada, ora eran infortunados prisioneros de guerra, ora pobres esclavos cuyo único delito consistia en ser esclavos, ya expósitos á quienes habian conservado la vida para quitársela en tan lúgubres combates. De esta suerte obligaban á padres, hijos y hermanos á degollarse mútuamente para alegrar á un Neron, y hasta á un Vespasiano ó un Tito.

Y no se crea que este espectáculo fuera peculiar de la ciudad de Roma, y que contase un reducido número de combatientes, pues en todo el ámbito del Imperio habia anfiteatros, y los reyes, los gobernadores, los magistrados y los simples particulares daban gladiadores al pueblo. Deben contarse por millares las víctimas de aquel juego cruel : Trajano dió diez mil gladiadores en el espacio de ciento veinte y tres dias, en cuyos juegos aparecieron además en la arena once mil animales, y tantas bocas hambrientas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen hallado felizmente los Mártires para proveer de sangre y carne á aquellos ejércitos del desierto.

La ley romana extendia sus cuidados maternales á todos estos animales de muerte, y prohibia que se matase en África á los leones, tigres y panteras, y en los bosques de Germania á los lobos y los osos, como se prohibe matar á las ovejas madres de los rebaños. El estruendo de las cuchillas, los rugidos de los animales y los gemidos de las víctimas, cuyas entrañas se arrastraban por la arena perfumada de esencia de azafran y de agua de olor, arrebataba de gozo á la multitud, que al salir del anfiteatro iba á encerrarse en los baños ó en los lugares de prostitucion.

Este placer de sangre daba mayor realce á los festines particulares; cuando los convidados estaban bien hartos y próximos á em-

[1] Hoc habet. — (Véase la descripcion detallada del Coliseo y de las diferentes especies de combates en las *Tres Romas*, t. I).

briagarse, se llamaba á los gladiadores, y los ecos del salon resonaban con los aplausos cuando moria uno de los combatientes [1].

Esta crueldad de Roma pagana, este desprecio insultante de la humanidad se manifestaba de otras muchas maneras, pues en aquella vieja sociedad, que no conocia otra regla que el derecho del mas fuerte, el ser débil era en todas partes oprimido.

Principiando por la mujer, no me atrevo á decir cuál era su suerte, pues se creeria que calumnio al género humano. Y sin embargo, patente está la historia, escrita con cieno, para atestiguar el horrible envilecimiento de la mujer pagana. Naciendo esclava de su padre, que podia matarla ó venderla, y que con frecuencia usaba de su derecho, la hija pagana era por fin vendida al que ofrecia mas alto precio [2]. No creais que al ser esposa del hombre la considerase este como su noble compañera, no; permanecia esclava, era su propiedad, y perdia hasta su nombre [3]. Diariamente expuesta á los caprichos y á la brutalidad de su nuevo amo, vendida é infamada, era muy feliz si no se veia por fin rechazada y abandonada al oprobio y á la miseria, pues esta era su suerte mas comun. La poligamia, orígen fatal de celos crueles, de odios, asesinatos y envenenamientos, y el divorcio, sacramento del adulterio y causa de inexplicables humillaciones para la mujer, estaban autorizados por las leyes [4]. Es-

[1] Chauteaubriand.

[2] *Historia de las leyes sobre el matrimonio y el divorcio*, por Mr. Nougarede, t. I.

[3] Idem. Esta condicion de la hija continúa siendo la misma en los países donde el Cristianismo no ha ejercido su suave influencia. Entre los árabes del Delta la fórmula del matrimonio está concebida en estos términos: El padre de la novia dice al novio : *Te daré una esclava para que cuide de tu casa.* (Michaud, *Correspondencia de Oriente*).

[4] El principio del derecho arbitrario de repudio se hallaba sentado en el código de las Doce Tablas. El abuso de este derecho se llevó hasta el extremo, y las causas del divorcio fueron muy pronto solamente una irrision. La mujer de Sempronio habia ido á los juegos sin su permiso, la de Antistio habia hablado en voz baja con una liberta de mala reputacion, y Sulpicio habia encontrado á la suya sin velo en la calle : delitos tan graves les bastaron para repudiar á sus esposas. Pronto se llegó á causas que ni aun tenian la apariencia de delito. «Apenas, dice Juvenal, empieza á marchitarse la tez de Bíbula, á perder la «blancura sus dientes y sus ojos el brillo, un liberto se presenta y le dice : — «¡Marchad, os sonais con tanta frecuencia! Daos prisa, que esperamos unas «narices menos repugnantes que las vuestras.»

clava degradada del jefe de la familia, ¿qué miramiento, qué respeto podia esperar de sus hijos la madre que de un dia á otro podia ser arrojada ignominiosamente del hogar doméstico?

Tal era la mujer, la esposa, la madre en el Gentilismo, y tal es aun entre los pueblos idólatras [1]; y para que sepa bien que únicamente al Cristianismo debe las ventajas que goza entre nosotros, en tal se trueca insensiblemente la mujer en las naciones y familias donde pierde la Religion su influencia.

Doncellas, esposas, madres cristianas, ¡oh! si supiérais todo lo que debeis al Cristianismo, no, no habria bastante reconocimiento en vuestro corazon para el Dios que ha sido especialmente vuestro Redentor. En vosotras no solo es un crímen y una horrible ingratitud, sino un suicidio el no amar el Cristianismo y no practicarlo.

De la mujer bajemos al niño. ¡Los niños! Al pronunciar este nombre se despierta toda la ternura de nuestro corazon cristiano, un respeto religioso se apodera de nuestra alma, y los cuidados mas solí-

[1] Basta saber lo que pasa en Turquía, en China y en las Indias. No sé cuántas obras nos cuentan la servidumbre y la abyeccion de la mujer en aquellas comarcas. Lo mismo sucede entre los negros del África central. Véase *Influencia de las mujeres*, por madama de Mongellaz; *Instituciones de los pueblos de la India*, por Mr. Dubois; *Viaje á Tombouctou* por Caillé. — (Véanse las cartas de los misioneros y los relatos de los viajeros). En el momento en que escribimos estas líneas, un yugo de hierro pesa sobre las jóvenes chinas. Hé aquí lo que se lee en los *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 50, pág. 220, año 1837:

«Las leyes chinas no permiten que se dote á las jóvenes, pero los padres «pueden venderlas como viles animales (la legislacion condena estos horrores, «mas el Gobierno los tolera), y hasta pueden darles muerte, y sin embargo no «pueden dotarlas. Solo los varones heredan; y no habiendo mas que hijas, las «haciendas pasan de pleno derecho al pariente mas próximo en línea masculi-«na, á no ser que el padre adopte un varon, cualquiera que sea el grado de «parentesco que á él le una. Una bárbara preocupacion hace considerar al sexo «débil como una especie degenerada é inferior al hombre; y en la clase supe-«rior de la sociedad es en la que especialmente se advierte mejor este estado «de servidumbre y humillacion. Solo la religion cristiana, tanto en China como «en el resto del Asia, puede suavizar la suerte de las mujeres y les da mayor li-«bertad; puede decirse que el Cristianismo las ha restituido en cierto modo el «estado civil, y la diferencia entre las cristianas y las paganas es tan notable, «que los chinos llaman á la religion cristiana la religion de las mujeres.»

Seria preciso citar la historia de los pueblos gentiles antiguos y modernos si quisiéramos contar todas las humillaciones de la mujer que no ha emancipado el Cristianismo. (Véase la obra de Mr. Nougarede, citada anteriormente, t. I).

citos y las mas dulces caricias se prodigan al ser querido que lleva este nombre. ¿Sucedia lo mismo en la Roma pagana? ¿Qué era el niño á sus ojos? Sus leyes juzgaban que el niño antes de nacer no pertenecia aun á la especie humana, y autorizaban el aborto [1], y muy pronto autorizaron la muerte del niño recien nacido que aun no hubiera tocado el seno de una nodriza. Augusto confirmó esta jurisprudencia con sus leyes y su ejemplo [2]. Á la muerte del niño antes ó despues de nacer sucedia la exposicion [3], que no solo estaba permitida por las leyes, sino que hasta era obligatoria en ciertos casos. ¡Pobre niño! aun no han acabado tus penas. Otra ley permitia al padre dar muerte á sus hijos [4], y otra venderlos, rescatarlos y volverlos á vender hasta la tercera vez [5]. La religion se aunaba con la ley para oprimir á este ser tan digno de compasion por ser tan débil, y el niño era una víctima escogida que inmolaban, degollaban y quemaban bailando y cantando en honor de divinidades monstruosas. Esta horrible costumbre ha recorrido el mundo entero [6].

Una abominable supersticion condena aun en el dia en la India una multitud de niños á una muerte cruel. En una provincia de la presidencia de Madrás los arrendadores y labradores tienen la horrible costumbre de engordar los niños y matarlos despues. Cuando el niño vive aun, le hacen incisiones en el cuerpo, lo cortan á pedazos que llevan á diferentes partes de sus campos y plantíos, y dejan que se vierta sobre la tierra la sangre del desgraciado niño antes que espire, pues están en la persuasion que la tierra regada con la sangre caliente de un niño se hace mas fértil. Unos soldados ingleses encontraron en una sola aldea veinte y cinco niños confiados á sacerdotes encargados de engordarlos para hacer de ellos el uso

[1] Véase la ley *Falcidia*. *Digest.* lib. XXV, tit. II.

[2] Suetonio, *Vida de Augusto*. Mandó que el niño de que estaba en cinta su hija Julia fuera ahogado en el momento despues del alumbramiento de la madre.

[3] La ley permitia la exposicion de los niños sin ninguna restriccion: este uso era general en tiempo de los Emperadores. (Véase Suetonio, *in Octav*. c. 65; *in Caligul*. c. 5; Tácito, lib. V *Hist*. c. 5.

[4] Era una ley de las Doce Tablas cuyo texto es el siguiente: *Endo liberis iustis ius vitae et necis venumdandique potestas esto.*

[5] Véase Goguet, *Origen de las leyes*.

[6] Existia entre los cananeos, los cartagineses, los galos y los egipcios; se halló en Méjico, etc., etc. (Véanse las historias de estos diferentes pueblos). Se hallarán todos los pormenores apetecibles acerca de esta materia tan interesante como poco conocida en nuestra *Historia de la familia*, dos tomos en 8.°

infame que acabamos de mencionar. ¡Así pues, si el antiguo Gentilismo convertia al niño en una víctima, el nuevo lo convierte en un abono [1]!

En el Dar-Four, provincia de África limítrofe dé Egipto, se sacrifican aun todos los años dos niños para obtener dias prósperos y opimas cosechas.

¡Niños! dad gracias al Salvador que por arrancaros de tanta tiranía se dignó hacerse tambien niño, y nosotros igualmente, hombres de edad madura, démosle gracias, porque tambien hemos sido niños. Quizás muchos de los que lean estas líneas deberán tan solo al Cristianismo el beneficio de la existencia y de la conservacion. Amemos, pues, y practiquemos esta Religion bienhechora, pues donde pierde su influencia, vuelven á aparecer la opresion de la infancia, la exposicion y el infanticidio.

Si los padres trataban así á sus hijos, ¿cuál no seria la suerte de los esclavos? Y ante todo, es forzoso saber que entre los ciento veinte millones de hombres que contaba el Imperio romano, habia menos de diez millones de hombres libres : tal era la libertad en el mundo pagano. ¿Qué era, pues, el esclavo? El texto mismo de las leyes nos dará la respuesta.

Segun la innoble expresion de la legislacion de entonces, el esclavo era una *cosa*, apreciable por el oro que valia, y que era realmente objeto de indigno tráfico [2]. Las condiciones de la venta de estas criaturas humanas eran las mismas que para la de los animales. «Los que venden esclavos, dice la ley, deben declarar á los com-« pradores sus enfermedades y defectos; si están viciados á la fuga y « á la vagancia; si no han cometido delitos ó perjuicios; si desde la « venta ha perdido de su valor el esclavo, y si por el contrario ha « adquirido alguna cosa [3].»

Inmediatamente despues de este título se lee un artículo sobre la venta de los caballos y otros animales, principiando con las mismas palabras que en el que trata de la venta de los esclavos : Los que venden caballos deben declarar sus defectos, vicios y enfermedades, etc. Para que se sepa, pues, que únicamente el Cristianismo ha abolido

[1] Este hecho está consignado en los periódicos ingleses de 1843.

[2] Aun va mas allá la definicion legal del esclavo : *Non tam vilis quam nullus :* Menos vil que nulo.

[3] Edit. Ediles, lib. XXI, tit. I.

este uso é impide que vuelva á establecerse, es preciso no olvidar que existen aun en el dia mercados de hombres en Constantinopla, en Tunez, en América, etc.

El amo tenia derecho de vida y muerte sobre el esclavo, y por cierto que no dejaba de hacer uso de él; de modo que hacen estremecer las crueldades que ejercia con sus esclavos. Bastaba que se hubiera roto un vaso para que en el acto se mandara arrojar en el rio al torpe siervo, cuyo cuerpo iba á cebar las murenas favoritas adornadas de anillos y collares; y un amo mandó dar muerte á su esclavo por haber herido á un jabalí con un venablo, arma prohibida á la servidumbre [1]. Abandonaban ó mataban con frecuencia á los esclavos viejos ó enfermos: los esclavos labradores eran marcados en la frente con un hierro candente, y despues de estimularlos al trabajo durante el dia á latigazos, pasaban la noche encadenados en subterráneos [2], donde solo recibian aire por una estrecha abertura. Les distribuian para alimento un poco de sal; el posesor de un esclavo podia condenarlo á las fieras, venderlo á los gladiadores y obligarlo á acciones infames; y las romanas, dignas émulas de sus esposos, daban los castigos mas crueles por la mas leve falta á las mujeres que las servian. Si un esclavo mataba á su amo, se mandaba perecer al culpable con todos sus compañeros inocentes.

La ley conocida con el nombre de *senatus-consulto Silaniano* corona todas estas leyes sobre la esclavitud. Esta ley, que hubiera debido escribirse en letras de sangre, y que para caracterizarla no hallamos expresiones bastante fuertes, fue promulgada en los últimos años del reinado de Augusto, y mandaba que cuando fuera asesinado un amo, fueran condenados al último suplicio todos los que estaban á una distancia suficiente para poder oir su voz ó advertir el peligro que corria; prohibia las distinciones en favor de la edad ó del sexo, y los miramientos por los motivos de excusa de cuya evidencia podia al menos dudarse; y rechazando en fin todas las pruebas contrarias, obligaba al heredero del difunto, so pena de multa, á presentarse como acusador de los esclavos.

En consecuencia de esta ley [3], habiendo sido asesinado en su casa

[1] Cicer. *in Verr.* v, c. 3.

[2] Estos subterráneos se llamaban *ergastula*. — (Véase sobre los esclavos las *Tres Romas*, t. I; y los *Césares*, por Mr. de Champagny, etc.).

[3] Tácito, *Annal.* lib. XIV.

Pedanio Secundo, prefecto de Roma, fueron conducidos desapiadadamente al suplicio cuatrocientos esclavos.

El instinto de la crueldad romana se halla tambien en el modo con que trataban á los prisioneros de guerra, á quienes reducian á la esclavitud, ó condenaban á combatir unos contra otros en el anfiteatro, y algunas veces, á ser inmolados sobre el sepulcro de los vendedores ó sobre el ara de los dioses [1]. La ley de odio y barbarie que regia el mundo gentílico se aplicaba á todo : el acreedor tenia derecho de hacer pedazos al deudor insolvente [2] ; todos los extranjeros eran enemigos, pues en la lengua de Roma pagana, extranjero y enemigo se expresaban con la misma palabra [3], y tratado por consiguiente como tal, el extranjero era una víctima para los sacrificios. ¿Quién explicará cuál era la suerte de los pobres? No habia para ellos ni un hospital en toda la extension del Imperio romano, y se miraba como un crímen el socorrerlos [4]. Á tanta barbarie se añadia el sangriento insulto [5]; y ¿quereis saber por qué medio se libraban de ellos cuando su aspecto fatigaba al rico voluptuoso? Preguntádselo á aquel emperador que habiendo cargado de pobres tres naves, mandó que las sumergiesen en alta mar [6].

Tal era Roma el dia en que entró en ella el Pescador galileo, á pié, sin otro apoyo que su báculo de viajero y su cruz de misionero, para predicar á aquella inmensa Babilonia la pobreza, la penitencia, la humildad, la caridad, la fraternidad de todos los hombres y su igualdad delante de Dios. Es por consiguiente cierto que bajo la brillante capa de una civilizacion material, llegada al último grado de des-

[1] Véanse *Costumbres de los romanos*, por Nieuport, lib. II, pág. 21; *Enciclopedia*, art. *Drúidas*.

[2] Tertul. *Apol. IV.*—Aun en el dia el desgraciado que en la India no puede pagar una deuda de *treinta francos*, se convierte en esclavo del acreedor que tiene derecho para tenerlo encadenado hasta que haya pagado. *(Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 51, pág. 409).

[3] Hostis apud maiores dicitur quem nunc peregrinum vocamus. *(Cic.)*.

[4] Male meretur qui mendico dat quod edat;
Nam et illud quod dat perit, et illi producit vitam ad miseriam.
(Plauto, *Trinum.*, act. 1, escen. 2).

Platon quiere que se arrojen sin compasion de su república estos *animales impuros*. (*De Legib. Dialg.* 11).

[5] Nil habet infelix paupertas durius in se
Quam quod ridiculos homines facit.—(Juv. *Sát. III)*.

[6] Lact. *De Mortib. persecutor.*

arrollo, el mundo pagano no era mas que un cadáver corrompido cuya infeccion llegaba hasta el cielo: ¿hemos de asombrarnos, pues, de que hubiera pronto en las Catacumbas de Roma otro pueblo que pidiese la creacion de un nuevo universo por medio de las austeridades y las lágrimas? En nuestra próxima leccion visitarémos esta Roma subterránea.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de todo mi corazon por haber libertado al mundo de las tinieblas y los crímenes de la idolatría: concedednos el que podamos vivir como hijos de luz y santidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *diré todos los dias una oracion por la conversion de los infieles.*

LECCION VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma cristiana. — Las Catacumbas.

Debajo de aquella Roma que se mostraba á la faz del sol como una gran prostituta resplandeciente de oro y púrpura, pero ebria de sangre y asquerosamente manchada de crímenes, existia desde la venida del Pescador galileo una Roma subterránea habitada por algunos hombres del pueblo. Hora es ya de bajar á ella y estudiar á sus habitantes : entremos sin temor en sus negras profundidades, porque estarémos allí en familia, y hallarémos á nuestros padres en la fe, hallarémos cristianos. Este pueblo nuevo, destinado á renovar un dia la faz de la tierra, estaba encargado entonces de poner en la balanza de la justicia divina el contrapeso de la masa de iniquidades cuya fatigosa historia acabamos de trazar.

Así pues, la jóven sociedad opone á la infame religion de la sociedad vieja una religion de santidad; á su orgullo infernal, la humildad; á su lujo, la modestia; á sus desórdenes, la templanza y el ayuno; á sus torpezas, la pureza de los Ángeles; á su sed de oro, la pobreza voluntaria; á todos sus crímenes, oraciones y lágrimas, y á sus leyes de odio, de esclavitud y de crueldad, la ley de caridad universal. Antes de desenvolver esta comparacion, estudiemos la nueva Roma. ¡Cosa admirable! lo mismo en Jerusalen que en Roma, la cuna del Cristianismo fue un sepulcro, y del seno de la muerte nació la vida : hermosa imágen de la resurreccion moral del universo por medio del Evangelio.

Pues bien, esa Roma nueva, cuna del Cristianismo en Occidente, son las *Catacumbas*.

Figuraos una ciudad subterránea de varias leguas de extension con sus diferentes barrios designados con nombres ilustres; sus numerosos habitantes de toda edad, sexo y condicion; sus plazas públicas, encrucijadas, capillas é iglesias; sus pinturas, vivo cuadro de la fe y de las disposiciones de las generaciones de que es morada; sus

innumerables caminos ó galerías, colocadas unas sobre otras hasta el número de cuatro y hasta de cinco, ora bajas y angostas, ora altas y anchas, ya siguiendo una línea recta, ya inclinándose sobre sí mismas, desapareciendo en todas direcciones, interceptándose, y mezclándose como los caminos de un laberinto; y estas galerías, plazas y capillas, iluminadas exteriormente de distancia en distancia por medio de aberturas practicadas en la superficie del suelo, é interiormente por millones de lámparas de barro ó de bronce presentando la forma de una navecilla; en todas partes, á derecha y á izquierda, desde el suelo hasta el arranque de las bóvedas, sepulcros abiertos horizontalmente en las paredes de las galerías; estas mismas galerías tan numerosas y extensas, que si estuvieran puestas en línea recta formarian una calle de trescientas leguas de longitud adornada con seis millones de sepulcros; figuraos allí á los primeros cristianos, nuestros modelos y padres, puros como Ángeles, obligados á ocultarse para sustraerse del contagio y del furor de la vieja sociedad; y ofreciendo con los santos misterios sus oraciones y lágrimas, ya para prepararse al martirio, ya para obtener la salvacion de los soberbios perseguidores cuyas doradas carrozas rodaban con estruendo sobre sus cabezas; figuraos todo esto, entregaos á las emociones de la fe, y os formaréis una idea de las Catacumbas en los dias de la Iglesia naciente.

La palabra *catacumba* significa en general subterráneo, cementerio, y se aplica en el lenguaje religioso á las vastas excavaciones donde los primeros cristianos buscaban un asilo contra las persecuciones y enterraban los cuerpos de sus hermanos y de los Mártires. Habia catacumbas en gran número de ciudades, como Nápoles, Siracusa, Cartago, Alejandría, etc. [1]; pero las de Roma son las mas famosas y venerables, por ser estos inmensos subterráneos obra exclusiva de nuestros padres en la fe.

De la descripcion de las Catacumbas pasemos á sus costumbres. En primer lugar, servian de retiro á los fieles: luego que se lanzaba el edicto de proscripcion, veíaseles abandonar sus moradas, segun el consejo del divino Maestro, y sepultarse en vida en aquellos vastos cementerios, donde, prosternados en torno del sepulcro de los

[1] Véase sobre la Roma subterránea, pinturas, costumbres y vida de los primeros cristianos, y sobre todo lo relativo á los Mártires, nuestra *Historia de las Catacumbas*.

Mártires, pedian unos para otros la gracia de imitarlos; recibian, con un fervor que solo de Dios era sabido, el pan de los fuertes y el vino que hace germinar las vírgenes, y los que no estaban aun bautizados, el primero de todos los Sacramentos; y todos juntos escuchaban con respeto las instrucciones del Obispo, cuyo cuerpo brillaba algunas veces con las cicatrices del martirio. Del mismo modo escuchaban la voz del anciano encanecido por los años los hijos de los Patriarcas, sentados bajo la palmera del desierto.

Hállanse efectivamente en cási todas las catacumbas salas [1], á veces bastante espaciosas, de una forma mas ó menos regular, que solo han podido servir para las reuniones llamadas *Sinaxes*, ó para la celebracion de los sagrados misterios.

Estas salas, por lo regular privadas de luz exterior, estaban iluminadas por medio de *lámparas* que pendian de la bóveda, y de las cuales se han hallado algunas en su sitio en estos últimos tiempos; otras veces las lámparas estaban puestas en pequeños nichos que se encuentran tambien á centenares. Algunas de estas salas recibian la luz por una abertura de la bóveda que daba al campo [2]. Hay ejemplos de cristianos precipitados vivos en los subterráneos de Roma por estos agujeros, y que hallaban de este modo la muerte en las mismas catacumbas donde les esperaba la sepultura.

Sin embargo, aquellas salas abiertas en las catacumbas con respiradero exterior ó sin él, necesitaban estar iluminadas por la claridad de las lámparas para que pudieran cumplirse á todas horas los deberes de la piedad y los misterios de la Religion. Este es el orígen de la inmensa cantidad de lámparas halladas en las catacumbas, é indudablemente tambien [3] de la costumbre que se ha conservado en la Iglesia de los *cirios encendidos* para la celebracion de los santos oficios; costumbre venerable que aun en el dia recuerda, en una época desde la cual tantos siglos hace que el Cristianismo profesa su culto á la claridad del sol, aquellos siglos de pruebas y de miserias en que se ocultaba en las oscuridades de la tierra.

Aparte de las salas mas ó menos espaciosas, abiertas en la toba, algunas veces con gradas en rededor para la multitud de los fieles,

[1] Cubicula.

[2] Cubicula clara.

[3] Mr. Raoul Rochette, *Cuadro de las catacumbas*, pág. 50; Prudencio, *Peristeph*. hymn. 2; san Paulino de Nola, Poema XVIII, v. 96-98.

y de asientos arrimados á la pared principal y destinados para el Pontífice que presidia la reunion, y con columnas de la misma piedra toba que sostienen la bóveda, se ven en las catacumbas pequeños edificios en parte abiertos y en parte construidos, los cuales indudablemente nos presentan los primeros modelos de iglesias cristianas que se han conservado en la tierra.

Existen tambien en los parajes de las catacumbas donde se han hallado fuentes y cisternas, vestigios que prueban que estos sitios sirvieron para la administracion del Bautismo [1]. Ellos serán, pues, los baptisterios primitivos, así como los templos subterráneos de que acabamos de hablar nos ofrecen los primeros modelos de basílicas modernas. Finalmente, se hallan en las catacumbas salas que, segun su forma y la índole de las pinturas que las adornan, parece evidentemente que sirvieron para celebrar los inocentes banquetes llamados *Agapes*. Así pues, el uso principal de las catacumbas fue dar un asilo á los Cristianos durante las persecuciones. Fácil es figurarse la vida de privaciones y miserias que llevaban en aquellos albergues tenebrosos impregnados del hedor de los cadáveres, y sin embargo, nuestros padres preferian tanto padecimiento á exponerse al peligro de perder su alma perdiendo la fe. ¡Sublime leccion para sus hijos!

Para alentarlos en sus duras pruebas habian pintado en las paredes, y grabado en los sepulcros, vasos y lámparas, en una palabra, en todos los objetos de su uso, los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento análogos á su situacion. Los que mas comumente se hallan son los *Tres mancebos en el horno, Daniel en la cueva de los leones, Isaac en la hoguera*, en los que nuestros padres, sometidos á las mismas pruebas, veian á la vez una imágen de la realidad, un modelo que imitar y un motivo de consuelo y esperanza; *Noé, el arca* y *la paloma* trayendo en el pico el ramo de olivo, interesante imágen de la Iglesia, que aunque combatida por las persecuciones llegará no obstante al puerto celestial; y del Nuevo Testamento representaban la imágen del Salvador en las situaciones mas propias para proporcionar modelos de virtudes cristianas, imágenes de gloria y motivos de consuelo y esperanza. *Cristo multiplicando los panes, curando al paralítico, restituyendo la vista al ciego, resucitando á Lázaro;* siempre y por todas partes *Jesucristo* como *buen pastor*.

En lo que constituye la parte puramente de ornato de estas pin-

[1] Aringhi, *Roma subterránea*, lib. I, pág. 348.

turas solo se ven asuntos amables y graciosos, representando *escenas pastoriles, agapes* y símbolos de *frutos, flores, palmas y coronas.* Nuestros padres, únicamente ocupados en obtener la recompensa celestial que les esperaba, en medio de las pruebas de una vida tan agitada y con frecuencia de una muerte tan terrible, no veian en la muerte, y hasta en el suplicio, mas que una senda breve y segura de llegar á la ventura eterna; y léjos de asociar á esta imágen la de los tormentos y privaciones que les abrian el cielo, se complacian en pintarla con risueños colores, en presentarla bajo símbolos amables, y en adornarla con pámpanos y flores, porque así se nos aparece el asilo de la muerte en las catacumbas cristianas [1].

¡Admirable poder del Cristianismo! Nuestros padres, refugiados en las catacumbas, reducidos á orar sobre sepulcros, é incesantemente ocupados en deberes tristes y severos, durante tan larga série de persecuciones y bajo la influencia habitual de impresiones tan dolorosas, no han dejado sin embargo en aquellos cementerios entre tantos objetos siniestros ninguna imágen de luto, ninguna señal de resentimiento, ninguna expresion de venganza; todo por el contrario respiraba allí sentimientos de dulzura, benevolencia y caridad. «Ó «yo me engaño [2], ó esta observacion que se desprende tan positiva«mente del exámen de las pinturas cristianas presenta el Cristianis«mo primitivo bajo un aspecto tan propio para granjearle el respeto «y el amor, como ningun otro de los rasgos de su historia ó de los «monumentos de su genio.»

Además de estas pinturas, que se encuentran á cada paso en las calles de la Roma subterránea, como se encontraban en las calles de la Roma pagana las estatuas y los cuadros de las divinidades infames, se ven otras muchas; pues como en la primera época era enteramente oral la enseñanza de la Religion, á ejemplo de los Patriarcas que erigian monumentos que eran testigos perpétuos de los milagros y beneficios con que el Señor les habia favorecido, nuestros padres grababan, pintaban y esculpian todas las verdades de la Religion. Cuando llegaba el caso, los Patriarcas explicaban á sus hijos el orígen y la significacion de aquellos monumentos del desierto, y del mismo modo nuestros padres explicaban á sus hijos y recordaban

[1] Véase todo este maravilloso simbolismo explicado en nuestra *Historia de las Catacumbas.*—Véase tambien Mamachi, t. I, pág. 156-164.

[2] Palabras de Mr. Raoul Rochette.

ellos mismos la significacion de las pinturas y esculturas de que estaban rodeados.

Se ven representados en ellas los rasgos principales del Antiguo y del Nuevo Testamento, y se encuentran por todas partes el nombre y la cualidad esencial de Nuestro Señor : está figurado por un pez, porque las letras que componen esta palabra en griego son las iniciales del nombre de Nuestro Señor : *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador* [1]. Representaban tambien bajo diversos símbolos las virtudes cristianas y todos los santos afectos del alma que ama á su Dios : el ciervo, el caballo, el leon, la liebre, la paloma y la vid le recordaban el deseo del cielo, el ardor en el camino de la virtud, la fuerza contra el demonio y el mundo, la prudente timidez, la inocencia, la dulzura y la tierna caridad [2].

Nuestros padres cuidaban sobremanera de que todo lo que les rodeaba sostuviese su valor y alentase su virtud; porque ¿quién lo creyera? no siempre estaban seguros en sus tristes moradas. Apenas se encendia la persecucion, los gentiles se apresuraban á prohibirles la entrada de las catacumbas, y si á pesar de la prohibicion iban á buscar en ellas un asilo, los perseguidores iban á sitiarles, les obligaban á salir, y satélites apostados en todas las salidas se apoderaban de aquellas inocentes víctimas y las arrastraban brutalmente á presencia de los tribunales. Otras veces cerraban todas las aberturas, y los cristianos perecian de hambre y de sed no pudiendo ser auxiliados por los hermanos [3]. Estos lugares subterráneos, que habian servido para ocultar su vida, ocultaban tambien su muerte : tal es el segundo uso de las catacumbas.

Hállanse, en efecto, en ellas una multitud de sepulcros; en cási todas las galerías se ven cinco y hasta seis hileras de nichos practicados en la piedra, y destinados á recibir los cadáveres, y algunos

[1] Ιχθυς. En sus anillos, medallas y una multitud de otros objetos de su uso se halla este signo ☧, que se compone de las dos letras griegas XP, iniciales, de la palabra Jesucristo. Este signo sagrado empieza á reaparecer en algunos objetos de arte modernos, y se ha conservado en Alemania y en Suiza, donde le veis sobre los grabados de piedad, en los altares, etc. Es la traduccion figurada de aquellas palabras del Rey profeta : *Dico ego opera mea Regi* : Dedico mis obras á mi Rey.

[2] Tertul. *Scorpiac*. c. 1, pág. 488; Mamachi, t. I, pág. 169-174.

[3] Mamachi, t. II, pág. 221.

solo pueden contener uno, pero otros mayores contienen dos, tres y cuatro [1]. Allí descansan en paz los restos sagrados de los primeros héroes del Cristianismo, y su fe viva y su tierna caridad respiran en los adornos y en las inscripciones de sus sepulcros [2].

Tal era la vida de nuestros padres en las catacumbas, tales los monumentos que en ellas nos dejaron de su permanencia. Los dias de prueba que afligieron á la Iglesia en su nacimiento se sucedieron tan rápidamente, que la Roma subterránea fue la morada habitual de los Cristianos durante tres siglos. En el intervalo de las persecuciones habitaban en medio de los gentiles, en las ciudades y en las campiñas, donde lo mismo que en las catacumbas esparcian el buen olor de Jesucristo, y retardaban con todo el poder de sus virtudes la caida del Imperio romano [3]. Venid á nosotros, les decian, ó pereceréis; nosotros somos los herederos de lo porvenir, nosotros tenemos las palabras de vida. El Imperio romano se hizo sordo á su voz, y cuando llegó la hora de la venganza divina, solo fue un vasto cadáver cuyos jirones acudieron á disputarse los pueblos bárbaros [4].

Nuestros padres formaban en tanto con la santidad de su vida el contrapeso de la iniquidad romana, y á los errores groseros, infames, crueles y deshonrosos de la idolatría, oponian la Religion de santidad, de verdad y de caridad, de que ellos fueron los Mártires y nosotros somos los hijos.

Roma subterránea oponia la humildad al orgullo infernal de la vieja Roma. *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon* [5]. Esta leccion del Dios de Belen y del Calvario, continuamente presente á nuestros padres en la fe, era la regla de sus sentimientos y de su conducta. «No deseamos, decian, ser reyes, ricos ni prefectos «del Imperio, ni por lo mas remoto abrigamos la idea de surcar los «mares para contentar una insaciable avaricia, pues estamos exentos «de todo deseo de vanagloria [6].» Y su conducta no era mas que la aplicacion literal de esta noble profesion de humildad. Imitadores del divino Maestro, que se declaró siervo de sus propios discípulos, y

[1] Bisomum, trisomum, quadrisomum.
[2] Murat. *Thesaur. Inscrip.* t. IV, pág. 915.
[3] Tertul. *Apol.*
[4] Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui iudicatis terram. (*Psalm.* II).
[5] Matth. VII.
[6] Tatian. *Orat. cont. Gent.* n. 11, pag. 264.

que descendió hasta el punto de lavarles los piés, los cristianos que eran ricos, léjos de ensoberbecerse con su fortuna, se apresuraban á humillarse delante de los pobres; les lavaban los piés, iban á visitarles, les daban toda clase de pruebas de estimacion y respeto para expresar la humilde opinion que de sí propios tenian [1].

Y esta humildad, tan sincera como profunda, reinaba en todos los miembros de la jóven sociedad. Tertuliano induce á su esposa á que no vuelva á casarse con un gentil si él llegase á morir, y entre las razones que le da, coloca la costumbre general de hombres y mujeres cristianas de humillarse delante de los pobres: «¿Qué marido «gentil, le dice, permitirá que su esposa baje á las encrucijadas y «entre en las chozas de los pobres para visitar á los hermanos y la«varles los piés [2]?»

Nuestros padres atribuian á Dios únicamente todo el bien que hacian, y les ruborizaban las alabanzas [3]. Durante la cruel persecucion que ensangrentó las Galias, los gloriosos Mártires de Lyon fueron encerrados en una oscura cárcel; algunos de los hermanos que fueron á visitarles les dieron el nombre de Mártires porque estaban en vísperas de derramar su sangre por Jesucristo, y difícilmente se explicaria el pesar que sentian. «¡Ah! dad ese nombre glorioso, decian, «á Nuestro Señor, el primero de los Mártires, y á los que padecie«ron la muerte en defensa de la fe y están ahora en la bienaventu«rada patria, pues nosotros, viles y despreciables, no lo merecemos; «alcanzadnos mas bien con vuestras oraciones la gracia de llegar feliz«mente al término que forma el objeto de todos nuestros deseos [4].»

Nuestros padres oponian una modesta sencillez al lujo desenfrenado de los gentiles, y viviendo en medio del mundo, se conformaban á los usos que no eran contrarios á la piedad ó á la Religion. Así pues, cada cual llevaba el traje adecuado á su estado y categoría: los hombres que hacian profesion de un género de vida mas austero trocaban la toga por la capa, que era el traje distintivo de los filósofos y ascetas [5], y los que conservaban la toga tenian cuidado de dar

[1] I Tim. v, 10.
[2] Lib. II *ad uxor.* c. 4.
[3] S. Iust. *Dialog. cum Tryph.* pág. 245.
[4] Eusebio, lib. I, c. 11.
[5] Llamábanse así los que viviendo retirados del mundo se *ejercitaban* en una vida mas perfecta.

buen ejemplo á sus hermanos con su gravedad y su modestia [1].

Las personas de clase inferior, contentas con su condicion, no manifestaban ningun deseo de ostentacion; su traje sencillo y modesto expresaba el pudor de su alma y la castidad de sus pensamientos, y por nada en el mundo hubieran aceptado vestidos ofrecidos por los gentiles cuando llegaban á advertir en ellos la menor señal de superstición [2].

Si de los trajes pasamos á los muebles, no nos admirarémos de no hallar en las casas de los primeros cristianos lujo, vanidad ni adornos indignos de la modestia y sencillez de sus costumbres; los espejos, cuadros, sillas, mesas, lechos y vasos que servian para el ornato de la habitacion y el uso de la familia manifestaban la humildad de los amos y su aversion á toda clase de fausto. Por lo demás, hé aquí cuáles eran sus principios acerca de los muebles:

«Los vasos de oro y plata, así como las piedras preciosas, son in-«útiles, pues solo sirven para deslumbrar la vista. Es tambien una «vanidad tener vasos de cristal y de vidrio elaborados con primor; «y las sillas, los aguamaniles, los platos de plata para el uso de la «mesa, las mesas de cedro, ébano y marfil, los lechos cuyos piés son «de plata ó marfil y las cubiertas de púrpura ó de otro color, son el «indicio de una alma llena de molicie y de un corazon afeminado, y «por esta razon debemos suprimirlos absolutamente. ¿Cómo hemos «de creer que el lujo y el orgullo nos son permitidos á nosotros que «seguimos las doctrinas de nuestro divino Redentor? ¿No dijo él: «Vended lo que teneis, dad á los pobres lo que valga y seguidme? «Imitemos, pues, al Señor y rechacemos léjos de nosotros esa pompa «que pasa como la sombra; poseamos lo que es justo y lo que no pue-«de quitársenos: la fe en Dios, la confesion del nombre del Señor «que padeció por nosotros, y la caridad hácia nuestros hermanos.

«¿Acaso porque el cubo sea de barro no podrémos lavarnos las «manos? ¿No podrémos comer si la mesa que sostiene el pan no ha «costado lo que pesa de oro? ¿No alumbrará la lámpara si es obra «del alfarero y no del platero? Estamos en la creencia de que tan bien «se duerme en una cama modesta como en otra de marfil. Acordé-«monos de que el Señor se sirvió para comer de un plato de ningun «valor, que hizo sentar á sus discípulos y les lavó los piés; tanto era

[1] Mamachi, *Antiq. crist.* t. III, pág. 389.
[2] Act. SS. Perpet. et Felic.; S. Cypr. *De Lapsis*, pág. 122.

«lo que se alejaba del fausto, aunque era Señor de todas las cosas [1].»

De lo expuesto se deduce que los primeros fieles oponian siempre á los usos del mundo, y á los deseos desarreglados de la naturaleza, el ejemplo y las lecciones del divino Modelo. ¡Profunda filosofía del Cristianismo, que hace que la perfeccion de un Hombre-Dios sea la piedra de toque y la regla de los pensamientos, deseos y acciones de todos los demás hombres! ¿Cómo hemos de asombrarnos, pues, de que esta filosofía haya renovado la faz de la tierra?

Nuestros padres oponian la templanza y el ayuno á los excesos de los gentiles. Vivir para comer, era la máxima de la vieja sociedad; y comer para vivir, el principio de la jóven. Segun este principio, nuestros padres eran sóbrios en la comida y la bebida, y no solamente desconocian los excesos de la mesa que deshonraban á los gentiles, sino que les era extraño el menor esmero de la sensualidad. Mantener su vida y adquirir las fuerzas que necesitaban para servir á Dios y al prójimo, eran las reglas que presidian á sus comidas; de modo que elegian los manjares mas sencillos y mas propios para fortalecer el estómago que para halagar el paladar, estando persuadidos de que los platos delicados, en vez de alimentar al hombre, son tan nocivos para el cuerpo como para el alma [2].

Esta prudente sobriedad que observaban en sus casas presidia igualmente á sus inocentes banquetes llamados *Agapes*. Comer juntos ha sido en todas épocas y en todos los pueblos señal de amistad, y para dar un testimonio sensible de la tierna caridad que les unia, nuestros padres se sentaban con frecuencia á la misma mesa. Preparábase una comida decente y frugal que pagaban los ricos, y á la cual se convidaba á todos los hermanos, es decir, todos los fieles de la misma iglesia, y todos comian juntos, sin hacerse entre ellos ninguna distincion. De este modo el Cristianismo, hasta en sus mas insignificantes costumbres, enseñaba á los hombres su fraternidad y su igualdad delante de Dios. Las lámparas de las catacumbas alumbraron con frecuencia aquellas inocentes reuniones, que en la primitiva Iglesia se verificaban varias veces por semana, y posteriormente fueron reducidas á las tres épocas memorables de la vida, el Bautismo, el casamiento y los funerales [3].

[1] S. Clem. Alex. *Paedag.* c. 3, pag. 156.
[2] S. Clem. Alex. *Paedag.* c. 1, pag. 139.
[3] Mamachi, t. III, pag. 150.

Es sumamente interesante la descripcion que hacen nuestros padres de estas comidas eternamente célebres, y cuyo solo nombre despierta en nosotros tan tiernos recuerdos.

Tertuliano decia, al defender la causa de los Cristianos en el tribunal de la vieja sociedad pagana que por donde quiera no veia mas que excesos y desórdenes, porque no podia vivir sin ellos: «Solo «el nombre de nuestras comidas demuestra lo que son. Se les llama «*Agapes*, que en griego significa *caridad;* por costosas que sean, ga«namos siempre en ellas por el bien que nos proporcionan, pues de «este modo socorremos á todos los pobres, y léjos de portarnos con «ellos como vosotros con vuestros parásitos que se glorian de vender «su libertad para hartarse en vuestras mesas á costa de mil vejacio«nes, tratamos á los pobres como á hombres en quienes Dios tiene «fijas sus miradas con la mayor complacencia.

«Si el motivo de nuestras comidas es únicamente honesto, juzgad «de lo que pasa en ellas por el espíritu de religion que las anima. «No se tolera allí nada bajo ó que no sea modesto; nadie se sienta «á la mesa hasta despues de elevar á Dios una oracion; se come se«gun el apetito, se bebe cuanto conviene hacerlo cuando hay cas«tidad, y todos quedan saciados como quien debe levantarse por la «noche para orar á Dios. Despues de lavadas las manos y encendi«das las antorchas, cada cual es invitado á cantar las alabanzas de «Dios sacadas de las Escrituras, ó compuestas por él mismo, y de «este modo se ve si se ha excedido ó no en la bebida. Terminada la «comida tambien con la oracion, se sale de allí, no como turbas de «gladiadores, bacantes ó libertinos audaces, sino como se habia en«trado, con pudor y modestia: se sale de una escuela de virtud, «mas bien que de un banquete. Somos en nuestras reuniones los «mismos que en nuestras casas, y todos juntos como cada cual en «particular, sin hacer daño ni causar pesar á nadie [1].»

¿No es una cosa bien notable el que se hayan establecido espontáneamente estas comidas de caridad entre los salvajes de las islas de Gambier, recientemente convertidos á la fe? ¿Hay prueba mas palpable de que el espíritu de la verdadera Religion es igual en todas las épocas y en todos los climas? Oigamos á uno de nuestros misio-

[1] Apol. c. 38; Minut. Felix, pag. 308; *Cartas* de Plinio el Jóven á Trajano, lib. X, epist. XCVIII; Mamachi, t. II, pág. 94 y sig.

neros: «En la misma isla de Taravai un domingo vimos llegar á «nuestros salvajes por la mañana trayéndose consigo víveres para el «dia, pues querian pasarlo todo entero con nosotros. En el momento «de la comida se repartieron entre sí sus cortas provisiones con la «mayor cordialidad. Fuimos testigos de estos nuevos *agapes* con no«table placer, y lo que os asombrará es, que no habíamos pensado «en encomendarles nada que se lo pareciera, que lo hicieron por su «propio impulso, y que les ocurrió la idea despues de una instruc«cion sobre la comunion de los Santos. Estas comidas han pasado á «ser ya entre ellos una costumbre, y las llaman comuniones. ¿Có«mo no se ha de regocijar el corazon del pobre misionero á cuyos «ojos se verifican estas fiestas con toda la sencillez de la primitiva «Iglesia [1]?»

No bastaba á nuestros padres el abstenerse de todo exceso en el alimento: su divino Maestro ayunando durante cuarenta dias en el desierto; los Apóstoles mismos ayunando á pesar de sus inmensas tareas; la carne pronta siempre á rebelarse contra el espíritu; la obligacion de debilitar la vida de los sentidos para ser miembros de una religion enteramente espiritual, pero especialmente la vieja sociedad abismándose mas y mas de dia en dia en nuevos excesos que exigian una nueva expiacion: todos estos pensamientos eran para ellos otros tantos motivos para privarse hasta de las cosas permitidas. Aparte de la Cuaresma, ayunaban algunas veces por semana, y en estos dias no comian hasta despues de ocultarse el sol. «El miércoles «y el viernes, dicen Tertuliano y Orígenes, son entre nosotros dias «de ayuno solemne [2].» Para la Iglesia de Roma el sábado era tambien dia de ayuno. ¿Hay cosa mas interesante que su orígen? «Al«gunos ancianos de Roma, escribe san Agustin, creian que la cos«tumbre de ayunar el sábado en Roma procedia de que habiendo ayu«nado san Pedro juntamente con toda la Iglesia de Roma el dia ante«rior al que estaba destinado para combatir á Simon el Mago, cuyo «dia era domingo, y habiendo tenido aquel combate un éxito tan glo«rioso, se ha conservado la misma práctica desde entonces [3].»

[1] Carta de Mr. Honorato Laval, *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 56, pág. 176.

[2] Epist. LXXXVI, pág. 146. (Véase tambien Mamachi, t. II, pág. 119).

[3] Tertul. *Lib. de ieiun.* c. 14; Orig. *Homil. in Levit.*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber santificado el mundo estableciendo el Evangelio; haced que imitemos la humildad, la modestia y la templanza de nuestros padres en la fe.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero evitar el esmero en mis vestidos y en mis comidas.*

LECCION VII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea.

Continuemos la historia de nuestros padres sin olvidar que el secreto de su triunfo, la gloria de su nombre y el modelo de nuestra vida se hallan en sus heróicas virtudes.

Oponian la pureza de los Ángeles á las infamias de los gentiles. La sobriedad y el ayuno son los custodios de la mas amable de las virtudes; así hablan con unánime voz la razon, la filosofía y la experiencia. Á falta de otros testimonios, esto solo bastaria para establecer la castidad perfecta de los primeros cristianos; pero tenemos otras pruebas que la misma vieja sociedad nos proporciona, pues á pesar suyo se veia obligada á reconocer que el Cristianismo hacia mas castos á los que lo practicaban, y que el pudor era la virtud mas querida de nuestros antepasados.

Tertuliano, citando las mismas palabras de los gentiles, les decia: «Al hablar de tales ó cuales á quienes conocísteis, y que antes de su «conversion al Cristianismo se señalaron por una vida disipada, di-«soluta y hasta escandalosa, tratais de desacreditarles con satíricas «comparaciones que se truecan en su elogio; tanta es la torpeza del «odio. Decís: ¿Veis esa mujer? ¡qué coqueta, que provocativa era! «¿Veis ese jóven? ¡qué voluptuoso, qué amigo era de deleites! ¡lás-«tima que se hayan hecho cristianos! Y no veis que atribuís á su «Religion la honra de su mudanza. No ha mucho, añadia el elocuente «apologista, al condenar á una cristiana á ser expuesta á la infamia «mas bien que á los leones, habeis probado que la pérdida del pu-«dor es para nosotros un suplicio mas atroz que todos los tormentos «y que la misma muerte [1].»

Ofreciéronse en aquella época numerosos ejemplos de mujeres cristianas á quienes los jueces amenazaban, como último medio de hacer que abjurasen el Evangelio, con exponerlas en las casas de li-

[1] *Apol.* c. 3, id. sub fin.

bertinaje. Mas adelante, cuando los bárbaros del Norte se precipitaron sobre el Imperio romano, hallaron en él igual amor á la angélica virtud. ¡Qué mujeres hay entre los Cristianos! exclamaban en su admiracion. La jóven sociedad profesaba tan tierno amor á la pureza y á la continencia, que un gran número consagraba á Dios su virginidad. ¡Cosa admirable! Augusto apenas podia hallar seis vestales en la inmensa Roma [1], y millares de vírgenes [2] florecian como lirios sin mancha en el pequeño campo de la Iglesia. Los que tomaban el estado del matrimonio guardaban con toda su perfeccion la castidad conyugal, y era en extremo raro verles pasar á segundas nupcias [3].

La pureza de nuestros padres se manifestaba en todo su exterior. Era sumamente notable el contraste de la modestia de las mujeres cristianas con los adornos y la afectacion de las paganas: estas se pintaban el rostro con afeites, se perfumaban los cabellos y cargaban su cabeza de oro y perlas; pero las mujeres cristianas, cuyo exterior era reservado y modesto, nunca salian sino cubiertas con un velo, que ni aun se alzaban en la iglesia, especialmente si no eran casadas [4], y raras veces se veia en sus cabellos nada que revelase el lujo ó la vanidad. Por otra parte, salian muy poco, y hasta su vida retirada era para los gentiles un objeto de mofa. Pero nuestros padres les respondian: «Solo hablais con irrision de nuestras vírgenes que viven «en el retiro, cuyas manos están ocupadas en hilar la lana, y su boca «en cantar cánticos sagrados: ¡eh! avergonzaos, avergonzaos los que «habeis erigido estatuas á cuantas mujeres se hicieron célebres por «el desenfreno de sus costumbres [5].»

Los hombres no llevaban el cabello largo, sino que se lo cortaban: así lo prueban visiblemente los retratos que se han hallado en las

[1] Las vestales eran vírgenes paganas dedicadas al culto de la diosa Vesta; podian casarse á los treinta años, y únicamente habia seis. En tan corto número se cuentan, durante su reinado que fue de cerca de mil años, diez y siete condenadas al último suplicio por haber quebrantado su voto; y un número mucho mayor fueron objeto de sospecha: tan cierto es que la pureza es una virtud que solo crece en la verdadera Religion.

[2] *Plebem pudoris*, como dice san Ambrosio.

[3] Mamachi, t. II, pág. 126-132.

[4] Tertul. *De ornat. mulier.* lib. II, c. 4; et *De veland. virginib.* c. 2; S. Clem. Alex. *Paedag.* lib. III.

[5] Tatian. *Contr. Gent.* pag. 169.

catacumbas. La mayor parte, especialmente en Oriente, llevaban la barba, pero sin ningun aliño, pues tenian horror á la necia vanidad de los gentiles que se la teñian, para parecer mas jóvenes y bellos [1].

Los primeros cristianos, si eran modestos en sus vestidos, no lo eran menos en sus miradas y palabras, y no se oian entre ellos expresiones obscenas, dichos equívocos, bufonadas, ni ninguno de esos cantos ligeros que tan poco escrúpulo causan á muchos en el dia. Esta pureza angélica y esta modestia que en nada se desmentia, llenaban á los gentiles de extraordinario asombro, y para una multitud de ellos era ocasion de su salvacion [2].

Nuestros padres oponian la pobreza voluntaria á la insaciable sed de oro que devoraba á los gentiles. La Roma de los Emperadores no era mas que un vasto bazar donde todo se sacaba á almoneda, porque todo se vendia: el honor, la inocencia, la probidad y la vida; y hasta el mismo Impèrio fue puesto á subasta por la guardia pretoriana, y el Imperio halló comprador. En aquella vieja sociedad el oro lo era todo, porque el oro es el manantial de los deleites, y los deleites constituian la vida de aquella monstruosa agregacion de hombres. De aquí los asesinatos, envenenamientos, rebeliones y abominaciones de toda especie que manchan cada página de su historia.

Todo lo contrario sucedia en la jóven sociedad: hija de un Dios nacido en un pesebre y muerto en una cruz, arreglaba sus sentimientos y su conducta segun los ejemplos de su divino Fundador, y su amor á la pobreza llegaba hasta el despojo voluntario. Contentos con lo necesario, los primeros fieles daban el sobrante de sus bienes á la Iglesia para socorrer á las viudas, á los huérfanos y á los demás pobres, cualesquiera que fuesen, pues todo era comun entre ellos. Ricos con su fe y su esperanza, miraban con el mayor menosprecio todo lo pasajero [3], y tan admirable desprendimiento hacia á un tiempo su dicha y su gloria.

«Nos echais en cara el ser pobres, decian á los gentiles, cuando «la pobreza es un título de gloria mas bien que de humillacion: la «frugalidad, de que es manantial, fortalece el alma, así como la ener«va la abundancia. Además, ¿cómo podeis llamar pobre al que na-

[1] Véase *Roma subterránea* de Bosio; las obras de Bottari y de Boldetti.

[2] Tatian. *Contr. Graecos*, n. 29; S. Iust. *Apol. I*, n. 14; id. n. 12.

[3] Lucian. Samos. *Dial. Peregrin.* n. 13.

«da necesita, ni nada desea de lo que pertenece á otro, y que tiene «á Dios por tesoro? Por el contrario, es pobre aquel que con mu-«chas riquezas desea mas aun, y para explicaros toda nuestra idea, «cualquiera por pobre que sea, siempre lo es menos que al venir al «mundo. Los pajarillos nacen sin patrimonio, y ningun dia les falta «la subsistencia; todas las criaturas fueron hechas para nosotros, y «nos regocijamos de ellas, aunque no las deseamos, pues viaja con «mas comodidad el que lleva menos equipaje. Así pues, el cristiano «es el mas feliz de los hombres en el camino de la vida; porque la «pobreza le descarga, y no siente el peso de las riquezas. Pediríamos «á Dios riquezas si las creyéramos buenas para alguna cosa: ¿qué «le costaria el concedérnoslas, si todo le pertenece? mas preferimos «menospreciarlas, á tener que arreglarlas. Nuestros únicos deseos «son la inocencia y la resignacion, porque preferimos ser virtuosos «á ser pródigos. Los ricos son esclavos de su oro, y lo miran con «mas frecuencia que al cielo. ¡Qué locura! Nosotros somos pruden-«tes porque somos pobres, y enseñamos á todos el modo de vivir «bien y de arreglar sus costumbres [1].»

Finalmente, la sociedad nueva oponia á todos los crímenes de la vieja sus oraciones, sus lágrimas y una santidad perfecta. Así lo prueba la historia de sus acciones de cada dia. Nuestros padres se levantaban muy temprano; su primera accion era la señal adorable de la cruz, que repetian frecuentemente en el transcurso del dia, pues á sus ojos era el arma mas terrible para el enemigo del linaje humano. Señalamos la frente con la señal de la cruz, decian, para que el demonio retroceda aterrado al ver el estandarte del gran Rey [2]. Esta saludable costumbre era comun á todos los fieles sin excepcion, y las piadosas madres se la enseñaban ante todo á sus hijos.

Cuando se habian vestido, se lavaban la cara y las manos, pues el aseo era para ellos una virtud, y volvian á lavarse antes de ponerse en oracion. La familia se reunia en un aposento destinado á esta santa costumbre; principiaba la oracion matinal con la señal de la cruz, y duraba largo rato: nuestros padres estaban persuadidos

[1] Minut. Felix. *Oct.* pag. 331; id. 123; Lactan. *Div. Inst.* lib. VII, c. 1, pag. 517.

[2] Tertul. *De Coron. mil.* c. 4; Orig. *in Ezech.;* Lactan. *Div. Inst.* lib. IV, c. 26; S. Cyril. Hieros. *Catech.* 13, pag. 28.

de que la mañana era el momento mas conveniente para ofrecer al Señor el sacrificio de alabanzas [1].

Aunque no hubiera mas que un cristiano en la casa, no dejaba de hacer fielmente la oracion: despues de santiguarse, daba gracias á Dios por haberle conservado la vida del cuerpo y del alma durante la noche anterior, y le suplicaba que continuase concediéndole su proteccion y sus favores durante el dia que principiaba. Era un hijo que todas las mañanas iba familiarmente á pedir á su Padre celestial el pan de cada dia; era un viajero que iba á pedir el viático necesario para continuar su camino. En las casas cristianas el padre de familia hacia la oracion, y los demás le acompañaban.

Aunque los primeros cristianos estaban persuadidos de que la vida debe ser una oracion continua, tenian, sin embargo, ciertas horas destinadas á este santo ejercicio, porque las ocupaciones exteriores y la flaqueza de nuestro espíritu nos impiden con sobrada frecuencia pensar en Dios [2].

Hé aquí cuál era su actitud al orar. «Oramos, dice Tertuliano, «con los ojos elevados al cielo y las manos extendidas, porque son «puras; con la cabeza descubierta, porque no tenemos por que ruborizarnos, y sin que nadie nos dicte fórmulas de oraciones, porque el corazon es el que ora.» No hay cosa mas tierna que el uso de orar con los brazos abiertos: así oró el divino Maestro al espirar en la cruz; el cristiano, nuevo Jesucristo, imitaba á su modelo y daba pruebas de su entera adhesion. «Mientras nosotros oramos con «las manos extendidas, añade Tertuliano, despedazadnos si quereis «con garfios de acero, clavadnos en la cruz, arrojadnos en las llamas, hundidnos el cuchillo en nuestro seno, y entregadnos á los animales voraces, pues el cristiano al orar os demuestra, únicamente «con su actitud, que está pronto á sufrirlo todo [3].»

Se volvian hácia el Oriente. Así como el sol al asomar trae la luz á los mortales, del mismo modo la aparicion del verdadero Sol de justicia, Nuestro Señor Jesucristo, disipa las tinieblas del mundo y alumbra á todos los hombres viniendo á la tierra; al volverse hácia

[1] Orig. *in Ezech.* pag. 238; Tertul. *Lib. de Orat.* c. 11, pag. 133; S. Chrys. Homil. XLII *in I Cor.* n. 4; S. Basil. Epist. II *ad Gregor.* n. 2.

[2] Prud. *Hymn. Cath.* pag. 30; S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VI, pag. 722.

[3] Tertul. *Apol.* c. 30.

Oriente para orar, nuestros padres expresaban la esperanza y el deseo de ser alumbrados por la luz divina [1].

Durante la oracion, su exterior tenia una perfecta compostura, pero sin ninguna afectacion. Apenas estaban prosternados, elevaban su alma á Dios, y penetrados del sentimiento de su presencia, le hablaban como si le vieran con sus propios ojos. Este pensamiento producia en ellos un profundo sentimiento de humildad : detestaban sus ofensas con todo su corazon, perdonaban á sus enemigos, ahogaban todo afecto poco cristiano, y pedian especialmente los bienes de alma, cuidándose poco de los del cuerpo. Á estos actos de humildad, arrepentimiento y adoracion seguia la consideracion de la grandeza infinita de la majestad suprema que glorificaban por medio de Jesucristo nuestro Salvador. Venian despues las peticiones afectuosas para ellos, para sus deudos y amigos y hasta para sus enemigos, pues sabian que un cristiano no ha de contentarse con perdonar á los que le quieren ó le hacen mal, sino que tambien debe orar por ellos [2].

Acababan como habian principiado, glorificando el santo nombre de Dios con la señal de la cruz; toda la familia se levantaba, y modestamente vestida se disponia para ir al santo sacrificio. Antes de salir de casa, cada cual hacia otra vez la señal de la cruz y se dirigia á la iglesia. Conforme á las instrucciones del divino Maestro, nuestros padres creian que las oraciones en comun eran mucho mas eficaces y agradables á Dios; oian misa y comulgaban todos : israelitas vigilantes, tenian cuidado de ir todas las mañanas á recoger el maná del cielo, estando persuadidos de que es imposible cruzar el desierto de la vida sin recibir el pan de los fuertes. Mientras duraba el sacrificio se ocupaban en la oracion, la explicacion de la Escritura y el canto de los Salmos.

Despues de la misa volvian á sus casas, no en tumulto sino con recogimiento y modestia, teniendo mucho cuidado de repetir á los que no habian podido asistir á la reunion, y especialmente á los niños, las instrucciones de los sacerdotes. Cumplidos estos deberes, que serán siempre tan dulces como sagrados para las familias cristianas, nuestros padres se entregaban á sus ocupaciones. Ejercian indistintamente todos los oficios decentes y lícitos, pues no ha de

[1] S. Clem. Alex. *ubi supra;* Orig. *Lib. de Orat.* n. 31 ; Auctor quaest. et resp. orthod. inter oper. S. Iust. resp. 108.

[2] Orig. *ubi supra,* n. 8 et 38 ; S. Cypr. *Lib. de Orat.* pag. 107.

imaginarse que por haber renunciado al Gentilismo, fuesen inútiles ó extraños á la sociedad. Habia cristianos en todas las condiciones: así como los Apóstoles no abandonaron la pesca despues de su vocacion al apostolado, los primeros fieles conservaban despues de su conversion las profesiones que ejercian antes, y no las dejaban sino cuando veian en ellas peligros para su salvacion.

«Somos cási de ayer, decia Tertuliano, y llenamos ya toda la ex«tension de vuestros dominios, las ciudades, fortalezas y colonias, «vuestras aldeas, consejos, campiñas, tribus y decurias, el palacio, «el senado, el foro, y solo os dejamos vuestros templos [1]... ¿Osais «decir, añadia el mismo apologista dirigiéndose á los gentiles, osais «decir que somos inútiles al Estado? ¿Cómo? Habitamos con vos«otros sin diferencia alguna en el modo de comer y vestir; con los «mismos muebles y necesidades, porque no somos bracmanes ó «gimnosofistas de la India que vivimos en los bosques y nos ais«lamos del trato de los hombres, no nos olvidamos de pagar á Dios «al tributo del reconocimiento por todas las obras de sus manos, y «nada rechazamos de lo que ha hecho, y únicamente tenemos cui«dado de no usar de ellas con exceso y sin necesidad, y lo mismo «que vosotros, no nos abstenemos de las cosas necesarias á la vida. «Como vosotros vamos al foro, á los mercados, á los baños, á las «ferias públicas, á las tiendas y á las hosterías; navegamos con vos«otros, empuñamos las armas, cultivamos la tierra, comerciamos y «ejercemos las mismas profesiones que vosotros [2].»

Hallamos en efecto cristianos en todos los estados: en la jurisprudencia, Minucio Félix y los senadores Hipólito y Apolonio; en el arte oratorio, Quadrato, Arístides, Atenágoras, san Justino y Tertuliano; en la medicina, san Lucas, san Cosme y san Damian; en el arte militar, Cornelio, la legion Fulminante, la legion Tebana y un célebre capitan llamado Mario, del cual se ha hallado la siguiente inscripcion en las catacumbas: «Aquí descansa en paz Mario, jó«ven capitan del emperador Adriano. Vivió bastante tiempo, porque «dió su sangre y su vida por Jesucristo. Sus amigos en medio de «alarmas le han colocado esta losa [3].» Se halla tambien mayor número de cristianos en las profesiones menos distinguidas; pobres en

[1] *Apol.* c. 37.
[2] *Apol.* c. 42.
[3] Mamachi, *Antiq. christ.* t. I, pag. 430. Véase tambien en otra obra del

su mayor parte, ganaban su vida con el trabajo de sus manos, y eran herreros, alfareros, constructores de tiendas, tejedores, carboneros, labradores, sastres, carpinteros, zapateros y pescadores. Todos los estados han tenido sus santos.

Dios lo ha querido con objeto de enseñarnos, 1.° que la Religion es bastante poderosa para santificar todas las profesiones y condiciones, y que no es necesario retirarse á la soledad para lograr la salvacion; 2.° que si queremos salvarnos en nuestro estado, es preciso imitar á los que tuvieron la dicha de hallar en el suyo su santificacion. Entremos en las miras de esta amable Providencia, y veamos cómo desempeñaban nuestros padres sus ocupaciones. ¡No sea vano para nosotros su ejemplo!

La señal de la cruz precedia siempre al trabajo, y muchas veces le acompañaba el canto de los cánticos sagrados. Reinaban en él la buena fe, el ardor y la paciencia, y no se hallaban en todo el Imperio personas mas seguras y probas que los Cristianos.

Al mediodía suspendian sus tareas; era la hora de la comida. Antes de sentarse á la mesa, hacian otra vez la señal de la cruz invocando el nombre del Señor, pues antes de alimentar el cuerpo, consideraban como una cosa justa y conveniente alimentar el alma, con cuyo objeto leian algunos pasajes de la santa Escritura. Terminada la lectura, hacian la señal de la cruz sobre los manjares, el vino y el agua, y tras una corta oracion daban principio á la comida.

Hé aquí la fórmula de la antigua bendicion, y cuya conservacion debemos al célebre Orígenes: «Ó Vos que dais el alimento á todo «cuanto respira, concedednos que usemos santamente de estos man-«jares que nos ha preparado vuestra misericordia. Vos dijísteis, Dios «mio, que cuando vuestros discípulos beberian algun licor empon-«zoñado no sentirian mal alguno, con tal que tuviesen cuidado de «invocar vuestro nombre, porque sois infinitamente bueno y pode-«roso; quitad, pues, de este alimento todo cuanto podria dañar el «cuerpo y el alma de vuestros hijos [1].»

Si se hallaba presente algun sacerdote, le pertenecia la bendicion de la mesa [2], y durante la comida se cantaban cánticos sagrados.

mismo autor, *De' costumi de' primitivi Christiani*, t. II, pag. 50 y sig., un catálogo mas extenso de cristianos de diversos estados.

[1] Lib. II *in Ioan.* pag. 36.

[2] Véase dom Ruinart, *Martirio de san Teodoto*, pág. 299.

Este interesante uso, que indicaba la inocencia de las costumbres y la alegría de una buena conciencia, tenia además la ventaja de conservar el alma elevada á Dios y de precaver las palabras ociosas. Así pues, los Obispos y sacerdotes recomendaban á los padres de familia que enseñasen himnos y cánticos á sus esposas é hijos para que los cantasen, no solo al hilar la lana y al tejer la tela, sino tambien al tomar su alimento [1].

Terminada la comida daban gracias al Señor, volvian á entonar cánticos sagrados, y leian tambien algunos pasajes de la Biblia [2]. Cuando llegaba la hora, cada cual volvia alegremente á su trabajo, ó á diferentes obras de caridad, como visitar á los hermanos presos por la fe, recibir á los extranjeros, lavarles los piés, prepararles comida, distribuir limosnas y asistir á los enfermos [3].

Á las tres volvian á orar. Tal era bajo este aspecto el órden del dia: al amanecer, á las nueve, al mediodía y á las tres recurrian al Señor por medio de fervientes oraciones, persuadidos de que cuanto mas se pide á Dios su asistencia y su auxilio, mas seguridad hay de alcanzar la victoria de las tentaciones y el buen éxito de lo que se emprende [4]. Al regresar á su casa, los padres instruian á sus hijos, y en cambio de su cariño verdaderamente cristiano, los padres y madres recibian la obediendia, el respeto y las pruebas mas inequívocas de una piedad verdaderamente filial [5].

Antes de cenar leian las santas Escrituras, y, como en la comida, cantaban himnos y cánticos. Terminada la cena, se daban gracias y se leian otra vez los Libros santos. En el momento de la cena se hacia la oracion en comun, cada cual volvia á santiguarse en la cama, y se acostaban con modestia para tomar el sueño necesario [6]. Para evitar todas las ilusiones del demonio nocturno, se levantaban á media noche y pasaban un rato en oracion [7].

Tal era la vida de nuestros padres. Cuando se nos propone que

[1] S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, pag. 728; S. Chrys. *in Psalm.* XL, n. 2, pag. 132.

[2] Tertul. *Apol.* c. 40. Véase tambien Cave, *De Relig. et morib. veter. christ.* t. I, pág. 297.

[3] Tertul. *Lib. II ad uxor.* c. 4.

[4] S. Clem. Alex. *Strom.* lib. VII, pag. 722.

[5] Tertul. *De Coron. mil.* c. 11.

[6] Ibid.

[7] Id. Lib. II *ad uxor.* c. 5.

la imitemos, respondemos: Esto ya no se usa. En verdad que ya no se usa vivir como cristianos, indudablemente porque no se usa tampoco morir como santos. Esto ya no se usa; pero no serémos juzgados segun el uso, sino segun el Evangelio: Jesucristo, nos dice Tertuliano, no se llama el uso sino la verdad; y la verdad no cambia. Siendo así, cristianos, ¿qué debemos hacer? ó cambiar de nombre ó de costumbres [1].

Tantas virtudes entre los hombres del pueblo excitaban ya el furor, ya la admiracion de la vieja sociedad gentílica. Hablarémos mas adelante del modo atroz con que persiguió á nuestros padres, pero consignemos aquí el homenaje brillante que rindió á su santidad: vamos á oir á uno de los mismos perseguidores de los Cristianos.

Plinio el Jóven, gobernador de Bitinia, halló en su provincia tan gran número de cristianos, que se vió apurado sobre el modo con que debia conducirse con ellos, y con objeto de informarse, consultó al emperador Trajano con la siguiente carta:

«Juzgo que debo, señor, consultaros todos los negocios dudosos, «porque ¿quién puede fijar mejor mi incertidumbre ó instruir mi «ignorancia? Nunca he asistido al proceso de los Cristianos, y por «esta razon no sé lo que se castiga en ellos ó se averigua. Los dos «puntos de mi duda son estos: ¿Es preciso hacer diferencia entre «las edades? ¿No deben distinguirse los niños mas tiernos de las per«sonas de edad? ¿Es preciso perdonar al que se arrepiente, ó bien «es un crímen indeleble el haber sido cristiano? ¿Es el nombre sin «otro crímen ó bien los crímenes anejos á este nombre lo que debe «castigarse?

«Hé aquí la conducta que he observado hasta ahora con los que «me han sido denunciados como cristianos: cuando han confesado, «les he interrogado por segunda y tercera vez amenazándoles con el «suplicio, y cuando han perseverado, les he despedido, porque no «he dudado que, prescindiendo de lo que podia ser lo que confesa«ban, no debia castigar su tenacidad y obstinacion inflexibles. Ha «habido otros afectados de la misma locura que he anotado para en«viarles á Roma porque son ciudadanos romanos.

«Habiéndose multiplicado muy pronto las acusaciones, como es «de costumbre, se han presentado gran número de casos, y se ha «hecho circular un libelo, sin nombre de autor, que contiene los

[1] Aut muta nomen, aut muta mores.

«nombres de varios que se han vanagloriado de ser cristianos ó de «haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses con nosotros «y ofrecian incienso y vino á vuestra imágen, que les habia presen-«tado con las estatuas de los dioses, y que además maldecian á Cris-«to, he creido que debia dejarles libres, porque se dice que es im-«posible obligar á nada de esto á los que son verdaderamente cris-«tianos. Otros, llamados por el denunciador, han dicho que eran «cristianos, pero lo han negado en seguida, diciendo que lo habian «sido, pero que no lo eran ya, unos desde hace tres años, otros des-«de mas tiempo, y algunos desde veinte años atrás. Todos han ado-«rado vuestra imágen y las estatuas de los dioses, y hasta han mal-«decido á Cristo.

«Ahora bien, hé aquí, segun dicen, á lo que se reducia su falta «ó su error: que acostumbraban reunirse cierto dia antes de asomar «el sol y decir juntos á dos coros un cántico en honor del Cristo, co-«mo de un Dios; que se obligaban por juramento, no á ningun crí-«men, sino á no cometer hurto, robo ni adulterio, y á no faltar á su «palabra ni negar un depósito; que en seguida se retiraban, despues «se reunian para tomar una comida, pero ordinaria é inocente, y «que hasta habian cesado de hacerla á consecuencia de mi mandato, «en el cual, segun vuestras órdenes, habia prohibido las reuniones. «Para asegurarme plenamente de la verdad, he mandado dar tor-«mento á dos esclavas que decian haber servido en estas reuniones, «pero no he hallado otra cosa que una supersticion mal arreglada y «excesiva, y por esta razon he diferido el fallo y me he apresurado «á consultaros.

«Esto me ha parecido digno de consulta, principalmente á causa «del número de los acusados; porque se hallan comprometidas y se-«rán citadas una multitud de personas de toda edad, sexo y condi-«cion, pues esta supersticion ha inficionado no solamente á las ciu-«dades, sino á las villas y aldeas. Parece, sin embargo, que puede «contenerse y curarse; al menos consta que se empieza á frecuentar «los templos cási abandonados, á celebrar los sacrificios solemnes «despues de una larga interrupcion, y que por todas partes se ven «víctimas, en vez de que pocos las compraban antes; de lo cual pue-«de fácilmente deducirse que un gran número se corrige, si se da «lugar al arrepentimiento [1].»

[1] Epist. XCVII.

Trajano respondió así á la carta de Plinio:

«Habeis seguido la conducta que debíais, mi querido Secundo, en «las causas de los que os han denunciado como cristianos, porque no «puede sentarse respecto de todos una regla uniforme. No deben «buscarse, sino condenarles cuando sean denunciados y convictos, «de manera sin embargo que cualquiera que diga que no es cristia- «no y lo pruebe sacrificando á nuestros dioses, alcance el perdon por «su arrepentimiento, por sospechoso que haya sido en lo pasado. En «cuanto á los libelos publicados sin nombre de autor, no deben ad- «mitirse como especie alguna de acusacion, pues daria esto malísi- «mo ejemplo, y no es digno de nuestro siglo [1].»

De modo que segun Trajano no deben buscarse los Cristianos, sino castigarles cuando sean denunciados. «¡ Extraña jurisprudencia, «exclama Tertuliano, monstruosa contradiccion! ¡ Prohibir que se los «busque porque son inocentes, y mandar que se les castigue como «culpables! ¡ perdonar y castigar al mismo tiempo, disimular y con- «denar! ¿Por qué os contradecís tan groseramente? Si castigais á «los Cristianos, ¿por qué no les buscais? y si no les buscais, ¿por «qué les condenais [2]?»

Esta chocante contradiccion era una confesion manifiesta de que á los ojos de los gentiles nuestros padres eran irreprochables, y por esto nuestros apologistas, al defender la causa de sus hermanos delante de los tribunales del Imperio, desafiaban á los jueces á que convenciesen á uno solo de los Cristianos de los crímenes que se les imputaban. «Tomamos por testimonio los registros de vuestros tribu- «nales, magistrados, que todos los dias juzgais los presos y pronun- «ciais vuestros fallos á consecuencia de las denuncias que os hacen. «¿Se ha hallado nunca un cristiano entre esa multitud de malhecho- «res, asesinos, ladrones, sacrílegos y sobornadores emplazados en «vuestros tribunales? Ó bien, entre todos los que os han denuncia- «do como cristianos, ¿se halla uno solo culpable de alguno de estos «crímenes? Los vuestros son, pues, los que llevan á las cárceles y «sirven de pasto á las fieras; sus gritos son los que resuenan en las «minas, y entre vosotros se toman esos rebaños de criminales desti- «nados á servir de espectáculo; ninguno de ellos es cristiano, ó no es «mas que cristiano, pues si es otra cosa, es porque no es ya cristiano.

[1] Apud Plinium, pag. 98.

[2] *Apol.* c. 2.

«Luego nosotros solos, sí, nosotros solos somos inocentes. ¿Qué «hay en esto que deba sorprenderos? La inocencia es para nosotros «una necesidad que conocemos perfectamente, porque la hemos «aprendido del mismo Dios, que es el maestro perfecto, y la guar-«damos fielmente como mandada por un juez que no puede despre-«ciarse. Hé aquí lo que son los hombres que os han enseñado la vir-«tud, y los que os la han prescrito: luego no podeis conocerla aquí «como nosotros, ni temer como nosotros el perderla. ¿Acaso pueden «tomarse por apoyo las luces del hombre para conocer la verdadera «virtud, y su autoridad para hacerla practicar? Sus luces extravian, «y su autoridad es menospreciada. Fácil es evadir sus leyes, pues «no alcanzan á los crímenes secretos, y sus castigos son de corta du-«racion, porque no se extienden mas allá del término de la vida. No «sucede así con nosotros.

«Persuadidos de que nada se escapa al ojo escudriñador que todo «lo ve, y que hay suplicios que evitar, somos los únicos que damos «sólidas garantías á la verdadera virtud, porque conocemos su ma-«nantial, y porque la ponemos bajo la salvaguardia del terror de un «porvenir, no limitado á algunos años, sino eterno, y tememos á Dios «y no al procónsul [1].»

Temer á Dios y solamente á él fue la divisa de nuestros padres, y tal debe ser la nuestra si queremos llegar á la santidad de que nos dieron ejemplo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado tan hermosos modelos en los primeros cristianos: haced que imitemos su pureza, su desprendimiento de las criaturas y su santidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer bien mis acciones de cada dia.*

[1] *Apol.* c. 44, 45.

LECCION VIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea.

La verdadera santidad no consiste en cumplir únicamente con nuestros deberes para con Dios y para con nosotros mismos; exige además que observemos fielmente nuestras obligaciones para con el prójimo. Hemos visto que la vieja sociedad estaba muy distante de hacerlo, y á la ley de odio que se manifestaba en todas las relaciones de los gentiles entre sí, nuestros padres oponian la suave ley de la caridad universal. La caridad era entre todas las virtudes de la Iglesia naciente la que mas asombraba á los gentiles, porque todos los dias la veian brillar de mil modos, lo mismo en las grandes ocasiones que en los mas insignificantes pormenores de la vida.

Fieles á este principio del divino Maestro: *Ama al prójimo como á tí mismo; bendice al que te haga mal; ruega por los que te persigan; se conocerá que sois mis discípulos si os amais unos á otros*, todos los miembros de la jóven sociedad no formaban mas que un corazon y un alma.

Para proceder con órden, hablarémos en primer lugar del amor de los padres hácia sus hijos, y de los hijos hácia sus padres; en seguida, del amor de los esposos hácia sus esposas, y de estas hácia aquellos; de los hermanos y hermanas recíprocamente, y finalmente, llegarémos por grados á demostrar que la inmensa caridad de nuestros padres abarcaba todos los hombres, hasta á sus enemigos y verdugos.

En tanto que los gentiles no temian dar muerte á sus hijos antes de nacer ó exponerles brutalmente despues de su nacimiento, para no tomarse el trabajo de mantenerlos, nuestros padres miraban á sus hijos como una bendicion, y no omitian precaucion alguna para conservar los que Dios les habia dado. La madre se imponia el sagrado deber de alimentarlos para que recibiesen con la leche mater-

na las santas máximas de la Religion, y á su cariño se agregaba una especie de adoracion, porque miraban á sus hijos como hermanos de Jesucristo, templos vivos de la augusta Trinidad y depósitos preciosos de quienes les pediria exacta cuenta el cielo. Imbuido en estos sentimientos, veíase al santo mártir Leónidas, padre del grande Orígenes, aproximarse muy despacio á la cuna de su hijo dormido, descubrirle el pecho y besarlo con respeto como al santuario del Espíritu Santo.

Cuando la edad lo permitia, su único cuidado era la educacion de sus hijos [1]. «Ó no tomamos el estado del matrimonio, decia san Jus«tino, ó si lo hacemos es únicamente para dedicarnos á la educacion «de nuestros hijos, y solo vivimos por ellos y para enseñarles la san«ta doctrina [2].» Efectivamente, el punto capital de la educacion consistia en enseñar á los hijos las verdades de la Religion, y formarlos para la virtud y las obras de caridad. El Evangelio era su libro *clásico*, y en él aprendian á pensar, á amar, á perdonar, á obrar como el Hombre-Dios, y á ser, por consiguiente, hombres de prez para la sociedad y santos para el cielo. Oigamos á san Jerónimo como indica á una madre cristiana las reglas que ha de seguir en la educacion de su hija.

«Pensad en los sagrados deberes que os impone el precioso depósito «que os ha sido confiado; escuchad, pues, el modo como debe ser «educada un alma destinada á ser el templo de Dios. Las primicias «de todas las cosas se deben especialmente al Señor; así es que las «primeras palabras, así como los últimos pensamientos del niño de«ben ser consagrados á la piedad; la alegría de una madre cristiana «consistirá en oir á su hijo pronunciar con débil voz é inseguro acen«to el dulce nombre de Jesucristo, en escuchar los sonidos aun mal «articulados de aquella lengua delicada entonando piadosos cantos. «Desde el momento en que sea posible ejercitar la memoria de vues«tro hijo, hacedle aprender los Salmos; lean el Evangelio y los es«critos de los Apóstoles, el tesoro de su corazon; haced que os recite «diariamente algunos pasos del mismo, que serán como un ramillete «de flores cogidas en las sagradas Escrituras que os ofrecerá cada ma«ñana; sean ellos sus primeras joyas y su adorno mas precioso, sean

[1] Athen. *Legat.* n. 35, pag. 332; id. n. 33, pag. 33; S. Clem. Alex. *Paedag.* lib II, c. 10.

[2] *Apol.* c. 1, n. 29; id. c. 2, n. 4.

«ellos los habituales juegos que le ocupen en el momento de dormir-«se y en aquel en que se despierte [1].»

Admiremos la sabiduría de tales preceptos al mismo tiempo que consideramos la fortaleza de las almas que se formaban segun ellos. Los tiempos han cambiado y las costumbres tambien; en nuestros dias se espera con ansia el momento de cargar la imaginacion y memoria de los niños con una multitud de conocimientos estériles y las mas de las veces peligrosos; se les cansa con estudios prematuros, y al paso que se les enseñan cuidadosamente las absurdas farsas de la antigua mitología, vense padres cristianos que les dejan ignorar los principios de la divina ciencia, sin la cual la sabiduría humana no es mas que error y vanidad.

«Preservad á vuestro hijo, continúa san Jerónimo, de todos aque-«llos libros que introducen en el seno del Cristianismo un lenguaje «enteramente gentílico; ¿qué puede haber de comun entre los pro-«fanos cantos del Gentilismo y las castas melodías de la lira de los «Profetas? ¿Cómo acordar á Horacio con David, á Virgilio con los «santos Evangelistas? En vano se dirá que la intencion no es mala; «pues es siempre un escándalo ver á la vírgen de Jesucristo, á un «alma cristiana en un lugar consagrado á los ídolos; nos está pro-«hibido beber á un tiempo en el cáliz de Jesucristo y en el cáliz de «los demonios [2]. No participeis tampoco de la máxima de que con-«viene enseñar cuanto antes á la juventud ciertas cosas que sabrá «despues, pues para contenerse no hay como ignorar las cosas «cuyo conocimiento induce á desearlas; la ignorancia es la mejor «garantía de la inocencia [3].»

Nuestros padres querian que sus hijos jamás permaneciesen ociosos, y hacian suceder asiduamente la lectura á la oracion, y la oracion á la lectura, mezclando las ocupaciones domésticas con los ejercicios religiosos, y multiplicando el tiempo con tan sábia variedad. Velaban además con escrupuloso cuidado sobre la eleccion de los compañeros que crecian al lado de sus hijos, y nunca sufrian cerca de ellos á criados sospechosos; de cerca y de léjos vigilaban sus juegos, sus vestidos, su alimento: sus juegos, impidiendo todas las diversiones en que reina el desórden y la confusion; sus vestidos,

[1] Epist. ad Laet. lib. VII; id. ad Gaudent. pag. 396.
[2] Epist. ad Eustoch. pag. 42.
[3] Epist. ad Laet. pag. 594.

porque la modestia cristiana rechaza todo exceso, y así como no quiere fausto en los adornos, tampoco admite la suciedad en el traje, y evita sin afectacion así los vestidos elegantes en exceso como un traje desordenado; los primeros atraen cerca de una jóven á los libertinos que no la respetan, y el segundo manifiesta que no se respeta á sí misma; su alimento, alejando de sus hijos toda clase de sensualidad. En efecto, es conveniente que los niños experimenten á veces ciertas privaciones, á fin de que jamás olviden que se hallan en la tierra bajo las mismas condiciones que tantos otros, quienes carecen con frecuencia de lo necesario [1].

Estas lecciones de virtud daban sus frutos, porque nuestros padres ofrecian por sí mismos el ejemplo; su amor para sus hijos era tan prudente como tierno y cuidadoso, y si se trataba de procurarles la felicidad eterna, no retrocedian delante de sacrificio alguno, siendo los primeros en alegrarse si una santa y gloriosa muerte les devolvia á su Padre celestial y ponia en posesion de sus imperecederos goces.

Entre un gran número de ejemplos de amor tan animoso, citarémos solo uno: El emperador Valente mandó que se cerrasen las iglesias de los Católicos, y por lo tanto nuestros padres, prefiriendo obedecer á Dios que á los hombres, se reunian todos los domingos fuera de la ciudad para asistir á los divinos oficios; súpolo el Emperador, y enfurecido ordenó que se diese muerte á cuantos cristianos concurriesen á aquellas reuniones; mas el prefecto de la ciudad, llamado Modesto, menos bárbaro que el Emperador, advirtió secretamente á los fieles de cesar en sus reuniones, participándoles las órdenes que habia recibido. Á pesar de esto, la reunion del domingo siguiente fue mas numerosa que nunca, y al atravesar la ciudad el Gobernador seguido de sus soldados, vió á una pobre mujer que salia apresuradamente de su casa, sin cerrar siquiera la puerta, conduciendo á un niño de la mano; en su precipitacion pasó por entre las filas de soldados que llenaban la calle, pero Modesto mandó detenerla y la dijo: ¿Dónde vais con tanta prisa? — Á la reunion de los Católicos. — ¿Acaso no sabeis que voy á dar muerte á cuantos hayan concurrido á ella? — Sí, y por esto corro, temiendo perder la ocasion de sufrir el martirio. — ¿Por qué llevais con vos á ese niño? — Para que participe de igual felicidad. Admirado Modesto al

[1] Epist. ad Laet. pag. 594.

ver tanto valor, se dirigió al palacio del Emperador, á quien hizo desistir de su cruel proyecto.

Á la ternura continua, vigilante y sobrenatural de sus padres, correspondian los jóvenes cristianos con un respeto y amor proporcionado á aquella; estad, pues, atentos si quereis formar vuestra vida segun el modelo de la suya. Imitadores de Jesús obedeciendo á José y á María, se anticipaban á todos los deseos de sus padres, ayudábanles en sus trabajos, y los consolaban en sus penas; si algunos tenian la desgracia de ver á sus padres sumidos aun en la idolatría, redoblaban sus cuidados y ternura para con ellos; pero tan firmes como respetuosos, se negaban á obedecerles en todo lo que era contrario á la Religion. Hacian mas; sabiendo que uno de los efectos de la caridad es instruir á los ignorantes, esforzábanse para iluminar á sus amados padres y hacerles renunciar al Gentilismo [1], hermoso ejemplo que verémos en las actas de santa Perpétua; algunas veces aquellos piadosos hijos solo recibian malos tratamientos é injurias en cambio de su tierna caridad, mas nada era capaz de desalentarles, y cuando sus oraciones no bastaban, ofrecian á Dios el sacrificio de su vida para la conversion de los infortunados autores de sus dias [2].

La caridad, que reinaba entre padres é hijos, unia tambien á los esposos entre sí; y como el amor que se profesaban era casto y santo, los esposos daban á sus esposas el nombre de hermanas [3]; si aquellos temian por la firmeza de estas en medio de las persecuciones, no cesaban de inspirarles valor, recordándoles las lecciones, los ejemplos y las promesas del Salvador. En esto imitaban al apóstol san Pedro, de cuya vida nos refiere el siguiente rasgo Clemente de Alejandría: Aquel santo Apóstol, que estaba casado, vió á su esposa presa por los perseguidores y conducida al martirio; llamóla por su nombre, y despues de felicitarla, le dijo: Acordaos del Señor [4]. Tal era el noble amor de los esposos en los bellos dias de la primitiva Iglesia.

No era menos perfecto el de las mujeres para con sus maridos; dulces, afables, sumisas, cuidadosas, nada omitian para atraerlos

[1] S. Iustin. *Apol. I* n. 111.
[2] Tertul. *Lib. ad nat.* c. 4 y 7; Arnob. *Lib. II contr. Gent.* pag. 44.
[3] Tertul. *Ad uxor.* pág. 161 y sig.
[4] *Strom.* lib. III, pág. 448.

al Señor si tenian aquellos la desgracia de profesar aun la idolatría, ó para hacerles perfectos cristianos si eran catecúmenos, á fin de que el nombre de Jesucristo fuese respetado hasta por los infieles [1].

Educados en tan buena escuela, los hermanos no formaban, en toda la extension de la palabra, mas que un corazon y un alma; y de aquí sus mútuos y tiernos cuidados para alentarse en la virtud, y para sufrir con valor toda clase de suplicios antes que exponerse á una eterna separacion renunciando á la fe. Juntos aparecian en los anfiteatros y combatian y morian juntos, y si por desgracia sucumbia uno de ellos, nada era comparable al dolor de los demás, y entre lágrimas y suspiros rogaban y conjuraban al hermano ó hermana á quien no cesaran de amar, y hacian orar por él hasta que le habian vuelto al camino del deber y de la felicidad. Su tierna amistad sobrevivia á todo, y grabábanla en mil distintos símbolos en las tumbas y urnas sepulcrales [2].

Tal era la familia cristiana en los hermosos tiempos de la Iglesia naciente, tipo admirable que Dios ha permitido se hallase en todos los siglos para impedir la prescripcion del mal, quitar á la negligencia toda excusa, y manifestar que la Religion es siempre la misma, siempre llena de vida y capaz de producir siempre los mismos efectos. Como prueba y como modelo, vamos á poner de manifiesto el interior de una familia cristiana en los tiempos modernos. ¡Ojalá que los padres no lo pierdan jamás de vista!

Á pesar de que la educacion, y la educacion cristiana sobre todo, esté cási del todo olvidada en el mundo, hay todavía madres piadosas que, persuadidas de que solo por este medio pueden asegurar la dicha y gloria de sus hijos, emplean todo su cuidado en educarles cristianamente; mas como en general es mayor su celo que sus luces, se engañan con frecuencia en la eleccion de los medios que deben adoptar para conseguirlo; á fin, pues, de preservarlas del error, les propondrémos el ejemplo de la señora Acarie, la que despues de haber edificado por largo tiempo al mundo con sus virtudes, renunció generosamente á todas las comodidades de que gozaba, para ir á terminar sus dias en el convento de Carmelitas de Pontoise, donde alcanzó la mas eminente santidad.

[1] *Strom.* lib. IV, pág. 524.

[2] Mamachi, *De' costumi*, etc. c. 3, pag. 16, et *Antiq. christ.* t. III, pagina 398.

Aquella señora verdaderamente cristiana, que sabia el imperio que las primeras impresiones tienen de ordinario en el corazon humano, empezó á formar á sus hijos en las virtudes que la Religion y la sociedad podian exigirles desde su mas tierna edad, y para conseguirlo procuró instruirles ante todo en los primeros elementos de la fe. Hablando un dia, desde el púlpito, de la ignorancia en que los padres dejaban á sus hijos en materia de religion, el párroco de San Gervasio, quiso probarlo con un ejemplo, y empezó una frase con estas palabras: *Si pregunto á un niño qué es fe...* al momento oyóse en medio del auditorio al mas pequeño de los hijos de la señora Acarie contestar, como si le hubiesen preguntado: *Es un don de Dios;* y habria continuado, si su abuelo, que le tenia sentado en sus rodillas, no le hubiese puesto la mano en la boca para impedirle hablar.

La señora Acarie explicaba frecuentemente á sus hijos la obligacion que contrajeran al recibir el Bautismo de unirse únicamente á Dios y de evitar cuanto pudiese ofenderle. «Repetíanos con frecuen«cia, dice su hija mayor, que solo nos amaria mientras amásemos «á Dios, y que si sabia que algun niño extraño á su familia tuviese «á Dios mas amor que nosotros, amaria mas á aquel niño que á nos«otros.»

Inspiróles desde la infancia horror por la mentira, y no les perdonaba ninguna, por ligera que fuese. «Aun cuando malbarateis y «rompais todo lo de casa, dijo cierto dia á una de sus hijas, lo ol«vidaré de buen grado, y nada malo os sucederá si confesais al mo«mento vuestra falta; mas aunque fuéseis tan altas como el techo, «antes buscaria mujeres para sujetaros, que dejar sin castigo una «mentira; nada del mundo es capaz de hacerme variar sobre esto de «resolucion.»

Exhortábalas á conservar entre sí la union, y les hablaba con frecuencia de las ventajas de la paz, así como de las funestas consecuencias de la discordia. «Es preciso ceder siempre, les decia, ex«cepto cuando el honor de Dios exige la resistencia; el que cede «vence siempre á sus adversarios.»

Queria que hablasen á los criados de la casa con dulzura y cortesía, y cuando les dirigian la palabra en diferente tono, no se les debia contestar. Cierto dia que oyó á una de sus hijas hablar con altivez, reprendióla severamente y le dijo: «Me asustas, querida. ¡Qué

«tono! ¿Quién eres para hablar así? Haz que no lo oiga otra vez, «pues me enojaria de veras.»

Deseaba que obedeciesen al momento y sin murmurar, que dejasen cuanto hiciesen á la primera señal que les diese, en una palabra, que no tuviesen jamás voluntad propia. «No está bien, decia un dia «á una de sus hijas que manifestaba alguna repugnancia en que«darse con ella en cierta casa; no está bien que una hija bien edu«cada se fastidie en compañía de su madre, ni que tenga otra vo«luntad que la suya.» Su hija mayor, que se encontraba con ella en el campo, tuvo deseos de ir á un pueblo vecino con algunas personas de su sociedad; la señora Acarie consintió primeramente en ello, mas queriendo luego experimentar la obediencia de su hija la mandó bajar del carruaje y recoger sus paquetes, cuando estaba ya á punto de partir; dos ó tres veces repitió la prueba, y finalmente, despues de haber edificado á todas las circunstantes, que penetraron al momento la intencion de la madre, y á quienes conmovió infinito la obediencia de la hija, dió su consentimiento para el corto viaje que esta deseaba emprender.

Formaba además á sus hijos en aquel espíritu de mortificacion que caracteriza al verdadero cristiano: en sus enfermedades les obligaba á tomar sin manifestar repugnancia las pociones desagradables ordenadas por el médico, y para preservarles de la sensualidad y de la intemperancia serviales en la mesa manjares comunes y cási siempre un solo plato. Exigia que jamás expresasen su gusto, y que no estuviesen descontentos de cosa alguna; tampoco queria que sus hijos decidiesen del color ni de la forma de sus vestidos, sobre lo cual ni siquiera les consultaba, y si bien evitaba el que se singularizasen, no les permitia la menor cosa que pudiese excitar su vanidad.

Finalmente, considerando la humildad como el fundamento de la vida cristiana, esforzábase para inspirar esta virtud á sus hijos, y á pesar de pertenecer á una familia noble y distinguida por sus alianzas, jamás les llamaba ni permitia que les llamasen sino por su nombre de pila. Por dispuestos que estuviesen los criados para servirles, exigia con frecuencia que se sirviesen por sí mismos, tanto que su hija mayor dice: «Como era yo muy orgullosa, mi madre para cor«regirme me encargó los trabajos mas humillantes, como barrer la «escalera, y viendo que escogia para hacerlo los momentos en que

«no podia ser vista, y que cerraba la puerta para ocultarme, quiso «que la barriese á la hora en que venia mas gente y que dejase abier- «ta la puerta.» Su hija segunda, que manifestó siempre un gran talento, hablaba muy bien y razonablemente desde la mas tierna edad; mas para impedir que germinase el amor propio en el corazon de la niña, su madre fingia á véces no oirla, ó la mandaba callar.

Para facilitar á sus hijos el cumplimiento de sus deberes é inspirarles el espíritu de órden, la señora Acarie hízoles una regla de vida que siguieron tambien sus hijos mientras permanecieron á su lado, en la parte que podia corresponderles.

Desde sus primeros años sus hijas se levantaban á las siete, y á las seis cuando fueron algo mas crecidas; despues de vestirse recitaban la oracion de la mañana, que iba seguida de una lectura piadosa; acompañábalas luego á misa, la que oian de rodillas, y durante ella decian el oficio de la santísima Vírgen, si bien su piadosa madre las acostumbró despues á meditar sobre el sacrificio de Jesucristo mientras lo ofrecian en su presencia.

De vuelta á casa se dedicaban á varias labores, y la señora Acarie, que nada temia tanto para sus hijos como la ociosidad, les daba el ejemplo del trabajo dedicándose á una série de ocupaciones útiles que llenaban todo el dia. La hora de la comida no se empleaba en palabras supérfluas, pues la piadosa señora hablaba á sus hijos de asuntos propios para adornar su juicio ó para formar su corazon.

Todos los dias, excepto los domingos y fiestas, seguia á la comida una hora de recreo, durante la cual la madre que participaba en los juegos de sus hijas les enseñaba á servirse de los juguetes que les habia comprado; queriendo que sus hijas estuviesen alegres y gozasen durante aquellos momentos de solaz, decia á las que permanecian graves: «La afectacion no sirve sino para embotar el in- «genio, y una gravedad precoz se va ordinariamente del mismo mo- «do que ha venido.»

Á las tres recitaban Vísperas, escuchaban alguna lectura piadosa, y volvian luego á sus labores. Por la noche las dos mas jóvenes daban cuenta de los pensamientos que les habian ocupado principalmente durante el dia; si se habia suscitado entre ellas alguna disputa, se les mandaba pedirse mútuamente perdon y abrazarse para sellar la reconciliacion. Despues de la cena leíase la *Vida de los San-*

tos, terminando los ejercicios del dia con el exámen de conciencia, el canto de las letanías y la oracion de la noche.

Los domingos y dias festivos la señora Acarie acompañaba á sus hijas á la misa de la parroquia, y por la tarde volvian á la iglesia para oir el sermon y las Vísperas; de regreso á su casa debian dar cuenta de todo lo que se habia dicho desde el púlpito, á cuyo ejercicio se consagraba ordinariamente la hora de la comida.

Cuando podia ganarse alguna indulgencia, aquella santa madre acompañaba ella misma á sus hijas hasta la iglesia indicada para procurarse beneficio tan precioso á los ojos de la fe, y en estas ocasiones, lo mismo que en la Cuaresma y fiestas solemnes, cuidaba de que sus hijas tuviesen á su disposicion algun dinero para repartirlo á los pobres, siendo su mayor placer el verlas contraer la costumbre de practicar buenas obras.

Sus hijas eran aun muy jóvenes cuando se acercaron por primera vez al sacramento de la Eucaristía, mas su tierna edad no les impidió conservar los saludables frutos de la primera comunion; su madre nada omitia para que estuviesen en estado de comulgar en todas las fiestas principales del año, y con mas frecuencia aun cuando hubieron progresado en la piedad; ella misma las disponia para tan grande accion, hablándolas de su importancia con algunos dias de anticipacion, y ayudándolas á practicar los actos convenientes.

Por bien educados que estén los niños, pueden recibir en un instante las mas funestas impresiones; así es que la señora Acarie velaba atentamente para que no se acercasen á los suyos sino personas cuya virtud y prudencia le fuesen bien conocidas; guiada por él mismo principio, deseaba hallar en los maestros que debia dar á sus hijos la vigilancia y la firmeza unidas á la piedad y á la ciencia; y á los que se admiraban de que hubiese preferido Mr. Blanzi, al cual apenas conocia, á Mr. Calvy, á quien profesaba particular estimacion, decia: «Mr. Calvy es dulce é indulgente; Mr. Blanzi es se- «vero, y no deja sin correctivo la menor falta de sus alumnos, y esto «es lo que deseo para mis hijos.» Por lo demás, no se crea que tratase con dureza á sus hijos, pues su hija mayor nos dice: «Tra- «tábanos con gran dulzura, pero unia á esta tan majestuosa é im- «ponente gravedad, que nos era imposible resistirnos á sus de- «seos.»

Cuerdamente severa para con sus hijos cuando cometian alguna

falta, prodigábales mil caricias cuando se hallaba contenta de ellos, en cuyas ocasiones era tan vivo el placer que experimentaba, que su corazon parecia dilatarse: prometíales darles cuanto le pidiesen, y con tal de que sus demandas fuesen razonables, cumplia fielmente su promesa. En sus enfermedades cuidábales ella misma, pasaba noches enteras á la cabecera de su cama, y les prodigaba cuantos servicios necesitaban. La caridad con que su buena madre les servia les alentaba para sufrir con paciencia, y accedian á todo, para evitarle fatigas con su pronta curacion; finalmente aprendian de ella á vencerse á sí mismos cuando tuviesen que prestar á los demás semejantes servicios.

Tan esmerada educacion produjo los frutos que eran de esperar; á ella debieron las tres hijas de la señora Acarie el ser admitidas en el Carmelo, donde murieron santamente, despues de haber ocupado los primeros puestos, y *si*, para servirnos de la expresion de san Francisco de Sales, *tardaron sus hijos*, y dieron en ciertos momentos inquietudes á su madre acerca de su salvacion, los honrosos cargos que desempeñaron en la Iglesia y en el Estado, y las buenas esperanzas que en ellos concibió el mismo Prelado cuando les volvió á ver en París, un año despues de la muerte de su madre, prueban que por fin se aprovecharon de la educacion que recibieran.

Volvamos á los primeros cristianos. El triunfo de la caridad cristiana y la eterna gloria de nuestros padres consiste en haber amado al prójimo, es decir, á todos los hombres como á sí mismos.

Primeramente los Cristianos estaban unidos entre sí con los lazos del mas tierno amor, lo cual llenaba á los gentiles de admiracion y de envidia á un mismo tiempo [1]. «Hablando de nosotros, de«cia Tertuliano, exclamais: ¡Mirad cómo se aman! lo cual os ad«mira porque estais muy distantes de asemejaros á nosotros. Ved co«mo están prontos á morir los unos por los otros, al paso que vos«otros estais simpre dispuestos á mataros. Vuestros censores gritan «contra el nombre de hermanos que nos damos, porque entre vos«otros todo título de parentesco es únicamente el signo de un afecto «simulado; nosotros somos tambien hermanos vuestros por derecho «de la naturaleza, nuestra madre comun, si bien sois muy poco hu«manos y no muy buenos hermanos; luego, ¡con cuánta mas razon

[1] *Apol.* c. 39.

«nos mirarémos nosotros como tales, nosotros que tenemos un mis«mo padre que es Dios, que hemos sido iluminados por el mismo «espíritu de santidad, que hemos nacido á la misma verdad, des«pues de haber salido de la misma ignorancia! Entre nosotros todo «es comun; hasta los bienes que poseemos sirven para unirnos co«mo á hermanos, lo que entre vosotros extingue cási siempre la fra«ternidad [1].»

«En los nombres de caridad que están en uso entre nosotros, aña«de otro Padre de la Iglesia, no debeis ver mas que la expresion de «los sentimientos que nos animan; á nuestros inferiores les llama«mos hijos; á nuestros iguales hermanos, y á nuestros superiores «padres, llamando á las cristianas, por igual razon, hijas, hermanas «ó madres, segun su edad [2].»

Esta tierna caridad se manifestaba de un modo particular respecto de determinadas personas; penetrados de veneracion para con los ministros del Señor, á quienes debian la vida del alma, nuestros padres se apresuraban á proveer todas nuestras necesidades, persuadidos de que los eclesiásticos, que se consagran enteramente á la salvacion de sus hermanos, no podian ocuparse en adquirir su propio sustento. Las oblaciones de los fieles les proporcionaban lo necesario; el alimento y el vestido [3].

Sin embargo, su caridad desplegaba todos sus recursos y todo su generoso valor respecto de los confesores encarcelados por la fe; apenas sabian que habia sido preso uno de sus hermanos, cuando todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, acudian á la cárcel; y despues de haber comprado del carcelero el permiso de entrar, recomendábanse á las oraciones del futuro mártir, besaban sus cadenas, servíanle, y acudian á todas sus necesidades [4]. Si las limosnas de la iglesia de que el preso era miembro no bastaban, el Obispo y los presbíteros escribian á las demás iglesias, y estas se apresuraban á enviar las suyas; pues todas tenian un fondo reservado para este uso [5].

«Cada uno de nosotros, dice Tertuliano, apronta todos los meses

[1] Lucian. *Dial. Peregr.* pag. 337.
[2] Athenag. *Legat.* pag. 330.
[3] Mamachi, t. III, pág. 26.
[4] Lucian. *Pereg.* n. 12, pág. 334.
[5] Lucian. *Peregr.* n. 3; Eusebio, lib. IV, c. 23.

«su módico tributo, cuándo y cómo quiere, en razon á sus faculta-«des; pues á nadie se obliga, todo es voluntario, y aquello forma «como un depósito de piedad que no se consume en banquetes ni «en estériles disipaciones, sino que se emplea en alimentar á los po-«bres, en darles sepultura, en el sustento de los infelices huérfanos, «de los criados extenuados por la edad, y de los náufragos; en ali-«vio de los condenados á las minas, de los desterrados léjos de su «patria, ó de los detenidos en las cárceles por la causa de Dios [1].»

La solicitud de nuestros padres en visitar á los confesores de la fe era tal, que muchas veces los Obispos se creian obligados á moderarla, temiendo excitar mas aun el odio de los perseguidores [2].

Donde habia una miseria que aliviar, allí volaba la caridad de los primeros cristianos con las manos llenas de limosnas y con el corazon abundante en consoladoras palabras. Del calabozo del preso trasladábanse á la cabaña del pobre y á la cabecera del enfermo, y si una iglesia particular carecia de los recursos necesarios para alimentar á sus pobres, acudia á sus hermanas, las demás iglesias, y no tardaba en ver llegar gran número de diáconos cargados de ofrendas y de epístolas fraternales: otras veces las grandes iglesias llamaban á todos los pobres para subvenir directamente y para siempre á todas sus necesidades [3].

Difícil es formarse una idea del respeto, de las consideraciones y de los tiernos cuidados de que eran objeto aquellos afligidos miembros del Salvador, y no contentos con aliviar sus dolores, nuestros padres se esforzaban en consolarles y en sostener su paciencia y valor. Lo contagioso del mal no era bastante para alejarles, y ¡cosa admirable! prodigaban iguales cuidados á sus perseguidores. En una peste que desoló el Egipto, vióse á los Cristianos recoger en las calles á los gentiles enfermos, abandonados por los suyos, cuidarles, llevarles á sus propias casas, y prestarles iguales servicios que á sus hermanos [4].

Tenian igualmente gran cuidado de los niños; primeramente de los huérfanos, hijos de cristianos y sobre todo de mártires; luego de las criaturas expuestas y de cuantas podian ser los maestros, á fin

[1] Tertul. *Apol.* c. 39.
[2] S. Cypr. Epist. X et XII.
[3] S. Cypr. *Epist. ad Eucrat.*
[4] Eusebio, lib. VII, c. 22.

de educarles en la verdadera Religion. La Iglesia romana se distinguió entre todas por su caridad para con los pobres de todas clases, tanto que en tiempo del papa san Cornelio, por los años 250, mantenia á mas de mil quinientos, y desde su fundacion, y mientras duraron las persecuciones, envió siempre grandes sumas á las iglesias pobres de las provincias y á los confesores condenados á las minas.

Los diáconos cuidaban de todos esos tesoros vivos de la Esposa de Jesucristo; y era de su incumbencia recibir las ofrendas que se hacian para las comunes necesidades de la Iglesia, reservarlas y guardarlas seguramente, y distribuirlas á tenor de las órdenes del Obispo, quien disponia de ellas en virtud de la relacion que los mismos le hacian de las necesidades particulares. Era tambien de su deber informarse de estas necesidades, y tener una lista exacta de los pobres á quienes la Iglesia socorria [1], de modo que la vida de los diáconos era muy activa, viéndose obligados á andar siempre por la ciudad, y á veces á emprender viajes fuera de la misma. Por esto es que no llevaban capa, ni vestidos largos como los presbíteros, sino únicamente túnica y dalmática, á fin de estar siempre dispuestos á la accion y al movimiento [2].

Lo que mas admiraba á los gentiles no era ver que los Cristianos de la misma iglesia y del mismo país se profesaban tan tierno amor, pero sí el que un cristiano extranjero, desconocido, fuese acogido, alojado, mantenido, socorrido, y colmado de pruebas de afecto por hombres que jamás le habian visto y que en breve no le volverian á ver mas; impulsados por su odio decian falsamente que los Cristianos formaban una secta oculta, cuyos miembros tenian ciertos signos para reconocerse, cuya calumnia refuta de este modo Minucio Félix: «Lo que nos da á reconocer entre nosotros mismos no «es, como pretendeis, señal alguna exterior, sino la inocencia y la «modestia; sin embargo de lo que decís á pesar vuestro, nos ama«mos mútuamente, porque no sabemos aborrecer; y nos llamamos «hermanos, porque somos los hijos de un mismo Padre, Criador de «todos los hombres, y porque tenemos una misma fe y una misma «esperanza para el porvenir [3].»

[1] *Const. apost.* lib. III, c. 19.
[2] Ibid. lib. II, c. 57.
[3] *Oct.* pag. 312.

Con tal de que un extrajero manifestase que profesaba la fe ortodoxa, y que se hallaba en la comunion de la Iglesia, era recibido con los brazos abiertos; quien hubiese deseado negarle un asilo, hubiera temido rechazar al mismo Jesucristo. Sin embargo, era preciso que el forastero se diese á conocer [1], y para ello los cristianos que viajaban llevaban siempre cartas de su Obispo [2]. El primer acto de hospitalidad era lavar los piés á los huéspedes, operacion que era necesaria, atendido el modo como calzaban los antiguos; si el huésped estaba en la plena comunion de la Iglesia, oraban con él, y le deferian todos los honores de la casa; él era el que decia las oraciones, el que tenia el primer puesto en la mesa, el que instruia la familia; todos eran felices poseyéndole, y reputábase mas santa la comida en que tomaba parte. Los eclesiásticos eran honrados en proporcion de su clase, y si un Obispo viajaba era invitado por todas partes á oficiar y á predicar á fin de mostrar la unidad del sacerdocio y de la Iglesia [3].

Pero lo admirable es, que nuestros padres ejercian la hospitalidad aun con los infieles, ejecutando tambien con extrema caridad las órdenes del príncipe que les obligaban á hospedar á los soldados, á los empleados y demás que viajaban en servicio del Estado. San Pacomio, que se habia alistado muy jóven en las tropas romanas, fue embarcado con su compañía, quedando admirado cuando al llegar á una ciudad vió que los habitantes les recibian con tanto amor como si fuesen antiguos amigos; esto le movió á preguntar quiénes eran, y le contestaron que profesaban una religion particular y que se les conocia con el nombre de cristianos: entonces se informó de sus dogmas y doctrinas, y de aquí data el principio de su conversion [4].

Los esclavos abandonados por sus dueños porque eran viejos ó achacosos, los desterrados, los infelices de toda clase, rechazados por la sociedad pagana, estaban seguros de hallar un generoso asilo en el seno de la nueva sociedad; para subvenir á todas estas necesidades, nuestros padres no se contentaban con dar sus bienes y con ha-

[1] Baron. ad ann. 143, n. 7.
[2] Tertul. *Praescrip.* c. 20, y Mamachi, t. III, pág. 48.
[3] *Const. apost.* lib. II, c. 58.
[4] *Vida de san Pacomio*, t. IV. Véase á Fleuri, *Costumbres de los Cristianos*, pág. 260.

cerse pobres para asistir á los pobres ; llegaban á venderse á sí mismos. No son raros los ejemplos de tan heróica caridad, como nos lo manifiesta el papa san Clemente en su epístola á los fieles de Corinto [1] ; mas uno solo bastará para dar á conocer el espíritu que á nuestros padres animaba.

Uno de ellos, llamado Serapio, encontró á un cómico gentil, cuya desgraciada suerte le conmovió de tal modo, que á fin de procurar su conversion, se vendió á él en calidad de esclavo, por la suma de veinte monedas de plata ; su exactitud en el cumplimiento de sus deberes no le impedia dedicarse á la oracion y á la meditacion ; todo su alimento consistia en pan y agua, hasta que por fin sus exhortaciones y ejemplo produjeron el deseado efecto : el cómico se convirtió con toda su familia, renunció al teatro y dió la libertad á Serapio, el cual no gozó de ella mucho tiempo.

No tardó en venderse por segunda vez, á fin de poder aliviar á una afligida viuda, quedando su nuevo dueño tan satisfecho de sus servicios, que le emancipó, y regalóle un manto, una túnica y un libro de los Evangelios ; mas apenas hubo Serapio emprendido su marcha, cuando encontró á un pobre á quien dió su manto ; á alguna distancia dió la túnica á otro pobre transido de frio, no quedándole por todo vestido sino un sencillo lienzo. Algunos le preguntaron qué habia hecho de sus vestidos, á lo que contestó el Santo, mostrando el libro de los Evangelios : « Este me ha despojado de ellos. » Tampoco tuvo por mucho tiempo el libro en su posesion, pues lo vendió para asistir á una persona reducida á la última miseria ; y al preguntarle qué habia hecho de él, contestaba : « ¿ Lo creeríais ? imaginábame oir continuamente el Evangelio que me decia : *Vé, vende cuanto poseas, y dalo á los pobres ;* así es que he vendido mi libro, repartiendo su precio entre los miembros de Jesucristo que veia necesitados. »

Serapio, que no poseia mas que su persona, traficó con ella varias veces, si es lícito expresarse así, á fin de procurar al prójimo auxilios espirituales y temporales ; entre los que le compraron figura un maniqueo, á quien tuvo la dicha de volver al seno de la verdadera Iglesia, junto con toda su familia [2].

Si era tanta la solicitud de nuestros padres en aliviar las necesi-

[1] Epist. I, n. 4, pág. 36.
[2] Véase á Godescard, 21 de marzo.

dades corporales del prójimo, ¿cómo dudar de su celo para el consuelo y curacion de las almas? Difuso por demás seria referir cuanto obraban para obtener la conversion de los pecadores, de los herejes y aun de sus mas crueles enemigos, por quienes ofrecian sus lágrimas, sus ayunos y sus oraciones [1]. Oigamos á Tertuliano: «Para «la salvacion de los Emperadores (cuyos emperadores eran los Ne«rones, los Domicianos, los Decios y los Diocleciauos) invocamos al «Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo; pedimos para ellos «larga vida, un pacífico imperio, una paz inalterable, ejércitos va«lerosos, un senado fiel, súbditos sumisos, una tranquilidad univer«sal, y cuanto el hombre y el emperador desean [2].»

Soldados fieles y pacíficos y buenos ciudadanos, nuestros padres cumplian exactamente con todos los deberes de la sociedad humana. «Pagamos puntualmente y sin fraude, continúa Tertuliano, todas «las contribuciones públicas; los impuestos se recaudan mejor des«de que hay cristianos en el mundo, porque los Cristianos cum«plen el deber de satisfacerlos por principio de conciencia y de pie«dad [3].»

La caridad de nuestros padres, que se extendia á todos los vivientes, no olvidaba á los difuntos: para dar mayor testimonio de su fe en la resurreccion, cuidaban mucho de las sepulturas, en las que gastaban mucho dinero, atendiendo á su modo de vivir. Despues de lavar los cadáveres, los embalsamaban: «Empleamos en ellos mas «aromas, decia Tertuliano, que los que vosotros, gentiles, perdeis «incensando á vuestros dioses [4].» Envolvíanlos luego en finísimos lienzos ó en mantos de seda, y algunas veces cubríanlos con preciosos vestidos, y despues de dejarlos expuestos por tres dias, durante los cuales velaban cerca de ellos orando [5], llevábanlos al sepulcro, acompañando el cuerpo con gran cantidad de cirios y antorchas, doble símbolo de la caridad del difunto y de la resurreccion futura, y cantando salmos é himnos, en que respiraba la dulce esperanza [6]. Sepultado el cadáver, oraban por su alma; ofrecian el santo sacrificio,

[1] Mamachi, *De' costumi*, t. III, pag. 61-66.
[2] *Apol.* c. 30.
[3] Ibid. c. 42.
[4] *Apol.* c. 42.
[5] Baron. ad ann. 34, n. 310.
[6] *Const. apost.* c. 6; Prud. Hymn exeq.

y asistian al festin llamado *agape*, hacian varias limosnas, y renovábase la *memoria* del difunto el dia primero de cada año, además de la conmemoracion que de él se hacia todos los dias en el santo sacrificio [1].

Así para honrar á los muertos, como para conservar el recuerdo de su vida, ponian comunmente en su tumba diferentes objetos, como las insignias de su dignidad, los instrumentos de su martirio, botellitas ó esponjas llenas de su sangre, las actas de su martirio, su nombre, medallas, hojas de laurel ó de algun otro árbol siempre verde, cruces, el Evangelio y tambien la santa Eucaristía. Los aromas eran en tan grande cantidad, y los sepulcros tan bien cerrados, que mas de doce siglos despues exhalaban todavía un agradable perfume [2]; era costumbre colocar el cuerpo boca arriba, con el rostro vuelto al Oriente, postura que era un símbolo de esperanza y como un último grito de inmortalidad.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber reemplazado la ley de odio que reinaba en tiempo del Gentilismo, por la dulce ley de la caridad universal; dadnos la gracia de que imitemos los hermosos ejemplos que nos legaron nuestros padres.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no quiero decir nunca de los demás lo que no quisiera que dijesen de mí.*

[1] Tertul. *De Coron. mil.* c. 3; Orig. *in Job*, homil. III; S. Cypr. epistola XLVI; Mamachi, t. III, y sig.; Fleuri, pág. 263.

[2] Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, y Boldetti, *Osservazioni sopra i cimiteri*, etc., lib. I, c. 29, pag. 307.

LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea. — Pormenores acerca de los Mártires.

Una tierna y sincera piedad, una caridad universal, una santidad perfecta formaron, con algunas excepciones, el carácter de los primeros cristianos. «No pretendemos negar, decia Tertuliano, que haya «entre nosotros *algunos* hombres entregados á sus pasiones; mas «para probar la divinidad de la religion cristiana, basta que sean «en *corto número*. Es imposible que en un cuerpo, por perfecto que «le supongamos, no se encuentre algun defecto; pero mucho bien «al lado de un poco de mal hace brillar la perfeccion de una so- «ciedad [1].»

Tantas virtudes admiraban á los gentiles, y quizás nosotros mismos nos inclinamos á creer que los ejemplos de nuestros padres no pueden ser imitados por nosotros; es cierto sin embargo, que como ellos somos nosotros llamados á la santidad por el mero hecho de nuestra vocacion al Cristianismo, que Dios no nos niega ninguno de los medios necesarios para ser santos, y finalmente, que adoptando las costumbres y precauciones de que nuestros padres se valian, nos es dable imitar sus virtudes. Lo que somos nosotros fueron ellos; ¿por qué no podemos, pues, llegar á donde ellos llegaron?

Hemos visto que pasaban sus dias en la oracion, en el trabajo y en la práctica de obras de caridad; ¿quién nos impide seguir su ejemplo? Conociendo la debilidad y corrupcion de la naturaleza, desconfiaban de sí mismos y evitaban con gran cuidado todas las ocasiones de pecar; una vez convertidos del Gentilismo al Cristianismo, rechazaban todo contacto impuro con la antigua sociedad, y no solo no huian de sus libros, de sus cantos profanos, de sus tem-

[1] Tertul. *ad Nat.* lib. I, c. 5, pág. 43. Véase tambien á Mamachi, pref., pág. 17-31.

plos, sino tambien de sus teatros, de sus festines y de sus bailes. Las razones que á ello les movian nada han perdido de su fuerza, pues lo mismo ahora que antes, aquellas profanas reuniones son ocasiones de escándalo y de pecado.

Al principio, los primeros cristianos no concurrian á los teatros, hecho que atestiguan los mismos autores gentiles; y el ejemplo de tan venerables abuelos deberia ser bastante para arreglar la conducta de hijos bien nacidos; sin embargo, si preguntamos á nuestros padres la razon de su conducta, nos contestarán lo mismo que contestaban á los gentiles: «No asistimos á vuestros espectáculos, «porque conocemos todos sus peligros [1].» Ahora bien, estos peligros ¿no son los mismos ahora que antes?

Oigamos á Tertuliano, meditemos sus palabras, y con la mano en el corazon digamos si la historia que nos traza de los espectáculos de su tiempo no es idéntica á la de los espectáculos de nuestros dias: «El teatro, dice, es propiamente el santuario del amor profa-«no; solo se va á él en busca del placer. El encanto del goce en-«ciende la pasion, la que se inflama á su vez por el atractivo de «aquel; aun suponiendo que se guarde en el teatro una postura mo-«desta y recatada, ¿quién puede asegurar que bajo aquel exterior «tranquilo, bajo la máscara que el arte ó la condicion imponen, se «mantenga el corazon impasible, y no hierva en el fondo del alma «una secreta agitacion? No se busca el placer sin gustar de lo que «lo proporciona; y es imposible que guste sin que medie un senti-«miento de afeccion, afeccion que es el mas vivo aguijon del placer «que se experimenta. Si la afeccion cesa, cesa el placer, y solo se «experimenta fastidio, conociéndose su inutilidad y que se pierde el «tiempo; ahora pregunto yo, si puede esto convenir á los Cristianos. «Piénsese como se quiera del teatro, por mas que se deteste, que se «esté mal en él, que cause vergüenza la compañía que en el mis-«mo se halla, basta concurrir á él para autorizar con su presencia «á los demás que allí se encuentran; es ponerse en contradiccion «consigo mismo. Lo que nuestro pensamiento condena, nuestro ejem-«plo absuelve; el que se encuentra voluntariamente entre los que co-«meten el mal, lo aprueba; así es que no nos basta no ser autores, «queremos no ser cómplices, pues no habria actores si no hubiese «espectadores.

[1] Minut. Felix, *Oct.* pág. 8 y 26.

«El amor impúdico entra en el teatro por los ojos y por los oidos; «allí se inmolan mujeres á la incontinencia pública de un modo mas «peligroso de lo que se haria en los lugares que nadie se atreve á «nombrar. ¿Qué madre, no digo cristiana, sino honrada solamente, «no prefiriera ver á su hija en el sepulcro que en el teatro? ¡Cómo! «¿la ha educado con tanta ternura, con tantos cuidados para verla «en tal oprobio? ¿la ha tenido noche y dia debajo de sus alas ma- «ternales para entregarla al público y convertirla en un escollo para «la juventud? ¿Quién no ve en aquellas infelices otras tantas escla- «vas extraviadas, en las que el pudor ya no existe? Vedlas como «pavonean en medio del teatro todos los hechizos de la vanidad. «¿Acaso es nada para los espectadores el pagar su lujo, el mantener «su corrupcion, el darles su corazon en prenda, y el aprender de «ellas lo que jamás debiera saberse?

«Debiendo sentir horror por la impudicicia, ¿nos será permitido «ir á ver ó á oir lo que nos está vedado hacer ó decir, á nosotros á «quienes se pedirá cuenta de una palabra ociosa? *Así* pues, por el «mero hecho de estarnos prohibida toda impudicicia, nos está veda- «do el teatro.

«Aquello á que hemos renunciado solemnemente en el Bautismo, «no podemos practicarlo, ni decirlo, ni mirarlo de cerca ni de lé- «jos; ahora bien, sea cual sea el nombre de la accion que se repre- «sente en la escena, tragedia, comedia, pantomima, no hay pieza «cuyo asunto no sea contrario á las costumbres ó á la humanidad: «debilidad ó crímenes; no se ve otra cosa.

«¿Qué os enseña la tragedia? decídmelo. Aventuras fabulosas ó «exageradas que no traen generalmente á vuestra imaginacion sino «actos violentos ó vergonzosos, que valdria mas haber olvidado, y «que desarrollan en vuestra alma gérmenes dañinos que se declaran «con imitaciones fieles en exceso.

«¿Qué os enseña la comedia? ¿qué ofrece á vuestra vista? El «adulterio y la infidelidad, las intrigas de la seduccion y el desho- «nor de los esposos, indecentes bufonadas, padres burlados por sus «criados y por sus hijos, viejos imbéciles y disolutos.

«¿Y la pantomima? Este espectáculo ofrece á vuestros ojos todos «los desórdenes de una lujuria insolente, todo lo que una boca cris- «tiana no tiene valor para pronunciar. ¡Qué escuela para las costum-

«bres, ó mejor qué semillero de crímenes! ¡Cuántos alimentos para «todos los vicios!»

Despues de demostrar que el teatro es una ocasion de pecado, y que los votos del Bautismo lo vedan al cristiano, Tertuliano examina los pretextos que se alegan para justificar su presencia en él; todos los sofismas modernos en favor de los espectáculos son prevenidos y refutados por el elocuente escritor.

«Dícennos: Á mi edad, en la posicion que ocupo, con la fuerza «de mis principios ó el buen temperamento de mi constitucion, nada «tengo que temer del teatro. ¡Vuestra edad! Sea cual sea, no os «libra de los peligros del teatro; jóven, os amenazan formidables, «pues ¿cómo defenderos de las impresiones voluptuosas que os cer- «can por todas partes y que no encuentran quien las rechace? El «deber cede ante espectáculos que agitan todo vuestro ser, y que «hablan mas fuertemente á vuestro corazon que la conciencia. La «vejez no es tampoco un buen preservativo; no, porque los hielos de «la edad no apagan fuegos desde mucho tiempo encendidos y cuya «voracidad aumenta el tiempo.

«La posicion que ocupais hace que sea para vosotros una nece- «sidad, decís; pero yo os contesto que la fe cristiana no admite mas «necesidad que la de obedecer á la ley del Señor. Hay circunstan- «cias, decís, en que es indispensable el asistir al teatro, pero yo os «digo que no hay ninguna en que sea permitido ofender al Señor. «Os creeis seguros por vuestra constitucion, pero yo apelo á la ex- «periencia, y en vista de sus diarias lecciones os preguntaré si ja- «más salió álguien del teatro del mismo modo que entrara. ¿Qué «me contestará vuestra conciencia si la interrogo? ¿Por qué cami- «no habeis llegado hasta el teatro? Por el de pasiones que desea- «ban ser satisfechas. ¿Qué habeis ido á ver? Todo cuanto podia «agradaros, y todo cuanto os está prohibido imitar. Decidme de bue- «na fe, ¿es aquel el puesto de un cristiano? El que se halla en el «campamento enemigo indica que, infiel á su príncipe, ha deser- «tado de sus banderas; pues ¡cómo! ¡os hallábais hace un momento «en la Iglesia de Dios, y estais ahora en el templo del demonio! hace «un momento en la sociedad de los espíritus celestes, y ahora en un «impuro fango! ¡Cómo! ¡esas manos que acabais de elevar hácia el «cielo, han podido aplaudir á un histrion! Esa misma boca que se

«abria para cantar nuestros santos misterios, ha proclamado las ala-«banzas de una prostituta! ¿Qué os impedirá en adelante entonar «himnos á Satanás?

«Sin embargo, replicais, no asisto mas que á la representacion «de buenas obras; pues hay espectáculos honestos que sirven de es-«cuelas de moral. ¿Dónde están tales obras? Decid, en todo caso, «que elegís las menos malas; la eleccion no consiste aquí entre lo «bueno y lo malo, sino entre lo mas ó menos malo. ¿Acaso no se «ve en todas la mas pérfida de las pasiones? ¿Por ventura aquellas «obras no cambian de naturaleza al ser representadas, siendo enton-«ces mil veces mas peligrosas por las infinitas seducciones con que «son revestidas? ¡Vais al teatro como á una escuela de moral! ¡Vais «á él en busca de modelos de virtudes cristianas! ¡Ah! no, no es «esta vuestra religion, ó es una religion desfigurada. ¡Dignos intér-«pretes de la sagrada Escritura son vuestros poetas dramáticos! ¡dig-«nos órganos del Espíritu Santo son vuestros actores!

«Voy allí para acompañar á mis hijos; pero ¿con qué derecho «les permitís ir allá? ¿No hay bastante con haberles comunicado, «al engendrarles, el fuego de la concupiscencia, sino que quereis «abrasarles en él conduciéndoles al foco de todas las pasiones? Les «acompaño al teatro para que se reformen. ¡Cómo! ¿vuestra hija «no puede educarse sin tener á una actriz por modelo, y vuestro hijo «á un cómico por preceptor?

«Pero si no es mas que un pasatiempo, decís; á esto contestaré «que la mano que prepara el veneno homicida no frota los bordes «de la copa con hiel y eléboro, sino con sustancias dulces é incen-«tivas, á fin de ocultar la traicion y la muerte. Tales son los artifi-«cios del demonio; admírese la belleza de las escenas, la melodía «de los cantos, la excelencia del poema, la pureza de la moral; y «sin embargo no serán mas que gotas de miel: el vaso de que ma-«nan está emponzoñado; el atractivo del placer no equivale al peli-«gro que lo acompaña. Temed tan pérfidos halagos; vayan al tea-«tro, que para ellos se ha hecho, los libertinos, las mujeres perdi-«das, las almas descreidas; nuestros juegos, nuestras fiestas no están «preparadas todavía, y no podemos sentarnos á la misma mesa, por-«que no nos es dable tenerlos por convidados. Todo llega á su tiem-«po; para ellos los placeres hoy, para nosotros las tribulaciones; el «mundo, nos dice Jesucristo, estará en la alegría, y vosotros en la

«tristeza. Afligámonos, pues, mientras el gentil goza, á fin de gozar «cuando empezará él á afligirse, por miedo de que participando de «sus placeres, participemos tambien de sus dolores [1].»

El horror que sentian nuestros padres por los espectáculos, manifestábanlo tambien por los bailes y fiestas profanas [2]; y como los gentiles se lo echasen en cara, contestaban: «¡No hay duda que los Cris«tianos son salvajes y enemigos del Estado, y esto porque no asisten «á vuestros festines, y porque consagrados á la verdadera Religion, «celebran los dias de fiesta del Emperador con una alegría puramente «interior, y no con escandalosas orgías! ¡Grande prueba de afecto en «verdad es encender hogueras y poner mesas en las calles, celebrar «banquetes en las plazas públicas, transformar á Roma en taberna, «hacer correr arroyos de vino, y divagar en comparsas de aquí por «allí para provocarse unos á otros con escandalosas apuestas, con im«púdicas miradas! ¿Acaso debe manifestarse la alegría pública por la «vergüenza pública? Lo que viola la decencia en cualquier otro dia, «¿puede ser decente en las fiestas del Emperador? ¡Oh! somos, en «efecto, dignos de la muerte, porqué hacemos votos por el Empera«dor, y porque tomamos nuestra parte en la general alegría sin dejar «de ser castos, modestos y reservados en nuestras costumbres [3].»

¿Es posible hacer una descripcion mas semejante de lo que sucede entre nosotros en ciertas épocas del año y en ciertos dias de regocijos públicos? Semejanza fatal que demuestra que una parte de la sociedad ha vuelto á los tiempos del Gentilismo. En cuanto á nos-

[1] Véase á Mamachi, t. II, pág. 188.

[2] *De Spectaculis.* Tatian. *Orat. contr. Graecos*, pag. 279; san Teófilo de Antioquía *Ad Autolic.* pág. 416; san Cipr. *De Spectaculis;* Lact. *Instit. div.;* san Basilio, Homil. IV *in Hexameron;* S. Ioan. Chrys. Homil. XV *ad pop. Antioch;* y III *in Saul et David;* y S. Ambr. *De Fuga saeculi;* S. Aug. *Confess.* lib. III; Salvian, lib. IV *de Provident.*, etc., etc.

Los concilios de Elvira en 305, cán. 62 y 65; primero de Arles en 314, cán. 5; tercero de Cartago en 395, cán. 2; cuarto id. en 398, cán. 88; de África en 424, cán. 28 ó 61, cán. 30 ó 63, cán. 129; segundo de Arles en 432, cán. 20; sexto concilio general en 680, cán. 9; sínodo de san Cárlos Borromeo en 1568; de Bourges en 1584, cán. 4.

Los mismos cómicos, los autores dramáticos y los aficionados al teatro usan igual lenguaje y están acordes con los Padres de la Iglesia y los Concilios en condenar los espectáculos. (Véanse sus confesiones en Després de Boissy, *Cartas sobre los espectáculos*).

[3] Tertul. *Apol.* c. 35.

otros, hijos de los Cristianos, el ejemplo de nuestros padres nos traza la conducta que debemos seguir, pues tenemos iguales razones para alejarnos de esas fiestas culpables, huir las ocasiones y velar por nuestra virtud.

Hasta aquí hemos bosquejado el retrato de las dos sociedades que existian hace diez y ocho siglos, despues de la predicacion de los pescadores galileos; hemos visto el estado y las costumbres de Roma gentil, lo mismo que el estado y costumbres muy diferentes por cierto de Roma subterránea, sagrada residencia de los primeros cristianos; asistir debemos ahora al terrible combate que va á trabarse entre la sociedad antigua y la sociedad moderna.

Como siempre es el error el agresor, porque el error persigue siempre á la verdad, la sociedad antigua fue la que dió la señal del ataque, y empezó propalando mil calumnias, pues siempre la violencia finge el exterior de la justicia, y era preciso hacer primeramente odiosos á aquellos á quienes se queria asesinar. Entonces los judíos y los gentiles hicieron causa comun, y en vez de hacer penitencia de su deicidio, los ciegos descendientes de Abrahan y de Jacob llenaron la medida de sus crímenes persiguiendo con inaudito furor á los discípulos del Mesías: presintiendo la ruina de su culto simbólico, fueron los primeros en lanzar el grito de alarma; y apenas supieron el designio de los Apóstoles de predicar el Evangelio por toda la tierra, cuando escribieron infinitas cartas y enviaron numerosos emisarios para indisponer los ánimos, diciendo: Ha aparecido una nueva secta; los que la profesan llevan el nombre de Cristianos; predica el ateismo y destruye todas las leyes; su doctrina es impía, detestable, sacrílega [1].

Presentar al Cristianismo como destructor de todas las virtudes y hostil á los Gobiernos, era atraer sobre sus sectarios el odio de los pueblos y el rencor de los Reyes: desgraciadamente tan atroces calumnias dieron abundantes frutos; creyéronlas los gentiles, y las falsas impresiones que causaron no se habian borrado todavía doscientos años despues [2]. Dícese que los judíos de Worms, en el Rhin, conservan aun una de las cartas que se enviaron por todas partes contra Jesucristo y sus discípulos [3].

[1] San Justino, *Dial. cum Triph.* pág. 235.
[2] Orig. *in Cels.* lib. VI; Tertul. *ad Nat.* lib. I, c. 14.
[3] Tillemont, t. I, pág. 148.

La fama, que va siempre en aumento, añadió á aquellas calumnias otras imputaciones, y no tardaron los gentiles en mirar á los Cristianos como á los hombres mas inícuos, haciéndoles responsables de todas las calamidades grandes y pequeñas que afligian al Imperio: su solo nombre era un crímen, y bastaba llevarlo para ser culpable de todas las maldades [1]; así al referir Tácito que Neron mandó arrojar á las llamas á un gran número de cristianos, á quienes acusó falsamente de haber incendiado la ciudad de Roma, dice con franqueza que no estaban convictos de crímen alguno, pero sí del odio del género humano [2].

Para refutar tan odiosas inculpaciones suscitó Dios á muchos elocuentes apologistas, los cuales se veian obligados á solicitar como una gracia el que no se condenase á los Cristianos sin oirles, y que no fuese su mero nombre un crímen capital [3]; y si bien la conducta de los fieles respondía con mas elocuencia aun á todas las acusaciones, el odio es ciego y nada ve. El que abrigaban los gentiles y judios, no contento con cerrar los ojos para no admirar las virtudes de nuestros padres, tapóse los oidos para no escuchar sus razones, metalizó su corazon para no experimentar respecto de ellos ningun sentimiento de humanidad, y armése de hachas y de espadas para inmolar á sus víctimas. La sangre corrió á rios por toda la extension de la tierra, y el cielo coronó á millones de Mártires.

Demos aquí algunos detalles sobre aquellos héroes de la fe; hablemos de su nombre, de su número, de sus actas y de las circunstancias que acompañaban y seguian su muerte [4].

El nombre de *mártir* significa testigo, y designa á una persona que ha sufrido tormentos ó la muerte para dar testimonio de la verdad de la Religion; aplícase por excelencia á los primeros cristianos, que sacrificaron su vida para atestiguar la verdad de los hechos en que está fundado el Cristianismo. El Salvador anunció que la Religion tendria mártires, y al encargar á sus Apóstoles que predicasen el Evangelio, les dijo: *Me seréis testigos en Jerusalen, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra* [5]. En otra

[1] Tertul. *Apol.* c. 11.
[2] *Annal.* lib. XV, c. 44.
[3] Tertul. *Apol.* c. 1, pág. 11.
[4] Para los detalles y pruebas véase nuestra *Historia de las Catacumbas;* y el P. Florez, *De inclyto agone martyrii*, in fol.
[5] Act. I, 8.

parte, explicándoles que su testimonio seria un testimonio de sangre, dice: *Os entregarán á tribulacion, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre*[1]; mas al momento les tranquilizaba, diciéndoles: *No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos*[2].

De estas sagradas palabras deduce con razon Tertuliano que la fe cristiana es una promesa de martirio[3]. ¿Lo creemos así nosotros?

El número de Mártires es incalculable[4]: algunos hechos nos darán de ello una idea.

1.° En el espacio de trescientos años hubo diez persecuciones generales en toda la extension del Imperio romano, el cual contenia en aquella época cási todo el mundo conocido; en el siglo IV las hubo particulares en Persia y en África, promovidas por los persas y los vándalos: una sola duró cuarenta años, é hizo doscientos mil Mártires[5]. Ahora bien, desde la predicacion de los Apóstoles habia cristianos en todos los puntos de la tierra; siendo tan numerosos en tiempo de Tertuliano, que lo llenaban todo, excepto los templos de los dioses, y que si hubiesen querido vengarse de los romanos, no tenian mas que retirarse, y el Imperio se convertia en un desierto[6].

2.° Hacíase tal matanza de cristianos, que en la sola ciudad de Lyon hubo diez y nueve mil Mártires; pues no perdonaban edad, sexo ni condicion.

3.° Fue tan grande el número de las víctimas, que Diocleciano y Maximiano se vanagloriaron á principios del siglo IV de haber exterminado por fin la raza de los Cristianos y aniquilado su Religion[7].

Antes de las grandes persecuciones y á principios del reinado de

[1] Matth. xxiv, 9.

[2] Matth. x, 28 et 32.

[3] Debitricem martyrii fidem. *(De Spec.)*.

[4] Segun las mas exactas presunciones asciende á once millones durante los tres primeros siglos. (Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, pág. 564 y sig.).

[5] Sozom *Historia eclesiástica*.

[6] *Apol.* c. 37.

[7] Nomine Christianorum deleto, superstitione christiana ubique deleta.

Marco Aurelio, san Ireneo, obispo de Lyon, escribia: «En todas par-«tes donde se encuentra la Iglesia, vese á esta santa Madre enviar «al cielo, precediéndola por medio del martirio, á gran número de «sus hijos, y los ofrece al Padre como una prenda del grande amor «que le profesa. Las demás asambleas no tienen mártires; solo la «Iglesia se complace en sufrir los oprobios para manifestar á Dios «todo el exceso de su caridad, y la grandeza de la fe que le hace con-«fesar altamente á Jesucristo. Varias veces por la gran pérdida de «sangre y de miembros se la ha visto debilitarse, pero de repente «la hemos visto rehacerse, cobrar nuevas fuerzas y ser madre de ma-«yor número de hijos [1].»

Los Mártires, sufriendo la muerte, probaban la divinidad de la Religion, puesto que hacian visible el cumplimiento de las profecías del Salvador; probábanla además por su sobrenatural valor, pues sufrir la muerte sin interés alguno de vanidad, de ambicion, de odio ni de gloria humana; sufrirla en medio de los insultos de todo un pueblo; sufrirla con calma y con dulce tranquilidad; sufrirla para atestiguar hechos que se han visto con los ojos y palpado con las manos; sufrirla cuando es dable sustraerse á ella con una sola palabra; sufrirla en defensa de una religion santa, contraria á todas las pasiones, en la cual no se ha sido criado, sino que se ha abrazado por conviccion y esperando sellarla con su sangre; cuando esto sucede por espacio no de un dia, sino de siglos; cuando se hace no por un solo hombre, sino por millares de personas de todas edades, sexos, condiciones, estados y países, debemos ver en ello algo de sobrenatural, y si no, preciso es abjurar de la razon y renunciar á coordinar jamás dos ideas.

Tan convencidos estaban los gentiles de que el valor de los Mártires solo podia dimanar de Dios, que se convertian en gran número á la vista de su firmeza en medio de los tormentos. «La constancia «que nos echais en cara, dice Tertuliano, es una leccion; al presen-«ciarla, ¿quién no desea averiguar su causa? Quien examina nues-«tra Religion, la abraza; y entonces desea sufrir, á fin de alcanzar «con la efusion de su sangre la gracia de Dios y el perdon de sus «crímenes [2].»

[1] Lib. IV, c. 64. (Véase sobre el número de los Mártires al P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pref.).

[2] *Apol.* c. 50.

En una palabra, el Salvador prometió á sus Apóstoles la gracia de hacerles superiores á todos los tormentos, y cumplió su palabra [1]; este es todo el secreto de la constancia de los Mártires, y es no solo locura, sino ridiculez querer encontrar otro. El sello sangriento de tantos millones de inocentes y heróicos testigos es un admirable testimonio en favor de la Religion; la impiedad puede destruir los templos de los Mártires, romper sus sepulcros, dispersar sus sagradas cenizas, borrar sus epitafios; pero este testimonio de sangre, jamás.

Las relaciones de sus juicios, de sus tormentos y de su muerte, se llaman *actas de los Mártires*, venerables en alto grado despues de la sagrada Escritura, en cuanto las contestaciones de los Mártires á los interrogatorios de los jueces les eran dictadas por el Espíritu Santo. Jesucristo Señor nuestro prometió en términos explícitos responder por ellos y hablar por su boca: *Tened, pues, fijo en vuestros corazones*, dijo á los Mártires de todos los siglos en la persona de sus Apóstoles, *de no pensar antes cómo habeis de responder; porque yo os daré boca y saber al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios* [2]. Nada como las actas de los Mártires es tan eficaz para reanimar nuestra piedad, pues si un hijo noble y generoso siente inflamarse su corazon al oir referir las brillantes acciones de su padre, ¿cómo podrémos nosotros ser débiles y cobardes, insensibles á la gloria del cielo, cuando vemos que para llegar á él atravesaron los Mártires un mar de sangre, anduvieron sobre el fuego y sobre el filo de las espadas? Los primeros cristianos estaban tan convencidos de esta verdad, que con frecuencia arriesgaban su vida para apoderarse de las actas de los santos Mártires.

El primer medio, y el mas comun, de que se valian para obtener que se les comunicasen dichas actas, consistia en comprar, á fuerza de oro, al encargado de la escribanía, donde se guardaban los registros, y en sacar copias de los mismos; en segundo lugar, cuando los magistrados mandaban atormentar á algun cristiano, mezclábanse entre los gentiles muchos fieles de los que no eran conocidos, y apuntaban cuidadosamente las preguntas y contestaciones, y las demás circunstancias del proceso; reunidos estos apuntes, eran presentados al obispo [3], y aprobados por este, distribuíase la relacion á los

[1] Luc. XXI, 15; Ioan. XVI, 33; Philip. I, 18.
[2] Luc. XXI, 14 et 15.
[3] Véanse sobre esto algunos detalles en la parte IV del Catecismo, *Fiesta*

fieles, á quienes servia de lectura ordinaria. Las actas de los Mártires leíanse tambien en la iglesia los dias de reunion [1].

Nuestros padres, que tanta veneracion tenian por la historia de los Mártires, la tenian mayor aun por los mismos Mártires; apenas eran presos, cuando se convertian en seres sagrados y gozaban de muchas prerogativas; por sus ruegos devolvíase la comunion á los que habian sucumbido durante las persecuciones anteriores; nombrábanse diáconos para visitarles, alentarles y cuidar de su manutencion, á los que se unieron las diaconisas, vírgenes ó viudas de cuarenta á sesenta años, cuerdas, prudentes, y de una virtud y celo á toda prueba; estas ejercian respecto de las mujeres parte de las funciones que ejercian los diáconos con los varones, estando encargadas de visitar á todas las personas de su sexo presas por la fe, ó á las que por su pobreza ó falta de salud eran acreedoras á los cuidados de la Iglesia.

En tiempos ordinarios instruian á las catecúmenas, ó mejor, les repetian las instrucciones del Catecismo; presentábanlas al Bautismo, ayudábanlas á quitarse y á ponerse otra vez sus vestidos, á fin de que nadie las viera en un estado poco decente; y despues de su bautismo las tenian durante algun tiempo bajo su direccion, á fin de formarlas para la vida cristiana [2]. En la iglesia guardaban las puertas de la parte de las mujeres, y cuidaban de que todas se colocasen en sus puestos y observasen el silencio y la modestia; las diaconisas daban cuenta de sus funciones al obispo, y por su órden á los presbíteros y á los diáconos; y su principal servicio consistia en advertirles de las necesidades de las demás mujeres, y en hacer, bajo su direccion, lo que no podian verificar por sí mismos con tanta decencia [3].

Siempre que los fieles alcanzaban permiso para entrar en los calabozos de los confesores, se apresuraban á besar sus cadenas, á procurarles algun alivio, á curar sus llagas, á prestarles minuciosos servicios, y á darles mil pruebas de veneracion y de respeto.

Así pues, la Iglesia nada omitió para que los Mártires fuesen visitados y servidos; la víspera de su muerte, publicada ya la sen-

de todos los Santos, y para mayor explicacion la *Historia de las Catacumbas*, pág. 505 y sig.

[1] P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pref.

[2] *Const. apost.* lib. VI, c. 17; lib. VIII, c. 19; Tertul. *De veland. virg.* 9.

[3] *Costumbres de los Cristianos*, pág. 254.

tencia, tenia lugar la *cena libre*, es decir, se permitia comer juntos á todos los condenados [1]. Para ello se les reunia en una sala comun, al rededor de una mesa que los Cristianos procuraban servir lo mejor que les permitia su pobreza; y como la entrada á la comida de los Mártires era libre, no dejaban los fieles de acudir á ella, ya para exhortar á los santos confesores, ya para encomendarse á sus oraciones y recibir sus últimos consejos.

Despues de la ejecucion de la sentencia, nuestros padres se apresuraban, cuando era posible, á recoger el cuerpo y los restos de los Mártires, que envolvian en oro y seda, perfumándolos con los aromas mas exquisitos; sus sepulcros eran los lugares á que acudian para orar, y en ellos se ofrecia el augusto sacrificio. Los concilios de África prohibieron levantar altar alguno sin depositar en él reliquias de Mártires, ley venerable que se observa todavía en la Iglesia; y persuadidos con razon nuestros padres de que los santos que acababan de derramar su sangre por Jesucristo eran muy poderosos en el cielo, los invocaban, é instituyeron fiestas en honor suyo, eligiendo para celebrarlas el aniversario del dia de su martirio, dia que se llamó *natividad* ó nacimiento. Admirable idea que recordaba que el dia de su muerte habian nacido á la verdadera vida. La Iglesia ha adoptado el mismo lenguaje.

San Agustin nos enseña cuál era el culto que se tributaba á los Mártires: contestando el santo Doctor á Fausto el Maniqueo que acusaba á los Católicos de haber sustituido los Mártires á los ídolos, dice: «Si los Cristianos honran á los santos Mártires, debe atribuir«se al deseo de participar de sus méritos, á la esperanza de ser fe«lices por su intercesion, ó al deseo tambien de excitarse á la imita«cion de sus virtudes; así es que los altares elevados por la piedad «sobre sus sepulcros no son erigidos á mártir alguno, sino al Dios «de los Mártires. ¿Qué sacerdote del Señor ha dicho jamás al acer«carse al altar: Ofrecemos á vos, Pedro, á vos, Pablo, ó á vos, Ci«priano? Lo que se ofrece se ofrece á Dios, al Dios que coronó á «los Mártires; y si es verdad que lo ofrecemos con frecuencia en los «lugares en que los coronó, es con el objeto de que la vista de aque«llos sagrados sitios excite en nuestros corazones una caridad mas «ardiente, un amor mas vivo ya hácia aquellos á quienes debemos «imitar, ya hácia Aquel por quien lo podemos. Reverenciamos á los

[1] Véanse las *Actas de santa Perpétua*, y Godescard, 6 de abril, etc., etc.

«Mártires, sí, pero creemos y enseñamos que solo Dios puede ser el «objeto del culto de latría; así es que el sacrificio, acto esencial de «dicho culto, no lo ofrecemos ni á los Mártires, ni á los Santos, ni «á los Ángeles, y si alguno de nosotros cayese en semejante error, «le opondríamos al momento la sana doctrina, á fin de que pudiese «volver en sí, ó de que hubiese derecho para apartarse de él [1].»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la santidad y valor que inspirásteis á nuestros padres; hacednos la gracia de que imitemos su vigilancia sobre sí mismos, y su constancia en las penas de la vida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero huir con horror de las reuniones del mundo.*

[1] *Cont. Faust.* lib. XX, c. 21.

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Principio de la gran lucha entre el Gentilismo y el Cristianismo. — Diez grandes persecuciones. — La primera en tiempo de Neron; retrato de este Príncipe; detalles de la persecucion. — Juicio de Dios sobre Neron. — Juicio de Dios sobre Jerusalen; ruina de la ciudad y del templo. — Segunda persecucion en tiempo de Domiciano; retrato de este Príncipe; san Juan es arrojado á una caldera de aceite hirviendo. — Juicio de Dios sobre Domiciano.

Hasta aquí hemos seguido á nuestra madre la Iglesia naciente por la fama de sus virtudes; desde ahora la seguirémos durante tres siglos por sus sangrientas huellas y á la luz de las hogueras que se encienden contra ella. Ciñe tu cinturon, tierna Esposa del Hombre-Dios, pues ha llegado el momento del combate; diez veces se levantará contra tí el mundo entero para aniquilar hasta la memoria de tu nombre [1].

En efecto, diez fueron las grandes persecuciones, es decir, las mandadas por los Emperadores romanos, cuyo terrible poder se extendia sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; las particulares, en número muy crecido, se llaman así, porque se limitaron á algunos reinos; tales fueron entre otras la de los emperadores Licinio y Valente; las de Sapor rey de Persia que duraron cuarenta años; las de los godos y de los vándalos en África y en otras partes.

Salgamos de las catacumbas, donde hemos admirado á las futuras víctimas, y entremos en la Roma gentil, dirigiendo nuestros pasos hácia el palacio imperial, para contemplar de cerca al primer

[1] Con el P. Ruinart contamos diez persecuciones generales, es decir, ordenadas ó autorizadas por los Emperadores romanos señores del mundo. No significa esto que todas se hiciesen extensivas á todas las provincias del Imperio, pues hubo algunas que se circunscribieron á algunos países. El P. Mamachi cuenta doce, porque incluye entre las grandes persecuciones la de los judíos en tiempo de Barcochebas y la de Licinio.



verdugo de los Cristianos. Sin duda alguna debe ser el mas malvado de los hombres; para probarlo basta pronunciar su nombre; se llama Neron, y hé aquí su retrato:

Neron nació en el año 35 de Jesucristo, y adoptado por el emperador Claudio, le sucedió en el año 54. Desde su mas tierna edad viéronse germinar en su corazon todos los vicios que han hecho de él el horror del género humano. Empezó envenenando á Británico, hijo de Claudio; y como un crímen conduce á otro crímen, Neron, entregado á la corrupcion de su alma, no tardó en saltar las vallas que los mas atroces criminales respetan en medio de sus excesos: pasaba las noches en las calles, en las tabernas ó en lugares de libertinaje, seguido de una desenfrenada juventud con cuyo auxilio apaleaba, robaba y mataba, y para romper el último dique que se le oponia, resolvió la muerte de su madre Agripina; primeramente trató de ahogarla, mas como su tentativa no produjo el resultado que esperaba, mandó darle de puñaladas, atrocidad que el Senado aprobó. Neron, que contaba con tantos esclavos como súbditos, solo tomó consejo del extravío de su insensata imaginacion, y se hizo comediante, viéndose entonces á un Emperador representando públicamente en un teatro como un actor cualquiera; y cuando debia cantar en público, ponia soldados de trecho en trecho para castigar á los que no se manifestasen sensibles á los encantos de su voz.

La crueldad corrió en él, como en todos los malvados, parejas con la lujuria; su esposa Octavia, y sus preceptores Burrho y Séneca, fueron sacrificados á su furor, cuyos asesinatos fueron seguidos de tantos otros, que se le consideró como un mónstruo sediento de sangre.

Cierto dia que oyó á alguno usar la frase proverbial: «¡Despues de «mi muerte, arda el mundo!» replicó: «¡Que arda, para que yo lo «vea!» Y entonces fue cuando despues de un festin tan extravagante como abominable, mandó pegar fuego á los cuatro ángulos de Roma, para formarse una idea del incendio de Troya. El incendio duró ocho dias, y de los catorce cuarteles de la ciudad quedaron ocho reducidos á cenizas; triste espectáculo que fue para él una fiesta, y á fin de gozar mejor de sus encantos, subió á una elevada torre, donde empezó á declamar, en traje de actor, un poema que habia compuesto sobre la destruccion de Troya [1]. Á pesar de que el pue-

[1] Esto sucedió en el año 64 de Jesucristo.

blo entero le acusó de ser el autor del incendio [1], Neron hizo recaer la culpa sobre los Cristianos, cosa que nadie creyó, dice Tácito [2], lo cual no fue obstáculo para que los gentiles, impulsados por su odio al Cristianismo, viesen castigar con gusto á los que lo profesaban; por su parte Neron no obraba movido únicamente por el deseo de vengar su reputacion, sino que queria tambien satisfacer el odio que sentia por la virtud y apagar su sed de sangre humana.

En todas partes, pues, procedióse á la prision de los Cristianos, los cuales fueron tratados como víctimas del odio público; á los tormentos añadióse el insulto, y su muerte fue una diversion para el pueblo: unos fueron cubiertos con pieles de animales, á fin de que engañados los perros con tan cruel semejanza les despedazasen vivos; otros fueron envueltos en túnicas de pez y cera [3], y luego atados á cruces ó á estacas plantadas en las esquinas de las calles, y se les puso fuego, para que sirviesen de antorchas durante la noche. Neron quiso que sus jardines fuesen el teatro de tan terrible espectáculo, al que no se ruborizó de asistir, en traje de cómico, y guiando su carro á la luz de tan fúnebres antorchas.

Dios, que premió su victoria, sabe únicamente el incalculable número de Mártires que de tal modo murieron; nosotros solo sabemos que aquellas gloriosas víctimas fueron las primicias de la innumerable multitud de Mártires que la Iglesia de Roma envió al cielo, precediendo en el camino de la gloria á san Pedro y á san Pablo, que les habian enseñado las verdades de salvacion.

Encendido en la capital el fuego de la persecucion, propagóse rápidamente á las provincias: publicáronse edictos prohibiendo profesar el Cristianismo, bajo las penas mas rigurosas, sin exceptuar la de muerte; la carnicería fue jurídica, y mientras Neron atormentaba en Roma á los Cristianos, perseguíanles en las provincias con igual furor, sentenciándoles en toda forma [4].

Entre las numerosas víctimas, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, cuéntase, además de san Pedro y san Pablo, al glorioso már-

[1] La verdad de esta acusacion está confirmada por muchos historiadores enteramente dignos de fe; consúltese á Suenon y á Dion Cassius, y entre los modernos á Tillemont, Crevier, etc.

[2] *Annal.* V.

[3] Tunica incendialis.

[4] Sulp. Severo, *Hist.* lib. II; Orosio, *Hist.* lib. III, c. 5.

tir san Tropés, el cual fue uno de los primeros oficiales de Neron, y uno de aquellos fervientes cristianos, de quienes dice el apóstol san Pablo en su Epístola á los Filipenses: *Todos los santos os saludan, y mayormente los que son de la casa de César*. Despues de ser maltratado á causa de su fe y por órden de Satéllico, el cual mandóle abofetear y azotar, fue lanzado á las fieras; y como no le causaron herida alguna, fue condenado á ser decapitado, y de este modo consumó su martirio [1].

Lactancio dice expresamente que el verdadero motivo que impulsó á Neron á perseguir á los Cristianos fue el interés de sus dioses, que veia abandonados por una multitud siempre en aumento, y que el incendio de Roma no fue mas que un pretexto: «Al saber Neron, «dice, que san Pedro habia convertido al Cristianismo á gran nú«mero de romanos, y que no solo en Roma, sino en todas las pro«vincias abandonaban las gentes en tropel el culto de los dioses, cre«yó que no debia perder tiempo, y que podria destruir el celestial «imperio del Cristianismo, y arruinar completamente la piedad que «lo sostenia. Así pues, Neron fue el primero en perseguir á los dis«cípulos del Salvador; pero no lo hizo impunemente, pues el Se«ñor, al ver la opresion de su pueblo, dejó caer su brazo vengador «sobre el tirano [2].»

Neron, lo mismo que todos los perseguidores que le sucedieron, debia experimentar que nadie es fuerte contra Dios; el estrépito de su caida, las horribles circunstancias de su fin, servirán de monumento á la posteridad y dirán á los siglos futuros: ¡De este modo perecerá el que ose rebelarse contra el Señor y contra su Cristo! Y si os negais á afirmar el imperio del Cordero dominador obedeciendo sus leyes, lo afirmaréis enseñando á los demás á temerle.

El mónstruo coronado continuaba bañándose en la sangre de los Cristianos, y arruinando las provincias para saciar á sus esclavos y satisfacer su lujo insensato, cuando del fondo de la España salió un grito de indignacion: Vindex escribió á Galba, gobernador de la Galia Tarraconense, suplicándole tuviese *piedad del género humano, cuyo azote era su detestable Señor*. Galba se hizo proclamar emperador, el Imperio todo le reconoce como á tal; y el Senado, la vil hechura de todos los tiranos, declaró á Neron enemigo público, y le

[1] Véase el Martirologio romano, 17 de mayo.
[2] *De Mortib. persecutor.* lib. II.

condenó á ser precipitado de la roca Tarpeya, despues de haber sido arrastrado desnudo por las calles y azotado hasta la muerte.

Al saber el castigo que le esperaba, dirigióse Neron á casa de uno de sus libertos, y se mantuvo oculto durante la noche en un aguazal cubierto de cañas; despues de entrar en la casa, ofreciéronle un pedazo de pan moreno, que rechazó, bebiendo únicamente un vaso de agua caliente. Advertido de que le buscaban por todas partes, hizo abrir su sepultura, exclamando repetidas veces anegado en llanto: ¡Qué lástima que muera tan excelente músico!... Finalmente, oyendo los pasos de los caballos, púsose un puñal en la garganta, é imploró que se acercase alguno á darle la muerte, si bien nadie quiso prestarle tan peligroso y culpable servicio. ¡Cómo! gritó en su desesperacion, ¿es posible no tenga amigos para defender mi vida, ni enemigos para quitármela? Por último, su secretario empujó el arma homicida, y el mundo quedó libre de un mónstruo que no reconoció igual, siendo sus estatuas arrastradas por el fango y su palacio entregado á las llamas. Neron murió en el año 68 de Jesucristo, á la edad de treinta y tres años, y despues de catorce de reinado.

Cualquiera que haya leido la vida de Neron, debe decir con Tertuliano: «Consideramos como un título de gloria para nuestra Religion el que fuese Neron el primero de sus perseguidores, pues «basta conocerle para comprender que semejante Príncipe no pudo «condenar sino lo eminentemente bueno [1].» En breve verémos que los demás Emperadores enemigos de los Cristianos no fueron mucho mejores.

Si Neron debia servir de monumento á la justicia de Dios, los judíos debian tambien demostrar á todos los pueblos el terrible resultado de alzarse contra Jesucristo; no contentos con haberse manchado con la sangre del Mesías, condenaron á muerte á sus discípulos, y con sus calumnias y violencias fueron los mas ardientes perseguidores de la Iglesia naciente. La medida de sus crímenes se habia colmado, y llegado era el tiempo en que la sangre del Hombre-Dios, de los Profetas y de los Apóstoles cayese sobre la cabeza de aquel pueblo culpable; la entera ruina de Jerusalen, y la dispersion de los judíos por toda la tierra debian, al realizar las predicciones del Salvador, dar una nueva prueba de su divinidad.

Escuchemos, guardando el silencio del terror, la relacion de la

[1] *Apol.* c. 4.

ruina de Jerusalen. El Señor no quiso abandonar á aquel pueblo endurecido, sin advertirle de lo que le amenazaba; y cuarenta años antes del saqueo de la ciudad deicida, aniversario de la muerte del Salvador, veíanse de continuo en el templo fenómenos extraños: primeramente apareció á las nueve de la noche, y durante media hora, al rededor del altar y del templo una luz tan viva que se hubiera creido la del mediodía; en otra ocasion abrióse por sí misma la puerta del templo que miraba al Oriente, á pesar de ser de bronce y tan pesada que veinte hombres podian apenas empujarla, y de estar cerrada con barras de hierro y sólidos candados que entraban profundamente en el suelo, formado de una sola piedra; otra vez oyóse un espantoso ruido en el santuario, y una voz lúgubre repitió: *¡Salgamos de aquí!* con lo que los santos Ángeles protectores del templo declaraban altamente abandonarlo, porque Dios, que por tantos años estableciera en él su residencia, lo habia reprobado.

Cada dia observábanse nuevos prodigios, tanto que un famoso rabino exclamó: ¡Oh templo! ¡oh templo! ¿qué te conmueve? ¿por qué te inspiras miedo á tí mismo [1]?

Tambien en la ciudad se manifestaban espantosos presagios: un cometa que tenia la forma de una espada apareció en Jerusalen durante un año entero; varias veces viéronse en el aire, y por toda la Palestina, carros llenos de hombres armados atravesar las nubes y derramarse al rededor de las ciudades como para sitiarlas; y cuatro años antes de estallar la guerra en que fue destruida Jerusalen, los judíos tuvieron de ello un terrible augurio que se manifestó á los ojos de todo el pueblo. Josefo, historiador judío, lo refiere del modo siguiente:

«Jesús, hijo de Ananus, simple labrador, vino desde el campo á «la fiesta de los Tabernáculos, cuando la ciudad se hallaba todavía «en una profunda paz, y de repente gritó: Voces del Oriente, voces «del Occidente, voces de los cuatro vientos, ¡desgraciada Jerusalen! «¡desgraciado templo! ¡desgraciado pueblo! y no cesaba de recor«rer toda la ciudad, repitiendo continuamente las mismas palabras.

«Los magistrados, que no pudieron permitir se dijesen palabras de «tan mal agüero, mandáronle prender y castigar rigurosamente; mas «á cada golpe que sobre su cuerpo descargaban, repetia con voz

[1] Talmud de Babilonia, en Galat. lib. IV, c. 8, pág. 209.

«plañidera y lamentable: ¡Desgraciada, desgraciada Jerusalen! y «al preguntarle Albinio quién y de dónde era y qué causa le hacia «hablar de aquel modo, no contestó mas que: ¡Desgraciada! ¡des- «graciada! Finalmente soltáronle como á un insensato, pero no cam- «bió de lenguaje; en los dias de fiesta redoblaba sus desaforados «gritos, y observóse que á pesar del continuo y violento ejercicio, «su voz no se debilitó.

«Así continuó hasta que se empezó la guerra, es decir, por espa- «cio de cuatro años y cinco meses sin interrupcion, sin hablar con «nadie, sin injuriar á los que le azotaban, ni dar gracias á los que le «daban de comer. Cuando Jerusalen fue sitiada, se quedó en la ciu- «dad, y dando vueltas sin cesar por las murallas, gritaba con todas «sus fuerzas: ¡Desgraciada Jerusalen! ¡desgraciado templo! ¡des- «graciado pueblo! hasta que al fin añadió: ¡Desgraciado de mí mis- «mo! y en aquel momento una piedra lanzada por una máquina le «quitó instantáneamente la vida [1].»

¿Quién puede desconocer que la venganza divina se habia hecho visible en aquel hombre, que solo vivia para publicar su sentencia? ¿Quién, que Dios le habia dado su fuerza, á fin de que pudiese igualar con sus gritos las desgracias del pueblo, y que le hizo no solo profeta y testigo de aquella, sino tambien su víctima, para hacer mas sensibles y palpables las amenazas del Señor? El profeta de las desgracias de Jerusalen se llamaba *Jesús*, como si este nombre de salvacion y de paz debiese ser de funesto augurio para los judíos, que lo despreciaron en la persona del Salvador, y como si los ingratos que rechazaron á un Jesús que les anunciaba gracias, misericordia y vida, se viesen obligados á recibir á otro Jesús que solo podia vaticinarles irremediables males y el inapelable fallo de su próxima ruina [2].

La hora fatal se acercaba; los judíos, agitados por cierto espíritu inquieto y turbulento, rebeláronse contra los romanos, y su rebelion fue la ocasion de su ruina; los mas prudentes de la nacion salieron de Jerusalen, previendo las desgracias que iban á caer sobre la ciudad, ejemplo que imitaron los Cristianos, recordando las predicciones del Salvador, retirándose todos á la pequeña ciudad de Pella,

[1] Josefo, *De la Guerra de los judíos*, lib. V, c. 11 y 12.
[2] *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 20.

situada entre las montañas de la Siria. El ejército romano no tardó en poner sitio á la ciudad rebelde; y si bien en un principio experimentó un insignificante revés, que envalentonó á los sitiados, muy pronto tomó la ventaja, gracias á haberse confiado su mando al general Vespasiano. Entonces, y para colmo de males, introdújose la division entre los judíos, formándose en la ciudad diferentes partidos que cometieron los mas horribles excesos; de modo que la infortunada Jerusalen se hallaba desgarrada en el interior por crueles facciones, y en el exterior por las legiones romanas. Instruido Vespasiano de lo que pasaba en Jerusalen, dejaba á los judíos matarse entre sí para aniquilarles mas fácilmente.

En aquel entonces Vespasiano fue nombrado emperador, y encargó á su hijo Tito la continuacion del sitio; el jóven príncipe acampó á una legua de Jerusalen y bloqueó todas sus salidas, encerrando en la ciudad á una gran multitud de judíos que habian acudido á ella desde todos los puntos de la Judea y aun desde lejanos países para celebrar la Pascua; los víveres existentes fueron en breve consumidos, el hambre se hizo sentir vivamente, y Jerusalen presentó la imágen del infierno.

Los facciosos recorrian todas las casas con objeto de practicar registros, y maltrataban á los que habian ocultado algun alimento, obligándoles á descubrirlo con los mas crueles tormentos; muchos vendian secretamente su herencia por una medida de trigo ó cebada; pero como la mayor parte quedaron reducidos á comer lo que encontraban, se lo arrancaban unos á otros, frenéticos y desesperados, apoderándose á la fuerza del pan de los niños, y aplastándoles contra el suelo para hacérselo soltar.

Algunos facciosos armados salian de la ciudad en busca de yerbas para apagar su hambre, mas Tito mandó observarlos por un cuerpo de caballería; junto con ellos hacian prisioneros los romanos á algunos hombres del pueblo, quienes no se atrevian á rendirse sin combate, por miedo que los sediciosos se vengasen en sus mujeres y en sus hijos, y cuantos eran encontrados con las armas en la mano eran crucificados sin distincion, ya por la dificultad de guardarles, como para aterrorizar á los sitiados; el número de los suplicios era de quinientos cada dia y á veces mas, de modo que faltaban cruces y sitio para colocarlas. Los sediciosos se servian de este espectáculo

para animar al pueblo; y arrastrando á la muralla á los parientes y amigos de las víctimas, les manifestaban las ventajas de rendirse á los romanos.

Para bloquearles enteramente, mandó Tito construir al rededor de la ciudad una muralla de dos leguas de circunferencia, defendida por trece pequeños fuertes, en los que habia guardias lo mismo de dia que de noche; esta grande obra fue terminada en tres dias: y así se realizó la prediccion del Salvador, cuando anunció á Jerusalen que sus enemigos la rodearian de un muro y que la sitiarian por todas partes.

Entonces fue cuando el hambre se hizo horrible: buscábase comida hasta en las cloacas, y tragábanse las mas infectas inmundicias; una mujer, fuera de sí por el hambre y la desesperacion, cogió á su hijo, aun en pañales, y fijando en él torvas miradas dijo: ¡Desgraciado! ¿para qué te conservaré la vida? ¿para morir de hambre ó ser esclavo de los romanos? Presa de un indecible furor degollóle, púsolo al fuego, y comió la mitad, guardando el resto; atraidos los sediciosos por el olor, entran en la casa y amenazan con la muerte á aquella mujer si no les enseña los manjares que tiene ocultos; obedece ella, y al verles sobrecogidos de horror, les dijo: Es mi hijo, y yo le he muerto; bien podeis comer despues que yo lo he hecho, pues no sois mas delicados que una mujer, ni mas sensibles que una madre. Los rebeldes se alejaron estremecidos de espanto.

El hambre exterminaba á familias enteras; las casas y las calles estaban llenas de cadáveres, y con objeto de que no infectasen el aire, los arrojaban desde lo alto de las murallas á los precipicios que rodeaban la ciudad; al verlos Tito llenos de cadáveres, y horrorizado por el hedor que despedian, suspiró, y levantando las manos al cielo, tomó á Dios por testigo de que no era aquello obra suya; para poner fin á tantas miserias mandó activar los trabajos tanto como fuese posible; mas muchos y nuevos horrores debian afligir aun sus miradas.

Diariamente se evadian muchos judíos, los cuales preferian la esclavitud romana á la muerte por el hambre; mas creyendo los soldados de Tito que aquellos desgraciados habian tragado oro, para sustraerlo á las investigaciones de los sediciosos, abríanles el vientre para examinar sus entrañas; en una sola noche halláronse dos mil asesinados de esta manera; y si bien Tito declaró que castigaria de

muerte al que cometiese semejante barbarie, sus órdenes no fueron acatadas.

Finalmente despues de algunos sangrientos combates, se apoderó Tito de la fortaleza Antonia, y llegó hasta el templo el dia 17 de julio; el sitio habia empezado en 14 de abril. Dada la órden de atacar el segundo recinto del templo y de poner fuego á las puertas, si bien respetando el cuerpo del edificio, un soldado romano llevado de una inspiracion divina, dice el historiador Josefo de quien tomamos toda esta relacion, tomó un tizon, y levantándose sobre sus camaradas, lo arrojó á uno de los edificios dependientes del templo; el fuego prendió en un momento, penetró en el interior del templo y lo devoró enteramente, á pesar de los esfuerzos de Tito para contenerlo. Así se cumplió la prediccion del Salvador de que no quedaria en él piedra sobre piedra, debiendo hacer observar que el segundo templo fue destruido el dia 10 de agosto, en igual dia y en igual mes que el primero incendiado por Nabucodonosor.

Los romanos pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en Jerusalen, y Tito, despues de mandar derribar cuanto quedaba del templo y de la ciudad, mandó arar el terreno que antes ocuparan. En este sitio murieron un millon y cien mil judíos, siendo vendidos y dispersados, con todo lo que quedaba de la nacion, por todo el ámbito del Imperio, noventa y siete mil. Tito rehusó las coronas que le ofrecieron las naciones vecinas deseando honrar su victoria, proclamando altamente que esta no era obra suya, y que su brazo habia sido únicamente el instrumento de la venganza divina [1].

En efecto, ¿cómo no ver en tan espantoso desastre el justo castigo del impío furor desplegado por los judíos contra el Mesías? Otras ciudades han tenido que sufrir los rigores de un sitio; otras ciudades han padecido hambre; pero jamás se ha visto que los habitantes de una ciudad sitiada se hayan hecho la guerra con tanto encarnizamiento, ni que hayan ejercido unos contra otros crueldades mas atroces aun de las que experimentaban de parte de sus mismos enemigos. Este ejemplo es único y lo será siempre, ejemplo que era necesario para demostrar la verdad de la prediccion de Jesucristo, y para hacer el castigo de Jerusalen proporcionado al crímen que cometiera crucificando á su Dios, crímen igualmente único, y que

[1] Josefo, *De la Guerra de los judíos*, lib. VII; Filost. *Apol.* lib. VI, c. 14.

no tiene ejemplo en los siglos pasados ni puede tenerlo en los futuros [1].

Despues de su victoria, embarcóse Tito para Roma, donde triunfó de la Judea, junto con su padre Vespasiano, al que no tardó en suceder. Proclamado emperador demostró excelentes dotes y especialmente un carácter tan benéfico, que cierta noche mientras estaba cenando, acordóse de que no habia concedido gracia alguna durante aquel dia, y dijo: Amigos mios, he empleado muy mal el dia. Su reinado duró solo dos años, pues murió en el año 81 de Jesucristo, sucediéndole su hermano Domiciano, el cual ordenó la segunda persecucion general contra la Iglesia, y por cierto que era digno de tal empresa.

Aquel engendro de Neron, como dice Tertuliano [2], se distinguió por crueldades é infamias que espantan; quiso que se le diese el nombre de *Dios* en todas las peticiones que se le presentasen, y mezclando la locura á la disolucion convocó un dia al Senado para saber en qué vasija debia cocer un rodaballo; en otra ocasion convidó á un banquete á los principales senadores, é hizo conducirles con gran ceremonia á un gran salon, tendido de negro é iluminado con algunas lámparas sepulcrales, que solo permitian ver varios ataudes en los que se leian los nombres de los convidados; poco despues entraron en la sala unos hombres tan negros como los tapices, blandiendo con una mano una espada y con la otra una antorcha, y luego de haber amenazado con distintas evoluciones á los aterrorizados senadores, les abrieron la puerta y les permitieron salir. Digno castigo de aquella famosa nacion que despues de haber subyugado al universo por su valor y rígidas costumbres, volvióse mas corrompida, mas afeminada y mas cobarde que todos los pueblos que habia vencido, siendo juguete de sus tiranos, á quienes idolatraba aun en los momentos en que la humillaban.

Domiciano permanecia dias enteros en su gabinete, ocupado en cazar moscas con un puntero muy agudo; cierto dia preguntaron á un cortesano si el Emperador estaba solo: Sí, solo, contestó, enteramente solo; no hay siquiera una mosca; y al dia siguiente pagó con su cabeza su inocente chanza.

Júzguese de la violenta persecucion que suscitó contra los Cristia-

[1] *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 24.
[2] *Apol.* c. 4.

nos, por el modo con que trató á las personas mas distinguidas y aun á sus mas próximos parientes; hizo dar muerte á su primo hermano el cónsul *Flavio Clemente*, y desterró á *Domitilla*, esposa del Cónsul, porque eran cristianos. La sobrina de Flavio fue relegada á la isla *Pontia*, y despues de permanecer algun tiempo en ella, fue quemada en Terracina junto con otros dos Mártires; dos esclavos del Cónsul, Nereo y Aquileyo, que se habian convertido tambien á la fe, sufrieron diferentes tormentos, siendo por último decapitados. El número de personas que perdieron su vida y sus bienes durante la persecucion de Domiciano fue infinito; pero lo que la hizo célebre fue el martirio de san Juan Evangelista, que hemos referido anteriormente.

Tantas crueldades contra la divina Esposa de Jesucristo no debian quedar impunes, y era preciso que Domiciano, lo mismo que todos los perseguidores, contribuyese á la gloria del Cordero dominador: la mano del Omnipotente cayó sobre él; y aquel mónstruo, devorado por los remordimientos, fue presa de una continua zozobra; el temor de la muerte no le abandonaba nunca, y de nada le sirvieron las precauciones que tomó para alejarla, pues fue asesinado por un liberto de su mujer en el año 96 de Jesucristo. Despues de su muerte, el Senado le privó de todos los honores, hasta del de sepultura.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber sostenido el valor de nuestros padres en medio de las persecuciones; hacednos la gracia de que les imitemos, y de que comprendamos que así los buenos como los malos sirven igualmente, aunque de distinto modo, á la gloria de la Religion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero rogar por los enemigos de la Iglesia.*

LECCION XI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS I Y II).

Epístola de san Clemente á la iglesia de Corinto. — Tercera persecucion, en tiempo de Trajano; retrato de este Príncipe. — Martirio de san Ignacio, obispo de Antioquía; su llegada á Roma; es lanzado á los leones; traslacion de sus reliquias á Antioquía. — Juicio de Dios sobre Trajano. — Cuarta persecucion, en tiempo de Adriano; retrato de este Príncipe. — Martirio de santa Sinforosa y de sus siete hijos.

La Iglesia puede decir de sí misma con toda verdad: Mis enemigos han renovado sus ataques contra mí desde mi juventud; pues mientras Neron y Domiciano derramaban su sangre, intentó el demonio inspirar entre sus miembros el espíritu de division. En los últimos años del siglo I suscitáronse algunas diferencias entre los fieles de Corinto, y de aquí provino la formacion de varios partidos, y el inminente peligro de un cisma; el jefe de aquella iglesia, que no se creyó con fuerzas para arrojar al lobo del redil, volvió sus miradas hácia la ciudad de Roma, y dirigióse al Pastor de los pastores, apresurándose el papa san Clemente á socorrer á aquella afligida porcion de su inmenso rebaño. Elevado en el año 91 á la cátedra, ensangrentada ya, del apóstol san Pedro, el nuevo Pontífice murió en el año 100 de Jesucristo, durante la persecucion de Trajano, despues de escribir á los corintios una epístola verdaderamente digna del Padre comun de los fieles, pues es tanto lo que respira el espíritu de Nuestro Señor, que en los primeros siglos era leida en las iglesias como las Epístolas de los Apóstoles y demás partes de la sagrada Escritura.

Empieza el Santo haciendo una descripcion de las costumbres de los primeros cristianos, y en particular de los fieles de Corinto antes de la triste division que desolaba á aquella Iglesia. «¿Qué extran-«jero, dice, de los muchos que llegaban en tropel entre vosotros, no «se sentia conmovido por vuestra viva fe, adornada de todas las vir-«tudes? ¿Quién no admiraba vuestra piedad para con Jesucristo, «tan llena de sabiduría y de dulzura? ¿Quién no alababa el indeci-

«ble desprendimiento con que ejercíais la hospitalidad? Obrábais en «todo sin distincion de personas, y adelantábais á grandes pasos por «el camino de la ley de Dios bajo el pacífico gobierno de vuestros «pastores; tributábais el debido honor á vuestros ancianos; dábais á «los jóvenes el ejemplo de la humildad y de la modestia, y amones-«tábais á las mujeres que viviesen unidas con sus esposos, como es «de su deber, que bendijesen su dependencia en la humildad y sen-«cillez de su corazon, que se aplicasen al gobierno de su casa en el «retiro y el recato, y que ennobleciesen todas sus obras por la pu-«reza y santidad de sus intenciones.

«Érais todos humildes y sin presuncion; mas inclinados á obede-«cer que á mandar, á dar que á recibir, estábais contentos con vues-«tros medios de subsistencia en este mundo, que considerábais co-«mo un lugar de tránsito, y os encaminábais sin rodeos á vuestra «patria, con los ojos fijos en la ley del Señor, y los oidos del cora-«zon atentos continuamente á su palabra. Entonces gozábais de las «bendiciones de la dulzura y de la paz... Hablábais sincera é ino-«centemente, sin malignidad ni resentimiento; si alguno pecaba con-«tra vosotros, no llorábais vuestro daño sino su culpa, creyendo «que las faltas del prójimo eran las vuestras. El gérmen de la divi-«sion, hasta la sombra de la disension os causaba indecible horror.»

El santo Pontífice ve la causa del cambio verificado repentinamento entre ellos en el crímen de la envidia, cuyos desórdenes manifiesta con ejemplos tomados de la Historia sagrada, recorriendo desde Abel y los Patriarcas hasta á los Apóstoles y los tiempos mas modernos.

El remedio de este mal está en la imitacion de los ejemplos del divino Maestro; nuestros padres no conocian otro. Despues del augusto modelo, san Clemente propone otro en las criaturas inanimadas que viven en constante paz bajo las prescripciones de la Providencia, y presenta al universo material como á un gran predicador de la concordia.

Hé aquí sus elocuentes palabras: «Los cielos sometidos á las le-«yes de la Providencia divina verifican en paz sus impetuosas re-«voluciones; el dia y la noche terminan la carrera que les fue pres-«crita, y jamás es el uno obstáculo para la otra; el sol, la luna, los «astros recorren bajo sus órdenes y en un perfecto acuerdo los espa-«cios que les han sido señalados, sin separarse de ellos ni un mo-

«mento. La tierra, siempre fecunda, da en abundancia y en las dife-«rentes estaciones cuanto es necesario para el alimento de los hom-«bres, de los animales y de cuanto respira, sin alterar jamás en nada «las leyes que Dios le impuso. El mar, aunque rebelde contra sí «mismo por la agitacion de sus olas, nunca traspasa los límites que «le fueron prescritos. La primavera, el estío, el otoño y el invierno «se suceden tranquilamente uno á otro; los vientos dejan escapar en «épocas señaladas su violento hálito, y finalmente los mas peque-«ños animales viven juntos en una perfecta union.»

El santo Pontífice deducia que, á imitacion de la naturaleza entera, la única ambicion del cristiano debe ser agradar á Dios y vivir en paz con sus hermanos. Apenas su epístola, tan llena del espíritu apostólico y tan digna del Padre comun, hubo llegado á Corinto y sido leida á los fieles, cuando corrieron de todos los ojos abundantes lágrimas de arrepentimiento; abrazáronse unos á otros, la caridad recobró su imperio, y todo volvió al antiguo órden. Tales eran nuestros padres; si cometian faltas porque eran hombres, sabian reconocerlas y humillarse porque eran cristianos.

La paz interior se hacia mas necesaria á la Iglesia por la proximidad del combate que por tercera vez iba á exponer á las ovejas del Salvador á los encarnizados lobos del Gentilismo. Trajano fue el autor de la tercera persecucion, y sus costumbres le hacian digno de inscribir su nombre á continuacion de los de Neron y de Domiciano; este Emperador subió al trono del mundo en el año 98 de Jesucristo, y con sus señaladas victorias ensanchó considerablemente las fronteras del Imperio romano: buen guerrero, hábil político, era despreciable como hombre, pues entregado al vicio y á la disolucion, perdia cási diariamente su razon en todas sus comidas. Dícese y con fundamento que su gusto por los desórdenes y goces groseros, á que se abandonaba sin freno, le hizo odiosos á los Cristianos, por ver en su vida pura y casta una notoria reprobacion de la suya. Dada la órden de su muerte por toda la extension del Imperio [1], empezó la carnicería en el año 106 ó 107; durante esta persecucion murió san Simeon, obispo de Jerusalen, el cual despues de confesar á Jesucristo con admirable valor, fue condenado al suplicio de la cruz, terminando su vida como su divino Maestro.

Sin embargo, la víctima mas ilustre del odio que profesaba Tra-

[1] Véase á Eusebio, lib. III, c. 23.

jano al nombre cristiano fue san Ignacio, obispo de Antioquía y discípulo de san Juan. Recojámonos un momento para escuchar la interesante historia de su martirio, y roguemos á Dios que encienda en nuestro corazon solo una chispa de la inimitable caridad que consumia á Ignacio. Una circunstancia, referida por los autores de sus actas, explica el tierno amor del venerable pontífice á Jesucristo, Señor nuestro; hallábase, dicen, en su mas tierna infancia, cuando el Cristo, que vivia aun entre los hombres, puso sobre él sus venerables manos, y dijo al pueblo, señalándole: *Quien no sea humilde como este niño, no entrará jamás en el reino de los cielos.* Ignacio gobernaba hacia cuarenta años la iglesia de Antioquía cuando fue llamado al martirio; corria el año 106 de Jesucristo, cuando Trajano, resuelto á combatir á los partos, marchó á Oriente, haciendo su entrada en Antioquía con gran magnificencia el dia 7 de enero del siguiente año; su primer cuidado, al llegar á aquella ciudad, fue exaltar la gloria de sus dioses, y exigió bajo pena de muerte que todos sus habitantes los adorasen.

Ignacio, que solo temia por su rebaño, se dejó conducir delante del Emperador, el cual al verle exclamó: «¿Con qué, eres tú, de«monio malvado, el que te atreves á desobedecer mis órdenes, y á «persuadir á los demás que mueran miserablemente?» Ignacio contestó: «Nadie sino vos, Príncipe, llamó jamás á Teóforo con el in«jurioso nombre que acabais de darle; y léjos de ser demonios los «verdaderos servidores de Dios, sabed que los demonios tiemblan en «su presencia.

TRAJANO. «¿Quién es ese Teóforo?

IGNACIO. «Yo, y todos los que, como yo, llevan á Jesucristo en «su corazon [1].

TRAJANO. «¿Por ventura crees que no tenemos en nuestro cora«zon dioses que nos ayudan á vencer á nuestros enemigos?

IGNACIO. «¡Dioses! os engañais, no son mas que demonios; no «hay mas que un solo Dios criador del cielo y de la tierra, y un Je«sucristo su único Hijo: solo la gracia de este gran Rey puede ha«ceros dichosos.

TRAJANO. «¿De quién me hablas? ¿acaso de aquel Jesús á quien «Pilatos mandó crucificar?

IGNACIO. «Decid mas bien que Jesús clavó en su cruz al pecado

[1] Teóphoro, palabra griega que significa *el que lleva á Dios consigo.*

«y á su autor, y que les hizo esclavos de cuantos le llevan en su co-
«razon.

TRAJANO. «¿Así pues, tú llevas á Jesucristo contigo?

IGNACIO. «Sí, porque escrito está: *Yo moraré con ellos, y andaré* «*entre ellos* [1].»

Irritado Trajano por la firmeza con que el santo Obispo confesara su fe, pronunció contra él la siguiente sentencia: «Mandamos que «Ignacio, quien se vanagloria de llevar consigo al Crucificado, sea «conducido encadenado y custodiado por una buena escolta á la «grande Roma, para ser lanzado á las fieras y servir de diversion al «pueblo.»

Al oir el Santo la sentencia de su muerte, exclamó en un transporte de alegría: «Gracias os doy, Señor, por haberme inspirado «un perfecto amor hácia Vos, y por permitir que, como al ínclito «Pablo, vuestro apóstol, ciñan mi cuerpo gloriosas cadenas.» Dichas estas palabras, púsose él mismo los grillos; en seguida oró por su iglesia, y con lágrimas en los ojos se encomendó á Dios, entregándose luego á los inhumanos soldados, que debian conducirle á Roma para servir de pasto á los leones y de diversion al pueblo.

¡Qué espectáculo! un Obispo, un venerable anciano, un Santo cargado de cadenas y empezando un viaje de seiscientas leguas, en cuyo término se distinguia un anfiteatro ensangrentado, leones y leopardos esperando su presa, y á un pueblo entero ansioso de aplaudir la muerte de la víctima! El Oriente y el Occidente tenian los ojos fijos en Ignacio; la sociedad antigua y la sociedad nueva se hallaban en expectacion; la una se estremecia de gozo, al paso que la otra oraba con llanto; la primera contaba con una gran victoria, y la segunda con un triunfo glorioso: veamos cuál de las dos vió frustrada su esperanza.

Ignacio salió de Antioquía con direccion á Seleucia, donde fue embarcado á bordo de un buque que debia recorrer las costas del Asia Menor, y conducirlo directamente á Roma; sin embargo, sin que la causa sea bien conocida, hiciéronle seguir otro camino que hacia el viaje mucho mas largo. Quizás quisieron que pasase el Santo por varias ciudades á fin de infundir terror á los Cristianos y á cuantos pensasen abrazar su fe; pero de todos modos, es lo cierto que la Providencia permitió tan larga navegacion con objeto de que la vista

[1] II Cor. VI, 16.

de Ignacio consolase y edificase á mayor número de iglesias. Bajo este aspecto, pues, el Gentilismo fue vencido.

Desde la Siria hasta Roma acompañaron al Santo el diácono Filon y Agathopodo, quienes, segun se cree, fueron los autores de las actas de su martirio, habiendo sido muchos los cristianos de Antioquía que se le adelantaron para ir á esperarle en Roma. Así de dia como de noche, así en tierra como en el mar, Ignacio era custodiado por diez soldados, á los cuales da él mismo el nombre de *leopardos* á causa de su crueldad, y porque su paciencia y su dulzura no lograba otra cosa que enfurecerles mas y mas.

Á pesar de que sus guardias jamás le perdian de vista, tenia el Santo bastante libertad para confirmar en la fe á las iglesias que hallaba en su camino; los fieles de las cercanías acudian en tropel para verle y prestarle cuantos servicios les era dable; y las iglesias del Asia, no contentas con enviarle honrosas diputaciones de Obispos y presbíteros, comisionaron á muchos fieles para que le acompañasen durante el resto del viaje, lo que movió á decir al Santo que llevaba consigo á muchas iglesias. El camino del martirio fue para Ignacio una marcha triunfal, y aquí tenemos otra derrota sufrida por el Gentilismo.

Despues de una larga y peligrosa navegacion llegó el Santo á Esmirna, aprovechando el permiso que se le concedió de saltar á tierra para ir á saludar á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, y discípulo, como él, de san Juan Evangelista. Ambos Santos se abrazaron impulsados por su caridad episcopal, é Ignacio, glorioso con sus cadenas, las mostró á san Policarpo, rogándole no opusiese ningun obstáculo á su muerte; igual súplica dirigió á las iglesias de Asia, que habian querido visitarle á su paso, y cuyos diputados, los Obispos de Éfeso, de Magnesia y de Tralles, encontró en Esmirna.

Ignacio escribió desde Esmirna cuatro epístolas que respiran una caridad y un espíritu verdaderamente apostólicos; la primera está dirigida á la iglesia de Éfeso, la segunda á la iglesia de Magnesia, la tercera á la iglesia de Tralles, y la cuarta á la iglesia de Roma. El objeto de esta era el siguiente: Conociendo toda la eficacia de la oracion para con Dios, temia el Santo que fuese pedida al cielo su gracia, y con este motivo escribió á los romanos conjurándoles para que no lo hiciesen y no le arrebatasen la corona del martirio. Esta

epístola es quizás la única en su género; recojámonos para escuchar su lectura, y dejemos penetrar en nosotros la ardiente caridad que de toda ella se desprende.

«Ignacio, apellidado Teóforo, á la Iglesia favorita de Dios, á la «santa Iglesia de Roma, tan digna de servir al Altísimo; á la Igle- «sia que tanto merece ser alabada, respetada y dichosa, en la que «la prudencia impera, la caridad reina, y la castidad triunfa; á los «ilustres fieles unidos entre sí segun el espíritu y segun la carne, lle- «nos de la gracia, que al unirles unos á otros con sagrados lazos les «separa de toda sociedad profana; salud en Jesucristo, Hijo del Pa- «dre, y plenitud del Padre en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro «Dios.

«Dios ha escuchado mis oraciones, y he obtenido por fin de su bon- «dad el poder gozar de vuestra amable presencia, pues, á pesar de «hallarme entre cadenas, espero verme dentro de poco en medio «de vosotros. Sin embargo, vuestra caridad me infunde temor; nada «os es mas fácil que impedir que yo muera; mas al oponeros á mi «muerte, os opondréis á mi felicidad... jamás se me presentará tan «propicia ocasion para reunirme con Dios, y jamás tendréis ocasion «tan hermosa para practicar una buena accion. Para ello, no teneis «que hacer sino permanecer tranquilos; si no hablais de mí, iré á «reunirme con Dios, al paso que, si os dejais conmover por una fal- «sa compasion hácia esta miserable carne, me condenais de nuevo á «los trabajos y al yugo de la vida. Permitid que sea inmolado mien- «tras el altar está aun en pié, y solo os pido que unais vuestras vo- «ces para entonar durante el sacrificio cánticos en honor del Padre «y de su Hijo Jesucristo. Dad gracias á Dios porque ha permitido «que un Obispo de Siria fuese trasladado desde Oriente á Occidente «para perder la vida, ¿qué digo? para renacer en el seno de su Dios.

«Vosotros que jamás tuvísteis envidia de nadie, ¿podríais envi- «diar ahora mi felicidad? Vosotros que siempre dísteis ejemplo de «firmeza y de constancia, ¿modificaríais ahora vuestras máximas? «No, antes obtened para mí, por vuestras oraciones, el valor que «necesito para resistir á los ataques así interiores como exteriores. «Poco es parecer cristiano, si se es tal en efecto; y lo que forma el «cristiano, no son bellas palabras y engañosas apariencias, sino la «solidez de la virtud y la grandeza de alma en los momentos de «prueba.

«Escribo á las iglesias que marcho alegre á la muerte, con tal «de que vosotros no os opongais á ello ; de nuevo os lo suplico, no «os abandoneis á una falsa compasion hácia mí. Permitid que sea «mi cuerpo pasto de las fieras, pues no hay camino mas corto para «llegar al cielo. Yo soy trigo de Dios, y es preciso que sea molido «por los dientes de las fieras para que me convierta en pan digno «de ser ofrecido á Jesucristo. Antes que tratar de impedirlo, azuzad «á las fieras, á fin de que sean mi tumba, y de que nada dejen de «mi cuerpo, por temor de que no sea despues de mi muerte una car-«ga para nadie...

«Al llegar á Roma espero hallar á las fieras prontas á devorar-«me... Perdonadme estos sentimientos, pues sé muy bien lo que me «conviene. Ahora empiezo á ser discípulo de Jesucristo ; nada me «conmueve, todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseer «á Jesucristo : redúzcame el fuego á cenizas ; muera en una cruz de «un modo lento y cruel ; suelten sobre mí tigres furiosos y ham-«brientos leones ; dispersen mis huesos á los vientos ; disloquen mis «miembros ; magullen mi cuerpo ; ceben en mí su rabia todos los «demonios, y todo lo sufriré con alegría, con tal que logre con ello «la posesion de Jesucristo.

«Mi amor se ha fijado en la cruz ; el fuego que me consume es un «fuego puro y divino ; es un fuego vivificador que me repite sin ce-«sar desde el fondo del corazon : Ignacio, llega á tu Padre. Ya no «hallo gusto en los manjares mas exquisitos ni en los vinos mas de-«liciosos ; el pan que yo deseo es la carne de Jesucristo hijo de Da-«vid ; y el solo vino que puede templar mi sed es su sangre, prin-«cipio de la inmortal caridad. Nada me retiene en la tierra, y ya no «me considero como un viviente entre los hombres ; quiera Jesu-«cristo haceros sentir la verdad de lo que os escribo ; su mismo Pa-«dre es el que conduce mi pluma. Obtened para mí el premio de mi «carrera : si sufro, me creeré amado por vosotros ; mas si desoís mi «voz, me creeré objeto de vuestro odio.

«Acordaos en vuestras oraciones de la iglesia de Siria, que tiene «por pastor á Dios en lugar mio ; dígnese Jesucristo encargarse de «su cuidado durante mi ausencia ; á su providencia y á vuestra ca-«ridad la confio ; en cuanto á mí, vergüenza me da el ser con-«tado entre sus miembros, no siendo digno, siendo el último de «todos. Os saludo con el alma, lo mismo que á todas las iglesias

«que me han recibido en mi camino con tan cristiana caridad.

«Os escribo desde Esmirna por medio de los fieles de Éfeso; á los «que salieron de Siria para Roma teniendo por mira la gloria de Dios, «hacedles saber que estoy cerca, pues creo les conoceréis. Todos son «dignos de Dios y de vosotros, y vuestra caridad les prestará cuan-«tos servicios y favores merece su virtud.

«En Esmirna, dia 23 de agosto. ¡Adios hasta el fin en la pacien-«cia de Jesucristo!»

Despues de escrita esta carta partió Ignacio de Esmirna, cediendo á la cruel impaciencia de los soldados que le custodiaban, y que no cesaban de darle prisa, á fin de llegar á Roma antes del dia destinado para los juegos. El buque que le conducia echó anclas en Troade, y allí supo Ignacio que Dios habia devuelto la paz á la iglesia de Antioquía, noticia que calmó sus inquietudes; desde Troade escribió á las iglesias de Filadelfia y de Esmirna, y tambien á san Policarpo, en cuyas tres cartas se observa el mismo espíritu de caridad que en las anteriores.

Su voluntad era escribir á las demás iglesias de Asia; pero sus guardias no le dieron tiempo para ello, por lo que rogó á san Policarpo que lo hiciera por él. Desde Troade pasó á Napoli en Macedonia y desde allí á Filippos; obligáronle á atravesar á pié la Macedonia y el Epiro, y reembarcándose luego en Epidauro en Dalmacia, pasó por las cercanías de Reggio y llegó á la vista de Pouzzole. Al distinguir esta última ciudad donde san Pablo habia desembarcado, pidió permiso para bajar á tierra, á fin de seguir las huellas del grande Apóstol; mas una ráfaga de viento lanzó el buque en alta mar, y vióse obligado el Santo á pasar adelante, contentándose con tributar grandes alabanzas á la caridad de los fieles de aquella ciudad.

«Finalmente, dicen los autores de sus actas, el viento se declaró «en favor nuestro, y llegamos en veinte y cuatro horas á la embo-«cadura del Tíber, que es el puerto de los romanos, y al paso que «estábamos todos penetrados de dolor al pensar que íbamos á ser «separados de nuestro querido maestro; él, por el contrario, se ale-«graba por ver ya cercano el término de su carrera.

«Apenas saltamos en tierra, cuando los soldados se apresuraron á «hacernos tomar el camino de Roma, porque los juegos tocaban ya «á su fin; y como se hubiese propalado la noticia de que Ignacio

«debia llegar de un momento á otro, le salieron al encuentro los «hermanos de Roma. Todos manifestaban en su rostro la congoja de «su corazon, no exenta sin embargo de alegría por ver entre ellos «á aquel grande hombre, á quien habian sido elegidos para acom- «pañar. Algunos de los mas ardientes empezaron á decir entre sí que «era preciso calmar al pueblo y apagar la sed que de su sangre te- «nia; mas habiendo el espíritu de Dios revelado al santo Obispo el «proyecto que contra él se tramaba, se detuvo, y despues de salu- «dar á cuantos le rodeaban, de pedirles y de darles la paz, les su- «plicó, con mas fuerza aun de lo que lo hiciera en su epístola, que «no se opusiesen á su felicidad. Todos se rindieron á sus deseos, é «hincándose de rodillas, elevó el Santo la voz para rogar al Hijo de «Dios que tuviese piedad de la Iglesia, que pusiese fin á la perse- «cucion, y que conservase la caridad entre los fieles.

«Terminada esta oracion, fue cogido brutalmente por los guar- «dias y conducido al anfiteatro en el momento en que los juegos ter- «minaban; era el 20 de diciembre, uno de aquellos dias solemnes «que la supersticion romana habia consagrado bajo el nombre de «fiestas *sigilarias.*»

Roma entera habia acudido al anfiteatro, y así que el prefecto hubo leido la carta que le entregaron los soldados de parte del Emperador, fue el Santo bajado á la arena. Al oir el venerable anciano los rugidos de los leones, exclamó: «Yo soy trigo de Dios, y es pre- «ciso que sea molido por los dientes de las fieras, para que me con- «vierta en el pan de Jesucristo;» y apenas hubo dicho estas palabras, cuando dos leones se arrojaron sobre él, devorándole en un instante, sin dejar otra cosa de su cuerpo que sus huesos mas gruesos y duros. Así quedaron cumplidos los votos que dirigiera á Dios.

La antigua Roma bebió con avidez la sangre del Mártir, y abandonando las gradas del anfiteatro, desapareció en sus lugares de disolucion.

«Al ver tan triste espectáculo, continúan los compañeros de Igna- «cio, nuestras lágrimas caian en abundancia; pasamos toda la no- «che velando, llorando y rogando al Señor que nos consolase de «aquella muerte, dándonos una prueba cierta de la gloria que la «habia seguido. El Señor nos oyó, pues habiendo el sueño rendido «á algunos de nosotros, vieron á Ignacio rodeado de inefable gloria,

«y hemos relatado fielmente cuanto sucedió en su martirio, hemos «indicado el lugar, el dia y las circunstancias, á fin de que poda-«mos reunirnos todos los años para cantar la victoria de Jesucristo, «el cual combatió y venció al demonio por medio de su ilustre y ge-«neroso atleta.

«Recogimos con respeto los huesos del Santo, y conducidos en «triunfo á Antioquía fueron guardados como un inestimable tesoro; «de modo que todas las ciudades que se hallaron entre Roma y An-«tioquía recibieron dos veces la bendicion de Ignacio; pues á la ida «acudian á su paso, y á nuestro regreso se agrupaban al rededor «de sus preciosas reliquias como un enjambre de abejas al rededor «de una colmena [1].» Mas tarde las reliquias de san Ignacio fueron trasladadas á Roma y colocadas en la venerable basílica de San Clemente, á algunos pasos del Coliseo, donde descansan todavía.

El brazo de Dios no tardó en herir al perseguidor del nombre cristiano: Trajano, decrépito antes de tiempo, mas por su infame libertinaje que por sus fatigas, murió miserablemente en Selinunta á principios de agosto del año 117 de Jesucristo. Su historia fue escrita por muchos autores; mas excepto algunos fragmentos sueltos y sin órden, nada ha quedado de ella, como si la Providencia hubiese querido sepultar en el olvido las acciones de Trajano, por los inmoderados deseos que este Emperador abrigaba de llenar con su nombre todo el mundo.

El Gentilismo, vencido en la persecucion de Trajano, no tardó en levantarse mas y mas furioso para trabar de nuevo la lucha: Adriano quiso imitar á su antecesor en su odio contra los Cristianos, así como le imitaba en sus depravadas costumbres. En verdad que es una grande gloria para la Religion el no haber tenido y el no tener aun por enemigos sino á hombres degradados por las mas viles pasiones; envanezcámonos de ello, pues es la mas irresistible prueba de su verdad y de su santidad.

Á su crueldad natural [2] unia Adriano un espíritu supersticioso hasta el exceso: cuidaba de todos los sacrificios que se verificaban en Roma; ejerció por sí mismo el cargo de sumo pontífice, y fue sacrificador del templo de Eleusina. Habiendo pasado un invierno en Atenas y héchose iniciar en todos los misterios de la Grecia, permi-

[1] *Bibliot. select. Patr.* t. II.

[2] Véase Spartian. 2.

tió á los gentiles perseguir á los Cristianos, persecucion que, segun san Jerónimo, fue muy sangrienta [1].

Entre las primeras y mas ilustres víctimas cuéntanse san Eustaquio, su esposa Teopista y sus hijos quemados vivos dentro un toro de bronce. Ocupa el segundo lugar santa Sinforosa, cuyo martirio sucedio de esta manera: En el año 121, dos años despues de su advenimiento al Imperio, Adriano elevó cerca de Tibur, en el dia Tívoli, un magnífico palacio, cuya dedicacion quiso llevar á cabo con todas las ceremonias usadas por los gentiles en tales circunstancias; ofrecio sacrificios y consultó á sus dioses acerca de la duracion de tan soberbio edificio; mas en vez de la lisonjera contestacion que aguardaba, recibió la siguiente: «Príncipe, no nos es dable satis«facer vuestra curiosidad, hasta tanto que hayais hecho cesar el in«sulto que nos prodiga una viuda cristiana invocando su Dios en «nuestra presencia: llámase Sinforosa y es madre de siete hijos; ha«ced que nos ofrezca incienso, y contestarémos á vuestras preguntas.»

Sinforosa vivia en Tibur con sus siete hijos, y empleaba sus rentas, que eran muchas, en aliviar á los pobres, y sobre todo á los cristianos que sufrian por la fe: Adriano dió órden de apoderarse de la santa viuda y de sus hijos, y de conducirlos á su presencia; en un principio, ocultando su indignacion bajo una dulzura aparente, solo empleó palabras de cariño para excitarles á sacrificar á los dioses; mas Sinforosa, animada del espíritu de Dios, contestóle en su nombre y en el de sus hijos: «Príncipe, he tenido por marido y por «cuñado á dos oficiales de vuestros ejércitos [2]; ambos tuvieron el «honor de mandar vuestros soldados; eran tribunos; ambos dieron «su vida por Jesucristo, prefiriendo sufrir mil tormentos antes que «quemar un grano de incienso ante los ídolos que adorais; los dos «murieron despues de haber vencido á los demonios, mas ahora vi«ven en el cielo, coronados de honor y de gloria.»

El Emperador, con el rostro alterado, le dijo con tono severo: «Sacrifica al momento, ó te sacrifico á tí y á tus siete hijos á nues«tros poderosos dioses.

SINFOROSA. «¡Oh Dios mio! ¿seré tan feliz que sea inmolada ocho «veces?

[1] *In Catalog.* Orosio, Mamachi, Baronio, el padre de la *Historia eclesiástica*, le colocan entre los diez grandes perseguidores de la Iglesia.
[2] Getulio y Amacio.

Adriano. «Lo repito, te sacrificaré á nuestros dioses.

Sinforosa. «Vuestros dioses no pueden recibirme en sacrificio; «no soy una víctima para ellos; y si mandais que sea quemada en «nombre de Jesucristo, mi muerte aumentará los tormentos que «vuestros demonios sufren en las llamas.

Adriano. «Elige: ó sacrificio, ó muerte.

Sinforosa. «Sin duda pretendeis asustarme; no, vuestras ame«nazas no lograrán vencerme; deseo reunirme con mi esposo á «quien hicisteis morir por el nombre de Jesucristo. ¿Qué esperais? «héme aquí pronta á morir, pues adoro al mismo Dios.»

El tirano mandó que se condujese á Sinforosa al templo de Hércules, que le magullasen el rostro á puñetazos y que la suspendiesen por los cabellos; y como permaneciese firme en medio de sus tormentos, la hizo arrojar al rio [1], con una gruesa piedra atada al cuello. Preciso era que aquel Tibur y aquel Teverone, testigos de tanto y tan desenfrenado libertinaje, fuesen purificados con el suplicio y la sangre de nuestros Mártires. Eugenio, padre de Sinforosa, uno de los principales del Consejo de Tibur, recogió su cuerpo y lo enterró en el camino, cerca de la ciudad.

Al dia siguiente mandó Adriano que compareciesen á su presencia los siete hijos de Sinforosa, empleando el nuevo Antíoco toda clase de exhortaciones, de promesas y de amenazas para decidirles á sacrificar á los dioses; hasta que viendo que todo era inútil, dispuso que al rededor del templo de Hércules se plantasen siete estacas, á las cuales fueron sujetados con poleas. El cruel Emperador tomó placer en variar sus tormentos: á Crescencio, el mayor, le atravesaron la garganta con una espada; el segundo, llamado Julian, recibió una puñalada en el pecho; á Nemesio le atravesaron el corazon con una lanza; Primitivo fue herido en el estómago; á Justino le rompieron los riñones; á Stacteo le abrieron los costados, y Eugenio, el mas jóven de todos, fue abierto de arriba abajo.

Un dia despues de la muerte de los bienaventurados hermanos Adriano fué al templo de Hercules, hizo abrir un profundo hoyo, y mandó que fuesen arrojados á el los cuerpos de los Mártires. Su sangre apagó el fuego de la persecucion, el cual no se encendió de nuevo hasta pasados diez y ocho meses, cuyo tiempo de paz emplearon los Cristianos en tributar á las reliquias de los Mártires el honor que

[1] El Teverone.

les es debido : elevároseles sepulcros en diferentes partes del mundo ; sus nombres fueron grabados en los monumentos ; mas lo están en el libro de vida con caractéres de luz, que el tiempo no podrá apagar jamás [1].

Tal era la vida de nuestros antepasados en aquellos dias tan tristes y hermosos á la vez : luchar, sepultar sus muertos, y orar juntos al rededor de sus sepulcros preparándose para nuevos combates. Déspues de una tregua de diez y ocho meses encendióse de nuevo la guerra, que no terminó hasta poco antes de la muerte de Adriano ; en esta nueva persecucion murieron san Hermes, prefecto de Roma, y el papa san Alejandro.

Llegado era el tiempo en que la verdad, defendida hasta entonces con la sangre y las animosas palabras de los Mártires, debia ser públicamente vengada, y para ello Dios le dió elocuentes apologistas. Quadrato y Arístides fueron los primeros que llevaron hasta el pié del trono la justificacion de los Cristianos ; el primero, obispo de Atenas, presentó por sí mismo su apología al emperador Adriano ; este precioso monumento se ha perdido. El segundo era igualmente ateniense, en cuya ciudad ejercia la profesion de filósofo ; convertido al Cristianismo, quiso extender sus conquistas, escribiendo sobre su doctrina, y presentó su apología al mismo Emperador. Adriano se dejó persuadir por la elocuencia de los dos abogados del Cristianismo, y mandó cesar la persecucion.

Sin embargo este Emperador, manchado con la sangre de los Cristianos, debia servir á la gloria de Jesucristo, convirtiéndose en un nuevo monumento de su justicia ; á sus pasados crímenes añadió nuevos ultrajes contra el cielo, y se atrevió á hacer ostentacion de su infame libertinaje, construyendo una ciudad que debia recordar su memoria. En el mismo lugar en que resucitara el Salvador, colocó una estatua de Júpiter, y una de Vénus en el Calvario ; en Belen hizo plantar un bosque en honor de una divinidad no menos infame, y le consagró la gruta en que nació Jesucristo. Tantos sacrilegios colmaron la medida de sus iniquidades.

Presa de una sombría melancolía, Adriano se hizo cruel como nunca, y á fines de su reinado mandó dar muerte sin motivo alguno á muchas personas distinguidas. Atacado de una hidropesía en aquel mismo palacio de Tibur, donde habia condenado á santa Sinforosa

[1] P. Ruinart, t. I, pág. 126.

y á sus hijos, entregóse á la mas violenta desesperacion; varias veces pidió á gritos un veneno ó una espada para quitarse la vida, llegando á ofrecer dinero y á prometer la impunidad á los que quisiesen prestarle aquel pretendido servicio; mas nadie aceptó sus ofrecimientos. El tirano se lamentaba noche y dia de no poder hallar la muerte, él que la habia dado á tantos otros, y por fin se la dió él mismo en Baies, en el año 138 de Jesucristo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las gloriosas victorias que habeis conseguido sobre el demonio, en la persona de san Ignacio y de santa Sinforosa; hacednos partícipes de aquella caridad que ardia en sus corazones, mas fuerte que la misma muerte.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero vivir como si me hallase en el mundo solo con Dios.*

LECCION XII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II).

Quinta persecucion, bajo el imperio de Antonino; retrato de este Príncipe. — Martirio de santa Felicia, romana, y de sus siete hijos; apología de san Justino. — Juicio de Dios sobre los romanos. — Sexta persecucion, bajo el imperio de Marco Aurelio; retrato de este Príncipe; martirios de san Justino y de san Policarpo.

La sangrienta espada de la persecucion, envainada durante los últimos años del imperio de Adriano, no tardó en ser blandida por su sucesor Antonino. Lleno de entusiasmo el Senado por los actos con que dió principio á su reinado, le confirió el título de *Pio*, y si bien sus virtudes humanas podian granjearlo á los ojos de los gentiles, sus costumbres disolutas no podian menos de hacer de él un perseguidor de la religion cristiana. No solo sufria con extremada indiferencia el desenfrenado libertinaje de su esposa Faustina, sino que quiso en cierto modo inmortalizarla; y despues de la muerte de aquella disoluta princesa, mandó tributarle los honores divinos y le consagró un templo que subsiste aun. Entregado él mismo á los mas vergonzosos desórdenes, era esclavo de las mas viles criaturas, las cuales tenian tanto ascendiente en su alma, que disponian á su placer de los honores y cargos del Imperio, frecuentemente en favor de los mas indignos [1]; añádase á esto que este Príncipe tenia tanta devocion á sus ídolos, que les ofrecia sin cesar sacrificios, lo que hacia siempre por sí mismo, á menos de hallarse enfermo.

Sin embargo la historia no refiere que Antonino diese nuevos edictos contra los Cristianos: príncipe débil y disoluto, permitió que fuesen inmolados en su nombre en virtud de los edictos anteriores, siendo tal el furor de los gentiles, que ni las mas ocultas cavernas ni los antros mas oscuros podian servir de asilo á nuestros abuelos, y que acriminaban á los parientes y á los amigos los deberes que la natu-

[1] Véase Jul. Capitol.

raleza ó la amistad les imponian para con las víctimas de la persecucion [1].

Entre los Mártires que sellaron entonces nuestra fe con su sangre debemos enumerar á una ilustre señora romana, llamada Felicia, tan distinguida por su virtud como por su cuna. Esta señora tenia siete hijos, á quienes educaba en el temor de Dios y en la práctica de todas las virtudes cristianas; desde la muerte de su esposo sirvió á Dios en la continencia, no se ocupó mas que en practicar buenas obras, tanto que sus ejemplos y los de su familia arrancaron á muchos gentiles de sus supersticiones.

Furiosos los sacerdotes de los falsos dioses por las pérdidas que su religion experimentaba, elevaron sus quejas al Emperador. «Príncipe, le dijeron, creemos de nuestro deber advertiros que hay en «Roma una viuda perteneciente á la secta enemiga de nuestros dio-«ses, que no cesa de ultrajarles é irritarles contra vos y contra el «Imperio. Sus siete hijos la secundan en su impiedad, quienes, cris-«tianos como su madre, hacen como ella sacrílegos votos, y harán «á nuestros dioses implacables si vuestra piedad no trata de apaci-«guarlos, obligando á esa familia impía á rendirles el culto que les «es debido.»

Antonino, muy supersticioso, como ya hemos dicho, contestó favorablemente á los sacerdotes, y mandó á Publio, prefecto de Roma, que valiéndose de todos los medios obligase á Felicia y á sus hijos á sacrificar á los dioses. Estos sucesos acontecieron en el año 150 de Jesucristo. Obedeció el Prefecto las órdenes del Emperador, y queriendo usar primeramente de dulzura, rogó cortesmente á Felicia que tuviese á bien ir á su casa, lo que verificó la Santa acompañada de sus hijos. Sigamos ante el juez á esa madre tan digna de serlo, y sírvannos de modelo su noble conducta y la de sus gloriosos hijos. Publio llamó aparte á Felicia, y despues de emplear todos los medios de la persuasion para determinarla á sacrificar á los ídolos, añadió que en caso de negarse á ello se veria obligado á recurrir á medidas de rigor.

«No espereis, Publio, contestó la Santa con tanta firmeza como «modestia, que Felicia olvide jamás lo que debe á su Dios; ni vues-«tras amenazas me espantan, ni vuestras razones me convencen, ni

[1] Mamachi, t. II, pág. 258; *Roma subterránea*, lib. III, c. 22; y nuestra *Historia de las Catacumbas; catacumba de San Calixto.*

«vuestros halagos me conmueven. En mi seno traigo á ese Dios to-«dopoderoso, siento que me da fortaleza, y no permitirá que su sier-«va sea vencida, puesto que no combate sino por su gloria.—Misera-«ble, replicó el Prefecto; si tantos encantos tiene la muerte para tí, «muere; pero ¿qué furor te impulsa á quitar la vida á tus hijos, «despues de habérsela dado?—Mis hijos, repuso Felicia, vivirán «eternamente en Jesucristo si le son fieles, mientras que si sacrifican «á los ídolos deben esperar suplicios que no acabarán nunca.»

Al dia siguiente, Publio sentóse en su tribunal en el Campo de Marte, hizo venir á su presencia á Felicia y á sus hijos, y dirigiéndose á la madre, le dijo: «Apiadaos de vuestros hijos, que se hallan «en la flor de su edad, y que pueden aspirar á los primeros cargos «del Imperio.—Vuestra piedad, contestó la Santa, es una verdadera «impiedad, y la compasion á que me exhortais tiende á convertirme «en la mas cruel de las madres.» Volviéndose luego hácia sus hijos, les dijo: «¿Veis ese cielo tan hermoso y elevado? Allí os espera Je-«sucristo para coronaros; persistid en su amor, y combatid por la «salvacion de vuestras almas.»

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando Publio mandó abofetearla, exclamando con voz terrible: «¿Cómo te atreves en mi «presencia á inspirarles semejantes sentimientos é inducirles á des-«preciar así los mandatos de nuestros Emperadores?»

Sin embargo, resolvió probar un último esfuerzo, antes de enviarlos al martirio, consistente en tratar de vencerlos uno á uno por medio de las promesas junto con las amenazas. Januario, el mayor de los hermanos y el primero introducido, le contestó: «Lo que me «aconsejais es contrario á la razon, y espero de la bondad de Jesu-«cristo nuestro Señor, que me preserve de tal impiedad.» El Prefecto mandó que le azotasen cruelmente, despues de lo que le envió á la cárcel. Félix fue introducido acto continuo; é instado para que sacrificase, contestó: «Solo sacrificamos á un Dios, y jamás olvida-«rémos el amor que á Jesucristo debemos. Emplead cuantos artifi-«cios os sugiera vuestra refinada crueldad, que no por esto nos ar-«rebataréis nuestra fe.»

Despues de Félix, compareció Felipe, á quien Publio dijo: «Nues-«tro invencible Emperador os manda sacrificar á los dioses todopo-«derosos.—Aquellos á quienes pretendeis que sacrifique, contestó «Felipe, no son ni dioses ni todopoderosos; no son mas que ídolos

«vanos que sirven de asilo á los demonios.» Publio, trémulo de ira, mandó á Felipe que se apartase de su vista, y Silvano ocupó el lugar de su hermano; el Prefecto le dijo: «Á lo que veo obrais «de acuerdo con la mas perversa de las mujeres; una madre desna-«turalizada os pierde con sus consejos, inspirándoos la rebelion y la «impiedad; temed el que caiga tambien sobre vosotros el castigo que «la espera.» Silvano contestó: «Si fuésemos bastante débiles para «dejarnos conmover por el temor de una muerte que solo dura un «momento, seríamos presa de una muerte que jamás tendrá fin. El «que desprecie vuestros ídolos para servir únicamente al verdadero «Dios, vivirá con él durante toda una eternidad; mientras que el «abominable culto de los demonios os precipitará al fuego eterno á «vosotros y á vuestros dioses.»

Impacientado el Prefecto al escuchar tan prudentes palabras, mandó retirar al jóven Mártir; y presentóse Alejandro: «Jóven, le dijo «Publio, tu suerte se halla en mis manos; ten compasion de tí mis-«mo, salva una vida que empieza todavía; sacrifica, y merezcas así «la proteccion de los dioses y el favor del César. — El Señor á quien «sirvo es mas poderoso que el César, contestó Alejandro, y se llama Je-«sucristo; Señor á quien confieso de palabra, á quien llevo en mi co-«razon, á quien adoro incesantemente. Mi edad, que tan tierna os «parece, estará adornada de todas las virtudes si permanezco fiel á «mi Dios; y en cuanto á vuestros ídolos, ¡ojalá perezcan junto con to-«dos los que los adoran!» Introducido luego Vital, díjole Publio: «Vos, hijo mio, no venís, como vuestros hermanos, á buscar lo-«camente la muerte, pues conozco que teneis bastante juicio para «preferir una vida feliz á una muerte infame.» Vital le respondió: «Publio, decís bien, amo la vida, y para gozar mas largo tiempo de «ella adoro á un solo Dios, y tengo en horror al demonio.»

Finalmente, habiendo mandado Publio comparecer al hermano menor, llamado Marcial, le dijo: «Vuestros infelices hermanos me «dan compasion; ¿acaso seguiréis vos su ejemplo, y despreciaréis «las órdenes de nuestros Príncipes?—¡Ah Publio! contestó Marcial, «¡si supiéseis los espantosos tormentos que están preparados en los «infiernos á los que adoran los demonios! Ó reconoced que Jesu-«cristo es el único Dios á quien debe reconocer el universo, ó tem-«blad á la idea de los eternos castigos que os esperan.»

Terminado el interrogatorio los santos Mártires sufrieron todos la

pena de azotes, y fueron conducidos á la cárcel. Publio, desesperando de vencer su firmeza, remitió todo el procedimiento al Emperador.

Despues de leidos los interrogatorios, mandó Antonino que los confesores fuesen enviados á diferentes jueces y condenados á diversos suplicios: Januario fue azotado, hasta que espiró, con látigos de plomo; Félix y Felipe fueron muertos á golpes de maza; Silvano fue arrojado de cabeza abajo á un precipicio, y los mas jóvenes, Alejandro, Vital y Marcial, fueron decapitados, muriendo tambien Felicia de igual modo cuatro meses despues. Todos estos admirables Mártires de Jesucristo iban por distintos caminos á reunirse en el lugar donde aquel Juez les esperaba para dar á cada uno el premio que merecia su invencible constancia [1].

Sin embargo el Señor que velaba por su Iglesia le tenia preparado un defensor, y siendo las calumnias de los gentiles y de los judíos las que servian de pretexto á la persecucion, era preciso refutarlas y vengar la inocencia de nuestros abuelos. En aquel entonces dejóse oir una voz animosa, y fue la de san Justino.

Nacido en Sichem, antigua capital de Samaria, educado en el Gentilismo, Justino tuvo desde sus primeros años curiosidad de conocer las diferentes sectas de filosofía: dirigióse sucesivamente á los Estóicos, á los Pitagóricos, á los Académicos, mas en ninguno halló las luces que buscaba, hasta que paseándose cierto dia por las orillas del mar, vió, al volver la cabeza, á un anciano que le seguia de muy cerca; su majestuoso porte y la gravedad mezclada de dulzura que se observaba en toda la persona sorprendieron á Justino, y habiéndose trabado conversacion entre ambos, hablaron de la excelencia de la filosofía. El anciano convenció á Justino de que los mas célebres filósofos del Gentilismo se habian engañado, y que no habian conocido ni la Divinidad ni el alma humana. «¿A quién debo, «pues, dirigirme para descubrir la verdad?» preguntó Justino; y el anciano le habló de los Profetas y le indicó sus obras. «Vos, dijo «al concluir, orad ardientemente para que os sean abiertas las puer- «tas de la vida, pues las cosas de que acabo de hablaros son de tal «naturaleza que no podréis comprenderlas, á no ser que Dios y Je- «sucristo os las hagan inteligibles.» Dichas estas palabras el anciano se retiró, y Justino no le volvió á ver.

[1] P. Ruinart, lib. I. Véase tambien san Gregorio *in Cyclum pascal.*

Esta conversacion quedó grabada en la imaginacion del jóven filósofo, y le inspiró un grande aprecio por los Profetas. «En aquel «momento, dice él mismo, empecé á ser verdaderamente filósofo [1]. «Estudié los motivos de credibilidad del Cristianismo, y lo que sobre «todo determinó mi conversion, fue la admiracion secreta de que me «penetrara el invencible valor de los Cristianos en medio de los tor-«mentos, pues aunque no ignoraba los muchos crímenes de que el «odio público les acusaba, al verles arrostrar la muerte y cuanto «hay de mas terrible, comprendí la imposibilidad de que semejantes «hombres fuesen culpables de las abominaciones que se les echaban «en cara; pues ¿cómo se concibe que una persona ávida de place-«res reciba con alegría la muerte que le priva de cuanto le agrada y «le hace feliz en el mundo [2]?»

Poco despues de su conversion, que verificó á la edad de treinta años, Justino abandonó el Oriente para trasladarse á Roma. Su primera obra fue su *Discurso á los griegos,* con el cual se propuso el Santo convencer á los gentiles de la legitimidad de las razones que le habian impulsado á abrazar el Cristianismo; en seguida publicó su *Exhortacion á los griegos*, en la que se refutan los errores de la idolatría, y se prueba la vanidad de los filósofos gentiles.

No tardó en aparecer su célebre *Epístola á Diogneto*, hombre de gran consideracion y muy versado en la filosofía; habia sido preceptor de Marco Aurelio, el cual conservó hácia él tanto afecto como confianza. Sorprendido al ver la conducta de los Cristianos, deseaba saber lo que les inducia á despreciar el mundo y la muerte con todos sus horrores, y quién les comunicaba aquella mútua caridad, desconocida á los demás hombres, caridad tan poderosa, que parecia hacerles insensibles á los mas duros tratamientos. San Justino se encargó de darle las explicaciones que deseaba, y despues de haber demostrado la locura del Gentilismo y la imperfeccion de la ley judáica, pinta las virtudes practicadas por los Cristianos, y especialmente su humildad, su dulzura, su amor para con aquellos que sin motivo les odian. Añade que los tormentos solo servian para aumentar el número y perfeccionar la santidad de los fieles, siguiendo luego una explicacion clara y precisa de la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios y Criador de todas las cosas.

[1] *Dial. cum Tryph.* pag. 225.
[2] *Apol. I,* pag. 50.

San Justino vivió mucho tiempo en Roma, donde se aplicaba á instruir á los que acudian á su casa para consultarle ó para dedicarse á los ejercicios del Cristianismo. Al marchar de Roma se dirigió á Éfeso, en cuya ciudad halló á Trifon, el cual era un hábil filósofo y el judío mas famoso de su tiempo. Justino sostuvo con él una polémica en toda regla que duró dos dias enteros, celebrándose las conferencias delante de muchas personas; algun tiempo despues púsolas el Santo por escrito, y las dió á luz bajo el título de *Diálogo con Trifon*, obra que contiene las pruebas de la insuficiencia de la ley de Moisés, y de la divinidad del Cristianismo.

Sin embargo nada contribuyó tanto á la celebridad de san Justino como las dos apologías que compuso en favor de la religion cristiana; la primera y la de mas importancia fue dirigida al emperador Antonino Pio y á sus dos hijos adoptivos Marco Aurelio y Cómodo; jamás los Cristianos habian sido vengados con mas elocuencia de las innumerables calumnias con que trataban de mancharles los judíos y los gentiles. Esta primera apología produjo su efecto, pues Antonino envió un rescripto al Asia, prohibiendo molestar á los Cristianos [1].

Durante el reinado de ese Príncipe asolaron el Imperio infinitas calamidades, á fin de vengar la sangre inocente: como las provincias, mas que el mismo Emperador, habian sido las perseguidoras de la Iglesia, fueron castigadas aquellas, mientras que la venganza divina no cayó de un modo ejemplar sobre la cabeza del Emperador.

Muerto Antonino en el año 161 de Jesucristo, encendióse de nuevo la persecucion bajo el imperio de Marco Aurelio, su yerno y sucesor [2]. La historia entera de Marco Aurelio manifiesta un carácter falso, altivo, egoista y corrompido por sistema, añadiéndose á esto

[1] Eusebio, *Hist.* lib. IV, c. 73.

[2] Han incurrido en error los que han afirmado que Marco Aurelio no habia publicado edicto alguno de persecucion contra los Cristianos. En las actas de san Sinforiano, cuyo martirio segun todos los buenos críticos reconocen haber acontecido bajo el reinado de este Emperador, se dice que el juez leyó el siguiente decreto: «El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores y oficiales. «Hemos sabido que los que ahora se llaman cristianos violan las disposicio-«nes de las leyes; prendedles, y si no sacrifican á nuestros dioses, castigadles «con diferentes suplicios; de tal modo, sin embargo, que la justicia vaya unida «á la severidad y que el castigo cese cuando cese el delito.» (*Act. S. Symphor.*; P. Ruinart, 22 Aug.).

que el extravío de su juicio igualaba al de su corazon. Por supersticion y por filosofía fue enemigo de los Cristianos; viósele multiplicar los sacrificios é introducir religiones extrañas, desconocidas antes de los romanos. Hizo reiteradas instancias al Senado para obtener que se confiriesen los honores divinos á Adriano, cuyos vicios habian hecho su memoria infame, llevando su impiedad é impudencia hasta á colocar en el número de las diosas á la abominable Faustina, á la cual elevó un templo, y á obligar á los recien casados á ofrecerla un sacrificio [1]. Al morir su colega Lucio Vero, cuyo solo nombre inspiraba horror á los hombres de bien, obligó al Senado á honrar su memoria como la de un dios; tan cierto es que fuera del Cristianismo las virtudes mas bellas no son mas que apariencias engañosas.

Habiendo los bárbaros hecho algunas excursiones en las provincias del Imperio, el impío Marco Aurelio se vengó en los inocentes Cristianos, pues los gentiles tenian por sistema hacer responsables á nuestros virtuosos antepasados de todas las calamidades públicas y particulares. «Si el Tíber sale de madre, les decia Tertuliano, si el «Nilo no cubre los campos con sus aguas, si el cielo niega la lluvia, «si sobreviene un terremoto, una peste, un hambre, ¿qué haceis? «Correis á los baños, no abandonais vuestras orgías, sacrificais á «Júpiter, ordenais al pueblo mil supersticiosas ceremonias, buscais «el cielo en el Capitolio, y esperais á que la lluvia caiga de la bó«veda de vuestros templos, sin pensar en Dios, sin dirigirle vuestras «súplicas. Nosotros, extenuados por los ayunos y penitencias, puri«ficados por la continencia, apartando de nosotros todas las dulzuras «de la vida, debajo del sayo y la ceniza, desarmamos al cielo, con«seguimos su clemencia; mas cuando hemos obtenido perdon, se «dan las gracias á Júpiter. Vosotros sois, pues, los que constituís «una carga para la tierra, vosotros que, desconociendo al verdadero «Dios, os haceis continuamente culpables de los males que pesan so«bre el Imperio, y que con una injusticia sin ejemplo, al aspecto de

[1] **Faustina, hija de Antonino, sobrepujaba á su misma madre por la disolucion de sus costumbres y por su crapuloso libertinaje; cierto dia que alguno excitaba á Marco Aurelio para que la repudiase, contestó aquel ponderado filósofo: «No me parece mal; mas si dejamos la mujer, será preciso dejar tambien «la dote.» Esta dote era el Imperio.—Si uxorem dimittimus, reddamus et dotem. *(Jul. Capitol.* n. 19).**

«cualquier calamidad, gritais: ¡Los Cristianos al leon! ¡Qué! ¡por «un solo leon todo un pueblo de Cristianos [1]!»

San Justino, que veia mas que nunca encendido el fuego de la persecucion, compuso una segunda apología, dirigida al mismo Marco Aurelio y al Senado romano. «Creo, decia, que este escrito «me costará la vida;» y no se engañó. Preso junto con otros cristianos, el santo Apologista fue conducido ante Rústico, prefecto de Roma, el cual le dijo: «Obedece á los dioses, conformándote con los «edictos del Emperador.

Justino. «El que obedece á Jesucristo, nuestro Salvador, no pue«de ser condenado.

Rústico. «¿Qué ciencia profesas?

Justino. «Las he profesado todas; mas no habiendo podido en«contrar la verdad, profesé por fin la filosofía de los Cristianos, á «pesar de no ser del gusto de aquellos que aman el error.

Rústico. «¿Cómo, miserable, dices que profesas semejante doc«trina?

Justino. «En ella cifro mi gloria, pues me procura la dicha de «hallarme en el camino de la verdad.

Rústico. «¿Cuáles son los dogmas de los Cristianos?

Justino. «Los Cristianos creemos en un solo Dios, Criador de to«das las cosas visibles é invisibles, y en Jesucristo Señor nuestro, Hijo «de Dios, profetizado por los Profetas, autor y predicador de la sal«vacion, y juez de todos los hombres.

Rústico. «¿Dónde se reunen los Cristianos?

Justino. «Donde quieren y donde pueden.

Rústico. «Quiero saber dónde reunes tú tus discípulos.

Justino. «Hasta ahora he residido en los baños de Timoteo, en «el monte Viminal, cerca de la casa de un hombre llamado Martin; «y cuando alguno ha venido á encontrarme, le he enseñado la doc«trina de la verdad.

Rústico. «Con qué ¿eres cristiano?

Justino. «Sí, lo soy.»

El Juez dirigió igual pregunta á los demás acusados, los cuales contestaron todos con entereza: Somos cristianos; y volviéndose luego á Justino, le dijo: «Escucha, tú que presumes de orador y de

[1] *Apol.* c. 40 y 41.

«sábio; cuando te haya hecho destrozar el cuerpo á latigazos, des-«de la cabeza á los piés, ¿crees subir al cielo en tal estado?

JUSTINO. «Sí; si sufro el martirio que decís, espero recibir la re-«compensa que han recibido ya los que han observado los preceptos «de Jesucristo.

RÚSTICO. «¡Cómo! ¿imaginas acaso que te aguarda una recom-«pensa en el cielo?

JUSTINO. «No lo imagino, lo sé, sin que abrigue sobre ello nin-«gun género de duda.

RÚSTICO. «Dejemos esto, y vamos al hecho; reuníos todos y sa-«crificad á los dioses.

JUSTINO, *tomando la palabra por todos.* «Jamás hombre alguno «que tenga sentido comun abandonará la verdadera Religion para «correr tras la impiedad y el error.

RÚSTICO. «Si no obedeceis, preparaos para ser tratados sin mise-«ricordia.

JUSTINO. «Nuestro mas ardiente deseo es sufrir por Jesucristo. Se-«ñor nuestro; los tormentos adelantarán la hora de nuestra felicidad, «y nos inspirarán confianza para ir al tribunal donde deben presen-«tarse todos los hombres para ser juzgados.

TODOS. «Es inútil hacernos esperar mas tiempo; somos cristianos «y no sacrificarémos á los ídolos.»

El Prefecto, viéndoles firmes é inmutables, pronunció esta sentencia: «Mandamos que aquellos que no han querido sacrificar á los «dioses ni obedecer las órdenes del Emperador sean azotados y con-«ducidos al lugar del suplicio para ser decapitados.» Llegados á la plaza de las ejecuciones, los santos Mártires consumaron su sacrificio, alabando á Dios y confesando á Jesucristo hasta su último suspiro. Algunos cristianos se apoderaron en secreto de sus cuerpos y los enterraron honrosamente.

Por todas partes donde se presentaba el enemigo del Cristianismo, hallaba valerosos atletas que le cubrian de vergüenza y confusion. Trasladémonos á Esmirna, por donde pasamos ahora poco con el ínclito san Ignacio, cuando iba á triunfar del demonio en la misma capital del Imperio; allí vimos á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, besar con respeto las gloriosas cadenas del futuro Mártir; la hora ha llegado para él de seguir las sangrientas huellas de Ignacio, su ilustre condiscípulo.

Policarpo, convertido desde muy jóven al Cristianismo, tuvo la felicidad de hablar con los mismos Apóstoles, y de beber el espíritu del divino Maestro en sus instrucciones. San Juan Evangelista le ordenó obispo de Esmirna, y no tardó en ser el oráculo de las iglesias del Asia. Encendida la persecucion, fueron conducidos á Esmirna muchos cristianos para darles muerte; entre ellos se encontraba un jóven llamado Germánico, el cual se hizo notable entre todos; exhortado por el Procónsul en el mismo anfiteatro para que tuviese piedad de sí mismo y de sus pocos años, no le dió contestacion alguna, y lleno de una santa impaciencia corrió á entregarse á los mortíferos dientes de las fieras, á fin de abandonar cuanto antes un mundo impío: entonces el pueblo, irritado y sorprendido á un tiempo del heróico valor de Germánico y de sus compañeros, empezó á gritar unánimemente: ¡Mueran los impíos! ¡mueran los impíos! ¡busquemos á Policarpo!

San Policarpo no era capaz de temer la muerte; pero cediendo á los ruegos de sus amigos, se habia retirado al campo, en una casa poco distante de la ciudad, donde pasaba orando dia y noche. Descubierto en breve, Herodes, irenarco [1] de Esmirna, envió algunos jinetes durante la noche con órden de atacar la casa en que habitaba Policarpo; y si bien hubiera sido muy fácil al Santo salvarse, no quiso hacerlo, y se entregó él mismo en manos de los soldados, diciendo: Hágase la voluntad del Señor. Dióles además de comer y de beber tanto como quisieron, y solo les pidió algun tiempo para orar, lo que le fue concedido: de pié y con los ojos elevados al cielo oró por su rebaño y por todas las iglesias del mundo; su oracion duró mas de dos horas, y la hizo con tal fervor, que varios de los soldados se arrepentian de haber ido á prender á tan respetable anciano.

Finalmente, habiendo llegado para él el momento de entrar en la sangrienta carrera que debia conducirle á la gloria, le obligaron á montar en un asno, y le condujeron á la ciudad, encontrando á poco tiempo un carro en que iban el irenarco Herodes y su padre Nicetas: estos invitaron cortesmente á Policarpo á subir con ellos, y trataron de vencerle repitiéndole con frecuencia: ¿Qué mal hay en decir: Señor César, ó en sacrificar para salvar su vida? El Santo guardó silencio; mas tanto y tanto le instaron, que contestó: «Jamás ha-

[1] El irenarco era un magistrado encargado de mantener el órden y de hacer prender á los malhechores.

«ré lo que exigís de mí:» Al oir estas palabras le colmaron de injurias, y le precipitaron con tanta violencia del carro á puntapiés, que cayó y se rompió una pierna; no por esto se conmovió el santo anciano, sino que por el contrario continuó andando alegremente como si nada hubiese sufrido, y se dejó conducir al anfiteatro. Al entrar en él, oyóse una voz del cielo que decia: Policarpo, ten valor; voz que fue oida por todos los Cristianos que se hallaban presentes.

Conducido el santo Obispo ante el tribunal del Procónsul, este le dijo: «Jura por la fortuna de César, y eres libre: dirige injurias á tu «Cristo.

POLICARPO. «Ochenta y seis años ha que le sirvo, y jamás me ha «hecho mal alguno; al contrario, me ha colmado de favores: ¿có- «mo, pues, podria injuriar á mi Rey y Salvador?

EL PROCÓNSUL. «Da cuenta al pueblo de tu creencia.

POLICARPO. «Á vos, sí, os daré cuenta, pues la Religion nos man- «da mirar á los poderosos con el honor que les es debido, y que no «sea incompatible con lo que debemos á Dios; mas en cuanto á este «pueblo, no es mi juez, y no debo por consiguiente justificarme á «sus ojos.

EL PROCÓNSUL, *con tono severo.* «¿Sabes que tengo fieras y que «te lanzaré á ellas, si continúas de este modo?

POLICARPO. «Hacedlas venir; soy incapaz de cambiar de bien en «mal.

EL PROCÓNSUL. «Si no temes á las fieras, te mandaré arrojar á las «llamas.

POLICARPO. «El fuego con que me amenazais solo arde durante «algun tiempo; mas no conoceis el que el sumo Juez enciende para «consumir á los impíos; este no se apagará jamás. ¿Qué tardais? «haced de mí lo que gusteis.»

Al pronunciar el Santo estas últimas palabras, brilló en su rostro una luz divina; el mismo Procónsul quedó sorprendido, mas no por eso dejó de ordenar la última formalidad que se verificaba en los juicios criminales, consistente en hacer gritar tres veces por un heraldo y por todo el ámbito del anfiteatro: Policarpo persiste en confesar que es cristiano. Despues de este anuncio, la multitud compuesta de gentiles y de judíos no tuvo sino una voz para pedir su muerte, y gritaban confusamente: Es el padre de los Cristianos, el doctor del Asia, el destructor de nuestros dioses; oyéronse varios gritos

pidiendo que se soltase un leon, mas habiendo expuesto el magistrado que no podia mandarlo, porque habian ya terminado los combates de fieras, elevóse un unánime grito diciendo: Sea quemado vivo, y al mismo tiempo la feroz muchedumbre abandonó las gradas del anfiteatro, corrió á los baños, penetró en las tiendas, y apoderóse en tumulto de cuanto podia servirle para encender una hoguera, siendo los judíos los que con mayor celo cooperaban á esta obra de barbarie. Preparada ya la hoguera, Policarpo se despojó de su cinturon y de su túnica, y luego se inclinó para descalzarse, lo que no tenia por costumbre hacer, pues era tanta la veneracion con que los fieles le miraban, que todos se apresuraban á prestarle aquel servicio á fin de tener la dicha de tocarle.

Al ver que los verdugos se disponian para atarle al poste con cadenas de hierro, segun así era costumbre, les dijo: Esta precaucion es inútil; el que me comunica la gracia para sufrir el fuego, me dará tambien fuerza para permanecer firme en la hoguera. Contentáronse, pues, con sujetarle las manos á la espalda, y en este estado subió á la hoguera como á un altar, para ser allí ofrecido á Dios como una víctima escogida entre todo el rebaño; elevando entonces los ojos al cielo, pronunció estas palabras que fueron las últimas: Señor, Dios todopoderoso, Padre de Jesucristo, vuestro amado Hijo, por quien hemos recibido la gracia de conoceros; Dios de los Ángeles y de los Arcángeles, Rey soberano del cielo y de la tierra, y protector de toda la nacion de los justos que viven en vuestra presencia, gracias os doy, yo, el último de vuestros servidores, por haberme creido digno de acercar mis labios al cáliz en que Jesucristo quiso beber; recibidme hoy en vuestra presencia como á una víctima de agradable olor. Antes de que este dia concluya, veré el cumplimiento de vuestras promesas; por esto os alabo, os bendigo y os glorifico por medio del eterno Pontífice, Jesucristo vuestro querido Hijo, junto con el cual y con el Espíritu Santo seais glorificado ahora y siempre. Amen.

Apenas hubo terminado su oracion, cuando las llamas, saliendo de la hoguera en inmensos torbellinos, se elevaron hasta el cielo; mas Dios, que queria honrar á su servidor delante de los hombres, hizo un milagro cuya novedad sorprendió á cuantos lo presenciaron, quienes lo publicaron en seguida como un monumento del poder del Señor y de la santidad de su Ministro: los torbellinos de fuego for-

maron un arco extendiéndose á derecha é izquierda, representando una vela de un buque hinchada por el viento, y aquella ardiente bóveda suspendida en el aire cubria al santo Mártir, sin que ni una chispa prendiese en sus vestidos; su sagrado cuerpo permanecia en medio, como el oro ó la plata en medio de la hornaza, y exhalaba un olor semejante al de un delicioso perfume.

Admirados los perseguidores mandaron á un *confector* [1] que reconociese de mas cerca la verdad del prodigio, y despues que aquel hombre lo hubo referido, mandáronle hundir su puñal en el cuerpo del Santo; así lo hizo, y en el mismo momento quedó apagado el fuego, por la mucha sangre que manó de la herida. Así consumó su sacrificio Policarpo, obispo y doctor de la santa iglesia de Esmirna.

Los autores de sus actas añaden: «Retiramos sus restos, mas pre«ciosos que el oro y pedrerías, y los ocultamos en un lugar conve«niente, donde esperábamos, mediante la gracia de Dios, reunirnos «para celebrar el dia de su feliz *natalicio*. Os remitimos por medio de «nuestro hermano Martiniano, decian á los fieles de Filomelia, la «relacion exacta de cuanto ha sucedido en esta preciosa muerte; «comunicadlo á las demás iglesias, á fin de que el Señor sea bendito «en todas partes. Saludad á todos los Santos; los que se hallan aquí «os saludan; Evaristo, que nos ha escrito, os saluda tambien junto «con toda su familia.

«Nuestro padre sufrió el martirio en 25 de abril, á las dos de la «tarde; fue preso por Herodes, siendo procónsul Stacio Quadrato; «la presente ha sido copiada del escrito de Ireneo, discípulo de Po«licarpo. Demos mil acciones de gracias á Jesucristo, Señor nuestro, «á quien pertenece la gloria y el poder por toda la eternidad. Amen.»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber proporcionado tan ilustres testimonios de nuestra fe; hacednos la gracia de que la sostengamos valerosamente como san Justino, y de que amemos á Nuestro Señor como san Policarpo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer bien á los que me hagan mal.*

[1] Llamábanse *confectores* los encargados de rematar á las fieras y gladiadores que quedaban heridos en el Circo.

LECCION XIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II).

Milagro de la legion Fulminante.—Mártires de Lyon; san Pothin, santa Blandina, etc.—Martirio de san Sinforiano de Autun.

Mientras que Marco Aurelio perseguia á los Cristianos y enviaba á la muerte á sus súbditos mas fieles, los bárbaros formaban una nueva liga, que puso á la Europa á orillas del precipicio. No pudiendo el pueblo pagar nuevos impuestos, el Emperador dispuso la venta de los mas ricos muebles de su palacio, de las joyas, de las estatuas, de los cuadros, de sus vajillas de oro y plata, y hasta de los vestidos y perlas de la Emperatriz. Esta guerra fue mas larga y de un resultado mas dudoso que las anteriores, y lo que vamos á referir sucedió durante la misma, en ocasion que los quades, pueblo de la Germania, atrajeron al ejército romano á un país cerrado por espesos bosques y montañas, del cual era imposible salir: era en lo mas ardoroso del verano; el calor era insoportable, y no habiendo encontrado agua en aquellos lugares, el ejército iba á morir de sed. Dios, que quiere que todas las cosas contribuyan á la gloria de Jesucristo y al mayor aseguramiento de su eterno reinado. permitió este suceso á fin de procurar á su Iglesia un instante de reposo.

Es preciso saber que en el ejército romano habia gran número de soldados cristianos, naturales en su mayor parte de Melitene, ciudad de Armenia ó de las cercanías; todos ellos se hincaron de hinojos y dirigieron á Dios fervientes oraciones, cuando de repente encapotóse el cielo y una abundante lluvia cayó sobre el terreno que los romanos ocupaban; primeramente levantaron la cabeza para recibir el agua en su boca, tanto era lo que la sed les oprimia, y luego llenaron sus cascos, bebiendo abundantemente ellos y sus caballos. Los bárbaros creyeron este momento favorable para atacarles, mas armándose el cielo en favor de los romanos, hizo caer sobre sus enemigos una lluvia de espantoso granizo, mezclado con rayos, que

desbarató por completo sus batallones; este prodigio dió la victoria á los romanos, pues los bárbaros arrojaron sus armas, yendo á buscar un asilo en medio de sus enemigos, para ponerse al abrigo de los rayos que asolaban su campo.

Romanos y bárbaros, todos miraron como milagroso semejante acontecimiento, y las tropas cristianas que habian obtenido del cielo tan señalado favor fueron llamadas la *legion Fulminante*. El Emperador escribió su relacion al Senado, y para perpetuar la memoria del prodigio, fue representado en los bajos relieves de la coluna Antonina, erigida en aquel tiempo en Roma, y que subsiste aun. Entonces Marco Aurelio tomando para con los Cristianos disposiciones mas favorables, ordenó tratarles con menos rigor, y prohibió perseguirles á causa de su religion.

Sin embargo, apenas habian transcurrido tres años, cuando la persecucion se hizo mas violenta que nunca; esto era en el año 195 de Jesucristo, y la ciudad de Lyon fue su principal teatro. Los detalles de los gloriosos combates sostenidos por nuestros antepasados se encuentran en una admirable carta que los fieles de aquella ciudad escribieron á sus hermanos de Asia. Sus palabras respiran aun el espíritu de los bienaventurados Mártires; su sangre derramada por Jesucristo parece que hierve aun.

«Nuestras palabras, dicen los autores de la carta [1], no podrán jamás expresar todos los males que el ciego furor de los gentiles les «ha inspirado contra los Santos, ni cuanto ha hecho sufrir su cruel«dad á los bienaventurados Mártires. El enemigo despliega contra «nosotros toda su fuerza, y deja ver de antemano lo que debe es«perarse de su parte, cuando al fin del mundo le será permitido ata«car á la Iglesia. No contentos con arrojarnos de nuestras casas, «de los baños y de las plazas públicas, nos prohiben estar en todas «partes.

«Sin embargo, la gracia, superior á todas las potencias inferna«les, ha retirado á los débiles del peligro, y solo ha expuesto á los «valientes á los tiros de sus enemigos. Primeramente el pueblo se «precipitó contra ellos con ciega impetuosidad, viéndose en un ins«tante heridos, arrastrados por el suelo de las calles, atacados á pe«dradas, robados y encarcelados; pero pasado el primer ímpetu, se

[1] Créese que san Ireneo es su principal autor.

«procedió mas regularmente. El tribuno y los magistrados de la ciu-«dad mandaron que todos los Cristianos compareciesen en la plaza «pública, y habiendo sido interrogados delante del pueblo confesa-«ron gloriosamente su fe, despues de lo cual fueron llevados á los «calabozos hasta la llegada del gobernador. Llegado este, fueron «conducidos á su presencia, y aquel juez les trató con tanta cruel-«dad, que Epagatho, uno de los hermanos, pidió que se le permi-«tiese decir una palabra en favor de los Cristianos. Epagatho era un «jóven lleno de amor de Dios y del prójimo, y sus costumbres eran «tan puras, que aunque de edad muy poco avanzada, se le compa-«raba con el santo anciano Zacarías, padre del incomparable Juan «Bautista.

«El pueblo, que conocia su mérito, se opuso tumultuosamente á «la peticion que habia hecho, y el gobernador, tan determinado co-«mo interesado en no atenderla, le interrumpió de repente pregun-«tándole si era cristiano; Epagatho hizo sin titubear declaracion de «su fe, lo que le valió ser colocado entre los Mártires, dándole el «gobernador por burla el título de *abogado de los Cristianos*, con lo «que hizo sin pensarlo su elogio de una sola palabra.

«Este ejemplo alentó á los demás cristianos, muchos de los cua-«les, preparados á todo desde mucho tiempo, dijeron estar prontos «á morir; mas tambien los hubo, que no habiéndose ejercitado «en la lucha, dieron tristes muestras de debilidad: diez aposta-«taron, y su deplorable caida nos hizo derramar lágrimas. Todos «nos hallábamos consternados, no porque temiésemos los tormentos «ni la muerte, sino porque temíamos que sucumbiese alguno de los «nuestros; por fortuna la pérdida que acabábamos de experimentar «quedó con usura reparada por el gran número de generosos Már-«tires que cada dia entraban en las cárceles.

«Los gentiles nos acusaron de toda clase de crímenes, y aun los «que hasta entonces habian conservado algun resto de humanidad «temblaban de ira, y nos llenaban de maldiciones.»

El principal crímen que los gentiles echaban en cara á los cris-tianos de Lyon, y en general á todos los Cristianos, era el de comer entre sí la carne de un niño. No teniendo sino una idea vaga de la santa Eucaristía, en la que comemos realmente la carne del Salva-dor, los enemigos de nuestros antepasados les acusaban de una bar-barie que causa horror; sin embargo esta misma acusacion es una

prueba de la perpétua creencia en la presencia real de Jesucristo, Señor nuestro, en la Eucaristía.

«Los que sufrieron mas particularmente los efectos de la barba-«rie del gobernador, de los soldados y del pueblo, fueron el diá-«cono Sancto, natural de Viena; Maturo, el cual aunque neófito, se «manifestó lleno de fuerza y de ardor para el combate; Attale de «Pérgamo, el apoyo y floron de nuestra Iglesia, y finalmente una «esclava llamada Blandina, cuyo ilustre ejemplo ha demostrado que «las personas de mas vil condicion á los ojos del mundo son muchas «veces muy estimables delante de Dios por el ardiente amor que le «profesan. Blandina era de complexion tan débil que todos temblá-«bamos por ella; su señora sobre todo, que era tambien del número «de los Mártires, temia no tuviese ni la fuerza ni el valor suficiente «para confesar su fe; mas su gran corazon sostuvo tanto y tan bien «la debilidad de su cuerpo, que llegó á cansar á los verdugos que «la atormentaban desde que amaneció hasta la noche. Cada vez que «se le aplicaba un nuevo tormento, recobraba nuevas fuerzas pronun-«ciando el sagrado nombre de Jesucristo y exclamando: «Soy cristia-«na; entre nosotros no se cometen crímenes.» Estas palabras em-«botaban el aguijon del dolor, y le comunicaban una especie de in-«sensibilidad.

«El diácono Sancto sufrió igualmente los mas atroces tormentos «con una paciencia mas que humana; á todas las preguntas que «se le hacian, contestaba constantemente: Soy cristiano, lo que no «hacia sino aumentar el furor del gobernador y de sus sicarios. «Despues de todos los tormentos que puede imaginar la mas refi-«nada crueldad, le aplicaron planchas de cobre inflamadas en las «partes mas sensibles del cuerpo; pero el Mártir, sostenido por una «gracia poderosa, persistió siempre en la profesion de su fe. Duran-«te algunos dias le dejaron en reposo, mas no tardó en verse suje-«tado á una nueva prueba. Viendo los gentiles que se habia apode-«rado de su cuerpo una violenta inflamacion y que no podia sufrir «que nadie le tocase, pensaron que abriendo otra vez sus llagas lo-«grarian vencerle, ó que al menos espiraria entre sus manos, lo cual «sembraria el terror entre sus hermanos. Á pesar de todo, su espe-«ranza quedó frustrada, pues con indecible admiracion de los espec-«tadores, el cuerpo del Santo recobró de repente sus fuerzas y pudo «hacer uso de sus miembros, de modo que por un milagro de la gra-

«cia de Jesucristo los tormentos destinados para aumentar sus do-«lores le procuraron una curacion perfecta.

«El demonio creia poder estar seguro de Biblis, una mujer que «formaba parte de los diez que tuvieron la desgracia de renegar de «su fe, y quiso aumentar sus crímenes y su castigo, impulsándola á «calumniar á los Cristianos; lisonjeábase de que siendo de un ca-«rácter débil y tímido no podria resistir al tormento; mas el dolor «produjo en ella un efecto enteramente contrario. Biblis se despertó «como de un profundo sueño, y habiendo la angustia de un supli-«cio pasajero dirigido sus pensamientos hácia los eternos pesares del «infierno, exclamó: «¡Oh! cuán malos sois! ¿Cómo podeis acusar á «los Cristianos de comer la carne de un niño, ellos á quien ni si-«quiera es permitido tocar la sangre de los animales [1]?»

«No habiendo producido resultado alguno los tormentos que he-«mos enumerado, inventó el demonio uno de los mas crueles; en-«cerróse á los Mártires en un calabozo infecto y tenebroso, con los «piés sujetos en cepos de madera [2], abiertos hasta el quinto aguje-«ro. Este suplicio era tan horroroso, que muchos perdieron en él la «vida.

«En esto fue preso el bienaventurado Pothin, obispo de Lyon, an-«ciano venerable de mas de noventa años, y tan débil y achacoso «que apenas podia respirar; sin embargo, su ardiente ansia de mo-«rir por Jesucristo reanimó sus fuerzas y vigor. Conducido al tribu-«nal en brazos de los soldados, seguíanle los magistrados y el pue-«blo cubriéndole de injurias, como si hubiese sido el mismo Cristo, «hácia el cual sienten tanto horror. El gobernador le preguntó quién «era el Dios de los Cristianos; y para prevenir las blasfemias que «preveia, el santo anciano le contestó: «Si os haceis digno de él, no «tardaréis en conocerle.» Mas apenas hubo pronunciado estas pala-«bras, cuando el pueblo se arrojó sobre él con toda la impetuosidad «de animales feroces; los que se hallaban mas cerca de él le ataca-«ron á puñetazos y á puntapiés, sin tener respeto á sus años; los

[1] Los Cristianos observaban aun la ley dada sobre esto por los Apóstoles. (*Act.* xv, 20).

[2] El cepo, en latin *nervus*, era una máquina de madera, con algunos agujeros de distancia en distancia; sujetos con ella los piés de los Mártires, se les separaban las piernas á veces hasta el cuarto y el quinto: como puede presumirse, este tormento era muy doloroso.

«que estaban mas léjos cogian cuanto les venia á la mano y lo lan«zaban contra él, hasta que por fin, no teniendo el santo Obispo mas «que un soplo de vida, fue sepultado en una estrecha cárcel, donde «murió dos dias despues.

« Transcurridos algunos dias, quísose terminar el martirio de nues«tros santos Confesores por diferentes géneros de muerte, y la Pro«videncia lo permitió á fin de que pudiesen ofrecer al Padre eterno «una corona agradable por estar compuesta de toda clase de flores. «Maturo, Sancto, Blandina y Attale fueron destinados al anfitea«tro, y señalóse un dia extraordinario para dar un espectáculo pú«blico de la crueldad pagana. Sancto y Maturo sufrieron otra vez «todos los tormentos que habian ya experimentado, añadiéndose «además los que improvisaba, por decirlo así, un pueblo inhuma«no, y que los verdugos realizaban inmediatamente. Despues de «azotados terriblemente, fueron lanzados á las fieras, las cuales les «arrastraron sin darles muerte por todo el circo; hasta que los es«pectadores pidieron unánimemente que se colocase á los Mártires «en una jaula de hierro candente; su carne quemada exhalaba un «olor insoportable á no ser para un pueblo que cifraba sus delicias «en los tormentos de los demás. De los labios de Sancto no salieron «otras palabras que estas: «Soy cristiano;» y habiendo luchado al«gun tiempo junto con Maturo, fueron ambos degollados: su muerte «terminó el espectáculo de aquel dia.

«Despues de ellos condujeron á Blandina, la cual fue atada á un «poste para ser devorada por las fieras; la Santa permaneció algun «tiempo expuesta á su furor sin que ninguna se le acercase, lo cual «obligó á sus verdugos á volverla á la cárcel, reservándola para otro «combate. Entonces se vió á una esclava humilde y débil desconcer«tar la malicia del infierno revistiéndose de Jesucristo, y merecer, «por su inalterable firmeza, elevarse á una gloria inmortal.

«En seguida introdujeron á Attale, y como era un hombre nota«ble y distinguido, el pueblo pidió á grandes voces que se le apli«case el tormento. Attale, que gozaba entre nosotros de grande con«sideracion, entró con magnánimo talante en el campo de batalla, «y le obligaron á dar una vuelta por el circo, llevando escrito con «grandes letras en su pecho: *Attale, cristiano.* El pueblo no cesaba «de pedir su muerte; mas habiendo sabido el gobernador que era «ciudadano romano, mandó volverle á la cárcel en compañía de otros

«Mártires, mientras que escribia á Marco Aurelio pidiéndole instruc-«ciones.

«Durante este intervalo de tiempo, los santos Mártires nos daban «el ejemplo de todas las virtudes: no nos cansábamos de admirar su «paciencia, su dulzura, la intrepidez con que hablaban á los genti-«les; á nadie acusaban, pero excusaban á todos; finalmente, seme-«jantes al primer Mártir de la Iglesia, oraban por sus perseguidores; «y sobre todo por los que habian tenido la desgracia de sucumbir, «teniendo nosotros el consuelo de ver á aquellos generosos peniten-«tes confesar á Jesucristo y colocarse voluntariamente en las filas de «los Mártires.

«Transcurrido poco tiempo se recibieron las órdenes del Empe-«rador, disponiendo que fuesen ejecutados sin pérdida de momento «cuantos persistiesen en su confesion, y que se diese libertad á los «que abjurasen el Cristianismo; y el gobernador con motivo de una «fiesta pública que habia atraido mucha gente á la ciudad, quiso «dar al pueblo el espectáculo del suplicio de los Mártires. Para ello «mandó que compareciesen de nuevo ante su tribunal, les examinó «otra vez, y viendo que permanecian firmes, condenó á los ciudadanos «romanos á ser decapitados, y á los demás á ser lanzados á las fieras.

«Alejandro, frigio de orígen y médico de profesion, se hallaba «presente cuando fueron conducidos delante del gobernador los que «habian sucumbido. Alejandro, varon de espíritu apostólico, vivia «desde muchos años en las Galias, donde habia adquirido una ve-«neracion universal por su amor á Dios y por la libertad con que «predicaba el Evangelio. Hallábase, pues, en el tribunal en aquel «crítico momento, y con la cabeza y con los ojos animaba á sus her-«manos á confesar á Jesucristo; su continua agitacion, mayor que la «de una mujer parturienta, no tardó en ser observada, é irritados los «gentiles por oir confesar la fe á aquellos mismos que poco antes la «habian renegado, hicieron recaer su ira sobre Alejandro, exclaman-«do que él era el autor de aquella mudanza. Al oir estas voces, el ma-«gistrado dirigiéndose á Alejandro le preguntó quién era y qué ha-«cia, á lo que contestó sin rodeos que era cristiano; su respuesta ir-«ritó de tal modo al gobernador, que sin mas informacion le condenó «á ser devorado por las fieras; al dia siguiente fue conducido al circo «junto con Attale, y ambos consumaron su sacrificio al filo de la es-«pada.

«Finalmente, al llegar el último dia de los juegos, condujeron al «anfiteatro á Blandina y á un jóven cristiano de quince años, llama-«do Pontico, los cuales habian debido asistir á la ejecucion de los «Mártires en los dias anteriores. Los gentiles quisieron obligarles á «jurar por los ídolos, y su negativa les inspiró tales transportes de «furor, que agotaron en ellos todos los géneros de tormento. Pon-«tico, alentado por su compañera, recorrió con alegría todos los gra-«dos del martirio, y terminó su vida con una gloriosa muerte, de «modo que Blandina quedó sola en la arena, cási cubierta con los «cuerpos de los Mártires y teñida con su gloriosa sangre; como una «madre llena de ternura para con sus hijos, habia exhortado á sus «hermanos á sufrir con resignacion, y les habia enviado delante de «ella al Rey del cielo, y pasando luego por iguales pruebas veia lle-«gar con placer el momento en que se reuniria con ellos en la glo-«ria. Despues de ser azotada, destrozada por las fieras y sentada «en una silla ardiente, la envolvieron en una red y soltaron contra «ella una vaca salvaje y furiosa, la cual la tiró al aire y la magulló «durante mucho tiempo, y por fin fue degollada. Los mismos genti-«les quedaron admirados á la vista de su paciencia y de su valor, «llegando á confesar que jamás habia habido entre ellos mujer que «hubiese sufrido tan extraña y larga série de martirios.»

Durante la persecucion de Marco Aurelio, Lyon contó hasta diez y nueve mil Mártires; y á la vista de tanta fe, de tanto fervor y valor de tantos santos Confesores de todas edades y condiciones, ¿qué dirémos de nuestra tibieza y de nuestra indiferencia?

Desde Esmirna, donde hemos asistido al triunfo de san Policarpo, hemos pasado á las Galias; Lyon nos ha detenido mucho tiempo, pues eran muchos los Mártires que debia ofrecernos; y esperando que nos manifieste otros, saludemos con una última mirada á esa Roma de las Galias, y pongámonos en camino para una ciudad vecina, en otro tiempo su rival: Autun va á ofrecernos su héroe.

Sinforiano, descendiente de una familia noble y cristiana, era la admiracion de sus conciudadanos por la extension de sus conocimientos y por sus bellas cualidades, hallándose en la flor de su edad cuando hizo el sacrificio de su vida: su padre llamábase Fausto, ilustre por sus abuelos, pero mas ilustre por sus hijos. Autun, ciudad antiquísima, era contada entre las poblaciones mas supersticio-

sas de las Galias, y en un dia señalado era paseada por sus calles y en un carro magnífico la estatua de Cibeles, llamada tambien la madre de los dioses y la buena diosa, concurriendo gran multitud de pueblo á aquella sacrílega ceremonia. Sinforiano, que en aquella ocasion no quiso adorar al ídolo, fue preso por el populacho y conducido delante de Heraclio, gobernador de la provincia, que se hallaba entonces en la ciudad, con objeto de juzgar á los Cristianos.

Heraclio sentóse en su tribunal y dijo á Sinforiano: «¿Cuál es tu «nombre y profesion?

Sinforiano. «Soy cristiano, y me llamo Sinforiano.

Heraclio. «¿Eres cristiano? ¿Sabes que es extraño que hayas lo-«grado evadirte hasta ahora de mi vista? Ya son muy pocos los que «en este país profesan semejantes ideas; pero díme, ¿por qué te has «negado á adorar á la buena diosa?

Sinforiano. «Ya os lo dije; porque soy cristiano, solo adoro al «verdadero Dios que está en el cielo, y me hallo tan poco dispuesto «á adorar á ese vano simulacro del demonio, que si me dais un mar-«tillo, voy ahora mismo á destruir vuestra diosa.

Heraclio. «Ese jóven no solamente es sacrílego, sino que reune «la rebelion á la impiedad. ¿Es de esta ciudad?

Un oficial contestó: «Sí, señor, es de esta ciudad y de una de sus «primeras familias.

Heraclio á Sinforiano. «¿Acaso es tu rango lo que te inspira tanto «orgullo? ¿Ignoras, por ventura, cuáles son las órdenes de nuestros «príncipes? Léanse.»

El escribano leyó lo siguiente: «El emperador Marco Aurelio á «todos los gobernadores, jueces y magistrados, presidentes y demás «oficiales generales de nuestro imperio: Habiendo sabido que cier-«tos hombres que se llaman cristianos, no titubean en violar las mas «santas leyes de la religion, es nuestra voluntad que se proceda «contra ellos con todo rigor, y os encargamos que al estar en vues-«tro poder los castigueis con diferentes suplicios, á menos que quie-«ran sacrificar á nuestros dioses.» Terminada la lectura, empezó de nuevo el interrogatorio.

Heraclio. «¿Qué dices á esto, Sinforiano? ¿Crees que tengo po-«der para contravenir á las expresas órdenes del Emperador? No «puedes negar que te has hecho culpable de dos crímenes, de sa-

«crilegio hácia los dioses, y de rebelion contra el César; obedece «pues, ó los dioses ultrajados y las leyes violadas piden tu sangre.

Sinforiano. «Estas amenazas no son mas que un artificio de que «se vale el demonio para engañar á los hombres. Nosotros tenemos «un Dios que castiga y que recompensa, y nada tengo que temer «mientras le permanezca fiel.»

Viendo Heraclio que no podia reducir al intrépido jóven, mandóle azotar cruelmente por sus lictores [1], y le envió á la cárcel. Dos dias despues Sinforiano compareció de nuevo delante del tribunal.

Heraclio. «Considera cuánto mas prudente serás en servir á los «dioses inmortales; si así lo haces te ofrezco una gratificacion del «tesoro público y un puesto honroso en el ejército. Voy á mandar «que adornen con flores el altar, y ofrecerás á los dioses el incienso «que les es debido.

Sinforiano. «Un magistrado, depositario de la autoridad del prín«cipe, y encargado de los negocios públicos, no debe perder el tiem«po en inútiles palabras.

Heraclio. «Sacrifica al menos á fin de gozar de los honores que «en la corte te esperan.

Sinforiano. «Un juez envilece su dignidad cuando se sirve del po«der que esta le da para tender lazos á la inocencia; en una copa «de oro me presentais un veneno, mas rehuso todas las gracias que «se me ofrecen, á no ser por la adorable mano de Jesucristo, el «único que puede conceder una felicidad duradera.

Heraclio. «Estás agotando mi paciencia. Sacrifica, ó haré rodar «tu cabeza á los piés de la buena diosa.

Sinforiano. «Temo al Dios todopoderoso que me ha dado el ser «y la vida, y solo á él adoro; mi cuerpo está en vuestro poder, el «cual no durará mucho; mas mi alma es independiente de vos y de «vuestro tribunal.»

El Mártir fue interrumpido por el juez, quien no pudiendo contener su ira, pronunció desordenadamente la siguiente sentencia: «Declaramos á Sinforiano culpable del crímen de lesa majestad di«vina y humana, ya por haberse negado á sacrificar á los dioses, ya «por haber hablado de ellos con poco respeto; en reparacion de lo

[1] Llamábanse *lictores* los que llevaban delante de los magistrados romanos la segur y los haces.

«cual, le condenamos á morir al filo de la espada vengadora de los «dioses y de las leyes.»

El Santo oyó pronunciar su sentencia con alegría, y al ser conducido al suplicio, su madre, venerable por su edad y por su virtud, le exhortaba desde el muro de la ciudad á morir como un verdadero soldado de Jesucristo: «Hijo mio, le gritaba, Sinforiano hijo «mio, acuérdate del Dios vivo; hijo mio, ten valor, mira el cielo y «considera al que allí reina; no temas una muerte que te guia á la «vida eterna.»

Fuera de la ciudad y cerca de una fuente que mana todavía, fue decapitado el santo Mártir; su sacrificio aconteció en el año 180 de Jesucristo.

El tirano, por cuya órden habian sufrido tan crueles tormentos Sinforiano y tantos otros Mártires, murió en aquel mismo año; Dios le hirió léjos de sus amigos y parientes, cuando apenas contaba cincuenta y nueve años, cumpliéndose así aquellas palabras de la Escritura: «Los hombres malos y sanguinarios no verán la mitad de «sus dias.» Al verificarse su muerte, el Imperio romano, ebrio de sangre, cubierto desde los piés á la cabeza con la lepra del crímen, y amenazado por todas partes por las hordas del Norte, se hallaba ya conmovido en sus cimientos; la mano del Todopoderoso no tardó en reducirlo á polvo.

Á Marco Aurelio sucedió el infame Cómodo; bajo este Emperador, nuestros asuntos, dice Eusebio, se mantuvieron en un estado bastante tranquilo, y gracias á la misericordia de Dios, la Iglesia gozó de profunda paz por toda la tierra; sin embargo en este intervalo de tiempo se cuentan muchos Mártires, entre otros san Apolonio, apologista de la Religion.

Durante los dos primeros siglos, la lucha de la sociedad antigua contra la nueva fue cási continua; mientras que las pasiones armadas perseguian á los Cristianos, los filósofos atacaban el Cristianismo y trataban de despresligiarlo á los ojos del pueblo, y finalmente gran número de herejes quisieron introducir la division en el rebaño. Á pesar de tantos obstáculos, el Cristianismo se estableció en todas las partes del mundo, en Roma, en Atenas, en Alejandría, en las Galias: el inmenso triunfo del Evangelio está atestiguado por todos los autores cristianos y por los mismos gentiles [1], y los Cristia-

[1] Epístola de Plinio; Luciano, *Dial. Peregr.*

nos, de que se encontraba atestado el Imperio, no eran hombres crédulos ni ávidos de novedades, ni un populacho vil, supersticioso y estúpido; eran personas de todos estados y condiciones, cuyo ingenio hacia temblar á los impostores que intentaban seducir al pueblo[1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido la Religion á pesar de todos los obstáculos, y por habernos manifestado con ello que es obra vuestra; dadnos la fe de los Mártires, á fin de que como ellos resistamos á todos los enemigos de nuestra salvacion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero repetirme con frecuencia como los Mártires: Soy cristiano.*

[1] S. Iust. I *Apol.* c. 25.

LECCION XIV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

Bosquejo del siglo III. — Tertuliano. — Orígenes. — Séptima persecucion bajo Septimio Severo; retrato de este Príncipe; martirio de santa Perpétua y de santa Felicia.

Al empezar el siglo III, el demonio que veia su imperio desmoronarse por todos lados, y elevarse sobre sus ruinas el reinado de la verdad y de la justicia, reunió todas sus fuerzas para dar un gran golpe y ahogar á la nueva sociedad. Junto á los procónsules precedidos de la espada marcha un ejército de filósofos, de impostores, de mágicos, de herejes, de apóstoles de todos los errores y de todos los vicios; la naciente Iglesia es atacada por todas partes, y no sabe, por decirlo así, dónde atender. Sin embargo, Dios está con ella, y sostenida por su omnipotente brazo, su querida Esposa hace frente á todo: á los verdugos opone sus Mártires; á los filósofos y á los herejes, sus apologistas; á los hechizos, verdaderos milagros; á los vicios de toda clase, todas las virtudes. La lucha empieza; los edictos de proscripcion, las calumnias, las injurias, llueven sobre la Iglesia como espeso granizo: recojámonos, pues, en nosotros mismos, y hagamos que nuestro corazon tome parte en el combate.

En aquel momento aparecieron dos hombres destinados para sostener todo el choque del enemigo; véseles ya ante los tribunales donde eran juzgados los Cristianos, ya en las academias de los filósofos, ó en las asambleas de los herejes, defendiendo con energía la inocencia de sus hermanos, y pulverizando el error; aquellos dos hombres eran Tertuliano y Orígenes.

El primero habia nacido en Cartago en el año 160, y fue hijo de un centurion de las tropas proconsulares de África. El valor de los Mártires abrió sus ojos sobre la falsedad del Gentilismo, y se hizo cristiano; y honrado poco despues con el sacerdocio á causa de sus virtudes y de su ciencia, partió de Cartago para Roma. En esta última ciudad publicó, á lo que se cree, su *Apologético para los Cris-*

tianos, durante la persecucucion del emperador Severo, hácia el año 202, libro que debe contarse en primer lugar entre las obras maestras que nos ha legado la antigüedad cristiana, y que extendió la reputacion de su autor tan léjos como la misma Iglesia, es decir, hasta los extremos del universo [1]. La pluma de Tertuliano es semejante al rayo; brilla, truena, derriba, y solo deja ruinas en los lugares donde toca; su crítica es mas que la luz que ilumina, es la llama que devora.

Su *Apologético,* la mas lata y famosa apología de los Cristianos, hirió al Gentilismo con un golpe de muerte.

Tertuliano empieza justificando á los Cristianos de las acusaciones que se les dirigian calumniosamente, y manifiesta que es la mayor de las injusticias castigarles no mas que por su nombre; viene en seguida la refutacion de la idolatría, y entonces debe oírsele herir con su terrible maza y con repetidos golpes el ruinoso edificio del Gentilismo, demolerle hasta en sus cimientos que deja en descubierto, y entregar al ridículo sus dioses y sus adoradores. Á la refutacion de la idolatría sucedé la exposicion de la religion cristiana y de los males de nuestros antepasados; en esta parte hace brillar con todo su esplendor la sumision de los Cristianos á los Emperadores, el amor que profesaban á sus enemigos, la caridad que entre sí les unia, el horror que hácia el vicio sentian, la firmeza con que sufrian los tormentos y la muerte por la causa de la virtud.

Los idólatras les llamaban por irrision *sarmentianos* ó *semaxianos,* porque eran atados á troncos de árboles ó á haces de leña antes de lanzarlos á las llamas; Tertuliano les contesta en estos términos: «El «estado á que se nos reduce para quemarnos, es nuestro mas bello «adorno; aquellas son nuestras túnicas triunfales, bordadas con ra«mas de palma, en señal de victoria. ¿Quién ha examinado jamás «nuestra Religion sin abrazarla?... Y ¿quién la ha abrazado jamás «sin estar pronto á sufrir por ella?... Cuando nos condenais os da«mos gracias, porque sabemos que media una distancia infinita en«tre el juicio de Dios y el de los hombres; cuando nos condenais, «Dios nos absuelve.»

Despues de humillar á los gentiles, el vigoroso atleta se dirige á los herejes; armado de su irresistible lógica, confunde con un solo argumento á todas las herejías pasadas, presentes y futuras; este ar-

[1] Eusebio, lib. II, c. 2.

gumento, el de la prescripcion [1], es el siguiente: *La verdadera Iglesia es la que sin interrupcion se remonta hasta á Jesucristo; la Iglesia católica es la única que se remonta sin interrupcion hasta á Jesucristo; luego la Iglesia católica es la verdadera.* En su consecuencia, Tertuliano, dirigiéndose á los novadores, les dice: «¿Quién sois? ¿de «dónde venís? aparecísteis ayer, acabais de nacer; anteayer nadie «os conocia. Al primer paso os salgo al encuentro, os dice la Iglesia «católica. Yo existia antes que vosotros; yo me remonto hasta á Je«sucristo; yo he transmitido al universo sus lecciones y las de los «Apóstoles. Vosotros que nacísteis ayer, ¿qué haceis en mi casa, no «siendo de los mios? ¿Con qué título, Marcion, cortais mi bosque? «¿Quién os ha permitido, Valentin, desviar mis canales? ¿Quién os «ha autorizado, Apeles [2], para alterar mis límites? ¿Cómo os atre«veis á pensar y á vivir aquí á discrecion, aquí, que es mi casa? Hace «largo tiempo que la poseo, mi posesion data de antes que la vues«tra; desciende de los antiguos poseedores, y pruebo mi descenden«cia con títulos auténticos [3]; estos títulos son la no interrumpida su«cesion de nuestros Obispos desde los Apóstoles, y la uniformidad «de su doctrina con la doctrina apostólica.»

Tertuliano hizo uso de igual argumento contra los herejes particulares, que luego refutó, tales como Marcion, Valentin, Apeles y Hermógenes.

Despues de haber prestado tantos y tan buenos servicios á la Iglesia hasta á mediados de su vida, es decir, hasta la edad de cuarenta años y aun mas, Tertuliano incurrió en el error. Su caida debe hacernos temblar, porque si son derribados los cedros del Líbano, ¿qué será de las frágiles cañas? Sin embargo, aquel suceso nada quita al mérito de sus anteriores escritos, siendo preciso pensar de él lo que de un sábio que se volviese loco; esto es, que su locura no inutiliza

[1] La palabra prescripcion es, como nadie ignora, una voz sacada de la jurisprudencia, y significa una excepcion perentoria que el demandado opone al demandante para que se desestime su demanda, por haber transcurrido el tiempo hábil para interponerla, sin entrar en el fondo de la cuestion ni en los otros medios de defensa que quizás tenga.

[2] Nombres de diferentes herejes de aquel tiempo.

[3] Mea est possessio, olim possideo, prior possideo, habeo origines firmas, ab ipsis auctoribus quorum fuit res. Ego sum haeres Apostolorum. Sicut caverunt testamento suo, sicut fidei commiserunt, sicut adiuraverunt, ita teneo. (C. 27).

lo que hubiese hecho antes, en cabal salud, para el adelanto de las ciencias [1].

[1] Además del *Apologético* y de las *Prescripciones*, Tertuliano compuso antes de su caida las siguientes obras :

1.° Sus dos libros *contra los gentiles*. En el primero refuta las calumnias que los idólatras dirigian á los Cristianos, y en el segundo ataca el culto de los falsos dioses;

2.° El libro *contra los judíos*, en el cual se propuso Tertuliano manifestar el triunfo conseguido por la fe sobre los judíos, pueblo ciego y duro que parecia sordo á todos los razonamientos ;

3.° El libro *contra Hermógenes*. Hermógenes, filósofo estóico, propaló en África una nueva herejía, que consistia en sostener que la materia es eterna. Tertuliano la refuta;

4.° El libro *contra los Valentinianos*. Tertuliano trata de ridiculizar mas que de refutar sériamente las extravagantes opiniones de aquellos herejes;

5.° El tratado *de la Penitencia*. En la primera parte trata Tertuliano del arrepentimiento de los pecados cometidos antes del Bautismo, y en la segunda del arrepentimiento de los pecados cometidos despues de la regeneracion. Tertuliano enseña que la Iglesia tiene poder para perdonar todos los pecados;

6.° El libro *de la Oracion*, que contiene dos partes : en la primera explica la Oracion dominical; y en la segunda trata de varias ceremonias que se observaban en la Oracion;

7.° La *exhortacion á la penitencia*. Los motivos de esta virtud están explicados en esta obra con gran copia de elocuencia;

8.° La *exhortacion al martirio*, obra que conmueve y arrebata;

9.° El libro *del Bautismo*. En la primera parte prueba Tertuliano su necesidad, y trata en la segunda de diferentes puntos de disciplina relativos á dicho Sacramento;

10. Los dos libros *á su Esposa*, compuestos por Tertuliano antes de su ordenacion; en el primero exhorta á su esposa á no contraer segundas nupcias en caso de sobrevivirle, y en el segundo reconoce que es permitido contraerlas, terminando con una bella descripcion del matrimonio cristiano;

11. El libro *de los Espectáculos*. Tertuliano demuestra que son una ocasion de impureza y de muchos vicios;

12. El libro *de la Idolatría*; en él se halla la decision de muchos casos de conciencia relativamente al culto de los falsos dioses;

13. Los dos libros *de los adornos ó vestidos de las mujeres*. Recomiéndase la modestia en los trajes, y se prohibe severamente el uso de pintarse el rostro;

14. El libro *de la necesidad de velar á las vírgenes*. Tertuliano enseña que las jóvenes deben cubrirse el rostro en la iglesia;

15. El libro *del Testimonio del alma*. El objeto del autor es manifestar que no hay mas que un Dios, por el testimonio del alma de cada hombre;

16. El libro titulado *Scorpiaco*, escrito para librar á los fieles del veneno de los escorpiones ó gnósticos;

17. La *Exhortacion á la castidad;* con esta obra trató Tertuliano de disua-

Mientras que Tertuliano sostenia la causa del Cristianismo en Occidente, el célebre Orígenes la defendia en Oriente. Este grande hombre, hijo del santo mártir Leonidas, nació en Alejandría en el año 185; dotado del genio mas vasto que haya podido tener jamás hombre alguno, Orígenes atacó de frente todas las ciencias; á los diez y ocho años fue encargado de la escuela catequística de Alejandría, destinada para iniciar á los catecúmenos en las verdades de la fe. La superioridad de Orígenes le granjeó el respeto y la admiracion universal; de todas partes acudian gentes á consultarle, y no tardó en verse al frente de un gran número de discípulos. De su escuela salieron muchos doctores y presbíteros que fueron por su ciencia otras tantas antorchas de la Iglesia, ó por su martirio otros tantos atletas de Jesucristo. Su amor por la pobreza igualaba á su celo por el estudio; andaba siempre con los piés desnudos, y se abstenia del uso de la carne, permitiéndose únicamente un poco de vino, y esto por la extremada debilidad de su estómago; acostábase de continuo en el duro suelo, y sus ayunos y velas eran infinitos.

Este fue el modo como Jesucristo preparó al valiente atleta que debia defender á su Iglesia; Orígenes no tardó en entrar en la liza. Celso, filósofo epicúreo, no contento con acumular contra los Cristianos y contra sus dogmas todas las calumnias y sutilezas inventadas por los judíos y los idólatras, habia añadido otras nuevas, de tal modo que nada nuevo dejó que decir á cuantos enemigos de la Religion han nacido despues de él; en la fecundidad de su talento, ejercitado en las polémicas, hallaba un sinnúmero de objeciones que sabia hacer plausibles y presentar bajo un aspecto seductor; á esto unia aquel estilo resuelto y tono decisivo que imponen siempre á la multitud, y el talento de zaherir con arte y de ridiculizar á sus adversarios.

Tal era el hombre contra quien debia combatir Orígenes; este le

dir á una viuda de pasar á segundas nupcias, que reconoce sin embargo ser permitidas.

Despues de su caida, Tertuliano escribió: 1.° Cinco libros *contra Marcion*; 2.° el *Tratado del alma de Jesucristo*; 3.° *de la Resurreccion de la carne*; 4.° *de la Corona del soldado*; 5.° la *Apología del manto filosófico*, es decir, del traje de los filósofos que muchos vestian y que no habian creido deber abandonar despues de su conversion; 6.° el libro á *Scapula*; 7.° los escritos contra Praxeas; 8.° los libros *de la Castidad*; 9.° *de la Fuga en las persecuciones*, *del ayuno y de la monogamia*.

ataca con la superioridad de fuerzas que dan, en una buena causa sobre todo, un vasto genio, una erudicion inmensa, un juicio sólido, y un espíritu justo y consecuente; síguele paso á paso, y pone de manifiesto los verdaderos principios de sus extraviados argumentos, ya demostrando que altera los hechos, ya aclarando lo que adrede habia oscurecido. Pasa en seguida á establecer la verdad del Cristianismo por la evidencia del hecho que resulta de las pruebas históricas, lo cual hace decir á san Jerónimo, que se halla en la obra de Orígenes con que refutar todas las objeciones que se han hecho y podrán hacerse contra la Religion [1].

Como Tertuliano, Orígenes tuvo la desgracia de sostener doctrinas erróneas; sin embargo parece que jamás fue obstinado en sus sentimientos [2].

La Providencia, que opusiera en el momento preciso los apologistas de la verdad á los campeones del error, sostenia con igual ventaja la guerra que los tiranos armados con la espada hacian al Cristianismo; los Mártires acudian en tropel ante los tribunales, y su sangre, su constancia y su virtud sin mancilla contestaban á todo. Desde el año 200, el emperador Septimio Severo habia renovado los edictos de persecucion; su crueldad le hacia digno de un lugar entre los tiranos. Á algunas buenas cualidades unia este Príncipe los vicios que hacen á un hombre detestable; era embaucador, solapado, embustero, pérfido, perjuro, avaro, egoista, colérico y cruel. Puesto el Imperio á pública subasta por los pretorianos, fue comprado por Didio Juliano; mas Severo, gobernador entonces de la Iliria, hizo rebelar sus tropas, entró en Roma, se desembarazó de sus competidores, mandó dar muerte ó marchar al destierro á muchos senadores, cuyos bienes confiscó, y pasando luego á las Galias, derrotó á Albino, gobernador de la Gran Bretaña; Severo miró por largo tiempo el cadáver de su enemigo extendido en el campo de batalla, y lo hizo pisar por su caballo; el uso que hizo de su victoria manifiesta que era indigno de vencer. Poco despues mandó dar muerte á la esposa é hijos de Albino, y arrojar sus cuerpos al Tíber; y habiendo leido los papeles de aquel desgraciado, envió al suplicio

[1] **Epist. *ad Mag.*; Eusebio, lib. I *adv. Hieroclem.***

[2] **Sus obras mas célebres, además de la *Refutacion de Celso*, son sus *Hexaplas*, ó la Biblia en seis colunas, los Comentarios sobre la Escritura, y el libro *del Martirio* dirigido á los cristianos encarcelados por el nombre de Jesucristo.**

á cuantas personas habian abrazado su partido, quedando envueltos en esta sentencia los primeros personajes de Roma y muchas señoras de distincion.

Bajo un príncipe semejante, no debia tardar en correr á rios la sangre cristiana; todas las iglesias del mundo tuvieron sus Mártires, apareciendo en primer lugar dos heroínas para siempre célebres en los fastos de la Religion, santa Perpétua y santa Felicia. Perpétua escribió ella misma la historia de su martirio, y aquí sobre todo conviene que nos recojamos en nosotros mismos para escuchar la relacion escrita en una cárcel, en la víspera de marchar á la muerte.

El dia 7 de marzo del año 203, el procónsul Firminiano [1] hizo prender en Cartago á cinco jóvenes catecúmenos: Revocato y Felicia, de condicion servil, y Saturnino, Secundulo y Vibia Perpétua. Felicia se hallaba entonces en cinta de siete meses, y Perpétua alimentaba en su seno á su hijo; esta última contaba la edad de veinte y dos años, descendia de una familia muy distinguida, y estaba casada con un hombre de calidad; sus padres vivian todavía. Habia tenido tres hermanos, el primero de los cuales llamado Dinocrato murió al contar siete años; su padre, que era muy anciano y adicto al Gentilismo, amaba á Perpétua mas que á sus demás hijos, y en cuanto á su madre, es de creer que fuese cristiana, lo mismo que uno de sus hermanos; el otro era solo catecúmeno. Saturo, que segun todas las apariencias era hermano de Saturnino, y que habia instruido á nuestros santos Mártires, se dejó voluntariamente encarcelar para no separarse de ellos. Presos aquellos generosos soldados de Jesucristo, custodiáronlos durante algunos dias en una casa particular, empezando allí los ataques que debieron sostener por parte de la naturaleza y del infierno. Oigamos á la misma santa Perpétua:

«Nos hallábamos todavía, dice, con nuestros perseguidores, cuan«do mi padre impulsado por su amor vino á hacer nuevos esfuer«zos para vencer mi constancia: «Padre, le dije, este vaso de tierra «que aquí veis ¿puede cambiar de nombre?—Seguramente que «no, me contestó.—Pues del mismo modo, repliqué, no puedo ser «otra cosa de lo que soy, es decir cristiana.» Al oir esta palabra pre«cipitóse mi padre sobre mí como para arrancarme los ojos; mas se

[1] El procónsul era un magistrado que Roma enviaba á una provincia para mandar en ella con toda la autoridad que los cónsules tenian en Roma.

«contentó con maltratarme, retirándose en seguida, confuso por no «haber podido vencer mi resolucion con todos los artificios que el «demonio le habia sugerido. Pasaron algunos dias sin que le vol- «viese á ver, de lo cual dí gracias á Dios, y su ausencia me alivió; «aprovechamos este intervalo para recibir el Bautismo, y al salir del «agua, el Espíritu Santo me inspiró no pedir otra cosa que la pa- «ciencia en los tormentos.

«Pocos dias despues nos condujeron á la cárcel, cuya vista me «aterrorizó, pues no tenia idea de semejantes tinieblas [1]. Aquel dia «sufrimos mucho, ya por el ardor con que la muchedumbre acudia «á nuestro paso, ya por la insolencia de los soldados que nos cus- «todiaban: lo que causaba mi mayor pena era el no tener á mi hijo; «mas los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asis- «tian, obtuvieron, á fuerza de dinero, que nos dejasen durante al- «gunas horas en un sitio donde pudiésemos respirar. Mientras que «cada uno cuidaba de lo que mas le interesaba, trajéronme á mi hijo «y le dí el pecho; rogué tambien á mi madre que cuidase de él, y «procuré consolarla como tambien á mi hermano. Hallábame pene- «trada de dolor al considerar el que les causaba; mis angustias du- «rante algunos dias fueron muchas, mas habiendo logrado tener á «mi hijo conmigo, me encontré consolada y la cárcel me pareció una «residencia agradable; érame lo mismo estar allí que en otra parte.

«Cierto dia, mi hermano me dijo: «Hermana, sé que tienes mu- «cho valimiento cerca de Dios; ruégote, pues, le pidas que te ma- «nifieste con alguna vision si sufrirás el martirio, y luego me lo di- «rás.» Y como sabia que Dios me daba diariamente mil muestras de su «bondad, contestéle con confianza: «Mañana sabrás lo que deseas.» «Aquel mismo dia supliqué al Señor que me enviase una vision, y «hé aquí la que me envió:

«Ví una escalera de una altura prodigiosa que llegaba desde la «tierra al cielo, pero tan estrecha, que solo podia pasar por ella una «persona; sus dos lados estaban erizados de espadas, de lanzas, de «garfios y de cuchillos, de modo que cualquiera que hubiese subido «por ella con descuido y sin mirar siempre hácia arriba, debia precisa- «mente ser destrozado por aquellos instrumentos. Al pié de la esca-

[1] Las cárceles de los romanos eran espantosos calabozos donde no penetraba la luz sino por una estrecha abertura; véase la cárcel Mamertina en Roma y otras muchas en todos los antiguos anfiteatros.

«lera habia un dragon de desmesurado cuerpo que parecia pronto á «lanzarse sobre los que se presentasen para subir. El primero que «lo verificó fue Saturo, el cual no se hallaba con nosotros cuando «fuimos presos, sino que se entregó despues voluntariamente á los «perseguidores por causa nuestra: al llegar á lo alto de la escalera, «volvióse hácia mí y me dijo: «Perpétua, os espero; pero cuidad de «que el dragon no os muerda.» Mi contestacion fue: «En nombre de «Nuestro Señor Jesucristo no me hará daño alguno.» Entonces como «si le hubiese inspirado miedo levantó suavemente la cabeza, y co- «mo me hallase pronta á subir, me sirvió de primer escalon. Llega- «da á lo alto de la escalera, ví á un hombre de grande talla y de «blancos cabellos en traje de pastor; en aquel entonces estaba orde- «ñando sus ovejas y rodeábale una innumerable multitud de perso- «nas, vestidas tambien de blanco; llamóme por mi nombre y me «dijo: «Hija mia, sed bien venida,» dándome una especie de cuajo «hecho con la leche que sacaba; recibílo juntando las manos, lo co- «mí, y todos los que se hallaban presentes contestaron *Amen*. Sus «voces me despertaron, encontrando en mi boca cierta cosa muy dul- «ce, de lo que deducimos que sufriríamos la muerte. Esto hizo que «empezásemos á desprendernos de las cosas de la tierra, y á dirigir «todos nuestros pensamientos hácia la eternidad.

«Pasados algunos dias, y cuando se decia que íbamos á ser con- «ducidos al tribunal para sufrir un interrogatorio, ví entrar á mi pa- «dre en nuestro calabozo; el dolor habia impreso profundas huellas «en su rostro, y me dijo: Hija mia, apiádate de mis canas; ten com- «pasion de mí. Si soy digno de que me llames tu padre, si yo mis- «mo te he educado hasta la edad que ahora cuentas, si has tenido «siempre en mi corazon la preferencia sobre tus hermanos, no me «conviertas en el oprobio de los hombres! Mira á tus hermanos, mi- «ra á tu madre, mira á tu hijo, que no podrán vivir sin tí; aban- «dona ese loco orgullo que nos perderá á todos; pues ninguno de «nosotros se atreverá á presentarse en público, si eres condenada al «suplicio.»

«Al hablarme así, mi padre besaba mis manos, y arrojándose á «mis piés, bañado en lágrimas, me llamaba no su hija, sino *señora*. «Mi pena, al pensar que seria el único de mi familia que no se ale- «graria de mi martirio, era extrema; mas traté de consolarle, y le «dije: «No sucederá sino lo que Dios quiera; nuestra suerte está en

«sus manos y no en las nuestras.» Mi padre se retiró agobiado de «dolor.

«El dia siguiente mientras nos hallábamos comiendo, nos manda-«ron salir para ser interrogados : propalada la noticia por todos los «cuarteles de la ciudad, llenóse en un instante la sala de audiencia. «Hiciéronnos subir sobre un tablado donde el juez tenia un tribunal, «y nos hallamos en presencia de Hilario, intendente de la provincia, «el cual representaba al procónsul, muerto hacia poco. Todos cuan-«tos fueron interrogados antes que yo confesaron valerosamente á «Jesucristo, y al llegar mi vez, y cuando me preparaba para con-«testar, preséntase mi padre acompañado de mi hijo que un criado «llevaba en sus brazos; tomóme aparte, y empleó todos los medios «que el amor pudo sugerirle para enternecerme por la suerte de «aquella inocente criatura; el mismo Hilario unió sus ruegos á los «de mi padre, diciéndome : «¡ Cómo! ¿no podrán conmoveros ni las «canas de un padre á quien vais á hacer para siempre desgraciado, «ni la inocencia de este niño á quien dejais huérfano? ¡Sacrificad «únicamente por la prosperidad de los Emperadores! «No sacrificaré, «le contesté; é Hilario repuso : Con qué, sois cristiana? Sí, soy cris-«tiana, fue mi contestacion.»

«Mi padre, que permanecia delante del tribunal con la esperanza «de vencerme, recibió un golpe de vara de un ugier á quien Hila-«rio habia mandado que le hiciese retirar; aquel golpe resonó dolo-«rosamente en mi corazon, y sentí un gran pesar al ver á mi padre «tan maltratado en su vejez. El juez pronunció nuestra sentencia, «por la cual nos condenó á todos á ser lanzados á las fieras; al re-«gresar á la cárcel, transportados todos de alegría, rogué al diáco-«no Pomponio que pidiese mi hijo á mi padre, mas este no quiso «enviármelo.»

Es de presumir que Secundulo hubiese muerto en la cárcel antes del interrogatorio, pues nada se dice de él. Antes de pronunciar la sentencia, Hilario habia mandado azotar cruelmente á Saturo, á Saturnino y á Revocato, y abofetear á Perpétua y á Felicia, difiriendo el suplicio de los Mártires hasta la época de los juegos que debian darse con motivo de la fiesta de Geta, creado césar por el emperador Severo, su padre, cuando Caracalla fue proclamado augusto.

Santa Perpétua continúa su relacion : «Trasladados á la cárcel del

«Circo, fuimos todos encadenados hasta el dia en que debíamos ser «pasto de las fieras; sin embargo el oficial llamado Pudente, que «mandaba las guardias de la cárcel, viendo que Dios nos favorecia «con repetidos dones, concibió por nosotros una grande estimacion, «y permitió entrar libremente á los hermanos que venian á vernos, «ya para consolarnos, ya para recibir consuelo. Al acercarse el dia «señalado para el espectáculo, vino mi padre á visitarme; imposible «me seria dar una idea del estado de postracion en que se hallaba; «arrancábase la barba, revolcábase por el suelo, pegaba con el ros- «tro en las piedras, maldecia su vejez, y decia cosas capaces de con- «mover á todas las criaturas. Al verle en tal estado pensé morir de «dolor.» Aquí termina la relacion de santa Perpétua; lo que sigue fue escrito por un testigo ocular.

Como hemos dicho, Felicia se haltaba en cinta de siete meses, y viendo tan próximo el dia de los juegos, se hallaba muy afligida, creyendo que su martirio seria diferido, por no ser permitido ejecutar á las mujeres embarazadas antes de su alumbramiento. Los compañeros de su sacrificio sentian igualmente dejarla sola en el camino de su comun esperanza, así es que todos se pusieron en oracion, á fin de que pariese antes del dia del combate; al momento se sintió Felicia presa de los primeros dolores, y como la violencia del dolor le arrancase algunos gritos, díjole uno de los carceleros: «Si ahora te «quejas, ¿qué harás cuando seas lanzada á las fieras?—Ahora, con- «testó Felicia, soy yo la que sufro lo que sufro; pero allí habrá otro «en mí que sufrirá por mí, porque yo sufriré por él.» La niña que parió fue criada como á hija suya por una mujer cristiana.

El tribuno encargado de la custodia de los santos Mártires tratábales con extremado rigor, y Perpétua, cuyo animoso carácter en nada habia decaido, le dijo: «¿Cómo os atreveis á tratar con tanta «dureza á presos que pertenecen al César, y que están destinados á «combatir en el dia de su fiesta? ¿Por qué les negais los escasos go- «ces que pueden tener hasta entonces? ¿Acaso no se halla interesa- «do vuestro honor en que se nos veá sanos y robustos?» Avergonzado y confuso el tribuno, mandó que los Mártires fuesen tratados con algo mas de humanidad; los hermanos pudieron entrar en la cárcel y llevarles toda clase de refrescos, y el oficial Pudente, que se habia convertido, les prestaba secretamente cuantos favores y servicios dependian de él.

La víspera del combate se les dió, segun costumbre, la cena llamada *cena libre*, la cual se verificaba en público; nuestros Santos cambiaron en cuanto les fue posible aquella última comida en un banquete de caridad. La sala en que comian se hallaba atestada de pueblo, al cual los Mártires dirigian de cuando en cuando la palabra; ya le hablaban con entereza, amenazándole con la cólera de Dios, ya le revelaban la felicidad que sentian al morir por el nombre de Jesucristo; ya le echaban en cara su brutal curiosidad. «¿Acaso, les decia Saturo, no os bastará el dia de mañana para con«templarnos? Ahora fingís apiadaros de nosotros, y mañana aplau«diréis nuestra muerte. Mirad bien nuestros rostros, á fin de reco«nocernos en aquel dia terrible en que todos los hombres serán juz«gados.» Estas palabras, pronunciadas con la firmeza y seguridad que solo da la fe, introdujeron la admiracion en el alma de la mayor parte; unos se retiraron sobrecogidos de temor, muchos no se movieron con objeto de hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.

Finalmente llegó el dia que debia alumbrar el triunfo de nuestros animosos atletas; al hacerles salir de la cárcel para conducirles al anfiteatro, veíase pintada la alegría en sus rostros, y revelábase en sus palabras y en todas sus acciones. Perpétua marchaba la última; la tranquilidad de su alma se revelaba en su continente, y para ocultar á los espectadores la vivacidad de su mirada, tenia los ojos modestamente inclinados á la tierra. En cuanto á Felicia, le era imposible expresar el placer que sentia al poder seguir á los demás en su combate con las fieras. Al llegar á la puerta del Circo se les quiso obligar, segun costumbre, á vestir el traje de los que se presentaban en semejantes espectáculos: el de los hombres consistia en un manto rojo, insignia de los sacerdotes de Saturno; y el de las mujeres en una cinta al rededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Céres, mas los Mártires rechazaron aquellas libreas de la idolatría.

Perpétua cantaba, como segura ya de la victoria; Revocato, Saturnino y Saturo amenazaban al pueblo con los juicios de Dios, y al hallarse frente de la galería en que se hallaba Hilario, presidente de los juegos, le gritaron: «Vos nos juzgais en este mundo, pero «Dios os juzgará en el otro.» Irritado el pueblo al ver tanta osadía, pidió que fuesen azotados, lo cual llenó de gozo á los Santos por verse tratados como lo fue Jesucristo, su divino Maestro [1].

[1] *Pro ordine venatorum*, dicen las actas. Llamábase *venatores* á los que

El Dios de bondad que dijo : «Pedid y recibiréis,» oyó las súplicas de nuestros Mártires. Cierto dia que hablaban entre sí de los diferentes suplicios que se hacia sufrir á los Cristianos, deseaban unos morir de un modo, y otros de otro. Saturnino manifestó el deseo de ser expuesto á todas las fieras del anfiteatro, á fin de multiplicar sus victorias al multiplicar sus combates, y obtuvo en parte lo que deseaba, pues él y Revocato, despues de haber sido atacados por un leopardo, fueron arrastrados por un terrible oso hasta cerca del teatro, donde les dejó despedazados. Saturo, que nada temia tanto como ser atacado por un oso, y que hubiera deseado que un leopardo le hubiese quitado la vida de la primera dentellada, vió que soltaban contra él un jabalí; mas el animal se revolvió contra el picador que le conducia y le abrió el vientre con sus colmillos; luego volviendo á Saturo, se contentó con arrastrarle algunos pasos por la arena. Conducido luego cerca de un oso, no quiso este abandonar su jaula, de modo que Saturo salió del Circo sin haber recibido herida alguna.

Entonces fue cuando retirado en los pórticos del anfiteatro halló ocasion para hablar con Pudente, á quien exhortó á perseverar constantemente en la fe, diciéndole : «Ya veis que las fieras no me han «dañado, conforme yo deseaba y predecia; creed, pues, firmemente «en Jesucristo, mientras que yo vuelvo á la arena donde un leopar«do me quitará la vida á la primera dentellada.» Así sucedió en efecto: al terminar el espectáculo, un leopardo se le arrojó encima, y con una sola dentellada le abrió una larga herida, de la que salió la sangre á torrentes; al ver esto la multitud exclamó : «Héle aquí «bautizado una segunda vez,» mientras que el Mártir dirigiendo á Pudente sus últimas miradas, le dijo : «Adios, querido amigo; acor«daos de mi fe, y ojalá que mis sufrimientos, en vez de espantaros, «solo sirvan para afirmaros mas y mas en ella.» En seguida le pidió un anillo que llevaba en su dedo, y mojándolo en su sangre, se lo devolvió diciendo : «Recibidlo como una prenda de nuestra amistad; «llevadlo por amor de mí, y la sangre que lo enrojece os recuerde «siempre la que derramo ahora por Jesucristo.» Despues de esto el

se armaban para combatir á las fieras; poníanse en dos líneas teniendo un látigo en la mano, y á medida que pasaban por entre ellos los *bestiarii*, ó personas condenadas á las fieras, les descargaban cada uno un golpe. Los *bestiarii* eran despojados de sus vestidos al pasar por este género de suplicio.

santo Mártir fue trasladado al lugar donde eran rematados los que no habian muerto de sus heridas.

Mientras tanto, despechado el demonio viendo que el sexo mas débil iba á conseguir una señalada victoria, habia hecho de modo que contra la costumbre se destinase una vaca furiosa para combatir contra Perpétua y Felicia; así es que ambas Santas fueron desnudadas y envueltas en una red para ser expuestas á la fiera: á semejante espectáculo manifestó el pueblo su piedad y horror, viendo á la una tan delicada y á la otra recien parida; así es que las sacaron de la red y las cubrieron con una túnica flotante. La vaca precipitóse primeramente contra Perpétua, á la cual alzó sobre sus cuernos, dejándola luego caer de espaldas; la jóven, que observó que sus vestidos se habian desgarrado, los arregló prontamente, menos ocupada de sus dolores que de la ofensa que podia recibir la modestia; levantóse, y anudó sus cabellos que se le habian desprendido, á fin de no parecerse á las personas afligidas.

Viendo á Felicia que habia sido muy maltratada por la vaca y que se hallaba tendida en la arena, corrió hácia ella y le tendió la mano para que se levantase; ambas aguardaban un segundo ataque, mas habiéndose opuesto el pueblo á que continuase aquella lucha, fueron conducidas á la puerta *Sanavivaria*, que guiaba á la plaza pública [1]. Perpétua fue recibida en ella por un catecúmeno llamado Rústico, y entonces aquella mujer admirable, como despertándose de un profundo sueño, preguntó cuándo la expondrian á aquella vaca furiosa; refiriéronle lo que habia sucedido, y no quiso creerlo, hasta que hubo reconocido en su cuerpo y en sus vestidos las señales de lo que habia sufrido.

«¿Dónde se hallaba, pues, exclama san Agustin hablando de esta «circunstancia; dónde se hallaba cuando fue atacada y maltratada «por la fiera, sin sentir sus golpes, y cuando despues de tan rudo «combate preguntaba, cuándo debia empezar? ¿Qué miraba, para «no ver lo que todos veian? ¿Qué sentia, para permanecer insensi«ble á un dolor tan violento? ¿Qué amor, qué éxtasis, qué brebajo

[1] En los anfiteatros habia dos puertas, llamada la una *Sanavivaria* ó de la carne viva, por la cual salian los que no habian muerto en el combate; y la otra *Sandapilaria*, ó puerta de las mortajas, por la que sacaban los cadáveres de los que habian sucumbido.

«la habia transportado tan fuera de sí y tan divinamente embriaga-«do, para ser insensible en un cuerpo mortal?»

La Santa llamó á su hermano, y le dijo en presencia de Rústico: «Permaneced firmes en la fe; amaos los unos á los otros, y no os es-«candaliceis de nuestros sufrimientos.»

En el *Spoliarum* donde habia sido trasladado Saturo, preparábanse para degollar á los Mártires; aquel lugar, como ya hemos dicho, era el destinado para rematar á aquellos á quienes las fieras solo habian herido; sin embargo, para gozar hasta el fin de tan inhumano espectáculo, el pueblo pidió que fuesen todos muertos en medio del anfiteatro. Los Mártires se levantaron al momento, abrazáronse y sellaron su martirio con el santo ósculo de paz, y se dirigieron al Circo, donde recibieron todos el golpe de muerte sin hacer ni un movimiento ni dejar escapar la menor queja. Saturo fue el primero que recibió la inmarcesible palma, segun vision de santa Perpétua, cayendo por fin esta á los golpes de un desmañado gladiador; ella misma acompañó hasta su garganta la temblorosa mano del verdugo, y le indicó el punto en que debia herir.

Sus gloriosos cuerpos fueron recogidos por los fieles; en el siglo V se hallaban en la catedral de Cartago, y segun refiere san Agustin, su fiesta atraia mayor multitud de gentes para honrar su memoria, que el número de gentiles que la curiosidad atrajo á su martirio. Los nombres de santa Perpétua y de santa Felicia han sido insertados en el cánon de la misa. ¿Qué nombres mas hermosos podia la Iglesia nuestra madre consagrar á la inmortalidad? ¿Qué ejemplos mas edificantes podia proponer á las generaciones cristianas?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido testimonios de nuestra fe en todos los estados, en todos los países y en todas las condiciones, á fin de confundir la incredulidad y de ofrecer modelos á todos los Cristianos; hacednos la gracia de que imitemos á santa Perpétua y á santa Felicia en caridad y grandeza de alma.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero pensar diariamente en los juicios de Dios.*

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

San Ireneo. — San Ferreol y san Frejus. — Juicio de Dios sobre Septimio Severo. — Persecucion particular bajo Maximino; retrato de este Príncipe. — Juicio de Dios sobre él. — Octava persecucion general, en tiempo de Decio; retrato de este Príncipe; martirio de san Pionio, de san Cirilo y de santa Águeda. — Juicio de Dios sobre Decio. — Novena persecucion general, imperando Valerio; retrato de este Príncipe; martirio de san Lorenzo y de san Cipriano.

Mientras que Cartago recibia la doble gloria del nacimiento de Tertuliano y del martirio de santa Perpétua, Lyon adquiria un nuevo título á la inmortalidad: su obispo san Ireneo sellaba con su sangre la fe que defendiera contra los herejes [1]. En Besanzon dos de sus discípulos, Ferreol y Frejus, daban igual testimonio de la verdad evangélica, de la cual fueron los primeros apóstoles en aquella comarca

[1] La obra principal de san Ireneo es un *Tratado contra las herejías*, dirigido especialmente contra los Valentinianos.

En el libro primero, san Ireneo expone las utopias de los Valentinianos acerca de la genealogía de los treinta Eones; estos seres imaginarios eran divinidades inferiores que se decian producidas por el Dios eterno é invisible, llamado *Profundidad*, al cual se daba por esposa la *Idea*.

En el segundo enseña san Ireneo que solo Dios crió el universo, y refuta el sistema de los Eones.

En el tercero se queja de que los herejes al ser combatidos con la Escritura, eluden su autoridad, pretendiendo que la tradicion estaba por ellos; y de que atacados con la tradicion, la abandonaban apelando á la sola Escritura, siendo así que la Escritura y la tradicion proporcionaban invencibles armas contra sus errores. Lo prueba.

En el cuarto prueba la unidad de Dios, y manifiesta que Jesucristo al abolir los antiguos sacrificios sustituyó á ellos el de su cuerpo y de su sangre, que debe ser ofrecido en todo el mundo, segun la prediccion de Malaquías.

En el quinto habla de nuestra redencion por Jesucristo, y aduce las pruebas de la resurreccion de los cuerpos.

San Epifanio califica á san Ireneo de un hombre muy docto, muy elocuente y dotado de todos los dones del Espíritu Santo. Teodoreto lo considera como la antorcha de las Galias occidentales.

tan fecunda por largo tiempo en nobles virtudes. Su martirio aconteció en el año 210.

Sin embargo, Septimio Severo, como todos los perseguidores, debia contribuir á la mayor gloria de Jesucristo, y ser un monumento de su temible justicia: la mano de Dios le hirió con una mortal enfermedad en medio de sus conquistas; vió á su propio hijo Caracalla atentar á sus dias armado con un puñal; y si bien erró el golpe, fue presa Severo de la mas negra tristeza; sintiendo que se acercaba su última hora, exclamó: He sido todo cuanto un hombre puede ser; pero ¿de qué me sirven ahora estos honores [1]? Su firmeza de carácter le abandonó, y despues de haber pedido un veneno repetidas veces aunque en vano, comió expresa y ávidamente muchos manjares indigestos, que le ocasionaron la muerte en el año 211. Era tal el desórden que en aquel entonces agitaba á la antigua sociedad gentílica, que solo durante el reinado de este Emperador, es decir, en el espacio de catorce años, se formó causa á tres mil personas acusadas de adulterio.

Bajo el imperio de Caracalla hubo tambien algunos Mártires, y lo mismo sucedió bajo el reinado de sus primeros sucesores; y si bien el fuego parecia apagarse, no tardó en encenderse otra vez con nueva violencia. Maximino, que subió al trono en el año 235, levantó una persecucion que duró tres años, dirigida especialmente contra los Obispos y presbíteros [2], pereciendo en aquella horrible tormenta [3] el papa san Ponciano.

Para apreciar el número de los Mártires y el horror de los suplicios á que fueron condenados, basta saber que Maximino era un mónstruo tan cruel, que los historiadores gentiles le llamaron un Cí-

[1] Omnia fui, et vidi quia nihil expedit.

[2] Sin duda esta es la causa de que no se cuente entre las persecuciones generales.

[3] Créese que un soldado cristiano dió lugar á ella con una accion que causó no poca admiracion. Al ser Maximino proclamado emperador, hizo segun costumbre algunas liberalidades á las tropas, y todos los soldados debian presentarse al Emperador con una corona de laurel en la cabeza; presentóse uno que llevaba descubierta la cabeza y la corona en la mano, y si bien en un principio pasó desapercibido para el tribuno, los murmullos de sus compañeros atrajeron la atencion sobre él. El oficial preguntó al soldado por qué no llevaba ceñida su corona. «Porque soy cristiano, contestó el soldado, y mi Religion me «prohibe usar vuestras coronas.» El soldado fue despojado de su traje militar y reducido á prision.

clope, un Busiris, un Falaris, un Tifon; al verle partir para una expedicion lejana, Roma y el Senado hicieron rogativas públicas pidiendo al cielo que jamás volviese á la capital aquel detestable tirano. La fama de sus inauditas crueldades se renovaba cada dia; en toda la ciudad no se oia mas que la fúnebre relacion de las ejecuciones que ordenaba: hacia crucificar á unos, encerrar á los otros en los cadáveres de animales muertos recientemente; unos eran lanzados á los leones y á los osos, aquellos espiraban á garrotazos, sin que el mónstruo guardase consideracion alguna con el rango ni con el mérito, pues tenia por máxima que el medio de afirmar un trono era cimentarlo con sangre. Jamás pisó la tierra fiera mas cruel [1], y su muerte fue digna de su vida: al saber que el Senado habia nombrado á veinte y dos varones para gobernar la república, concibió tan violenta cólera, que en el acceso de su furor rugia como un animal feroz, y queria romperse la cabeza contra las paredes de su cámara; despues de calmar su ira á fuerza de vino, resolvió marchar contra Roma para vengarse, mas sus soldados le asesinaron en el año 238. Su sucesor fue Decio, autor de la octava persecucion general.

«Ha aparecido, dice Lactancio, un mónstruo execrable llamado «Decio, para asolar la Iglesia; nuevo Neron, manchó su mano en la «sangre de su bienhechor, apoderóse del trono y volvió su furor «contra los Cristianos [2].» Entre los generosos atletas que sufrieron la muerte por la Religion durante la persecucion de Decio, no hay otro mas ilustre que san Pionio. Este presbítero, gloria de la iglesia de Esmirna, habia heredado el espíritu de san Policarpo, y convirtió á gran número de idólatras haciendo servir para la gloria de Jesucristo el profundo conocimiento que tenia de las verdades de la Religion y el don de la palabra que poseia en grado superior. Sus ejemplos eran igualmente de una eficacia maravillosa, y la palidez de su rostro, que anunciaba la austeridad de su vida, hacia en los corazones una fuerte impresion.

Pionio fue preso el sábado 23 de febrero del año 250, mientras celebraba la fiesta de san Policarpo, con Asclepíades y una mujer cristiana llamada Sabina; la víspera ayunó junto con las dos personas dichas, como se hacia el dia antes de la fiesta de los Mártires, y tuvo una vision que le hizo comprender que seria preso el dia si-

[1] Jul. Capitol. *Herodian.* lib. VII y VIII.

[2] *De Mortib. persecutor.*

guiente. Tan clara fue su vision, que compró tres cadenas, para sí, para Sabina y para Asclepíades, y rodeando con ellas su cuello, hicieron la oracion solemne y tomaron el pan santificado y el agua, es decir, que participaron de la santa Eucaristía, á fin de prepararse para el martirio. Poco despues llegó Polemon, sacerdote de los ídolos, acompañado de soldados, los cuales se apoderaron de sus personas.

«¿Sabeis, les dijo Polemon, que hay una órden del Emperador «que os manda sacrificar á los dioses?

Pionio. «Nosotros solo conocemos una órden; la de adorar á «Dios.

Polemon. «Seguidme, y sabréis si es verdad lo que os he dicho.»

Al atravesar la plaza con la cadena al cuello, el pueblo, que ve en todo un objeto de distraccion y de curiosidad, empezó á seguirles, aumentando de tal modo la multitud, que en breve quedó invadida la plaza; los techos de las casas y templos que la rodeaban se cubrieron de espectadores, y los Mártires se hallaban en medio de este gentío, cuando Polemon les dijo: «Mejor haríais en evitar el «suplicio, en someteros, como tantos otros, y en obedecer las ór«denes del Príncipe.» Entonces Pionio, tomando la palabra, demostró á los paganos la vanidad de los ídolos y la divinidad del Cristianismo; su discurso fue muy largo y escuchado con grande atencion, y aun el pueblo quiso trasladarse al teatro á fin de oir mejor las palabras del Mártir; Polemon se opuso á ello, y dijo á Pionio: «Ya que no quieres sacrificar, entra á lo menos en el templo.

Pionio. «No conviene á los ídolos que entremos en él.

Polemon. «Con qué ¿no hay medio de persuadirte?

Pionio. «¡Quisiera Dios que pudiera persuadiros á todos de que «os hiciérais cristianos! — Guárdate de intentarlo, dijeron algunos «en tono de burla; no queremos ser quemados vivos.

Pionio. «Peor es ser quemados despues de la muerte.»

Despues de estas palabras, observaron los espectadores que Sabina reía; así es que le dijeron con tono amenazador: «¿Por qué te «ries?

Sabina. «Rio, porque Dios lo quiere, porque somos cristianos.

Los espectadores. «No reirás cuando sufras lo que sin duda no «quisieras.

Sabina. «Dios me alentará.»

Polemon repite á Pionio: «Obedece.

PIONIO. «Si las órdenes que teneis os mandan persuadir ó casti-«gar, castigad, porque no podréis persuadirnos.

POLEMON, *ofendido por esta contestacion.* «Sacrifica.

PIONIO. «No.

POLEMON. «Y ¿por qué no?

PIONIO. «Porque soy cristiano.

POLEMON. «¿Á cuál Dios adoras?

PIONIO. «Al Dios todopoderoso que crió el cielo y la tierra, que «nos hizo á todos, que nos provee con abundancia de todas las co-«sas, al que conocemos por Jesucristo, su Verbo.

POLEMON. «Sacrifica al menos al Emperador.

PIONIO. «No sacrifico á un hombre.»

Polemon empezó entonces á interrogarle judicialmente, mandando escribir todas sus contestaciones por un escribano, quien grababa en cera: «¿Cómo te llamas? le preguntó.

PIONIO. «Me llamo cristiano.

POLEMON. «¿De qué Iglesia?

PIONIO. «De la Iglesia católica.»

Polemon se dirigió en seguida á Sabina; esta habia cambiado de nombre por consejo de Pionio, por temor de ser reconocida y de caer otra vez en poder de su señora, la que, siendo gentil, quiso, imperando Gordiano, hacerla abandonar su fe, para lo cual la habia cargado de cadenas y relegado á las montañas, donde los hermanos la habian alimentado secretamente.

POLEMON. «¿Cómo te llamas?

SABINA. «Me llamo Teodota cristiana.

POLEMON. «¿De qué Iglesia?

SABINA. «De la Iglesia católica.

POLEMON. «¿Á qué Dios adoras?

SABINA. «Al Dios todopoderoso que crió el cielo y la tierra, y al «cual conocemos por Jesucristo, su Verbo.

POLEMON *dirigiéndose á Asclepíades.* «Y tú, ¿cómo te llamàs?

ASCLEPÍADES. «Cristiano.

POLEMON. «¿De qué Iglesia?

ASCLEPÍADES. «De la Iglesia católica.

POLEMON. «¿Á qué Dios adoras?

ASCLEPÍADES. «Á Jesucristo.

Polemon. «¡Cómo! ¿á otro?

Asclepíades. «No; es el mismo que acaban de confesar mis «hermanos.»

Despues de este interrogatorio fueron los Mártires conducidos á la cárcel; una inmensa multitud llenaba la plaza, y Sabina tuvo que cogerse á los vestidos de Pionio para no ser derribada. Llegados á su calabozo, tomaron la generosa resolucion de no recibir lo que los fieles tenian costumbre de llevar á los confesores, pues Pionio, el santo presbítero, decia: Jamás he sido una carga para nadie, y seguramente que no empezaré ahora. Los carceleros, que estaban acostumbrados á recibir presentes de los que visitaban á los cristianos, irritados porque sus prisioneros no recibian visitas, les encerraron en un oscuro é infecto calabozo, á fin de causarles mayor tormento. Al pisar sus umbrales, los Santos alabaron á Dios y dieron á sus guardas los presentes que era costumbre hacerles; admirado el carcelero quiso volverles á su primera habitacion, mas lo rehusaron diciendo: Alabado sea Dios, aquí estamos bien, y tendrémos libertad para meditar y orar noche y dia.

Visitáronles varios gentiles y se esforzaron en persuadir á Pionio; pero todo fue en vano, quedando admirados por la prudencia de sus respuestas. Pocos dias despues Polemon y Teófilo, maestre de caballería, seguidos de soldados y de gran multitud de pueblo, fueron á buscar á los Mártires; al verles los tres exclamaron en alta voz: Somos cristianos; y llegados al medio de la plaza se sentaron en el suelo por miedo de entrar en el templo de los ídolos; seis soldados levantaron á Pionio, mas este se resistia con tanta fuerza que á duras penas pudieron hacerle entrar, aplicándole muchos puntapiés en los costados; finalmente, auxiliados de otros compañeros, le cogieron en brazos y lo depusieron frente el altar como á una víctima; ciñéronle algunas coronas para hacerle participar, exteriormente al menos, de la idolatría, mas las arrojó al suelo y las rompió, gritando en union con los demás Mártires: Somos cristianos.

Viendo que nada alcanzaban de ellos, los gentiles condujeron otra vez á la cárcel á los valerosos Confesores, teniendo estos que sufrir, al pasar, las burlas y atropellos de todo un pueblo.

Transcurridos algunos dias, llegó á Esmirna el procónsul Quintiliano, y habiendo mandado que condujesen á Pionio á su presencia, le dijo: «¿Es cierto que eras el doctor de los cristianos?

PIONIO. «Les instruia.

QUINTILIANO. «¿En la locura?

PIONIO. «No, en la piedad.

QUINTILIANO. «¿Qué clase de piedad?

PIONIO. «La piedad para con el Dios que crió el cielo y la tierra.

QUINTILIANO. «Sacrifica, pues, á nuestros dioses.

PIONIO. «He aprendido á adorar al Dios vivo.

QUINTILIANO. «Nosotros adoramos todos los dioses; el cielo y los «que le habitan. ¿Por qué miras al cielo?

PIONIO. «No miro al cielo, sino á Dios criador del cielo.

QUINTILIANO. «¿Quién lo hizo?

PIONIO. «No es necesario decírtelo.

QUINTILIANO. «Es nécesario que digas que fue Júpiter, con el «cual están todos los dioses y diosas. Sacrifica, pues, al rey del cie- «lo y de los dioses.»

Pionio no contestó, y entonces el Procónsul mandó aplicarle al tormento; algunos instantes despues Quintiliano le dijo: «Sacrifica.

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «Sacrifica, yo lo mando.

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «¿Qué loca presuncion te impulsa á la muerte? «Obedece.

PIONIO. «No soy presuntuoso, pero temo sí al Dios eterno.»

El Procónsul viéndole tan firme, deliberó algun tiempo con su Consejo, y luego volviéndose á Pionio, le dijo: «¿Persistes en tu «resolucion?

PIONIO. «Sí.

QUINTILIANO. «¿Quieres que te conceda algun tiempo para pen- «sarlo mejor?

PIONIO. «No.

QUINTILIANO. «Ya que corres ciego á la muerte, serás quemado «vivo.» En seguida llamó al escribano, el cual leyó la siguiente sentencia: «Por sentencia nuestra, condenamos á Pionio, sacrílego, el «cual ha confesado ser cristiano, á ser quemado vivo para vengar á «los dioses, é infundir temor á los hombres.»

Pionio marchó alegremente y con paso firme al lugar del combate; él mismo se extendió en la hoguera, y alargó sus piés y sus manos para que se los clavasen; luego que estuvo sujeto, el verdugo

le dijo: Ponte sobre tí; cambia de parecer y te quitaré los clavos; á lo que Pionio contestó: Los he sentido muy bien. Elevároule clavado á un poste, en cuyo alrededor amontonaron gran cantidad de leña; el Mártir cerró los ojos, lo que hizo creer al pueblo que habia muerto; pero no era así, pues oraba; terminada su oracion, abrió los ojos, miró las llamas sonriendo, dijo *amen*, y espiró dulcemente pronunciando estas palabras: Señor, recibid mi alma. Luego que el fuego se hubo extinguido, los fieles que se hallaban presentes encontraron su cuerpo entero y como si rebosase de salud; las orejas blandas, los cabellos flotantes, la barba hermosa y todo el rostro radiante: este prodigio les confirmó en la fe, mientras que los gentiles huyeron espantados y agitados por los remordimientos de su conciencia. Esto sucedió en Esmirna el dia 5 de marzo del año 250 de Jesucristo, á las cuatro de la tarde. Asclepíades y Sabina compartieron con él su triunfo.

Si desde el pié de la humeante hoguera donde acaba de espirar el santo Presbítero de Esmirna, dirigimos nuestras miradas hácia la Capadocia, distinguirémos las llamas de otra hoguera que consume una nueva víctima. Acabamos de ver morir á un venerable presbítero, veamos ahora cómo un niño da valerosamente su vida por nuestra fe.

Cirilo, nacido en Cesarea de Capadocia, solo contaba siete años, cuando su padre, adicto en extremo á la idolatría, sabiendo que era cristiano, le arrojó de su casa y le dejó carecer de todo. Llegada la noticia á oidos del gobernador de la ciudad, este magistrado mandó prender al tierno discípulo del Salvador, y empleó toda clase de medios para reducirle á adorar á los falsos dioses; mas así á las promesas como á las amenazas opuso Cirilo una invariable firmeza, hasta que por fin el juez, viéndose vencido, le condenó á ser presa de las llamas. Todos los asistentes derramaban lágrimas, mas el niño les dijo: «No lloreis, antes bien venid á entonar alegres cánticos «al rededor de mi hoguera. ¡Oh! ¡si conociéseis la grandeza de la «gloria que me espera!» Al decir estas palabras, se precipitó en el fuego, y su alma, pura como un Ángel, no tardó en volar al seno del eterno reposo.

Mientras que el demonio era vencido en Asia por un niño, una vírgen conseguia sobre él una señalada victoria en Europa; Águeda, nacida de una ilustre familia, heredera de una fortuna inmensa

y dotada de todas aquellas cualidades que constituyen una mujer perfecta, se habia consagrado á Dios desde sus mas tiernos años. El gobernador de la isla mandó prenderla y entregarla en manos de una mala mújer encargada de corromper su virtud y su fe; él mismo quiso interrogarla, y habiéndole hablado de su nobleza, contestóle la Vírgen que la nobleza mas ilustre y la verdadera libertad consisten en ser servidor de Jesucristo. Semejante respuesta irritó al tirano, el cual desplegó contra la Santa una crueldad particular, sin que la violencia de los mas atroces tormentos pudiese hacer mella alguna en su valor. Encerrada en la cárcel, cubierto todo su cuerpo de llagas, dirigió esta oracion al Dios de los Mártires: «Señor Dios «mio, desde la cuna me habeis siempre protegido; Vos fuísteis quien «arrancásteis de mi corazon el amor del mundo, y el que me habeis «dado la paciencia necesaria para sufrir; recibid ahora mi alma en «vuestros brazos.» Apenas habia terminado su oracion, cuando el Señor vino á recibir su alma cándida y bella, para reunirla á los coros de las Vírgenes que cantan las alabanzas del Cordero en la Jerusalen celeste. De este modo elegia Dios lo mas débil para triunfar de lo mas fuerte, á fin de hacer brillar su poder con todo su esplendor.

El tirano, en cuyo nombre se cometian tantas crueldades, debia tambien contribuir á la gloria del Dios que ultrajaba. Decio acababa de declarar la guerra á los godos, y sorprendido su ejército por el enemigo, sufrió una espantosa derrota; en su fuga, dirigió su caballo hácia un profundo pantano donde se hundió, sin que jamás se haya podido encontrar su cuerpo. Privado de los honores de la sepultura, desnudo y desollado, como convenia á un enemigo de Dios, fue pasto de las fieras y de las aves de rapiña [1]. Su funesta muerte aconteció en octubre del año 251.

La desaparicion de este perseguidor hizo lugar á otro quizás mas cruel aun. Soldado insolente, déspota impío, Valerio, el que decretó la nona persecucion, fue proclamado emperador en el año 253; tambien él se rebeló contra el Cordero dominador del mundo, y derramó á torrentes la sangre cristiana. Impulsado por Macriano, uno de sus ministros, publicó sangrientos edictos contra el Cristianismo, y en su orgullo pensó destruirlo, ignorante como era de la obra del Altísimo. Para devorar mas fácilmente el rebaño atacó primeramen-

[1] Lact. c. 4.

te á los pastores: y en el año siguiente de haberse ceñido la corona imperial mandó prender al santo papa Sixto II. Al ser este conducido al suplicio, Lorenzo, su diácono, le seguia llorando, y en su desgracia por no compartir con él sus dolores, le decia: «¿Dónde «vais, padre mio, sin vuestro hijo? ¿Dónde vais, santo Pontífice, «sin vuestro diácono? Jamás ofrecísteis el sacrificio sin que yo os «sirviese en el altar; ¿en qué os he disgustado? Experimentadme «de nuevo, y ved si habeis elegido un diácono indigno para la dis«tribucion de la sangre de Jesucristo.»

Movido el santo Papa de compasion y de ternura, le consoló diciéndole: «No te abandono, hijo mio; á tí, que te hallas en todo el «vigor de tu juventud, te están destinadas una mas grande prueba «y una victoria mas gloriosa, que no me han sido reservadas á cau«sa de mi debilidad y muchos años; me seguirás dentro de tres dias.» Despues de dirigirle estas palabras, le encargó distribuir entre los pobres los tesoros de que su Iglesia era depositaria, por temor de que fuesen presa de los gentiles, pues Lorenzo, en su calidad de arcediano de la Iglesia romana, cuidaba del tesoro de la Iglesia y de los pobres que alimentaba, empleo que suponia un raro mérito.

Fuera de sí de alegría al saber que no tardaria Dios en llamarle á sí, Lorenzo buscó cuidadosamente á todas las viudas y huérfanos indigentes, y les distribuyó cuanto dinero tenia en su poder, empleando para el mismo uso el producto de la venta de los vasos sagrados. La Iglesia de Roma poseia entonces riquezas considerables, pues no solo proveia á la manutencion de sus ministros, sino que socorria á un gran número de viudas y de vírgenes, y además á mil quinientos pobres del pueblo; en poder del Obispo ó del arcediano obraba una lista de todos aquellos desgraciados. La Iglesia de Roma se hallaba tambien en estado de enviar abundantes limosnas á los países lejanos, cuyas riquezas, y sobre todo la magnificencia de los vasos sagrados, inflamaron la codicia de los perseguidores [1].

El prefecto de Roma resolvió apoderarse de ellas, y con este objeto mandó prender á Lorenzo, á quien dirigió estas palabras: «Vosotros, cristianos, os quejais con frecuencia de que se os trata «con rigor; en el dia no se habla ya de tormentos, y me limitaré á «pediros con dulzura lo que podeis darme. Sé que vuestros sacer«dotes se sirven de vasos de oro para hacer ciertas libaciones, que

[1] Eusebio, lib. VIII, c. 22.

«reciben la sangre sagrada en copas de plata, y que en vuestros «nocturnos sacrificios encendeis antorchas de cera, sostenidas por «candeleros de oro; entregadme esos tesoros que ocultais, y de que «tiene necesidad el Príncipe para cubrir sus grandes gastos.»

Lorenzo contestó: «Es cierto, la Iglesia es rica, y todos los teso-«ros del Imperio no igualan á los suyos; de buen grado os los ma-«nifestaré, y solo os pido un poco de tiempo para arreglarlos y po-«nerlos en órden.»

El prefecto no comprendió de qué clase de tesoros hablaba Lorenzo; así es que, imaginando que su prisionero le entregaria cuantiosas riquezas, le concedió un plazo de tres dias; cuyo tiempo empleó Lorenzo en recorrer toda la ciudad en busca de los pobres alimentados y socorridos por la Iglesia: llegado el tercer dia habia reunido á muchos; en primera línea hizo colocar á los ciegos provistos de un palo no para combatir, sino para guiarse; en seguida venian los cojos, con paso lento y desigual; unos, con las rodillas dislocacas, arrastraban con pena sus inútiles piernas, otros las tenian de palo; aquellos, reducidos á la mitad de lo que antes fueron, parecen mas bustos que hombres; á los cojos seguian los mancos, mezclados con aquellos cuyo cuerpo estaba cubierto de úlceras; todos son conocidos de Lorenzo, y todos le conocen [1]. El santo Diácono coloca á la muchedumbre frente de la Iglesia, y dirigiéndose luego al encuentro del prefecto, le invita á visitar los tesoros de que le habló. ¿Quién podrá decir la sorpresa de aquel hombre codicioso al ver, en vez de cofres llenos de oro y plata, una multitud de miserables, algunos de los cuales inspiraban horror? Arrojando entonces sobre el Santo amenazadoras miradas, mandóle le explicase tan extraordinario espectáculo, y le insta para que le ponga de manifiesto los tesoros de la Iglesia.

«En las personas de estos pobres, díjole san Lorenzo, estais vien-«do los tesoros de la Iglesia; sus perlas y sus piedras preciosas son «esas vírgenes y esas viudas consagradas á Dios; por ellas, la Igle-«sia, cuya corona son, es objeto de las gracias de Jesucristo. No hay

[1] Cuando se sabe el modo bárbaro con que los mendigos de profesion trataban á las criaturas abandonadas á las que destinaban para mendigar por su cuenta, no causa extrañeza alguna el gran número de seres mutilados, de que cuidaba la Iglesia de Roma. (Véase nuestra *Historia de la sociedad doméstica*, t. I).



«otros tesoros que estos, de los cuales podeis disponer en beneficio «de Roma, del Emperador y vuestro.» Con estas palabras le exhortó á redimir sus pecados con la limosna, al mismo tiempo que le reveló el uso en que se empleaban los tesoros de la Iglesia.

Sin embargo, aquel hombre carnal, léjos de aprovecharse del tierno é instructivo espectáculo que tenia á la vista, exclamó en un transporte de ira: «Miserable, ¿cómo te atreves á burlarte de mí? ¿de «este modo insultas mis hachas y mis haces[1]? Ya sé que deseas la «muerte, pero no creas que te prepare una muerte instantánea; «prolongaré tus tormentos á fin de hacerte mas dolorosa la muerte; «morirás poco á poco y por grados.» Dicho esto mandó colocar unas parrillas de hierro sobre carbones medio encendidos[2]; dos verdugos despojaron de su túnica al santo Diácono y le ataron sobre aquel terrible lecho, á fin de que el fuego penetrase en la carne insensiblemente. Mientras tanto rodeaba la cabeza del Mártir una auréola de luz, que distinguieron muy bien los cristianos, al mismo tiempo que sentian exhalarse de su cuerpo un agradable olor; este doble prodigio permaneció oculto para los gentiles.

En tanto que las llamas materiales, dice san Ambrosio, obraban en el cuerpo del santo Diácono, el fuego del amor divino, que abrasaba su corazon con mucha mas actividad, sofocaba el sentimiento de los dolores que sufria. Nada pudo turbar la paz de su alma ni la tranquilidad de su rostro, de modo que despues de padecer largo tiempo el horrible tormento imaginado por el tirano, dijo sin esfuerzo alguno y con toda naturalidad: «Ya puedes volverme, estoy bien «asado de esta parte.» Obedeciéronle los verdugos, y el Santo dirigiéndose al magistrado añadió: «Mi carne está bastante asada; pue«des comerla.» El prefecto solo le contestó con insultos.

El santo Mártir, con los ojos fijos en el cielo, oraba con fervor por la conversion de Roma. «¡Oh Jesús! exclamaba, Dios único, única «luz del universo; Vos habeis sido quien dísteis á Roma todos los «cetros de la tierra, á fin de unir á todos los pueblos en vuestro sa«grado nombre; haced que Roma, la capital del mundo, se someta «al yugo de la fe, á fin de que el Evangelio se propague mas fácil-

[1] Los magistrados romanos iban precedidos de lictores, los cuales llevaban hachas y haces, símbolo del poder.

[2] Estas parrillas se conservan aun en Roma en la iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, y la piedra cubierta de carbones en la de San Lorenzo *extramuros*.

«mente á todas las provincias del Imperio; Señor, borrad de la ciu-«dad mas hermosa del mundo la vergonzosa mancha de la idolatría; «enviad á vuestro Ángel para que le revele el verdadero Dios. Ro-«ma posee alguna prenda de esperanza, pues los Príncipes de los «apostolados se han posesionado de ella en vuestro nombre. ¡Oh «Dios mio! espero, sí, que en breve triunfaréis solo en esta ciudad «de sus Emperadores y de todos sus ídolos.»

Terminada su oracion espiró; el santo Diácono es la gloria de Roma como Estéban la de Jerusalen, y san Prudencio no vacila en asegurar que la entera conversion de Roma fue el fruto de la muerte y de las oraciones de san Lorenzo. Dios empezó á oir sus votos aun antes de que abandonase este mundo, pues muchos senadores, testigos de tanto valor y piedad, cargaron ellos mismos sobre sus espaldas el cuerpo del santo Mártir, y lo enterraron honrosamente en 10 de agosto del año 258 en el campo de Veran, cerca del camino que conduce á Tibur[1]. La muerte de san Lorenzo fue la de la idolatría, pues desde entonces declinó esta continuamente.

Apenas acababa de cerrarse el sepulcro del gran Arcediano de Roma, cuando se abria otro en las puertas de Cartago para recibir el precioso cuerpo de un ilustre pontífice. Este nuevo Mártir, este obispo, una de las antorchas de la Iglesia, es san Cipriano. Tuvo por padre á uno de los principales senadores de Cartago, y dotado de un raro ingenio, fue desde muy jóven profesor de elocuencia, con cuyo empleo, que era antiguamente muy honroso, Cipriano vivia de un modo conforme á su ilustre nacimiento, no abandonando las supersticiones del Gentilismo hasta que llegó á la edad madura. Sus virtudes y sobre todo su ardiente celo no tardaron en elevarle al sacerdocio y al episcopado, y ocupaba hacia algunos años la sede de Cartago cuando se tuvo noticia del edicto de persecucion; apenas fue publicado, cuando los gentiles corrieron á la plaza gritando: «¡Cipriano á los leones! ¡Cipriano á las fieras!» En 30 de agosto del año 258 fue preso y conducido á la presencia del procónsul Paterno, el cual le dijo: «Nuestros religiosos emperadores Valeriano y «Galieno me han escrito mandándome que obligue á abrazar la re-«ligion de los romanos á todos aquellos que no la profesen, y te he «mandado venir para pedirte cuenta de tu creencia y de tus pensa-

[1] En el dia es la célebre catacumba de San Lorenzo.

«mientos acerca de la órden de nuestros Príncipes. ¿Cuál es tu nom-«bre? ¿Cuál es tu calidad?

CIPRIANO. «Soy cristiano y obispo. No conozco mas que á un «Dios, criador del cielo, de la tierra, del mar y de cuanto contie-«nen, y á él servimos los Cristianos. Noche y dia imploramos su mi-«sericordia para nosotros, para los hombres todos y para la prospe-«ridad de los Emperadores.

PATERNO. «¿Persistes en ésta declaracion?

CIPRIANO. «Cuando la voluntad es recta y adicta al Señor, jamás «cambia.

PATERNO. «Te destierro á la ciudad de Curubo.

CIPRIANO. «Allá iré.

PATERNO. «Díme cuántos presbíteros hay en la ciudad.

CIPRIANO. «No me es dado revelarlo; las leyes romanas castigan «á los delatores; mas puedes hallarles en sus casas.

PATERNO. «Yo me encargo de descubrirles: además he dado ór-«denes para impediros vuestras reuniones y la entrada en los ce-«menterios; el que se atreva á infringirlas será condenado á muerte.

CIPRIANO. «Cumple lo que te está mandado.»

Curubo, donde fue desterrado el Santo, era una pequeña ciudad distante unas diez y ocho leguas de Cartago; el diácono Poncio y algunos otros cristianos compartieron con él su destierro, hasta que habiendo Galerio Máximo sucedido á Paterno, dióse al Santo la libertad de volver á su residencia, si bien se detuvo en una apacible quinta que tenia en las inmediaciones de Cartago, y que habia comprado en beneficio de los pobres, al recibir el Bautismo. Pocos dias hacia que gozaba el Santo de tan agradable retiro, cuando vió llegar á dos oficiales del Procónsul; mas como estaba dispuesto á todo, les recibió con rostro alegre y tranquilo; los oficiales mandáronle subir á un carro y le trasladaron á la quinta en que vivia el Procónsul por motivos de salud; pero como Galerio aplazase el interrogatorio para el dia siguiente, fue conducido el Mártir á Cartago para ser custodiado en la casa de uno de los oficiales que le habian preso.

Luego que cundió la noticia de la prision de Cipriano, fue general la alarma en toda la ciudad, rodeando la casa que le servia de cárcel una gran multitud de pueblo. El oficial que custodiaba á Cipriano tuvo durante aquella noche toda clase de consideraciones para

con su prisionero, y permitió á sus amigos que le visitasen y que cenasen con él. Á la mañana siguiente, que segun refiere el diácono Poncio fue un dia de gozo para el santo Obispo, fue este conducido con una buena escolta al pretorio, y sentándose el procónsul Galerio en su tribunal, mandó entrar al Santo en la sala de los criminales, y le dijo :

«Thascio Cipriano, ¿es cierto que eres cristiano?

CIPRIANO. «Sí, lo soy.

GALERIO. «¿Eres tú el obispo y el padre de esos impíos?

CIPRIANO. «Sí, soy el obispo de los que tratais de impíos.

GALERIO. «Los sagrados Emperadores te mandan practicar las «ceremonias de la religion romana.

CIPRIANO. «No puedo.

GALERIO. «Piensa en tu vida.

CIPRIANO. «Cumplid lo que os está mandado : la justicia de la «causa que defiendo no me permite vacilar sobre el partido que debo «tomar.»

Galerio, despues de indagar la opinion de su Consejo, continuó de esta manera : «Hace mucho tiempo que vives en la impiedad, y «que excitas á muchos desgraciados á conspirar contigo contra los «dioses del Imperio; nuestros sagrados emperadores Valeriano y Ga- «lieno no han podido hacer que volvieses á su culto, y puesto que «no te causa rubor el ser el autor principal de semejante crímen, ser- «virás de ejemplo á los que has seducido, y la obediencia á las leyes «quedará restablecida con tu sangre.» Tomando en seguida unas tablillas escribió en ellas la siguiente sentencia, que leyó en alta voz : «Mando que Thascio Cipriano sea decapitado.» Cipriano se limitó á exclamar : «¡Alabado sea Dios!» mientras que los cristianos que se hallaban presentes gritaban que querian morir con su Obispo.

Al salir el Santo del pretorio, agrupáronse á su alrededor un gran número de soldados, y pusiéronse á su lado algunos centuriones y tribunos; con esta escolta fue conducido al campo, á un lugar llano y cubierto de árboles, á los cuales se encaramaban muchos que no podian verle á causa de la gran multitud que le seguia. Llegado al lugar del suplicio, quitóse el manto, que era de un color oscuro, arrodillóse y oró un breve espacio; en seguida se despojó de su dalmática, la dió á algunos diáconos que le habian acompañado, que-

dándose cubierto con una sencilla túnica de lino; al acercarse el verdugo mandó darle veinte y cinco monedas de oro; luego vendóse él mismo los ojos, y dijo al presbítero Juliano y al subdiácono de igual nombre que le atasen las manos. Los hermanos extendieron lienzos á su alrededor para recibir su sangre, y un instante despues recibió el Santo el golpe que terminó su vida mortal y dió principio á su gloriosa vida. Los fieles trasladaron su cuerpo á un campo vecino y le enterraron durante la noche con gran solemnidad [1].

¿No es cierto que no se sabe qué admirar mas, si la firmeza del Mártir ó el valor de nuestros abuelos, que no temian exponer su vida acompañándole hasta el pié del cadalso?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los grandes ejemplos de virtud que nos dais en las personas de los Mártires; comunicadme parte de la caridad de san Lorenzo y de la fe de san Cipriano.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero socorrer y respetar á los pobres.*

[1] Las principales obras de san Cipriano son:

1.° Su *Epístola sobre el desprecio del mundo;*

2.° El libro *de la vanidad de los ídolos;*

3.° Los dos libros *del Testimonio,* donde reunió todos los pasos relativos á Jesucristo y á la Iglesia;

4.° El libro *de la Conducta de las vírgenes.* El Santo manifiesta en él la grandeza de su estado y les traza las reglas de conducta que deben seguir;

5.° El libro *de la Unidad de la Iglesia,* elocuente demostracion de la necesidad de la unidad de la Iglesia;

6.° El libro *de Los que han sucumbido.* Durante la persecucion de Decio sucumbieron algunos cristianos, y el Santo despues de exaltar la corona de los Mártires, deplora con amargura las apostasías; pasa luego á los remedios, y se opone á los que piden una penitencia excesivamente pronta;

7.° El libro *de la Oracion dominical;* en él se explican todas las peticiones del *Padre nuestro,* y se indican las horas en que oraban los primitivos cristianos;

8.° El libro *de la Mortalidad,* compuesto con motivo de una peste que desoló el África; el Santo manifiesta en él cuáles deben ser los sentimientos y la conducta de los Cristianos en las calamidades públicas;

9.° Sus Epístolas en número de ochenta y una.

Lactancio dice de san Cipriano que reunia todo cuanto constituye á los grandes oradores: sabia agradar, instruir y persuadir, sin que sea posible decidir cuál de estas tres dotes poseia en grado mas eminente.

LECCION XVI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS III Y IV).

Juicio de Dios sobre Valeriano. — Persecucion particular bajo el imperio de Aureliano; retrato de este Príncipe; martirio de san Dionisio. — Juicio de Dios sobre Aureliano. — Décima persecucion general bajo el imperio de Diocleciano y Maximino; retratos de ambos Príncipes; martirio de san Ginés, y de la legion Tebana. — La Iglesia consolada: vida de san Pablo ermitaño.

Como todos los demás perseguidores, Valeriano debió servir de monumento de la justicia de Dios, y manifestar á las generaciones venideras que nadie se rebela impunemente contra el Señor y contra su Cristo. Habiendo partido al Oriente á fin de rechazar á los persas, que habian invadido las provincias del Imperio, fue hecho prisionero en el año 260, y el rey Sapor le condujo á su corte donde le obligó á servirle de escalon siempre que montaba á caballo ó subia á su carro. Hé aquí un triunfo, le decia insultándole, que los romanos no pintarán en sus paredes. Para aumentar la pena del perseguidor, quiso Dios que su hijo y sucesor no pasase cuidado alguno para libertarle, y despues de haber expuesto el nombre romano á los insultos de los bárbaros, murió Valeriano miserablemente; Sapor lo mando desollar [1], y habiendo hecho curtir su piel y teñirla de rojo, la colgó en un templo, como un eterno monumento de vergüenza para los romanos, ó mejor de la venganza de Dios. Despues de tan terribles castigos impuestos á los perseguidores del Cristianismo, ¿no causa admiracion que haya aun hombres bastante audaces para conspirar contra el Dios omnipotente que destruye á los monarcas y á los pueblos como frágiles vasos?

Aureliano, olvidando tan grandes lecciones, no tardó en provocar la justicia divina persiguiendo á los Cristianos; este Emperador, que subió al trono en el año 270, era hijo de un arrendatario de tierras de los alrededores de Sirmium en Iliria; su alma brutal y grosera, al mismo tiempo que altiva, acogia con avidez cualquier ob-

[1] Algunos autores pretenden que fue desollado vivo.

jeto de orgullo; duro y desapiadado por carácter, solo abrigaba, y aun raras veces, aquella aparente sensibilidad que el amor propio finge durante algunos momentos, á fin de burlar la opinion pública, y entregarse luego con mas seguridad á sus atroces instintos; y si alguna vez fue admirado, fue siempre aborrecido.

Dos ciudades célebres, Roma y París, fueron regadas con la sangre de ilustres Mártires; la primera vió morir al papa san Félix I; la segunda á san Dionisio y á sus compañeros. San Dionisio, primer obispo y fundador de la iglesia de París, habia sido enviado desde Roma á las Galias junto con seis misioneros, revestidos como él del carácter episcopal [1]; dejando atrás á sus compañeros, adelantóse por el país de los celtas, fijó su residencia en París, y á él ó á sus discípulos deben su fundacion las iglesias de Chartres, de Senlis, de Meaux y de Colonia. El santo Apóstol convirtió á gran número de idólatras, y vió sus trabajos coronados con un glorioso martirio.

Despues de haber sufrido diferentes géneros de suplicios, Dionisio y sus compañeros, Eleuterio, diácono, y Rústico, presbítero, fueron decapitados; una constante tradicion, apoyada en antiguos monumentos, enseña que su martirio se consumó en una colina inmediata á París, llamada despues con este motivo monte de los Mártires, y vulgarmente *Montmartre*. Vense tambien en París el lugar en que san Dionisio estuvo preso y el en que fue atormentado, en cuyos lugares se elevan dos iglesias en honor suyo. El juez habia dispuesto que fuesen los cuerpos de los Mártires arrojados al Sena; mas una dama gentil, que pensaba en abrazar la fe, halló medio de sobornar á los que debian verificarlo y mandó enterrar secretamente las santas reliquias.

Apenas los sangrientos edictos de Valeriano se habian publicado

[1] Los seis obispos que acompañaron á san Dionisio son: San Trófimo de Arles, san Gaciano de Tours, san Austremonio de Clermont, san Pablo de Narbona, san Saturnino de Tolosa y san Marcial de Limoges. Los autores modernos fijan la mision de aquellos varones apostólicos en el año 250, pero la antigua y mas probable tradicion la fija mucho antes. Segun dicha tradicion san Dionisio, apóstol de las Galias, es san Dionisio el Areopagita, convertido por san Pablo. Véanse las pruebas de ello en las *Tres Romas;* en Mamachi, *Orígenes y antig. crist.;* en Saussay, *Martyrol. Gallic.* etc. La iglesia de Arles sostiene con excelentes razones que san Trófimo, su primer obispo, es el discípulo querido de que habla san Pablo en sus Epístolas.

en los extremos del Imperio, cuando su propia sangre regaba la tierra en las inmediaciones de Heraclea. Mnesteo, su secretario, temiendo la cólera de su señor, imitó su escritura, y mostró á los principales jefes del ejército una lista de proscritos entre los cuales se hallaban sus nombres y el suyo; Dios permitió que cayesen en el lazo, y arrojáronse sobre Aureliano, quien cayó á los golpes de sus mismos amigos. Tan trágicos ejemplos tenian por objeto, en los designios de la Providencia, detener á los futuros perseguidores; mas léjos de aprovecharse de tan grandes lecciones, aquellos hombres ciegos se hicieron mas osados y crueles.

El Imperio romano, que desde muchos siglos atacaba al Cristianismo continua pero inútilmente, hizo un último esfuerzo para destruirlo; mas en vez de conseguir su objeto, no logró otra cosa que establecerlo. Con Diocleciano empezó verdaderamente la era de sangre, la era de los Mártires. «Toda la tierra, dice Lactancio, quedó «inundada de sangre cristiana, desde el Oriente al Occidente [1].» El cruel tirano, autor de la décima persecucion general, subió al trono en el año 284 [2].

Diocleciano fue un soldado afortunado. Nacido en la Dalmacia de padres de oscuro linaje, abrazó desde muy jóven la carrera de las armas, elevándose por grados hasta los primeros honores militares. En el año 286 compartió el Imperio con Maximiano Hércules, natural de un pueblo de Pannonia y de baja condicion; simple soldado en la compañía de Diocleciano, y dotado como este de un carácter cruel y entregado á toda clase de vicios, debió su elevacion á sus talentos militares y al favor de su antiguo camarada. Alarmados ambos Príncipes en el año 292 por los peligros que amenazaban á la Europa por todas partes, y desesperando de poder hacer frente á todos sus enemigos, nombraron cada uno un césar para que les ayudase á defender sus respectivos Estados, queriendo con esta medida darse un sucesor. Diocleciano nombró á Máximo Galerio para el Oriente, y Maximiano á Constancio Cloro para el Occidente. Galerio era un labriego de la Dacia incorporado á los ejércitos romanos; todo anunciaba en él un carácter bárbaro y feroz; su mirada, su voz, su talante, tenian algo que horrorizaba; y era además ce-

[1] *De Mortib. persecutor.* pag. 302.

[2] Respecto al número de las persecuciones hemos seguido al sábio P. Mamachi, t. II, pág. 235-304; y al P. Ruinart, *Act. de los Mártires*, t. I.

loso hasta el fanatismo por la idolatría. Constancio Cloro pertenecia á una ilustre familia, y reunia en su persona todas las cualidades que constituyen los grandes príncipes.

Esta multiplicidad de emperadores arruinó al Imperio, pues si por una parte tuviéronse que aumentar considerablemente los impuestos, á causa de que cada uno de ellos quiso tener tantos oficiales y soldados como sus colegas [1], por otra los edictos dados contra los Cristianos por los Emperadores precedentes continuaron recibiendo su ejecucion, y millares de hombres virtuosos, que formaban el verdadero apoyo del Estado, fueron inhumanamente inmolados; su muerte, debilitando el Imperio y clamando venganza al cielo, llamaba, al facilitarla, la próxima invasion de los bárbaros.

Para iluminar á los perseguidores se dignaba Dios, siempre lleno de misericordia, obrar á su vista los mas estupendos milagros, como fue particularmente la conversion de san Ginés.

En el año 286 habia en Roma un actor llamado Ginés, que formaba parte de la compañía cómica del Emperador: una voz de una sonoridad y extension sorprendentes, un decir agradable por su perfecta naturalidad, y sobre todo un don extraordinario para imitar y representar lo ridículo, todo esto, junto con grande conocimiento del arte, hacia de Ginés el ídolo de los romanos; el dia en que debia presentarse en escena, Roma entera acudia al teatro. Sucedió que con motivo de haber llegado Diocleciano á la capital, donde fue recibido con gran magnificencia, diéronse suntuosas fiestas, entre las cuales no fueron olvidados los espectáculos teatrales, y Ginés, que sabia el odio de aquel Príncipe contra los Cristianos, creyó, y con razon, que una escena en que se pusiesen en ridículo los misterios de su religion no podria menos de ser de su agrado, eligiendo para objeto de sus culpables burlas las ceremonias del Bautismo, pues tenia algunas nociones de nuestros sagrados ritos, por haber oido hablar de ellos á algunas personas que profesaban el Cristianismo.

Apareció, pues, Ginés en el teatro acostado en un lecho, y fingiendo hallarse enfermo; al abrirse la escena, exclamó: «¡Ay amigos mios! siento sobre el estómago un peso que me oprime; y creo «que voy á morir si no me librais de él. —¿Qué harémos? decian «los demás actores, ¿quieres que te pasemos un cepillo para vol-

[1] Lact. *De Mortib. persecutor.* pag. 303.

«verte mas ligero? Á tales chocarrerías el pueblo contestaba con es-
«trepitosas carcajadas. —No entendeis nada en ello, contestaba Gi-
«nés; siento acercarse mi fin y quiero morir cristiano. —Y ¿por qué?
«replicaron los actores. —Porque despues de mi muerte, dijo Gi-
«nés, me reciba Dios en su paraíso como á un desertor de vuestros
«dioses.»

Entonces se adelantaron dos actores, uno de los cuales representaba á un presbítero y el otro un exorcista, y colocándose á la cabecera del fingido enfermo le dijeron: Hijo mio, ¿por qué nos habeis hecho venir? Ginés, demudado enteramente por un milagro de la gracia, contestó sériamente y no por burla: Porque deseo recibir la gracia de Jesucristo, ser regenerado y verme libre de mis pecados. Verificase en seguida la ceremonia del Bautismo, parodiándose por parte de todos los actores, menos por la de Ginés, las ceremonias de la Iglesia: revisten al neófito de una túnica blanca, cuando aparecen otros actores, en traje de soldados, y fingiéndose enviados por el prefecto de Roma, se apoderan de Ginés, á quien hacian ademan de maltratar, y le conducen delante del Emperador para ser interrogado del mismo modo que los Cristianos. Diocleciano y todos los espectadores desternillábanse de risa al ver desempeñados todos los papeles con tanta propiedad; y para continuar la burla, el Emperador, fingiendo estar dominado por la cólera, preguntó á Ginés con voz airada: ¿Eres cristiano?

Á lo que el actor contestó en estos términos: Señor, y vosotros todos que os hallais presentes, oficiales del ejército, filósofos, senadores, ciudadanos, oid mis palabras. Hasta ahora he sentido tal horror hácia los Cristianos, que no podia escuchar su nombre sin sobrecogerme de horror, y hasta detestaba á algunos de mis parientes que profesan aquella Religion; me he instruido en los misterios y ritos del Cristianismo, únicamente para hacer burla de ellos y para hacerlos despreciar á los demás; pero desde el momento en que el agua del Bautismo ha tocado mi cuerpo, y he dicho sinceramente que creia en los artículos acerca de los que me interrogaban, he visto sobre mi cabeza una multitud de Ángeles resplandecientes de luz que leian en un libro todos los pecados que he cometido desde mi infancia, y luego habiendo sumergido el libro en el agua en que yo me encontraba todavía, me lo han enseñado mas blanco que la nieve, y sin ningun resto de escritura. Así pues, vos, poderoso Em-

perador, vosotros todos, romanos que me escuchais, que habeis hecho irrision de los misterios del Cristianismo, creed conmigo que Jesucristo es el verdadero Dios, que es la luz y la verdad, y que por él podeis obtener la remision de vuestros pecados [1].

Un rayo que hubiese caido en medio del teatro hubiera sorprendido menos á los gentiles que el inesperado discurso de Ginés. Diocleciano, escuchando solo la voz de su furor, mandó azotarle cruelmente, despues de lo que lo entregó á Plaucio, prefecto del pretorio, para que le obligase á sacrificar. Extendiéronle sobre el potro, destrozaron sus costados con garfios de hierro y quemáronlos con antorchas encendidas, mostrando Ginés durante tantos tormentos una admirable paciencia, y repitiendo sin cesar estas palabras: No hay mas Señor del mundo que el que he tenido la suerte de ver; le adoro, le reconozco por mi Dios, y aunque debiese sufrir mil muertes le seria constantemente fiel. Mi único dolor es verle ultrajado por tantos crímenes y haberle conocido tan tarde. Finalmente, desesperado el juez de vencer su constancia, le condenó á ser decapitado, lo que se verificó el dia 25 de agosto del año 286.

Un actor convertido en la escena, y llamado desde el teatro á la gloria del martirio, revela altamente el poder de la gracia de Jesucristo y la grandeza de su misericordia; en este hecho se reconoce al Dios que en un momento supo hacer de un publicano un apóstol. El martirio de la legion Tebana nos ofrece un nuevo monumento de tan milagroso poder.

El emperador Maximiano Hércules, colega de Diocleciano, se puso en marcha para combatir á los bagaudes, pueblo compuesto principalmente de galos, llevando en su ejército á la célebre legion Tebana, llamada así, á lo que parece, por haber sido reclutada en la Tebaida, ó Alto Egipto, poblado de gran número de excelentes cristianos. Dicha legion, formada de soldados veteranos y de un valor á toda prueba, estaba compuesta enteramente de cristianos, al mando de Mauricio, cristiano tambien. Pasados los Alpes, Maximiano concedió algunos dias de reposo á su ejército, á fin de que se repusiese de las fatigas de una penosa marcha, y mandó acampar en

[1] Este Bautismo administrado en la escena no era un Sacramento, pues faltaba la intencion deliberada de hacer lo mismo que la Iglesia; mas en Ginés fue suplida por el deseo acompañado de una verdadera contricion, y tambien por el martirio.



las inmediaciones de Octodorum, que era en aquel tiempo una ciudad considerable á orillas del Ródano, y al Norte del lago de Ginebra; en el dia es la aldea de Martigni en el Valais.

Habiéndose comunicado á todo el ejército la órden de ofrecer un sacrificio á los dioses, á fin de alcanzar el triunfo de la expedicion, la legion Tebana se alejó y acampó cerca de Agaune, á tres leguas de Octodorum: Agaune era una aldea situada en un profundo valle, en medio de los Alpes, cuyas cimas la coronan por todas partes. Informado el Emperador de la partida de la legion, envióle la órden de volver al campo y de reunirse al grueso del ejército para ofrecer el sacrificio; mas la legion se negó á tomar parte en aquella sacrílega ceremonia. Furioso por semejante resistencia, Maximiano dispuso que la legion fuese diezmada, y los soldados que la suerte designó recibieron la muerte; pero el resto de la legion permaneció firme, pudiéndose ver á aquellos veteranos exhortarse á morir, antes que violar el juramento que prestaran al Rey del cielo el dia de su bautismo.

Diezmados por segunda vez, no disminuyó en nada su valor; cuantos sobrevivieron estaban resueltos á no obedecer. Mauricio, Exuperio y Cándido, sus principales oficiales, les alentaban en tan heróicos sentimientos, y al recibirse la intimacion del cruel Emperador de que en caso de no someterse pereceria la legion entera, aquellos animosos soldados, animados por sus jefes, dieron á Maximiano la siguiente contestacion llena de nobleza y de dignidad:

«Somos vuestros soldados, pero tambien somos servidores del ver-«dadero Dios; de vos recibimos el sueldo, de Dios la vida. No nos «está permitido obedecer á nuestro Emperador cuando Dios nos lo «prohibe, nuestro Dios que es tambien el vuestro. Señor, mandad-«nos algo que no sea contrario á su ley, y nuestra conducta pasada «os responde de nuestra obediencia futura. Antes que prestaros á «vos juramento, lo habíamos prestado á Dios; y ¿fiaríais en el se-«gundo si violábamos el primero? Hemos visto dar muerte á nues-«tros compañeros sin quejarnos, antes bien les hemos envidiado su «felicidad al morir por su religion, y el extremo á que se nos re-«duce no es capaz de inspirarnos sentimientos de rebelion; tene-«mos, sí, las armas en las manos, mas no sabemos lo que es resis-«tir, y preferimos morir inocentes á vivir culpables.»

La legion Tebana constaba de diez mil hombres bien armados, y

podian vender cara su vida; mas nuestros abuelos sabian que al dar á Dios lo que es de Dios, es preciso dar igualmente al César lo que es del César, y manifestaban su valor, mas que ganando batallas, muriendo por la fe. Maximiano, convencido de que no lograria vencer su firmeza, mandó atacarles por su ejército, y léjos de oponer la menor resistencia, todos depusieron las armas, dejándose asesinar tranquilamente; ni á uno solo le abandonó el valor, y no tardó la tierra en quedar cubierta de cadáveres é inundada de arroyos de sangre.

Mientras el ejército pillaba á los que acababa de dar muerte, llegó un veterano, llamado Víctor; á pesar de no pertenecer al extinguido cuerpo, sintióse poseido de indignacion, y se negó á tomar parte en la feroz alegría de los verdugos; preguntáronle entonces si era cristiano, y al oir su respuesta afirmativa, se arrojaron contra él algunos soldados y le asesinaron. Ursus y Víctor, ambos de la legion Tebana, se hallaban ausentes al verificarse la ejecucion, mas fueron martirizados en Solodora ó Soleura, donde se guardan aun sus reliquias. Así pereció aquella *feliz legion;* su ejemplo enseña á los futuros siglos á formarse una justa idea del valor; el héroe cristiano ama á sus enemigos; antes que rebelarse, sufre las mas duras pruebas, y ningun sacrificio le es costoso cuando se trata de conservar su virtud.

Hasta entonces, Diocleciano y sus colegas habian perseguido á los Cristianos, en virtud únicamente de los edictos anteriores; mas acercábase el instante en que su nombre debia añadirse al de los tiranos que hacia tres siglos armaban al mundo gentil contra la Iglesia naciente. La nueva lucha será mas terrible que las pasadas, pues es el último esfuerzo del Paganismo espirante. Esposa querida del Hombre-Dios, tranquilízate: tu celeste Esposo ha cuidado de asegurarte la victoria. Tiempo es ya de que sea conocida de todos la accion de la Providencia sobre tus inmortales destinos, y de realizar una de las mas hermosas parábolas del Antiguo Testamento que en tí debe verificarse.

Al atravesar el desierto el pueblo de Israel dirigiéndose á la tierra prometida, los hijos de Amalec se opusieron á su paso, formando su armada multitud una barrera insuperable: era inevitable una gran batalla, y fijóse para el dia siguiente. Al asomar el alba Moisés salió del campo israelita y subió á la cima de un monte inmediato; allí

elevó su corazon y sus manos al cielo implorando la victoria para su pueblo. Trábase el combate, y para manifestar que el triunfo depende de la oracion de Moisés, permite el Señor que los israelitas rechacen á sus enemigos mientras su servidor tiene sus manos elevadas al cielo, y que pierdan terreno cada vez que las deja caer. Tan cierto es que los acontecimientos humanos están muchas veces sujetos á las oraciones de los amigos de Dios. Esta creencia es tan antigua como el mundo; todos los pueblos han orado para obtener favores temporales, ó para desviar de sus cabezas calamidades temporales tambien; luego todos los pueblos han creido en la influencia de la oracion sobre los acontecimientos humanos.

Véanse sino los gentiles. Si declaraban la guerra, dirigíanse solemnemente á los templos de los dioses antes de marchar los ejércitos, hacíanse votos, pronunciábanse súplicas, y ofrecíanse sacrificios para alcanzar la victoria; conseguida esta, suspendian de las bóvedas del templo los trofeos que se creian debidos al favor del cielo. En las calamidades públicas, en las enfermedades, en los peligros, la oracion se desprendia del altar con el humo del incienso. No hay duda que los gentiles se engañaban atribuyendo á sus dioses los triunfos y favores de que se regocijaban, pero su conducta no por esto prueba menos la invariable creencia de todos los pueblos en la influencia de las oraciones en los acontecimientos de este mundo; los monumentos de su historia lo atestiguan; y ¿de dónde puede dimanar semejante creencia, sino de la revelacion primitiva que nos enseña que el mundo se halla regido por una Providencia libre en sus determinaciones, que suspende y modifica sus leyes para recompensar ó castigar á los habitantes de la tierra? Los anales sagrados rebosan de hechos que prueban esta verdad: los niños en el horno, Judith y los habitantes de Bethulia, los cristianos de Jerusalen orando por Pedro, prisionero de Herodes, Pablo en el buque combatido por la tempestad, proclamarán eternamente la fe de los pueblos y la eficacia de la oracion; y este dogma fundamental está de tal modo arraigado en el corazon del género humano, que se encuentra entre las hordas mas degradadas de la América y del África central. ¿Quién no ha oido hablar del festin de guerra de los salvajes, y de la inmolacion de las víctimas humanas en el Dar-Four, ya para obtener la victoria, ya para llamar sobre las cosechas las bendiciones del cielo?

Volviendo á nuestro asunto, dirémos que en el mismo momento en que iba á trabarse la gran batalla del Paganismo contra el Cristianismo, en el momento en que de un extremo á otro del Imperio iba á resonar el grito feroz de: «¡Los Cristianos al leon!» en el momento en que miles de niños, de vírgenes iban á bajar á los anfiteatros ó á subir á los patíbulos, Dios hizo partir para las santas montañas de la Tebaida á algunos nuevos Moiseses. Desde el fondo de su soledad, Pablo, Antonio y sus numerosos discípulos dirigian hácia el cielo sus voces y sus manos suplicantes, pidiendo gracia y valor; gracia para los perseguidores, valor para aquellos hermanos suyos que debian combatir en las ensangrentadas arenas; y la voz de la virtud obtendrá gracia para los tiranos, valor para los Mártires, y Constantino para la Iglesia.

Tiempo es ya de que hagamos conocer los jefes de aquella escogida tropa, de aquella santa colonia del desierto encargada de hacer violencia al cielo.

Pablo, primer ermitaño, nació en la Baja Tebaida en Egipto en el año 229, y solo contaba quince años cuando perdió á su padre y á su madre. Las cualidades de su corazon correspondian á las dotes de su espíritu, y desde su mas tierna juventud viósele siempre dulce, modesto y temeroso de Dios. Al declararse la persecucion de Decio, época en que habia llegado á la edad de veinte y dos años, huyó al desierto, y despues de una penosa marcha llegó al pié de una roca en la que habia muchas cavernas, y eligió una para su habitacion; no léjos de ella manaba una fuente cuya agua calmaba su sed; una elevada palmera le proporcionaba vestido y alimento. Su primer designio era permanecer algun tiempo en el desierto, hasta dejar pasar la tormenta de la persecucion y volver luego entre los hombres; mas el Señor tenia otras miras respecto de su siervo. Para fijar al nuevo Moisés en la santa montaña, hízole encontrar inefables dulzuras en la vida penitente y contemplativa, y Pablo, fiel á la gracia, tomó la firme resolucion de no volver al mundo y de consagrar su vida á orar por los que lo habitaban.

Hasta la edad de cuarenta y tres años vivió únicamente del fruto de su palmera, y durante el resto de su vida fue alimentado milagrosamente, como en otro tiempo el profeta Elías, por un cuervo que le traia cada dia la mitad de un pan. ¿Qué hizo el patriarca del desierto durante los noventa años que pasó en la soledad, solo con

Dios, extraño á todo, al establecimiento de la Religion, á las revoluciones de los imperios y hasta á la sucesion del tiempo; conociendo apenas las cosas de que necesita absolutamente, el cielo que le cubre, la tierra que pisa, el aire que respira, el agua que bebe, el milagroso pan de que se alimenta? Oraba, expiaba, y contemplaba á Dios, le adoraba, le amaba, hacia en una palabra todo lo que el cielo y la tierra, los hombres y los Ángeles deben practicar sin cesar, la voluntad de Dios.

Sin embargo, el Señor quiso revelar al mundo aquella maravillosa existencia, y sucedió del siguiente modo: El gran san Antonio, entonces de noventa años de edad, fue tentado de vanagloria, é imaginó que nadie habia servido á Dios tan largo tiempo como él con entera separacion del mundo; ocupado como estaba con esta idea, le envió Dios un sueño para sacarle de su error, y le mandó fuese en busca de uno de sus servidores que habitaba en el fondo del desierto. Antonio partió á la mañana siguiente, y despues de andar dos dias y dos noches, distinguió el Santo una luz que le descubrió la habitacion del que buscaba; acércase á ella, ruega al Santo que le abra, y redobla sus instancias antes de poder obtener esta gracia. Pablo abre al fin, y le recibe con dulce sonrisa; ambos ancianos se abrazan tiernamente, é iluminados desde lo alto, se llaman mútuamente por su nombre.

Sentáronse uno al lado del otro, y Pablo dijo á Antonio: «Ved «aquí al que habeis buscado con tantas fatigas, á aquel cuyo cuer«po ha debilitado la edad y cuya cabeza está cubierta de canas; ved «aquí á aquel hombre pronto ya á ser reducido á polvo. Mas, pues«to que la caridad nada halla difícil, os ruego me digais cómo va el «mundo. ¿Se construyen aun nuevos edificios en las antiguas ciu«dades? ¿Quién reina en el dia? ¿Existen aun hombres bastante «ciegos para adorar á los ídolos?»

Durante tan sencilla conversacion llegó el cuervo proveedor, paróse en una rama de la palmera, y desde allí volando pausadamente hasta el suelo, puso ante los dos patriarcas un pan entero; llenada su comision, el ave tomó su vuelo y desapareció. «Ved, dijo Pablo, «como nuestro buen Señor nos manda de comer; hace sesenta años «que recibo cada dia por el mismo mensajero la mitad de un pan, «pero como vos me habeis visitado, Jesucristo ha doblado la provi«sion de su siervo.»

En seguida dieron gracias á Dios, diciendo su *Benedicite*, y se sentaron á orillas de la fuente, trabándose entonces una polémica de humildad, á causa de que uno y otro pretendian deferirse el honor de romper el pan; Pablo insistia en las leyes de la hospitalidad, Antonio se negaba á hacerlo á causa de la avanzada edad del patriarca, hasta que finalmente convinieron en que cada uno, tomando el pan y tirando hácia sí, tendria la parte que quedaria entre sus manos. Despues de haber comido bebieron en la cristalina fuente, dijeron sus *gracias* y pasaron la noche en oracion. El dia siguiente Pablo dijo á Antonio: «Hermano mio, hace mucho tiempo que sé vuestra perma-«nencia en el desierto y que Dios me prometió que como yo em-«plearíais vuestra vida en su servicio. La hora de mi sueño ha llega-«do; os ruego vayais á buscar para envolver mi cuerpo la capa que «os dió el obispo Atanasio.» Al decir esto, no era el principal objeto de Pablo el que su cuerpo fuese sepultado, sino el de evitar á Antonio el dolor de verle morir, y manifestarle su respeto hácia san Atanasio y su adhesion á la fe de la Iglesia, por la que aquel grande Obispo sufria entonces las mas crueles persecuciones.

La peticion de la capa dada por san Atanasio sorprendió en extremo á Antonio, y vió claramente que solo Dios podia haber revelado aquel hecho al bienaventurado Pablo; sin embargo, en vez de querer investigar la causa de tal demanda, no pensó mas que en obedecer, y besando las manos de su venerable amigo, emprendió apresuradamente el camino de su monasterio. Dos de sus discípulos salieron á su encuentro y le dijeron: «Padre mio, ¿dónde habeis estado tan-«to tiempo?—Soy un miserable pecador, indigno de ser llamado «siervo de Dios. He visto á Elías, á Juan Bautista, digo mal, he «visto á Pablo en un paraíso.» Y sin decir mas entró en su celda, cogió la capa, y volvió á partir inmediatamente. Temiendo llegar despues de la muerte del patriarca, redobla el ardor de su marcha; pero ¡ay! su temor no era infundado. El dia siguiente, al asomar el alba, vió el alma del bienaventurado Pablo subir al cielo, rodeada de los Ángeles, de los Profetas y de los Apóstoles; ante semejante vision prosternóse con el rostro contra el suelo, para dar libre curso á sus lágrimas; mas levantándose algun tiempo despues, continuó su marcha.

Llegado á la caverna, encontró el cuerpo del Santo de rodillas, y con la cabeza y las manos levantadas al cielo; así oraban los pri-

meros cristianos. Creyendo que estaba en oracion, se arrodilló á su lado, mas no oyéndole suspirar como tenia costumbre de hacerlo durante la oracion, conoció que habia muerto; entonces solo pensó en tributarle los últimos deberes, y habiendo envuelto el cuerpo con la capa de Atanasio, lo sacó de la cueva, y cantó himnos y salmos, segun tradicion de la Iglesia católica.

Sin embargo, hallóse el Santo muy embarazado al verse desprovisto de los instrumentos necesarios para abrir la sepultura, pero Dios, en quien tenia puesta su confianza, suplió á todo; y en aquel mismo instante vió venir á lo léjos dos grandes leones que acudian desde el fondo del desierto, flotando al viento su larga melena; á su vista el Santo se encomendó á Dios, y permaneció tan tranquilo como si viniesen á él dos mansas palomas. Los temibles animales se tendieron cerca del cuerpo del bienaventurado anciano, lo acariciaron con su cola, y lanzaron grandes aullidos para manifestar que le lloraban; en seguida empezaron á excavar la tierra con sus garras hasta que hubieron abierto un hoyo capaz de contener un cuerpo humano, despues de lo que, como pidiendo la recompensa de su trabajo, se acercaron á san Antonio y lamieron sus piés, moviendo las orejas é inclinando la cabeza. Comprendió el Santo que le pedian su bendicion, y dando gracias á Nuestro Señor porque los mismos animales adoraban su divinidad, dijo: «Señor, sin cuya voluntad «no cae en los bosques una hoja, ni queda sin vida el mas tierno «pajarillo, dad á esos leones lo que sabeis han menester.» Hízoles acto continuo una señal con la mano para que se marchasen, y los terribles sepultureros se alejaron al instante.

Este admirable imperio de los Santos sobre todas las criaturas no debe causarnos admiracion alguna, pues con su eminente virtud habian reconquistado una parte del poder con que estuvo adornado el primer hombre; cuanto mas santo es el hombre, mas se acerca á la perfeccion primitiva y mas recobra sus antiguas prerogativas: asimismo lo prometió el Reparador de todas las cosas [1].

Una vez ausentes los leones, Antonio bajó al hoyo el cuerpo del bienaventurado, y cubriólo de tierra, segun costumbre de la Iglesia; en seguida partió para su monasterio, llevando consigo la túnica de hojas de palmera que tejiera Pablo con sus propias manos,

[1] Véase el *Discurso* de Arnaud d'Andilly, *sobre la vida de los Padres del desierto*, t. I, pág. 17 y sig.

joya que guardó siempre preciosamente y de la que se revestia en los dias solemnes de Pascua y de Pentecostes. La muerte del bienaventurado Pablo, patriarca del desierto, aconteció en el año 342[1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado tan cuidadosamente sobre vuestra santa Iglesia; inspiradme el valor de los generosos soldados de la legion Tebana, y el espíritu interior de san Pablo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero no murmurar jamás contra mis superiores.*

[1] *Vida de san Pablo* por san Jerónimo, y *Vida de san Antonio* por san Atanasio. Á tales héroes tales historiadores.

LECCION XVII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Vida de san Antonio. — Orígen de la vida religiosa. — Vida de santa Sinclética, primera fundadora de los monasterios de mujeres en Oriente. — Mision providencial de las Órdenes religiosas en general, y de las contemplativas en particular. — Servicios espirituales que prestan á la sociedad. — Oracion, expiacion. — Reclusion. — Historia de santa Thais. — Otro servicio, conservacion del verdadero espíritu del Evangelio.

San Pablo, cuya vida acabamos de referir, fue el padre de los solitarios. Llámanse *solitarios* ó *anacoretas* los que viven solos en grutas ó en celdas separadas, ocupados en la oracion y en el trabajo manual. San Antonio, del cual vamos á hablar, fue el padre de los *cenobitas*, es decir, de los religiosos que viven en comunidad. Sin embargo, debemos remontarnos mucho mas léjos si deseamos encontrar el orígen primitivo del estado religioso: la vida religiosa está en la naturaleza humana, y vense vestigios de ella desde la mas remota antigüedad, así entre los gentiles como entre los judíos; no hablando sino de los últimos, debemos considerar á los nazarenos y á los hijos de los Profetas como religiosos simbólicos de la nueva alianza [1]. San Juan Bautista es el lazo que en este punto reune á ambos Testamentos. «Así como, dicen san Gregorio Nazianceno y san «Crisóstomo, fueron los Apóstoles los primeros presbíteros, así san «Juan Bautista fue el primer monje [2].» Las Órdenes religiosas nacieron con la Iglesia; ¿acaso en los Hechos de los Apóstoles no vemos á los primeros cristianos vivir en comunidad y hacer voto de no po-

[1] Filii prophetarum, quos monachos in Veteri Testamento legimus, aedificabant sibi casulas iuxta fluenta Iordanis, et turbis urbium derelictis, polenta et herbis agrestibus victitabant. (S. Hier. *Epist. IV ad Rustic.).*

[2] Noster princeps Elias, noster Elisaeus, nostri duces Filii prophetarum, qui habitabant in agris et solitudinibus, et faciebant sibi tabernacula prope fluenta Iordanis. (Id. *Epist. XIII apud Paulin.).* — Huius vitae auctor Paulus, illustrator Antonius, et ut ad superiora conscendam, princeps Ioannes Baptista. (Id. *ad Eustoch. de serv. virg.).*



seer nada propio [1]? San Ignacio, Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, san Epifanio, los santos Padres todos nos hablan de las vírgenes consagradas al Señor, viviendo en comunidad del trabajo de sus manos.

Volvamos á san Antonio. Este nuevo Moisés nació en Egipto en el año 221, y sus padres, nobles y ricos, le educaron en la religion cristiana; huérfano á la edad de diez y ocho años, quedó á su cuidado una hermanita suya; mas habiendo Antonio, seis meses despues, oido leer en la iglesia estas palabras dirigidas al jóven del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme* [2], se las aplicó á sí mismo, y apenas salido de la iglesia, abandonó á sus vecinos ciento cuarenta fanegas de excelente tierra, con la condicion de que pagarian los impuestos públicos por él y por su hermana; vendió el resto de sus bienes, y distribuyó su producto á los pobres, reservándose únicamente lo necesario para su subsistencia y la de su hermana.

Algun tiempo despues oyó leer en la asamblea de los fieles estas palabras: *No andeis cuidadosos por el dia de mañana* [3], y resolvió desprenderse de sus muebles en favor de los pobres; colocó en un monasterio de vírgenes á su querida hermana, la cual fue la directora de muchas personas de su sexo, y él se retiró al desierto, donde el demonio le hizo sufrir grandes tentaciones, de las cuales salió vencedor por sus continuas oraciones y por su ardiente fe.

La fama de su santidad no tardó en rodearle de una multitud de personas que deseaban verle, unas para edificarse, y otras obedeciendo á una vana curiosidad; y como tales visitas turbaban el reposo del devoto solitario, resolvió hundirse aun mas en el desierto. Emprendió, pues, su marcha, y despues de largos dias de fatiga, encontró un sepulcro antiguo, lleno de un gran número de animales, los que emprendieron la fuga al aproximarse el Santo; Antonio entró en él, cerró su puerta, y permaneció veinte años en aquel retiro, donde un amigo suyo le traia pan dos veces al año. Dios permitió que el demonio le atacase; primeramente quiso asustarle con un horrible estrépito, mas viendo la inutilidad de aquella primera

[1] C. 4; S. Aug. *De Civit. Dei*, lib. XVII, c. 4.
[2] Matth. XIX, 21.
[3] Matth. VI, 34.

tentativa, le maltrató tan cruelmente que le dejó cubierto de heridas y cási espirando.

Al recobrar sus sentidos y aun antes de levantarse, gritó á los demonios: «Todavía estoy pronto á la lucha. No, nada podrá sepa«rarme de mi Señor Jesucristo.» Los espíritus de las tinieblas no vacilan en aceptar el reto; redoblan sus esfuerzos, lanzan espantosos rugidos y revisten las formas mas asquerosas y horribles [1]. An-

[1] Estas terribles apariciones de los demonios, los duros ataques que sufrieron no solo san Antonio, sino tambien san Hilarion y los demás solitarios de la Tebaida, nos son referidas por hombres cuyos dichos no son en nada sospechosos. San Atanasio, san Jerónimo, columnas y antorchas del mundo, no eran seguramente ni de una imaginacion débil, ni de un espíritu crédulo, y por otra parte, tales hechos por extraordinarios que parezcan, no tienen en sí nada que deba sorprendernos, pues es indudable: 1.° Que al aparecer el Cristianismo, el demonio gozaba de un poder mucho mayor que en el dia, como lo atestiguan las numerosas posesiones enumeradas en el Evangelio y en la *Historia eclesiástica;* 2.° parece igualmente cierto que el Alto Egipto en particular era habitado por algunos de los mas temibles entre todos los espíritus infernales. En efecto, en la historia de Tobías leemos que el arcángel Rafael se apoderó del demonio que atormentaba á Sara, lo encadenó y lo relegó al desierto del Alto Egipto. *Tunc Raphaël angelus apprehendit daemonium et relegavit eum in deserto Superioris Aegypti.* San Agustin, explicando el modo como los demonios pueden ser atados y desatados, dice que estas palabras no significan otra cosa sino tener la libertad de hacer mal á los hombres, ó carecer de ella. El Arcángel ordenó de parte del Señor al demonio de Sara que se retirase y dejase en paz aquella familia fiel, esto es, le significó la revocacion de la libertad que hasta entonces le habia dado para ejercer su crueldad contra los que se acercaban á Sara; siendo relegado al Alto Egipto, no para ser encerrado allí en un lugar ó en una cárcel, sino para ejercer su poder en la extension de territorio que le seria señalado, pues Dios es el que prescribe á los demonios ciertos límites en el ejercicio de su poder, ya respecto del tiempo, ya de los lugares, de las cosas ó de las personas; solo él manda á los demonios; solo él es dueño de nuestras vidas y bienes; el demonio ó los hombres solo pueden arrebatarnos lo que Dios les abandona; si les prohibe tocar nuestras personas, uno solo de nuestros cabellos tendrá bastante fuerza para detenerles. (*De Civit. Dei,* lib. XX, c. 78).

El desierto del Alto Egipto, en que fue relegado el demonio de Sara, es un pais inculto y estéril; san Jerónimo refiere que lo pueblan muchas serpientes y otros animales venenosos [1]; lugares que habrian permanecido sepultados en un horror y olvido eternos á no haber sido santificados por la residencia de muchos y santos solitarios que les hicieron venerables y célebres, y que cambiaron su esterilidad y horror en un paraíso de delicias y en una

[1] In Ezech. xx.

tonio permaneció inmutable, porque tenia su confianza en Dios; un rayo de luz desciende sobre él, y los demonios emprenden una vergonzosa fuga. «¿Dónde estábais, pues, mi Señor y mi Dios? exclamó entonces. ¿Por qué no vinísteis desde el principio del combate, «que habríais enjugado mis lágrimas y calmado mis penas?» Apenas hubo dicho estas palabras, cuando una voz le contestó: «Antonio, me hallaba cerca de tí, he sido espectador de tus combates; «y porque has resistido con valor á tus enemigos, te protegeré «durante el resto de tu vida, y haré célebre tu nombre por toda la «tierra.» Levantóse el Santo al oir tales promesas, lleno de consuelo y de fuerza, á fin de manifestar su reconocimiento á su libertador.

Antonio resolvió adelantarse todavía mas por el desierto, y atravesando el brazo oriental del Nilo, se retiró á la cima de una montaña, y se encerró en las ruinas de un viejo castillo, donde vivió durante eerca de nueve años completamente separado del mundo.

Acercábase el momento en que los cristianos que habian permanecido en el siglo debian llegar á las manos con el Gentilismo; todo estaba preparado para el mas largo y reñido combate que hubiese sostenido jamás la Iglesia; el mundo debia ser el premio del vencedor. ¡Admirable Providencia! En aquel mismo momento hace Dios marchar á los desiertos á una multitud de nuevos Moiseses que deben elevar sus manos al cielo y decidir la victoria. Un gran número de cristianos fueron al encuentro de Antonio, y le manifestaron su ardiente deseo de vivir bajo su direccion; el Patriarca accedió á su demanda, y abandonando su montaña en el año 303, fundó el famoso monasterio de Faium; aquel mismo año, y quizás aquel mismo

tierra de eleccion, donde Jesucristo hizo brillar los mas sensibles efectos de su omnipotente gracia. El demonio, que habia establecido en ellos su imperio, se vió confinado y vencido en los mismos por los antiguos solitarios; aquel sitio es el campo de batalla donde los Antonios, los Pacomios, los Macarios, los Pafnucios y tantos otros combatieron y aterraron al demonio, el cual jamás manifestó tanto furor y tenacidad como en la defensa de aquellos desiertos, donde se habia, por decirlo así, atrincherado y fortificado. Á tan temible adversario era preciso oponer vigorosos atletas, y esto explica la retirada de nuestros héroes cristianos á aquellas famosas soledades, siendo otra de las admirables armonías que se encuentran á cada paso así en el órden moral como en el físico. Siempre dos fuerzas que se chocan y que establecen el equilibrio universal, del que resulta la prueba palpable de una Providencia. (Véase *Biblia* de Vence, t. VIII, pág. 266).

dia, Diocleciano mandaba fijar en todas las calles de Nicomedia el sangriento edicto, que publicado en toda la extension del Imperio debia inaugurar la grande y última persecucion general.

El alimento de Antonio en su nuevo género de vida consistia diariamente en seis onzas de pan mojado en agua, con un poco de sal, á la que añadia de cuando en cuando algunos dátiles; y solo en sus últimos años se permitió usar un poco de aceite. Muchas veces pasaba tres ó cuatro dias sin tomar alimento alguno; un cilicio le servia de túnica, encima del cual llevaba un sayo hecho de pieles de oveja, sujeto con un cinturon; una estera de junco era su lecho, y una piedra su almohada. Á pesar de tan rigurosas mortificaciones estaba robusto y contento, consistiendo su mayor placer en entregarse en su celda á la oracion y á la contemplacion; en tan santo ejercicio pasaba las noches enteras, y cuando aparecia de nuevo el sol en el horizonte, quejábase de su vuelta diciéndole: «¿Qué me «importa tu luz? ¿Por qué vienes á distraerme? ¿Por qué te levan«tas para arrancarme á la luz del verdadero sol?»

Fácilmente se deja concebir qué clase de instrucciones debia semejante maestro dar á sus discípulos! Hé aquí algunas de las máximas que sin cesar les repetia:

«Jamás se aparte de vuestro entendimiento el recuerdo de la eter«nidad; todas las mañanas pensad que solo viviréis hasta el fin del «dia; pensad todas las noches que quizás no veréis el dia de ma«ñana.

«Haced cada una de vuestras acciones como si debiese ser la últi«ma de vuestra vida, es decir, con todo el fervor y piedad de que «seais capaces.

«Velad de continuo contra las tentaciones, y resistid con valor á «los ataques del enemigo. El demonio es muy débil cuando se sabe «desarmarle, y se le desarma con el ayuno, la oracion, la humil«dad y las buenas obras; la señal de la cruz basta para desvanecer «sus hechizos y sus ilusiones.»

Así como acuden las abejas al rededor de su colmena, cada dia llegaban al monasterio de Antonio gran número de fieles, de modo que en breve se construyeron nuevos monasterios en las inmediaciones de la montaña, en cuya cima se encontraba el arruinado castillo que habitara durante tanto tiempo el santo Patriarca. El número de los solitarios aumentó de tal manera, que despues de la muerte

de Antonio, san Serapio de Arsinoe era superior de diez mil monjes, siendo cási imposible contar los que poblaban las soledades de Menfis y de Babilonia.

Entre aquellos solitarios, unos vivian en comunidad, mientras que otros llevaban una vida anacorética en cuevas separadas: hemos dicho ya que se llamaban *cenobitas* los que vivian en comunidad, y *anacoretas* los que se retiraban á una soledad mas completa, despues de haber vivido largo tiempo en comunidad y de haber aprendido á vencer sus pasiones. Unos y otros eran conocidos con el nombre general de *monjes*, es decir, solitarios, ó de *ermitaños*, es decir, habitantes del desierto. Los cenobitas no dejaban de estar muy solitarios, puesto que no veian á nadie mas que á sus hermanos, separados como se hallaban de toda habitacion por muchas jornadas de camino, al través de arenosos y estériles desiertos, donde debia llevarse todo consigo, hasta el agua: los hermanos no se veian entre sí sino por la tarde y por la noche, en las horas de oracion, y pasaban el resto del dia en trabajar en sus celdas. San Atanasio, que les visitó con mucha frecuencia, no habla de los cenobitas sino con transportes de admiracion. «Los monasterios, dice, son otros tantos «templos llenos de personas cuya vida se pasa cantando alabanzas á «Dios, leyendo, orando, ayunando y velando; ángeles terrenos que «cifran todas sus esperanzas en los bienes futuros, que están unidos «por los lazos de una admirable caridad, y que trabajan menos pa«ra su sustento que para el de los pobres; aquellos desiertos son co«mo una region absolutamente separada del mundo, y cuyos felices «habitantes no tienen mas objeto que el de ejercitarse en la justicia «y en la piedad.»

Todos aquellos solitarios eran regidos por el gran san Antonio, el cual no cesaba de exaltar su fervor con su vigilancia, sus exhortaciones y ejemplos; pues á pesar de haber establecido superiores subalternos, no dejó de conservar sobre ellos una inspeccion general. La veneracion de que era objeto se extendia mucho mas allá de los límites del desierto, tanto que el emperador Constantino y sus dos hijos, Constancio y Constante, le escribieron encomendándose á sus oraciones, y manifestándole sus vivos deseos de que les contestase; sorprendidos quedaron los discípulos de Antonio al ver el honor que le hacia el señor del mundo; mas su superior les dijo: «No debe «causaros admiracion el que yo reciba una carta del Emperador,

«pues no es mas que un hombre que escribe á otro hombre; pe-«ro admiraos, sí, de que Dios se dignase escribirnos sus volunta-«des y hablarnos por medio de su propio Hijo.» Cediendo á las reiteradas representaciones de sus discípulos, escribió una carta al Emperador y á sus hijos, exhortándoles á despreciar el mundo y á no perder jamás de vista la idea del juicio final.

Antonio, que se veia en el ocaso de su vida, emprendió la visita de sus monasterios; y si bien sus principales discípulos, á quienes predijo su próximo fin, le suplicaron con lágrimas en los ojos que permaneciese con ellos hasta el último momento, no quiso acceder á sus instancias. Pocos dias despues de su regreso á su celda, cayó enfermo y dijo á sus discípulos: «Cuando llegue el dia de la resur-«reccion, recibiré el cuerpo incorruptible de manos de Jesucristo. «Repartid mis vestidos del modo que os voy á manifestar; dad al «obispo Atanasio una de mis pieles de oveja, junto con la capa que «me dió nueva y que yo he usado; dad al obispo Serapio la otra «piel de oveja, y guardad para vosotros mi cilicio.» Este fue el testamento de aquel grande hombre. «Adios, hijos mios, añadió; An-«tonio se va, y ya no está entre vosotros.» Dichas estas palabras, abrazó á sus discípulos Macario y Amathas, extendió las piernas, y durmióse tranquilamente en el Señor. Su muerte aconteció en el año 356, cuando contaba la edad de ciento y cinco años, sin que á pesar de sus mortificaciones estuviese sujeto á ninguno de los achaques que son ordinario patrimonio de la vejez [1].

Mientras que Antonio atraia al desierto á tanto número de hombres, cuyas oraciones reunidas debian violentar el cielo, una santa jóven formaba una nueva Tebaida en medio del mundo, atrayendo á la vida religiosa á infinidad de personas de su sexo. Tantos santos, tantas víctimas inocentes, tantas manos elevadas al cielo noche y dia no estaban de mas para conseguir la victoria de que dependia la salvacion del mundo.

La fundadora de los primeros monasterios de mujeres fue santa Sinclética, la cual nació en Macedonia cási al mismo tiempo que nacia en Egipto san Antonio. Sus virtuosos padres, de una familia muy antigua é ilustre, resolvieron establecerse en Alejandría, atraidos por la fama de piedad que hacia entonces célebre á aquella ciudad, llevándo-

[1] *Vida de los Padres del desierto*, por Arnaud d'Andilly, t. I; Helyot, *Historia de las Órdenes religiosas*, t. I.

dose consigo á toda su familia compuesta de cuatro hijos, dos niños y dos niñas. La niña Sinclética se hallaba aun entre los brazos de sus padres, y ya se distinguia por su decidido amor á la virtud y á todos los ejercicios de la Religion. Una esclarecida nobleza y una inmensa fortuna, junto con una grande hermosura, hicieron que fuese solicitada en matrimonio por los jóvenes mas distinguidos de la ciudad; mas ella los rechazó á todos, pues habia prometido á Jesucristo no tener jamás otro esposo que él, y como estaba persuadida de que era ella misma su mas peligroso enemigo, empleaba la práctica de todas las mortificaciones á fin de someter la carne al espíritu.

Despues de la muerte de sus padres, aseguró el bienestar de su hermana, ciega, distribuyó sus demás bienes á los pobres, y no habiendo ya nada que la sujetase al mundo, se retiró á un sepulcro inmediato á la ciudad, á fin de aplicarse únicamente á la contemplacion de las cosas celestes. Durante algun tiempo solo Dios fue testigo de la vida angélica de su sierva, pero al fin permitió que la fama de sus virtudes atravesase la oscuridad de las tinieblas á que se habia condenado.

No se pasó mucho tiempo sin que rodease la residencia de la Santa un gran concurso de mujeres y de vírgenes cristianas que deseaban consultarla acerca de materias piadosas. La Santa dió á todas las mas eficaces instrucciones para vencer las tres grandes pasiones del corazon humano, el amor de los honores, el amor de las riquezas y el amor de los placeres. Dóciles á las palabras de la sierva de Dios, la mayor parte se reunieron en comunidad, ú observaron en el mundo la vida del claustro, y este fue el orígen de los monasterios de mujeres en Oriente. Llegada á la edad de ochenta años, Sinclética se vió afligida de violentos dolores, que sufrió durante tres años y medio con una paciencia admirable; por fin entregó su hermosa alma á su Criador, despues de recomendar á sus hijas que combatiesen con valor, y que jamás se cansasen [1].

Así, en el plan de la Providencia para la conservacion y propagacion del Cristianismo, las Órdenes religiosas y en particular las contemplativas son como otros tantos Moiseses enviados léjos del combate á fin de obtener para la Iglesia el triunfo sobre sus enemi-

[1] Véase Helyot, t. I, pág. 81; Arnaud d'Andilly, *Vida de los Padres del desierto*, t. III, pág. 91.

gos, que son las persecuciones, las herejías y los escándalos. Sus miembros son otras tantas víctimas encargadas de contrabalancear las iniquidades del mundo, de modo que el grande Orígenes, hablando de los primeros religiosos, dice con estas mismas palabras «que su único cuidado es el servicio de Dios, desprendidos como es«tán de todo negocio temporal, y que por medio del ayuno, de la «oracion, de la justicia, de la piedad, de la dulzura, de la castidad «y de todas las virtudes *combaten por los débiles*, de modo que los «mismos fieles se aprovechan de sus trabajos [1].»

Esta mision, propia de las Órdenes contemplativas, tiene relacion con los mismos fundamentos del Cristianismo, verdad capital que importa comprender, en el dia sobre todo. En efecto, el Cristianismo no es mas que una grande indulgencia, es decir, la aceptacion de la víctima por excelencia ofrecida para el género humano culpable, aceptacion que supone la reversibilidad de los méritos del justo al pecador, y asimismo es, pues todos somos hermanos, solidarios los unos para los otros. Si las buenas obras de los Santos son todopoderosas para atraer sobre nuestras cabezas las bendiciones del cielo, no lo son menos los crímenes de los malos para hacer caer sobre nosotros maldiciones y castigos. La prueba no puede ser mas convincente; véanse sino los males que el crímen de un solo hombre ha hecho llover sobre el género humano desde hace seis mil años. ¡Véanse las bendiciones que otro hombre, pero un Hombre-Dios, nos ha granjeado á todos con su sacrificio!

Recordemos tambien Sodoma y las demás ciudades infames que habria salvado la presencia de diez justos; y sobre todo escuchemos al mismo Dios: Jerusalen está manchada de crímenes, y quiere entregarla á los asirios á fin de que la destruyan y pasen sus habitantes á cuchillo; solo una cosa puede detener su ira y salvar á la ciudad: un justo, sí, un solo justo puesto en la balanza con millares de pecadores, y el justo pesará mas. *Vé, profeta,* dijo á Jeremías, *recorre todas las calles de Jerusalen, mira, examina, busca por todas sus plazas, y si encuentras á un hombre justo, perdonaré la ciudad* [2].

«¿Quién no admirará, exclama san Jerónimo, el aprecio que ha-

[1] Homil. XXIV *in Numer.*; Helyot, t. I, pág. 26. Véanse tambien sobre la reversibilidad de las oraciones y penitencias las justas reflexiones de Rodriguez, *Perf. crist.* t. I, c. 3.

[2] Ierem. v, 1.

«ce Dios de un hombre justo? No dice como antiguamente á Abra-«ham: Perdonaré la ciudad, si hallo en ella á diez hombres justos; «sino: con tal de que halle á uno solo entre un infinito número de «pecadores, les perdonaré á todos por amor de él. ¿Qué mas se «quiere para manifestar el respeto que debemos profesar á los hom-«bres de bien, y el gran servicio que á la república prestan, hállen-«se donde se hallen, y aun cuando no cuiden de otra cosa que de «vivir santamente [1]?»

Así pues, una de las razones aducidas por los Santos y por los teólogos, para probar que el público debe conservar y mantener á los religiosos, aun cuando no prestasen servicio alguno exterior y permaneciesen retirados en sus claustros, es que aun en la soledad de su celda, en el fondo de su gruta, en el silencio de su oratorio prestan grandes servicios al Estado; pues Dios sufre en el mundo á tantos malvados solo por el amor de un corto número de justos; á causa del trigo deja crecer la zizaña por algun tiempo [2]; ¿qué digo? por ellos convierte á los pecadores, por ellos hace cesar los males temporales, ó colma á los pueblos de bendiciones.

La prueba de que el objeto de las Órdenes contemplativas es orar por la sociedad y expiar con penitencias voluntarias los pecados del mundo, está no solo en el testimonio de los santos Padres, sino tambien en sus constituciones [3], y finalmente en una costumbre observada durante gran número de siglos. Esta costumbre, que el mundo jamás admirará bastante, se observaba del modo siguiente:

En *la mayor parte de los monasterios*, no solo de hombres sino tambien de mujeres, se elegia al religioso á quien se creia mas adelantado en la perfeccion y mas digno de ser oido por Dios; encerrábanle en una celda, á fin de que pasase en ella el resto de sus dias en la contemplacion y en una oracion *continua para todo el pueblo,* á lo cual los religiosos en su lenguaje profundamente filosófico llamaban *lanzarse al combate singular del desierto.* Llegado el dia de la reclusion, el obispo de la diócesis ó el abad del monasterio celebraba una misa de difuntos y cantaba las oraciones mortuorias sobre el recluso; en seguida le conducian procesionalmente á su celda, y despues de entrar en ella, el obispo, colocado en la puerta, cantaba un

[1] S. Hier. *in Ierem.* c. v.
[2] Matth. XIII, 29.
[3] Véanse particularmente las Constituciones de los Carmelitas.

admirable prefacio trazándole todos los deberes y virtudes de un Moisés cristiano encargado de orar por la Iglesia. Cerraban luego la puerta de la celda, en la cual el obispo imprimia su sello, y desde entonces en adelante no podia el recluso tener comunicacion alguna con sus hermanos; pasábanle la comida por un torno, y en caso de caer enfermo, quitaban el sello del obispo para entrar á socorrerle, pero no le era permitido salir jamás de su reclusion [1].

¡Cuánto debia ser el poder, para la felicidad del mundo, de las penitencias y de las oraciones de tantas víctimas inocentes! Al pensar que de todos los puntos del globo se elevaban, permítaseme la expresion, tan eficaces pararayos contra las iras de la justicia divina, ¿debemos admirarnos de los milagros de gracia y de salvacion que nos ofrece la historia de las sociedades cristianas? Del fondo de la gruta del solitario partia el golpe que hiriendo al pecador en medio de sus desórdenes convertia á una oveja por largo tiempo descarriada en una oveja dócil y sumisa: entre los muchos ejemplos que podríamos citar, nos contentarémos refiriendo el de santa Thais, célebre entre cuantos nos presenta la historia, y que prueba completamente la verdad de lo que hemos sentado.

Á mediados del siglo IV vivia en Alejandría una famosa cortesana llamada Thais, la cual, si bien educada en la religion cristiana, habia visto ahogados los gérmenes de la gracia por su amor á la voluptuosidad, y por sus deseos de infame ganancia. Sus desórdenes escandalizaban el Egipto, pero á nadie afligian tan profundamente como á un santo solitario llamado Pafnucio; el venerable anciano, prosternado en el suelo de su cueva, y con las manos elevadas al cielo, solicitaba continuamente con sus lágrimas, penitencias y oraciones, la poderosa gracia que debia anonadar á la pecadora, y conducirla bañada en llanto, como otra Magdalena, á los piés de Jesucristo. Despues de ofrecerse muchas veces por víctima expiatoria, Pafnucio consultó al Señor, y el espíritu de Dios le inspiró una piadosa estratagema para sacar á la pecadora del fango de sus desórdenes; disfrazóse de modo que fuese imposible conocerle, púsose en camino y llegó á la casa de Thais; al estar en la puerta, pidió hablarle en un aposento retirado. «¿Por qué no en mi estancia? contestóle Thais. ¿Qué temeis? Si á los hombres, nadie entrará; si á

[1] Véanse las ceremonias de la reclusion en san Gregorio de Tours, lib. VI, c. 39; y en Martene, *De antiq. Eccl. ritib.;* Godescard, 5 de febrero.

«Dios, es imposible ocultarse á sus miradas. — ¡ Cómo ! replicó el «anciano; ¿sabeis que hay un Dios? — Sí, respondió Thais; sé «tambien que hay un paraíso para los buenos y un infierno eterno «para los malos. — Si sabeis todo esto, díjole el anacoreta, ¿cómo «podeis pecar en presencia de Aquel que debe juzgaros?»

Al oir estas palabras reconocióle Thais por un hombre de Dios, y arrojándose á sus piés, deshecha en llanto, le dijo: «Padre mio, or«denadme la penitencia que tengais á bien, y espero que Dios usará «conmigo de misericordia. Solo os pido me concedais tres horas, y «luego ejecutaré cuanto me mandeis.» El santo anciano le indicó el sitio en que le hallaria pasado aquel tiempo, que empleó Thais en amontonar en la calle sus muebles, sus joyas y cuanto habia adquirido con sus pecados, y en pegarle fuego, excitando á los cómplices en sus desórdenes á imitarla en su sacrificio y en su penitencia. Con semejante accion quiso Thais reparar los escándalos que habia dado, y manifestar que no solo renunciaba al mal, sino tambien á cuanto puede alimentar y avivar las pasiones.

Dirígese en seguida al encuentro de Pafnucio, el cual la condujo á un monasterio de vírgenes, encerrándola en una celda, cuya entrada selló con plomo, y dejando únicamente una pequeña abertura para pasarle la comida. El anciano mandó á las hermanas que no le llevasen mas que un poco de pan y de agua durante el resto de su vida, «y en cuanto á vos, dijo á la pecadora, implorad sin ce«sar la misericordia divina. — Padre mio, ¿qué oracion puedo di«rigir al cielo? — No sois digna de pronunciar su nombre, pues «vuestros labios están mancillados por mil iniquidades, ni de elevar «vuestras manos al cielo, pues están manchadas de impurezas; así, «contentaos con volveros hácia el Oriente [1] y con repetir á menudo: «¡ Vos que me criásteis, apiadaos de mí!»

Thais pasó tres años en aquel encierro, transcurrido cuyo tiempo, Pafnucio, movido á compasion, pidió á los solitarios que consultasen al Señor para saber si era suficiente aquella penitencia; todos pasaron la noche en oracion, y á la mañana siguiente un santo anacoreta, llamado Pablo, dijo que Dios tenia preparado en el cielo un lugar para la penitenta. Pafnucio abrió, pues, su celda, y le anunció

[1] Hemos visto que los primeros cristianos tenian por costumbre, al orar, volverse hácia el Oriente, y de aquí la de colocar al Oriente el altar mayor de las iglesias.

que su penitencia habia terminado; mas Thais, herida por los juicios de Dios, y juzgándose indigna de vivir en compañía de las esposas de Jesucristo, pedia permanecer encerrada en su celda hasta el fin de su vida, en lo que Pafnucio no quiso consentir. Padre mio, decia Thais, desde mi entrada en el monasterio he tenido siempre mis pecados á la vista, y jamás he cesado de llorar. «Por esto Dios «los ha borrado, contestó Pafnucio.» Despues de salir de su cárcel, Thais vivió junto con las demás hermanas; pero Dios, contento de su sacrificio, la retiró del mundo quince dias despues.

Hé aquí una prueba incontestable de que las oraciones y penitencias de los Santos son muy eficaces para obtener la salvacion de los pecadores. ¡ Cuántos entre aquellos que leerán estas líneas con indiferencia, incredulidad ó quizás desprecio, tendrán un padre, una madre, un hermano que ha debido, debe ó deberá su salud, su reposo, su salvacion á las oraciones de una pobre carmelita, ignorada, desconocida! Y si ellos mismos se convierten, ¿á quién lo deberán? Á la gracia indudablemente. Y ¿quién atraerá la gracia sobre su cabeza? ¿Sus crímenes, ó bien las vigilias, las lágrimas y las oraciones de algun ángel expiatorio?

Así pues, asegurar el reposo del mundo desviando los castigos que sus crímenes, cada dia repetidos, claman de la justicia divina; obtener para los que lo gobiernan las luces, la firmeza, la santidad de que necesitan; á los justos la perseverancia, á los pecadores el arrepentimiento; tal es el primer objeto de las Órdenes contemplativas, tal es el inapreciable servicio que prestan á la sociedad. Al separarse de ella no la abandonan, y no se retiran de su seno sino para serle útiles, y esta es la razon por que en todos los grandes combates de la Iglesia verémos á alguna compañía escogida, á alguno de aquellos héroes de la fe desprenderse del ejército que combate en la llanura, y dirigirse á la montaña salvadora para asegurar la victoria á sus hermanos por medio de sus oraciones y penitencias. Este es el sacrificio de los Decios y de los Cecrops; ¿qué digo? es el sacrificio de Jesucristo Señor nuestro ofreciéndose á la muerte, por ser preciso que muera un hombre para la salvacion del pueblo.

Otro de los servicios que prestan á la sociedad las Órdenes religiosas en general y las contemplativas en particular, es perpetuar,

en toda su pureza primitiva, la práctica de los preceptos y de los consejos del Evangelio, es decir, de la doctrina á que debe el mundo moderno su libertad, sus luces, sus instituciones, su superioridad intelectual y moral sobre los gentiles de la antigüedad y del dia. ¿Es esto poco? El deseo de practicar el Evangelio en toda su pureza fue la segunda causa que dió orígen á las Órdenes religiosas.

En los hermosos dias de la Iglesia naciente, todos los Cristianos con pocas excepciones [1], animados y llenos del espíritu de Nuestro Señor, que acababa de posesionarse de ellos, eran verdaderamente santos, y sin ruborizarse podian repetir en alta voz aquellas bellas palabras de santa Blandina: «Somos cristianos, y entre nosotros no «se comete mal alguno.» La mas perfecta de todas las virtudes, la que supone todas las demás, la caridad, brillaba en ellos con resplandor tan vivo y puro, que los admirados gentiles exclamaban: «¡Ved á los Cristianos cómo se aman entre sí! ¡cómo están prontos «á morir los unos por los otros!» Dias felices, ¿por qué durásteis tan poco?

Acercábase el momento en que la Iglesia debia recibir la paz por Constantino, y con la paz riquezas y honores; siendo entonces cuando el hombre enemigo se preparaba para sembrar zizaña en el bien cultivado campo del padre de familia; entonces fue tambien cuando gran número de cristianos y de cristianas, deseosos de permanecer fieles al Evangelio, buscaron fuera de la sociedad un abrigo contra la corrupcion; retirados en los desiertos léjos de las ciudades y del tumulto de los hombres, practicando en la inocencia de su corazon la Religion que eleva al hombre hasta á Dios, dieron á la tierra ejemplos de santidad que causaron y causarán siempre la admiracion de los siglos, así como confundirán nuestra tibieza, sirviendo de eternos monumentos de la perversidad del mundo, causa de la fundacion de las Órdenes monásticas; sin ella, el mundo cristiano no habria sido mas que un vasto convento.

El nacimiento de las Órdenes religiosas es, pues, una nueva prueba de la Providencia y del cuidado que toma en conservar en la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos, no solo la pureza de las doctrinas, sino tambien la práctica de las virtudes segun el verdadero espíritu del Evangelio; compárese sino la vida de los primeros

[1] Tertul. *in Nation.*

cristianos con la de los religiosos que obedecen á una buena regla, y se verá que hay entre ambas muy poca diferencia [1].

[1] En un tiempo en que el espíritu público, falseado por las malas doctrinas, es mas y mas hostil á las Comunidades religiosas, creemos que se nos agradecerá el que traslademos aquí algunos párrafos de su reciente apología por un hombre de mundo :

«Entre las congregaciones religiosas, unas se proponen por fin el retiro; otras, «doctrinarias y hospitalarias, se mezclan con el pueblo, á quien asisten, ins«truyen y consuelan. Las Órdenes religiosas fueron desde el claustro una de «las mas fuertes columnas durante la edad media, y un punto de apoyo del Clero; «las congregaciones religiosas han sido la realizacion del Cristianismo en la so«ciedad civil; con su ciencia las Órdenes religiosas se aseguraron las bases del «edificio, siendo las congregaciones religiosas sus preciosos frutos.

«Sin las Órdenes religiosas, el Clero hubiera estado flotante á todos los vien«tos del siglo; sin las congregaciones, haria sentir menos el divino poder de la «religion de Cristo. Las congregaciones hacen palpable la moral evangélica; «hacen sentirla al ignorante, comprenderla á las inteligencias groseras, y creerla «á los incrédulos. Las hermanas de la Caridad han puesto á su vez sus dedos «en las llagas de Cristo para manifestar que el Señor está con ellas, les sirve de «modelo, las inspira y las fortifica; el Clero tiene en sus manos la causa de que «ellas son efecto. El Cristianismo es el árbol; las hermanas de la Caridad son «sus frutos mas bellos, mas agradables, mas *milagrosos*...

«Las congregaciones religiosas, expresion del Cristianismo, son tambien la «expresion de una necesidad de nuestra naturaleza, la expresion de una ne«cesidad de nuestra sociedad. No á todos es dable entrar en la gran corriente so«cial; almas hay que no sienten semejante vocacion, inteligencias que la repug«nan, naturalezas á quienes el roce del mundo causa daño ó asusta; hay al«gunos que encuentran todos los puestos ocupados; otros, cuya organizacion «es tan delicada, que no hallan el menor eco; otros que desesperan de poder «nunca conseguir el lugar al que sienten podrian aspirar en el seno de la fami«lia; en una palabra, hay célibes de vocacion, de necesidad y de naturaleza. «El Clero atrae á los unos; mas el Clero por los estudios que exige es una «aristocracia en su género; á su alrededor van errantes muchas pobres almas «en pena para las cuales el mundo está cerrado material ó moralmente, y que «buscan con ansia una salida. Para unas se abren las congregaciones de mu«jeres; las comunidades de hombres podrian abrirse para otras. Os quejais, «señor, de que haya 20,000 religiosas; al paso que nosotros quisiéramos ver «además á 25,000 religiosos en iguales condiciones, es decir, prestando á la «sociedad iguales servicios.

«Por una parte, las comunidades de hombres y de mujeres satisfacen una «necesidad de nuestra naturaleza, y por otra procuran á la sociedad la triple «ventaja de reparar los escombros de los caminos mas frecuentados, de colo«car á muchos de sus miembros, y finalmente de ayudar eficazmente á muchos «otros á llevar sus cadenas.

«Las comunidades de hombres y de mujeres en tanto llenan una necesidad

Los primeros cristianos tenian la Religion por cosa capital, y á ella sacrificaban todo lo temporal; lo mismo sucede en los religiosos, los

«de nuestra naturaleza, en cuanto pueden ser para muchos un preservativo, «como lo fueron los conventos, contra las pasiones no satisfechas, la miseria «y la disolucion. ¡ Cuántos hombres que han buscado el reposo en el suicidio, «habrian hallado en las asociaciones religiosas un refugio y un seguro puerto!

«Las comunidades religiosas son un asilo, dan una profesion, constituyen «una fuerza social, y además poseen una virtud *sui generis*, una virtud espe-«cial, que es el celibato. Sí, señor, el celibato; sin él, desapareceria el perfecto «régimen de hospitalidad, sin él la enseñanza gratuita es de muy difícil reali-«zacion, sin él no existiria la caridad completa. En los hospitales y en los hos-«picios, cualquier célibe, no religioso, se aviene mal con el régimen sedenta-«rio, con la vida que allí se lleva; y esto se comprende fácilmente, pues el hos-«pital es un camino muy triste para llegar á la fortuna. Por otra parte, un hom-«bre casado, excepto el director y el médico, que se instalan en él cómoda-«mente, no es propio para el servicio de los hospitales y de los hospicios, pues «el casado por mas que se haga consume doble que el célibe, ocupa demasiado «lugar, ¡ al paso que las hermanas están allí tan bien! No tardarémos en ver-«las seguir por los hermanos, pues aquel es el sitio del célibe religioso, del que «cree que el camino del hospital conduce al cielo.

«¡Y la enseñanza, señor! Sobre este punto tengo en mi favor la estadística, «de la que, como no ignorais, se desprende que están dedicadas á la enseñanza «10,371 religiosas y 2,136 religiosos, prueba de que la enseñanza se acomoda «con el celibato. No es esto todo; hay otros célibes dedicados á la enseñanza, «y á quienes el matrimonio podria convenir, y que sin embargo no se casan. «De 40,352 maestras legas, dedicadas á la instruccion primaria, 23,000, sí, «veinte y tres mil, no vayais á creer que es error de imprenta, ¡son viudas ó cé-«libes! ¿Qué contestais á esto, señor? En este número figuran 8,860 maestras «que jamás han sido casadas, número cási igual al de las religiosas. El celi-«bato es tan natural á la enseñanza primaria, que en la instruccion de los ni-«ños le vemos en la proporcion colosal de 36,201 indivíduos, hombres y mu-«jeres, contra 26,658 personas casadas. Contestad ahora francamente, y decid «de qué parte están las condiciones mas seguras de desinterés, de celo, de «dulzura, de piedad, de moralidad; (pues la moralidad entra por mucho en la «educacion, y especialmente en la de las niñas); decid si de la parte de las «jóvenes maestras legas y solteras, ó si antes bien de la de aquellas 10,371 re-«ligiosas á quienes se dirigen vuestros insultos?

«Finalmente, el celibato posee aun otra ventaja social, apreciada por los «economistas. ¡Cosa extraña, en verdad! de la misma escuela que produjo á «los enemigos del celibato del Clero ha salido una escuela económica que se «lamenta del exceso de poblacion; escuela que yerra gravemente en cuantos «medios propone para oponer un dique á su aumento, en cuanto son tan con-«trarios á la ley moral y material que rige á las sociedades como á la ley natu-«ral. La reproduccion en el matrimonio es una cosa santa é inviolable; soste-«ner lo contrario es impulsar al individualismo en una época por desgracia

cuales no se han separado del mundo sino para practicar mas libremente la única cosa necesaria; y esta es la razon por la que son llamados religiosos, nombre comun en un principio á todos los Cristianos. Los primeros cristianos oraban y comulgaban con frecuencia, y lo mismo los religiosos; entre estos, así como entre nuestros pa-

«demasiado inclinada á él. Decirnos : Sé padre lo menos posible, equivale á «decirnos; sé lo mas rico posible y cuanto antes posible; vive para tí, para tí «solo. De este modo se trabaja en disminuir el número de los consumidores, «mientras que va en aumento la clase de los productores, quienes no escuchan «á los economistas y por otra parte están demasiado léjos de ellos para oirlos.

«Por el contrario la reduccion de la poblacion por medio del celibato, es mo«ral, social y excepcionalmente conforme con la ley natural; así lo hemos sen«tado antes de ahora.

«Nosotros quisiéramos que á las 20,000 religiosas, de que haceis un car«go al Gobierno, el cual nada puede hacer sobre el particular, se añadiesen «25,000 religiosos dedicados á la enseñanza, en vez de los 2,000 que ahora se «cuentan, repartiéndose en los hospitales y hospicios, en las escuelas elemen«tales, en las industriales y agrícolas que solo existen en gérmen, y de que el «siglo XIX está obligado á dotar á la Francia. Los 50,000 asociados, con que «nos gratificaria la religion de la mayoría, como ahora se llama, reunidos con «los 50,000 miembros del Clero, que forman, segun se dice, las necesidades «del culto, constituirian un total de 100,000 indivíduos célibes entre 33 millo«nes de franceses. Conforme á este plan comprendemos perfectamente el siste«ma de la reduccion de la poblacion; haya por una parte 100,000 célibes reli«giosos, y por otra no se apresure á contraer matrimonio el resto de poblacion «destinada á él, y los economistas quedarán satisfechos.

«Los matrimonios pueden retardarse, con tal de que la educacion de la so«ciedad deje de estar exclusivamente á cargo de la policía y de los *gendarmes*. «Instrúyase mejor á la juventud francesa, y en los talleres de las ciudades, don«de hoy se marchita por sus vicios precoces; en los campos, donde la pura «inocencia es tambien cási desconocida, podrá esperar la edad en que el matri«monio es posible sin la miseria; al Clero y á las comunidades religiosas, á es«tas antes que aquel, toca el mantener el celibato casto, el dar á las familias «hijos morales, y al Estado dignos ciudadanos, y si bien no les corresponde «toda la obra, deben tener en ella la mayor parte.

«El Clero de Francia, las comunidades hospitalarias y doctrinarias, son «vuestros enemigos; los odiais y los combatís de muerte, y hé aquí por qué os «persigo yo ante los electores.

«En voz muy alta reclamo de vuestros electores que seais excluidos del Par«lamento; en Chartres dijísteis : Fuera el Clero de Francia; y los electores de «Chartres os negaron sus votos; acabais de gritar en la tribuna : Fuera las «hermanas de la Caridad, y á su vez los electores de Luçon exclamarán : Fue«ra Mr. Isambert.»

(*Carta de Mr. Martin Doisy á Mr. Isambert*, 1842).

dres en la fe, están en uso las oraciones nocturnas, cuyo objeto no es únicamente el de mortificar la naturaleza interrumpiendo su reposo, sino tambien el de oponer santas velas á las velas culpables de los mundanos. Bajo todos aspectos la noche es tiempo de maldades, tiempo de abominables placeres, de bailes, de espectáculos, de maquinaciones, de robos, de asesinatos, y era necesaria una expiacion simultánea para contrarestar las iniquidades de aquellas horas consagradas al culto de los demonios. La antigüedad gentílica parece haberlo comprendido asimismo, como lo indica el que las vestales se levantasen para orar; ignoro si sabeis que aquellas vírgenes se levantaban por la noche y que tenian sus *maitines*, iguales en un todo á las de nuestros religiosos de estricta observancia; mas en todo caso observad este punto de historia [1].

Los primeros cristianos empleaban mucho tiempo en la lectura de las santas Escrituras, piadoso ejercicio que se ha conservado en las comunidades; entre aquellos se usaban los nombres de padre ó madre, de hermano ó de hermana, segun la edad y la dignidad de las personas, y no se conocia otro tratamiento; formando una sola familia, estaban sometidos á sus superiores, eran caritativos para con los pobres y hospitalarios para con los extranjeros; tiernos ejemplos que se encuentran aun en los monasterios.

Pero al menos se dirá, los monjes difieren de los primitivos cristianos en su traje; ¿de qué sirve ese aparato exterior que les asemeja á naciones diferentes desparramadas entre las naciones cristianas? ¿no es evidente que tratan de alucinar al pueblo á fin de atraerse respeto y beneficios? Esto piensan muchos, y lo dicen algunos por su ignorancia de la antigüedad, pues si se tomaran la pena de examinar el traje de los religiosos, verian en él un venerable vestigio de las antiguas costumbres, que fielmente han conservado, mientras el resto del mundo ha cambiado enteramente [2]. El hábito de los religiosos no es mas que el traje comun de los pobres del país y del siglo en que sus Órdenes nacieron; es un testimonio siempre vivo de las costumbres antiguas: léjos, pues, de mirarlo con una sonrisa de insensato desprecio, sepamos, ya que se manifiesta en el dia tanto

[1] *Veladas de San Petersburgo*, t. II, pág. 77 y 117. — Non est iniquum nobilissimas virgines ad sacra facienda noctibus excitari, altissimo somno inquinatas rui. (Senec. *De probit.* c. 5).

[2] *Reg. S. Ben.* c. 55; Fleury, *Costumbres de los Cristianos*, c. 339.

amor á la antigüedad, ser consecuentes con nosotros mismos, y respetar lo que trae á la memoria el recuerdo de pasados tiempos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber socorrido á vuestra Iglesia por medio de las Órdenes religiosas; haced revivir en nosotros el espíritu del Evangelio, é inspiradnos el desprendimiento interior de los primeros solitarios.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero orar cuando me despierte durante la noche.*

LECCION XVIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Servicios materiales que prestan á la sociedad las Órdenes religiosas. — Asilo. — Buen ejemplo. — Limosna. — Bienestar. — Edicto de Diocleciano; martirio de san Pedro, oficial del Emperador. — Persecucion en Nicomedia; suplicios de los santos Mártires; martirio de san Ciro y de santa Julita.

Orar, hacer penitencia, conservar la práctica del Evangelio en toda su pureza primitiva, recordar á todos los Cristianos la santidad de sus padres en la fe, es el verdadero modo de propagar la Religion, esta Religion á la que las naciones modernas deben su libertad, su ciencia, sus instituciones salvadoras, es decir, toda su superioridad sobre los paganos antiguos y modernos; y tales fueron las causas providenciales de la fundacion de las Órdenes religiosas en general y de las contemplativas en particular. Despues de haber considerado los servicios espirituales que prestan al mundo, debemos demostrar, para hacer su completa apología, que contribuyen al bienestar material de la sociedad.

1.° Las Órdenes religiosas prestan un servicio incalculable á la sociedad dando asilo á una multitud de personas que ó no gustan del mundo, ó el mundo no gusta de ellas, ó que no pueden permanecer en el mundo sin convertirse en su vergüenza y en su azote. Todas las plantas cuya variedad infinita compone el risueño cuadro de la naturaleza no se alimentan de iguales jugos, ni exigen todas igual clima ni igual cultura, muriendo las unas donde las otras crecen galanas. Lo mismo sucede con los hombres; no debe creerse que todos hayamos igualmente nacido para manejar la azada ó el fusil, y que no haya hombres de particular delicadeza formados para los trabajos del pensamiento, como otros para el trabajo de los campos; así pues, nadie dude de que tenemos en el fondo del alma mil causas que nos inducen á la soledad; algunos son arrastrados á ella por una imaginacion propensa á la contemplacion; otros por cierto receloso pudor que les obliga á recogerse en sí mismos, y finalmente



existen almas de temple excelente en demasía que buscan en vano en el mundo las otras á quienes deben unirse, y que parecen condenadas á una especie de virginidad moral ó de eterna viudez. Para estas almas solitarias la Religion ha elevado especialmente sus retiros.

Abiertos están tambien para las tristes víctimas de las borrascas políticas, pues nunca la necesidad de la soledad se hace sentir tan vivamente como despues de los grandes cataclismos sociales. La vida monástica empezó en Oriente con motivo de las persecuciones, y en Occidente luego de la irrupcion de los bárbaros; durante mucho tiempo tuvo el género humano el consuelo de ver abierto un asilo á cuantos deseaban huir del tumulto, de las revoluciones y de la eterna agitacion de aquellas tristes épocas. ¿Acaso debemos tener en nada la tranquilidad devuelta á tantos desgraciados [1]?

La soledad del claustro conviene además á aquella multitud de personas de todas edades, sexos y condiciones, que por infinitas causas han perdido el lugar que en la sociedad ocupaban. ¡Cuántas esperanzas burladas, cuántas pasiones engañadas, cuántas amargas decepciones, cuántos agudos remordimientos nos separan mas y mas del mundo cada dia que pasa! Pues bien, cerrad la entrada de la soledad á esas almas hastiadas de sí mismas, hastiadas del mundo y de la vida; negad un alimento á aquella actividad en adelante concentrada toda en sí misma, y horrorosos crímenes, actos de desesperacion y suicidios espantarán y desmoralizarán poco á poco á la sociedad; miembros dislocados, inútiles y peligrosos, aquellas personas sufrirán y harán sufrir á todo el cuerpo: por un convento que suprimais, construís diez cárceles.

¡Cuán hermosa y útil institucion la de aquellas casas religiosas donde se encontraba un seguro asilo contra los reveses de la fortuna y las borrascas del corazon! Una pobre huérfana abandonada por la sociedad en la edad en que rodean á la inocencia tantas y tantas seducciones, sabia al menos que tenia un refugio donde no harian asunto de juego su perdicion. ¡Cuán dulce resonaba á los oidos de aquella extranjera, sin parientes, sin amigos, el dulce nombre de hermana! La Religion acababa de darle una numerosa y tranquila familia; un Padre celestial le abria su casa y la recibia en sus brazos. Si hay lugares para la salud del cuerpo, ¡ah! permitid que la

[1] Bergier, *Tratado de la Religion*, t. X, pág. 4 y sig.

Religion los tenga para la salud del alma, del alma sujeta á muchas mas enfermedades, y cuyas dolencias son mucho mas largas y de mas difícil curacion que las del cuerpo [1].

2.° Las Órdenes religiosas, y sobre todo las contemplativas, son útiles á la sociedad en cuanto le dan buenos ejemplos. Todos los males del mundo dimanan de tres grandes concupiscencias, que son: el amor de los honores, el amor de las riquezas y el amor de los placeres; hé aquí las tres copiosas fuentes de donde salen rebramando tantos torrentes de iniquidades, de injusticias, de fraudes, de asesinatos, de violencias, que destruyen las fortunas, conmueven los Estados, dividen á las familias, envenenan la existencia, y degradan al hombre haciéndole desgraciado. Es indudable que la práctica de las virtudes contrarias, es decir, del desprendimiento, de la obediencia y de la castidad, proporcionaria á la sociedad la mayor suma de felicidad de que es posible gozar en la tierra; mas ¿cómo imbuir á los hombres tan saludables virtudes? Nadie negará que el verdadero, el único medio de conseguirlo es el ejemplo; el ejemplo es el lenguaje mas elocuente, así como es el mas popular. Pues bien, las Órdenes contemplativas dan ese ejemplo, con el solemne y voluntario desprecio que profesan de las riquezas, de los honores y de los placeres.

¿Concebís acaso discurso mas elocuente sobre el desprecio del mundo que el ejemplo de Luisa de Francia? Esta princesa, nacida en las gradas del trono mas hermoso del universo, amada de cuantos la rodeaban, esta princesa, en la flor de su edad, cambia de repente el palacio de los reyes por la humilde celda del claustro, Versalles por San Dionisio, y el magnífico vestido de una infanta de Francia por el tosco sayal de una carmelita. Lo repito, ¿en qué predicador, en qué filósofo hallais páginas tan elocuentes sobre el desprecio de los honores, de las riquezas y de los placeres? Y ¿cuántos hijos é hijas de reyes dieron igual ejemplo, gracias á las Órdenes religiosas?

Y ¿cuál es el hombre mundano que, al pasar por delante de una de aquellas santas casas en donde se hace profesion de hollar cuanto se estima, no oye de vez en cuando una voz interior que le dice: «Allá viven hombres como tú; como tú muchos han corrido tras los «honores y placeres; quizás han gozado mas que tú. ¡Qué dife-

[1] *Genio del Cristianismo*, t. III, pág. 234.

«rencia entre sus ideas de ayer y sus pensamientos de hoy, y so-«bre todo qué diferencia entre sus pensamientos y los tuyos, entre «su conducta y la tuya! Y sin embargo, no hay ninguna entre mi «creencia y la suya. Inmortal como ellos, solo pasas un dia en la «tierra, y ¿qué haces de este dia? Ellos, ¿qué hacen de él? Tú «trabajas para el tiempo, ellos para la eternidad: ¿de qué parte está «la razon?» ¡Oh! sí, la vista de un convento es un gran predicador que habla todos los idiomas y repite siempre el mismo sermon: *¡De qué sirve al hombre adquirir el universo entero si pierde su alma!* Y vale mas este sermon para curar los males del mundo, que todos los libros de los filósofos y que todas las utopias de los políticos.

¿Cuántas veces el lejano sonido de la campana del convento, que en medio de la noche llama á los religiosos á la oracion, ha turbado el corazon del culpable que vela para el crímen? Ciertamente que un pobre convento de Trapenses ó de Carmelitas impide mas crímenes que los que castigan los presidios; de modo que no es verdad que los religiosos y las religiosas contemplativas hayan muerto para el mundo. Observemos aquí la injusticia de los juicios del mundo. El rico hacendado que pasa su vida en la ociosidad y rodeándose de todas las comodidades posibles, ó entregado al cuidado exclusivo de aumentar su fortuna por medios muchas veces ilícitos, que se divierte corrompiendo la inocencia, y que solo goza de la grosera vida de los sentidos, ¿contribuye acaso mas á la felicidad general que un religioso cuya vida se pasa en la oracion, el ayuno, la contemplacion, el estudio y el trabajo de sus manos? Y sin embargo, ó mundo, nada dices, y hasta envidias su felicidad. La mujer mundana, cuyo tiempo se divide entre el tocador, el juego, los espectáculos, las lecturas frívolas, la maledicencia y las intrigas, ¿es por ventura mas útil á la sociedad que una religiosa ocupada en orar, en leer, en trabajar, en servir á sus hermanas, en consolar no pocas veces á sus parientes desgraciados [1]? Y sin embargo, ó mundo, tambien callas, no tienes ni palabra para censurar su conducta; ¿por qué, juez inícuo, te sirves de dos pesos y de dos medidas?

Convengamos, pues, de buena fe, que si hay un medio eficaz de combatir las furiosas pasiones que desolan el mundo, ha de ser el buen ejemplo; no son las riquezas las que constituyen la fuerza y la felicidad de los Estados; sino las costumbres, y estas se forman con

[1] Véase á Bergier, *Tratado de la Religion*, t. X, pág. 15 y sig.

los ejemplos; de modo que las Órdenes contemplativas que dan ejemplo tan saludable son eminentemente útiles á la sociedad.

3.° Las Órdenes religiosas son una fuente de bienestar para la sociedad. Primeramente ofrecen á un gran número de personas el medio de vivir honradamente y sin perjuicio de otro. Una persona puede gozar de una escasa renta, que no le basta á todas luces para vivir sola, mas reunid veinte ó treinta personas que gocen de las mismas facultades, y todas vivirán muy cómodamente. En segundo lugar, las comunidades religiosas consumen en el mismo país los productos de la tierra; ahora bien, los mismos enemigos de los religiosos convienen en que no gastan sus rentas para ellos, y que llevan una vida frugal, modesta y mortificada; por otra parte tampoco se les acusa de ocultar sus rentas, ni de trasladarlas á países extranjeros: ¿qué se hacen, pues? Preguntadlo á los arrendadores, á los criados, á los trabajadores que emplean, á los huéspedes que reciben, á los pobres, á los enfermos, á los hospitales que les rodean. Es cierto, los conventos no hacen de sus rentas el mismo uso que los seglares opulentos: no derrochan, como sucede en el dia con tantos ricos propietarios, el sudor de los pobres labradores y colonos en el lujo y en los placeres de la capital, en comprar suntuosos carruajes, en mantener á una legion de holgazanes, en engordar á intendentes y á administradores, en cubrir de oro á un artista de teatro, etc. Será una desgracia, si se quiere, pero al menos no arruinan ni al panadero, ni al carnicero, ni al mercader, ni al sastre; hacen trabajar mucho y pagan á los que ocupan, y si esto es un escándalo para el siglo en que vivimos, preciso es confesar que es muy perdonable. De todo lo dicho resulta que los conventos *derramaban*, iba á decir *derraman*: pero ¡ay! no, hablo cincuenta años demasiado tarde; derramaban la abundancia en las provincias, mientras que en el dia todas son pobres, y tienen agotados todos sus recursos.

En tercer lugar, las Órdenes religiosas hacen abundantes limosnas; ahí está la historia con sus páginas inmortales para atestiguar la verdad de este primer hecho, así como para probar el egoismo de la mayor parte de los seglares que poseen actualmente la fortuna pública. Examinemos las consecuencias de dos hechos tan opuestos. La Religion habia creado en los conventos servicios públicos de caridad en favor de todas las miserias del hombre, servicios que nada costaban al Estado: casas, rentas, enseñanza, medicinas, servidores

de ambos sexos para los pobres, todo era el don gratuito de la caridad; y en efecto, el pueblo era alimentado, vestido, instruido, consolado, moralizado, y ni pensaba en rebelarse contra el rico, ni en sostener que la propiedad es un robo. Ahora bien, ha sucedido que las naciones de Europa, extraviadas por el Protestantismo, han denigrado y suprimido los conventos, apoderándose de sus propiedades; ¿qué han hecho en realidad? Robar el patrimonio de los pobres, y hé aquí que el pobre, entregado á la miseria y á la ignoráncia, se ha quejado y ha amenazado; hombres ha habido que le han aplaudido y que le excitan á despojar violentamente *á los que tienen*, de modo que en toda la Europa fermenta, como la lava de un volcan, el fuego de la guerra salvaje *entre los que tienen y los que no tienen*, tanto que no se presenta á la sociedad otra alternativa que abismarse en un mar de sangre, ó restablecer la grande ley de la caridad, de la cual las comunidades religiosas son la aplicacion necesaria.

El impuesto legal que pesa sobre una parte de la Europa, y que amenaza invadir el resto, contribuirá á precipitar la crísis; desde el primer momento en que se atentó contra las Órdenes religiosas, previóse semejante resultado. Cárlos V decia que Enrique VIII al destruir los monasterios de Inglaterra habia dado muerte á su gallina de los huevos de oro, y no se engañó, pues dos años despues de haber suprimido y expoliado los conventos, Enrique VIII se vió obligado á hacer bancarota y á abandonar el fruto de sus rapiñas para pagar el salario de sus cómplices en aquella medida: en tiempo de Eduardo VI las rentas de la corona habian disminuido considerablemente, y reinando Isabel tuviéronse que presentar once bills para subvenir á las necesidades de los indigentes, privados de las limosnas que les prodigaban antes los monasterios. Sabido es lo que desde aquella época ha sido en Inglaterra la contribucion anual para los pobres, contribucion que absorbe en el dia la sexta parte de la renta de la propiedad territorial, y que no ha hecho mas que aumentar el número y la miseria de los pobres. Entre nosotros los asignados, el tres consolidado, el despilfarro de muchos millones, y por fin la bancarota, han sido los felices resultados de la expoliacion de los conventos [1].

[1] Véase á Cobbett, *Cartas sobre la Reforma protestante en Inglaterra*, carta V; y la *Europa en* 1848.

Tales son, en resúmen, el orígen y utilidad de las Órdenes contemplativas; en la historia particular de cada una de ellas verémos la ampliacion de lo que acabamos de decir. Tiempo es ya que abandonemos la montaña solitaria á donde hemos seguido á los nuevos Moiseses que deben obtener la victoria para sus hermanos, y de bajar á la llanura donde se ha trabado un gran combate entre el Gentilismo espirante y la Iglesia naciente.

Diocleciano pasó en Nicomedia el invierno del año 302, junto con César Galerio, el cual, devorado como estaba por un odio implacable contra los Cristianos, empleó los mayores esfuerzos para hacer partícipe á Diocleciano de sus sentimientos, y lo logró. En marzo del siguiente año, algunos dias antes del domingo de Pasion, publicóse un edicto mandando que las iglesias de los Cristianos fuesen en toda la extension del Imperio destruidas y arrasadas hasta en sus cimientos; que se buscasen los Libros sagrados para ser entregados al fuego; que á todos los Cristianos, de cualquiera condicion que fuesen, se les aplicase el tormento [1], que quedasen inhabilitados para poseer empleos y dignidades, que se admitiesen todas las acciones que se intentasen contra ellos, mientras que por el contrario no podrian ellos pedir justicia por violencia, por deudas, etc., y finalmente que fuesen despojados de todos los derechos inherentes á la calidad de súbditos del Imperio [2].

Apenas se hubo fijado el edicto, cuando un cristiano, de gran consideracion por el cargo que desempeñaba, lo arrancó y lo hizo pedazos; preso inmediatamente, fue sometido á varios tormentos, y extendido, por fin, en unas parrillas candentes, donde consumó su sacrificio mostrando hasta el fin una paciencia admirable. Un segundo edicto no tardó en seguir al primero, mandando prender á los Obispos, cargarles de cadenas, y obligarles á tejer coronas y á sacrificar á los dioses. Una negativa unánime contestó á la órden del tirano, y la ciudad de Nicomedia fue inundada de sangre cristiana.

Sin embargo, no estaba satisfecho aun el odio que profesaba Galerio á los disícpulos de Cristo, y queriendo impulsar á Diocleciano

[1] El tormento consistia en diferentes géneros de tortura que se hacian sufrir á los acusados, para que confesasen los crímenes de que eran acusados; era á veces tan atroz que muchos quedaban sin vida en medio de sus dolores.

[2] Eusebio, lib. VIII.

á que les tratase con mayor rigor, empleó un medio que revela toda la barbarie de su carácter; hizo poner fuego al palacio imperial, y, como era de presumir, los idólatras acusaron al momento á los Cristianos de ser los autores del incendio, y se entregaron contra ellos á los mas violentos transportes de furor; esto era lo que Galerio habia previsto y deseaba. Díjose que los Cristianos, concertados con algunos oficiales del Emperador, habian querido abrasar á los dos Príncipes en su propio palacio; Diocleciano dió fe á tales rumores, y mandó atormentar en su presencia á cuantos componian su servidumbre, á fin de descubrir á los incendiarios; mas no pudieron ser descubiertos, pues no se formó causa contra los servidores de Galerio.

Quince dias despues pusieron otra vez fuego al palacio, sin que tampoco fuese descubierto el autor del nuevo crímen, que no era otro que el mismo Galerio; este príncipe partió aquel mismo dia de Nicomedia, á pesar de que era lo mas crudo del invierno, y segun él, obró así por no perecer abrasado por los Cristianos. El palacio sufrió muy poco, porque el fuego pudo ser extinguido á los pocos momentos, mas no por ello dejaron los Cristianos de ser considerados como responsables del segundo incendio.

Desde entonces el furor de Diocleciano no conoció límites, y nuestros desgraciados padres en la fe sintieron todo su peso. Los mas poderosos empleados de la corte, que hasta entonces habian sido los dueños de palacio y los consejeros del Emperador, fueron las primeras víctimas de la persecucion. Aquellos incomparables varones atreviéronse á resistir á cuatro emperadores, y despreciando gloria, placeres y favores, prefirieron á todo el bienestar que da la fortuna, las afrentas, la miseria, y, por fin, la muerte mas cruel. Referiré únicamente el martirio de uno solo de aquellos intrépidos confesores á fin de que pueda juzgarse, por la relacion de los tormentos que sufrió, de qué modo fueron tratados los demás.

Como ya hemos dicho, hallábase la corte en Nicomedia, cuando el ilustre Pedro, gran oficial de palacio, fue conducido ante los Emperadores y una multitud de pueblo deseosa de presenciar el espectáculo; dispuesto todo el aparato de los tormentos, mandáronle sacrificar á los dioses, y habiéndose negado á obedecer, le despojaron de sus vestidos, eleváronle á una grande altura y le dejaron caer repentinamente contra el suelo; á pesar de que su caida descoyuntó

ó rompió cási todos sus miembros, descargaron contra él infinitos azotes que llagaron su cuerpo en muchas partes: el Mártir sufrió estos suplicios con resignacion y permaneció firme en la fe; entonces derramaron sal y vinagre en todas sus llagas, que dejaban ver los huesos descarnados; pero como tampoco venciese su constancia tan horrible suplicio, trajeron fuego y unas parrillas, donde le colocaron para asarle; por un refinamiento de crueldad solo exponian al fuego una parte del cuerpo; retirábanla al cabo de un rato, para que se tostase la otra, á fin de prolongar mas tiempo tan atroz tortura. Sin embargo todo fue inútil; vencedor del fuego, del dolor y del tirano, espiró el Mártir tendido en aquel espantoso lecho, sin haber manifestado el menor indicio de debilidad. Así terminó la vida del ilustre Pedro, oficial de la cámara de los Emperadores.

Desde el palacio extendióse la persecucion á la iglesia de Nicomedia, de que era obispo san Antimio, el cual recibió la corona del martirio, siendo acompañado en su triunfo por los presbíteros y demás ministros de su iglesia, quienes murieron por la fe junto con toda su familia.

Los simples fieles no fueron mejor tratados que los eclesiásticos; un tercer edicto estableció jueces en los templos para condenar á muerte á los que se negasen á sacrificar; parecia haberse resuelto borrar el Cristianismo de la faz de la tierra. Con este objeto se erigieron altares en todos los tribunales de justicia, y nadie era admitido á reclamar la proteccion de las leyes que no abjurase antes la religion cristiana [1]; prohibióse que el pueblo vendiese ni comprase, que sacase agua de las fuentes ni que la llevase á su casa, que hiciese moler el trigo, en una palabra, que tratase de asunto alguno, á menos de ofrecer incienso á ciertos ídolos colocados en las esquinas de las calles, en las fuentes públicas, en los mercados, etc. ¡Vanos esfuerzos de la astucia y de la barbarie! La fe quedó victoriosa, é inútilmente trataríamos de expresar con palabras el valor con que una innumerable multitud de cristianos sacrificaron su vida por Jesucristo.

Comitivas enteras de personas de toda edad y de todo sexo eran arrojadas á las llamas; unas veces eran diez Mártires, otras veinte, treinta, sesenta, ochenta, entre hombres, mujeres y niños, sufriendo juntos los mas terribles suplicios. Yo mismo que escribo estas lí-

[1] Lact. *De Mortib. persecutor.*, c. 15.

neas, dice el historiador Eusebio, he visto morir en un solo dia por el hierro y por el fuego á un número tan crecido, que sus cadáveres formaban muchos montones. Las espadas, embotadas por las muchas cabezas que habian dividido del tronco, se negaban á cortar, y cansados los verdugos se veian obligados á reposar con frecuencia para tomar aliento; y no se crea que tan sangrientas ejecuciones han sido raras, ó de corta duracion; no, han sido muy frecuentes, se han extendido por toda la tierra, y han durado muchos años con igual encarnizamiento [1].

Desde Nicomedia extendióse la persecucion á las demás provincias del Imperio, así en Oriente como en Occidente. Los edictos se sucedian con la rapidez del rayo en un dia de borrasca, de modo que el cuarto se publicó á principios del año 304, mandando dar muerte á todos los Cristianos, fuesen quienes fuesen, si persistian en su Religion. Los gobernadores consideraban como una gran gloria el triunfar de la constancia de un cristiano; y como la exposicion á las fieras y la decapitacion eran dolores y suplicios ya muy vulgares, empleaban todos los tormentos que es capaz de imaginar la mas desenfrenada crueldad; aplicábanse con mas cuidado en inventar otros nuevos, que á gobernar á sus pueblos, y si lograban sobrepujar á sus colegas en barbarie, quedaba satisfecha su ambicion [2]. Todas aquellas legiones de procónsules y de magistrados romanos esparcidos por toda la superficie del globo se habian convertido en otros tantos mónstruos sedientos de sangre cristiana. Algunos ejemplos nos harán formar una idea exacta de la humanidad de los gentiles.

Unos clavaban á nuestros padres de piés y manos en cruz con la cabeza hácia abajo, dejándoles morir lentamente de dolor y de hambre; otros se servian de trozos de vasos, cuyas puntas hacian entrar en todas las partes del cuerpo; con el auxilio de una máquina doblaban dos fuertes ramas de árbol y las acercaban una á otra, ataban á ella las piernas del Mártir, y cuando de repente libres las ramas volvian con fuerza á su posicion natural, separaban en dos, con un dolor terrible, el cuerpo del paciente. Otros suspendidos con la cabeza hácia abajo, sobre un fuego lento y formado de ramas verdes y húmedas, eran ahogados por el humo; á otros les cortaban los piés, las manos, la nariz y las orejas, dejando que muriesen de

[1] Eusebio, lib. VIII.
[2] Eusebio, lib. III, c. 12.

la corrupcion que en las llagas se formaba; á otros metíanles cañas entre carne y uña; á unos les inundaban de plomo derretido; á otros les abrian el vientre y los costados, é introducian hasta en sus entrañas el hierro y el fuego. Á estos les descuartizaban con garfios de hierro, á aquellos les precipitaban de cabeza en calderas de pez hirviendo ó les encerraban en un toro de bronce encandecido. Finalmente todo lo que la imaginacion puede representarse de mas atroz fue empleado contra las mujeres, los niños, los ancianos, los obispos y los fieles, los grandes y el pueblo.

Á veces, no queriendo los gentiles tomar el trabajo de atormentar á los Mártires uno despues de otro, les envolvian á todos en un mismo suplicio, como sucedió en Frigia: en esta provincia habia una ciudad habitada únicamente por cristianos, y Diocleciano envió sus tropas para que la sitiasen en toda forma, como si fuese una ciudad enemiga; los sitiadores arrojaron á ella gran cantidad de antorchas inflamadas, de cohetes y de otros fuegos artificiales, que en pocas horas la redujeron á cenizas, junto con todos los que estaban encerrados en ella. Hombres, mujeres y niños, todos murieron invocando el nombre de Cristo y publicando en alta voz su divinidad en medio de las llamas [1].

Si algo igualaba al furor de los gentiles, era la alegría de nuestros padres en la fe en medio de los tormentos y el ardor con que corrian al martirio. Apenas el juez habia pronunciado contra algunos la sentencia de muerte, cuando otros ocupaban al momento el lugar que dejaban vacío, gritando al tribunal: «Tambien nosotros «somos cristianos.» Tiernos niños, tímidas vírgenes, débiles mujeres, ancianos gastados por la edad miraban sin emocion aquellas espantosas máquinas prontas á despedazar ó á magullar á los que confesasen á Jesucristo; nada era tan dulce á sus oidos como la sentencia que les condenaba á morir por el Salvador; su alegría retratábase entonces en su rostro, y su boca se abria para entonar cánticos en accion de gracias, que no cesaban de repetir hasta su último suspiro [2].

Al armar el mundo entero contra los fieles, Diocleciano y sus dignos colegas creian exterminar hasta su nombre, y no sabian que nunca se encuentra el Cristianismo mas triunfante que al ver morir á sus hijos en su defensa; la heróica firmeza en medio de los tormen-

[1] Eusebio, lib. VIII, c. 15.
[2] Eusebio, lib. VIII, c. 11.

tos es una prueba sensible de que aquella Religion divina hace á los hombres superiores á su natural debilidad; el dedo de Dios se hace visible, y nuevas conquistas son el fruto de tal milagro. De todo ello son un ilustre testimonio el martirio de san Ciro y el de santa Julita, que Teodoro, obispo de Iconio, patria de los santos Mártires, refiere en estos términos:

«Santísimo padre [1], me encargais en vuestra carta informaros de «las particularidades del martirio de san Ciro y de su madre santa «Julita, é impulsado por el vivo deseo de probaros el sincero apre-«cio que os profeso, he practicado varias averiguaciones, dirigién-«dome á algunas personas de las primeras casas de Isauria [2], á fin «de obtener cuantas noticias me eran necesarias. Todas se han ma-«nifestado muy instruidas de todas las circunstancias de esa historia, «y se han dignado relatármela, tal como la habian oido varias ve-«ces á los señores de Licaonia, próximos parientes de la Santa. Ved «aquí, pues, lo que Marciano, persona de grande probidad y can-«ciller del Imperio [3], y Zenon, menos ilustre por el puesto que ocu-«pa en el Consejo del Emperador que por su sabiduría y virtudes, «me han referido acerca de los ilustres mártires Julita y su hijo.

«Esa señora, cuya vida fue tan pura como gloriosa su muerte, era «de sangre real; las mas antiguas familias de Licaonia cifran su glo-«ria en reconocerla por su parienta, y cada año al llegar el dia de «su fiesta, se reunen para celebrarla con una magnificencia digna «de una Santa y de una nieta de reyes. La persecucion que desoló «la Iglesia bajo el imperio de Diocleciano se dejó sentir por todo el «mundo, y la Licaonia no fue mejor tratada que las demás provin-«cias; Domiciano, que la gobernaba, era un hombre feroz cuyo ma-«yor placer consistia en derramar la sangre de los Cristianos, lo cual «obligó á Julita á salir de Iconio junto con su hijo Ciro, que conta-«ba entonces tres años; sin llevar consigo nada de sus cuantiosas ri-«quezas partió para Seleucia, acompañada únicamente de dos don-«cellas que la servian; mas al llegar á dicha ciudad vió que peor se «estaba en ella que en Iconio, pues Alejandro, que era su gobernador, «era aun mas cruel que Domiciano; esto obligó á Julita á ponerse «en camino para refugiarse en Tarsis, capital de Cilicia.

[1] Escribe á un obispo amigo suyo.
[2] Ciudad capital de Isauria.
[3] Bajo el imperio de Justiniano.

«La Providencia permitió que Alejandro partiese aquel mismo dia «de Seleucia y tomase el mismo camino que Julita, no tardando en «ser la Santa reconocida y presa junto con su hijo, que ella misma «llevaba en brazos; sus criadas huyeron y se ocultaron. Alejandro «subió á su tribunal y le preguntó su nombre, su país, su condicion; «á lo que Julita no contestó mas que: «Soy cristiana.» Irritado el Go«bernador, mandó que la separasen de su hijo, y luego que fuese «cruelmente azotada.

«El Gobernador tomó al pequeño Ciro; nada puede dar una idea «de lo agradable de aquel niño; cierto aire de dignidad que anun«ciaba su ilustre nacimiento, junto con la dulzura é inocencia de los «primeros años, interesaba en su favor á cuantos le veian. Con gran «trabajo le separaron de los brazos de su madre, hácia la cual ten«dia los suyos del modo mas tierno, y sus miradas, sus gritos y su «llanto indicaban claramente la pena que sufria por la violencia de «que era objeto. Los verdugos lo presentaron al Gobernador, el cual «tomándole por la mano procuraba calmarle; púsole luego en sus «rodillas, intentando varias veces besarle y hacerle mil caricias, pero «el niño, que no apartaba los ojos de su madre, se inclinaba fuerte«mente hácia ella, rechazaba al Gobernador con sus manecitas, le «arañaba el rostro, le daba puntapiés en el estómago, defendiéndose, «en una palabra, con las débiles armas que le proporcionaba la na«turaleza. Cuando su madre en medio de los tormentos exclamaba: «Soy cristiana,» repetia al momento: «Soy cristiano,» por lo que «ciego de cólera, aquella fiera, sin consideracion por una edad que «mueve á compasion hasta á los corazones mas insensibles, cogió á «aquel inocente por una pierna y le arrojó contra el suelo; el peque«ño Mártir cayó en las gradas del tribunal, se rompió la cabeza y «murió bañado en su sangre.

«Julita, testigo de tal espectáculo, dió gracias á Dios porque ha«bia coronado á su hijo antes que á ella, aumentando su alegría el «furor del magistrado; por su órden fue tendida sobre una mesa, «desgarráronle los costados con garfios de hierro mientras derrama«ban pez hirviendo sobre sus piés. Durante tan horroroso suplicio, «el escribano repetia á Julita: «Sacrifica á los dioses;» á lo cual con«testaba la Santa con entereza: «No quiero sacrificar á estatuas sor«das y mudas; adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, criador de «todas las cosas. Estoy impaciente por reunirme con mi hijo.» El Go-

«bernador la condenó, por fin, á ser decapitada, ordenando además «que el cadáver de su hijo fuese arrojado al mismo lugar donde se «dejaban expuestos los de los malhechores.

«Los verdugos se acercaron á Julita para cumplir la sentencia; «la Santa se arrodilló, y habiendo obtenido algunos momentos, hizo «esta oracion: «Gracias os doy, Dios mio, porque os habeis dignado «dar á mi hijo un lugar en vuestro reino; dignaos tambien, Señor, «recibir en él á vuestra sierva, á pesar de su indignidad; conceded-«me la entrada en la cámara nupcial, como la concedísteis á las vír-«genes prudentes, á fin de que mi corazon bendiga eternamente á «vuestro Padre, criador y conservador de todas las cosas, á Vos tam-«bien, Señor, y al Espíritu Santo.» En el mismo momento en que «sus labios pronunciaban la última palabra, un verdugo hizo rodar «su cabeza por el suelo de un solo golpe.

«Su cuerpo fue arrojado fuera de la ciudad, en el mismo lugar «donde se hallaba el de su querido hijo: el dia siguiente las dos cria-«das salieron de su retiro y tuvieron bastante valor para enterrar en «un campo vecino los santos restos de su señora y de su tierno se-«ñor. Bajo el reinado de Constantino, una de las dos criadas des-«cubrió el lugar que encerraba tan precioso depósito, y los fieles del «país se dirigieron en gran número á su sepulcro para implorar la «proteccion de los santos Mártires y glorificar al Señor.»

San Ciro y santa Julita son patronos de la catedral de la diócesis de Nevers, y tambien de otras varias iglesias de Francia; debemos sus reliquias á Amatro, obispo de Auxerre, el cual despues de traerlas de Antioquía, dió una gran parte de ellas á la ciudad de Nevers. El martirio de nuestros ilustres patronos aconteció en 16 de junio del año 303 ó 304.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la victoria que concedísteis á san Ciro y á santa Julita; si su valor confunde nuestra cobardía, haced que sus poderosas oraciones nos auxilien para abandonar nuestra indiferencia; gracia que os pedimos por nosotros y por toda la diócesis colocada bajo su proteccion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero huir con horror de las malas compañías.*

LECCION XIX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Martirio de san Focas, hortelano. — Martirio de san Taraco, veterano. — Martirio de santa Inés. — Martirio de santa Eulalia.

La persecucion, que habia escogido sus primeras víctimas en el palacio de los Emperadores y entre los hijos de Reyes, no tardó en penetrar en las cabañas de los pobres; así lo permitió Dios, á fin de que el Cristianismo tuviera testimonios en todas las clases, y todos los estados de la sociedad representantes y protectores en el cielo. La interesante historia que vamos á referir es una prueba sensible de esta verdad.

En la época del martirio de san Ciro y de santa Julita vivia en Sínope, ciudad del Ponto, un pobre hortelano llamado Focas, hombre de una sencillez é inocencia de costumbres verdaderamente patriarcales. El cultivo de su huerto le bastaba para vivir y para hacer algunas limosnas, y en su profesion, vil á los ojos del mundo, representaba en cierto modo el feliz estado en que se hallaron Adan y Eva en el paraíso terrenal. De su huerto y de su casa habia hecho Focas un hospicio abierto para cuantos dirigia á él la Providencia, y los viajeros que no sabian dónde alojarse, podian estar seguros de hallar en la casa del santo hortelano una tierna hospitalidad.

Esta virtud le procuró la palma del martirio; por ella era conocido Focas en todo el país, y sospechando algunos malvados que un hombre tan caritativo debia ser cristiano, denunciáronle al magistrado. Su pretendido crímen era tan notorio, que ni siquiera se observaron con él las formalidades ordinarias, y los verdugos recibieron la órden de matarle en cualquier parte donde le encontrasen. Llegados á Sínope, detuviéronse casualmente ante la casa de Focas y pidieron hospedarse en ella, pues como no le conocian, así como tampoco él les conocia, por no haber hablado del asunto que allí les traia, habian formado el proyecto de informarse por el pueblo acerca de quién era Focas y de cuál era su casa. De este modo el cordero

se hallaba en medio de una manada de lobos, y la paloma sin hiel y sin malicia entre cuervos carniceros.

Finalmente, la amistad que de ordinario se forma en la mesa hizo nacer la confianza entre los soldados y su huésped, tanto que el Santo les preguntó qué objeto les conducia á Sínope; y tan contentos estaban al ver su honradez y atenciones, que le contestaron: «¿Nos prometeis no descubrir á nadie lo que vamos á confiaros?— «Os lo prometo, dijo Focas.—Pues en este caso sabed que busca- «mos á un cierto Focas, á quien tenemos órden de dar muerte así «que caiga en nuestras manos; y ahora os pedirémos que añadais un «nuevo favor al de la hospitalidad que os debemos, ayudándonos á «descubrir á ese hombre.—Le conozco mucho, replicó el Santo con «semblante tranquilo, y me empeño en hallarle; solo os pido algu- «nas horas y os daré noticias ciertas de su paradero. Mientras tanto, «añadió el Santo, tened á bien entrar á descansar en mi casita.»

Retirados y acostados los soldados, empleó el Santo el poco tiempo que le quedaba en hacer dos cosas; primeramente, en preparar para el dia siguiente una excelente comida para sus futuros verdugos, y en segundo lugar, en disponerlo todo para sus funerales. Al llegar la noche, el Santo cavó su sepultura y puso en órden todo lo que era necesario para enterrarle, y al asomar el dia fué al encuentro de sus huéspedes: «Ya os lo prometí, díjoles con aire risueño; «el pájaro ha caido en las redes; tanto y tanto he buscado, que he «hallado á Focas, y podeis apoderaros de su persona cuando mejor «os cuadre.—¿Dónde está? preguntaron solícitos los soldados.— «No muy léjos de aquí; delante de vosotros; soy yo.»

Sorprendidos los soldados por semejante contestacion, quedaron inmóviles por algun tiempo, no pudiendo resolverse á mojar sus manos con la sangre de un hombre que tantas virtudes mostraba y que con tan gran cordialidad les habia recibido en su casa; Focas les alentaba indirectamente, diciéndoles que no temia la muerte, en cuanto debia reportarle grandes ventajas; finalmente cortáronle la cabeza, y su alma fue ofrecida á Dios por los Ángeles, como una hostia de suave olor.

Abandonemos la choza del pobre y dirijámonos á los campamentos romanos, los cuales, llenos ya de cristianos un siglo antes, nos darán ahora otro ilustre ejemplo de aquel noble orgullo de la fe ¡ay! tan raro en el dia. Hé aquí á un veterano que va á compare-

cer ante el tribunal de los perseguidores; sigámosle para hacer una exacta relacion de su martirio y del de sus dos compañeros[1].

Taraco, romano de orígen aunque nacido en Isauria, era un veterano de los ejércitos imperiales, que se habia retirado del servicio por temor de que le obligasen á hacer algo contrario á su conciencia. Cuando fue preso contaba la edad de sesenta y cinco años.

Probo, otro de los Mártires, natural de Panfilia, habia abandonado una fortuna considerable á fin de poder servir á Jesucristo con mayor libertad.

Andrónico, el mas jóven de los tres, pertenecia á una de las primeras familias de la ciudad de Éfeso; los tres fueron presos en Pompeyópolis, ciudad de Cilicia, por el exento Eutolmio Paladio, y conducidos á Tarsis, capital de la provincia. En 21 de junio del año 304 comparecieron ante el gobernador Numerio Máximo, en audiencia pública: el centurion Demetrio se adelantó hácia el tribunal, y dijo: «Señor, aquí están tres hombres de la impía secta «de los Cristianos que se han negado á obedecer los edictos de los «Emperadores.»

Máximo, *dirigiéndose primeramente á Taraco, le preguntó*: «¿Cuál «es tu nombre?

Taraco. «Soy cristiano.

Máximo. «No me hables de tu impiedad; díme solamente tu nom-«bre.

[1] Las actas de san Taraco, de san Probo y de san Andrónico forman uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad cristiana; las tres primeras partes contienen los interrogatorios que los Santos sufrieron en Tarsis, en Mopsuesta y en Anazarbo, ciudades de Cilicia, y son una copia auténtica de las actas proconsulares que los cristianos compraron por doscientos dineros á los notarios públicos; así lo dicen ellos mismos al enviarlas á sus hermanos de Iconio: «Las hemos sacado de la escribanía criminal de Tarsis, por medio de Se-«basto, uno de los empleados de justicia de aquella ciudad, el cual por medio de «la suma de doscientos dineros nos las ha comunicado. En ellas se vé el prin-«cipio y la continuacion del martirio de aquellos admirables varones, su glorio-«so fin y los prodigios que se ha dignado obrar Dios con su intercesion, por su «propia gloria, y para edificacion nuestra. Os suplicamos las comuniqueis á los «fieles de Pisidia y de Panfilia, á fin de que Nuestro Señor Jesucristo sea glorifi-«cado, y de que todos hallen en esta fiel relacion un nuevo aliciente que les ani-«me á combatir á los enemigos de la verdad, bajo los auspicios del Espíritu «Santo.» (P. Ruinart, t. II, pág. 93).

La cuarta parte de las actas es debida á tres cristianos, testigos oculares del martirio.

TARACO. «Soy cristiano.

MÁXIMO, *dirigiéndose á los verdugos.* «Pegadle en la boca á fin de «que aprenda á no contestar una cosa por otra.

TARACO, *despues de recibir un violento bofeton.* «Os he dicho mi «verdadero nombre, mas si quereis saber el que recibí de mi padre, «me llamo Taraco, y en el ejército me llamaban Víctor.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu profesion y tu país?

TARACO. «Soy romano, pero he nacido en Claudiópolis en Isau-«ria; era soldado de profesion, mas he abandonado el servicio por-«que soy cristiano.

MÁXIMO. «Has hecho bien; tu impiedad te hace indigno de llevar «las armas; ¿cómo dejaste el servicio?

TARACO. «Pedí mi licencia á Publio, mi capitan, y me la dió.

MÁXIMO. «Escucha, tengo piedad de tus canas, y si obedeces las «órdenes del Emperador, te procuraré su amistad. Ven, sacrifica á «los dioses, á ejemplo de los Emperadores.

TARACO. «Los Emperadores se engañan.

MÁXIMO. «Abofeteadle por haber dicho que nuestros Príncipes «están en el error.

TARACO. «Sí, lo repito; son hombres, y en calidad de tales se en-«gañan.

MÁXIMO. «Sacrifica á los dioses y renuncia á tu locura.

TARACO. «No puedo renunciar á la ley de Dios.

MÁXIMO. «¡Cabeza de hierro! ¿Acaso existe otra ley que la de los Emperadores?

TARACO. «Sí, existe otra, y vosotros la violais adorando la obra «de vuestras manos, como son las estatuas de madera ó de piedra.

MÁXIMO. «Péguesele en el cuello para hacerle desistir de su obs-«tinacion.

TARACO. «La que llamais obstinacion es la salvacion de mi alma, «y jamás desistiré de ella.

MÁXIMO. «Yo haré que la abandones, y te haré razonable á pe-«sar tuyo.

TARACO. «Podeis hacer lo que mas os agrade; mi cuerpo está en «vuestro poder.

MÁXIMO. «Que se le desnude, y que se le azote.

TARACO, *mientras le azotaban.* «Ahora es cuando habeis hallado el «secreto de hacerme verdaderamente razonable; los golpes que re-

«cibo me fortifican, y aumentan mi confianza en Dios y en Jesucristo.

MÁXIMO. «¿Cómo puedes decir, malvado, que no hay mas que «un Dios, cuando acabas de nombrar dos? ¿No has dado tambien «el nombre de Dios á cierto hombre llamado Cristo?

TARACO. «Sí, al Hijo de Dios vivo, á la esperanza de los Cristia-«nos; por él sufrimos y por él alcanzamos nuestra salvacion.

MÁXIMO. «Renuncia á tal extravagancia, y sacrifica.

TARACO. «Tengo sesenta y seis años; he vivido siempre en el co-«nocimiento y en el amor de la verdad, y no puedo abandonarlo.»

El centurion Demetrio, afectando piedad le dijo : «Me das lásti-«ma; sigue mis consejos, y salva tu vida sacrificando.

TARACO. «Guarda para tí tus consejos, ministro de Satanás.

MÁXIMO. «Cárguesele de pesadas cadenas, y condúzcanlo á la «cárcel. Que entre el que sigue.»

El centurion Demetrio dijo : «Señor, aquí está.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu nombre?

PROBO. «Tengo dos; el mas noble es cristiano, pero el mundo «me llama Probo.

MÁXIMO. «¿Cuál es tu país? ¿cuál tu familia?

PROBO. «Mi padre era de Tracia, y yo nací en Sida, en Panfilia. «Mi familia no es noble, pero yo soy cristiano.

MÁXIMO. «No la ennoblecerás mucho con tal nombre. Créeme, «sacrifica á los dioses, lo cual es un medio mas seguro para conse-«guirlo, pues si obedeces, te prometo mi amistad y el favor de los «Emperadores.

PROBO. «Todo me es inútil; por mi fortuna podia ocupar un puesto «distinguido en el mundo, pero á todo he renunciado para servir á «mi Dios.

MÁXIMO. «Desnúdesele y dénsele cien azotes.»

Mientras el Mártir sufria aquel suplicio, acercósele el centurion Demetrio, y le dijo : «Ten piedad de tí mismo, amigo mio; mira «el suelo cubierto de tu sangre.

PROBO. «Haced de mi cuerpo lo que querais; vuestros tormentos «son para mí un néctar delicioso.

MÁXIMO. «Con qué, ¿tu locura es incurable? ¿Qué esperas?

PROBO. «Soy mas cuerdo que vos, pues no adoro á los demonios.

MÁXIMO. «Extiéndanle y azótenle en el vientre.

PROBO. «Señor Dios mio, ayudad á vuestro siervo.

Máximo. «Á cada golpe, decidle: ¿Dónde está el Dios que in-«vocas en tu auxilio?

Probo. «Dios me socorre y me socorrerá, pues tan poco caso ha-«go de vuestros tormentos que no os obedezco.

Máximo. «¡Miserable! mira tu cuerpo llagado y el suelo cubierto «de tu sangre.

Probo. «Cuanto mas sufre mi cuerpo por Jesucristo, mi alma ad-«quiere mas fuerza y vigor.

Máximo. «Sea encadenado de piés y manos; extiéndanle las pier-«nas en el cepo hasta el cuarto agujero, y á nadie se permita verle. «Dónde está el tercero?»

El centurion Demetrio dijo: «Señor, aquí está.

Máximo. «¿Cuál es tu nombre?

Andrónico. «Mi verdadero nombre es cristiano.

Máximo. «Tus antepasados no tenian este nombre; contesta á lo «que te pregunto.

Andrónico. «Entre los hombres me llaman Andrónico.

Máximo. «¿Cuál es tu familia?

Andrónico. «Mi padre es uno de los principales habitantes de «Éfeso.

Máximo. «¿Quieres creer mis consejos? no imites á los locos que «te han precedido, pues su locura les ha costado demasiado cara; «adora á los dioses y obedece á los Emperadores, nuestros padres «y señores.

Andrónico. «Cuando haceis sus veces, el demonio es vuestro «padre.

Máximo. «Jóven, no seas insolente; ¿no sabes que tengo mil tor-«mentos preparados?

Andrónico. «No los temo.

Máximo. «Sea desnudado y atado, y extiéndanle sobre el potro [1].»

El centurion Demetrio dijo al Mártir: «Obedece, amigo mio, an-«tes que destrocen tu cuerpo.

[1] El potro era un instrumento de tortura compuesto de una ó muchas planchas sostenidas por algunos piés; tendido el Mártir sobre aquellas planchas, ataban á sus piés y manos unas cuerdas que pasaban por unas poleas, y cuyos extremos comunicaban con un torno, colocado en cada ángulo del potro; dábanse vueltas á los tornos y se estiraban hasta dislocarse todos los miembros del Mártir. En aquel estado de tension, dábanle fuertes golpes por todo el cuerpo.

Andrónico. «Prefiero vér mi cuerpo despedazado á perder mi «alma.

Máximo. «Sacrifica, ó te condeno á una muerte cruel.

Andrónico. «Desde mi infancia no he sacrificado á los demonios, «y no empezaré ahora.»

Atanasio, subtribuno ó censor del ejército, le dijo: «Tengo bas-«tantes años para ser tu padre, y tengo derecho para darte conse-«jos: obedece al Gobernador.

Andrónico. «¡Admirable consejo me das! sacrificar á los demo-«nios!

Máximo. «¡Miserable! verémos si eres insensible á los tormen-«tos; cuando los sentirás quizás renuncies á tu locura.

Andrónico. «¡Feliz locura la de esperar en Jesucristo! la sabi-«duría del mundo es la que da la muerte eterna.

Máximo. «¿Quién te ha enseñado tales extravagancias?

Andrónico. «El Verbo, que da la vida, que la conserva y que «nos resucitará un dia, segun la promesa de Dios.

Máximo. «Atorméntesele con violencia.

Andrónico. «Á nadie he hecho daño y me atormentais como á un «malhechor. Sufro únicamente por el culto debido al verdadero Dios.

Máximo. «¡Cómo! dices que nada malo has hecho, ¿y has despre-«ciado las órdenes de nuestros Emperadores, y has hecho burla de mi «justicia en mi mismo tribunal? Si tuvieras el menor sentimiento de «piedad, adorarias á los dioses de nuestros Príncipes.

Andrónico. «Es una impiedad abandonar el verdadero Dios para «adorar el mármol y el bronce.

Máximo. «¿Te atreves á decir que nuestros Príncipes son impíos? «Húndanle puntas de hierro en los costados.

Andrónico. «Estoy en vuestro poder, haced lo que querais.

Máximo. «Derramen sal sobre sus llagas, y frótenle los costados «con tejas quebradas.

Andrónico. «Acabais de darme un gran consuelo.

Máximo. «Te daré muerte poco á poco.

Andrónico. «Vuestras amenazas no me dan miedo; el espíritu «que me anima es mas fuerte y poderoso que el que os impulsa «á vos.

Máximo. «Pongan una cadena en sus piés y en su cuello, y sea «conducido á la cárcel.»

Así terminó el primer interrogatorio. En vano buscaréis en la historia profana una escena mas dramática, un cuadro mas completo; en este, veis á un juez que reune á toda la brutalidad de un tirano subalterno toda la crueldad del tigre; delante de él á un soldado anciano que contesta con toda la franqueza militar; á un hombre distinguido por su fortuna que conserva la mas perfecta calma en medio de los suplicios, y por fin á un jóven que llega á exasperar al juez por la fogosidad de sus contestaciones. Al lado de esas cuatro personas aparece en segundo término otra figura, figura hipócrita, figura de Judas, la del centurion Demetrio, el cual, fingiendo piedad, excita á los Mártires á una vil traicion. Tan completo y animado cuadro lo verémos otra vez en el segundo y en el tercero interrogatorio.

El Gobernador partió de Tarsis para Mopsuesta, otra ciudad de Cilicia, y dispuso que los tres cristianos, cargados de cadenas, formasen parte de su comitiva, queriendo quizás con semejante espectáculo aterrorizar á los Cristianos, y dar á sus inferiores una idea de su poder. Apenas llegado á Mopsuesta, cuando sentándose en su tribunal, dijo al centurion Demetrio: «Sean conducidos á mi pre«sencia los impíos que siguen la religion de los Cristianos. — Señor, «contestó Demetrio, aquí están.»

Máximo, *dirigiéndose á Taraco.* «No ignoro que la vejez debe ser «respetada, pero solo cuando la prudencia y un buen juicio la acom«pañan. Creo que habrás hecho buen uso del tiempo que te he con«cedido, y sin duda has cambiado de sentimientos. Acércate, pues, «á sacrificar á los dioses, y pronto me hallarás á tributar á tus años «y á tus méritos todo el honor que merecen.

Taraco. «Soy cristiano, y ¡quisiera el cielo que así vos como los «Emperadores os curáseis de vuestra ceguera, y siguiérais el cami«no que conduce á la vida!

Máximo. «Rómpanle las quijadas con una piedra, diciéndole: «Renuncia á tu locura.

Taraco. «Esta locura es la verdadera sabiduría.

Máximo. «¡Infeliz! tus dientes están ya rotos, salva á lo menos lo «demás. Sacrifica; es lo mejor que puedes hacer.

Taraco. «Si tal creyese, no sufriria tan crueles tormentos.

Máximo. «Macháquenle mas y mas la boca, diciéndole: Responde.

TARACO. «¡Habeis mandado romperme los dientes y quereis que «conteste!

MÁXIMO. «¡Hombre maldito de los dioses! yo te curaré de tu lo-«cura. Traigan carbon encendido y pongan sus manos al fuego has-«ta que estén quemadas.

TARACO. «¿No mas que esto? vuestro fuego es poca cosa para «el que no teme sino las llamas eternas.

MÁXIMO. «Considera tus manos abrasadas; ¿nada podrá hacerte «razonable? Sacrifica.

TARACO. «¿No teneis mas tormentos? Empleadlos; antes los ago-«taréis que yo mi firmeza.

MÁXIMO. «Sea colgado por los piés, con la cabeza hácia el suelo, «y enciendan debajo un fuego que dé mucho humo.

TARACO. «Vuestro fuego no ha podido hacerme sucumbir, y pre-«tendeis intimidarme con humo.

MÁXIMO. «Derramad en sus narices vinagre mezclado con sal.

TARACO. «Vuestros verdugos os engañan; vuestro vinagre tiene «muy poca fortaleza, y nada es tan desabrido como vuestra sal.

MÁXIMO. «Mezclad en ello mostaza, y frotadle la nariz.

TARACO. «Os advierto que vuestros verdugos os venden; en vez «de mostaza me han dado miel.

MÁXIMO. «Basta por esta vez; inventaré nuevas torturas para ha-«certe renunciar á tu locura.

TARACO. «Me hallaréis siempre pronto.

MÁXIMO. «Condúzcanlo á la cárcel, y que entre otro.»

El centurion Demetrio condujo á Probo, el cual en este nuevo interrogatorio contestó con la misma firmeza que en el primero. El bárbaro Máximo, vencido por la presencia de espíritu del santo Mártir, empleó la única lógica que conocen los tiranos, y mandó sucesivamente romperle las quijadas, abrasar la planta de sus piés, desgarrar sus espaldas y cubrirle la cabeza con carbones encendidos.

Antes de pasar por iguales pruebas, Andrónico tuvo que evitar el lazo que le tendiera el pérfido tirano, el cual le dijo luego de haber entrado en la sala: «Primeramente tus compañeros se negaban á «obedecer, y ha sido preciso emplear los tormentos para vencer su te-«nacidad; por fin han cedido, y serán magníficamente recompensados «por su sumision.» Andrónico le contestó: «En vano pretendeis en-«gañarme; mis compañeros no han renunciado al culto del verda-

«dero Dios, y aun cuando lo hubiesen hecho, jamás me haria yo «culpable de semejante impiedad. El Dios que adoro me ha reves- «tido con las armas de la fe; Jesucristo, mi Salvador, es mi fuerza, de «modo que no temo ni vuestro poder, ni el de vuestros señores, ni «el de vuestros dioses. Podeis hacer la prueba de cuanto os he dicho.» Máximo mandó atarle á unas estacas y destrozarle el cuerpo á latigazos; en seguida frotaron con sal las espaldas del santo Mártir, y á fin de que abriesen de nuevo las llagas que le habian sido hechas durante el primer interrogatorio, volviéronle para pegarle fuertemente en el vientre.

En aquel entonces tuvo lugar una nueva escena que causó al tirano un acceso de ira, imposible de describir, y á los espectadores una gran admiracion. Andrónico ofrecióse á todos los ojos perfectamente curado de las heridas que recibiera en su primer interrogatorio; al verlo, Máximo, dirigiéndose á los guardas de la cárcel, les dijo: «Traidores, ¿acaso no os prohibí expresamente el dejar entrar «á nadie á ver á ese hombre ni á curar sus llagas?

Pegaso el carcelero. «Por vuestra grandeza juro que nadie le ha «visto, y que nadie ha curado sus heridas; encadenado como está, «ha sido custodiado en uno de los calabozos mas retirados de la cár- «cel. Si dudais aun de mi fidelidad, tomad mi cabeza, pues consien- «to en perder la vida.

Máximo. «Entonces, ¿cómo y por qué no se percibe ningun in- «dicio de sus llagas?

Pegaso. «Lo ignoro.

Andrónico. «¡Ciegos! ¿acaso no sabeis que el médico que me «ha curado es tan tierno como caritativo? Vosotros no le conoceis; «no cura con polvos ni con yerbas, sino por medio de su palabra; «está en el cielo y en todas partes:» Confundido el tirano, mandó que cargasen al Mártir con nuevas cadenas y que le condujesen á la cárcel.

El Gobernador partió de Mopsuesta para Anazarbe, otra ciudad de su gobierno, y tambien llevó consigo á los santos Mártires. Llegados á la nueva residencia, nuevo interrogatorio y nuevas torturas; el potro, los labios cortados, la piel del cráneo levantada y la cabeza cubierta de ascuas, hierros candentes clavados en los costados, los ojos pinchados hasta perder la vista, tales fueron las torturas experimentadas por los valerosos confesores de nuestra fe.

Viendo que todo era inútil, Máximo mandó á buscar al pontífice Terencio, que tenia la inspeccion de los juegos y espectáculos públicos, para encargarle que tuviese los juegos preparados para el dia siguiente. Como es de presumir, una innumerable muchedumbre llenó el anfiteatro, situado á una milla de la ciudad.

«Nos habíamos retirado á una montaña vecina, dicen los cristia-«nos autores del resto de sus actas, mirando lo que sucedia y es-«perando con ansia y temor el fin de la jornada, y el resultado del «combate de nuestros hermanos. Máximo mandó á sus guardias que «fuesen en busca de los cristianos condenados á las fieras; mas co-«mo los tormentos que sufrieran les habian reducido á tan triste es-«tado que no podian sostenerse, fueron cargados en las espaldas de «algunos faquines, y de este modo introducidos en el circo. Nosotros «nos adelantamos cuanto nos fue posible, ocultándonos detrás de al-«gunas piedras que allí habia; la vista de nuestros hermanos en si-«tuacion tan desgarradora nos hizo derramar muchas lágrimas, y no «eran pocos los espectadores que tambien lloraban.

«Apenas aparecieron los Mártires reinó un gran silencio, inter-«rumpido á poco rato por los murmullos del pueblo contra la bar-«barie del Gobernador; muchos espectadores abandonaron sus pues-«tos con visibles muestras de disgusto, y volvieron á la ciudad. Ir-«ritado el Gobernador, colocó soldados en todas las avenidas del «anfiteatro para impedir que nadie saliese de él, y observar y de-«nunciar á los que lo intentasen; acto continuo mandó soltar muchas «fieras á la vez, mas todas se negaron á dar un paso mas luego de «haber salido de sus jaulas, y ningun daño causaron á los santos «Mártires. Furioso al presenciar semejante espectáculo, Máximo «mandó dar cien palos á los guardianes de las fieras, como para cas-«tigarles de que los leones y los tigres fuesen menos crueles que él, «amenazándoles con crucificarles si no soltaban al momento el ani-«mal que creyeran mas feroz y carnicero. Poco despues apareció en «el circo un oso de grande corpulencia, que en aquel mismo dia «habia dado muerte á tres hombres; mas el terrible animal, acer-«cándose con páusa al lugar en que se hallaban los Mártires, em-«pezó á lamer los piés de Andrónico; llevado este por el ansia con «que esperaba la muerte, apoyó su cabeza sobre el oso, esforzándo-«se en encolerizarle, pero el animal no se movió, y Máximo, fuera «de sí, mandó dar muerte al oso á los piés de Andrónico.

«Temiendo Terencio por su persona, mandó soltar una leona fu-«riosa que le habia regalado el sumo sacrificador de Antioquía; á «su aparicion, palidecieron los espectadores, y sus rugidos llenaron «de terror á los mas intrépidos; sin embargo, al estar cerca de los «Mártires, que se hallaban tendidos en la arena, se echó á los piés «de Taraco en actitud suplicante y los lamió. Furioso Máximo man-«dó que la provocasen; mas la leona, recobrando la fiereza que solo «por los santos Mártires habia olvidado, rugió de un modo espan-«toso, rompió la puerta del anfiteatro, y sembró entre el pueblo tan «gran consternacion, que no se oian mas que estos gritos: «Esta-«mos perdidos; abran la jaula de la leona.» Para poner fin á la eje-«cucion, tuvo el Gobernador que llamar á los confectores, los cuales «dieron muerte á los santos Mártires. Llegada la noche, recogimos «sus cuerpos y los trasladamos á una caverna abierta en la roca en «el flanco de una montaña vecina; á ella se han retirado Marcion, «Félix y Vero para pasar el resto de sus dias, deseosos de que cu-«bra su cuerpo el mismo sepulcro que encierra las santas reliquias.

«¡Alabado sea Dios ahora y siempre! Queridos hermanos nues-«tros, os suplicamos que acojais con vuestra caridad ordinaria á los «portadores de esta carta, los cuales merecen vuestras atenciones y «estimacion, pues son del número de los que trabajan á las órdenes «de Jesucristo, á quien pertenecen la gloria y el poder, junto con el «Padre y el Espíritu Santo, antes de los siglos, ahora y siempre, y «en los siglos de los siglos. Amen [1].»

En todos los lugares que visita, ilumina el sol combates semejantes al que acabamos de describir; sigamos á ese astro en la carrera; pasemos de Oriente á Occidente, y allí terminarémos el bosquejo

[1] Tales son en resúmen las famosas actas que todos los críticos modernos reconocen por originales. Los mismos críticos han puesto en duda la autenticidad de las actas de otros muchos Mártires, porque les han parecido muy largas, ó llenas ya de muchos discursos, ya de tormentos demasiado extraordinarios, ya de excesivos milagros, ya de palabras muy duras respecto de los jueces. Ahora bien, las actas de nuestros tres Santos reunen todos estos caractéres á la vez; son muy largas, contienen muchos discursos, muchos milagros, tormentos inauditos, y palabras muy duras para el Gobernador. Además, las fechas están equivocadas, y á pesar de eso nadie duda de su autenticidad; lo que manifiesta que las reglas imaginadas por los críticos, ó al menos las aplicaciones que de las mismas hacen, tienen mucho de arbitrario, y que ha de ser permitido poner sus fallos en tela de juicio. (Rohrbacher, *Historia universal*, etc., t. VI, página 89).

de la décima persecucion general. Los dos nuevos campeones que formarán para nosotros la retaguardia del grande ejército de los Mártires, cuyos triunfos admiró el reinado de Diocleciano, son dos vírgenes que apenas contaban trece años, ambas de ilustre nacimiento, ambas herederas de una gran fortuna, ambas hermosas y puras como Ángeles, ambas demasiado débiles para sostener sus cadenas, y admirando á sus jueces y á sus verdugos con la grandeza de su valor; nadie dudará de que hablamos de Inés y de Eulalia.

Inés ilustró la grande ciudad de Roma, teatro de sus victorias; sus riquezas y su hermosura la hicieron solicitar en matrimonio por muchos jóvenes de las mas antiguas familias de Roma, y en particular por Procopio, hijo del gobernador de la ciudad. Este jóven le envió un rico presente, que Inés rechazó diciéndole hallarse prometida á otro esposo; contestacion que Procopio comunicó á su padre, rogándole que emplease la autoridad que le daba su empleo de gobernador para obtener el consentimiento de Inés. El gobernador mandó á Inés que compareciese á su presencia, y le preguntó por qué causa rechazaba la alianza con su hijo. «Porque estoy prometida á un «esposo divino,» contestó la Santa; y si bien el gobernador no comprendió sus palabras, uno de sus oficiales le dijo que aquella jóven era cristiana, y que aquel esposo divino era el Dios de los Cristianos.

Entonces el gobernador, cambiando de tono y de maneras, ordenó á la Santa abandonar sin pérdida de momento aquella secta impía, so pena de perder su fortuna y de sufrir los mas crueles tormentos; su intencion era asustarla, mas se engañó, pues Inés, á pesar de su tierna edad y de su delicado cuerpo, abrigaba un alma intrépida que solo suspiraba por el martirio. El gobernador mandó encender un gran fuego, y preparar los garfios de hierro, el potro y todos los instrumentos de tortura, sin que la vírgen manifestase la menor emocion á la vista de tan terrible aparato; decimos mal, léjos de atemorizarse, la vírgen reveló la alegría de que se hallaba poseida al aspecto de las torturas que le estaban preparadas. Arrastrada delante de los ídolos para obligarla á ofrecerles incienso, solo levantó la mano para hacer la señal de la cruz, y viendo el gobernador la inutilidad de todas sus medidas, amenazó á la Santa con enviarla á un lugar infame, donde aquella virginidad que tanto amaba seria expuesta á los insultos de una juventud libertina. «Jesucristo, con-

«testó Inés, está demasiado celoso de la castidad de sus esposas pa-«ra sufrir que sean despojadas de esta virtud; él es su guardian y «protector.»

El juez, dejándose llevar por su cólera, ejecutó su amenaza, y la Santa fue llevada á un lugar de prostitucion; mas un libertino que se atrevió á presentarse en la puerta fue herido de un rayo y perdió la vista; aterrorizados sus compañeros, le condujeron á la presencia de la Santa, la cual accediendo á sus súplicas le devolvió al momento la vista y la salud [1].

Á pesar de que el juez no tenia necesidad de que le aguijoneasen, el principal acusador de Inés no dejaba de encender mas y mas su ira contra ella: resentido su amor propio al verse despreciado y desobedecido por una vírgen, la condenó á ser decapitada. Al acercarse el verdugo á su jóven víctima, se apoderó de él una viva emocion; su rostro palideció, y tembló su mano; de modo que la Santa, llena de alegría, tuvo que animarle, y despues de una corta oracion bajó la cabeza, así para adorar á Dios como para recibir el golpe que consumó su sacrificio. Los espectadores, viéndola tan jóven, cargada de cadenas y tan intrépida bajo la temblorosa mano del verdugo, se deshacian en llanto. Su cuerpo fue enterrado en las cercanías de Roma, en el camino de Nomento. Para obtener la virtud de la pureza se han invocado siempre con especialidad la Madre de Dios y santa Inés.

Mientras que Inés triunfaba del demonio en la misma capital de su Imperio, Eulalia le cubria de confusion en España, donde se hacia á los Cristianos una encarnizada guerra. El bárbaro Daciano, gobernador de la provincia, que acababa de hacer morir al diácono san Vicente en medio de inauditos tormentos, se hallaba entonces en Mérida, capital de la Lusitania. Eulalia, descendiente de una de las primeras familias de España, habia sido educada en la religion cristiana, y desde su infancia un carácter admirable por su dulzura, una rara modestia, una tierna piedad, y un gran amor á la virginidad, la habian hecho amar de Dios y de los hombres. Dotada de un alma grande, no gustaba de lo que generalmente halaga y pierde á las jóvenes, los adornos y los placeres. Solo contaba doce años

[1] Este lugar que sirvió de cárcel á la Santa es en el dia una capilla subterránea situada en la magnífica iglesia de Santa Inés, cerca de la plaza Navona, en Roma.



cuando se publicaron los edictos de Diocleciano, y á pesar de su juventud, los consideró como la señal del combate, tanto que inquieta su madre por el ardor que manifestaba por el martirio, la condujo á una quinta que poseian fuera de la ciudad.

Eulalia, impulsada por el espíritu de Dios, evádióse durante la noche, y despues de muchos trabajos, llegó á Mérida al asomar el dia; dirígese á palacio, atraviesa por entre los guardias del Gobernador, llega al pié de su tribunal, y sin palidecer se encuentra en medio de una innumerable multitud de hachas y de haces; echa en cara al orgulloso Daciano la impiedad de que se hacia culpable pretendiendo que fuese abjurada la única Religion verdadera. «Sin embargo, continúa la Santa, ya que buscais á los Cristianos, yo soy «cristiana.» Al oir tales palabras, Daciano mandó prenderla, si bien recurrió primeramente á las caricias y á la persuasion, representándole el daño que á sí misma se hacia, y el dolor que causaria á sus padres si persistia en su desobediencia.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, apeló á las amenazas, mostróle los instrumentos de suplicio destinados á atormentarla, y le dijo que no sufriria tortura alguna si consentia en tomar solo con el extremo de sus dedos un poco de sal y de incienso; mas Eulalia, léjos de sucumbir, derribó el ídolo y pisó la torta preparada para el sacrificio; su santa audacia no tardó en recibir la recompensa; dos verdugos se apoderaron de ella y le desgarraron los costados con garfios de hierro; durante tan atroz tortura, Eulalia cuenta sus heridas y exclama con voz tranquila: «Señor, con el hierro y el acero «graban vuestras victorias sobre mi cuerpo. ¡Cuánto me complazco «en leerlas escritas con tales caractéres!»

En seguida le aplicaron antorchas encendidas sobre el pecho y los costados, sin que sus dolores le arrancasen ni una sola queja; finalmente el tirano, cuya crueldad no satisface el hierro, mandó encender muchas antorchas al rededor de Eulalia, no tardando esta en verse rodeada de llamas, y estas en prender en todo su cuerpo. La jóven Mártir, viendo arder sus vestidos, se apresuró á desatar sus cabellos que un nudo sujetaba debajo de su velo, y que caen sobre sus espaldas cubriéndolas con infinitos rizos, en los cuales el arte no tenia parte alguna; esta precaucion tranquiliza un poco su pudor alarmado; sin embargo en breve las llamas prenden en los cabellos, pero en el mismo instante que iba á ser despojada de aquel último

velo, la casta vírgen espira ahogada por el fuego y el humo. La nieve que cae en abundancia cubre su cuerpo, y el cielo que cuida de los funerales de sus vírgenes queridas dispone él mismo la pompa, haciendo reinar por todas partes el color de la pureza. Los Cristianos enterraron á Eulalia cerca del lugar de su martirio, sobre el cual se edificó mas tarde una magnífica iglesia, siendo sus reliquias depositadas debajo del altar mayor.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido á los mas débiles para vencer á los mas fuertes; dadme la pureza de santa Inés y de santa Eulalia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pensaré entre mis penas en los sufrimientos de los Mártires.*

LECCION XX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Juicio de Dios sobre Diocleciano, Maximiano y Galerio. — Conversion de Constantino. — Paz dada á la Iglesia. — Influencia del Cristianismo en el derecho de gentes, político y civil. — Caridad.

Al referir la historia de los Mártires, hemos elegido los ilustres testimonios de nuestra fe en todas las partes del mundo; en Oriente, en Occidente, en Asia, en África y en Europa, entre todas las edades y en todas las condiciones. Mostrar de este modo la catolicidad y unidad de la Religion, pulverizar el cargo de fanatismo que dirigen los impíos á nuestros santos Mártires, enseñar á todos que no hay país, clase ni edad que no haya dado Santos al cielo, y que no pueda darle todavía; esta ha sido nuestra intencion. El martirio ó el testimonio de sangre, hé aquí sin duda un imperecedero monumento de la verdad del Cristianismo; otro no menos brillante es la muerte de los perseguidores. Sí, la muerte de los Mártires y la muerte de los tiranos son como una doble hilera de indestructibles colunas colocadas en el camino de las generaciones, en cuyo fondo leen los ojos estas palabras: *Al Rey inmortal de los siglos, al Cordero dominador del mundo*. La muerte de los Mártires revela su bondad, la muerte de los tiranos prueba su justicia, y ambas demuestran que todos los hombres, todos los reyes, queriendo ó no, contribuyen á establecer y afianzar su eterno reino.

Diocleciano y sus colegas habian inmolado durante diez años de persecucion á tan gran número de víctimas, que creyeron haber aniquilado el Cristianismo; y llenos de orgullo, mandaron erigir dos colunas de mármol, que se ven aun en España, con las siguientes inscripciones:

DIOCLECIANO JOVIANO [1], MAXIMIANO HÉRCULES,
CÉSARES AUGUSTOS,
POR HABER EXTENDIDO EL IMPERIO ROMANO EN ORIENTE Y
EN OCCIDENTE,
Y POR HABER EXTINGUIDO EL NOMBRE DE LOS CRISTIANOS
QUE CAUSABAN LA RUINA DE LA REPÚBLICA.

[1] Diocleciano se hacia llamar Joviano, es decir, descendiente de Júpiter.

DIOCLECIANO, CÉSAR AUGUSTO
POR HABER ADOPTADO Á GALERIO EN ORIENTE; POR HABER ABOLIDO POR TODAS PARTES LA SUPERSTICION DE CRISTO; POR HABER EXTENDIDO EL CULTO DE LOS DIOSES [1].

Estas dos columnas, esta doble inscripcion, que debian atestiguar á todas las generaciones el triunfo de los tiranos, solo han inmortalizado su barbarie y su impotencia. Aun durante su vida, el Cordero dominador quiso humillarlos y tomar venganza de la sangre de sus servidores: Diocleciano, intimidado por el poder y las amenazas de Galerio, abdicó el imperio en Nicomedia, es decir, en la misma ciudad en que firmara el edicto de persecucion, y retiróse á Dalmacia, donde se entregó á la vida privada cerca de Salona, en el dia Spalatro, en cuyo lugar se ven aun las ruinas de su palacio. Algunos años despues tuvo el dolor de ver á su esposa é hija condenadas á muerte por el tirano Licinio, y ejecutadas en una plaza pública; despues de lo que, vióse el objeto del general desprecio; presa de continuas agitaciones, no queria comer ni dormir; noche y dia desahogaba su pesar en profundos suspiros; lágrimas de desesperacion humedecian con frecuencia sus ojos; revolcábase por su lecho ó por el suelo, hasta que murió miserablemente consumido por el hambre, por la melancolía y por el dolor [2].

Maximiano Hércules vióse tambien obligado á abdicar en Milan; por tres veces quiso reconquistar la púrpura y aun arrancarla á Máximo, su propio hijo, y viendo que eran vanos sus esfuerzos, ahorcóse impulsado por la desesperacion. Galerio, atacado de una enfermedad horrible, fue devorado en vida por la podredumbre y los gu-

[1] DIOCLET. JOVIUS, MAXIM. HERCULEUS,
CÆSS. AUGG.
AMPLIFICATO PER ORIENTEM ET OCCID. IMP. ROM.
ET NOMINE CHRISTIANOR. DELETO
QUI REMP. EVERTEBANT.

DIOCLETIAN. CÆS. AUG.
GALERIO IN ORIENTE ADOPT.
SUPERSTITIONE CHRISTI UBIQ. DELETA,
CULTU DEORUM PROPAGATO.
(En Baronio, año 304).

[2] Lact. *De Mortib. persecutor.* sub fin.

sanos; exhalaba un hedor tan infecto que ni sus propios criados podian acercársele [1], y murió abandonado de todos y en medio de agudísimos dolores en el año 311. Así murieron los tres grandes perseguidores del nombre cristiano; y ahora, reyes, meditad; instruíos, jueces de la tierra, y aprovechémonos nosotros de tan saludable leccion, muy eficaz para robustecer nuestra fe y penetrarnos de un profundo respeto hácia Jesucristo, tanto mas, cuanto observarémos en la série de los siglos que todos los que han querido seguir su ejemplo han sufrido una suerte igual.

Sin embargo, llegado era el momento señalado de toda eternidad para el triunfo de la Iglesia; Dios habia ya manifestado que todos los poderes de la tierra no eran capaces de destruirla, y cuando fue indisputable y reconocido que solo él la habia establecido, llamó á ella á los Emperadores, é hizo del grande Constantino el abierto protector del Cristianismo. Aquel Príncipe era hijo del césar Constancio Cloro, y reunia en su persona las mas eminentes cualidades; un genio vivo, pero templado siempre por una rara prudencia, daba nuevo realce á su noble rostro y á su aventajada talla. Despues de la muerte de su padre, fue proclamado emperador á la edad de treinta años, dignidad que le disputó Máximo, hijo del emperador Maximiano Hércules. Ambos competidores se dieron algunos combates parciales, en que Máximo llevó siempre la mejor parte, y esto decidió á Constantino á presentar una batalla decisiva, con cuyo objeto atravesó los Alpes y tomó el camino de Roma [2].

Viendo que el ejército de Máximo era mucho mas numeroso que el suyo, comprendió que necesitaba de un socorro extraordinario, y quiso hacerse favorable al Dios de los Cristianos; para ello le suplicó ardientemente que se le revelase, y como aquel Príncipe era de recto corazon, sus votos fueron oidos. Á las doce de un dia tranquilo y sereno, mientras marchaba al frente de sus tropas, distinguió en el cielo una brillante cruz, en medio de la cual se leian estas palabras trazadas con caractéres luminosos: *Por este signo vencerás* [3]. Todo el ejército reparó en el prodigio; pero el que mas se asombró fue el Príncipe, el cual se ocupó el resto del dia en investigar lo que significaba tan estupenda maravilla, y en la siguien-

[1] Eusebio, lib. IV, c. 16; Lact. loc. cit.
[2] Véase á Eusebio, *in Vita Constant.*
[3] In hoc signo vinces.

te noche, durante su sueño, apareciósele Jesucristo con igual emblema, y le ordenó hacer sobre aquel modelo un estandarte para guiar á sus soldados á los combates, como un escudo contra sus enemigos.

Al asomar el dia, el Emperador llamó á algunos trabajadores, y les trazó el dibujo del estandarte, consistente en una especie de pica cubierta de hojas de oro, con un travesaño en forma de cruz, del que pendia una tela de tisú de oro; en el extremo de la pica habia una corona enriquecida de diamantes; en medio se veian las dos primeras letras del nombre de *Cristo*, entrelazadas ☧, y en la tela veíanse los retratos del Emperador y de sus hijos. Este estandarte, al que se dió el nombre de *lábaro*, era llevado sucesivamente por cincuenta hombres, elegidos por Constantino entre sus guardias como á mas valientes y piadosos. Alentado por la celeste vision, no vaciló en presentar la batalla á su enemigo, en la cual Máximo fue vencido, pereciendo ahogado al querer en su fuga vadear el Tíber. Roma abrió sus puertas á Constantino, y el nuevo señor del mundo llamó cerca de sí al papa san Silvestre para que le instruyera en las verdades de la religion cristiana, de la cual hizo profesion pública, siendo su primer cuidado publicar un edicto en favor del Cristianismo.

Nada mas cierto hay en la historia que la milagrosa aparicion de la cruz, referida por Eusebio de Cesarea, historiador y amigo del Emperador, y confirmada por un gran número de escritores y de monumentos de toda especie. «Si otro nos lo hubiese referido, dice «el sábio Obispo, trabajo habria tenido para persuadirnos; mas «habiéndonoslo contado el emperador Constantino, y asegurado bajo juramento, á nosotros que escribimos esta historia, ¿cómo es «posible la duda, sobre todo cuando el resultado justificó la promesa,[1] ?»

De este modo hablaba Eusebio en un tiempo en que muchas personas, testigos oculares del hecho, vivian aun y podian desmentirle, y no deja de ser gracioso que quince siglos despues, sin pruebas, sin monumentos, se ponga en duda un hecho tan grave, únicamente porque no nos conviene, ¿qué digo? únicamente porque prueba la divinidad de una religion que es temida porque no es amada, y que no es amada porque condena el mal objeto de nues-

[1] *Vita Constant.*

tro amor. Por lo demás, aun cuando abandonásemos aquel prodigio á la impiedad, su causa no por esto seria mejor, como demostrarémos en las dos lecciones siguientes, que rogamos lean con igual atencion el fiel y el incrédulo; el fiel para afirmarse en la fe, y el incrédulo para iluminarse.

Antes de Constantino, la Iglesia carecia de existencia *social;* habia personas y familias cristianas, pero no naciones cristianas; mas al subir al trono junto con Constantino, la Religion pasó desde el estado doméstico al estado social. Entonces hizo sentir su influencia á las naciones, como la hiciera sentir á los indivíduos; las costumbres públicas, las leyes, hasta el lenguaje, convirtiéronse poco á poco en cristianos, y el triunfo de Jesucristo fue completo. Esta saludable influencia bien merece por nuestra parte algunos momentos de estudio, pues debemos tanto á la Religion, y tan propensos somos á olvidar sus beneficios, que presta un verdadero servicio á los hombres el que les recuerda sus inmensos beneficios.

Recojámonos, pues, por un instante, y consideremos esta influencia, 1.° en *el derecho de gentes,* es decir, en las relaciones de unos pueblos con otros. Antes del Cristianismo la gran ley que determinaba las relaciones de los pueblos entre sí era la ley del mas fuerte. ¡Ay de los vencidos[1]! era la divisa universal; así es que la guerra no tenia mas objeto que recoger botin y hacer esclavos; la devastacion, el incendio, los asesinatos, la carnicería, la desolacion del país vencido acompañaban á la guerra, y la esclavitud de los habitantes la seguia. Ahora bien, sabemos ya cuál era el destino de los esclavos; cadenas que nada debia romper, indignos tratos, la obligacion de matarse unos á otros para divertir á los vencedores ó para honrar sus funerales, hé aquí el unico y desgarrador porvenir que les aguardaba.

El Cristianismo, llegado al estado social, modifica poco á poco tan bárbaro código: al brutal derecho del mas fuerte sustituye insensiblemente la dulce ley de la caridad universal; la guerra no se hace ya con igual barbarie; los prisioneros no son ya esclavos; los heridos recogidos por el vencedor del campo de batalla, son curados, consolados, devueltos á la vida, y mas tarde á su patria y á su familia. Tal es el carácter general de la guerra entre las naciones cristianas; y para que se sepa que al Cristianismo, y solo al Cris-

[1] Vae victis.

tianismo, se debe el que se hayan mitigado los horrores de tan terrible azote, obsérvese que conserva aun su carácter de barbarie en las naciones modernas que no han recibido la influencia del Evangelio, y que en los mismos pueblos cristianos se hace mas y mas bárbara á medida que el Evangelio pierde en ellos su influencia.

De la suavizacion de la guerra resultó poco á poco la abolicion de la esclavitud; admiremos aquí la prudencia y prevision del Cristianismo. Dar de una vez la libertad á los esclavos habria sido desquiciar el mundo; Jesucristo se contenta con sentar en el Evangelio los principios de la libertad diciendo: «Hermanos sois; amaos los unos «á los otros como os amo yo á vosotros mismos.» Y los Apóstoles y la Iglesia, segun la oportunidad de las circunstancias, hicieron aplicacion de estos principios, y sin sacudimientos ni revoluciones los esclavos fueron libres. Admirable espectáculo es considerar las modificaciones sucesivas de la legislacion bajo la influencia cristiana; leed el código Justiniano y las capitulares de nuestros Reyes, las de Carlomagno especialmente, y asistiréis á la transformacion del mundo antiguo en el mundo nuevo. Tambien aquí, para que se sepa que al Cristianismo, y solo al Cristianismo, pertenece la abolicion de la esclavitud, basta saber que las naciones idólatras viven aun bajo el régimen de la ley pagana, y que en ellas la esclavitud está en todo su vigor.

2.° En *el órden político*, esto es, en las relaciones de los Reyes y de los pueblos. En el Gentilismo vemos siempre la ley del mas fuerte por universal regulador, es decir, sojuzgando en todas partes al débil en provecho del fuerte. Los Reyes eran verdaderos déspotas, y los pueblos viles rebaños destinados á satisfacer todos los caprichos de sus señores; humillante verdad que la historia de los Emperadores romanos coloca entre los hechos mas incuestionables. El divino Legislador, el Rey de los reyes, muere por su pueblo, y de lo alto de la cruz exclama: «Reyes, os he dado el ejemplo para que obreis «como yo he obrado.» En otra ocasion dijo: «El primero entre vos«otros sea el servidor de los demás.» Del árbol de la cruz se desprende otra leccion; al obedecer á su Padre hasta la muerte, el Hijo de Dios dice á los pueblos: «Os he dado el ejemplo para que me «imiteis;» y ya antes habia dicho: «Dad al César lo que es del Cé«sar.» En esta doble leccion está la consagracion del poder y del deber, el principio del espíritu de sacrificio, la verdadera base de una

sociedad perfecta. Así pues, en el Cristianismo, despues de pasado al estado social, los pueblos no son ya para los Reyes, sino los Reyes para los pueblos, así como los hijos no son para los padres, sino los padres para sus hijos. Las dignidades, los empleos, se llaman *cargos*, y en el fondo de esos principios está la abolicion del derecho de la fuerza material: de aquí el carácter de dulzura y de equidad que distingue las legislaciones de los pueblos cristianos.

Y para que se sepa que al Cristianismo, y solo al Cristianismo, debemos tales beneficios, obsérvese que los pueblos idólatras se hallan regidos todavía por la ley del mas fuerte; los Reyes son entre ellos déspotas, y cuanto mas disminuye la influencia del Evangelio en las naciones cristianas, mas bárbaras y contradictorias se hacen las leyes, mas pesa y se extiende el despotismo, mas conspira el Estado para confiscar la libertad, la fortuna, en una palabra, á serlo todo, como en los tiempos de Tiberio y de los demás Césares; es decir, mas nos acercamos á la arbitrariedad del Gentilismo [1].

3.° En *el órden civil*. Hemos visto ya lo que el Cristianismo habia hecho en la familia á favor del padre, de la madre y del hijo; beneficios todos que se convirtieron en leyes bajo el imperio de Constantino, es decir, que este Emperador, incluyendo en la legislacion el gran principio evangélico de la caridad y de la igualdad, abolió la poligamia y el divorcio, las dos fuentes de esclavitud, de vergüenza y de desgracia para la familia gentílica. El matrimonio uno é indisoluble, que ennoblece al padre, que da nuevo realce á la mujer, que asegura la vida y la educacion del hijo, en una palabra, que hace la dicha de la familia en las sociedades modernas, en tanto es un beneficio del Cristianismo, en cuanto allí donde no reina el Evangelio subsisten la poligamia y el divorcio; en cuanto allí donde no reina el Evangelio, no tardan en aparecer ambas calamidades bajo una ú otra forma.

Así pues, bajo la influencia cristiana el derecho de gentes, el político, el civil, las relaciones todas de los hombres entre sí se han modificado, perfeccionado, santificado. Naciones modernas, en ella está el principio de vuestra superioridad; no lo olvideis jamás, para nunca obligar á la Religion á decirse estas amargas palabras: *He*

[1] Véase el *Código de la Religion y de las costumbres*, por el abate Mensy, 2 vol. en 12.°, y sobre los detalles de esta influencia, nuestra *Historia de la sociedad doméstica*, t. II.



educado; *he alimentado á mis hijos, y mis hijos me han despreciado*[1]. Miradlo bien, el Cristianismo fue el triunfo de la caridad sobre la fuerza bruta, del hombre regenerado sobre el hombre degradado, del espíritu sobre la carne; si le arrojais de entre vosotros, pasará á otros pueblos mas dignos de sus beneficios: y así como el sol al ocultarse en el horizonte no deja despues de sí mas que el horror de las tinieblas, al alejarse de vosotros la divina antorcha, os dejará sumidos en la noche del error y en el cáos de las revoluciones, mientras llegan los hierros de la esclavitud y los horrores de la barbarie. Ved lo que ha sucedido en Grecia y en África, antes tan ilustradas, tan florecientes y tan dichosas, porque eran cristianas. ¡Sírvaos de leccion su ejemplo!

4.° En *todo lo que sufre*. Bajo el Gentilismo, el ser débil era en todas partes oprimido, humillado; todas las reformas obradas por el Cristianismo en las leyes tendian al único objeto de proteger la debilidad contra la fuerza, y gracias á su influencia se abolieron los combates de gladiadores. Sin embargo, fuera de la accion de las leyes quedaban infinitas miserias que aliviar, y aunque el Cristianismo contaba con todos los recursos necesarios para conseguirlo, se habia visto obligado por la persecucion á encerrarlos dentro de sí mismo; libre ya, vióse un inmenso desbordamiento de caridad; hubiérase creido un rio de amor, que despeñándose de una elevada montaña traspasa todos sus límites, é inunda los campos, llevando por todas partes la fecundidad y la vida. Elevéronse á porfía asilos para alimentar á los pobres niños expósitos ó abandonados, fuese cual fuese la religion de sus padres: asilos para los huérfanos; asilos para los enfermos; asilos para alojar á los extranjeros y peregrinos; asilos para toda clase de pobres en general[2]; no hubo miseria que no tuviese su consuelo y su palacio.

Ordinariamente cuidaba de su administracion un apóstol de aquella caridad divina, como en Alejandría san Isidoro, bajo el patriarca san Teófilo; en Constantinopla, san Zotico, y luego san Sanson: particulares habia que mantenian hospitales á sus expensas, como

[1] Isai. I.

[2] El asilo de la infancia se llamaba en griego *brephotrophium;* el de los huérfanos *orphanotrophium;* el de los enfermos *nosocomium;* el de los extranjeros *xenodochium;* el de los ancianos *gerontocomium;* el de toda especie de pobres *ptochotrophium.*

san Pammaquio en Porto, y san Galicano en Ostia. Este último habia sido patricio y cónsul, y maravillaba ciertamente á los espectadores, que de todas partes acudian, ver á un hombre de su rango, que habia tenido los honores del triunfo y que se honraba con la amistad del emperador Constantino, lavar los piés á los pobres, servirles en la mesa, y dar á los enfermos toda clase de consuelos [1]. ¡Cuántas veces desde entonces ha sido el mismo ejemplo dado por reyes y reinas, por delicadas princesas nacidas en las gradas de un trono! El culto de los pobres, permítaseme la expresion, es el carácter distintivo de la religion cristiana.

Los santos Obispos no omitian gasto alguno para tales establecimientos; cuidaban de la sepultura de los pobres y del rescate de los cautivos que habian sido apresados por los bárbaros, como frecuentemente sucedia en los últimos tiempos del Imperio romano [2]; para cuyas limosnas, privilegiadas entre todas, vendian hasta los vasos sagrados, habiéndose san Exuperio, obispo de Tolosa, reducido para hacer frente á ellas á tan extremada pobreza, que llevaba en un cesto el cuerpo de Nuestro Señor, y su preciosa sangre en un cáliz de vidrio. San Paulino, obispo de Nola, despues de haberlo vendido todo, se entregó él mismo por esclavo para rescatar al hijo de una viuda; de modo que los grandes tesoros de las iglesias, el oro y la plata que las adornaban, solo estaban en ellas como en depósito, mientras llegaba una ocasion para emplearlos, como una calamidad pública, una peste, un hambre; todo se sacrificaba para la conservacion de los templos vivos del Espíritu Santo [3].

Semejante modificacion en las costumbres no es menos milagrosa que la modificacion en las ideas; si durante las persecuciones se hubiese de repente presentado un hombre en el anfiteatro donde la antigua Roma bebia con delicia la sangre de los Cristianos, y dirigiéndose al Emperador, al Senado, á las matronas romanas, hubiese dicho: «Augusto emperador, que miras al universo inclinado «á tus piés, ilustres senadores, hijos de los Fabios, de los Escipio«nes y de los Gracos; y vosotras, soberbias matronas tan delicadas y «tan orgullosas, dia vendrá, y no está muy léjos, en que vuestras «hijas, convertidas al Cristianismo, tendrán á honor el servir á los

[1] Baron. ad 3 decemb.
[2] S. Cypr. Epist. LVI, pag. 146; Mamachi, t. III, pág. 46 y sig.
[3] Fleury, *Costumbres de los Cristianos*, pág. 330.

«pobres y á los esclavos. Todos esos desgraciados sobre los cuales «apenas os dignais dirigir una mirada, que cargais de cadenas y lle- «nais de golpes, que enviais á morir á las islas desiertas, en los bor- «des de los caminos, ó que arrojais á vuestras murenas, serán re- «cogidos por vuestros hijos, respetados, queridos, llamados con el «nombre de hermanos; y vuestros mas ilustres descendientes cifra- «rán su mayor gloria en ser los servidores de los pobres, mas que en «ser los nietos de los Escipiones y de los Césares.» Si alguno, repito, hubiese dirigido semejantes palabras al Emperador ó al Senado, lo hubieran creido un insensato, y sin embargo hubiese sido profeta; y si cien años despues de Constantino hubiesen vuelto al mundo todos aquellos patricios de Roma, ¡cómo se hubieran admirado al ver realizada la profecía! Á buen seguro que habrian exclamado: Es un prodigio inconcebible, y solo puede ser obra de Dios: *Incredibile, ergo divinum* [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber dado la libertad á vuestra Iglesia; gracias os sean dadas por los beneficios que ha derramado por todo el mundo y sobre cada uno de nosotros en particular.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré cada dia por mis superiores temporales.*

[1] Tertul. *adv. Marcion.*

LECCION XXI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Resúmen de lo anterior. — Estudio sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo. — Dificultades de la empresa. — Debilidad de los medios. — Grandiosidad del resultado. — Suposicion.

La primera necesidad de los tiempos actuales es arraigar la fe en los corazones, y, salvo error de nuestra parte, el mejor medio de lograrlo es presentar en toda su desnudez el hecho del establecimiento del Cristianismo; no hay prueba mas completa, mas indestructible, mas popular. Vamos, pues, á exponerlo resumiendo en las dos lecciones siguientes cuanto hemos explicado sobre los tres primeros siglos; nuestra relacion será enteramente auténtica, y la apoyarémos en el unánime testimonio de los judíos, de los gentiles y de los Cristianos, es decir, en la autoridad de testigos oculares y perfectamente irrecusables [1]; negar sus dichos seria negar toda certeza histórica. Á fin de mostrar el hecho en toda su grandeza, lo examinarémos bajo tres puntos de vista: 1.° Dificultades de la empresa; 2.° debilidad de los medios; 3.° grandiosidad del resultado.

1.° Dificultades de la empresa. Los autores judíos, gentiles y cristianos nos dicen unánimemente que en la época en que apareció el Cristianismo, el mundo entero, excepto el reducido rincon de tierra habitado por los judíos, era idólatra. El objeto de la empresa era derribar el Judaismo y el Gentilismo, y elevar el Cristianismo sobre sus ruinas; tratábase, pues, de declarar la guerra á todos los pueblos y de atacarles en lo que hay mas fuerte y mas sagrado en el fondo del corazon humano, en el sentimiento religioso. Entre los gentiles este

[1] Véanse los comprobantes, 1.° en Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo;* 2.° en el P. Decolonia, *La verdad del Cristo probada por los autores gentiles;* 3.° en el P. Mamachi, *Orígenes y antig. crist.* t. II, III y IV; 4.° en todos los santos Padres, especialmente san Justino, Tertuliano, Orígenes, Arnobio, Lactancio, etc.; 5.° en Tácito, *Hist.* lib. XV; Sueton. *in Vespas. et Domit.* etc.; 6.° en todas las demostraciones evangélicas; 7.° en el *Talmud*, etc.; 8.° en Baronio, *Annales eccl.* desde el año 34 á 310.

sentimiento tenia una energía particular, en cuanto se confundia con las pasiones, objeto exclusivo del culto universal, y tanto entre los gentiles como entre los judíos se mezclaba con las preocupaciones mas lisonjeras para el orgullo nacional, pues todos creian que sus instituciones políticas se hallaban inviolablemente unidas al mantenimiento de su religion. Entre los romanos, en particular, iba envuelto con la aspiracion á la dominacion universal; porque, fiada en los oráculos, Roma, señora del mundo, consideraba el Paganismo como la causa de sus triunfos y la garantía de la eterna duracion de su imperio. Vemos, pues, que la empresa era en todas sus partes un tejido de dificultades, si graves las unas, gravísimas las otras.

Primera dificultad: Destruir el Judaismo. Es cierto que los judíos eran en corto número, pero abrigaban hácia su religion un amor muy vivo, muy fundado y muy interesado. Amor muy vivo: desde muchos siglos se encontraban radicalmente curados de su inclinacion á la idolatría, y antes que renunciar á la ley de Moisés, habian sufrido de parte de los reyes de Siria el saqueo, la devastacion, la esclavitud y toda clase de malos tratos. Muchos de ellos habian derramado su sangre en los campos de batalla, á ejemplo de los hijos de Matatías, en defensa de su fe, al paso que otros la confesaron valerosamente delante de los tiranos, prefiriendo, antes que abjurarla, la muerte entre los mas horribles suplicios; tales fueron el santo anciano Eleazar, la madre de los Macabeos y sus siete hijos.

Amor muy fundado: el Judaismo era la religion verdadera en cuanto tenia al mismo Dios por autor, por intérpretes á los Patriarcas y Profetas, gloria de la nacion, y á los judíos por únicos depositarios. Jerusalen era la habitacion del Señor, su templo el único santuario en que admitia las adoraciones de los hombres y en que dejaba oir sus oráculos. Una larga série de prodigios servia de base á su religion; la fidelidad de los hijos de Israel á aquella ley descendida del cielo habia sido el orígen de innumerables bendiciones, les habia granjeado los favores de los mas fieros conquistadores, y hacia aun su fuerza, y en ella consistia su superioridad delante de los demás pueblos.

Amor muy interesado: la falsa interpretacion dada á las profecías por los Fariseos halagaba de tal modo su orgullo nacional, que era la base de todas sus esperanzas, y con fanática tenacidad esperaban los judíos á un Mesías conquistador que les librase del yugo de los gen-

tiles, que pusiese en sus manos el cetro del universo, y que hiciese de nuevo amanecer para ellos los hermosos dias de Salomon.

Ahora bien, era preciso persuadirles de que su interpretacion de las profecías era un error; su esperanza en un Mesías conquistador una quimera; su religion una vana sombra que debia hacer lugar á la realidad; su título, hasta entonces exclusivo, de pueblo querido de Dios, un título que deberian compartir con todos los pueblos; su odio y profundo desprecio hácia los gentiles, dos sentimientos culpables que habrian de reemplazar con un amor fraternal, tanto que infringiendo todas las prohibiciones de la ley de Moisés, que les prohibia todo comercio religioso con los gentiles, debian bajo pena de eterna condenacion confundirse con ellos, y con ellos adorar con igual culto y en los mismos templos á un hombre juzgado, condenado y ejecutado por ellos y los gentiles de comun acuerdo, como un insigne malhechor, y reconocerle por único Dios del cielo y de la tierra.

Segunda dificultad : Destruir el Gentilismo. Los gentiles no eran menos adictos á su religion que los judíos, y se concibe fácilmente al considerar que léjos de ser una traba para las pasiones, halagaba el Gentilismo las mas lisonjeras inclinaciones del corazon humano. El entendimiento no se veia obligado á humillar su orgullo bajo el yugo de impenetrables misterios; en los dogmas gentílicos era todo enteramente accesible á la degradada razon, á la cual por otra parte ninguna autoridad obligaba á recibir como regla de creencia lo que se le antojaba rechazar. La moral del Gentilismo dejaba al corazon en perfecta libertad de sus afecciones. «Los desórdenes hácia los «cuales se siente el hombre tan fuertemente impulsado, eran no solo «permitidos, sino honrados, y se conferian recompensas á los hom-«bres que á ellos se entregaban; hay mas, autorizados y consagra-«dos con el ejemplo de los dioses, eran en cierto modo obligatorios. «Los excesos de intemperancia y de lujuria formaban el fondo de «los misterios de Baco, de Cibeles y de Vénus; entregarse á una «prostitucion pública era un acto religioso. Los dioses fomentaban «tambien el ardiente deseo de las riquezas, aun cuando se tratase «de adquirirlas por medios ilícitos; los ladrones invocaban á Mercu-«rio y á la diosa Laverne para el feliz éxito de sus empresas. La idea «de una vida futura no derramaba sombra alguna de amargura en «los placeres de la vida presente; en el Tártaro solo se castigaban

«ciertos crímenes monstruosos, hácia los cuales sienten los hombres «instintivo horror, y que cási todos evitan sin esfuerzo; los demás «desórdenes no impedian la entrada en los Campos Elíseos [1].»

El culto del Gentilismo no ofrecia menos alicientes que su dogma y su moral. «Para honrar á los dioses, reuníanse en soberbios «templos, decorados con estatuas que eran otras tantas obras maes«tras; sacerdotes magníficamente vestidos inmolaban víctimas ador«nadas con pompa; jóvenes de ambos sexos, cubiertos de largas tú«nicas blancas y coronados de flores, servian de ministros; todo el «pueblo ostentaba lo mas rico que tenia. Los Emperadores, los cón«sules, los magistrados, los senadores, con la pompa de su digni«dad, daban nuevo realce al brillo de las ceremonias; el aire estaba «impregnado de los dulces perfumes que continua y profusamente «quemaban; las voces mas bellas y los mas armoniosos instrumen«tos formaban agradables conciertos; y al sacrificio seguian festines, «bailes, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y espectá«culos. Estas eran las fiestas de los dioses, diversiones públicas y «comunes, á las que Roma consagraba cási la mitad del año [2].»

Añadid á lo dicho que todo cuanto puede autorizar un culto apoyaba á aquella tan cómoda religion: habíanla mamado con la leche, considerábanla como la mas preciosa herencia de sus antepasados; los pueblos creian que su felicidad iba unida á ella; hacíanla el fundamento de sus repúblicas y Estados, y les era tan querida que combatian en su defensa con mas ardor que por su propia vida. Aquella religion era tan antigua que su orígen se perdia en la noche de los tiempos; creíase que habia empezado con el mundo y que habia tenido á los mismos dioses por autores. Todos los siglos, las naciones todas eran un testimonio de ella; los mas célebres oradores la vengaban de los ultrajes que algunos se atrevian á dirigirle; los generales del ejército, los mas orgullosos conquistadores jamás partian para sus expediciones sin invocar solemnemente á los dioses, en cuyos templos deponian luego los trofeos de sus victorias, honrándose los señores del mundo de ser sus servidores. «Los dioses habian ma«nifestado su poder cuando habian sido implorados; los templos es«taban llenos de inscripciones hechas por los que experimentaran su

[1] Véase á Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*, y las *Tres Romas*, descripcion del Coliseo y del gran Circo, t. I y II.

[2] Id. id.

«auxilio, explicando los prodigios que habian obrado; sus oráculos «probaban que el porvenir carecia para ellos de tinieblas, y hasta «habia lugares célebres por la continua série de portentos que en «ellos se verificaban diariamente, y templos en que los dioses apa- «recian bajo formas humanas. Los versos sibilíticos prometian á Ro- «ma la conservacion de su imperio mientras observase sus antiguas «ceremonias, y por lo tanto aquella ciudad estaba animada de un «ardiente celo para sostener la religion que le aseguraba tan gran- «des destinos. De este modo el cielo y la tierra, los dioses y los hom- «bres parecian contribuir al afianzamiento de la idolatría [1].»

Tercera dificultad : Establecer el Cristianismo. Destruir el Judaismo y el Paganismo no era sino la primera y menos difícil parte de la empresa ; elevar sobre sus ruinas el Cristianismo era la segunda. Ahora bien, ¿en qué consistia el Cristianismo? En todo lo que mas repugnancia inspiraba á los judíos y á los gentiles, en todo lo que mas se opone á los apetitos del hombre degradado. Para el mayor número el Cristianismo en sí mismo era una religion enteramente nueva; una religion desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor; una religion despreciable por la pobreza y oscuridad de sus sectarios. Para otros, así entre los judíos como entre los gentiles, el Cristianismo era mas odioso aun ; era la terrible aparicion de la verdad, de la verdad acusadora que el hombre teme como un azote, porque condena sus obras tenebrosas, y le persigue con su luz implacable y con sus desapiadados remordimientos. ¡Cuál debió ser el espanto, el temblor y la ira de todos los hombres de corrompido corazon que llenaban el mundo, al reconocer á aquella reina absoluta que venia á reivindicar sus usurpados derechos! Si Sócrates, el mas sábio de los filósofos, fue condenado á beber la cicuta por haberse atrevido á recordar una sola de aquellas reformadoras verdades, ¿cómo serian tratados los que las proclamaron todas con una autoridad que no admite réplica? Así pues, por una coincidencia única, lo mismo la ignorancia del vulgo que la ciencia de los sábios conspiraban con igual fuerza contra el establecimiento del Cristianismo.

Fuerza es decirlo; su cómplice mas temible era el mismo Cristianismo : en su dogma era una religion compuesta de impenetrables

[1] Bullet, id. pág. 62; véase en las *Tres Romas* la historia del oráculo de Prenestos, t. III.

misterios que confundian la razon. Verdadera locura para los gentiles y escándalo para los judíos, predicaba un Dios único, y tres personas en él; un Dios-Hombre; un Dios nacido de una Vírgen; un Dios que se come en un pedazo de pan, y que se bebe en algunas gotas de vino; un Dios judío, un judío crucificado, y otros cien dogmas igualmente increibles, absurdos, ridículos á los ojos de la sabiduría humana, y que sin embargo era preciso admitir sin objetar ni una sola palabra, y con tanta conviccion que se debia estar pronto á morir en su defensa, so pena de ser condenado, al salir de esta vida, á las eternas llamas.

En su moral era una religion espantosa por su severidad y austeridad: por su severidad, pues no solo condenaba las acciones culpables que el Gentilismo convertia en virtudes, sino que proscribia las palabras, las miradas, los menores gestos opuestos á alguna de las virtudes que predicaba, y las predicaba todas. Descendiendo al fondo de las conciencias, iba á buscar la fibra mas oculta y delicada, y la cortaba sin piedad: á sus ojos la idea aun fugitiva del mal era un crímen que castigaba con una eternidad de suplicios; ninguna consideracion ni indulgencia por las inclinaciones mas imperiosas y queridas. Por su austeridad, pues solo hablaba de oraciones, de lágrimas, de mortificaciones, del continuo sacrificio del hombre, de ayunos, de privaciones de toda clase, de confesiones humillantes, y de mil otras prácticas mas embarazosas las unas que las otras. Ordenaba la observancia de leyes desconocidas, contrarias á las mas antiguas costumbres y á las mas legítimas preocupaciones, tales como el perdon de las injurias, el amor á los enemigos, la fraternidad de todos los hombres, y por consiguiente la abolicion de la esclavitud, base social de todo el mundo gentílico.

En su culto no inspiraba menos repulsion. Era una religion pobre, que en vez de pomposas fiestas, de bailes, de festines, de juegos del Circo, de espectáculos del anfiteatro, solo ofrecia imágenes lúgubres, recuerdos sangrientos, lecturas graves, oraciones cuyo objeto en nada halagaba los sentidos; una religion enteramente espiritual y de porvenir, que no prometia en la tierra otra recompensa que desprecio, odio universal, la expoliacion, la muerte bajo su mas horroroso aspecto, y despues de la muerte bienes invisibles de que el hombre no puede formarse una idea.

Cuarta dificultad: Extension de la empresa. ¿Á quién se preten-

de imponer tan espantosa religion? ¿Á algunos pueblos aislados, ignorantes y cási salvajes? No. —¿Á algunas ciudades del Oriente ó del Occidente, igualmente extrañas á las luces y á la corrupcion del resto del mundo? No. —¿Á los pueblos bárbaros únicamente, y no á los griegos ni á los romanos, príncipes de la civilizacion? No. —Trátase de predicarla á todos los pueblos sin excepcion; al Oriente y al Occidente, al universo entero; esta empresa no tendrá mas límites que los del mundo. «Los hielos del Norte, los calores del Me«diodía, la inmensidad del océano, la aspereza de las montañas, las «arenas de los desiertos, serán impotentes barreras para detener su «curso. El colosal imperio de los Césares, que se cree él solo el uni«verso, no será mas que una parte de la Iglesia que se quiere es«tablecer; el soberbio romano, el perezoso asiático, el voluptuoso «indio, el estúpido moro, el orgulloso germano, el feroz escita, en«tran todos en aquel proyecto. El Evangelio será predicado en las «sinagogas de los judíos, en los templos de los ídolos, en las acade«mias de Atenas, en las plazas de Roma, en la corte de los señores «del mundo. El pretendido imperio de los climas, la antipatía de las «ideas, la rivalidad de la gloria, los celos de la dominacion, la opo«sicion de intereses, la diferencia de costumbres, la diversidad de «trajes, los vicios característicos de las naciones no deben impedir «á los pueblos todos el reunirse en una misma sociedad, el adoptar «igual creencia, el observar las mismas máximas, el ejercitarse en «iguales virtudes y el mirarse como hermanos [1].»

Quinta dificultad: La época. ¿Qué siglo se eligió para predicar tan inconcebible locura, para imponer tan cruel religion? ¿Sin duda alguno de aquellos siglos de barbarie de que hablan los poetas, en que los hombres diseminados por los bosques, sin instruccion, sin luces, sin defensa, estaban dispuestos á creer todos los delirios anunciados por hábiles impostores; en que, sin pasiones lo mismo que sin vicios, se hallaban preparados para recibir el penoso yugo de la moral que se les presentaba? No. Eligióse precisamente el siglo de Augusto, el siglo mas ilustrado y corrompido que jamás haya existido, el siglo de los oradores, de los historiadores, de los poetas, de los filósofos, de los diplomáticos, de los guerreros, de los hombres tan grandes en todos los géneros, que sus obras son aun la regla del gusto y la desesperacion de la ciencia moderna; el siglo de los hombres cuyos

[1] Bullet, id. pág. 65.

escándalos parecen en el dia fabulosos, y á quienes bastaba para enfurecer la sola idea del deber ó de la sujecion. Practicar el robo, la usura, el cohecho, el infame vicio bajo todas las formas y con refinamientos inauditos era su estudio, su vida; hacer devorar por manadas de tigres, de leones y de panteras á miles de hombres, ó hacerles matar entre sí, era un placer tan habitual que no salia ni una vez el sol que no lo iluminase en algun punto del globo; un placer tan agradable que se sacrificaban á él montes de oro, y que prometiéndolo al pueblo podia tenerse la seguridad de llegar, aunque fuese el último de los miserables, á las primeras dignidades del Imperio [1].

Sexta dificultad : Los calumniadores. Apenas hubo aparecido el Cristianismo, cuando miles de voces calumniosas se elevaron contra él, le siguieron, le precedieron, le acompañaron en todos sus pasos, destruyendo sus primeras conquistas y haciendo imposibles las que meditaba. Divididos en todo lo demás, judíos y gentiles se habian reunido para formar el terrible concierto que llenaba el Oriente y el Occidente. Hombres de la nada, renegados, blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera Religion, enemigos de la nacion santa, perturbadores del reposo público, profanadores de la Escritura, que interpretaban de un modo impío y contrario á todas las esperanzas de Israel; fanáticos que llevaban su sacrílega demencia hasta á sustituir al Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, un insigne malhechor condenado judicialmente y muerto por sus crímenes á manos del verdugo; tal era, con otras muchas injurias, la definicion que de los Cristianos daban los judíos.

«Los discípulos de Cristo, decian á su vez los gentiles, son ateos «cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; hechice«ros tenebrosos que para realizar mejor sus criminales designios no «quieren entre ellos ni sábios, ni hombres virtuosos ó ricos, sino «únicamente tontos, niños, mujerzuelas, esclavos, malhechores, se«mejantes á los que han inventado tan abominable supersticion, y «cuyo jefe, entregado á Pilatos por su propia nacion, ha sufrido «justamente el infame suplicio de la cruz; mónstruos con faz huma«na que en sus nocturnos festines degüellan á un niño, cuya sangre «beben, y cuya carne palpitante comen con delicia, despues de lo «cual se entregan á la mayor disolucion.» Estas calumnias y otras mil de tal modo prevalecieron, que el nombre de cristiano era el de

[1] Véase á Ciceron, citado en nuestra *Historia de la familia*, t. I.

todos los crímenes, y bastaba llevarlo para ser juzgado, sin el menor exámen, digno de todos los suplicios y del odio del género humano [1].

Séptima dificultad : Los herejes. Perseguido por el odio universal, el Cristianismo no tenia otro recurso que la estrecha union de sus miembros, cuando del seno mismo de la nueva Religion surgió un obstáculo, el mas terrible quizás; introdúcese la division entre los Cristianos, aparecen los herejes, y á algunos pasos del Cenáculo de donde acababa de salir el Cristianismo elevan altar contra altar; aun en vida de los Apóstoles alteran la doctrina del Maestro, debilitan la autoridad de los pastores en el ánimo de los neófitos, componen historias que atentan contra la autenticidad de los Evangelios, predican monstruosos errores que dan orígen á sectas abominables y mas multiplicadas durante los tres primeros siglos de la Iglesia que en otra época alguna, y aprovechándose de estas divisiones, los judíos y los gentiles exclaman : Los Cristianos no merecen crédito alguno, ya que tan mal se avienen entre sí.

Octava dificultad : Los filósofos. En pos de los herejes vienen los filósofos judíos y gentiles, los cuales recogen con oido atento cuantos rumores se propalan respecto de los Cristianos, se informan, leen las Escrituras y las apologías, y tratan luego de probar que aquellos rumores son fundados, que los Cristianos son realmente ateos y enemigos de los dioses y de los Césares, en una palabra, tan criminales como lo pregona la fama, y que sus libros y doctrinas son un conjunto de utopias, de contradicciones y de impiedades. Sus obras son ricas de citas, de sarcasmos, de razonamientos, de erudicion, de elocuencia, y aun de ingenio [2]; no olvidan objecion alguna, tanto que á contar desde el siglo IV los enemigos de la Religion no han sabido hallar ni una nueva. La causa está juzgada; el pueblo, acostumbrado siempre á creer en las palabras de los sábios, se afirma en su opinion respecto de los Cristianos, y la resume en esta frase sanguinaria : Los Cristianos al leon : *Christianos ad leonem* [3].

[1] Tertul. *Apol.* c. 10; Tácito, *Annal.* lib. XV. — Cuando eran conducidos al suplicio, precedíales un pregonero gritando : «Hé aquí á un enemigo de los «Emperadores y de los dioses. — Euplius christianus, inimicus deorum et imperatorum.» (*Act. martyr.* P. Ruinart, pág. 440).

[2] Véanse las obras de Celso, de Porfirio, de Luciano, de Juliano el Apóstata, etc., etc.

[3] Tertul. *Apol.* c. 40.

Novena dificultad : Los comediantes. Mientras que los calumniadores condenan el Cristianismo á la execracion universal, mientras que los herejes desgarran su propio seno, y los filósofos lo desacreditan entre los hombres ilustrados, los comediantes se apoderan de él y lo entregan á la irrision del pueblo. Sus mas augustas ceremonias, sus misterios mas sagrados, sus leyes mas respetables, parodiadas en los teatros, quedan heridas de un ridículo que les enajena mas partidarios que el hacha de los verdugos. ¿Cómo era posible adorar el dia siguiente lo que el dia antes se habia acogido con desprecio y risas [1]?

Décima dificultad : Los mismos progresos del Cristianismo. ¿Quién lo creyera? Hasta los progresos del Cristianismo se convierten en obstáculos para su propagacion, y en una perpétua amenaza para su existencia. Entre los que prestan oidos á los nuevos predicadores, unos, dóciles á la gracia, abrazan la verdad, mientras que otros se obstinan en el error; los hijos se hacen cristianos, y los padres permanecen gentiles; los esclavos piden el Bautismo, y se niegan á acceder á los abominables caprichos de sus dueños; los compradores de ídolos no frecuentan ya las tiendas de los mercaderes cuya fortuna hacian; las familias, las ciudades se dividen; desconócense los lazos de la sangre y de la amistad; el hermano denuncia á su hermano, el padre á su hijo, el esposo á su esposa, el señor á su esclavo, el amigo á su amigo. Las querellas y las violencias intestinas resuenan en lo exterior y provocan cada dia explosiones de odio y terribles maldiciones contra los nuevos predicadores y sus doctrinas.

Undécima dificultad : Las persecuciones. Así como las olas del mar en un dia de tormenta se elevan hasta la altura de las rocas que rodean la orilla, así aquella masa de calumnias, de acusaciones, de agitaciones particulares llega hasta el trono imperial, en que se sientan los Nerones, los Domicianos, los Decios y los Diocleciaños, para los cuales queda fuera de toda duda que el Cristianismo es un elemento de discordia, una secta perjudicial; que los Cristianos son otros tantos perturbadores que comprometen la prosperidad del Imperio; otros tantos impíos que lo conmueven hasta en sus cimientos provocando la cólera de los dioses, cuyo culto es la garantía de la eterna dominacion de Roma. Si los bárbaros invaden las fronteras,

[1] Véase el martirio de san Ginés.

si las legiones imperiales sufren una derrota, si el Tíber inunda los campos, si el cielo niega la lluvia, si un terremoto agita la tierra, si se deja sentir el hambre, si la peste desola las ciudades, los Cristianos, y solo los Cristianos, son responsables de todo [1].

Entonces mándanse aquellas famosas persecuciones, aquellos asesinatos en masa que nadie ignora, y que no una sino mil veces debian ahogar la nueva Religion en la sangre de sus discípulos: en un tiempo en que se hacia un juego de la vida de los hombres, en que los suplicios mas atroces eran los mas agradables para los espectadores, no se perdona rango, edad ni sexo; el número de víctimas es una gloria; los suplicios ordinarios parecen dulces en extremo para aquellos que son considerados como enemigos de los dioses y del Estado, y se inventan á porfía torturas que hacen estremecer. Los Cristianos son azotados, aplicados al tormento, desgarrados con uñas de acero; el hierro les hiere, el fuego les consume; son crucificados; el pueblo se divierte al verlos despedazados por los perros ó devorados por los leones; cúbrenles de planchas encandecentes, siéntanlos sobre sillas ardientes, métenlos en aceite hirviendo, quémanlos á fuego lento, tritúranlos bajo muelas, y córtanlos á pedazos. Cubiertos ya sus cuerpos de heridas, las llagas solas son mas y mas desgarradas; llevados los verdugos de su crueldad respetan los cortos momentos que les quedan de vida; entre los suplicios son elegidos los que hacen morir mas lentamente, y con bárbara y fingida compasion les curan y alientan á fin de ponerles en estado de sufrir de nuevo.

Para ellos no existe piedad en el corazon de los hombres, y sus tormentos son celebrados con gritos de alegría; la muerte no es bastante poderosa para ponerles al abrigo de sus perseguidores, quienes, encarnizándose en los tristes restos de sus cuerpos, los reducen á cenizas, los precipitan á los rios, ó los dejan á merced del viento, para aniquilarlos si posible fuese. Roma se embriaga con su sangre, la ve correr á rios [2], y sin embargo no logra satisfacer el odio que

[1] Tertul. *Apol.* c. 38.

[2] Bullet, id. pág. 81. —So pretexto de su extremado horror, algunos han puesto en duda los suplicios de los Mártires; mas los que tal cosa dicen manifiestan conocer muy poco la antigüedad. Primeramente el mas horrible de todos, ordenado por Neron, es referido por Tácito, historiador gentil nada sospechoso; además, la mayor parte de los otros se usaban con los esclavos, con



les profesa : encendida la persecucion en la capital, se comunica como un vasto incendio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta llegar á los confines del Imperio, entonces cási tan extenso como el mundo ; y no es una persecucion de algunos dias ; los sufrimientos de la Iglesia pueden contarse por siglos ; es imposible seguir su historia durante trescientos años, á no ser por las huellas de sangre que deja en su camino, y por el resplandor de las hogueras que encienden contra ella.

Á la persecucion de sangre sucede la de caricias, á fin de seducir á los que no han podido ser vencidos. Riquezas, honores, dignidades, favores del príncipe, todo es empleado para reducir á aquellos hombres insensibles al dolor, contra quienes los tormentos se embotan, y para los cuales carece la muerte de aguijon. Nada se omite, todo se pone en planta para aniquilar el nombre cristiano [1] ; y ahora representaos todas las dificultades que acabamos de indicar, dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si teneis noticia de alguna obra mas gigantesca, mas imposible que el establecimiento del Cristianismo.

2.° Debilidad de los medios. La revolucion que se pretende llevar á cabo es, sin contradiccion alguna, la mas difícil que pueda concebirse ; sin embargo los medios para realizarla pueden ser muy poderosos, pueden ser tan proporcionados al efecto que se trata de conseguir, que insensiblemente puede plantearse una empresa reputada imposible ; así pues, el sentido comun exige y espera ver aparecer seres tan extraordinarios como la mision que les está confiada, y como la humanidad no los ofrece que estén al nivel de semejante obra, ¿la

los parricidas, con las vestales infieles y con todos los grandes criminales, entre los cuales ocupaban los Cristianos, para los gentiles, el primer lugar.

Se ha dicho tambien que el número de Mártires era exagerado; á esto darémos igual contestacion, cuando vemos á César dar muerte á 18,000 hombres en un dia para divertir al pueblo; cuando vemos á los Emperadores, á los magistrados, á los simples particulares conducir al anfiteatro á miles de gladiadores, tenemos una prueba evidente de que en el Gentilismo la vida de los hombres era nada, y que por consiguiente son creibles las mas grandes matanzas, en cuanto están conformes con las costumbres de la época. (Véase sobre todo esto á Mamachi, *De las costumbres de los primitivos Cristianos*, t. I, prefacio; Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo;* Baronio, *Annal.* año 34, 313; las *Tres Romas*, t. I, II y IV, etc., etc.

[1] Bullet, id. pág. 82.

naturaleza angélica, á no dudarlo, proporcionará los héroes de tan admirable conquista? No.—¿Quién, pues? La humanidad.—Pero al menos ¿se elegirá de entre la humanidad lo que posea de mas distinguido, ya por la superioridad del talento, por la nobleza del orígen, por el brillo de las dignidades, por la grandeza de la fortuna, por la magnitud del poder, en una palabra, á los Césares, absolutos señores del mundo? No.—¿Á los griegos famosos en todo el universo por su sabiduría y maravillosa elocuencia? Tampoco.—¿Á los romanos, cuyo solo nombre hace temblar á los Reyes en sus tronos? No, á los bárbaros.—Sin embargo, serán bárbaros ilustres; ¿los egipcios, padres de las ciencias, ó los galos que inspiran temor á la misma Roma? No, mucho menos.

¿Quién, pues? Los judíos, pueblo odiado y despreciado por todos. —¿Indudablemente habrán sido elegidos los primeros de la nacion, los sumos sacerdotes, los ricos ó los sábios? No. —¿Quién, pues? Hombres del mas ínfimo pueblo, pescadores de oficio. —Con todo, bajo su exterior grosero ¿ocultarán las hermosas dotes del genio, serán elocuentes? Ni su idioma saben. — ¿Serán muy eruditos? Solo conocen su oscuro oficio. —¿Serán ricos? Su única fortuna consiste en sus barcas y sus redes. —¿Serán virtuosos? El uno es culpable de perjurio, los otros de ambicion y de celos, y todos son reputados por hombres infames y de mala vida [1]. —¿Serán, pues, héroes por su valor? El mas valiente de todos tiembla como la hoja en el árbol á la voz de una criada. —Sin embargo, el número suplirá el valor, ¿serán muchos millones? Son en número de doce ni mas ni menos. Sí, doce pescadores, doce judíos, es decir, los últimos hombres de la última nacion, ó segun expresion de uno de ellos, la escoria del mundo [2], fueron, como atestiguan unánimemente judíos, gentiles y cristianos, los héroes de la obra mas colosal que jamás se haya emprendido; ellos son los que deben presentarse en las cortes mas cultas, hablar delante de las mas ilustres academias, ser los doctores de los Reyes y de los pueblos, convencer á los sábios de locura, á los filósofos de ignorancia, al mundo entero de crímen y de error.

Tambien aquí representaos vivamente lo que eran los Apóstoles,

[1] Celso, en Orígenes, lib. II, n. 46; id. lib. I, n. 26.

[2] I Cor. IV, 13. — Celso, en Orígenes, lib. I, n. 42, dice: «Iesum ascitis decem aut undecim hominibus famosis, publicanis nautisque nequissimis, huc illuc cum illis fugitasse turpiter et aegre cibos colligentem.»

dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si era posible hallar medios mas en desproporcion con la inmensidad de la empresa; doce pescadores para sojuzgar al mundo, ¡qué irrision!

3.° Grandiosidad del resultado. ¿Cuál será el resultado de la empresa? «¿Qué resultado pueden prometerse unos hombres que teniendo que vencer todas las oposiciones imaginables, los medios «que emplean son otros tantos obstáculos? De una parte vemos una «religion agradable y pomposa que se cree establecida por los dioses, «que se repula tan antigua como el mundo y que se considera la base «de la dicha y prosperidad públicas, y de otra una religion severa, «sencilla, nueva, enemiga de las costumbres nacionales y del órden «establecido; de una parte á los sábios, á los filósofos, á los hom- «bres de ingenio, á los magistrados, á los Emperadores, al ejército, «al universo entero, y de otra á algunos ignorantes, sin defensa, sin «apoyo, sin auxilio; de una parte la autoridad, la crueldad y el fu- «ror, y de otra la debilidad, la paciencia, la muerte; de una parte «á los verdugos, y de otra á las víctimas [1].» ¿Quién reportó la victoria? El universo, dice la razon; los doce pescadores, grita la historia, sí, la historia profana, escrita por los judíos y por los mismos gentiles, testigos oculares del suceso y enemigos mortales de los Cristianos; historia que tambien nos enseña que el triunfo de los pescadores galileos fue rápido, efectivo, real y duradero.

Triunfo rápido. El mismo dia en que tan singulares predicadores empiezan su tarea, tres mil judíos se postran á sus piés y abrazan su doctrina; el dia siguiente otros cinco mil siguen su ejemplo, y con la rapidez con que el rayo ilumina las nubes, con la actividad con que el fuego consume un campo de secos zarzales, propagóse el Cristianismo por la Siria, la Samaria, el Asia Menor, con todas sus ciudades y provincias. Esmirna, Éfeso, Corinto, Atenas le abren sus puertas; la Arabia, las Grandes Indias, la Persia, la Armenia, la Etiopía, la Libia, el Egipto proporciónanle innumerables discípulos; del Oriente pasa al Occidente, y algunos años despues Roma, la capital del mundo, la residencia de Neron, el baluarte de la idolatría, cuenta entre su poblacion á gran número de cristianos [2].

[1] Bullet, id. pág. 82.

[2] Las palabras de Tácito son muy importantes para que no las traslademos íntegras. El grave historiador habla de lo que hizo Neron para disculparse de haber incendiado la ciudad de Roma.—Ergo abolendo rumori Nero subdidit

Las Galias, las Españas, la Gran Bretaña, la Germania los tienen á millares, de modo que apenas ha transcurrido medio siglo, cuando, segun atestiguan los mismos perseguidores, la secta cristiana pulula en todas las provincias del Imperio [1].

Finalmente, ochenta años despues, un abogado del Cristianismo, Tertuliano, decia delante de los magistrados romanos sin temor de ser desmentido : «Solo datamos de ayer, y lo llenamos ya todo, vues«tras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, «vuestras aldeas, vuestras asambleas, vuestros campamentos, vues«tras tribus, vuestras decurias, el palacio del Emperador, el Sena«do, el Foro ; no os abandonamos mas que vuestros templos... Sin «rebelarnos abiertamente podríamos haceros experimentar una ig«nominiosa derrota ; bastaria que nos separásemos de vosotros, pues «si nuestra inmensa multitud se apartase de vosotros para retirarse «á algun país lejano, la pérdida de tantos ciudadanos de todos los «estados desquiciaria vuestro Gobierno y seria para vosotros sufi«ciente castigo. Espantados de vuestra soledad, del silencio de los «negocios, y del estupor del mundo entero herido de muerte, bus«caríais á quién mandar, y os quedarian mas enemigos que ciuda«danos [2].»

Así pues, mientras que Roma, siempre con las armas en la mano, tuvo necesidad de setecientos años de victorias para formar su Imperio, el Cristianismo, desarmado, reina desde su orígen sobre todas las naciones, y la cruz de Jesucristo es plantada en regiones donde

reos et quaesitissimis poenis affecit. Auctor nominis huius Christus, qui, Tiberio imperante, per procuratorem Pontium Pilatum, supplicio affectus erat. Repressaque in praesens exitiabilis superstitio rursus erumpebat, non modo per Iudaeam originem eius mali, sed per Urbem etiam, quo cuncta undique atrocia, aut pudenda confluunt, celebranturque. Igitur primo correpti, qui fatebantur, deinde indicio eorum *multitudo ingens*, haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt. Et pereuntibus addita ludibria, ut ferarum tergis contecti, laniatu canum interirent, aut crucibus affixi, aut flammandi, atque ubi defecisset dies, in usum nocturni luminis urerentur. Hortos suos ei spectaculo Nero obtulerat, et circence ludicrum edebat, habitu aurigae permixtus plebi, vel curriculo insistens ; unde quamquam adversus sontes et novissima exempla meritos, miseratio oriebatur, tanquam non utilitate publica, sed in saevitiam unius absumerentur. (*Annal.* lib. XV ; id. Sueton. *in Ner.;* Senec. *Epist. XIV;* Juv. *Satyr.* 1, etc., etc.

[1] Véanse los edictos de persecucion y la carta de Plinio á Trajano.

[2] Apol. c. 40.

jamás agitó sus alas el águila de los Césares. Antes que transcurran tres siglos despues de su salida del Cenáculo, la nueva Religion habrá subyugado á la misma Roma, y sentada tranquilamente en el trono imperial, empuñará sola el cetro del universo.

Triunfo efectivo. Semejante ardor en abrazar el Cristianismo no es una especulacion susceptible de enriquecer á nadie, ni un capricho de la moda que halaga la vanidad, ni un entusiasmo momentáneo que revela mas ligereza que reflexion, ni una resolucion indiferente que á nada obliga. Hacerse cristiano es consentir en la pérdida de todos sus bienes y en la pobreza; es entregarse á los insultos y desprecios públicos, al odio de los parientes, al furor del pueblo, á la cólera de los Emperadores, al destierro, á la persecucion, en una palabra, es firmar su propia sentencia de muerte, y ¡qué muerte, gran Dios! La muerte en medio de horrorosas torturas, la muerte en medio de los aplausos de todos los espectadores.

Pues bien; esa sentencia de muerte es firmada alegremente no por algunos fanáticos, en un oscuro rincon del mundo, durante el corto espacio de breves meses ó de algunos años, sino que es firmada, solicitada con ardor ó al menos aceptada con acciones de gracias por una innumerable multitud de hombres, de mujeres, de niños, de vírgenes, de ancianos, de senadores, de cónsules, de generales, de sábios, de filósofos, de ricos y de pobres, en todas las regiones que el sol ilumina, y por espacio de tres siglos. En vano se multiplican los edictos de persecucion y caen sobre los Cristianos como el granizo en un dia de borrasca; en vano ejércitos de procónsules, llevando tras sí ejércitos de verdugos y el terrible aparato de toda clase de suplicios, recorren las provincias para sembrar en ellas la consternacion; en vano se levantan en todas partes cadalsos; en vano se encienden hogueras en todos los puntos de Europa; en vano todas las fieras que se alimentan en los bosques de Germania ó que ocultan los desiertos del África son conducidas á los anfiteatros y á los circos para devorar á los Cristianos: el fuego de la persecucion no hace mas que aumentar el ardor por el martirio.

Desde lo alto de sus tronos, los señores del mundo mandan adorar á los dioses, y son despreciados; desde lo alto de su cruz, Jesús manda que vayan á él, y todos le obedecen al través de los suplicios y de las hogueras. El Olimpo todo tiembla en sus altares; los magistrados palidecen en medio de sus haces; los mismos verdu-

gos se cansan; el hacha embotada se desliza de sus manos, y cristianos á su vez mezclan su sangre con la sangre de sus víctimas. Si leeís las relaciones de tan gigantesco combate, veréis que segun los cálculos mas concienzudos fueron sacrificados once millones de Mártires durante los tres primeros siglos, de cuyo número la ciudad de Roma cuenta por sí sola dos millones [1].

Triunfo real. El Cristianismo no obra únicamente en la superficie, sino que penetra en las profundidades de las almas: bajo su poderosa accion los corazones mas débiles se robustecen; los mas arraigados vicios hacen lugar á sólidas virtudes; la humildad destrona al orgullo; la dulzura, la castidad, la paciencia dominan allí donde reinaban la venganza, la impudicicia bajo todas sus formas, la venganza y la crueldad. Las ideas sufren un cambio análogo; á las absurdas nociones sobre Dios y la Providencia, sobre el hombre, su naturaleza y su destino, sobre el mundo, su creacion y el uso que de él debe hacerse, suceden conocimientos verdaderos, ciertos, precisos y de una sencillez tan sublime, que aun en el dia constituyen toda la superioridad de las naciones cristianas respecto del mundo gentil. Llevando aun mas adelante su accion bienhechora, el Cristianismo modifica todas las leyes de la sociedad religiosa, política, civil y doméstica; del uno al otro polo son derribadas de sus altares las innumerables divinidades que bebian la sangre de los hombres, y que se honraban con sus crímenes; la unidad de Dios brilla en el universo como el sol al aparecer en el horizonte, y con su pura y viva luz aquel dogma ilumina, embellece y vivifica al género humano.

Gracias á la nueva Religion, los pueblos cesan de ver enemigos en todos los extranjeros; la bárbara máxima: ¡Ay de los vencidos! es borrada de las banderas y olvidada por los vencedores. Á la ley de odio, antigua base de la sociedad gentil, sucede la dulce ley de la caridad, que hace de todos los hombres los miembros de una misma familia. Abolida de derecho la esclavitud desde la aparicion del Cristianismo, es abolida de hecho luego que las circunstancias lo permiten; el matrimonio, elevado á su dignidad primitiva, ¿ qué digo? á una dignidad mayor, es santificado así en el acto que lo constituye como en los deberes que impone; la poligamia y el divorcio, autorizados por todas las legislaciones antiguas, son con-

[1] Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

vierten en un doble crímen; el padre cesa de ser déspota, la mujer esclava, y el hijo una víctima. Hasta el pobre, el pobre objeto universal del odio y del desprecio, se convierte en un ser sagrado para el cual se construyen palacios y á quien da el rico su oro para alimentarle; sus hijos para protegerle, sus hijas para cuidarle, y él mismo, en fin, para servirle.

Triunfo duradero. Si recorro con mi vista el mundo, si miro un siglo tras otro siglo, no veo mas que ruinas: Babilonia no existe; Nínive no existe; Menfis no existe; las gigantescas monarquías de los asirios, de los persas, de los griegos, de los romanos, han desaparecido; las instituciones de Zoroastres, de Solon y de Licurgo, ¿dónde están? Solo hay ruinas en la faz del mundo pagano y en el curso de los siglos antiguos. ¿Sucederá lo mismo con el edificio levantado por los pescadores galileos? Diez y ocho siglos os contestan: No, su obra no perecerá; la revolucion que obraron no es un cambio pasajero que un siglo ha visto realizar, y que verá desaparecer otro siglo; y á diferencia de todos los demás hechos consignados en la historia, el paso del mundo al Cristianismo es un hecho siempre subsistente; antes y despues no hay mas que ruinas.

¿Qué se han hecho las instituciones de los pueblos mas poderosos? ¿Qué los sistemas de los filósofos, los códigos de los mas sábios legisladores? ¿Qué resta de tantas ciudades en otro tiempo tan florecientes? Cartago, Tebas, Lacedemonia, ya no existen, y apenas ruinas inciertas y esparcidas indican al viajero el lugar que ocuparon. ¿Dónde están los Nerones, los Decios, los Diocleciaños, los enemigos todos del Cristianismo? ¿Dónde los Arrianos, los Macedonios, los Donatistas y toda la muchedumbre de herejes que sucesivamente han desgarrado el seno de la Iglesia? Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. La misma Roma, la Roma gentil, aquella reina orgullosa que se embriagaba con la sangre de los Mártires y que creia haber aniquilado el nombre cristiano, la Roma gentil duerme sepultada con sus dioses y sus Césares bajo las numerosas ruinas de sus palacios y sus templos. Desde hace diez y ocho siglos, veinte veces los pueblos han sucedido á los pueblos, las instituciones políticas á las instituciones políticas; los imperios se han desplomado para hacer lugar á otros imperios, mientras que la sociedad fundada por los pescadores galileos, la sola inmutable, no ha perdido ni uno solo de sus dogmas, ni una sola de sus leyes; tan jóven

ahora como al abandonar su cuna, tan fuerte como en su edad adolescente, arrostra igualmente la barbarie de los pueblos, los terribles huracanes de las pasiones rebeladas, el hacha de los verdugos, los sofismas de la impiedad, los escándalos de sus propios hijos, y permanece en pié rodeada de las ruinas de todos los establecimientos humanos.

Por tercera vez dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si hubo jamás resultado mas grandioso, mas en desproporcion con los medios empleados para conseguirlo.

Hé aquí en toda su sencillez el hecho del establecimiento del Cristianismo, tal como lo refieren unánimemente los judíos, los gentiles y los Cristianos, testigos todos presenciales y enteramente irreprochables. En todo cuanto hemos dicho no hemos mezclado apreciacion alguna sobre él, nos hemos limitado á referirlo; pero permítasenos ahora resumirlo en la siguiente suposicion, solo para demostrar toda su extrañeza, para hacer ver su sorprendente carácter.

Trasladémonos con el pensamiento á la época en que el Cristianismo apareció en la tierra, y supongamos, con san Juan Crisóstomo, que un filósofo gentil hubiese hallado al Salvador en el momento en que este empezó á predicar su doctrina. Jesús está solo, viaja á pié, lleva un baston en su mano, y cubre su cuerpo un mísero vestido. —¿Dónde vais? le pregunta el filósofo. —Á predicar mi doctrina. —¿Qué pretendeis al predicar por los pueblos de Judea lo que llamais vuestra doctrina?—Convertir al mundo.—¡Hacer que el universo abandone sus dioses, su religion, sus costumbres, sus hábitos, sus leyes, para adoptar vuestras máximas! ¿Sois acaso mas sábio que Sócrates, mas elocuente que Platon, el cual no pudo conseguir jamás imponer sus leyes ni á una sola aldea del Ática? — No me presento como sábio. —¿Quién sois, pues? — Soy conocido por el hijo de un oscuro artesano de Nazareth. —¿Qué medios secretos habeis empleado para preparar el feliz éxito de vuestra empresa? — Hasta ahora he pasado mi vida en el taller de mi padre, y hace muy poco que recorro el país; algunos discípulos me siguen, y á ellos confiaré el establecimiento de mi doctrina entre las naciones.

— Vuestros discípulos serán sin duda hombres tan distinguidos por la nobleza de su cuna como por la superioridad de su talento, ¿no es así? — ¡Mis discípulos! Son doce pobres pescadores que no saben ni conocen otra cosa que sus barcas y sus redes, doce judíos,

y no ignoraréis cuán despreciados son los judíos por los demás pueblos.—¿Contaréis, pues, en la proteccion de algun poderoso monarca? — Mis enemigos mas encarnizados serán los Reyes y grandes de este mundo; todos se armarán para destruir mi doctrina. —Entonces, ¿poseeréis inmensas riquezas, y haciendo brillar el oro á los ojos de los pueblos, concibo la facilidad de granjearse adoradores? — No tengo siquiera en qué reposar mi cabeza; mis discípulos, pobres por su nacimiento, lo serán aun mas por mis preceptos, y vivirán de limosnas ó del trabajo de sus manos.

—En este caso no podeis fundar la espezanza de vuestro triunfo sino en vuestra misma doctrina. —¡En mi doctrina! Mi doctrina descansa en misterios que los hombres calificarán de locuras; por ejemplo, quiero que mis discípulos anuncien que soy yo el Criador del cielo y de la tierra, que soy Dios y hombre á un mismo tiempo; que he nacido de una vírgen, que he muerto en una cruz entre dos ladrones, pues con semejante suplicio terminaré luego mi vida; que resucité tres dias despues, y que por fin subí á los cielos. —¿Á lo menos vuestra moral será muy cómoda, y halagará sin duda todas las pasiones? — ¡Mi moral! Mi moral combate todas las pasiones, condena todos los vicios, impone las mas austeras virtudes, y castiga hasta la idea del mal. — Pero prometeis magníficas recompensas á los que la abracen, ¿no es verdad? — En la tierra les prometo el desprecio, el odio del género humano, las cárceles, las hogueras, la muerte bajo todas sus formas; despues de la vida les prometo premios que la inteligencia del hombre no puede comprender.

— ¿En qué lugares, á qué hombres pretendeis enseñar tan extraña filosofía? sin duda á algunos ignorantes como aquellos á quienes llamais vuestros discípulos? — Mi religion será predicada en Jerusalen, en la Sinagoga; en Atenas, en el Areopago; en Roma, en el mismo palacio de los Césares; por todas partes, á los Reyes y á los pueblos, en las ciudades y en los campos, hasta los confines del mundo. —¿Y esperais un buen resultado? — Sí; en breve seré por todas partes reconocido por único Dios del cielo y de la tierra; el mundo está en vísperas de cambiar de faz; los ídolos caerán, los pueblos acudirán para abrazar mi doctrina; los mismos Reyes se prosternarán ante el instrumento de mi suplicio, y lo colocarán en su corona como su mas bello adorno; en todas partes tendré templos, altares, sacerdotes y adoradores. — Andad, andad, pobre loco;

volved al taller de vuestro padre; vuestro proyecto es el colmo de la extravagancia.

El filósofo tenia razon. Sí, lo sostengo, emprender la conversion del mundo con doce pescadores, en el siglo de Augusto, á despecho de todas las potestades humanas, tal proyecto á los ojos del sentido comun es el colmo de la locura, pues es evidente que su realizacion es superior á las fuerzas del hombre; y sin embargo, aquí está la historia, la historia profana que lo atestigua; aquel proyecto fue ejecutado, y lo fue del modo y por los medios que Jesús predijo; lo fue rápidamente, luego lo fue divinamente. Cuando los impíos habrán destruido ese hecho, tendrán derecho para tratarnos de espíritus débiles y crédulos, porque creemos en la divinidad del Cristianismo; hasta entonces les devolvemos, por pertenecerles en plena propiedad, los epítetos de credulidad é imbecilidad que nos dirigen.

Si el mismo filósofo de que hemos hablado volviese hoy á la tierra, y viese á la religion de Jesús de Nazareth dominando en todo el universo, ¿podria dudar del milagro de su establecimiento? ¿Podria dejar de exclamar sobrecogido de admiracion: «Esto es su«perior al entendimiento y á las fuerzas humanas; esto es obra de «Dios [1]?» Sin embargo no admitimos aun la explicacion del filósofo; veamos antes y en la leccion siguiente si es posible encontrar otra.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy, por haberme dado con el establecimiento del Cristianismo una indestructible prueba de mi fe; haced que apoyado siempre en aquella inmóvil roca desprecie todos los ataques de los impíos y de mis propias pasiones coligados para alterar mi creencia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré por la conversion de los incrédulos.*

[1] Incredibile, ergo divinum. (Tertul. *adv. Marc.).*

LECCION XXII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Hechos que resultan del establecimiento del Cristianismo. — Doble explicacion de estos hechos. — Refutacion y destruccion de todas las objeciones contra la Religion. — Todas las objeciones convertidas en pruebas de la Religion.

1.° Hechos que resultan del establecimiento del Cristianismo. — Acabamos de referir la historia del establecimiento del Cristianismo, como habríamos referido cualquier otro hecho sin aducir opinion alguna sobre la causa humana ó divina de semejante revolucion, la mas admirable que hubo jamás. Tiempo es ya de que cese toda incertidumbre sobre punto tan fundamental, y para ello empezarémos diciendo, que de lo que precede resultan los siguientes hechos, de los cuales unos están atestiguados por los judíos, por los gentiles y por los Cristianos unánimemente, y otros son palpables para todos.

Primer hecho : Hace mil ochocientos años que el mundo era gentil.

Segundo hecho : En el dia es cristiano.

Tercer hecho : La conversion del mundo fue obra de un personaje llamado Jesús de Nazareth, auxiliado de doce hombres del pueblo.

Cuarto hecho : Jesús de Nazareth fue un judío, y un judío crucificado.

Quinto hecho : Un judío, y un judío crucificado, era lo mas odioso y despreciable que podia hallarse en la tierra. En tiempo de Jesús de Nazareth los judíos eran un objeto público de risa y de odio, como lo acreditan los autores gentiles, tales como Horacio, Tácito, Suetonio y Marcial, sin que el tiempo, ni las revoluciones, ni los esfuerzos humanos hayan podido cambiar la opinion sobre este punto; desde hace muchos siglos, cuando entre nosotros se quiere pintar con un solo rasgo á un usurero, á un bribon, á un traidor, se dice : Es un judío. Los mismos judíos se ruborizan de llamarse ta-

les; tanto es el envilecimiento de aquel nombre, y se dan el de israelitas, nombre mas honroso, en cuanto es inusitado. Jesús de Nazareth no fue solamente un judío, sino un judío crucificado, con lo cual se expresa lo mas vil, lo mas infame, el oprobio del género humano, la última escoria de las naciones [1].

Sexto hecho: DESDE HACE MIL OCHOCIENTOS AÑOS EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO; de modo que desde hace mil ochocientos años el mundo es testigo de un hecho que toca á los últimos límites de lo absurdo; ¡un gusano de la tierra en los altares del género humano! Y este hecho el mundo lo ha realizado libremente, sin que le obligase á ello la fuerza, á la voz de doce hombres de mala fama, á pesar de sus caras inclinaciones, y de los seductores atractivos de una religion muy agradable y enteramente cómoda.

Séptimo hecho: Para tener el placer y el honor de adorar á aquel Judío crucificado, once millones de Mártires de toda edad, de toda clase y de todo país aceptaron alegremente la muerte en medio de los mas espantosos tormentos, por espacio de trescientos años. Desde aquella época, otros millones han seguido su ejemplo, y le siguen todavía cuando se presenta ocasion; y continuamente, para tener el mismo honor ó igual placer, un número infinito de hombres combaten sus inclinaciones mas halagüeñas, abandonan su país y su familia, dan sus bienes á los pobres y consagran gratuitamente sus personas al servicio de las mas asquerosas miserias.

Octavo hecho: Adorando á un Judío crucificado, el mundo ha adquirido en grandes proporciones mayores luces, mayor libertad y mayor civilizacion. Testigo de ello cualquier niño cristiano, el cual sabe mas sobre Dios y la Providencia, sobre el hombre y su natu-

[1] Servorum, latronum, sicariorum, et seditiosorum supplicium crux erat, cui illi affigebantur, et in ea pendebant, donec fame, siti, doloribus enecarentur, post mortem suam canum et corvorum relicti cibus. Itaque supplicio illo non aliud apud Romanos infame magis, et acerbum magis. (Lamy, *Dissert. de Cruce,* § 1, pag. 573). — Los gentiles decian de los Cristianos: — Qui hominem summo supplicio pro facinore punitum, et crucis ligna feralia eorum ceremonias fabulatur, congruentia perditis sceleratisque tribuit altaria, ut id colant quod merentur. (*Apud Minut. Fel.* pag. 22 et 23). — Colitis hominem natum, et quod personis infame est vilibus, crucis supplicio interemptum, et Deum fuisse contenditis, et superesse adhuc creditis, et quotidianis supplicationibus adoratis. (*Apud Arnob.* lib. I, n. 23, etc.).

raleza, sobre sus deberes y su destino, que los mas grandes filósofos gentiles, como Sócrates, Platon, Ciceron y Séneca; testigo de ello la mas oscura aldea cristiana, donde se halla mas libertad para el hombre, para la mujer y para el hijo, que la que se conocia en todo el mundo gentil; testigos todos los pueblos de Europa y de América, que, bárbaros ó salvajes antiguamente, se han convertido, adorando á un Judío crucificado, en los príncipes de la civilizacion; en una palabra, testigo el mapa mundi que nos manifiesta la luz, la civilizacion y la libertad en todos los países que adoran al Judío crucificado.

Noveno hecho: Todas las naciones que no adoran al Judío crucificado permanecen sepultadas en las tinieblas de la barbarie, sujetas por las cadenas de la esclavitud y estacionarias en las vias de la civilizacion. Testigos de ello los chinos, los indios, los turcos, los árabes, los negros, los salvajes de la Oceania; en una palabra, testigo el mapa mundi.

Décimo hecho: Las naciones no salen de sus tinieblas, no rompen las cadenas de la esclavitud, no marchan por la via del progreso sino adorando al Judío crucificado. Testigos todas las naciones que acabamos de nombrar; testigo la historia universal.

Undécimo hecho: Todas las naciones que cesan de adorar al Judío crucificado empiezan por perder sus costumbres, su paz, su prosperidad, y acaban por caer en las tinieblas de la barbarie, en las cadenas de la esclavitud, y por retroceder en el camino de la civilizacion. Testigos todas las antiguas naciones del Asia y del África, en las que la ignorancia compite con la degradacion, y las naciones de la Europa moderna, donde todo es ahora malestar, odios, turbulencias, confusion de sistemas y de ideas, revoluciones y cataclismos.

Duodécimo hecho: Hace diez y ocho siglos que un Judío crucificado se mantiene en los altares del mundo civilizado, á pesar de los terribles y sin cesar renovados ataques de los tiranos armados del hacha, de los filósofos armados del sofisma, de los hombres perversos armados de todos los instintos brutales de la naturaleza corrompida; por una excepcion única en los anales del mundo, se mantiene en ellos en medio de los trastornos, de las revoluciones y de la accion destructora de los siglos, los que veinte veces han arrastrado los imperios, las repúblicas, los mas bellos sistemas y las mas robustas

instituciones; en una palabra, se mantiene en ellos á pesar de la inflexible ley de muerte que pesa sobre todas las obras humanas, y que solo les permite una existencia efímera.

Tales son los hechos visibles, palpables, que resultan de adorar el mundo á un Judío crucificado.

2.° Doble explicacion de estos hechos. — ¿Cómo explicar hechos tan increibles? Es fácil, contestan los Católicos: La adoracion diez y ocho veces secular de un Judío, y de un Judío crucificado, por todas las naciones civilizadas del globo, es un misterio cuya profundidad da vahidos á quien pretenda medirla, es cierto; las leyes de la moral cristiana sobrepujan claramente las fuerzas de la naturaleza, tambien es cierto; sin embargo, comprendemos muy bien la adoracion de un Judío crucificado, la creencia de los impenetrables misterios del Cristianismo, y la práctica de su moral por todas las naciones civilizadas. Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios, y él mismo es Dios; omnipotente, triunfó de los mayores obstáculos con débiles medios; fuente de luces y de virtudes, ha derramado sobre el mundo, dócil á su doctrina, parte de aquellos divinos dones; el mundo creyó, y se elevó á una alta perfeccion. En tanto no se acerca al Dios, principio de toda perfeccion y de toda ciencia, permanece en la degradacion y en las tinieblas, y al alejarse de él vuelve á caer en su primer estado de abyeccion y de miseria. En una palabra, Dios ha intervenido en ello, ha habido milagro, y todo queda explicado.

Los milagros son cuentos de viejas, responden los incrédulos; y jamás han existido, á no ser en la imaginacion de los bribones, ó en la creencia de los tontos.

Sentado esto, es claro que el mundo se ha convertido sin milagros, y por consiguiente Jesús de Nazareth no es el Hijo de Dios, sino sencillamente un judío como los demás, y los doce Apóstoles, doce pescadores como cualesquiera otros. Dios no estaba con él ni con ellos. Tal es el modo como resolveis el problema, y decís: «Dado un Judío «crucificado con doce pescadores enviados por él para predicar su «doctrina, el mundo ha debido evidentemente convertirse, y adorar «como al único Dios del cielo y de la tierra al Judío crucificado. «Hay clara proporcion entre el efecto y la causa, y todo ello es muy «natural, muy sencillo y muy conforme con las leyes de la natura«leza; es un experimento que puede renovarse cuando se quiera.»

Aceptamos la solucion, cuyas consecuencias nos manifestarán su admirable certeza.

Primera consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que un Judío crucificado, secundado por doce hombres del pueblo sin instruccion, sin dinero, sin proteccion, sin crédito, haya obligado al mundo entero, durante el siglo de Augusto, á derribar sus dioses, á incendiar sus templos, á cambiar sus leyes, y á hacerse adorar como al único Dios del cielo y de la tierra, á él solo, á él, Judío crucificado entre dos malhechores, como el mas criminal de los tres. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Segunda consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que durante trescientos años, once millones de hombres, de mujeres, de ricos, de pobres, de senadores, de príncipes, de generales, de cónsules, en Asia, en África, en Grecia, en Roma, en las Galias, en las Españas, en la Germania, sobre toda la superficie del globo, se dejasen descuartizar, desgarrar, quemar, ahogar, por tener el placer y el honor de adorar, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Tercera consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que desde hace mil ochocientos años, á pesar del progreso de las ciencias, no salga el mundo de su ceguedad, sino que por el contrario continúen dejándose matar otros muchos millones de hombres y mujeres así en Oriente como en Occidente; que otros, mas numerosos aun, renuncien á su fortuna, á su libertad, á sus familias, y se consagren á los mas penosos trabajos, á las privaciones mas austeras, á las obras mas repugnantes, á fin de gozar del placer y del honor de adorar, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Cuarta consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que el mundo sea mas ilustrado, mas virtuoso, mas libre, mas civilizado y mucho mas feliz bajo todos conceptos, profesando el absurdo elevado á su mayor altura, como es adorar, cual único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Quinta consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que toda la parte del mundo que se niega á adorar como único Dios del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, permanezca, por esa causa, en la barbarie, en la corrupcion, en la esclavitud, en un espantoso abismo de miserias de todo género. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Sexta consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que toda aquella porcion degradada del mundo salga de la barbarie, de la esclavitud, y emprenda el camino de la libertad al momento en que adora, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Séptima consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que todas las naciones que cesan de adorar con fe y fervor, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, empiecen acto continuo por perder sus luces, su moralidad, su paz, su prosperidad, acabando por caer de nuevo, de revolucion en revolucion, bajo el yugo del despotismo y de la barbarie, de que las habia sacado la adoracion de un Judío crucificado. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Octava consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, el que un Judío crucificado, que lanzóse de un salto desde la cruz en que acababa de espirar, á los altares del mundo entero, se mantenga inmóvil en ellos hace mil ochocientos años, á pesar de todos los esfuerzos de la astucia, de la fuerza, de las pasiones coligadas para derribarle; y esto en medio de las ruinas veinte veces renovadas de todo lo demás, imperios, monarquías, repúblicas, sistemas, instituciones. ¡Esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender!

Nona consecuencia: Es muy sencillo, muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógica, que todos los pueblos, que por espacio de cuatro mil años esperaron del cielo un libertador encargado de restablecer en la tierra el reinado de la verdad, de la justicia y de la virtud, hayan reconocido por objeto de su esperanza á un Judío crucificado; que despues de su aparicion hayan cesado enteramente de esperar á otro redentor; que Dios, que si no es la

bondad, la verdad y el poder infinitos, no es nada, haya permitido sin reclamacion, sin oposicion alguna, que aquel Judío crucificado se haya apoderado en provecho suyo de la fe y de la adoracion del mundo; que haya practicado todas las obras de Dios, como son enseñar, consolar, libertar, hacer á los hombres mejores y mas felices, y esto sin ser Dios ni un enviado de Dios, sino un insigne falsario, un malvado digno mil veces del suplicio que sufrió. Segun vosotros todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender, y no hay en ello ni sombra de milagro.

Añadís tambien que es un experimento que puede renovarse cuando se quiera, y decís bien, pues si la conversion del mundo por un Judío crucificado, auxiliado por doce pescadores, es el resultado de una ley de la naturaleza, existiendo estas siempre, basta ponerlas en juego del mismo modo y en iguales circunstancias para obtener igual resultado. Siendo esto así, solo me resta dirigiros una pregunta, y pediros una gracia.

La pregunta es la siguiente: Habiendo sido el mundo convertido por Jesús de Nazareth sin milagro alguno, dignaos decirme ¿por qué nadie intenta hacer un experimento enteramente igual al suyo, en sus dificultades, en sus medios, en sus resultados?

La gracia que deseo pediros es esta: Para demostrarme tan claramente como dos y dos son cuatro que la conversion del mundo por un Judío crucificado es una cosa natural y lógica, hacedme el favor de ensayarlo delante de mí. Ciertamente que no hubo jamás empresa tan digna de un gran corazon; vuestra ardiente filantropía, vuestra profunda compasion hácia la raza humana, agobiada hace tanto tiempo bajo el degradante yugo de la supersticion, no os permitirán retroceder, son vuestras mismas palabras, ante sacrificio alguno. Los elementos del problema os son conocidos y están á vuestra vista.

Así pues, pasad una mañana por las orillas del Loira, llamad á doce de nuestros marineros y decidles: «Amigos mios, dejad vues«tros barcos y vuestras redes, y seguidme.» Os siguen; subís con ellos á los *Montapins* [1], elegís un sitio apartado, y haciéndoles sentar sobre la yerba, les hablais en estos términos: «Ya me conoceis; «sabeis que soy de oficio carpintero é hijo de un carpintero; en bre«ve cumplirán treinta años que trabajo en el taller de mi padre; pues «bien, todos vosotros estais en un error; no soy lo que imaginais. Tal

[1] Colina inmediata á Nevers.

«como me veis, soy Dios; yo soy el Criador del cielo y de la tierra, y «estoy resuelto á convertir al mundo, y á hacerme adorar en lugar «del Judío crucificado. He querido asociaros á mi gloria, y por lo «tanto voy á revelaros mi proyecto: empiezo por recorrer durante «algun tiempo el departamento de la Nièvre, predicando y mendi-«gando; acúsanme luego de diferentes crímenes, y me lo compongo «de modo que me condenan á muerte y me conducen al cadalso.

«Algunos dias despues de mi muerte recorreréis las calles de Ne-«vers, iréis al encuentro de todos los transeuntes, y les diréis: ¿No «lo sabeis? El carpintero fulano, que conocísteis, á quien acusaron «de tal crímen, el que fue condenado por el tribunal de *assises*, el «que fue guillotinado dias pasados, es el Hijo de Dios. Él mismo nos «encargó de revelároslo y de mandaros que le adoreis con nosotros, «so pena de ser precipitados al infierno; mas para tener el placer y «el honor de adorarle, debeis todos, hombres, mujeres, niños, ri-«cos y pobres, empezar por reconocer que vosotros y vuestros pa-«dres y todos los pueblos civilizados no sois mas que unos imbéci-«les, que os habeis engañado groseramente adorando al Judío cru-«cificado; en seguida, debeis arrodillaros á nuestros piés, decirnos «todos vuestros pecados, aun los mas secretos, y hacer todas las pe-«nitencias que tendrémos á bien imponeros; luego tendréis la bon-«dad de dejaros insultar y despreciar por todo el mundo sin decir «una palabra, de dejaros encarcelar sin oponer la menor resistencia, «y finalmente, de permitir que os corten la cabeza en la plaza pú-«blica por mano del verdugo, bien convencidos y creyendo desde el «fondo de vuestro corazon que nada os podia suceder que fuese mas «de vuestro gusto.» Esto es lo que debeis decir palabra por palabra desde la puerta del *Croux* á la de la *Barra*, y desde la de *París* hasta el puente del *Loira*.

«No puedo ocultaros que todos se burlarán de vosotros, y os di-«rán que estais bebidos; pero no importa; continuad hablando: un «enjambre de chiquillos seguirá vuestros pasos gritando y apedreán-«doos, todo lo cual causará algun desórden en la ciudad; el procu-«rador de la República os mandará prender y os prohibirá predi-«car mi divinidad; mas vosotros, sin hacer caso de sus palabras, la «predicaréis á mas y mejor; os prenderán otra vez, os azotarán, y os «dejaréis azotar; os encarcelarán, y os dejaréis encarcelar; finalmen-«te para haceros callar os cortarán la cabeza, y vosotros os la deja-

«réis cortar. Entonces será cuando el negocio empezará á tomar buen «rumbo; todos querrán convertirse, y yo seré reconocido por el «verdadero Dios; primeramente me adorarán en Nevers, en Saint-«Cyr, en San Estéban, en Saint-Père, luego en todo el departa-«mento, y despues en París, en Roma, en Lóndres, en San Peters-«burgo, en Constantinopla, en Pekin. En breve el taller de mi padre «se convertirá en una hermosa capilla, á la que acudirán multitud «de peregrinos de las cuatro partes del mundo, haciendo sus ricos «presentes el orgullo y la riqueza de la ciudad de Nevers. En cuan-«to á vosotros, seréis mis doce apóstoles, doce santos que invocará «el universo entero; vuestros huesos serán depositados en altares, «vuestras estatuas en capillas, y vuestros retratos, pintados en infi-«nitas banderas y pendones, serán llevados en procesion, no solo «aquí sino en todo el mundo; no solo el año que viene, sino hasta «el fin de los siglos, y hé aquí que sin hacer mas, conseguís la glo-«ria de la inmortalidad. ¡Qué gloria para vosotros, para vuestras «mujeres y para vuestros hijos! Convertir al mundo no es cosa di-«fícil, y mi proyecto, como veis, es muy sencillo, muy fácil de eje-«cutar, y muy conforme con las leyes de la naturaleza y de la lógi-«ca. Cuento con vosotros, ¿no es verdad?»

Fácilmente se deja adivinar cómo seria recibido semejante discurso; paréceme oir y ver á nuestros honrados marineros, irritados por la burla de que son objeto, reprender enérgicamente á su autor con la palabra, con el gesto y quizás con los brazos; véoles bajar á la ciudad y anunciar por todas partes que fulano ha perdido la razon, y sin extrañeza sabria que el nuevo dios ha sido conducido aquel mismo dia al hospicio departamental *de la Caridad*, en donde, en vez de los honores divinos, goza del derecho incontestable de ocupar el primer lugar entre los locos.

Sin embargo observemos que el proyecto del carpintero de Nevers, que es sin disputa el colmo de la locura, no es mas insensato que el de Jesús de Nazareth, si Jesús de Nazareth hubiese sido un simple mortal, nacido y crecido en el taller de un carpintero, obrando solo y sin el auxilio de los mas admirables milagros. ¿Qué digo? lo es mucho menos; pues un carpintero de Nevers vale tanto como un carpintero de Nazareth; un francés guillotinado no es inferior á un Judío crucificado; doce marineros del Loira no son menos que do-

ce pescadores de los lagos de Judea, é incomparablemente es menos difícil hacer adorar á un ciudadano francés del sigo XIX, que á un Judío del siglo de Augusto. En el primer caso, basta desprender á los pueblos de una religion enemiga declarada de todas las pasiones siempre coligadas para sacudir su yugo, y en continua inteligencia con cualquiera que se presente para librarles de ella; en el segundo, fue preciso desprender á los pueblos de una religion que halagaba todas sus pasiones, y que contaba con tantos formidables auxiliares cuantos son los malos instintos que germinan en el corazon del hombre.

Considerando el establecimiento del Cristianismo únicamente por el lado de la dificultad de la empresa y de la debilidad de los medios, aun admitiendo que sea el Cristianismo un sistema razonable, ya veis que en pocos pasos llegamos al último grado del ridículo, si queremos explicarlo por causas puramente humanas. Sin embargo, no hay efecto sin causa, y por mas que hagais y digais, el Cristianismo es un hecho; ahora bien, no pudiendo explicar su establecimiento causa alguna humana, es preciso, á menos de admitir un efecto sin causa, reconocerle una causa divina; Dios ha intervenido en ello; y habiendo Dios intervenido, debemos concluir que el Cristianismo es verdadero, únicamente verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero; siendo el Cristianismo verdadero, todas las objeciones que se hagan contra él son falsas, pues es imposible la existencia de verdades contradictorias; luego ante el solo hecho del establecimiento del Cristianismo, todas las objeciones pasadas, presentes y futuras contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo caen por sí mismas, como la bala del árabe fugitivo contra la pirámide del desierto; así pues, podemos despreciarlas sin excepcion alguna, y dispensarnos de contestar á ellas.

Aniquilar de un solo golpe todas las objeciones, tal es el primero, el inmenso beneficio que se desprende del hecho del establecimiento del Cristianismo.

3.° Las objeciones convertidas en pruebas. — El hecho del establecimiento del Cristianismo no solo anula enteramente todas las objeciones, sino que las convierte en pruebas, como vamos á demostrar. Bastante tiempo se ha dado libre curso á la impiedad contra la Religion, para que nos sea permitido usar de represalias, y volver

contra ella sus mismas armas; el incrédulo ha transformado muchas veces al cristiano en idiota, para que encuentre á mal que el cristiano le transforme á su vez en apologista.

Á los ojos de los incrédulos, el Cristianismo no llega á ser un sistema razonable, y descubren en él infinitas cosas que, segun ellos, se oponen al sentido comun; sus objeciones contra el dogma atacan la misma existencia de Nuestro Señor, la cual no es para ellos mas que una fábula, lo mismo que los doce Apóstoles convertidos por ellos en los doce signos del zodíaco, y rechazan todos los misterios, cuyo conjunto forma un tejido de absurdos y de utopias, buenas únicamente para divertir ó asustar al pueblo, á las mujeres y á los niños; de lo que deducen que siendo Dios la misma verdad, no puede revelarlos. En cuanto á la moral, sostienen que es una coleccion de leyes y de prácticas anticuadas, inútiles, arbitrarias y supersticiosas las unas, y las otras imposibles de practicar, contrarias á las mas legítimas aspiraciones de la naturaleza y á los imprescriptibles derechos de la libertad humana; de lo que deducen que siendo Dios infinitamente justo é infinitamente sábio, no pudo ser su autor. De una parte lo absurdo, de otra la imposibilidad ó inutilidad, tal es el juicio de los incrédulos acerca del Cristianismo; mas para este doble ataque contra el dogma y contra la moral, tenemos una doble defensa, y una defensa victoriosa, que la misma incredulidad nos proporciona.

1.° En cuanto al dogma. Hace poco hemos visto, y bien visto, que aun admitiendo el Cristianismo como un sistema razonable, es imposible explicar su establecimiento por medios humanos, y que es preciso recurrir á los milagros. Decís ahora que el Cristianismo no llega á ser un sistema razonable; que su dogma es falso, increible, absurdo en muchos puntos, con lo cual aumentais considerablemente la dificultad, tan grande ya, de hacerle aceptar; con nueva fuerza demostrais la existencia, la necesidad, el número, la grandeza, el poder de los milagros que han hecho que el universo se persuadiese de su verdad. Cuantas mas son vuestras objeciones, cuanto mayor es su fuerza, mas aumentais la dificultad de la empresa, y por consiguiente demostrais mas claramente la certeza y la fuerza omnipotente de los milagros que han sujetado al yugo de la fe cristiana las razones mas poderosas, la razon de todo el género humano.

Me la demostrais á mí que no la dudo, pero que tengo un placer

al veros transformado en apologista; la demostrais á vos mismo, que en breve no podréis dudarla, pues precisamente deberéis hacer el siguiente raciocinio: «Mis objeciones contra los dogmas del Cristianismo no son nuevas; todas, y otras muchas mas, fueron hechas, al «aparecer el Cristianismo, por los herejes y filósofos gentiles [1]; todos «los misterios cristianos han sido atacados con argumentos, con la «ciencia, con la historia y con toda clase de objeciones, y esto con una «superioridad que jamás he logrado sobrepujar; todos han sido pa-«rodiados y ridiculizados en los teatros, y entregados al desprecio, al «odio, á la irrision de un público que oia mentarlos por primera vez; «si pues, á pesar de mi educacion en un país cristiano, á pesar del «ejemplo de tantos grandes hombres que han creido, de tantas per-«sonas no menos ilustradas que yo que continúan creyendo, á pesar «de una posesion pública de diez y ocho siglos, me parece el dogma «del Cristianismo tan absurdo, tan contrario á la razon, que tengo «por imposible el creer en él; ¿qué debió parecer al mundo gentil «sino un escándalo que no dejarian pasar desapercibido las inteligen-«cias cultas, una locura propia para atraerse todos los sarcasmos, pa-«ra provocar la risa de todos, para ser de todos despreciada? Cuanto «mas siento la fuerza de las objeciones, mas elevo á mis ojos aquel «escándalo y aquella locura, y por consiguiente la imposibilidad ab-«soluta que tenia el mundo gentil para creer en el Cristianismo.

«Sin embargo, el dogma cristiano que yo miro como un conjunto «de ridiculeces, ó mejor como un tejido de absurdos, de contradic-«ciones, de imposibles, ha sido creido por el universo fiando en las «palabras de doce pescadores judíos, y lo ha sido en el siglo de Au-«gusto, es decir, en el siglo por excelencia de la filosofía, de la elo-«cuencia, de las artes y de las luces.

«Lo ha sido á pesar de las advertencias mil veces repetidas de los «herejes y de los filósofos, quienes no cesaban de aturdir sus oidos «con lo mismo, mismísimo que me digo á mí mismo, esto es, que «el dogma del Cristianismo no es otra cosa que un tejido de contra-«dicciones y de absurdos.

«Lo ha creido á pesar de Neron, de Domiciano, de Diocleciano, y «de los leones, tigres, hogueras y garfios de hierro, empleados para «impedir su creencia.

[1] Consta que desde el siglo IV no se ha hecho ninguna objecion nueva contra el Cristianismo.

«Lo ha creido en todas las regiones del globo, en Jerusalen, en «Atenas, en Roma, en Oriente y en Occidente; y no lo creyó, no lo «profesó, á pesar de los verdugos, únicamente el populacho, no; pro-«fesáronlo así los ricos como los pobres, los cónsules y los senadores, «los generales y hasta los filósofos que antes lo impugnaran, todas «las clases y todas las edades, desde el primero hasta el último.

«¿Cómo explicar hecho tan incomprensible? Solo hay dos medios: «el delirio ó el milagro; este no lo admito, pues si lo admitiera, «seria católico; queda, pues, el delirio; pero ¿quién lo experimen-«ta? ¿Soy yo acaso? ¿Puedo estar seguro de tener yo solo razon «contra todo el mundo? ¿Puedo estar seguro de ser yo solo sábio y «despreocupado entre todos los mortales? ¿Puedo tener una razona-«ble confianza en objeciones que ninguna fuerza tienen en sentir de «los demás hombres, y que quizás me parecerian ilusorias á mí mis-«mo, si mi corazon no extraviase mi entendimiento? Me creo sá-«bio, y el mundo todo me dice que soy víctima de vanos errores; «¿diria el mundo mentira? No, pensarlo seria locura. Tal es el re-«sultado de todas mis objeciones contra los dogmas del Cristianismo; «tan bien lo he hecho, que todas se han convertido en pruebas indes-«tructibles, y me hallo encerrado en un círculo de hierro, el cual «solo tiene dos salidas: delirio ó milagro; loco ó católico; no hay «otro medio.»

2.° En cuanto á la moral. Todas las objeciones, las rebeliones todas de la naturaleza y de las pasiones contra los preceptos del Evangelio, tienden á probar que son inútiles, impracticables, anticuados, contrarios á la razon, á la legítima libertad del hombre, ó al menos que pueden seguirse ú olvidarse sin mal alguno; dado caso que así sea, ¿qué resultaria? La prueba palpable tambien de la existencia, de la necesidad, del número, de la grandeza y del poder de los milagros que obligaron al mundo á sujetarse al yugo de la moral cristiana. Cuanto mas fuertes y numerosas son las objeciones, mas aumentan la dificultad de la empresa, y por consiguiente dan nuevo brillo á la fuerza victoriosa de los milagros que triunfaron de la resistencia del universo.

Tambien aquí el incrédulo se halla transformado en apologista involuntario, pues se ve obligado á decirse á sí mismo: «La moral del «Cristianismo era, hace diez y ocho siglos, la misma que ahora; yo «la califico en muchos puntos de inútil, de potestativa, de anticuada,

«de impracticable, y de contraria á mi razon y á mi libertad, y la «califico así, porque siento su imposibilidad, su inutilidad; yo soy «quien proclamo la libertad de elegir entre sus preceptos los que me «convienen, y de despreciar los que no me gustan. Pero ¿quién soy «yo? yo, nacido en el seno del Cristianismo; yo acostumbrado desde «la infancia á mirar la ley evangélica como una ley divina y obliga«toria en todos sus puntos; yo que he crecido y vivido rodeado de «ejemplos que me predican la necesidad absoluta de la moral del «Cristianismo y la posibilidad de cumplirla.

«Si pues, á pesar de todo, me parece inútil, imposible, potesta«tiva, ¿con cuánta mayor razon debió parecerlo al mundo gentil, «abismado en los placeres sensuales, al serle anunciada por la pri«mera vez? ¿Cómo, pues, tantos jóvenes de carne y hueso como yo, «pues no hubo pocos en Oriente y en Occidente desde Neron hasta «Diocleciano, tan débiles, tan fogosos como yo y quizás mas; cómo «tantos hombres de todas edades, de todas clases, y de todos países; «generales, soldados, literatos, filósofos, legistas, médicos, sena«dores, mercaderes, magistrados, artesanos, todos hombres como «yo, pudieron aceptar como verdadera, como obligatoria, como «posible, una moral que yo declaro falsa, potestativa é imposible? «¿Cómo se sometieron á ella con tanta docilidad? ¿Cómo la obser«varon en todos sus puntos con tan sostenida perfeccion, entonces «que para practicarla era preciso no solo encadenar pasiones, ali«mentadas desde la cuna por hábitos contrarios, robustecidas por el «ejemplo universal, y consagradas por la Religion; variar comple«tamente sus ideas, sus gustos, sus costumbres, y romper por con«siguiente unas cadenas en comparacion de las cuales las mias no «son mas que guirnaldas de flores; sino tambien, para hacer mas fá«cil y mas universal la práctica de una moral falsa, potestativa é «impracticable, consentir en ser renegado por sus parientes, despo«jado de sus bienes, insultado por todos, azotado hasta verter san«gre, marcado en la frente con un hierro candente, enviado á galeras, «con la última esperanza de ser asado vivo, ó destrozado por las gar«ras de un leon de África ó por un oso de la Germania, entre los «aplausos de todo un pueblo?

«¿Cómo explicar hecho tan incomprensible? Solo hay dos medios: «el delirio ó el milagro; loco ó católico, no hay otro. ¡Tal es el nuevo «resultado de todas mis objeciones contra la moral del Cristianismo!

«De grado en grado he llegado á demostrar, mejor que todos los «apologistas juntos, la imperiosa necesidad, la indestructible certeza «de los milagros que vencieron la mas terrible oposicion que ja-«más existió; la de la debilidad del corazon humano y de todas las «pasiones del mundo entero coligadas contra la moral evangélica. «Además, esta demostracion tiene la pérfida propiedad de robuste-«cerse en razon directa de mi oposicion, es decir, que cuanto mas «siento la fuerza de mis objeciones, cuanto mas vivas son mis pa-«siones, mas pesadas son sus cadenas, y comprendo mejor la ne-«cesidad y la fuerza irresistible de los milagros que triunfaron de la «oposicion y de las pasiones del género humano, y que le han obli-«gado, á costa de su sangre, á aceptar y á practicar una moral cuya «imposibilidad nadie conoce mejor que yo; así pues, nadie como yo «tiene tantos motivos para creerla y practicarla, y á menos de co-«meter el mas vergonzoso de los pecados mortales, el de los tontos «y cobardes, el pecado de inconsecuencia, debo ser cristiano de creen-«cia y de accion.»

En cuanto á nosotros, Católicos, podemos sacar un maravilloso provecho de las objeciones de la incredulidad; tranquilamente atrincherados detrás de este hecho inexpugnable: El mundo adora á un Judío crucificado, esperarémos á pié firme á los incrédulos y á los impíos; en vez de turbarnos por sus objeciones, en vez de estudiar el modo de contestar á ellas, harémos lo mismo que los hijos del siglo en el teatro, contentándonos con mirar, escuchar y aplaudir, y cuando hayan vociferado, disputado, argumentado á discrecion, les dirémos: «Ánimo, señores, reunid, multiplicad, robusteced, exa-«gerad vuestras objeciones; elevadlas como montañas; minad todos «los fundamentos del Cristianismo, destruid las profecías, negad los «milagros, refutad la divinidad de Jesucristo, transformad la Reli-«gion en un tejido de utopias, de cosas inútiles é imposibles; cuanto «mas absurdos parezcan sus dogmas é impracticable su moral, cuan-«to mas débiles, ignorantes y despreciables sean los Apóstoles, cuanto «mayor sea el talento, el saber, la elocuencia, el crédito de Celso, «de Porfirio, de Voltaire, de Rousseau y de todos los enemigos del «Cristianismo, mas se robustece mi fe, y se hace mas palpable vues-«tra locura, pues jamás se demostró mejor que la adoracion de un «Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo es un

«hecho inexplicable, evidentemente superior á las fuerzas humanas, «y por lo tanto evidentemente divino : *Incredibile, ergo divinum.*»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado un medio tan fácil para defender mi fe; ayudadme para que lo comprenda bien, á fin de usarlo con buen éxito, ya para mí, ya para los demás.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con cuidado las pruebas de la Religion.*

LECCION XXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

Medios de conservacion : el presbítero, los Santos, las Órdenes religiosas; — de propagacion: las misiones. — Descripcion de las herejías. — Padres y Doctores de la Iglesia. — Concilio de Nicea. — La Iglesia atacada : Arrio. — Juicio de Dios sobre Arrio. — La Iglesia defendida: san Atanasio; — propagada: san Frumencio en Etiopia. — Conversion de los iberos.

Despues de trescientos años de sangrienta lucha, vemos al Cristianismo vencedor sentado con Constantino en el trono de los Césares; la nueva Religion establecida, consagrada públicamente por reina del mundo; su saludable accion se hace sentir en todas partes, y regenera al hombre en su razon, en su corazon y en su cuerpo, libertándole de la vergonzosa esclavitud del error, del crímen y del despotismo brutal. ¿Qué mas tenia y tiene que hacer el divino Fundador de la Iglesia, sino conservar y extender su obra á fin de que todas las generaciones puedan aprovecharse de sus beneficios?

Decimos en primer lugar conservar, pues el primer cuidado del Salvador, despues de haber establecido el reino del Evangelio, será mantenerlo y defenderlo. ¡Cómo! ¿puede tener enemigos una Religion tan santa, tan verdadera, tan bienhechora? Imposible parece á primera vista; por el contrario, despues de haber introducido tantas y tan saludables reformas en las leyes, en las instituciones y en las costumbres públicas, era natural que el Cristianismo, amado, querido y respetado, solo encontrase hijos sumisos y fieles discípulos. Sí, así parece, mas en realidad no pudo ser de este modo.

Las consecuencias del pecado relativamente al hombre son minoradas, no destruidas por el Cristianismo, pues la obra de la redencion no se consumará sino en el cielo; mientras tanto, habrá siempre lucha: lucha intelectual, *es necesario que haya tambien herejías;* lucha moral, *necesario es que vengan escándalos;* lucha física, *por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios* [1]. Todo ello es

[1] I Cor. XI, 19; Matth. XVIII, 7; Act. XIV, 21.

preciso para que nuestra vida temporal sea lo que Dios quiso que fuese despues del pecado, una prueba, y una prueba meritoria, y por lo tanto penosa: el género humano es un soldado; debe conservar su union con el nuevo Adan, y aumentar en perfeccion con las armas en la mano [1].

El infierno y el hombre antiguo harán continuos esfuerzos para hacer peligrosa la lucha y destruir la obra de la redencion respecto de los particulares y de los pueblos: ya suscitarán herejías para alterar la verdad cristiana y destruir la obra de la redencion en el hombre intelectual [2]; ya suscitarán escándalos para sustituir la concupiscencia á la caridad, la vida de los sentidos á la vida sobrenatural, y por consiguiente para arruinar la obra de la redencion en el hombre moral; finalmente el doble crímen de escándalo y de herejía, ú otras causas particulares, atraerán sobre los pueblos pestes, guerras, calamidades, revoluciones, latrocinios, injusticias, la opresion y el despotismo, los cuales tenderán á destruir la obra de la redencion en el hombre físico, haciendo revivir la ley brutal del mas fuerte, y precipitando al mundo en el estado de sufrimiento y de abyeccion en que se hallaba bajo el yugo del Gentilismo.

En todos esos puntos de ataque el nuevo Adan colocó á un centinela.

1.° El *presbítero ó el sacerdocio.* Defensor nato y conservador universal de la obra de la redencion contra las herejías, los escándalos, las miserias físicas, el presbítero es á la vez *doctor* para defender la verdad; *modelo* para dar el ejemplo de todas las virtudes, es decir, del amor práctico de los bienes sobrenaturales, y con él impedir que el desarreglado amor de las criaturas reconquiste su imperio en el

[1] Iob. VII, 1.

[2] Toda herejía lleva en su mismo nombre una prueba manifiesta de la falsedad de sus doctrinas, pues su nombre es ó el de un hombre, y un hombre no es bastante para fundar una religion, ó el de un país ó el de una época; y toda religion nacida de las ideas y de las costumbres particulares de cierto país ó de cierta época es evidentemente una religion humana, es decir, una religion falsa. Por esto es que en todos tiempos las diferentes sectas se han avergonzado de su nombre y han tratado de cambiarlo y de ocultarlo bajo otros nombres tomados de la religion verdadera; esta es la razon por que quieren los Protestantes ser llamados *evangélicos.* «Consiento en ello, dijo con este «motivo un oficial católico; les daré el nombre de evangélicos como se daba el «de numídico á Escipion por haber destruido á Cartago.»

corazon humano; *enfermero* de todas las miserias humanas, á fin de evitar con una infatigable y universal caridad la destruccion de la redencion en el hombre físico, con el restablecimiento del despotismo gentílico y de los sufrimientos que eran consecuencia del mismo.

2.° Los *Santos*. Hay veces en que los peligros son mayores; los carniceros lobos, mas numerosos y mas encarnizados rodean el redil, y entonces es cuando del seno siempre fecundo de su Iglesia hace nacer Dios nuevos auxiliares de la obra reparadora; en el dia del combate aparecerán de distancia en distancia Santos extraordinarios; y como el infierno solo puede atacar al Cristianismo por tres puntos: en el hombre intelectual, con el error; en el hombre moral, con el escándalo; en el hombre físico, con el restablecimiento de la esclavitud y de la abyeccion gentílicas, hay tres especies de Santos, y no mas: los Santos *apologistas*, para la defensa y la propagacion de la verdad; los Santos *contemplativos*, para recordar incesantemente en nuestro corazon el amor de las cosas sobrenaturales; los Santos *enfermeros*, para consolar al hombre físico, é impedirle que caiga otra vez en el estado de miseria y de esclavitud de que le libró el Redentor. Mas adelante verémos que estos Santos, apareciendo en el momento preciso en que se hace sentir mas vivamente la necesidad de su presencia, son una prueba sensible de la accion continua de la Providencia sobre la Iglesia.

3.° Las *Órdenes religiosas*. En la vida de la Iglesia se ven épocas terribles en que diríase va á prevalecer el poder del infierno: la herejía, el escándalo y la injusticia, coligados, atacan á la Religion por todos los puntos; la lucha es larga, encarnizada; el combate general; jamás ha corrido el mundo tan terribles peligros; mas en aquel trance Dios halla en los tesoros de su amor á un nuevo auxiliar de la Religion; hablamos de las Órdenes religiosas. Las hay de tres clases: las Órdenes *apologistas*, para la defensa y enseñanza de la verdad, las cuales aparecen así en las ciudades como en los campos, conservando con sus doctos escritos la buena doctrina ó propagándola con su palabras; las Órdenes *contemplativas*, para la defensa de la caridad, á las que vemos, guiadas por un noble desprecio de todas las cosas sensibles, exaltar el amor humano hácia los bienes sobrenaturales; compensar el escándalo con voluntarias expiaciones, é impedir que la concupiscencia recobre su imperio; finalmente la Órdenes *enfermeras*, consagradas al alivio de todas las miserias

humanas, y apostadas en todos los puntos por donde puede el infierno atacar la obra de la redencion en el hombre físico. ¡Qué hermosa, ó Dios mio, vuestra santa Religion, considerada en sus medios de conservacion! Semejante á la torre de David, mil escudos protegen sus murallas, mil centinelas velan noche y dia en su defensa.

El sacerdocio, los Santos, las Órdenes religiosas, son los tres medios establecidos por el nuevo Adan para mantener el Cristianismo, medios que se resumen en uno solo, que es la Iglesia, pues en la Iglesia y por la Iglesia son consagrados los presbíteros, formados los Santos y establecidas las Órdenes religiosas.

Provisto el Cristianismo de todos los medios de conservacion, ¿qué falta sino propagarlo, queriendo Dios como quiere que todos los hombres consigan el conocimiento de la verdad [1]? El medio de propagacion son las misiones, maravillosas expediciones, heróicas conquistas, cuya historia escribirémos á medida que las hallemos en nuestro camino.

Continuemos ahora nuestra interrumpida relacion, y pongámonos en marcha al lado de la Iglesia. ¡Oh divina Esposa del Hombre de dolores! prepárate para participar de la suerte de tu celeste Esposo; en tu frente, lo mismo que en la suya, brillará una inmortal corona de espinas, que será la diadema que te dará á reconocer por la Esposa legítima hasta la consumacion de los siglos. En vano querrán las sectas adornarse con tus otras joyas; jamás les será dado vestir la túnica del martirio ni colgar de sus espaldas el manto de la persecucion: los anfiteatros están manchados aun con la sangre de tus hijos; todavía humean las hogueras que los consumieron; á lo léjos óyense aun los rugidos de los leones que desencadenaron contra ellos, y cuando apenas respiras libremente despues de tantos combates, hé aquí que un nuevo enemigo, un sectario gigantesco se eleva del Egipto y adelanta para herirte en el corazon. Su nombre es Arrio, y se atreve á negar la divinidad de Jesucristo; pero no temas, tierna Esposa del Hombre-Dios, al campeon de la mentira tu divino Esposo opondrá el defensor de la verdad.

El siglo IV, que empezó con la mas sangrienta persecucion, continúa con la mas temible herejía; el demonio, que veia establecida la Religion á pesar de los esfuerzos de los tiranos armados por él contra la obra de Dios, no se desalienta; cambia sí sus baterías, tra-

[1] I Tim. II, 4.

tando de demoler el edificio cuya construccion no le ha sido dable impedir, y empieza una nueva guerra.

¡Qué espectáculo! una nube de herejes dirigiéndose contra todas las partes del edificio de la Religion desde la cúpula á la base, armados del sarcasmo, de la mentira, de la calumnia, desfigurando, infamando, degradando, golpeando con su piqueta destructora todas las piedras, deseando romperlas y separarlas una tras otra, con un encarnizamiento y perseverancia tales que no tuvo mas imitadores en la historia que los filósofos y los vándalos del pasado siglo, quienes diseminaron entre nosotros las ruinas de nuestros templos y de nuestros palacios, despues de haber hecho objeto del ludibrio nuestros dogmas y nuestras creencias. Pero mirad, de Oriente y de Occidente vienen una multitud de doctores que revestidos de la triple armadura del genio, de la elocuencia y de la virtud, derriban á los herejes, les confunden, les convierten á veces, y así como los Mártires embotaban el hacha de los perseguidores, destruyen sus sofismas, y el inmortal edificio aparece de nuevo en toda su primitiva belleza y siempre firme en sus cimientos.

Jamás la lucha del error contra la verdad fue tan encarnizada como en el siglo IV, así es que jamás desplegó la Iglesia tan grande abundancia de doctores y de apóstoles; aquella fue la era de los Padres de la Iglesia, que vamos á dar á conocer en pocas palabras.

Llámanse Padres de la Iglesia todos los eminentes varones que aparecieron para defenderla y explicar su doctrina durante los seis primeros siglos [1]; divídense en Padres griegos y en Padres latinos, segun que escribieron en el uno ó en el otro idioma. Los mas ilustres entre ellos, aquellos que mas escribieron y cuya doctrina es generalmente mas autorizada y seguida, llevan el título de Doctores de la Iglesia. Los cuatro grandes doctores de la Iglesia griega son: san Atanasio, san Basilio el Grande, san Gregorio Nazianceno y san Juan Crisóstomo; y los cinco de la Iglesia latina, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustin, san Gregorio el Grande y santo Tomás de Aquino; el papa san Pio V fue el que dió al Ángel de las escuelas el título de quinto doctor de la Iglesia [2].

[1] **Bergier, art. *Padres.***
Sin embargo, dícese generalmente que san Bernardo es el último Padre de la Iglesia.

[2] ***Diccionario de las ciencias eclesiásticas*, art. *Doctores.***

Les llamamos *Padres*, porque nuestro Salvador, que les llenó particularmente de su espíritu, los dió á su Iglesia para ser sus defensores y consejeros, y al mundo para ser sus antorchas y oráculos [1]. «Les damos el nombre de *Padres*, dice san Agustin, porque sus es«critos, llenos de la ciencia de salvacion, han caido como un abun«dante rocío en el campo de la Iglesia, para hacer fructificar en él «los gérmenes de vida que Jesucristo sembrara, á fin de que alimen«tasen á las almas con la sustancia mas pura de la verdadera doc«trina. Ellos fueron los que contribuyeron á la construccion del sa«grado edificio con el cimiento y las ricas decoraciones que robustecen «y hermosean la Iglesia levantada por Jesucristo, que es su *piedra* «*angular*; por los *Profetas*, y por los *Apóstoles*, que son sus inmortales «fundamentos [2].»

Unidas á la Escritura, sus obras, consagradas por la sancion de la Iglesia, añaden á la autoridad de la palabra divina, emanada inmediatamente del Espíritu Santo, el grave peso de la inspiracion indirecta al menos que las ha producido, y la eficacia de la gracia particular que tanto las distingue de todas las composiciones humanas [3]. Los santos Padres componen la augusta cadena de la tradicion, cuya majestuosa unidad se ha sostenido inmutable al través de los choques de las revoluciones, de los ataques del cisma y de la herejía, de las ruinas de los siglos, de las tinieblas de la ignorancia y de los estragos de las malas costumbres [4].

Nada es comparable con su elocuencia. «¡Un Padre de la Iglesia! «¡un Doctor de la Iglesia!¡Qué nombres! ¡qué tristeza en sus escri«tos! ¡qué sequedad! ¡qué fria devocion! ¡qué escolasticismo!» dicen los mundanos ignorantes y ligeros que jamás los han leido; pero ¡cuál seria la sorpresa de todos aquellos que se han formado de los santos Padres una idea tan distante de la verdad, si viesen que en sus obras hay mas ingenio y delicadeza, mas riqueza de expresion, rasgos mas vivos y gracias mas naturales que en la mayor parte de los libros de estos tiempos, que son leidos con avidez, y que dan nombre y vanidad á sus autores! ¡Qué placer amar la Religion, y

[1] Luminaria mundi, sermonem vitae continentia. (*Act. concil. Ephes. Labbe*, t. III, *Conc.* pag. 836).

[2] S. Aug. *contr. Julian.* lib. II, c. 10, pag. 552.

[3] San Basilio; véase Duguet, *Conf. ecles.* t. II, pág. 509.

[4] Guillon, t. I, pág. 10.

verla creida, defendida, explicada por tan grandes genios y tan sólidos talentos, sobre todo cuando se llega á conocer que, por la extension de los conocimientos, por la profundidad y penetracion, por los principios de la pura filosofía, por su aplicacion y desarrollo, por la exactitud de las conclusiones, por la dignidad del estilo, por la belleza de la moral y de los sentimientos, no hay nadie, por ejemplo, comparable á san Agustin [1]!

Volvamos á nuestro asunto. El primero que se atrevió á intentar la demolicion del edificio de la Religion despues de su establecimiento social fue Arrio, el cual, conducido por el espíritu infernal, dirigió sus golpes contra la piedra angular. Arrio, autor de la grande herejía conocida con el nombre de Arrianismo, fue natural de Libia; jóven aun pasó á Egipto, siendo ordenado de diácono de la iglesia de Alejandría; algunos sediciosos manejos en que tomó parte obligaron á san Pedro, patriarca de aquella iglesia, á separarle del número de los fieles; y como el santo Patriarca conocia perfectamente el carácter inquieto y ambicioso de aquel extranjero, no se dejó engañar con exteriores apariencias de arrepentimiento, y jamás quiso recibirle en su comunion, sin que lo lograsen las reiteradas súplicas que le fueron dirigidas mientras se encaminaba al martirio. Sin embargo, Arrio halló medio de congraciarse con Achillas, sucesor de san Pedro: sometióse exteriormente; afectó vivos sentimientos de contricion, y el Prelado cayó en el lazo; recibió al hipócrita en el seno de la Iglesia, lo elevó al sacerdocio, y le confió el gobierno de una parroquia de Alejandría.

Muerto Achillas, fue elegido san Alejandro para sucederle; eleccion que ofendió la vanidad de Arrio, el cual estaba persuadido de que nadie como él era tan digno del patriarcado; é impulsado por el deseo de tomar venganza, empezó á dogmatizar contra la divinidad de Nuestro Señor. En vano san Alejandro trató de convertirle por las vias de la dulzura; Arrio permaneció insensible á todo sin abandonar su herejía; no pasaba dia sin que la infiltrase entre los fieles; el mal aumentaba mas y mas, hasta que el Patriarca, creyendo no poder contemporizar por mas tiempo, excomulgó al heresiarca en un sínodo compuesto de todos sus sufragáneos [2], celebrado

[1] La Bruyère, ch. *des Esprits forts* (de los Despreocupados).

[2] Llámanse sufragáneos los obispos que componen una provincia eclesiásti-

en Alejandría en el año 319, informando á todos los Obispos de lo que habia acontecido.

Mientras tanto el Arrianismo ganaba terreno por todas partes, y cada dia aumentaba el desórden en la Iglesia, y afligido Constantino por semejante division, resolvió, siguiendo el parecer de los Obispos, reunir un concilio *ecuménico*, es decir, universal, para aterrorizar y destruir la herejía [1]. En tiempo de los Emperadores gentiles no habian podido celebrarse tan grandes asambleas; mas Constantino, señor de todo el imperio, podia realizar una idea tan digna de su piedad, no pudiendo menos de prestar un tributo de admiracion á la Providencia, que hizo en aquel tiempo su ejecucion fácil, reuniendo tantos países bajo la dominacion de un hombre solo. La ciudad de Nicea fue elegida para punto de reunion, con motivo de estar inmediata á Nicomedia, residencia del Emperador. Constantino envió, pues, á todos los Obispos de la cristiandad cartas de invitacion conteniendo las mas respetuosas instancias para que asistiesen al concilio, y dió órden de proporcionarles sin gasto alguno los carruajes y cuanto necesitasen para el viaje. El asunto era de mucha importancia para que los Obispos no correspondiesen á la invitacion con su asistencia; así que no tardaron en hallarse en Nicea en número de trescientos diez y ocho, sin contar los presbíteros y diáconos. El venerable Osio, obispo de Córdoba, presidió el concilio en representacion del papa san Silvestre, el cual no pudiendo asistir en persona á causa de su avanzada edad, envió además dos presbíteros al con-

ca, por dar antiguamente su *sufragio* ó voto para la eleccion del metropolitano, del cual en cierto modo dependian.

[1] Un concilio es una reunion de pastores de la Iglesia para decidir las cuestiones pertenecientes á la fe, á la moral y á la disciplina; llámase concilio *general* ó *ecuménico* aquel al cual son convocados todos los obispos de la cristiandad, en cuanto es posible, y que es presidido por el Sumo Pontífice, ó por sus legados; *nacional* aquel que se compone de los obispos de una sola nacion, como la Francia, la España; *provincial* el que celebran un metropolitano y los obispos de su provincia; *sínodo* es la reunion de los presbíteros de una diócesis, presidida por el obispo. Si bien las decisiones de los concilios particulares son muy respetables, solo son infalibles las de los concilios generales. Estos han sido en número de diez y ocho: dos en Nicea, cuatro en Constantinopla, uno en Éfeso, uno en Calcedonia, cinco en Letran, dos en Lyon, uno en Viena, uno en Florencia, y uno en Trento, y de ellos hablarémos á medida que los hallemos en nuestro camino.

cilio. San Alejandro obispo de Alejandría asistió á él acompañado del diácono Atanasio, jóven á quien profesaba particular estimacion, y que le fue de grande utilidad.

Jamás hubo mas venerable asamblea; muchos de los Obispos que la componian eran eminentes en santidad y llevaban en sus mutilados cuerpos las honrosas huellas de las persecuciones que sufrieran por la fe; tal era, entre otros, san Pafnucio, obispo de la Alta Tebaida, á quien faltaba el ojo derecho. El Emperador le llamaba frecuentemente á su palacio, gustaba de su conversacion, y besaba por respeto la llaga que le habia quedado en el rostro [1].

Para dar una idea de la solemnidad con que se celebraban los concilios, vamos á hacer una descripcion del de Nicea. Iguales ceremonias, con algunas pequeñas diferencias exigidas por las circunstancias, se observaron en todas esas augustas asambleas.

El dia 19 de junio del año 325 fue el señalado para la apertura del concilio, y llegado tan solemne dia, reuniéronse todos los Padres en un vasto salon adornado con la magnificencia que convenia al estado de la Iglesia, libre de la esclavitud y protegida por el gran Constantino, entonces único señor del mundo. En medio del salon se elevaba un trono ricamente decorado, sobre el cual fue colocado el libro de las Escrituras, representando al Espíritu Santo que las habia dictado, y que iba á interpretarlas por el órgano de los Pastores á quienes fue prometida su perpétua asistencia. El Emperador asistió tambien al concilio, revestido de la púrpura, cubierto enteramente de oro y piedras preciosas y acompañado no de sus guardias, sino únicamente de sus ministros, los cuales eran cristianos, yéndose á colocar en un extremo de la sala, donde permaneció en pié hasta que los Obispos le hubieron rogado que tomara asiento.

Abierta la discusion, Arrio, que se hallaba presente rodeado de sus defensores, expuso sus errores, no temiendo proferir las mas horribles blasfemias contra Nuestro Señor Jesucristo. Indignada la asamblea al oir tales palabras, querian muchos, á fin de extirpar cuanto antes la impiedad, condenarla en general y sin nueva discusion, exclamando que se atenian á la fe recibida desde un principio y perpetuada por la tradicion [2], al paso que otros observaron que no de-

[1] Véase á Fleury, y la *Historia compendiada de la Iglesia*.

[2] Así pues, los Obispos no hacen nuevos dogmas, sino que dan únicamente testimonio de una verdad existente. «¿Qué es lo que ha hecho la Iglesia por

bia hacerse nada sin deliberacion y antes de un detenido exámen; por esto fue que varios sábios Obispos tomaron la palabra para refutar con vigor aquellas impías novedades, apoyándose en los Libros santos y en los escritos de los primeros Padres: mas ninguno lo hizo con tanta fuerza y tan brillante éxito como el jóven diácono Atanasio, que no tardarémos en dar á conocer.

Despues de largas discusiones, el concilio adoptó, para expresar la unidad indivisible de la naturaleza divina, la palabra *consustancial*, con la cual declaró que Jesucristo Señor nuestro es verdadero Hijo de Dios, igual en un todo á su Padre, y verdadero Dios como el Padre y el Espíritu Santo; aquella palabra, que no dejaba salida alguna á la herejía, fue despues el terror de los Arrianos. El presidente del concilio leyó acto continuo la solemne profesion de fe, conocida con el nombre de Símbolo de *Nicea*, redactada por Hermógenes, el cual fue despues obispo de Cesarea en Capadocia, y concebida en estos términos: «Creemos en un solo Dios todopoderoso, «Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor, «que es Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, es «decir, sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero «Dios del verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al «Padre, por el cual han sido criadas todas las cosas del cielo y de la «tierra; quien, por nosotros hombres y por nuestra salvacion, des«cendió de los cielos, se encarnó é hizo hombre, padeció, resucitó «el tercer dia y subió á los cielos, desde donde vendrá á juzgar á los «vivos y á los muertos.»

Todos los Obispos, excepto dos que eran arrianos, firmaron este *Símbolo* y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios; y en virtud de esta decision que el poder secular apoyó, pero que no solicitó, el Emperador condenó á Arrio á destierro y sus escritos á las llamas. Antes de separarse, los Obispos dirigieron á todas las iglesias del mundo una epístola sinodal informándolas de lo que por ellos habia sido *propuesto, examinado, resuelto y establecido* relativamente á

«sus concilios?» dice con este motivo san Vicente de Lerins. Ha querido que lo que era simplemente creido, fuese profesado mas exactamente; que lo que era predicado sin mucha atencion fuese enseñado con cuidado; que se explicase mas distintamente lo que se trataba antes en globo; tal ha sido siempre su designio; de modo que por los decretos de los *Concilios* no ha hecho mas que reducir á escritura lo que se habia recibido de los antiguos por tradicion. (*Commonit.* c. 23).

la impiedad de Arrio, y al mismo tiempo remitieron copia de las actas del concilio al papa san Silvestre, el cual las aprobó y confirmó con su autoridad apostólica.

El fin del concilio coincidió con el dia aniversario de la elevacion de Constantino al trono, y para celebrar tan feliz acontecimiento, no menos que el satisfactorio resultado de la asamblea, celebróse una magnífica fiesta; el Emperador quiso recibir á los Obispos en su palacio y en su mesa, y todos fueron introducidos con grandes honores, y entre dos filas de soldados, en aquel palacio, tan temido antes, desde donde salieron tantos y tan sangrientos edictos contra los Cristianos; los Obispos, que apenas podian dar fe á sus propios ojos, entraron en los aposentos mas secretos, y se pusieron á la mesa, unos con el Emperador, y otros separadamente en lechos preparados para ellos, creyendo todos ver una imágen del reino de Jesucristo. Despues del festin, el Emperador saludó á cada uno en particular, hízoles ricos presentes, y concluyó encomendándose á sus oraciones.

Tal fue el resultado de aquella célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada por la Iglesia : san Agustin, en particular, la llama el concilio del universo, cuyos decretos pueden equipararse á los mandatos celestiales.

El Arrianismo, aunque postrado por la decision de Nicea, no habia sido destruido : despues de tres años de destierro, Arrio halló medio de ser llamado á Alejandría; y su primer cuidado fue presentar al Emperador una profesion de fe compuesta con tanto arte, que era muy difícil descubrir en ella el error, envuelto como estaba entre la verdad.

El heresiarca entró triunfante en Alejandría; mas san Atanasio, sucesor de san Alejandro, no quiso recibirle en su comunion, é instruido Constantino de los desórdenes que causaba en aquella ciudad la presencia de Arrio, le llamó á Constantinopla, y preguntóle si seguia la fe de Nicea; Arrio lo juró, con lo que engañado Constantino, rogó al Obispo de Constantinopla que le recibiese en la comunion de los fieles, ruego que quedó sin efecto por un acontecimiento que, haciendo triunfar á los Católicos, dió al mundo entero una evidente prueba de que los enemigos de Jesucristo, heresiarcas ó perseguidores, deben contribuir todos á su gloria y al afianzamiento de su reino.

Habíase señalado un domingo para la rehabilitacion del impío, á

fin de hacerla mas solemne; el sábado por la tarde, el impaciente orgullo de los herejes les impulsó á pasear triunfalmente á Arrio por toda la ciudad, y él mismo, envanecido con tanta ostentacion, se permitió algunos discursos muy insolentes; la multitud que le seguia era inmensa y aumentaba á cada momento, mas al aproximarse á la plaza *Constantina*, y al ver en el fondo de ella el templo en que debia ser rehabilitado, el heresiarca palideció de repente, segun todos observaron, y experimentó un súbito terror, sintiéndose al mismo tiempo acometido de una necesidad natural; para satisfacerla entró en uno de aquellos sitios públicos, multiplicados en la nueva Roma con tanta magnificencia como los demás edificios, y allí mismo espiró entre los mas crueles dolores, saliéndole parte de las entrañas mezcladas con abundante sangre. Esto sucedió en el año 336 de Jesucristo; digno fin de un impío, muy semejante durante su vida al pérfido Judas, para que no se le asemejase en las circunstancias de su muerte; tan terrible desenlace, que fue mirado como milagroso, infundió tanto desaliento á los Arrianos, como esperanza á los fieles ortodoxos.

Arrio habia muerto, pero su herejía no le habia seguido á la tumba; tímida en un principio, y como aturdida por el golpe que acababa de herir á su jefe, no tardó en envalêntonarse, no conociendo en breve límites sus orgullosas pretensiones. Conmovida la Iglesia, experimentaba pérdidas enormes; mas el Dios que ha dicho que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, no perdia de vista sus necesidades; para sostenerla en el interior inspiró al grande Atanasio, y para darle exteriormente tantos hijos como apóstatas contaba, á san Frumencio y á sus compañeros.

San Atanasio, coluna de la Iglesia y azote del Arrianismo, nació en Alejandría, de cuya ciudad fue obispo despues del concilio de Nicea; Dios, que le destinó para combatir la mas terrible de las herejías, armada á la vez con todas las sutilezas de la dialéctica y con el poder de los Emperadores, puso en él todos los dones de la naturaleza y de la gracia que podian ayudarle en su alta y difícil mision. Apenas fue elevado á la sede de Alejandría, cuando los Arrianos, furiosos por haber sido confundidos por el santo Patriarca en el concilio de Nicea, le acusaron ante el Emperador de haber impuesto al pueblo una especie de tributo, so pretexto de atender á las necesidades de su iglesia, y de haber enviado un cofre lleno de oro á

unos conspiradores. Llamado Atanasio por el Emperador, no tardó en ser reconocida su inocencia; mas como su triunfo aumentase mas todavía el furor de los Arrianos, no cesaron estos en sus intrigas, y tan bien las urdieron, que alcanzaron contra el Patriarca una sentencia de destierro.

Partió en efecto Atanasio, y retiróse á Tréveris, en casa de san Maximino, obispo de aquella ciudad; mas en el concilio de Sárdica fue públicamente reconocida la inocencia de Atanasio, volviendo triunfante á su sede. El resto de la vida del santo pastor fue una série de continuas persecuciones por parte de los Arrianos contra aquel grande hombre, en quien parecia personificada la fe católica, y de paciencia, de heroismo y de virtudes por parte de Atanasio. La herejía halló siempre en él un alma inflexible y superior á todas las consideraciones humanas; semejante á una roca, nada podia ablandarle en favor de la mentira y de la injusticia, heróica firmeza que no le impedia abrigar tan profunda humildad, que nadie, como él, llevó tan léjos jamás aquella virtud; dulce y afable, hasta los niños tenian fácil acceso cerca de su persona; á una bondad inalterable unia una tierna compasion hácia los desgraciados; era ferviente y asiduo en la oracion, austero en los ayunos, infatigable en las santas vigilias, condescendiente con sus inferiores, é intrépido cuando debia oponerse á las persecuciones de los grandes [1]. Atanasio terminó su vida á una edad muy avanzada, para ir á reunirse con sus padres, con los Patriarcas, con los Profetas, con los Apóstoles y con los Mártires, á ejemplo de los cuales habia valerosamente combatido por la verdad [2].

Atanasio fue el oráculo de la Iglesia entera y de todos los siglos cristianos, los que le han dado el primer lugar entre los doctores y héroes de la fe [3]; las obras que nos ha legado son tan preciosas, que un monje de la antigüedad tenia por costumbre decir: «Cuando «encontreis algo de las obras de san Atanasio, si no teneis papel, «escribidlo en vuestros vestidos [4].» Atanasio murió tranquilamente en los brazos de su pueblo, el dia 2 de mayo del año 353, despues

[1] S. Greg. Naz. orat. XXI, pág. 378.
[2] Ibid.
[3] Vera Ecclesiae columna. (S. Greg. Naz. orat. XXI, pag. 378).
[4] *Prat. Spir.* c. 40.

de cuarenta y seis años al menos de episcopado, pasados en una continua agitacion [1].

Mientras Dios sostenia á su Iglesia en el interior por el ministerio de Atanasio, la propagaba exteriormente, reparando de este modo las pérdidas que á causa de la herejía experimentaba; un niño milagroso crecia en la sombra, y debia, en un momento dado, llevar la sagrada antorcha á las regiones extranjeras. El hecho sucedió del modo siguiente: Un filósofo, llamado Metrodoro, hizo diferentes viajes para satisfacer su curiosidad, penetrando hasta la Persia y las Grandes Indias, nombre bajo el cual era la Etiopia conocida por los antiguos, y á su regreso presentó al emperador Constantino diamantes y piedras preciosas de inestimable valor. El buen éxito de la expedicion de Metrodoro impulsó á Meropo, filósofo de Tiro, á emprender igual viaje con el mismo objeto, llevando consigo á Frumencio y á Edero, sus sobrinos, de cuya educacion se habia encargado; terminado su viaje, embarcóse para volver á su patria; mas habiéndose el buque que le conducia junto con sus sobrinos visto obligado á detenerse en un puerto para hacer provisiones, fue saqueado por los bárbaros que habitaban la costa, y asesinados todos sus tripulantes. Edero y Frumencio, cobijados por un árbol á cierta distancia, estudiaban y preparaban sus lecciones, cuando fueron hallados por los bárbaros, los cuales conmovidos por su inocencia, su candor y su hermosura, les condujeron á la presencia de su rey, que residia en Axuma, que no es en el dia otra cosa que una aldea de la Abisinia [2].

[1] Las principales obras de san Atanasio son:

1.° La *Exposicion de la fe*, que es una explicacion de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion contra los Arrianos;

2.° La *Apología* del Santo, dedicada al emperador Constancio; es una de las mas ingeniosas y elocuentes obras de san Atanasio;

3.° *Cuatro discursos contra los Arrianos;* en ellos se encuentra una fuerza y una solidez de razonamiento que aniquila la herejía;

4.° La *Vida de san Antonio.* El símbolo que lleva su nombre no es suyo, á lo que parece, y le ha sido atribuido únicamente porque se compone de sus ideas y encierra una explicacion del misterio de la Trinidad y de la Encarnacion, sobre los cuales san Atanasio escribió tan bien, y por cuya defensa mostró tanto celo.

La mejor edicion de sus obras es la del P. Montfaucon, 3 vol. en fól. París, 1698.

[2] Véase á Ludolfo, *Hist. Aetiop.*

El príncipe, que reconoció talento y felices disposiciones en ambos niños, tomó un particular cuidado en su educacion, y algunos años despues nombró su copero á Edero, y tesorero y secretario de Estado á Frumencio; este, que tenia grande influencia en los negocios, y que deseaba hacer conocer el Evangelio á los etíopes, invitó á muchos mercaderes cristianos que se encontraban accidentalmente en el país á establecerse en él, mientras que él mismo marchó á Alejandría á fin de rogar á san Atanasio que enviase á un obispo á aquellas regiones para terminar la conversion de un pueblo muy bien dispuesto ya. San Atanasio reunió un sínodo, y todos los obispos que lo componian resolvieron que nadie como Frumencio tenia tanta aptitud para consumar la obra que habia empezado, y en su consecuencia fue consagrado obispo de los etíopes. Revestido del carácter episcopal, Frumencio volvió de nuevo á Axuma, donde sus predicaciones y milagros obraron no pocas conversiones, no habiendo quizás en todo el orbe nacion alguna que abrazase el Cristianismo con mas ardor y decision. El santo Obispo continuó instruyendo y edificando á su rebaño hasta su último momento [1].

Mientras que Frumencio añadia una nacion á los dominios de Jesucristo, un misionero de otro género convertia á un pueblo bárbaro, pues en las manos de Dios todos los medios son buenos. El nuevo apóstol era una esclava cristiana, la que habiendo sido cautivada por los iberos, nacion inmediata al Ponto Euxino, atrajo su admiracion por la pureza de su vida, por su laboriosidad, su dulzura, y su asiduidad en la oracion; admirados los bárbaros preguntáronle por qué observaba aquella conducta, á lo que contestó ella sencillamente que de aquel modo servia á Jesucristo su Dios.

Ahora bien, era costumbre en aquel país, que cuando un niño se hallaba enfermo, lo llevaba la madre de casa en casa informándose de si sabian algun remedio para su mal; una mujer que habia llevado inútilmente á su hijo por todas partes, se presentó á la cautiva, la cual le dijo que no sabia los remedios humanos, pero que Jesucristo su Dios podia devolver la salud á los enfermos mas desesperados; y tomando al niño, lo acostó sobre el cilicio que le servia á ella de cama, oró por él, y lo devolvió á su madre rebosando de salud. La fama de este milagro llegó á oidos de la reina, la que padecia agudísimos dolores, y la determinó á presentarse en la habitacion

[1] Fleury, lib. XI, c. 38.

de la esclava; esta la hizo colocar sobre su cilicio, y despues de invocar al Señor, le dijo que se levantase, lo que verificó enteramente curada. Gozosa la reina, volvió á su palacio, participó al rey su esposo lo que le habia sucedido, y como quisiese este ofrecer ricos presentes á la esclava, «la única recompensa que ella desea, dijo «la reina, es que adoremos á Jesucristo, el Dios á quien ha invo«cado y que me ha devuelto la salud.» El rey vaciló durante algun tiempo, mas hallándose un dia en inminente peligro, prometió hacerse cristiano; su voto fue escuchado y cumplido; la pobre esclava le explicó la Religion lo mejor que pudo, y pidió que se levantase una iglesia, cuya forma explicó. El rey reunió á su pueblo, refirióle lo que le aconteciera á él y á la reina, é instruyó á sus súbditos como le fue posible en las verdades de la fe, mientras que la reina instruia á las mujeres, y se construia una iglesia. Como la nacion entera deseaba ardientemente conocer á fondo la Religion, envióse, por consejo de la esclava, una embajada á Constantino, solicitando de él que enviase algunos obispos que terminasen la obra de Dios; el Emperador consintió en su peticion, y causóle mas placer aquella conversion, que una gran conquista [1]. Tambien nosotros debemos alegrarnos, pues este hecho nos demuestra la bondad de nuestro Padre celestial, que desea la salvacion de todos los pueblos, el continuo afan con que Jesucristo vela por su Esposa, y la ternura con que enjuga su lágrimas.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los admirables medios con que habeis conservado y propagado vuestra santa Religion: los Presbíteros, los Santos, las Órdenes religiosas, las misiones serán objeto de todo mi reconocimiento y de todo mi respeto.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré por la conversion de los herejes.*

[1] Fleury, lib. XI, c. 39.

LECCION XXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

La Iglesia defendida: san Hilario, obispo de Poitiers; —propagada : san Martin, obispo de Tours; — atacada : Juliano el Apóstata. —Juicio de Dios sobre este Príncipe. —La Iglesia defendida : san Gregorio Nazianceno, san Basilio el Grande.

Así como Elías al subir al cielo dejó su espíritu de profecía á su discípulo Eliseo, así el intrépido Atanasio, despues de distinguirse en tantos combates, desterrado cinco veces, y otras tantas llamado á su sede, legó su espíritu de valor y de fe á un obispo ilustre; á san Hilario de Poitiers, el cual hizo en Occidente lo que practicara en Oriente el invencible patriarca de Alejandría; el edificio de la Iglesia, atacado por los Arrianos, descansó sobre esas dos fuertes colunas. Hé aquí la historia de este nuevo Atanasio.

San Hilario, que tuvo la dicha de preservar las Galias del contagio del Arrianismo, nació en Poitiers, de una familia distinguida en todos conceptos; educado en el Gentilismo, adquirió por grados el conocimiento de la verdadera Religion, y abrazóla con fervor: en el año 353 fue consagrado obispo de su ciudad natal, y desde aquel momento solo se consideró como el hombre de Dios: los pecadores, conmovidos por sus discursos, entraban en vivos sentimientos de compuncion y renunciaban á sus desórdenes. Sin embargo, no se entregaba de tal modo á sus funciones exteriores que despreciase su propia salvacion; tenia sus horas señaladas para la oracion, y en tan santo ejercicio reanimaba su fervor y obtenia las abundantes bendiciones que derramaba Dios sobre todos sus trabajos. Su pluma estuvo igualmente consagrada á la gloria de la Religion, y como pretendiese el emperador Constancio propagar el Arrianismo en Occidente, le presentó una apología que le valió una sentencia de destierro.

El Santo aprovechó el forzado reposo que se le imponia, para combatir el error con una energía que han admirado todos los siglos;

compuso contra el Arrianismo su *Tratado de la Trinidad*, en el cual prueba del modo mas sólido la consustancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; demuestra tambien en él que la Iglesia es una, y que todos los herejes están fuera de su seno; que se ha distinguido siempre de todas las sectas, en que, al paso que conserva siempre su unidad, las combate y las confunde todas, aunque sola contra ellas, y que halla la materia para sus triunfos mas bellos en las perpétuas divisiones que reinan entre los partidarios del error. Nada mas magnífico que los elogios prodigados á san Hilario por san Agustin y san Jerónimo; el primero le llama el *ilustre doctor de la Iglesia*[1]; y el segundo un *rio de elocuencia*, un rio que Dios trasladó desde el mundo al campo de su Iglesia[2]. De regreso el Santo de su destierro, murió en Poitiers en el año 368[3].

Mientras que san Hilario defendia á la Iglesia en el interior, fue elegido por Dios uno de sus mas ilustres discípulos para dar á su querida Esposa tantos hijos como podia la herejía arrebatarle; ese nuevo Pablo, el apóstol del Occidente, es san Martin, el cual, admirador de las virtudes de san Hilario, se habia formado en su escuela, tomando parte en todos sus combates por la fe.

Martin nació en Sabaria, ciudad de Panonia, de padres idólatras; mas Dios derramó sobre él tan singulares bendiciones, que á la edad de diez años se dirigió á la iglesia á pesar de sus padres, é hizo inscribirse entre los catecúmenos. Una órden del Emperador obligó en aquel entonces á empuñar las armas á los hijos de los oficiales y de los soldados veteranos, lo que fue causa de que Martin, que en aquella época contaba quince años, prestase el juramento militar y entrase en la caballería. La profesion de las armas, que es para tan-

[1] Lib. II *adv. Jul.* c. 8.

[2] Lib. II *adv. Rufin.* pag. 115.

[3] Las demás obras de san Hilario son:

1.° *Comentarios* sobre san Mateo;

2.° *El libro de los sinodos;* obra que proporciona grandes noticias acerca de la historia del Arrianismo. San Jerónimo hacia de ella tanto aprecio que la copió de su propio puño;

3.° *Los libros al emperador Constancio*, en los cuales pide el Santo permiso al Emperador para justificar la fe católica en su presencia.

San Hilario escribió además otras muchas obras en todas las cuales se muestra digno de sí mismo. La mejor edicion de sus obras es la del P. Coustant, benedictino. París, 1693.

tos otros una escuela de licencia y de desórden, fue para él como el aprendizaje de las mas heróicas virtudes, distinguiéndose especialmente por su tierno amor á los pobres, á quienes nada podia negar, distribuyéndoles cuanto le restaba del sueldo.

Cierto dia, dice su historiador san Sulpicio Severo, durante un invierno cuyo rigor causó la muerte á muchas personas, halló en la puerta de Amiens á un hombre cási desnudo que pedia limosna; su vista excitó la compasion del santo caballero, quien solo tenia sus armas y vestidos. ¿Qué hacer? Martin sacó su espada, dividió su capa por en medio, y dió la mitad al pobre para que se cubriese. Tan bella accion no quedó sin recompensa, y durante la noche siguiente, Martin vió en sueños á Nuestro Señor Jesucristo revestido con aquella media capa, y oyó que decia á los Ángeles que le rodeaban: «Martin, catecúmeno aun, es el que me ha dado esta capa.»

Tan consoladora vision le determinó á pedir el Bautismo, y lo recibió al contar diez y ocho años; á los veinte abandonó el servicio militar, y atraido por la fama de san Hilario, quiso vivir á su lado. El gran Obispo no tardó en conocer el extraordinario mérito de Martin, y quiso dotar con él á su diócesis, ordenándole de diácono; pero obedeciendo el Santo á su humildad, rehusó tanto honor, y consintió únicamente en serlo de exorcista. En seguida partió para Panonia; allí convirtió á su madre y combatió con valor contra los Arrianos, volviendo luego á las Galias, donde fundó el primer monasterio; de cuando en cuando abandonaba su retiro para predicar la fe á los idólatras, en gran número todavía en las aldeas vecinas, y Dios premió el celo de su siervo con estupendos milagros.

Conocido en breve por todas las Galias, fue juzgado digno del episcopado; el pueblo de Tours lo pidió para pastor, mas fue preciso usar de mil artificios y hasta de violencia para arrancarle de su soledad; al presentarse en la puerta de su monasterio á fin de dar la bendicion á un enfermo, apoderáronse de su persona y condujéronle á Tours muy bien custodiado. Martin llevó igual vida en la sede de Tours que en su monasterio: habitaba en una pequeña celda cerca de la iglesia; no se vió cambio alguno ni en su vestido ni en su mesa, y solo con sus virtudes quiso honrar su dignidad. La destruccion de la idolatría era el continuo objeto de sus trabajos, y recorrió varias veces la Turena y una gran parte de las Galias, purificándola de las últimas torpezas del Gentilismo.

Hallábase cierto dia en un pueblo compuesto cási todo de gentiles, y despues de mandar derribar el templo de los ídolos, quiso hacer cortar un pino plantado frente de aquel, y que era tambien un objeto de idolatría, no consintiendo en ello los gentiles, sino con la condicion de que estaria el Santo en la parte hácia la que debia caer el árbol; Martin, lleno de fe, aceptó la condicion, y dejóse atar y colocar donde quisieron; cortóse el árbol, pero en el instante de caer, hizo el Santo la señal de la cruz, y el árbol enderezóse de nuevo para caer hácia la otra parte, con grande admiracion de los gentiles, los cuales pidieron unánimemente el Bautismo.

El santo Obispo solo interrumpia sus misiones por otras obras de caridad; varias veces intercedió cerca de los príncipes en favor de algunos desgraciados, y por este motivo hizo dos viajes á Tréveris, donde se encontraba en aquel entonces el emperador Máximo. Martin pedia sus gracias como obispo que era y con un tono de dignidad que imponia á los mismos príncipes, lo cual no fue un obstáculo para que Máximo concibiese por él una grande estimacion; antes al contrario, y diferentes veces le invitó á comer en su mesa. San Martin rehusó en un principio, mas despues creyó deber acceder á la invitacion, lo cual causó tanto placer á Máximo, que convidó como á una fiesta á las personas mas distinguidas de su corte, entre otras á su tio y á su hermano, y al prefecto del Pretorio. El santo Obispo fue colocado al lado del Emperador, y el presbítero que le acompañaba continuamente entre el tio y el hermano de aquel; á la mitad de la comida, un oficial presentó la copa al Emperador, segun era costumbre; mas el Príncipe indicó que la presentasen á Martin, de cuyas manos queria recibirla; sin embargo, el Obispo despues de beber la entregó á su presbítero, como á la persona mas respetable de la concurrencia. Semejante accion agradó mucho á Máximo, el cual prodigó grandes elogios á san Martin, por haber preferido á todo el poder imperial el honor debido al sacerdocio de Jesucristo.

El Santo regresó á Tours, donde fue recibido por su pueblo como un ángel tutelar; aunque de edad muy avanzada, en nada disminuyó sus austeridades ni sus apostólicos trabajos, y continuó hasta el fin de su vida confirmando con grandes milagros la doctrina que predicaba. Sus ocupaciones no borraban de su mente el delicioso recuerdo de la presencia de Dios; todo cuanto veia le daba oca-

sion para santificarse ó para dar á los demás lecciones de virtud; hé aquí algunos preciosos ejemplos de que nos es fácil aprovecharnos:

Viendo un dia una oveja recientemente esquilada, dijo á los que le rodeaban: «Ved á una oveja que ha cumplido el precepto del «Evangelio; tenia dos vestidos, y ha dado uno al que ninguno te«nia; hagamos nosotros lo mismo.» Á la vista de un hombre cubierto de andrajos que guardaba cerdos, exclamó: «Ved aquí á Adan «arrojado del paraíso; despojémonos del viejo Adan para revestir«nos del nuevo.» Otro dia pasó por la orilla de un rio, donde revoloteaban algunos pájaros pescadores: «Hé aquí, exclamó, la imá«gen de los enemigos de nuestra salvacion, siempre en acecho para «sorprender nuestras almas y hacer de ellas su presa;» en seguida mandó á los pájaros que se retirasen, lo que verificaron al instante. Llegado á la edad de noventa años, el Pablo del Occidente fué á recibir la corona debida á los que guardan la fe y combaten con valor.

Demos una última mirada al sepulcro de san Martin, rogándole que conserve desde el cielo la preciosa fe que con sus trabajos plantara en las Galias, y que regara con tantos sudores, y pasemos á Oriente, donde un nuevo espectáculo se ofrecerá á nuestra vista. No la herejía atacando á la Iglesia, no, sino el Gentilismo, el Gentilismo viejo gastado y muerto que trata de abandonar su tumba para reconquistar, si puede, el cetro del mundo que con mano firme empuña la divina Esposa de Jesucristo.

Juliano, sobrino del gran Constantino, ciñó la corona en el año 355, y seducido por algunos filósofos gentiles y arrastrado por sus propias pasiones, abjuró públicamente la Religion y trató de resucitar la idolatría; para ello decretó una persecucion sorda y pérfida contra los Cristianos, despojó á las iglesias de todos sus bienes, revocó cuantos privilegios habian obtenido, suprimió las pensiones señaladas por Constantino para sustento de los clérigos, de las viudas y de las vírgenes, y prohibió á los Cristianos abogar y ejercer cargos públicos. No contento aun, no quiso que enseñasen las bellas letras, sabiendo el partido que de los libros profanos sacaban contra el Gentilismo y la irreligion; pero á pesar de manifestar en todas las ocasiones un sumo desprecio hácia los Cristianos, á quienes llamaba *galileos*, comprendia la ventaja que les daban la pureza de

sus costumbres y la fama de sus virtudes, y no cesaba de citarlos como á ejemplo á los sacerdotes gentiles. El carácter de la persecucion de Juliano fue una aparente dulzura y una continua irrision del Evangelio, sin que por esto dejase de recurrir á los medios violentos, cuando vió la inutilidad de los demás, y bajo su reinado muchos Mártires sellaron nuestra fe con su sangre.

El impío Príncipe, viendo que la guerra no se terminaba tan pronto como habria deseado, resolvió aniquilar el Cristianismo de un solo golpe; para ello trató de dar un solemne mentís á Nuestro Señor, y convenciéndole de impostor, entregar su obra á la irrision de todos los siglos. ¡Qué valen los proyectos humanos contra el Señor! Vamos á verlo.

Su designio principal era hacer mentir las profecías, tanto la de Daniel que anuncia como irreparable la ruina del templo de Jerusalen, como la del Salvador que dice que no quedará de él piedra sobre piedra; y en su consecuencia quiso Juliano reconstruir aquel edificio, para lo cual escribió á los judíos una carta muy lisonjera, prometiéndoles ayudarles con todo su poder para elevar de entre sus ruinas el templo donde por tanto tiempo adoraran al Dios de sus abuelos. Al tener noticia de semejante mensaje, los judíos acuden en tropel á Jerusalen desde todas las partes del mundo; en poco tiempo reunen sumas considerables; las mujeres judías dan sus joyas y pedrerías para contribuir á los gastos de la empresa; los tesoros del Emperador proporcionan cantidades inmensas; Juliano reune los mas sábios arquitectos de las diferentes provincias del Imperio, y confia la inspeccion de los trabajos á Alipio, su íntimo amigo, á quien envia á Jerusalen para apresurar la obra. Todo dispuesto ya, acumulan una prodigiosa cantidad de materiales, trabajan noche y dia con increible ardor en desembarazar el área del antiguo templo, y en demoler los antiguos cimientos, para cuyos trabajos algunos judíos habian hecho construir azadas y palas de plata. Las mujeres mas delicadas tomaban parte en la faena, y trasladaban los escombros envueltos en sus mas ricos vestidos.

Terminada la demolicion, preparábase todo para la colocacion de los nuevos cimientos, y allí era donde esperaba Dios á sus enemigos; oigamos á un autor nada sospechoso en la materia, á Ammiano Marcelino, celoso gentil, el cual hizo de Juliano el héroe de su historia: «Mientras el conde Alipio, asistido del gobernador de la

«provincia, activaba los trabajos, brotaron de los cimientos espan-«tosos torbellinos de llamas, que quemaron á los trabajadores, «é hicieron inaccesible aquel lugar. Por distintas veces tratóse de «empezar la obra; mas como el fuego persistiese tenazmente en re-«chazar á los trabajadores, viéronse obligados á desistir de la em-«presa [1].»

Así se expresa un historiador que adoraba á los ídolos del Paganismo, y que era gran admirador de Juliano. ¿Quién pudo arrancarle semejante confesion, á no ser la fuerza de la verdad? San Gregorio Nazianceno, autor contemporáneo, añade que cayeron rayos, que se vieron en los vestidos de los presentes cruces de un color negruzco; que muchos perseguidos por las llamas buscaron refugio en una vecina iglesia, mas abrasóles un fuego extraño y repentino, que consumió á unos, mutiló á otros, dejando en todos visibles señales del temible poder de Dios, á quien habian retado. Sin embargo no por esto abandonaron la empresa; una y otra vez quisieron continuar los trabajos, y una y otra vez presentábanse aquellas milagrosas erupciones de fuego, que no cesaron hasta que hubieron desistido completamente de ellos. «Esto, dice el gran Doctor, es un «hecho notorio y que todo el mundo reconoce [2].»

Así pues, mientras quedan en pié algunas piedras de la antigua obra del templo, es decir, mientras se trabaja en dar á las palabras del Salvador su literal cumplimiento, Juliano es omnipotente; pero al querer colocar de nuevo una sola piedra en aquellos cimientos para siempre malditos, mira abortar todo su odio y todo su poder. Es una verdad inconcusa que todos los ataques dirigidos contra la Iglesia se convierten para ella en otros tantos triunfos y glorias, observacion que hacemos ahora para siempre.

Á pesar de su derrota, Juliano, rugiendo de ira, juró aniquilar el Cristianismo, mas antes quiso poner fin á la guerra que sostenia contra los persas; despues de inmensos preparativos y de enormes sacrificios, partió, jurando antes destruir á su vuelta á la Iglesia; mas tambien Dios supo esta vez librarla de tan insensatas amenazas, pues habiendo el Emperador tomado parte sin coraza en el primer combate, fue herido mortalmente por un dardo, en el momento en que levantando el brazo gritaba para animar á sus tropas: «¡Todo

[1] Lib. XXIII, c. 1.
[2] Orat. IV *adv. Jul.*

«es nuestro!» Entonces tomó en su mano sangre de su herida, y arrojándola hácia el cielo, exclamó: *¡Venciste, Galileo!* Último grito del Gentilismo espirante. Juliano, príncipe en todo digno de tener á Voltaire por apologista, murió la siguiente noche, la del 26 de junio del año 363, á la edad de treinta y dos años [1]: su funesta muerte habia sido misteriosamente vaticinada por un Santo que vivia en aquel tiempo; un gentil que le encontró preguntóle en tono de burla: *¿Qué hace ahora el Galileo?* Á lo que contestó el Santo sin inmutarse: *Un sepulcro.* Ahora, como antiguamente, los enemigos del Salvador, viendo á la Iglesia atacada, encadenada, despojada y despreciada, preguntan con ironía así con sus palabras como con su conducta: ¿Qué hace el Galileo? Y ahora como antiguamente debemos contestarles sin vacilar: Un sepulcro; sí, un sepulcro para sus enemigos; un sepulcro en que no tardarán en convertirse en podredumbre como sus antecesores, Emperadores, filósofos, pueblos enteros que duermen hace mucho tiempo, mientras que el Cristo reina, en la sepultura que para él abrieran.

Juliano no combatió á la Religion que habia abandonado únicamente con su espada, sino tambien con su pluma, si bien la Providencia opuso valerosos adversarios al sofista coronado.

Uno de los primeros que se presentan es san Gregorio Nazianceno; este doctor de la Iglesia, apellidado el *teólogo* á causa del profundo conocimiento que tenia de la Religion, nació en el territorio de Nazianzo, pequeña ciudad inmediata á Cesarea en Capadocia; su padre llamado tambien Gregorio era gentil, mas convirtióse por las súplicas de santa Nonna, su esposa, la cual consagró al Señor su hijo Gregorio desde el instante de su nacimiento; Gregorio correspondió admirablemente á los cuidados que tomaron sus padres para hacerle virtuoso, y despues de haber cursado los primeros estudios, fue enviado á Atenas para que se aprovechase de las lecciones de los célebres maestros que residian en aquella ciudad. En ella trabó estrecha amistad con san Basilio, venido como él para concluir sus estudios. Citarémos los nombres de ambos grandes hombres, y los citarán siempre todos los Cristianos, como cumplidos modelos de una amistad tan tierna como santa; inseparables uno de otro, atentos á evitar las peligrosas compañías, solo hablaban con aquellos de sus compañeros en quienes el amor al estudio se hermanaba con la

[1] Véase la *Vida de Juliano*, por el abate de La Bletterie.

práctica de la virtud; jamás se les vió asistir á diversiones profanas, no conociendo mas que dos calles en la ciudad, la que guiaba á la iglesia y la que conducia á las escuelas públicas. Su vida era muy austera, y del dinero que les enviaban sus familias gastaban únicamente el necesario para satisfacer sus mas indispensables necesidades, siendo el resto repartido entre los pobres.

Precedido de una brillante reputacion, volvió Gregorio á Nazianzo, y su primer cuidado fue recibir el Bautismo; desde aquel momento, muerto para el mundo y sus encantos, no sintió mas ardor que para la gloria de Dios, y á fin de satisfacer el deseo que de su perfeccion abrigaba, rompió todo trato con el mundo, yendo á encontrar á san Basilio, quien vivia en la soledad. Las vigilias, los ayunos y las oraciones hacian las delicias de aquellos dos eminentes varones, los cuales al trabajo manual unian el canto de los Salmos y el estudio de la sagrada Escritura, siguiendo en la explicacion de diferentes oráculos, no sus propias luces ni su espíritu particular, sino las doctrinas de los antiguos Padres y de los Doctores de la Iglesia [1].

En aquella época compuso Gregorio su célebre discurso contra Juliano, en cuya obra se expresa con todo el vigor que empleaban los Profetas cuando por mandato de Dios reprendian los crímenes de los Reyes y de los impíos; su único objeto era defender á la Iglesia contra los gentiles, poniendo en relieve la injusticia, la impiedad y la hipocresía de su mas cruel perseguidor.

Dios no permitió que aquella brillante antorcha estuviese por mas tiempo oculta, cuando la iglesia de Constantinopla gemia hacia cuarenta años bajo la tiranía de los Arrianos, cuando los pocos católicos que en ella restaban se veian privados de pastores y aun de iglesias; estos, pues, se dirigieron á Gregorio, cuyo saber, elocuencia y piedad conocian, suplicándole fuese en su auxilio; muchos obispos unieron sus voces á las suyas, á fin de que pudiesen lograr lo que pedian, y despues de repetidas instancias tuvo Gregorio que ceder. No tratarémos de referir lo que sufrió el Santo en la sede de Constantinopla de parte de los herejes; bástenos saber que no opuso á tantos ultrajes mas que la oracion y la paciencia. Sus virtudes y talentos atraian cerca de él á gran número de personas, y el mis-

[1] Rufino, *Hist.* lib. II, c. 9, pág. 254.

mo san Jerónimo abandonó por Constantinopla los desiertos de la Siria, tomó lugar entre los discípulos de Gregorio, estudió la Escritura bajo su direccion, y toda su vida se glorió de haber tenido semejante maestro.

Sin embargo, como aumentasen mas y mas los desórdenes en la iglesia de Constantinopla, convocóse un concilio para tratar de los medios que debian adoptarse para ponerles fin; en esta ocasion el santo Patriarca mostró una grandeza de alma superior á todo elogio, pues viendo la fermentacion que agitaba á todos los ánimos, se levantó y dijo á la asamblea: «Si mi eleccion es la causa de tantas «turbulencias, consiento en sufrir la suerte de Jonás; arrojadme al «mar para calmar la tempestad que no he excitado: jamás he de«seado ser obispo, y si lo soy, es ciertamente contra mi voluntad; «pues bien, si creeis un medio eficaz el que yo me retire, estoy «pronto á volver á mi soledad, con tal de que reine la tranquilidad «en la Iglesia de Dios: ruégoos únicamente que auneis vuestros es«fuerzos para que la sede de Constantinopla sea ocupada por un va«ron lleno de virtudes y celoso en la defensa de la fe [1].»

Despues de haber dado en estos términos su dimision, salió el Santo de la asamblea, y dirigióse al palacio; llegado allí, se arrojó á los piés del emperador Teodosio, y besándole la mano, le dijo: «Vengo, señor, no para pedir riquezas y honores para mí ni para «mis amigos, ni para solicitar vuestra liberalidad para con las igle«sias; vengo, sí, á pedir permiso para retirarme. V. M. no igno«ra que fuí elevado contra mi voluntad á la sede de esta ciudad, y «desde entonces me he hecho odioso hasta para mis amigos, porque «solo miro los intereses del cielo. Suplícoos, señor, que hagais acep«tar mi dimision, con lo que á la gloria de vuestras victorias aña«diréis la de restablecer en la Iglesia la paz y la concordia.»

Admirado el Emperador por tanta grandeza de alma, á duras penas accedió á lo que el santo Obispo le pedia con tan fervientes instancias. Gregorio se despidió pronunciando un bello discurso en la gran basílica de Constantinopla, en presencia de los Padres del concilio y de una numerosa multitud de pueblo [2], terminándolo con un adios á su querida iglesia metropolitana, á las demás iglesias de la ciudad, á los santos Apóstoles que se veneraban en ellas; despidió-

[1] Carm. 1.
[2] Orat. XXXII.

se tambien de su trono episcopal, de su clero, de los monjes y de todos los servidores de Dios, del Emperador y de toda la corte de Oriente y de Occidente, de los Ángeles tutelares de su iglesia, y de la santísima Trinidad que en la misma se honraba. «Hijos mios muy «queridos, añadió, guardad el depósito de la fe, y recordad las pie- «dras que me han sido arrojadas porque trabajaba en introducir en «vuestros corazones la buena doctrina.»

Los fieles, inconsolables, le siguieron llorando y rogándole que no les abandonase; mas motivos imperiosos le obligaron á llevar á cabo su resolucion: retiróse, pues, á la soledad de Arianzo, donde pasó el resto de sus dias, que no fueron muy largos, pues contaba ya muchos años y numerosos achaques. En su soledad habia un jardin, una fuente y un bosquecillo que le hacian disfrutar de los inocentes placeres del campo: allí practicaba toda clase de mortificaciones corporales; ayunaba y velaba con frecuencia; rezaba mucho de rodillas; jamás encendia fuego; no usaba calzado; una sencilla túnica componia todo su vestido; acostábase en la paja, y un saco era su único abrigo [1].

En medio de tan duras austeridades, aquel grande hombre compuso algunos poemas refutando á los herejes Apolinarios; tales fueron sus ocupaciones hasta su bienaventurada muerte acontecida en el año 389 [2].

[1] Carm. 5 et 60.

[2] Las obras de san Gregorio se componen:

1.° De *Discursos* en número de cincuenta: algunos tratan de los misterios de la fe y de varios puntos de la moral cristiana; la mayor parte tienen por objeto defender la doctrina de la Iglesia contra los ataques de los herejes; otros son panegíricos pronunciados en honor de diferentes Mártires el dia de su fiesta; compuso tambien el elogio de san Basilio, su ilustre amigo;

2.° De *Epístolas* en número de doscientas treinta y siete; la mayor parte son muy interesantes, y nos revelan detallamente el corazon de aquel grande hombre;

3.° De poemas y bellas poesías en número considerable.

Segun algunos autores, san Gregorio es el mas eminente de los oradores, así sagrados como profanos; el santo Padre que nos ocupa, siempre concibió las cosas con nobleza, y expresólas con una delicadeza y elegancia inimitables. Vivo, ardiente, florido, majestuoso, su estilo encierra infinitas bellezas incapaces de ser trasladadas á otro idioma. Sus versos, dignos en un todo de sus discursos, merecerian, con preferencia á los de Virgilio, de Homero ó de Horacio, ser los libros clásicos de nuestras escuelas. Las obras de san Gregorio han sido publicadas en 2 tomos en fólio. París, 1630.

Hablemos ahora de san Basilio, nuevo atleta enviado por Dios, al mismo tiempo que Gregorio, para el socorro de la Iglesia.

Seríamos indudablemente dignos de censura si separásemos en nuestra relacion á los dos célebres varones, á quienes unió en la tierra una estrecha amistad, y á quienes corona la misma gloria en el cielo. San Basilio, apellidado *el Grande* á causa de su elocuencia, de su saber y de su genio, nació en Cesarea en el año 329; con la leche nutrióse ya de la piedad hereditaria en su noble familia, y respecto de la ciencia fué á buscarla cerca de los mas hábiles maestros de Constantinopla y de Atenas. En breve sobresalió en la filosofía, en la poesía, en la elocuencia sobre todo, y en todas las partes de la literatura; poseia con tal superioridad el arte de encadenar las consecuencias con los principios, que era imposible resistir á la fuerza de sus argumentos, tan bien ligados y concluyentes que habria dado mas trabajo el destruirlos que salir de un laberinto. Basilio era mirado en Atenas como un oráculo á quien debia consultarse sobre todas las ciencias divinas y humanas, y si bien los estudiantes y maestros de aquella sábia ciudad, llenos de veneracion por su extraordinario mérito, emplearon toda clase de medios para que se fijase entre ellos, no pudieron conseguirlo; pues Basilio creia deber á su patria el talento que Dios le habia dado.

De regreso á su país, abogó en algunas causas con brillante resultado, y luego, deseoso de adquirir virtudes mas sólidas, se retiró al desierto, donde escribió sus *Constituciones monásticas*, obra que, digna en un todo del genio y de la virtud de su autor, ha servido de norma á los varios fundadores de las congregaciones religiosas, y colocado á san Basilio entre los patriarcas de las Órdenes religiosas. Como es sabido, estos patriarcas son en número de cuatro; dos por el Oriente y el Mediodía, san Basilio y san Agustin, y dos por el Poniente y el Norte, san Benito y san Francisco de Asis [1].

En su desierto fundó Basilio varios monasterios, tanto para hombres como para mujeres, y aun durante su episcopado conservó una inspeccion general sobre dichas comunidades. Despues de haber poblado la soledad de una multitud de ángeles visibles, y realizado con esto la expiacion de los innumerables crímenes que llevaban consigo la herejía de Arrio y el Gentilismo resucitado por Juliano el Apósta-

[1] Helyot, t. I.

ta, Basilio fué á tomar parte en la gran lucha trabada por el infierno contra la Iglesia.

En el año 370 fue elevado á la sede arzobispal de Cesarea, nombramiento que llenó de gozo á los Católicos, que presentian las victorias que reportaria Basilio sobre la herejía; el elocuente Arzobispo empezó por alimentar á sus ovejas del pan de su poderosa palabra; predicaba mañana y tarde, aun los dias en que los fieles se ocupan en sus ordinarios trabajos, y su auditorio era tan numeroso, que él mismo le da el nombre de *mar* [1]. Estableció en Cesarea diferentes prácticas devotas que habia visto observar en Egipto, en Siria y en otros países, especialmente la de reunirse por la mañana en la iglesia para hacer la oracion en comun. El pueblo comulgaba los domingos, los miércoles, los viernes, los sábados, y todas las fiestas de los Mártires [2].

Su ardiente celo por la conservacion de la fe no le hacia olvidar á las ovejas descarriadas en los senderos de la herejía, cuya conversion pedia diariamente con fervientes oraciones y continuas lágrimas. Nada prueba mas la fuerza y la actividad de su celo que la victoria que reportó sobre el emperador Valente.

El Príncipe arriano, viendo que Basilio era como una torre inexpugnable, y que contra él nada podian los esfuerzos de la herejía, resolvió emplear contra él medidas de rigor, enviando á Modesto, prefecto de Oriente, con órden de obligar á Basilio á entrar en la comunion de los Arrianos, valiéndose de amenazas ó de promesas, segun lo creyese mas conveniente. Sentado el Prefecto en su tribunal, y rodeado de sus lictores armados con sus haces, mandó comparecer al Arzobispo, el cual lo verificó con firme y tranquilo continente; en un principio usó Modesto de palabras halagüeñas, pero como no produjesen resultado alguno, tomó un aire amenazador, y le dijo con airado tono: «¿Acaso pensais, Basilio, poderos oponer «á tan grande Emperador, cuyas órdenes todo el mundo obedece? «¿Acaso no temeis sentir los efectos del poder de que nos hallamos «armados?

BASILIO. «¿Hasta dónde se extiende vuestro poder?

MODESTO. «Hasta á confiscar tus bienes, á desterrarte, á atormentarte, á condenarte á muerte.

[1] Hexaem. homil. II et III.
[2] Epist. CCLXXXIX.

Basilio. «Amenazadme con otras cosas, pues nada de lo que ha-«beis dicho me ha causado impresion alguna.

Modesto. «¿Qué decís?

Basilio. «Digo que el que nada tiene, está al abrigo de la con-«fiscacion; solo poseo algunos libros y los andrajos que visto, y no «creo que tengais deseos de quitármelos.

Modesto. «¿Y el destierro?

Basilio. «Difícil os fuera condenarme á él, pues toda la tierra es «para mí un destierro; solo el cielo es mi patria.

Modesto. «Pues bien, temed los tormentos.

Basilio. «Poco los temo; mi cuerpo se halla en tal estado de fla-«queza y de debilidad, que no podrá sufrirlos mucho tiempo; el pri-«mer golpe terminará mi vida y mis penas.

Modesto. «¿Y la muerte?

Basilio. «Menos la temo aun; la muerte es para mí un favor, pues-«to que debe reunirme con el Dios por quien solo vivo.

Modesto. «Nadie me ha hablado jamás de esta manera.

Basilio. «Será sin duda efecto de que jamás habréis hablado con «obispo alguno.

Modesto. «Os concedo hasta mañana para meditar sobre lo que «de vos exijo.

Basilio. «Es inútil tal dilacion; mañana será lo mismo que «hoy [1].»

Desconcertado el Prefecto, marchó al encuentro del Emperador, y le dijo: «Hemos sido vencidos; aquel hombre es superior á todas las «amenazas.» Esta derrota hizo que Valente dejase por algun tiempo de mortificar á Basilio; mas tarde quiso firmar contra el Santo una sentencia de destierro, pero tres veces se rompió entre sus dedos la caña que se usaba entonces para escribir; aterrorizado el Príncipe rasgó el papel, y no inquietó mas al santo Arzobispo.

El valeroso atleta vió llegar el momento en que debian ser premiadas todas sus fatigas, y murió el dia 1.° de enero del año 379, despues de exclamar: «Señor, en vuestras manos entrego mi alma,» cuando contaba cincuenta y un años de edad.

El santo varon tenia tal amor por la pobreza, que no dejó ni siquiera para que le labrasen un sepulcro de piedra; pero sus diocesanos, no contentos con elevarle en sus corazones un duradero mo-

[1] S. Greg. Nyssen. *in Eunom.* lib. I, pag. 313.

numento, honraron su memoria con magníficos funerales; el llanto y los sollozos acallaban el canto de los Salmos; los gentiles y los judíos unian sus lágrimas á las de los Cristianos; todos deploraban la muerte de Basilio, á quien miraban como á un padre comun, y como el mas célebre doctor del mundo [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á tantos sábios doctores para confundir la herejía y defender nuestra fe; hacednos la gracia de imitar el desprendimiento, la mortificacion y el amor de la oracion de san Gregorio y de san Basilio, la fe de san Hilario, y la caridad de san Martin.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *solo tendré amigos virtuosos.*

[1] Las obras de san Basilio son:

1.° El *Hexaemeron*, ó explicacion de la obra de los seis dias, en nueve homilías. Este libro es una obra maestra, en la que campean la ciencia, el buen decir, los grandes rasgos del genio y la piedad de un Santo. Por no haber podido concluirla el Santo, hízolo su hermano, san Gregorio de Nyssa; consta que así los sábios como el pueblo acudian en tropel para oir explicar al gran Doctor las maravillas de la creacion; los mas ignorantes le comprendian, los mas sábios le admiraban. (San Gregorio de Nisa, *Hexaem.* pág. 3).

2.° *Ocho homilias* sobre los Salmos;

3.° *Cinco libros contra Eunomio.* Esta obra, refutacion del Arrianismo, fue escrita contra la apología que hizo Eunomio de la misma herejía;

4.° *Veinte y cuatro homilias sobre la moral*, y las fiestas de los Mártires;

5.° Los *Ascéticos*, obra destinada á dar reglas á la milicia sagrada, es decir, que trata de la guerra que debemos sostener contra los enemigos de nuestra salvacion;

6.° El *Libro del Espíritu Santo*, en el cual se establece la divinidad de la tercera Persona de la santísima Trinidad;

7.° *Epístolas*, verdaderos modelos de estilo epistolar en número de trescientas treinta y seis.

Todos los elogios dados anteriormente al estilo, saber y elocuencia de san Gregorio Nazianceno, son debidos á su ilustre amigo.

Actualmente se publica en París una magnífica edicion de las obras de san Basilio, bajo la direccion de los hermanos Gaume, libreros.

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS IV Y V).

La Iglesia consolada : san Hilarion ; —atacada : herejía de los Macedonios ; — defendida : concilio general de Constantinopla , san Ambrosio , san Agustin.

La division y la inconstancia son propiedades del error ; así es que de la secta arriana nacieron otras muchas herejías, y luego cismas y funestas disensiones ; pero mientras los Doctores de la Iglesia atacaban el error con sus discursos y sus obras, unos, mas que hombres, ángeles de paz, víctimas de expiacion, oraban en el desierto, y se entregaban á todas las austeridades de la penitencia, á fin de obtener la victoria para sus hermanos, y de reparar los escándalos é innumerables desórdenes causados por el cisma y la herejía. Abandonemos, pues, el campo de batalla donde combaten tan ilustres Padres, como san Cirilo [1], patriarca de Jerusalen, Lactancio, san Efren, diácono de Edesa, san Eusebio de Verceil, san Paciano, obispo de Barcelona [2], y otros muchos mas que no nos permite el

[1] San Cirilo nos ha legado unas excelentes instrucciones para los catecúmenos, ya para antes, ya para despues del Bautismo ; las primeras llevan sencillamente el nombre de *Catequeses*, y son en número de diez y ocho ; en ellas se encuentran los mas interesantes detalles sobre la excelencia del Bautismo, el Símbolo, la señal de la cruz, la virginidad, el ayuno, la oracion, la disciplina del secreto, ó la obligacion de no revelar á los profanos nuestros santos misterios. Las segundas se titulan *Catequeses mistagógicas*, es decir, que introducen en el secreto de los misterios ; son en número de cinco, y fueron predicadas en Jerusalen durante la semana de Pascua, despues del Bautismo de los catecúmenos ; las otras habian sido predicadas durante la Cuaresma del mismo año 347. En las *Catequeses mistagógicas* el Santo se propone principalmente explicar la naturaleza y efectos del Bautismo, de la Confirmacion y de la Eucaristía, que en aquel tiempo se recibian en un mismo dia. La quinta es sumamente interesante, en cuanto contiene la liturgia tal como estaba en uso en tiempo de san Cirilo, y nos enseña el modo como comulgaban los Cristianos. Grandcolas, doctor en teología de la facultad de París, ha publicado una traduccion francesa de las *Catequeses*. París, 1715, en 4.°

[2] En una de sus epístolas á *Sinfronio* cóntra las herejías, dice estas her-

tiempo nombrar, y dirijamos nuestros pasos hácia los climas de Oriente, donde hemos ya admirado tan grandes maravillas; ved en el fondo del desierto aquella choza aislada; es la de san Hilarion.

Hilarion, el héroe de la penitencia, nació en la pequeña ciudad de Tabatha en Palestina, de padres gentiles; enviado muy jóven á Alejandría para estudiar las letras humanas, dió grandes pruebas de un talento superior y sobre todo de una angelical pureza de costumbres, en recompensa de lo cual tuvo la suerte de conocer y abrazar la religion cristiana. Convertido de repente en otro hombre, no gustaba sino de las santas reuniones de los fieles, y habiendo llegado á sus oidos la fama de san Antonio, tan célebre en todo el Egipto, concibió el designio de visitarle en su desierto; llegado allí, fue tanto lo que sus ejemplos le conmovieron, que cambió de traje y empezó á imitar su género de vida, su fervor en la oracion, su humildad para con sus hermanos, su perseverancia en las austeridades y todas sus demás virtudes.

Sin embargo, temiendo ser distraido por la gran multitud de personas que visitaban á Antonio, ya para ser curadas de sus dolencias, ya para ser libertadas del demonio, regresó á su país; la muerte le habia arrebatado á sus padres, así es que pudo disponer de sus bienes, una mitad en favor de sus hermanos, y la otra en favor de los pobres, despues de lo cual se retiró á un desierto, cerrado por el mar por una parte, y por grandes pantanos por otra; en vano le hicieron presente que aquel lugar estaba infestado de malhechores; su contestacion fue que únicamente temia la muerte eterna. Cuando Hilarion dió tan insigne ejemplo de desprendimiento y de valor, contaba solo quince años; y á pesar de ser su salud tan débil y delicada que le hacia viva impresion el menor exceso de calor ó de frio, no se llevó otros vestidos que un saco, una túnica de piel que le habia dado san Antonio, y una capa muy corta.

Llegado á su desierto, prohibióse á sí mismo el uso del pan, y durante seis años su único y diario alimento fueron quince higos que comia al ponerse el sol; cuando experimentaba alguna tentacion de la carne, sentíase dominado por una santa cólera contra sí mismo, golpeábase fuertemente el pecho, y decia á su cuerpo, al que trataba como á un potro rebelde: «Yo te impediré cocear; te alimen-

mosas palabras: «Cristiano es mi nombre; Católico mi sobrenombre; el uno «me distingue, el otro me designa.»

«taré de paja en vez de pan, y te cargaré y te fatigaré de tal modo, «que solo desearás comer sin pensar en los placeres.»

Sabia de memoria una gran parte de la sagrada Escritura, y la recitaba durante su trabajo, que consistia en cavar ó labrar la tierra, cuando no seguia el ejemplo de los solitarios de Egipto, haciendo cestos para procurarse lo que le era indispensable. El poderoso atleta tuvo que sostener con el demonio encarnizadas luchas, de las que salió siempre victorioso con el auxilio de la oracion y de la penitencia. Á la edad de veinte y un años se condenó á no comer diariamente mas que un puñado de yerbas mojadas en agua fria; durante los tres años siguientes sus únicos alimentos fueron pan seco, sal y agua; á los ochenta años redujo su comida á cuatro onzas, y jamás comió en otra hora que al ponerse el sol. De aquí toma pié san Jerónimo para hacer algunas sábias reflexiones sobre la tibieza de los Cristianos que alegan la vejez para dispensarse de hacer penitencia.

Tantas virtudes fueron recompensadas con el don de milagros; y para huir de su fama, que cada dia pregonaba su nombre á nuevas gentes, abandonó Hilarion su desierto, y fué á visitar los lugares que habia habitado san Antonio. Animado de un nuevo fervor, retiróse con dos de sus discípulos á una horrorosa soledad, donde le descubrió tambien la creciente fama de sus milagros. Finalmente embarcóse para la isla de Chipre, y allí, oculto en un lugar enteramente desconocido, imitó, en cuanto es dable á un hombre mortal, la vida de los bienaventurados en el cielo: llegado á la edad de ochenta años, el venerable anciano escribió su testamento de su propio puño, legando á su discípulo Hesiquio todas sus riquezas, consistentes en un libro de los Evangelios, un cilicio y una capa. Informada una familia de piadosos cristianos de que el Santo estaba próximo á espirar, acudieron para recibir su último suspiro, exigiéndoles aquel la promesa de que luego que habria muerto enterrarian su cuerpo como se hallaba vestido, con su cilicio y su sayo; su debilidad era tanta, que solo se conocia que la vida no le habia abandonado aun por la presencia de espíritu que conservaba íntegra, siendo estas sus últimas palabras: «Sal, alma mia, ¿qué te espanta? «Sal, alma mia, ¿qué temes? Hace cerca de setenta años que sirves «á Jesucristo, ¿y puedes temer la muerte?» Al terminar estas palabras espiró, cuando corria el año 371 de Nuestro Señor Jesucristo.

Al glorioso nombre de san Hilarion únense nombres igualmente célebres en la historia del siglo IV : san Pacomio, abad de Tabenna; san Abrahan, san Teodoro, san Julian, la flor de los desiertos de Mesopotamia; san Pambon, abad de Nitria, los dos Macarios, y tantos otros de que el mundo no era digno. Durante aquella gran lucha del error contra la verdad, y del escándalo contra la virtud, el desierto puso en la balanza divina las oraciones y penitencias de sus angélicos habitantes, y la Iglesia triunfó.

Apenas habia tenido esta un momento de reposo bajo el emperador Joviano, cuando oyóse retumbar un grito de guerra : un nuevo heresiarca atacaba una de las bases del edificio sagrado; Macedonio negaba la divinidad del Espíritu Santo. Un vigilante centinela, Atanasio que vivia aun, dió la voz de alarma y refutó victoriosamente la nueva herejía; sin embargo el mal aumentaba de dia en dia; Atanasio acababa de morir, y á solicitud de los Obispos, Teodosio el Grande convocó un concilio en Constantinopla, no mostrándose menos espléndido de lo que lo fuera Constantino para con los Padres de Nicea. Los Obispos presentes eran en número de ciento cincuenta; en un principio se trató de convencer y reducir á los Macedonios, mas como permaneciesen obstinados en su opinion y se hubiesen retirado del concilio, fueron tratados por este como herejes declarados.

Al confirmar el Símbolo de Nicea, los Padres de Constantinopla añadieron únicamente algunas palabras para explicar mas y mas el misterio de la Encarnacion y de la divinidad del Espíritu Santo; al tratar de la Encarnacion, el Símbolo de Nicea se limitaba á decir : «Descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre, sufrió pasion «y muerte, resucitó el tercer dia, subió á los cielos, y vendrá á juz«gar á los vivos y á los muertos.» Y el de Constantinopla decia : «Descendió de los cielos, se encarnó por obra del Espíritu Santo en «el seno de la Vírgen María, y se hizo hombre; sufrió pasion y «muerte, fue sepultado, resucitó el tercer dia segun las Escrituras, «subió á los cielos, está sentado á la derecha del Padre, y de nuevo vendrá á juzgar con majestad á los vivos y á los muertos, y su rei«no no tendrá fin.»

Respecto de la tercera Persona de la santísima Trinidad, el Símbolo de Nicea expresaba la fe con estas palabras : *Creemos en el Espíritu Santo;* y el de Constantinopla añade, á causa de los Macedo-

nios: «Creemos en el Espíritu Santo que es tambien Señor y *vivifi-«cador*, que procede del Padre; que junto con el Padre y el Hijo «recibe iguales adoraciones y una misma gloria; que habló por los «Profetas.»

El emperador Teodosio recibió esta decision como emanada del mismo Dios, y digno *obispo del exterior*, hizo una ley ordenando la ejecucion de cuanto se habia establecido en la augusta asamblea. Celebrado en el año 381, este concilio fue aprobado por el Sumo Pontífice, y es el segundo ecuménico [1].

Semejante á aquellas monstruosas serpientes del África que á la fuerza reunen la astucia para apoderarse de su presa, la herejía de Arrio y de Macedonio, vencidas en Nicea y en Constantinopla, intentó aparecer de nuevo bajo diferentes nombres y diversas formas, ya empleando el artificio, ya la violencia, para arrebatar las ovejas del Señor; mas el divino Pastor, que vela noche y dia custodiando su rebaño, suscitó nuevos defensores, ante los cuales viéronse obligados á emprender la fuga el crímen y la herejía, aunque armados del poder imperial. En primera línea aparece san Ambrosio, arzobispo de Milan.

Este gran Doctor nació en las Galias por los años 340, y contaba entre sus abuelos cónsules y prefectos del Imperio; su padre, gobernador de las Galias, de la Inglaterra, de la España y de una parte del África, lo dejó al morir á los cuidados de una madre que cultivó con esmero su corazon y su entendimiento. Despues de haber hecho sus estudios en Roma, Ambrosio volvió á Milan con su hermano Satiro, y ambos siguieron la carrera del foro. Su única hermana, llamada Marcelina, recibió el velo de manos del papa Liberio.

No tardó en extenderse la reputacion de Ambrosio, y los hombres mas eminentes buscaban su amistad; de este número fue Probo, prefecto de Italia, el cual nombró á Ambrosio gobernador de la Liguria y de la Emilia, es decir, de todo el país que comprenden en el dia los arzobispados de Milan, de Turin, de Génova, de Ravena y de Bolonia, con las diócesis que de dichas metrópolis dependen. Al despedirse, díjole Probo: «Id y obrad mas como obispo que como «juez.» Y fiel Ambrosio á tal consejo, que se avenia muy bien con su carácter, hízose admirar por su probidad, vigilancia y dulzura,

[1] Fleury, t. IV, lib. XVIII.

siendo la advertencia de Probo como una prediccion de lo que sucedió despues.

En aquel tiempo murió Auxencio, furioso arriano, usurpador de la sede de Milan, el cual durante los veinte años que duró su intrusion habia perseguido á los Católicos con tanta violencia como malicia; al tratarse de la eleccion de un nuevo obispo, la ciudad se dividió en dos bandos, uno de los cuales queria á un arriano y el otro á un católico; llegando á tal punto la exasperacion, que estalló un motin, y que Ambrosio tuvo que volver á la ciudad para sofocarlo; acto continuo se dirigió á la iglesia, donde se celebraba la reunion, y pronunció un discurso lleno de prudencia y de moderacion; mientras estaba hablando, un niño exclamó: *¡Ambrosio obispo!* y al oir esto, cesó el tumulto como por encanto; Católicos y Arrianos se reunieron para proclamar unánimemente al Gobernador obispo de Milan; en vano quiso Ambrosio eludir tanto honor huyendo, pues habiéndose extraviado, se encontró el dia siguiente en las mismas puertas de Milan.

Ambrosio no era mas que catecúmeno, así es que fue bautizado, ordenado de presbítero, y consagrado obispo en 4 de diciembre del año 372; elevado á la sede episcopal, no se consideró ya como un hombre de este mundo, y para romper los últimos lazos que á él podian sujetarle, distribuyó á la Iglesia y á los pobres cuanto poseia en oro y plata, reservando sin embargo una renta vitalicia para la subsistencia de su hermana Marcelina. Hecho esto, entregóse enteramente al cuidado de su rebaño y á la composicion de las preciosas obras con que ha enriquecido á la Iglesia.

En aquel entonces invadieron los godos las tierras del Imperio, penetrando hasta los Alpes, y Ambrosio empleó sumas considerables en el rescate de los cautivos, destinando además á tan buena obra los vasos de oro de la iglesia, los cuales fueron rotos y vendidos; de lo que tomaron pié los Arrianos para dirigirle varios cargos, mas el santo Obispo les contestó que mas valia salvar almas que guardar oro. Estos herejes, viendo que habian perdido la iglesia de Milan, excitaron á la emperatriz Justina á declararse contra el santo Arzobispo, y lo lograron; aquella princesa, celosa arriana, envió á pedirle en uno de los dias inmediatos á la Pascua del año 385 la basílica Porciana, á fin de que los Arrianos celebrasen en ella el oficio divino para ella y varios oficiales de la corte.

Ambrosio, que no ignoraba que la audacia de los herejes crece á medida de la poca resistencia que se les opone, contestó que jamás entregaria el templo de Dios á sus enemigos; en vano le amenazaron la Emperatriz y el mismo Emperador; el santo Arzobispo se mantuvo inflexible. Este hecho atrajo sobre él varios sufrimientos, de los que se vengó como saben vengarse los Santos; sacrificóse para impedir los perniciosos designios del tirano Máximo contra la Italia, dando así una prueba de amor á sus perseguidores.

Poco despues de la pacificacion de la iglesia de Milan, el emperador Teodosio cometió una falta que hizo derramar muchas lágrimas; la ciudad de Tesalónica rebelóse contra su gobernador, y dióle muerte en la sedicion, en venganza de lo cual dispuso Teodosio que fuesen pasados á cuchillo siete mil habitantes de aquella desgraciada ciudad. La noticia de tanta barbarie destrozó el corazon de Ambrosio, y habiéndose presentado el Emperador para entrar en la iglesia, el santo Obispo salió á su encuentro en el vestíbulo, y le dijo: «Príncipe, deteneos, pues no comprendeis la enormidad de «vuestro pecado; el brillo de la púrpura no debe haceros olvidar «que sois mortal, que estais formado del mismo barro que vuestros «súbditos. Solo hay un Señor, un Rey del mundo; ¿cómo miraréis «su templo? ¿cómo pisaréis su santuario? ¿Os atreveréis á levantar «hácia él esas manos teñidas aun de una sangre injustamente der«ramada? Retiraos, pues, y no añadais el sacrilegio á tantos ho«micidios.»

El Príncipe dijo para excusarse que David habia pecado, á lo que repuso Ambrosio: «Le habeis imitado en su pecado, imitadle en su «penitencia.» Teodosio se sometió y aceptó la penitencia canónica que le fue impuesta, volviendo á su palacio suspirando; en él permaneció ocho meses enteramente ocupado en los ejercicios propios de los penitentes públicos, mas al acercarse la fiesta de Navidad, sintió aumentar su dolor. «¡Cómo! decia, el templo del Señor está «abierto para el último de mis súbditos, y su entrada me está á mí «prohibida!» Llevado de sus ardientes deseos, se dirigió no á la iglesia, sino á una sala contigua, donde Ambrosio mandóle colocar entre los penitentes públicos; Teodosio obedeció, y á fin de corregirle eficazmente, el santo Obispo exigió que diese una ley para suspender durante treinta dias la ejecucion de las sentencias de muerte; al momento dispuso el Príncipe que se escribiese dicha ley, la

firmó y prometió observarla, despues de lo que, conmovido san Ambrosio por su docilidad y por el ardor de su fe, levantó la excomunion y le permitió la entrada en la iglesia.

Teodosio, prosternado y regando el suelo con sus lágrimas, golpeábase el pecho y pronunciaba en alta voz aquellas palabras de David: «Mi alma ha permanecido ligada á la tierra; ¡Señor, dadme «la vida segun vuestra promesa!» Y el pueblo todo, enternecido al ver tan grande ejemplo, le acompañaba en su llanto y en sus oraciones; aquella Majestad soberana, cuya impetuosa cólera hiciera temblar todo el Imperio, solo inspiraba entonces sentimientos de compasion y de dolor. Ejemplo igualmente admirable, así de parte del Santo, como de parte del Emperador, que enseña á los Obispos que la fe y el puro celo tienen mas fuerza que el trono y el cetro, y que advierte á los Príncipes de la tierra que su verdadera grandeza consiste en humillarse ante el Rey de los reyes.

El santo Arzobispo murió durante la noche del Viernes al Sábado Santo, 4 de abril del año 395, á los cincuenta años de su edad. La antigüedad le señaló el primer lugar entre los cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina; visiblemente inspirado por Dios para la defensa de la Iglesia, aquel santo Doctor compuso gran número de excelentes obras, siendo poquísimas las verdades importantes de la Religion que no se encuentren sólidamente establecidas y claramente demostradas en ellas, lo que ha hecho que fuesen colocadas, luego de su publicacion, entre los libros que consulta la Iglesia en materia de fe [1].

[1] Las principales obras de san Ambrosio son:

1.° El *Hexaemeron*, ó Tratado sobre los seis dias de la creacion. San Ambrosio siguió en parte á san Basilio;

2.° El libro *sobre Noé y el arca*. Noé es representado como un modelo de virtud para todos los hombres;

3.° El libro *del Bien de la Muerte*. El Santo manifiesta en él que la muerte no es un mal;

4.° Los libros *de Abel, de Isaac y de José*, donde se pintan las virtudes de estos santos Patriarcas;

5.° El libro *de las Bendiciones de los Patriarcas*, en el que trata el Santo de la obediencia y del reconocimiento que los hijos deben á sus padres;

6.° El libro *de Elías y del Ayuno*, en el que manifiesta la eficacia del ayuno.

7.° Las *Obligaciones de los ministros*, donde el Santo enseña á los presbíteros á ser hombres de Dios;

8.° El libro *de las Vírgenes y de la Virginidad;*

Al bajar al sepulcro, Ambrosio cerró, por decirlo así, el brillante cortejo de tantos ilustres varones como ilustraron, defendieron y edificaron á la Iglesia durante el siglo IV; sin embargo, mas feliz que otros, el gran Doctor se sobrevivió á sí mismo en su incomparable discípulo san Agustin, y aun cuando Ambrosio no tuviera otro título al recuerdo de la posteridad que el haber conquistado á Agustin para la Iglesia, seria suficiente para asegurarle la gratitud de todos los siglos.

La nueva antorcha de la Iglesia, el azote de las herejías, el genio mas vasto y variado, el entendimiento mas sutil y penetrante, el corazon mas tierno y amante que haya venido jamás á la tierra, el hombre cuyo solo nombre es ya un elogio, Agustin, nació en Tagasto, en África, en el año 354; Patricio, su padre, profesaba el Gentilismo; su madre fue santa Mónica, la gloria de su sexo y el modelo siempre vivo de las madres y de las esposas cristianas[1].

En su juventud, siguió Agustin con impetuosidad todos los instintos y deseos de un corazon corrompido; entregóse sin freno al libertinaje y participó de los errores de los Maniqueos; mas su piadosa madre, que le habia instruido en los misterios de la Religion, y le habia enseñado á orar, no se separó de él en cuanto le fue posible, ni se desalentó al ver la conducta de su hijo; siguióle á Italia, donde Agustin enseñó la retórica en Roma y en Milan, de cuya ciudad era obispo entonces san Ambrosio, y conmovido el jóven por las palabras y continuas lágrimas de su madre, pensó formalmente en abandonar sus desórdenes y el Maniqueismo. Hízose, pues, instruir siendo bautizado en Milan, la víspera de Pascua del año 387, á los treinta y dos años de su edad; y si bien no podia decidirse á dejar su cátedra de profesor, Dios, que lo queria todo para sí, rompió aquel último lazo que le sujetaba al mundo.

Un señor africano, llamado Ponticiano, visitó un dia á Agustin y

9.° Los tres libros *del Espíritu Santo y de la Encarnacion*, completa refutacion de las herejías de Arrio y de Macedonio.

10. *Epístolas* muy interesantes en número de noventa y una;

11. Los libros *sobre la muerte de Satiro*, su hermano.

12. *Himnos y cantos*, y el *Te Deum* atribuido á él y á san Agustin.

Los Benedictinos han publicado una hermosa edicion de san Ambrosio. París, 1686-1690, 2 tom. en fólio.

[1] Véase su Vida en Godescard, t. V, pág. 475, que debiera ser el manual de todas las personas casadas.

á su amigo Alipio, y viendo en una mesa las Epístolas de san Pablo, tomó de aquí ocasion para referir la vida de san Antonio, padre del desierto, y de algunos otros servidores de Dios; la relacion de Ponticiano hizo gran sensacion en Agustin, el cual vió como en un espejo su vergüenza y su confusion; inspirábase horror á sí mismo, y apenas hubo salido Ponticiano, cuando dirigiéndose á Alipio le dijo: «¿Cómo sufrimos que los ignorantes se eleven y consi«gan el cielo, mientras que nosotros con toda nuestra ciencia no te«nemos corazon y nos encenagamos entre la carne y la sangre? ¿Ten«drémos á menos el seguirles, solo porque nos preceden? ¿No se«ria el colmo de la vergüenza el no querer ni siquera imitarles?»

Dicho esto se levantó y bajó al jardin, seguido de Alipio; al llegar allí, alejóse á cierta distancia, postróse en tierra debajo de una higuera, y dió libre curso á sus lágrimas. «¡Hasta cuándo, Señor, «exclamó, hasta cuándo estaréis irritado contra mí! Olvidad mis «pasadas iniquidades.» Y sintiendo aquella voluntad de hierro, aquella voluntad perversa que le retenia aun, exhalaba profundos suspiros, y decíase á sí mismo: «¿Hasta cuándo diré: Mañana, ma«ñana? ¿por qué no hoy? ¿por qué desde este momento no pongo «fin á mis infamias?»

Mientras que esto decia bañando el llanto sus mejillas, oyó como una voz de niño que decia cantando: *Tomad y leed, tomad y leed;* volvióse y no vió á nadie, pero recordando que san Antonio se habia convertido escuchando leer un paso del Evangelio, dirigióse apresuradamente al lugar en que se hallaba Alipio y donde habia dejado las Epístolas de san Pablo; y tomando el libro, abriólo, y leyó en voz baja las siguientes palabras que fueron las primeras que se ofrecieron á su vista: «No paseis vuestra vida en glotonerías y embriague«ces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias y envi«dia; mas vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no hagais caso de «la carne en sus apetitos [1].»

No quiso leer mas, y levantándose fué al encuentro de Alipio con el corazon tranquilo y el rostro sereno, tal es la prontitud con que es preciso corresponder á la gracia; ambos refirieron á santa Mónica lo que acababa de suceder, y fácilmente se adivina la santa alegría que le causaron. No tardó Agustin en emprender de nuevo su viaje al África; mas al llegar al puerto de Ostia perdió á su virtuo-

[1] Rom. XIII, 13.

sa madre, la cual se despidió de él con estas edificantes palabras: «Hijo mio, nada hay ya en esta vida capaz de halagarme; ¿qué ha- «ria aquí por mas tiempo? Todos mis votos se han cumplido; solo «deseaba la prolongacion de mis dias para verte católico é hijo del «cielo, y Dios ha hecho aun mas de lo que le pedia, puesto que te «veo consagrado enteramente á su servicio, y que desprecias todos «los placeres y honores que habrias podido pretender en el mundo. «¿Qué cosa puede ya retenerme por mas tiempo?»

Aquella gran Santa oró por espacio de diez y siete años para obtener la conversion de su hijo y de su marido, y cierto dia que en su dolor confió sus penas á un santo obispo, este la alentó con las siguientes memorables palabras: «No, el hijo de tantas lágrimas no «puede morir.» En efecto, obtuvo de una vez la conversion de su marido y de su hijo; ¡sublime ejemplo para muchas madres y esposas cristianas de nuestros dias! Sean ellas como Mónica, y sus maridos y sus hijos serán otros tantos Patricios y Agustines. Nuestro gran Doctor quedó inconsolable por la pérdida de su santa madre, la lloró mucho, y nunca cesó de rogar por ella [1].

De regreso al África, Agustin se retiró al campo, donde se consagró al ayuno y á la oracion, formando una comunidad con algunos de sus amigos, y de aquí data el orígen de la Órden de los Ermitaños de *san Agustin*. Agustin fundó además otros monasterios, y por los sábios reglamentos con que los dotó es considerado como el segundo patriarca de las Órdenes religiosas. Poco tiempo despues, hallándose en la ciudad de Hipona, los fieles se apoderaron de él, le presentaron á Valerio, su obispo, y pidieron á grandes gritos que le impusiese las manos; Agustin prorumpió en llanto al considerar el peligro que acompaña todas las funciones sacerdotales, mas al fin vióse obligado á ceder, y recibió el presbiterado á últimos del año 390.

Por un privilegio singular y desconocido hasta entonces en África, Valerio le permitió anunciar la palabra de Dios, derecho reservado exclusivamente para los Obispos. Verdad es que jamás la Iglesia habia tenido tan urgente necesidad de defensores.

El cisma y la herejía desolaban el África; por una parte el obispo Donato y algunos otros, negándose á reconocer como legítima la ordenacion de Ciciliano, obispo de Cartago, á pesar de ser apro-

[1] *Conf.* lib. IX, c. 12.

bada y confirmada por el Papa, dieron lugar á un cisma deplorable que duró muchos años, y fue causa de desórdenes, violencias, asesinatos y otros muchos crímenes; por otra los Maniqueos, secta abominable, corrompian la doctrina y las costumbres de los fieles; los Arrianos, los Semiarrianos y sobre todo los Pelagianos, divididos todos ellos entre sí, formaban contra la verdadera Iglesia una terrible liga; finalmente los gentiles no cesaban de invocar contra los Católicos el odio universal, acusando al Cristianismo de haber atraido sobre el Imperio las multiplicadas invasiones de los bárbaros y las demás calamidades que lo afligian.

Para hacer frente á tantos enemigos, para curar tantas heridas, la Providencia hizo nacer á un hombre, pero á un hombre universal; y para que no cupiese la menor duda sobre la certeza de su mision, Agustin nació en África el mismo dia en que el monje Pelagio, autor de la herejía pelagiana, nacia en Inglaterra. Este heresiarca negaba la necesidad de la gracia para conseguir la salvacion.

Antes de descender á la arena, el valeroso atleta de la fe empezó, como ya hemos visto, por asegurarse de la victoria, colocando en el desierto á muchos Moiseses, para que orasen en la santa montaña mientras que él combatiese en el llano. Es indudable; los religiosos de san Agustin alcanzaron para su padre aquella ciencia, aquella energía, aquella extension de genio sobrehumano que le hicieron triunfar; y sobre todo alcanzaron la conversion de los corazones y el perdon de los culpables con sus voluntarias expiaciones: ¡ tierna reversion que admiramos en todas las páginas de la historia de la Iglesia!

Agustin fue consagrado obispo de Hipona en el año 395, á los cuarenta y un años de edad. Valerio murió un año despues. Robustecido por la santa uncion, Agustin atacó primeramente á los Maniqueos, y en un público certámen demostró tan claramente la falsedad de su doctrina, que uno de los mas célebres sectarios abjuró su herejía en manos de su vencedor; además escribió contra ellos diferentes obras que dieron el golpe de gracia á aquella secta abominable. Vinieron luego los Arrianos, cuya mala fe é ignorancia manifestó en diferentes tratados dignos de su admirable genio; llegó la vez á los Pelagianos, contra los cuales sostuvo mas prolongada lucha; confundirlos era, á lo que parece, el objeto principal de su mision, y de tal modo lo logró, que sus obras han servido siempre

de regla en la Iglesia en las cuestiones de la gracia, y por último dirigiéndose contra los gentiles publicó su obra inmortal de la *Ciudad de Dios*, en la cual vense reunidas la filosofía, la erudicion, la piedad, una lógica exacta y la Religion; el objeto que se propuso al componerla fue contestar á las quejas de los gentiles, quienes atribuian las irrupciones de los bárbaros y las desgracias del Imperio al establecimiento de la religion cristiana y á la destruccion de los ídolos.

En medio de sus contínuos cuidados para alejar á los lobos del redil, el vigilante, el infatigable pastor no olvidaba la salvacion de su rebaño ni su propia santificacion. Para instruccion y edificacion de los Católicos compuso gran número de obras sobre todas las materias de Religion, y publicó además la historia de su vida, que tituló sus *Confesiones*. En vano trataríais de hallar mas uncion, mas piedad, mas humildad, mas sencillez, mas confianza en Dios, mas verdad en la pintura de las pasiones humanas, de la que se revela en las *Confesiones*.

Su método de vida era el de un santo, y de un santo penitente; sus vestidos, lo mismo que los muebles de su casa, eran sencillos, pero decentes y limpios; únicamente sus cucharas eran de plata; su vajilla era de tierra, de madera ó de mármol; ejercia la hospitalidad con sumo agrado, pero su mesa era frugal; servíanse en ella legumbres con un poco de carne para los extranjeros y para los enfermos, teniendo cada comensal señalada su cantidad de vino. Durante la comida, ó bien se leia ó se hablaba de alguna materia importante, á fin de evitar las palabras inútiles, y por disposicion del Santo se veian dos versos escritos sobre su mesa, con el objeto de alejar toda clase de maledicencias. Si alguno heria en su presencia la reputacion del prójimo, le reprendia inmediatamente, y para indicar mejor el horror que semejante vicio le causaba, levantábase y se retiraba á su aposento. Cuando se veia obligado á hablar con mujeres, lo hacia siempre en presencia de alguno de sus presbíteros, y lo que ahorraba de las rentas de su Iglesia era empleado en alivio de los pobres, á quienes antes habia dado ya su patrimonio. Varias veces dispuso que se fundiesen parte de los vasos sagrados á fin de rescatar á los cautivos, y observaba religiosamente la piadosa costumbre de vestir todos los años á los pobres de todas las parroquias.

Su celo por el bien espiritual de su rebaño no conocia límites, tan-

lo que le decia : «No deseo salvarme sino con vosotros; ¿por qué «estoy en el mundo? para vivir únicamente en Jesucristo, pero con «vosotros; en ello cifro mi pasion, mi honor, mi gloria, mi alegría, «mis riquezas.» Su fervor aumentaba á medida que se acercaba su última hora, y durante la enfermedad que le condujo al sepulcro hizo escribir los siete salmos de la penitencia en las paredes de su aposento, de modo que pudiese leerlos desde su lecho, y no lo verificaba sin derramar copiosas lágrimas. Para no ser interrumpido en sus ejercicios de piedad, prohibió diez dias antes de su muerte que nadie entrase en su cuarto, excepto cuando le visitasen los médicos ó le trajesen el alimento, órden que fue puntualmente ejecutada. Finalmente espiró tranquilamente el dia 28 de agosto del año 430 á la edad de setenta y seis años, despues de cuarenta ocupados en los trabajos de su ministerio; un último rasgo eleva al colmo la gloria de aquel grande hombre, y es que no hizo testamento porque nada poseia [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado maestros y modelos como san Ambrosio y san Agustin; hacednos partícipes de su firmeza en la fe y de su profunda humildad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré con frecuencia por la conservacion de la fe.*

[1] Las obras de san Agustin que los fieles harian bien en usar, son:
1.° Sus *Confesiones;*
2.° Sus *Soliloquios;*
3.° Sus libros de la *Ciudad de Dios;*
4.° Sus obras sobre el *Génesis*, etc.
Para los sábios sus obras son una mina inagotable. La mejor edicion de ellas es la recientemente publicada en París por los Sres. Gaume hermanos, 22 vol. en 8.° mayor.

LECCION XXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO V, CONTINUACION).

La Iglesia defendida: san Juan Crisóstomo, san Jerónimo. — La Iglesia consolada: san Arsenio, san Gerásimo : lauras de Oriente ; vida de los solitarios. — La Iglesia atacada : Nestorianos y Eutiquianos; — defendida : concilios de Éfeso y de Calcedonia; — afligida : invasiones de los bárbaros; sus razones providenciales. — Toma de Roma; — protegida : san Leon, santa Genoveva.

Los herejes, dispuestos siempre, segun aparentan, á someterse luego que la Iglesia haya hablado, no hacian mas caso antes que ahora de sus mas solemnes decisiones; así es que los partidarios de los errores condenados por los Concilios anteriores y anatematizados por los doctores de la Iglesia, continuaron su propaganda, y si bien la fe explicada y vengada se afirmaba mas y mas en el ánimo de los fieles, los sectarios no se convertian ; ¡ tan difícil es volver al camino de la verdad cuando nos lo han hecho abandonar el orgullo y la ambicion ! Nuevos herejes se unieron á los antiguos, y el edificio sagrado fue de nuevo atacado en muchas de sus partes á la vez ; en su defensa inspiró Dios á grandes doctores, tales como á san Cirilo, patriarca de Alejandría, á san Isidoro de Pelusa, á san Epifanio, pero sobre todo á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, y á san Jerónimo.

San Juan Crisóstomo, el rey de la elocuencia, la gloria de la Iglesia oriental, nació en Antioquía en el año 334 ; su padre era general de las tropas del Imperio en Siria ; Antusa su madre, á pesar de haber quedado viuda á los veinte años, no quiso pasar á segundas nupcias, y se encargó de inspirar á sus hijos los primeros principios del Cristianismo. Jamás mujer alguna fue mas digna de llevar el nombre de madre ; los mismos gentiles no podian menos de admirar sus virtudes, y un célebre filósofo exclamó hablando de ella : « ¡ Qué « mujeres tan maravillosas se encuentran entre los Cristianos ! » Juan estudió la elocuencia bajo la direccion de Libanio, famoso retórico

gentil, el cual antes de morir demostró todo el aprecio que le merecia el talento de nuestro Santo, pues habiéndole preguntado sus amigos á cuál de sus discípulos deseaba tener por sucesor, contestó: «Nombraria á Juan, si los Cristianos no nos lo hubiesen arrebatado.»

Mientras estudiaba las ciencias humanas, Juan procuraba penetrarse de las máximas del Evangelio; ejercitábase en la práctica de la humildad y de la mortificacion, y á pesar de haber nacido con un carácter propenso á la cólera, logró al fin dominar sus arrebatos, y adquirir aquella perfecta dulzura tan recomendada por el divino Maestro. Á esta virtud unia una amable modestia, una tierna caridad para con el prójimo, y una conducta tan prudente y cuerda, que era imposible conocerle sin amarle. Despues de ver al mundo de cerca, disgustóse en breve de sus seducciones y halagos, como sucede con todos los nobles corazones, y se retiró al desierto, donde adelantó rápidamente en las vias de la perfeccion.

San Milevio, obispo de Antioquía, que conoció el raro mérito del jóven solitario, resolvió unirlo á su Iglesia, y llamándole cerca de sí, le ordenó de lector; Flaviano, sucesor de Milevio, le elevó luego al sacerdocio, nombrándole su vicario y su predicador. Juan, que tenia entonces cuarenta y tres años, fue por espacio de doce años *la mano, el ojo y la boca de su Obispo*, y aunque la ciudad de Antioquía contase entre sus habitantes á mas de cien mil cristianos, el celo de nuestro Santo bastaba para anunciarles á todos los preceptos del Señor; predicaba varias veces á la semana, y frecuentemente muchas veces en un mismo dia, siendo tan grande el fruto de sus predicaciones, que logró exterminar el vicio, desarraigar los mas inveterados abusos y cambiar la faz de Antioquía. Su talento para la controversia era extraordinario, y usábalo con tanta habilidad en sus sermones, que los judíos, los gentiles y herejes que acudian á oirle hallaban en ellos la mas sólida refutacion de sus errores. Su reputacion penetró hasta los confines del Imperio, y para gloria de su nombre y bien de su Iglesia colocóle Dios en un nuevo teatro, en el que preparaba á su virtud otros trabajos y otras coronas.

La sede de Constantinopla quedó vacante en el año 397, y el emperador Arcadio resolvió elevar á ella á nuestro Santo; para realizar su proyecto, tuvo que valerse de una estratagema, cual fue la de hacerle prender en Antioquía. Consagrado finalmente por Teófilo, patriarca de Alejandría, nuestro Santo empezó su episcopado po-

niendo en órden su propia casa; todo cuanto le quedaba de sus rentas lo aplicó al alivio de los pobres, y sobre todo de los enfermos, habiendo fundado y manteniendo muchos hospitales, cuya direccion y gobierno fue confiado á santos presbíteros.

Un abuso excitó especialmente su indignacion, y fue la inmodestia de los trajes y adornos de las mujeres; algunas de ellas parecian haber olvidado que los vestidos fueron destinados, en su orígen, á cubrir la ignominia del pecado, y que por lo tanto es un contrasentido hacer servir para una criminal vanidad lo que debiera ser para nosotros un motivo de penitencia, de confusion y de lágrimas. Fue precisa toda la elocuencia de Crisóstomo para que cesase tal escándalo; pero al fin el santo Patriarca logró su objeto, y así sobre este punto como sobre muchos otros Constantinopla cambió de faz. Una sublime imágen que tenia siempre delante de sus ojos aumentaba su celo; consideraba su diócesis como un vasto hospital lleno de sordos y de ciegos, tanto mas dignos de lástima en cuanto amaban su estado. Su solicitud traspasaba los límites del redil que le estaba confiado, y se extendia hasta las mas apartadas regiones; así es que envió á dos obispos para instruir el uno á los godos, y el otro á los escitas errantes, llamados *nómadas*. Solo faltaba al Santo recibir la recompensa ordinaria del celo y de la virtud, es decir, las persecuciones, y por cierto que las sufrió.

La emperatriz Eudoxia; Eutropio, favorito del Emperador; los Arrianos, á quienes negó una iglesia, todas estas personas apasionadas y perversas se reunieron y obtuvieron del Emperador un decreto de destierro contra el santo Patriarca; una turba de soldados le arrancaron de su Iglesia, pero en la misma noche de su partida un terrible temblor de tierra conmovió el palacio imperial, y aterrorizada la Emperatriz rogó al Emperador que llamase otra vez al Arzobispo. Crisóstomo regresó á su sede siendo recibido por todo su pueblo con grandes aclamaciones, pero en breve partió otra vez para no volver jamás.

Una segunda sentencia, tan injusta como la primera, envió desterrado al Santo á los confines del Imperio; allí sufrió grandes penalidades, y no tenia mas consuelo que en las cartas que le escribian el papa Inocencio I y los mas grandes Obispos del Occidente que tomaban parte en sus infortunios: sus verdugos ya exponian al santo Arzobispo, que era calvo, á los ardores del sol; ya le obliga-

ban á salir los dias de fuerte lluvia, haciéndole andar hasta que sus vestidos se hallaban calados y chorreando agua. Tan malos tratamientos debilitaron enteramente la salud del Santo, y al llegar á Comana, en el Ponto, se sintió enteramente extenuado; al ver cercano su fin, cambió sus vestidos por otros blancos, como para prepararse á las bodas del celeste Cordero; recibió la santa comunion, dijo sus oraciones, que terminó, segun su costumbre, con estas palabras: *Glorificado sea Dios por todo*, y diciendo *amen* y formando la señal de la cruz, entregó tranquilamente su alma entre las manos de Dios, el dia 14 de setiembre del año 407 [1].

Dirijamos ahora nuestras miradas al otro extremo del Oriente, y cerca de la gruta de Belen verémos á un hombre cuyo poderoso genio se ha inspirado con los recuerdos de los Santos Lugares, y que, desde el fondo de su soledad, llena la tierra con la fama de su nombre, sostiene á la Iglesia, aterra á la herejía, lleva á sus últimos límites la ciencia de la Escritura, traza seguras reglas á los presbíteros y á las madres de familia, y abre finalmente un protector asilo á los empobrecidos descendientes de los Escipiones y de los Pablo Emilios. Aquel hombre extraordinario, aquella coluna de la Iglesia, aquella antorcha del Oriente y del mundo entero se llama san Jerónimo.

Nacido en Stridon, en los confines de la Dalmacia, á mediados del año 331, recibió una excelente educacion, que perfeccionó en Roma, donde hizo rápidos progresos en las bellas letras y en la elocuencia. Entre el torbellino de la gran ciudad Jerónimo olvidó poco á poco las santas máximas que sus padres le habian inspirado; ideas enteramente mundanas, y un marcado retraimiento por los ejercicios religiosos constituyeron el fondo de su carácter, y si bien no cayó en los vicios groseros, carecia de aquel espíritu del Cristianismo que hace los verdaderos discípulos de Jesucristo. Sin embargo llegó la hora de la gracia, y al regresar de un viaje que hizo á las Galias pidió el Bautismo, y consagrado desde entonces á la oracion y al es-

[1] Las mejores obras de san Juan Crisóstomo son:
1.° Su *Tratado del sacerdocio;*
2.° Sus *Homilias al pueblo de Antioquia;*
3.° Sus *Comentarios sobre san Mateo y sobre las Epistolas de san Pablo.*
Bajo la direccion de los Sres. Gaume hermanos se han reimpreso en París las obras completas de san Juan Crisóstomo, en griego y en latin, 26 tom. en 8.° mayor; es la mejor edicion de este santo Padre.

tudio de la Escritura; vivió como un cenobita en medio del tumulto de Roma, y como un santo en medio de la corrupcion y del libertinaje. Desde Roma pasó á Oriente y se hundió en los abrasados desiertos de la Siria, pareciendo increibles, á no referirlas él mismo, las austeridades que en ellos practicó; algun tiempo despues dirigióse á Jerusalen y luego á Antioquía, cuyo obispo Paulino le elevó al sacerdocio, en lo que no consintió Jerónimo sino con la condicion de no ser agregado á iglesia alguna.

El deseo de oir al ilustre san Gregorio le condujo á Constantinopla en 381; el año siguiente fué á Roma donde el papa Dámaso le retuvo, empleándole en los mas graves asuntos de la Iglesia, y encargándole de contestar á las cartas de consulta que le escribian los Obispos, hasta que para sustraerse á diferentes persecuciones que sobre él habian atraido sus méritos y virtudes, partió el Santo para Belen, en cuyo lugar santa Paula, ilustre matrona romana, hizo construir para él un monasterio, edificando él mismo un hospicio para los numerosos peregrinos que visitaban los Santos Lugares. El santo Doctor nos ha dejado una muy interesante descripcion de la vida celestial que observaban los monjes de Belen, y de la piedad que reinaba en todas las aldeas de los alrededores: despues de haber hablado del estrépito de las grandes ciudades, exclama en un transporte de alegría: «La aldea de Jesucristo es en un todo campestre; allí no viene á herir vuestros oidos rumor alguno á no ser «el canto de los Salmos; á cualquiera parte que os volvais oiréis al «labrador guiando el arado y cantando *alleluya*, ó al segador que «reposa de sus rudos trabajos entonando los Salmos[1].» ¡Ay! ¡cuánto han cambiado los tiempos! ¿Qué oís ahora así en nuestras ciudades como en nuestros campos? Ved si podeis hacer algo ante Dios para resucitar las santas y tiernas costumbres cuya relácion acabais de leer.

Jerónimo se ocupaba noche y dia en estudiar y escribir; y amando á la Iglesia como un hijo ama á su madre, estuvo siempre pronto á refutar con infatigable energía todas las herejías de su tiempo. Los Luciferianos, que acusaban á la Iglesia de excesiva indulgencia para con los penitentes; los Helvidianos, que negaban la perpétua virginidad de la augusta María; Joviniano, que disfamaba el estado de las Vírgenes y predicaba la rebelion contra las leyes de la

[1] Epist. XVII, pag. 126.

Iglesia; Vigilancio, que condenaba como idólatras á los que veneraban las reliquias de los Santos, cayeron sucesivamente bajo las garras del leon del desierto, confundiéndolos el Santo con lógica tan vigorosa y tal fuerza de estilo que les redujo á no saber qué decir.

El Pelagianismo, que empezaba á propagarse por el Oriente, halló en Jerónimo un terrible adversario, pues lo refutó en un célebre diálogo que puso á los fieles en guardia contra tan perniciosa herejía.

À las continuas inquietudes que le causaban el peligro de los fieles de Oriente, y las pérdidas que la Iglesia habia experimentado á causa del cisma y de la herejía, unióse la noticia del saqueo y pillaje de Roma por los vándalos; un hambre espantosa puso fin á los horrores de que fue víctima aquella ciudad: viéronse familias enteras huir sin vestidos, sin víveres, sin dinero, y los descendientes de los señores del mundo reducidos á la mendicidad. Los hombres y las mujeres abandonaban su patria para evitar la muerte; hundíanse en los desiertos ó en terrenos pantanosos; muchos se refugiaron en Belen, y san Jerónimo, que no pudo contener sus lágrimas á la vista de tantos desgraciados, hizo cuanto le fue posible para alimentarlos, consolarlos y procurarles un asilo.

Uno de los mas insignes servicios que el santo Doctor prestó á la Iglesia fue el de revisar el texto de la Biblia, y corregir las faltas que habian podido deslizarse en las varias versiones de los Libros sagrados. El Santo emprendió tan grande y penoso trabajo á ruegos del papa Dámaso, y lo concluyó con grandes aplausos de todo el mundo católico. La austeridad del Santo anacoreta no era inferior á su celo por la Iglesia y á su aplicacion al estudio; habíase retirado á la soledad, dice él mismo, á fin de llorar sus pecados en el fondo de una celda mientras esperaba el dia del juicio; preferia los vestidos mas groseros y los alimentos mas viles, tanto que solo comia pan negro y algunas yerbas, y aun en pequeña cantidad. Consumido por el trabajo y la penitencia, el noble vencedor de los vicios y de las herejías fué á descansar en el seno de Dios, por el cual tan valerosamente habia combatido, el dia 30 de setiembre del año 420 [1].

[1] Las principales obras de san Jerónimo son:

1.° Sus *Comentarios sobre la Escritura;*

2.° Sus *Epístolas* y sus *Vidas de los Padres del desierto;*

3.° Sus libros *contra Helvidio, Joviniano y Vigilancio.*

El P. Martianay, benedictino de la congregacion de san Mauro, publicó una

Las gloriosas victorias conseguidas contra el cisma y la herejía por san Jerónimo, por san Juan Crisóstomo y por los demás doctores del siglo V, no nos causarán admiracion alguna, si, penetrando en el desierto, consideramos los numerosos Moiseses que oraban en la montaña. Mientras que el mundo era presa de una agitacion continua, reinaba en la soledad una calma perfecta; dábanse allí grandes ejemplos á los gentiles para convertirles, á los malos cristianos para desprenderles del mundo, y á los fieles discípulos de Jesucristo para alentarles, al mismo tiempo que se arrojaba en la balanza de la justicia divina una inmensa expiacion, la que aseguraba la victoria á la Iglesia y el perdon á los culpables. Entre aquellos intercesores enviados en aquella época al desierto, citarémos particularmente á san Arsenio y á san Gerásimo.

Arsenio, romano de nacimiento, de familia ilustre y de raras prendas, instruido perfectamente en las ciencias divinas y humanas, llevaba en Roma una vida retirada, cuando el emperador Teodosio el Grande rogó al papa Dámaso le buscase un profesor para sus dos hijos Arcadio y Honorio; el santo Pontífice fijó su vista en Arsenio y le envió á Constantinopla, donde fue recibido por Teodosio con señaladas muestras de distincion, elevado á la dignidad de senador, mandando el Príncipe que fuese respetado como el padre de sus hijos, cuyo tutor y preceptor le nombraba; quiso además que tuviese un magnífico tren, y puso á su disposicion cien criados, todos ricamente vestidos. Cierto dia en que el Emperador entró en el aposento de sus hijos para asistir á sus lecciones, vióles sentados mientras que Arsenio se mantenia de pié, lo cual le causó tanto enojo, que por algun tiempo despojó á sus hijos de las insignias de su dignidad, ordenando que durante sus lecciones estuviesen de pié y Arsenio sentado; las reprensiones paternas en nada pudieron cambiar el carácter de Arcadio, y habiendo un dia cometido alguna falta, fue castigado por Arsenio, logrando este ofenderle, sí, su extremado amor propio, pero no hacerle abandonar su obstinacion y terquedad. Arsenio aprovechó esta ocasion para realizar el proyecto que de abandonar el mundo tenia formado desde mucho tiempo, y en el año 394, cuando contaba cuarenta años de edad, y despues de haber vivido once en la corte de Constantinopla, se retiró al desierto de Scete, en Egipto.

edicion de san Jerónimo. París, 1683, 1704, 5 tom. en fólio; pero su edicion deja algo que desear.

Admitido despues de rudas pruebas en el monasterio de San Juan, Arsenio se distinguió entre todos los anacoretas por su humildad y su fervor. En un principio se permitia inadvertidamente ciertas acciones á las que se habia acostumbrado en el mundo, y que aunque inocentes en sí mismas parecian anunciar ligereza é inmortificacion, como era por ejemplo su costumbre de estar con las piernas cruzadas; los antiguos religiosos que le respetaban extremadamente no quisieron advertírselo en una reunion pública de todos los hermanos, mas el abad Pastor se valió para ello de la siguiente estratagema: convino con su monje que guardase aquella misma postura, por la que él le reprenderia como contraria á la modestia religiosa, y asimismo se hizo. El monje escuchó la reprension en silencio y sin contestar nada para excusarse, por lo que Arsenio conociendo que habia querido dársele una advertencia indirecta, veló en adelante sobre sí mismo y se corrigió.

Entre los monjes de Scete no habia otro tan miserablemente vestido como él, y con ello trataba de castigarse por la exterior magnificencia que desplegara en la corte. Habiendo caido enfermo, el Presbítero del desierto le hizo conducir á su habitacion, inmediata á la iglesia, y allí le acostaron sobre una estrecha cama de pieles de animales, y pusieron bajo su cabeza una modesta almohada; uno de los solitarios entró á visitarle, mas escandalizado al verle acostado de aquel modo, preguntó si era el abad Arsenio; entonces el Presbítero le llamó aparte y le dijo: «¿Qué profesion ejercíais en el mun-«do antes de ser monje? — La de pastor, contestó, y á duras pe-«nas podia vivir. — ¡Pues bien! repuso el Presbítero, cuando estaba «en el mundo Arsenio era el padre de los Emperadores; tenia á sus «órdenes á cien esclavos cubiertos de seda, y adornados con braza-«letes y cinturas de oro; acostábase en lechos magníficos; al paso «que vos, que érais pastor, os hallábais peor en el mundo que aquí.» Conmovido el buen monje por tales palabras, se prosternó diciendo: «Perdonadme, padre mio, he pecado; reconozco que Arsenio está «en la verdadera via de la humillacion;» y se retiró en seguida edificado en extremo.

Un oficial del Emperador trajo cierto dia á Arsenio el testamento de un pariente suyo, senador, el cual antes de morir le habia instituido su heredero; el Santo le preguntó el tiempo que habia pasado desde la muerte de su pariente: «Pocos meses, contestó el

«oficial. — Mucho mas tiempo hace que he muerto yo, replicó Ar-
«senio, y por lo tanto no puedo heredarle.» Aquel varon eminente, que habia visto todo lo mas halagüeño que ofrece el mundo, estaba de tal modo disgustado de él, que cada año solemnizaba el dia en que Dios le habia hecho la gracia de retirarse del siglo; su modo de celebrarlo era comulgar, dar limosna á tres pobres, comer unas cuantas legumbres cocidas, y dejar su celda abierta para cuantos solitarios le visitasen [1].

Nada podia compararse con su humildad sino su mérito; con un gran fondo de ciencia, con un buen decir poco comun, con un exterior imponente por su talla elevada, por sus cabellos y por su larga barba que le llegaba hasta la cintura, tenia toda la reserva y modestia de los solitarios mas jóvenes. Cierto dia en que consultaba á uno de los antiguos Padres, anciano virtuoso, pero muy sencillo, uno de los hermanos le dijo: «Padre Arsenio, ¿cómo recurrís á se-
«mejante guia, vos que poseeis todas las ciencias de los griegos y
«de los romanos?» Á lo que contestó: «Sin duda que he estudiado
«mucho las ciencias de Roma y de Atenas, mas ignoro hasta el al-
«fabeto de las de los Santos, en las que este buen Padre es mi maes-
«tro consumado.»

Para ejercitarse en la práctica de todas las virtudes, las que convierten al hombre en un ángel en la tierra, dirigíase con frecuencia esta pregunta tan celebrada despues: «Arsenio, ¿por qué has aban-
«donado el mundo, y por qué has venido aquí?»

Cincuenta años habia que aquel grande expiador de los crímenes del mundo, aquel sublime intercesor de la Iglesia cerca de Dios, cumplia, entre lágrimas y penitencias, su elevada mision, llenando los desiertos con la luz de sus ejemplos, cuando Dios le llamó para recompensarle. El temor del juicio de Dios le hizo derramar llanto, mas no turbó el reposo de su alma hermosa; el abad Pastor, testigo de su muerte, exclamó: «¡Dichoso Arsenio por haber llorado sobre
«sí mismo mientras ha estado en la tierra! Los que no lloran en esta
«vida, llorarán eternamente en la otra.» Arsenio murió en 449 á la edad de noventa y cinco años.

Á medida que aumentaban los desórdenes, las revoluciones y los crímenes del mundo, Dios, que equipara siempre los medios de defensa á los ataques del enemigo, poblaba los desiertos de una mul-

[1] In eius vita.

titud siempre creciente de santos solitarios : en aquella época debe fijarse la fundacion de las *lauras*, tan célebres en todo el Oriente como gratas al corazon de los Cristianos; para formarse de ellas una idea, figuraos en medio de una dilatada soledad un vasto terreno de forma circular, cuyo centro está ocupado por una iglesia donde reside el Dios del cielo, y cuya circunferencia fórmanla numerosas celdas, aisladas unas de otras, y habitadas por solitarios, ó mas bien por ángeles.

Las primitivas fueron fundadas á algunas leguas de Jerusalen y á orillas del Jordan, en aquellos lugares cuyos ecos resonaban aun con la voz de los Profetas, de Juan Bautista y del divino Maestro, siendo otra de las mas célebres la de san Gerásimo.

Edificada en el año 440 á un cuarto de legua del Jordan, componíase de setenta celdas; los religiosos si bien se mantenian solos en sus celdas durante cinco dias de la semana, no tomando por todo alimento sino pan, agua y unos pocos dátiles, vivian en sociedad y bajo la obediencia de un superior : los sábados y domingos concurrian todos á la iglesia, cantaban en comunidad alabanzas á Dios, participaban de los santos misterios, comian juntos algun manjar cocido y bebian un poco de vino; mas despues de las Vísperas del domingo volvian todos á sus celdas, llevándose pan, agua y dátiles para alimentarse durante los cinco dias que debian permanecer solos. Sus ocupaciones eran el trabajo manual y la oracion, no pudiendo jamás encender fuego, ni aun lámparas para leer por las noches; era igualmente una ley entre ellos, que al salir de sus celdas dejasen las puertas abiertas, á fin de indicar que nada poseian en propiedad, y que sus hermanos podian disponer de sus escasos muebles, perpetuando así el espíritu de caridad de los primeros cristianos. San Gerásimo murió en el año 475 [1].

En los desiertos, así de Oriente como de Occidente, encontramos á cada paso vida tan perfecta; oigamos á un testigo presencial, á san Juan Crisóstomo, al describir la vida de los anacoretas que habitaban en las montañas vecinas de Antioquía.

«Levántanse, dice, al primer canto del gallo y á media noche; «despues de recitar los Maitines y las Láudes, ocúpanse, cada uno «en su celda, en leer la Escritura ó en copiar libros; luego se diri«gen todos á la iglesia para recitar Tercia, Sexta, Nona y Víspe-

[1] Helyot, t. I, pág. 164.

«ras, volviendo en seguida á sus celdas silenciosamente. Jamás cam-
«bian entre sí la menor palabra; su conversacion es con Dios, con
«los Profetas y los Apóstoles, cuyos divinos escritos meditan de con-
«tinuo.

«Su alimento consiste en un poco de pan y de sal; algunos aña-
«den un poco de aceite, y los enfermos una escasa cantidad de yer-
«bas y de legumbres; terminada la comida, toman algunos instan-
«tes de reposo, segun uso de los orientales, y vuelven á sus traba-
«jos, que consisten en hacer cestos y cilicios, en cultivar la tierra,
«en cortar los bosques, en preparar la comida, en lavar los piés á
«los huéspedes, á los que sirven con suma caridad, sin examinar si
«son ricos ó pobres: una estera extendida en el suelo les sirve de
«cama, y sus vestidos están formados con pelo de cabra ó de ca-
«mello, ó con pieles trabajadas tan groseramente que el mendigo
«mas miserable se negaria á cubrirse con ellas.

«Sin embargo entre ellos los hay nacidos en el seno de la opu-
«lencia y crecidos entre todas las comodidades, lo cual no impide
«que todos vayan descalzos, que no posean nada en propiedad, y
«que se haga un fondo comun que se destina á las necesidades in-
«dispensables de la naturaleza: es cierto que suceden en las heren-
«cias de sus padres y parientes, pero únicamente para distribuir-
«las entre los pobres, y al mismo uso destinan cuanto pueden ahor-
«rar sobre el producto de su trabajo. Entre todos no tienen mas que
«un corazon y un alma; jamás se les oye pronunciar los nombres de
«*tuyo* y de *mio*, inventados por el espíritu de propiedad, y que tan-
«tas veces destruyen los lazos de la caridad; en sus celdas reina una
«paz inalterable y una alegría pura que en vano se buscaria en las
«mas envidiadas posiciones del mundo.

«Los anacoretas terminan la oracion de la tarde con severas refle-
«xiones sobre el juicio final, á fin de excitarse á la vigilia cristiana
«y prepararse mas y mas para dar al Señor la rigurosa cuenta que
«todos le debemos [1].»

San Crisóstomo observó siempre esta práctica, cuya utilidad le habia demostrado la experiencia, y la recomienda eficazmente en sus obras, lo mismo que la del exámen vespertino. ¿No es verdad que no será su ejemplo perdido para vosotros?

[1] Lib. II *De Compunct.* pag. 182. Homil. LXXII in Matth.; lib. III contra Vitup. vitae monast., c. 14.

El mundo no solo necesitaba de aquellas legiones de poderosos intercesores para defenderse contra los incesantes ataques de los herejes, sino tambien para salvarse de las invasiones de los bárbaros. Los primeros, mas crueles que los hunos y los vándalos, habian asaltado el redil del Señor.

En el año 431, el concilio de Éfeso, tercero ecuménico, condenó á Nestorio, el cual pretendia que la santísima Vírgen no era madre de Dios; y la decision del concilio, presidido por san Cirilo de Alejandría en nombre del papa Celestino, fue recibida por todos los fieles con unánimes aclamaciones; sin embargo, el demonio, autor de todas las herejías, no tardó en inspirar á Eutiques, quien sostuvo que solo habia en Jesucristo una sola naturaleza. Gracias al celo de san Leon, reunióse en Calcedonia un concilio general, compuesto de seiscientos Obispos y presidido por los legados de la Santa Sede; inauguróse la asamblea con la lectura de una carta en la cual el Sumo Pontífice explicaba claramente la doctrina católica sobre el misterio de la Encarnacion atacado por Nestorio y Eutiques; y apenas los Padres se hubieron enterado de ella, cuando exclamaron unánimemente que habia sido dictada por el Espíritu Santo, que Pedro habia hablado por boca de Leon, y que debia servir de norma á toda la Iglesia. En la epístola sinodal que los Padres de Calcedonia dirigieron á san Leon despues de la celebracion del concilio, le ruegan que confirme sus decisiones, y le dicen: «Nos habeis presidido, como la cabeza preside á los miembros.» El santo Pontífice confirmó todos los decretos relativos á materias de fe, los que fueron recibidos con gran respeto por toda la Iglesia. El concilio de Calcedonia es el cuarto general.

Mientras que san Leon rechazaba con una mano los ataques de los herejes, detenia con la otra á los bárbaros que invadian el Imperio. En efecto, vemos en el siglo V salir del Norte de Europa y de Asia innumerables hordas de semisalvajes, las cuales, precipitándose sobre el Imperio romano, conmuévenlo por todas partes, apodéranse de sus mas bellas provincias, pasan á cuchillo á los habitantes, y plantan sus movibles tiendas sobre las ruinas de los palacios y de las ciudades; en el año 408, los alemanes se establecen á orillas del Rhin, desde Basilea hasta Maguncia; los borgoñones ocupan la Suiza y todo el país que se extiende hasta el orígen del Sena

y del Loira; los vándalos asolan las Galias, no tardando esta floreciente comarca en verse cubierta de ruinas y de devastacion; terminada su destructora obra, los mismos bárbaros entran en España cual torrente impetuoso, y fundan allí un establecimiento á expensas de los romanos.

La Providencia lo permitia de este modo, por dos razones: la primera, á fin de castigar á la antigua sociedad gentílica que se habia embriagado con la sangre de los Mártires, que habia dominado el mundo por espacio de tantos siglos, y que á pesar de las repetidas predicaciones de los Cristianos habia cerrado los ojos á la luz del Evangelio; y la segunda, á fin de hacer pasar la antorcha de la fe á nuevos pueblos que se aprovecharian de ella. Tal es la invariable conducta del Señor; cuando un pueblo rehusa convertirse, lo abandona, y llama á otro que llena de gozo á la Iglesia por su docilidad; el pueblo abandonado no tarda en ser castigado, y su ruina y sus desgracias, que son un monumento de la justicia de Jesucristo, contribuyen al afianzamiento de su imperio.

Entre los terribles guerreros que durante el siglo V sembraron el terror y la desolacion en el Imperio romano, hubo dos cuyo solo nombre espanta todavía, y fueron Alarico y Átila.

Alarico, rey de los godos, arrojóse sobre la Italia como un torrente que ha roto sus diques, y desoló cuanto se opuso á su paso, hallándose á las puertas de Roma en el año 410; y aquella orgullosa ciudad, la soberbia señora del mundo, despues de sufrir durante un prolongado sitio todos los horrores del hambre, fue tomada entre las tinieblas de la noche, y abandonada por el vencedor á la discrecion de sus bárbaros soldados, presenció la mas horrible devastacion que vieron los siglos; únicamente se salvaron los que se habian refugiado en las iglesias de San Pedro y de San Pablo. El fuego unióse al saqueo y al asesinato; el estrépito de los edificios que se desplomaban devorados por las llamas; los insultos, los gritos, el espanto, los tormentos, producian por todas partes una horrible confusion, y como si el cielo se hubiese armado tambien para castigar á la Babilonia culpable, una furiosa tempestad completó los horrores de los godos; los rayos incendiaron varios templos, y redujeron á cenizas aquellos ídolos, antes adorados y conservados por los Emperadores cristianos para adorno de la ciudad. Así perdió Ro-

ma, en un solo dia la hermosura que la hacia la primera ciudad del universo, quedando para siempre mancillada la majestad del nombre romano.

La Religion, que ya esta vez libró á Roma de una entera ruina, la salvó de nuevo de los furores de Átila, y bien puede decirse que los Papas fueron los conservadores de la ciudad eterna. Átila, rey de los hunos, despues de haber pasado el Danubio y el Rhin al frente de un innumerable ejército, penetró en las Galias á sangre y fuego, y se dirigió hácia Italia; enviado por Dios para castigar la molicie y la corrupcion de los decrépitos romanos, tenia la conciencia de su terrible mision, y en sus cartas se titulaba *el espanto del universo y el azote de Dios* [1], acostumbrando decir que las estrellas caian en su presencia, que la tierra temblaba bajo su planta, y que era un martillo para el universo entero [2]. Por espacio de veinte años destruyó las ciudades y los tronos, y distribuia entre sus soldados la mayor parte de las riquezas que arrebataba de los palacios de los Reyes, pues descansaba de sus expediciones en una cabaña, y servíanle la comida en un plato de madera. Átila era de pequeña estatura, pero muy robusto; tenia la voz fuerte y sonora, y los reyes que arrastraba tras sí decian no poder soportar la severidad de sus miradas.

Durante la primavera del año 452, Aquilea, Milan y todas las ciudades de la alta Italia caen con estrépito á los repetidos golpes del Bárbaro; las legiones romanas huyen espantadas, y el devastador torrente se dirige contra Roma con una rapidez siempre creciente, cuando san Leon halla en su fe el valor de oponerle un dique: parte, Roma entera le acompaña con sus oraciones, y el dia 11 de junio de 452 llega al campo de Átila, establecido cerca del lago de Garde, á orillas del Mincio, no léjos de la actual ciudad de Peschiera. Al llegar aquí ofrécese á la imaginacion uno de los mas grandes espectáculos que le sea dable concebir; la barbarie y la civilizacion, el Cristianismo y el Paganismo, el hombre de sangre y el hombre de Dios, la fuerza moral y la fuerza material, en una palabra, Leon y Átila están frente á frente; ¿quién de los dos triunfará? Para contestar, preciso es traer á la memoria que el Dios que vela por la Iglesia es el mismo que dijo al mar: «Hasta aquí llegarás,

[1] Metus orbis et flagellum Dei.

[2] Stellas prae se cadere, terram tremere, se malleum esse universi orbis.

«y aquí, un grano de arena humillará el orgullo de tus olas.» Al ver á Leon el Bárbaro permaneció inmóvil, mudo, y solo recobra la palabra para decir á sus oficiales admirados, que al lado del Pontífice ha visto á otro Pontífice lleno de majestad, que le amenazaba de muerte si no obedecia á Leon; Átila, aterrorizado, manda la retirada, retrocede, y abandona la Italia. Tres años despues, en 455, el mismo Pontífice salvó á Roma por segunda vez, pues habiéndose apoderado de la ciudad Genserico, rey de los vándalos, suplicóle que prohibiese á sus tropas el incendio y el derramamiento de sangre; lo que le fue concedido [1].

En aquel mismo tiempo, una pastora, santa Genoveva, libraba á París de los furores de Átila, habiendo obtenido del cielo con sus fervientes oraciones, que no entrase en la ciudad el bárbaro conquistador. Así es como Dios da en todos tiempos defensores á su Iglesia y á los pueblos hijos de la misma; defensores de la fe, de la vida y de la civilizacion á quienes hoy el mundo desprecia.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los insignes ejemplos de virtud que nos disteis en las personas de san Arsenio, de san Jerónimo y de san Juan Crisóstomo; hacednos la gracia de que imitemos su humildad y su caridad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me preguntaré con frecuencia: ¿Por qué soy cristiano?*

[1] Véase este hecho en las *Tres Romas*, t. III, pág. 544 y sig.

LECCION XXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS V Y VI).

Juicio de Dios sobre el Imperio romano.—La Iglesia propagada: conversion de la Irlanda; conversion de los franceses; santa Clotilde.—Continuacion del juicio de Dios sobre el mundo antiguo.—La Religion salva las ciencias y crea una nueva sociedad.—San Benito; poder de su Órden; servicios que presta á la Europa.—La Iglesia afligida en Oriente: violencia de los Eutiquianos;—defendida: quinto concilio general.

Á pesar de los esfuerzos de los santos Doctores y de las oraciones de los solitarios, los herejes y los antiguos gentiles continuaban cerrando los ojos á la luz, y los sectarios hacian grandes esfuerzos para aumentar sus filas: estos hombres se habian hecho indignos de la verdad, y la justicia de Dios arrebatándoles la sagrada antorcha que en su divina misericordia les presentara, la llevó á otros pueblos, pues la Iglesia nada puede perder, y nuevos hijos la consolarán siempre de la apostasía de los que la abandonan.

De repente conmuévese el Norte de la Europa y del Asia; é innumerables enjambres de pueblos bárbaros acuden á recoger el precioso maná de la verdad que el Gentilismo desprecia; su doble mision consiste en castigar al Imperio romano por su ingratitud, por sus crímenes y por su tenaz rebelion contra el Cordero dominador del mundo, y consolar á la Iglesia, convirtiéndose para ella en otros tantos hijos, modelo de docilidad. Empiezan por ejecutar la primera, y el inmenso coloso que por tanto tiempo llenara el mundo, y que bebiera durante tres siglos la sangre de los Mártires, cae á sus golpes, gritando los esparcidos miembros de su cadáver á los siglos venideros: «De este modo perecerán los imperios que digan: «No «quiero que el Cristo reine en mí.»

Establécense los bárbaros sobre las ruinas del mundo antiguo, y preséntase á ellos la amable hija del cielo, la Religion de la caridad: su dulce voz de madre hiere los oidos de los indomables vencedores, los leones deponen su fiereza, y mientras espera que pueda conver-

tirlos en cristianos, la Iglesia los convierte en hombres. Este milagro se verifica insensiblemente, y créase un nuevo mundo, miéntras que se obra un nuevo prodigio que mas de una vez hemos tenido ocasion de indicar.

El sol que ilumina la naturaleza no pasa de un punto á otro del cielo con mas exactitud, que el sol de la verdad á bañar con sus rayos á una nueva region, cuando un pueblo culpable ha despreciado su luz. Así, en el preciso momento en que las herejías de que hemos hablado en la leccion anterior arrebataban á la Iglesia numerosos hijos, la sagrada antorcha era colocada en manos de un jóven santo, encargado de hacerla brillar á los ojos de una nacion entera; san Patricio, al convertirse en apóstol de la Irlanda, conquistó para Jesucristo una de las mas hermosas partes del redil divino, y quizás la mas fiel entre todas.

San Patricio nació en una aldea de Inglaterra, si bien era romano de orígen, y se cree que su madre era sobrina de san Martin, obispo de Tours; Patricio fue educado en la religion cristiana, y habiendo á la edad de quince años cometido una falta que parece no debió ser muy considerable, sintió tan crueles remordimientos, que la lloró el resto de su vida; mas Dios le proporcionó los medios de devolverle mucha mas gloria que la que habia podido quitarle. Apenas habia cumplido diez y seis años, cuando una tropa de bárbaros le arrebató de su país, junto con varios esclavos y vasallos de su padre; conducido á Irlanda, vióse reducido á la necesidad de guardar ganados, y en medio de los bósques y en la cima de los montes su cuerpo sufrió hambre, frio, llúvias y nieves; pero Dios, que se apiadó de su alma, le reveló toda la extension de sus deberes, y le inspiró la voluntad de cumplirlos estrictamente.

Fiel á la gracia, Patricio miró su estado como cristiano que era, y solo buscó los medios de santificarse; la resignacion y la oracion hiciéronle soportar sus trabajos con alegría, hasta que pudo volver á su patria despues de seis años de esclavitud; llegado allí, Dios le manifestó con varias visiones que se serviria de él para la conversion de la Irlanda, y entre otras cosas parecióle ver á todos los niños de aquel país tendiéndole los brazos desde el regazo de sus madres, implorando su socorro con gritos que partian el corazon.

San Próspero dice que Patricio recibió su mision para la Irlanda del papa san Celestino, quien le consagró obispo de aquel país.

Lleno del espíritu apostólico, Patricio de regreso á su patria abandonó valerosamente á su familia; vendió, como dice él mismo, su nobleza para servir á una nacion extranjera, y marchó á Irlanda á fin de trabajar en la extincion de la idolatría. Despues de recorrer toda la isla, penetrando hasta en los mas ocultos lugares, sin temer los peligros á que se exponia, sus predicaciones, robustecidas con su angélica paciencia en los sufrimientos, produjeron efectos admirables, y antes de su bienaventurada muerte, acaecida en el año 464, tuvo el consuelo de ver á cási toda la Irlanda adorando al verdadero Dios.

¡Salve, santa iglesia de Irlanda, vírgen del Norte, adornada con una corona de lirios y de rosas, símbolo de la integridad de tu fe y de la constancia de tu valor en medio de las mas sangrientas persecuciones! Cifra tu esperanza en el Dios de los oprimidos y de los Mártires; el que rompió el cetro de Neron y de Diocleciano, sabrá librarte del yugo que los tiranos y los expoliadores hacen pesar tantos siglos ha sobre tu frente inmaculada.

La antorcha del Evangelio pasó de las manos de Patricio á las de una jóven princesa, conservada milagrosamente entre el asesinato de toda su familia; el nuevo apóstol, que al convertir á los franceses debia granjearles mas gloria y honor que todas las conquistas de sus valientes capitanes, fue santa Clotilde.

Clotilde fue hija de Chilperico, hermano de Gondebaldo, rey de los borgoñones, el cual manchó sus manos con la sangre de su hermano, de su cuñada y de los príncipes sus hijos, para asegurarse la posesion de sus dominios, perdonando únicamente á dos hijas de Chilperico, dotadas de rara hermosura y que no eran temibles á causa de su tierna edad. La mayor fue encerrada en un monasterio, donde profesó, y Clotilde permaneció en la corte de su tio, teniendo la felicidad de ser educada en la religion católica, á pesar de vivir entre Arrianos; desde su mas temprana edad se acostumbró á despreciar el mundo, sentimiento que se robusteció mas y mas en ella por la práctica de las obras de piedad, y su inocencia no sufrió el mas ligero menoscabo por los seductores encantos de la vanidad que por todas partes la rodeaban.

Clodoveo, rey de los francos, destructor del poder romano en las Galias, pidióla en matrimonio: su demanda fue satisfactoriamente contestada, con la condicion empero de que se dejase en libertad á

la princesa para profesar su religion; y su enlace se verificó en Soissons, en 493, en medio de grandes solemnidades. Clotilde mandó construir en el palacio de su marido un pequeño oratorio, donde pasaba mucho tiempo en oracion; tambien practicaba gran número de secretas mortificaciones, pero como la prudencia presidia á todos sus ejercicios, no faltaba á ninguna de las exigencias de su estado. La igualdad de su carácter, su dulzura, su condescendencia, no tardaron en granjearle el amor de su esposo, y al verse enteramente dueña de su corazon, solo pensó en ejecutar el proyecto que tenia formado de convertirle á Jesucristo.

Con frecuencia le hablaba de la vanidad de los ídolos y de la excelencia de la religion cristiana, y si bien Clodoveo la escuchaba siempre con placer, no habia llegado aun el momento de su conversion. ¡Ánimo, santa princesa! Continuad en vuestras oraciones y buenas obras; Dios, que tiene en sus manos el corazon de los reyes, no tardará en abrir á la verdad el de vuestro esposo. En efecto, algunos años despues, estando Clodoveo en guerra con los alemanes, dióles la batalla de Tolbiac, cerca de Colonia; en medio de la pelea, introdúcese el desórden en sus filas; él mismo va á caer prisionero; invoca á sus dioses, y permanecen sordos; ya no le es dable detener á los fugitivos, cuando en trance tan funesto acuérdase del Dios de Clotilde, le invoca, y promete adorarle si consigue la victoria. En un instante cambia el aspecto del combate; los alemanes son derrotados, mientras que el Rey expide un correo á Clotilde anunciándole lo que acaba de suceder: la piadosa princesa, fuera de sí de alegría, se pone al momento en marcha, y encuentra al Rey en Reims.

San Remigio, obispo de aquella ciudad, completó la instruccion del arrogante vencedor, el cual ni un solo instante pensó en diferir su conversion; por el contrario reunió á sus soldados y exhortóles á seguir su ejemplo, renunciando á ídolos vanos para adorar al Dios á quien debian la victoria, cuando fue interrumpido por las aclamaciones de los francos: «Renunciamos á los dioses mortales, «gritaban todos; estamos prontos á adorar al verdadero Dios, al Dios «que Remigio predica [1].» Fijóse el Bautismo para el dia de la víspera de Navidad, y Remigio, que deseaba impresionar la imagina-

[1] Véanse en Baronio las notables profecías de san Remigio á Clodoveo sóbre los destinos de la Francia.

cion de los franceses con lo mas augusto que tiene en sus ceremonias la Religion, nada omitió para revestir á aquella de toda su brillantez; por su órden, la iglesia y el baptisterio fueron alfombrados con riquísimas tapicerías, y encendiéronse miles de luces, en cuya cera se mezclaron preciosos perfumes, de modo que el sagrado lugar parecia lleno de un olor celeste. Nada mas magnífico que la marcha de los nuevos catecúmenos: las calles y las plazas públicas habian sido ricamente adornadas, y desde el palacio de Clodoveo hasta la iglesia marcharon en procesion, con los santos Evangelios y la cruz, entonando himnos y letanías; san Remigio llevaba á Clodoveo de la mano, seguia la Reina con las dos princesas, hermanas de Clodoveo, y cerraban la comitiva mas de tres mil hombres de su ejército, oficiales en su mayor parte, á quienes su ejemplo habia ganado para Jesucristo.

Llegado el Rey al baptisterio, pidió el Bautismo, y el santo Obispo, desplegando entonces la autoridad que solo pertenece al ministro del sumo Dueño, y usando un lenguaje de que la historia profana no presenta ejemplo alguno, le dijo: «Orgulloso sicambro, humilla tu frente; adora lo que has quemado, y quema lo que has «adorado [1].» Clodoveo, manso y dulce como un cordero, se inclinó bajo la mano del Pontífice, y despues de confesar la fe de la Trinidad, recibió el agua sagrada y la uncion del santo crisma; los tres mil franceses que le acompañaban, sin contar las mujeres y los niños, fueron bautizados al mismo tiempo por los obispos y demás ministros que habian acudido á Reims para esta ceremonia; una de las hermanas de Clodoveo recibió tambien el Bautismo, y la otra, que era cristiana, pero que habia tenido la desgracia de caer en la herejía, fue reconciliada con la Iglesia. Estos sucesos acontecieron en el año 496 [2].

La noticia de la conversion de Clodoveo sembró la alegría en todo el mundo cristiano, pues era en aquella época el único soberano católico; los demás eran ó gentiles ó herejes. Despues de haber abrazado la verdadera fe, aquel príncipe no cesó de practicarla, noble ejemplo que han imitado sus sucesores por espacio de muchos siglos, y que les ha valido el glorioso título de *Reyes cristianísimos*.

[1] Mitis depone colla, Sicamber; adora quod incendisti, incende quod adorasti.

[2] San Gregorio de Tours. (*Hist. franc.; Hist. comp. de la Igl.*).

Por su parte Clotilde no cesaba de dar gracias á Dios por la conversion de su esposo; y despues de la muerte de este, retiróse á Tours, cerca del sepulcro de san Martin, donde pasó el resto de sus dias en la oracion, el ayuno, las vigilias y otras prácticas de penitencia, pareciendo haber olvidado completamente que hubiese sido reina y que sus hijos se sentasen en el trono. Como predijo su muerte treinta dias antes de que aconteciese, recibió los Sacramentos y entregó tranquilamente su hermosa alma al Criador el día 3 de junio del año 545. Desde el bautismo de Clodoveo datan los largos siglos de gloria y de ventura que hicieron de la Francia la primera de las naciones [1] por sus costumbres, por sus luces y por su influencia; ¡feliz ella si jamás hubiese olvidado el principio de su prosperidad!

Todos los pueblos bárbaros, los francos, los borgoñones, los godos, los vándalos, los hunos, los alanos, los lombardos, y tantos otros que por espacio de un siglo viéronse llegar de los confines del Norte, debian acogerse sucesivamente en el regazo de la Iglesia; y mientras llegaba este momento, cumplian inflexiblemente su terrible mision de aniquilar el mundo antiguo. Así los monumentos del genio como las obras maestras de las artes se desplomaban rápidamente bajo su hacha destructora: las riquezas de la antigüedad iban á desaparecer para siempre, si la Providencia no hubiese velado en su conservacion; y nosotros, descendientes de aquellos terribles misioneros, nos hubiéramos visto privados sin recurso de las luces de Roma y de Atenas, y hasta hubiésemos ignorado el nombre de tantos famosos varones que son en el dia objeto de nuestra admiracion.

Entonces Dios suscitó á un hombre digno de la eterna gratitud de los siglos; á un hombre que salvó los monumentos del genio antiguo y conservó la preciosa semilla de la ciencia; á un hombre que fue el patriarca de la vida religiosa en Occidente, ó al menos, que dió una forma perfecta á tan respetable estado; este hombre fue san Benito.

[1] Que la Francia es *la primera nacion del mundo*, que su trono es *el mas bello trono del mundo*, etc., etc., no hay libro en que los franceses no lo digan. Dejémosles mecerse en su orgullo. Y si aun en materias de Religion han observado ya los lectores que GAUME habla poquísimo de la España, al paso que hace resaltar lo de las demás naciones, especialmente lo de la suya, sepan que este es achaque general entre los *incomparables* habitantes de allende los Pirineos. Sin embargo, yo creo que la España nada tiene que envidiar á la Francia. *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

El padre de la Europa civilizada nació á mediados del año 480 en Nursi, ciudad episcopal del ducado de Espoleto, en Italia, y así que tuvo la edad necesaria para emprender el estudio de las ciencias, fue enviado por sus padres á las escuelas públicas de Roma; mas temiendo el angélico niño que el fatal ejemplo de tantos jóvenes hiciese impresion en su corazon, partió de Roma y se retiró al desierto de Sublaco, apartado como seis leguas de aquella capital. Una cueva húmeda y baja servíale de habitacion, en la que no se crea que el demonio le dejase tranquilo; por el contrario tentóle cierto dia tan vivamente, que para rechazar la tentacion el siervo de Dios revolcóse desnudo entre espinas, no levantándose hasta que vió su cuerpo cubierto de sangre; pero aquellas heridas apagaron las impuras llamas de la concupiscencia, cuyo aguijon funesto no sintió de nuevo [1].

La fama de su santidad aumentaba de dia en dia; así que, se vió el Santo rodeado de numerosos discípulos, con los cuales no tardó en levantar doce monasterios, en cada uno de los cuales puso doce religiosos con un superior, contándose entre aquellos nuevos hijos de la penitencia á muchos personajes ilustres, entre otros á Mauro y á Plácido, ambos hijos de senadores. Benito abandonó el desierto de Sublaco para retirarse al Monte-Casino, en el reino de Nápoles, en cuya cima habia un antiguo templo y un bosque consagrado á Apolo, el cual contaba en aquel punto con algunos adoradores; estos restos de idolatría inflamaron el celo del siervo de Dios, el cual predicó el Evangelio, haciendo gran número de conversiones con la fuerza de sus discursos y de sus milagros. Dueño del terreno, rompió el ídolo y cortó el bosque, elevando sobre sus ruinas dos oratorios ó capillas, bajo la invocacion de san Juan Bautista y de san Martin: tal fue el orígen del célebre monasterio del Monte-Casino, cuyos cimientos puso Benito en 527 á los cuarenta y ocho años de su edad.

En Monte-Casino escribió Benito su regla, y allí mismo fundó la Órden para siempre ilustre de los Benedictinos; Dios, que le habia escogido como á otro Moisés para conducir á un pueblo de elegidos á la verdadera tierra prometida, autorizó su mision con el don de milagros y con el de profecías: cierto dia, en presencia de gran nú-

[1] Véase sobre el desierto de Sublaco ó *Subiaco*, las *Tres Romas*, t. III.

mero de espectadores, resucitó á un novicio muerto por la caida de una pared.

Al entrar en Italia Totila, rey de los godos, quedó sumamente sorprendido al oir referir tantas maravillas acerca de san Benito, y queriendo saber si era tal como se lo habian pintado, mandóle un aviso participándole que le haria una visita; sin embargo en vez de irle á ver en persona, envióle uno de sus oficiales llamado Riggon, al cual revistiera de sus reales insignias, haciéndole acompañar por tres de los principales señores de su corte y por un numeroso cortejo. Apenas el Santo, que se hallaba sentado, le hubo visto, cuando le gritó: «Hijo mio, despojaos del traje que llevais, «pues no es el vuestro.» Y Riggon, temeroso y confuso por haber tratado de burlar á tan grande hombre, se arrojó á sus piés con cuantos le acompañaban.

Cuando se halló de regreso, refirió al Rey cuanto le habia sucedido, y admirado Totila quiso conocer al siervo de Dios; al verle se prosternó en tierra, permaneciendo en aquella postura hasta que Benito le levantó, llegando á su colmo la admiracion del Rey cuando el Santo le dijo: «Causais muchos males, y preveo que causaréis «muchos mas; os apoderaréis de Roma, pasaréis el mar y reina- «réis nueve años; pero moriréis durante el décimo, y seréis citado «ante el tribunal del justo Juez para darle cuenta de todas vuestras «obras.»

Los futuros acontecimientos justificaron en todas sus partes semejante profecía, mientras que san Benito murió el año siguiente al que corria cuando recibió la visita de Totila; y habiéndole sido revelada la hora de su muerte, participólo á sus discípulos, á quienes mandó le abriesen un sepulcro; terminado este, sobrevínole la fiebre, y al cabo de seis dias pidió ser trasladado á la iglesia para recibir allí la santa Eucaristía; en seguida dió algunas instrucciones á sus discípulos, y apoyándose en uno de ellos, oró en pié y con las manos levantadas al cielo, en cuya postura entregó tranquilamente el espíritu á su Criador; esto sucedió el sábado 21 de marzo de 543, cuando el glorioso Patriarca contaba sesenta y tres años de edad, y habia pasado catorce en el Monte-Casino.

Si Benito fue grande por sus virtudes, fuelo igualmente por sus obras. Grande por sus virtudes, pues acabamos de ver su vida humilde, penitente y milagrosa; y grande por sus obras, pues su re-

gla, que anuncia el hombre superior y el Santo inspirado por la sabiduría de lo alto, causa admiracion á cuantos la conocen: el papa san Gregorio el Grande la llama eminente en ciencia, en discrecion, en gravedad, y admirable por su sencillez; y muchos concilios la califican de *santa* [1]. El célebre Cosme de Médicis y otros muchos experimentados legisladores la leian con frecuencia, considerándola como un fondo rico en excelentes máximas para aprender el arte de gobernar bien. Á continuacion citamos sus principales disposiciones:

El santo Fundador empieza ordenando que se reciba en su Órden á toda clase de personas sin distincion alguna; á los niños, á los adolescentes, á los adultos, á los pobres y á los ricos, á los siervos y á los que nacieron libres, á los doctos y á los ignorantes, á los legos y á los clérigos. Para admirar como es justo la profunda sabiduría de este primer artículo, es preciso recordar las circunstancias en que Benito fundó su Órden. Un diluvio de bárbaros inundaba la Europa, y todo el mundo antiguo caia en ruinas bajo los golpes de los vencedores; la Órden de san Benito fue como una nueva arca de Noé, abierta para todos los que huian, y con toda verdad puede decirse que, como la antigua, llevaba la nueva arca las primicias de un nuevo mundo; en ella se refugiaron las tradiciones de las ciencias y de las artes; de ella salieron los infatigables trabajadores que mas tarde desmontaron parte de la Europa y la emanciparon de la barbarie.

Los religiosos de san Benito se levantaban á las dos de la mañana, y el abad en persona debia tocar los oficios; despues de los Maitines empleaban el tiempo que les quedaba hasta la aurora en leer y en meditar; trabajaban desde las seis de la mañana hasta las diez, y luego comian; entre la fiesta de Pascua y la de Pentecostes no habia ayuno, pero desde Pentecostes hasta el 13 de setiembre ayunaban los miércoles y viernes, y todos los dias desde el 13 de setiembre hasta Pascua.

La abstinencia de carne, la de animales de cuatro piés al menos, era perpétua, y pobres en su alimento, los religiosos de san Benito lo eran tambien en su vestido; en los climas templados componíase de una cogulla, de una túnica y de un escapulario; la cogulla era una especie de capuchon con que cubrian su cabeza para librarla

[1] Concilios de Douzi en 874, y de Soissons.

del ardor del sol ó del rigor del frio ; la túnica era el vestido interior, y el escapulario el exterior durante el trabajo, pues concluido este se despojaban de él para ponerse la cogulla, que usaban durante el resto del dia. Todos los vestidos eran de lana y de las telas mas comunes y baratas; para evitar todo motivo de propiedad, el abad daba á cada religioso su pequeño ajuar, es decir, además de sus vestidos, un pañuelo, un cuchillo, una aguja, un puntero para escribir y una cartera; su cama consistia en una estera de paja, una sábana de jerga, una cubierta y una almohada.

Por los cuadros antiguos se ve que el hábito de los primeros benedictinos era blanco, y el escapulario negro; á fin de estar prontos á levantarse para el oficio, acostábanse vestidos. Raras veces hablaban entre sí, y recibian á los extranjeros con gran cordialidad y respeto; primeramente les conducian al oratorio para hacer una corta oracion; introducíanles luego en la sala de huéspedes, donde se les leia algun libro piadoso durante un breve tiempo, y despues les trataban con toda la caridad posible; el abad les daba con que lavarse, y comia con ellos, pero nadie les hablaba, á no ser el religioso destinado para recibirles. Los que se presentaban para entrar en el monasterio no eran recibidos hasta despues de grandes pruebas, y de un año de perseverancia; los novicios escribian su empeño con su propia mano y lo dejaban sobre el altar; si poseia bienes los daba á los pobres ó al monasterio; á su entrada vestíanle el hábito religioso, y guardaban el suyo para devolvérselo si por desgracia se retiraba.

La vida de los Benedictinos se dividia entre la oracion, el trabajo manual y el trabajo intelectual: armado sucesivamente del hacha, de la azada, de la hoz y del martillo, el benedictino, leñador, agricultor, albañil, arquitecto, cortaba inmensos bosques, sujetaba al cultivo tierras hasta entonces vírgenes, y fértiles en breve por sus acertados cuidados; levantaba en el fondo de los solitarios valles, ó en sitios admirables por su salubridad y hermosa posicion, aquellos edificios cuya solidez, extension y bellas proporciones nos admiran todavía; á él deben la Alemania, la Francia, la Inglaterra y la mayor parte de la Europa la civilizacion material de que por tantos siglos han gozado.

Mientras que el benedictino agricultor regaba con sus sudores la tierra cubierta de bosques y ruinas, su hermano, el benedictino sá-

bio, encerrado en su *escritorio*, *scriptorium* [1], desmontaba los eriales de la inteligencia, y legaba á los siglos futuros las riquezas de los siglos pasados.

En el órden de la ciencia, los escritorios formaban una de las partes mas importantes de los monasterios, y consistian en unas grandes salas, construidas de piedra de sillería y con espesas bóvedas, á fin de ponerlas al abrigo de las llamas, y en ellas sobre filas de pupitres mas ó menos largas estaban sujetos con cadenas de hierro los manuscritos de las obras antiguas; á ellos les retenia una cadena mas fuerte aun, la excomunion; sí, pues aquellos Papas, aquellos Obispos, aquel Clero católico, á quienes se acusa de ser enemigos de las ciencias, habian prohibido bajo pena de excomunion trasladar de un pupitre á otro aquellos preciosos manuscritos. En efecto, manuscrito habia que era el único, y permitir que fuese cambiado de sitio, que fuese trasladado de una parte á otra, era exponerlo á perderse ó á alterarse, pérdida que hubiera sido irremediable. Ahora bien, frente de uno de aquellos pupitres pasaba el benedictino su vida, ¿qué digo su vida? á veces la vida de un religioso no bastaba para transcribir, descifrar y poner en órden una sola obra; entonces, al morir legaba su puesto y su puntero á uno de sus hermanos, que continuaba el empezado trabajo; y aquellas vidas añadidas á otras vidas, aquellas inteligencias que se continuaban, han enriquecido al mundo moderno con las obras maestras que nos es lícito admirar, pero no reproducir.

Los Benedictinos no solo conservaron los libros depositarios de las ciencias, sino que fueron tambien los apóstoles de gran parte de la Europa: la Inglaterra, la Frisia, la Alemania les deben la luz de la fe, como dirémos luego. En fin, aquella Órden, inspirada evidentemente por Dios para salvar los restos del mundo antiguo y para preparar un nuevo mundo, se derramó por todas partes con tal rapidez, que bien puede decirse que, así bajo el aspecto intelectual como bajo el material, la Europa es hija de los Benedictinos; en breve no hubo provincia en que no se conociese la regla de san Benito, y en 1336 eran tan numerosos los monasterios de aquella Órden, que el papa Benedicto XII los dividió en treinta y siete provincias, incluyendo en una sola reinos enteros, como la Dinamarca, la Bohe-

[1] Habia un *scriptorium* en todos los monasterios.

mia, la Escocia, la Suecia, etc., lo que manifiesta la prodigiosa extension de la Órden y el número de sus monasterios.

No deja de ser muy significativa la siguiente observacion : el papa Juan XXII, elegido en 1316 y muerto en 1334, halló, despues del minucioso exámen que mandó practicar, que desde el nacimiento de la Órden habian salido de la misma veinte y cuatro papas, cerca de doscientos cardenales, siete mil arzobispos, quince mil obispos, quince mil abades insignes, cuya confirmacion pertenece á la Santa Sede, mas de cuarenta mil santos y bienaventurados, de los cuáles cinco mil quinientos habian sido monjes del Monte-Casino, donde están sepultados [1].

Una de las mas señaladas conquistas de la Órden de san Benito fue la de la Inglaterra; mas antes de hablar de la conversion de aquel reino, demos una mirada á la iglesia de Oriente para ver sus penas y sus consuelos. San Benito, padre de innumerables misioneros, acababa de bajar á la tumba, cuando en el año 553 suscitóse de nuevo en Egipto el partido de Eutiques, cometiendo sus sectarios las mas horribles violencias, tanto que nadie se atrevia á resistirles, á causa de su número y del crédito de que gozaban. Sus principales esfuerzos se dirigian á debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que les condenara, definiendo que en Nuestro Señor Jesucristo hay dos naturalezas, hasta que por fin reunióse en Constantinopla el quinto concilio general, compuesto de ciento cincuenta y un obispos; en él se condenaron tres obras que servian de apoyo á aquellos herejes, á saber : los escritos de Teodoreto contra san Cirilo, la epístola de Ibas, obispo de Edesa, y los escritos de Teodoro, obispo de Mopsuesta, y se confirmaron los cuatro primeros concilios generales.

Tenemos aquí un notable ejemplo del poder que asiste á la Iglesia para condenar escritos, pronunciar sobre el sentido de los libros, y exigir que los fieles se sometan á su fallo; en efecto, semejante autoridad le es necesaria para la conservacion de la fe, puesto que uno de los medios mas eficaces para conservar el depósito de las verdades que enseña es manifestar á los fieles las puras fuentes donde deben beber, y las cisternas infectadas con el veneno del error de que deben huir : enviada por su divino Autor para enseñar la buena

[1] Véase á Bulteau, *Historia de la Órden de san Benito; Arnold*. Wien. *Lignum vitae;* Juan Mabillon, praef. *Act. SS. Sacr.* lib. I, IV et V; el mismo *Benedict.* t. I, y *Veter. analec.* t. III.

doctrina, ha recibido al mismo tiempo el poder de poner en guardia á sus hijos contra las malas, y de prohibirles la lectura de los libros que las contienen y que podrian alterar su fe [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber iluminado á nuestros padres con la luz de la fe; hacednos la gracia que en todas las cosas conformemos nuestra conducta con nuestra creencia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré con frecuencia por la conservacion de la fe.*

[1] *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 233.

LECCION XXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLOS VI Y VII).

La Iglesia propagada : conversion de la Inglaterra por los Benedictinos; — afligida en Oriente por los persas: calamidades de la Palestina y de la Siria; — consolada : san Juan el Limosnero, el Vicente de Paul del Oriente.

Si durante el siglo VI, el Oriente, infestado por la herejía, hizo derramar lágrimas á la Esposa del Hombre-Dios, el Occidente no tardó en consolarla, ofreciendo á su ternura innumerables hijos. En primera línea aparecen los habitantes de la Inglaterra, cuyo importante país fue convertido de un modo muy notable [1]. Un jóven diácono, llamado Gregorio, pasó cierto dia por el mercado de Roma en ocasion en que estaban en venta algunos esclavos de una rara hermosura; informóse de su país y de su religion, y contestóle el mercader que eran naturales de la Gran Bretaña y paganos todavía. «¡Es posible, exclama Gregorio suspirando, que tan hermosas cria«turas estén todavía en poder del demonio, y que su bella presen«cia no vaya acompañada de la gracia de Dios!»

En el mismo momento siente nacer en su corazon un noble pensamiento, y dirigiéndose sin pérdida de tiempo cerca del papa Benedicto I, solicita con ardor y obtiene el permiso de predicar la fe á aquel pueblo interesante. Parte en efecto, pero conmovido por los gemidos del pueblo de Roma que reclamaba á su diácono, el Sumo Pontífice envia correos en busca de Gregorio, el cual habia hecho ya tres jornadas de camino, para obligarle á retroceder. Únicamente el mérito de la obediencia pudo consolarle de tan fatal contratiempo; mas el jóven misionero no olvidó su querida Bretaña, y convertido en el papa san Gregorio el Grande, apenas se hubo sentado en la cátedra de san Pedro, cuando pensó en realizar el proyecto que desde tanto tiempo hacia latir su noble corazon. Los Benedictinos le pa-

[1] El Cristianismo habia sido predicado en Inglaterra desde el siglo II; mas extinguiólo cási enteramente la conquista de los sajones.

recieron dignos de tal mision, y mandó llamar á Agustin, prior de su monasterio de San Andrés en Roma, enviándole luego á la Gran Bretaña al frente de cuarenta misioneros. Sigamos á estos nuevos conquistadores en su santa expedicion.

La apostólica compañía partió con valor y desembarcó en el país de Kent; el Rey, que se llamaba Etelberto, acordó á los misioneros una audiencia pública, recibiéndoles debajo de un roble, á peticion de los sacerdotes idólatras, quienes le habian asegurado que en semejante lugar perderian toda su influencia los encantos de los magos extranjeros. Llegado el dia señalado, Agustin fue conducido á la presencia del Rey: delante de él elevábase la cruz y una bandera con la imágen del Redentor; sus compañeros le seguian en procesion, haciendo resonar el aire con sus devotos cantos que entonaban en coro y uno despues de otro. El Rey les mandó sentar á fin de oirles cómodamente, y Agustin dijo: «Venimos á anunciaros la nueva mejor: Dios, cuyos enviados somos, os ofrece despues de esta vida un reino infinitamente mas glorioso y duradero que el de Inglaterra.

—«Hermosas promesas son estas, contestó el Rey, mas no quiero abandonar á los dioses de mis padres por una adoracion nueva y dudosa; sin embargo, no trato de impediros que atraigais á vuestra religion á cuantos os sea dable persuadir; y como venís de léjos para hacernos partícipes de lo que creeis lo mejor, quiero alojaros á mis expensas.» Gozosos los misioneros al oir contestacion tan favorable, se adelantaron hácia Cantorbery, cantando durante todo el camino la siguiente oracion: «Señor, os pedimos que en vuestra misericordia desvieis vuestra cólera de esta ciudad y de vuestro santo templo, pues todos somos pecadores. *Alleluya* [1].»

La curiosidad indujo á los paganos á visitar á los extranjeros; admiraron las ceremonias de su culto, compararon su vida con la de los sacerdotes paganos, y aprendieron á amar una religion que tanta austeridad, desinterés y piedad inspiraba; Etelberto veia con secreto placer el cambio que se verificaba en la opinion de sus súbditos, y conmovido él por la virtud de los misioneros y por los milagros que obraban, convirtióse, declarándose cristiano y recibiendo el Bautismo el dia de la fiesta de Pentecostes del año 595; al llegar

[1] Beda, I, 25.

la siguiente fiesta de Navidad, diez mil súbditos suyos siguieron el ejemplo de su Soberano.

El real neófito no tardó en convertirse en un apóstol, y durante los últimos veinte años de su vida, el anciano rey Etelberto empleó toda su influencia en secundar los esfuerzos de los misioneros, no con la violencia, sino con sus ejemplos y exhortaciones particulares. La conquista de una sola alma le parecia muy preciosa, y únicamente se creia rey para servir al *Rey de los reyes* [1].

Para dar una forma duradera á su naciente Iglesia, san Agustin pasó á Francia, donde fue consagrado por manos de Virgilio, obispo de Arles y vicario de la Santa Sede en las Galias; y de regreso á Inglaterra, recogió los mas abundantes frutos, puesto que Dios apoyaba sus predicaciones con los milagros mas extraordinarios. La cosecha aumentaba cada dia, así es que el celoso segador envió á Roma á algunos de sus compañeros para solicitar nuevos trabajadores evangélicos, y volvieron llevando consigo á muchos y fervientes discípulos de san Gregorio. Con la nueva colonia de misioneros el santo Papa envió todo lo necesario para el servicio divino; vasos sagrados, adornos de altar, vestidos para los presbíteros y los clérigos, reliquias de los Apóstoles y de los Mártires, y un gran número de libros.

Á ellos añadió una carta para Agustin llena de sábios consejos. «Cuidad, carísimo hermano, le decia, de no caer en el orgullo y en «la vanagloria con motivo de los milagros que obra Dios por vos en «medio de la nacion que ha elegido. Mientras Dios obra por vos ex«teriormente, debeis en vuestro interior juzgaros con severidad; tra«tad de comprender bien lo que sois, y la excelencia de la gracia «concedida á un pueblo para cuya conversion habeis recibido el po«der de hacer milagros. Tened siempre delante de los ojos las fal«tas que podeis haber cometido con palabras ó acciones, á fin de «que el recuerdo de vuestras infidelidades ahogue los sentimientos «de orgullo que sintiéreis nacer en vuestro corazon. Pensad que el «don de milagros no os ha sido dado para vos, sino para aquellos «cuya salvacion debeis procurar; no ignorais lo que en el Evange«lio dice la misma Verdad: Muchos vendrán á decirme: Hemos he«cho milagros en vuestro nombre, mas yo les contestaré: No os co«nozco.»

[1] Lingard, *Historia de Inglaterra*, t. I, pág. 122-127.

¿Puede haber mas evidente prueba de la verdad de los milagros obrados por san Agustin que la rápida conversion de la Inglaterra y los graves consejos de san Gregorio?

El Apóstol de la Gran Bretaña murió en 26 de mayo del año 604, guiando un pueblo entero convertido con sus afanes al Pastor de los pastores; nada da mas alta idea de san Agustin y del Cristianismo, que el maravilloso cambio que se verificó en Inglaterra. Antes de la llegada de los santos misioneros, los ingleses vivian entregados á toda clase de vicios y sumidos en la mas crasa ignorancia, como lo prueba que al desembarcar en la Gran Bretaña no conocian el uso de las letras, y que todos los progresos que hicieron en las ciencias hasta el tiempo de san Agustin se redujeron á aumentar el alfabeto de los irlandeses; su crueldad era tanta que vendian á sus propios hijos como á esclavos, inhumanidad que apenas se encuentra actualmente entre los negros.

Sin embargo, apenas hubo brillado á sus ojos la luz del Evangelio, cuando se convirtieron en otros hombres y en verdaderos discípulos del Salvador; los nobles y los reyes rivalizaron con el pueblo en piedad y en fervor, y como una maravilla reservada exclusivamente al Cristianismo, viéronse en el espacio de doscientos años treinta y tres reyes ó reinas de los anglo-sajones bajar del trono en medio de la paz y de la prosperidad para encerrarse en el claustro. ¿Dónde está el heroismo, dónde la grandeza de alma, á no ser en el desprecio de los esplendores humanos y de todas las pasiones de las que fueron viles esclavos los mas orgullosos conquistadores de la antigüedad [1]?

Lo que hacian los Benedictinos en sus monasterios para la conservacion de las obras antiguas, otras muchas comunidades lo practicaban igualmente desde el siglo VI en diferentes puntos del globo; tales, entre otras, las congregaciones religiosas de san Cesáreo, en Arles, de san Ferreol, en Uzés, etc. Largo seria en extremo el enumerar sus inmortales trabajos: si el hombre que de ellos se aprovecha los ignora, Dios, que los inspira, sabrá recompensarlos; por otra parte una nueva fase de la gran lucha del mal contra el bien llama toda nuestra atencion.

Mientras que el Imperio romano, atacado, dividido, demolido pie-

[1] Véase á Speed, *Historia de la Gran Bretaña*, pág. 243; y *Monasticon anglicanum*, pref. pág. 9.

dra por piedra por los bárbaros del Norte, desaparecia del globo para dejar en breve de ser contado entre las naciones, iba á desplomarse para cubrir el Asia superior con sus ruinas otro imperio igualmente culpable, el de los persas. Los Apóstoles le presentaron la antorcha del Evangelio, y la habia rechazado; mas el cruel Sapor persiguió á los cristianos de sus Estados durante cuarenta años con inaudita violencia, sellando nuestra fe con su sangre mas de doscientos mil Mártires: los sucesores de Sapor heredaron su odio y su crueldad, y tanta sangre derramada clamaba venganza: difirióse esta durante algun tiempo, pues Dios solo castiga á pesar suyo, pero por fin, cuando los imperios, lo mismo que los particulares, se niegan á rendirse á su gracia, deja caer sobre ellos su temible brazo.

El imperio de los persas, ó de los partos, nos ofrece un grande ejemplo de esta verdad, y nos repite siempre que todas las naciones han sido criadas y puestas en el mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo, á quien Dios su padre ha dado en herencia toda la tierra; mientras se mantienen dóciles á aquel Rey inmortal, la gloria y la prosperidad son su patrimonio, y la vista de su dicha robustece y extiende el imperio del Hijo de Dios, enseñando á los demás pueblos á amarle; pero si la infidelidad se introduce entre ellas, si se atreven á rebelarse contra el Cordero dominador del mundo, y decirle como los judíos: *No queremos que reines en nosotros*, son al momento aniquiladas, y el espectáculo de sus desgracias y la fama de su ruina afirman el imperio de Jesucristo enseñando á los demás pueblos á temblar en su presencia.

Vemos, pues, que los dos grandes pueblos, los romanos y los persas, que al aparecer el Cristianismo se disputaban el cetro del mundo, aniquilados por la cólera del Todopoderoso en castigo de su resistencia al Evangelio contribuyeron y contribuyen aun, á pesar suyo, al afianzamiento del reino inmortal del Hombre-Dios. En su vasta sepultura, como en la frente del judío errante, los ojos cristianos leen esta inscripcion: *Así perecen los pueblos que se atreven á decir: No queremos que el Cristo reine en nosotros; naciones y reyes que pasais, aprended.*

Para colmar sus iniquidades, el imperio de los persas se precipitó contra la Palestina á principios del siglo VII, es decir, en el año 614; á su paso encontró á un ejército romano, que destruyó completa-

mente, y vadeado el Jordan por los vencedores, sus orillas en toda su extension quedaron cubiertas de ruinas. Los habitantes de los campos huyeron ante el furor de los enemigos, los cuales se encarnizaron contra los santos solitarios que vivian á ambos lados de aquel rio.

Ocho dias antes de la toma de Jerusalen fue atacada la laura de San Sabas; la mayor parte de los monjes habian huido, y solo quedaron en ella cuarenta y cuatro, los mas antiguos y virtuosos, venerables ancianos que habiendo abrazado la vida monástica en su juventud habian encanecido en sus devotos ejercicios; algunos de ellos no habian salido de la laura hacia cincuenta ó sesenta años; otros no habian visto la ciudad desde su entrada en el monasterio, así es que no quisieron abandonar el recinto querido. Los bárbaros saquearon la iglesia, y apoderándose de los santos ancianos les atormentaron durante muchos dias, creyendo que les descubririan algunos tesoros; mas enfurecidos al ver burladas sus esperanzas, les despedazaron. Los patriarcas del desierto recibieron la muerte con sereno rostro y con acciones de gracias; demostrando que desde mucho tiempo deseaban librarse de la vida y volar á la presencia de Jesucristo.

El ejército enemigo marchó luego contra Jerusalen, donde entró sin resistencia; esto no impidió que lo pasase todo á sangre y fuego, y como aquel pueblo idólatra y enemigo del Cristianismo odiaba principalmente á los presbíteros, monjes y religiosos, perecieron estos en gran número en la general matanza. El resto de los habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron cargados de cadenas y conducidos á la otra parte del Tigris, excepto los judíos, á causa del odio que profesaban á los Cristianos; en aquella ocasion llevaron su ira mas léjos que los mismos paganos, á quienes compraron cuantos cristianos cautivos les fue dable, á fin de tener el bárbaro placer de matarles á su gusto [1]; los cristianos que tuvieron la fatal suerte de caer en manos de tan encarnizados enemigos, fueron en número de noventa mil. El obispo Zacarías fue llevado en cautiverio; el Santo Sepulcro y las iglesias de Jerusalen saqueadas y entregadas al fuego, mas la pérdida mas sensible fue la de la verdadera cruz, que no habia cristiano que no hubiese querido rescatar al precio de su propia vida.

[1] Chr. pasc.

Una parte considerable del árbol de salvacion habia sido dividida en infinitos pedazos, esparcidos por todo el mundo cristiano; mas habia quedado una gran porcion en Jerusalen, que los persas se llevaron en el mismo estado en que la encontraron, es decir, encerrada en un estuche sellado con el sello del Obispo. El patricio Nicetas logró salvar dos preciosas reliquias, la esponja y la lanza de la pasion; mas en cuanto á la santa cruz, fue depositada en Tamis, en Armenia. Retirados los enemigos, los habitantes de Jerusalen que habian podido sustraerse por medio de la fuga al furor de los persas y de los judíos, volvieron á la Ciudad Santa, tomando el presbítero Modesto, en ausencia del obispo Zacarías, el gobierno de aquella iglesia desolada, y dedicándose con ardor al restablecimiento de los Santos Lugares.

Los persas no solo devastaron la Palestina, sino que tambien la Siria y parte de las provincias vecinas: la desolacion habia llegado á su colmo; miles de mujeres, de niños, de ancianos, de personas ricas antes, veíanse expuestas á perecer de hambre; la mayor parte de estos desgraciados se refugiaron en Egipto, donde la maternal Providencia que vela por la Iglesia les habia preparado un refugio, un apoyo, un consolador, un padre en la persona de san Juan, apellidado el Limosnero, patriarca de Alejandría. ¿Qué puede haber mas útil para nosotros mismos y mas glorioso para el Cristianismo que el referir detalladamente la vida del Vicente de Paul oriental? Escuchad, pues, la sencilla relacion de su historiador [1].

«En un viaje que hice á Alejandría, nos dice, para besar las reliquias de los santos mártires Ciro y Juan, me hallé en la mesa en compañía de algunas personas muy afectas al servicio de Jesucristo, con las que hablamos de la sagrada Escritura y del estado del alma, cuando se acercó un extranjero á pedirnos limosna, diciendo haber sido librado recientemente del cautiverio de los persas; por casualidad nadie tenia dinero en aquel entonces; mas un criado de uno de los presentes, muy ingenioso para hacer limosnas, á pesar de que solo ganaba tres escudos al año para vivir él, su esposa y dos niños de tierna edad, le siguió sin decir nada, y presentándole una pequeña cruz de plata que llevaba consigo, se la dió, añadiendo con candidez que fuera de aquello no tenia ni el valor de un dinero.

[1] Leoncio, obispo de Naple, en Chipre.

«Conmovióme tanto la accion inspirada á aquel criado por la gra-«cia de Dios, que la referí sin pérdida de momento al que estaba «sentado cerca de mí, el cual se llamaba Menna, y era un santo «presbítero que habia sido ecónomo de la iglesia de Alejandría bajo «el célebre y bienaventurado patriarca Juan el Limosnero. Al ver-«me admirar y prodigar tantas alabanzas al que habia dado la li-«mosna, me dijo: No os admiraria el que haya practicado semejante «accion, si supiéseis las instrucciones que ha recibido y la tradicion «que sigue al obrar así. —¿Qué quereis decir? le pregunté; y me «contestó: Ese criado ha estado siempre al servicio de nuestro san-«tísimo y bienaventurado patriarca Juan, y como verdadero hijo de «tan gran pastor, ha heredado la ingeniosa caridad de su padre, «quien le repetia con frecuencia: Humilde Zacarías, sé caritativo, «y Dios te promete por mi boca no abandonarte jamás, ni durante «mi vida, ni despues de mi muerte. Zacarías ha practicado hasta «ahora tan saludable consejo, y á pesar de que Dios le ha dado mu-«chos bienes, como lo da todo á los pobres sin reservarse nada para «sí, su familia está reducida á una gran necesidad.

«Varias veces se le ha oido decir á Dios con cándida alegría: Ve-«rémos, Señor, quién reportará la victoria en este combate; Vos «haciéndome siempre bien, ó yo distribuyéndolo siempre á los po-«bres. Cierto dia que estaba muy triste por no poder dar cosa algu-«na á un pobre que le pedia limosna, dijo á un mercader conocido «suyo: Mi familia carece de pan; os suplico que me deis una mo-«neda de plata, y en pago os serviré durante un mes ó dos allí donde «querais y en todo lo que os acomode; consintió en ello el mercader, «mas luego que Zacarías tuvo el dinero, lo dió al pobre rogándole «que no lo dijese á nadie.

«Menna, que era un santo varon, viendo que escuchaba sus pa-«labras como habria escuchado el Evangelio, me dijo con grande «efusion de corazon: ¿Os admira esto? ¿Qué habríais, pues, expe-«rimentado si hubiéseis visto á nuestro santo Patriarca? —¿Qué mas «habria podido ver? le contesté. —Por la misericordia de Dios, aña-«dió, podeis dar fe á mis palabras; nuestro bienaventurado Patriar-«ca me ordenó de presbítero y me hizo ecónomo de esta santísima «iglesia, y le he visto practicar cosas que superan á cuanto puede «imaginarse; si gustais ir hoy á casa de vuestros servidores y dar-

«nos vuestra bendicion, os referiré sus obras, de las que he sido tes-
«tigo presencial.

«Apenas hubo dicho estas palabras cuando me levanté, y tomándole por la mano, le acompañé á su casa; llegados allí empezó «á referirme con extremada sencillez la vida del Santo, advirtiéndome que una de sus primeras cualidades era no jurar jamás; antes «de que pasase adelante pidió papel y tintero á fin de notar por órden lo que iba á decirme, y continuó así su narracion:

«Despues que hubo sido elevado á la sede de la iglesia de la gran «ciudad de Alejandría tan querida de Jesucristo, san Juan llamó á «los ecónomos y á los diáconos y les dijo: Hermanos mios, no es «justo que cuidemos mas de los hombres que de Jesucristo. Perplejos quedaron los numerosos asistentes al oir estas palabras, y esperaban su explicacion, cuando el Santo continuó de este modo: «Recorred, pues, la ciudad, y hacedme una lista exacta de todos «mis señores; mas ignorando todos de quién queria hablar, y quiénes podian ser los señores del Patriarca, suplicáronle que los nombrase, contestándoles él estas evangélicas palabras: Mis señores y «auxiliares son los que vosotros llamais pobres y mendigos, puesto «que á ellos toca ayudarnos realmente y darnos el reino de los cielos.

«La órden del santo Patriarca fue puntualmente ejecutada; los «ecónomos le presentaron mas de siete mil quinientos pobres, á quienes mandó dar diariamente cuanto les fuese necesario. Acompañado de su querido rebaño, fué á tomar posesion de su iglesia metropolitana; mas donde brilló de un modo maravilloso la caridad «del buen pastor, fue al ser la Palestina y la Siria devastadas por los «persas: todos los infelices habitantes de aquellos países que pudieron escapar al hierro y al fuego se dirigieron en busca del santo «varon, como de un seguro puerto; clérigos, legos, magistrados, «particulares, obispos, todos se refugiaron en Alejandría; Juan recibíalos á todos, les consolaba y les trataba no como desgraciados «cautivos, pero sí como verdaderos hermanos; por sus cuidados los «heridos y los enfermos fueron llevados á los hospitales, donde eran «curados gratis; de allí no salian hasta que su voluntad se lo dictaba, y recibian la visita del santo Obispo dos ó tres veces á la semana.

«Á los que gozaban de salud y le pedian limosna les daba una moneda de plata á los hombres, y dos á las mujeres como mas débi-

«les; cierto dia que se presentaron entre los que la pedian algunos «hombres y mujeres llevando brazaletes y otras joyas de oro, los «ecónomos del santo Patriarca dejaron oir algunas reprensiones; mas, «contra su costumbre, dióles este una severa mirada, y les dijo con «tono imperioso: Si deseais ser mis ecónomos, ó mejor, los de Jesu-«cristo, obedeced sencillamente el precepto que nos ha impuesto de «dar á cualquiera que nos pida; ni él ni yo necesitamos de minis-«tros curiosos. Si lo que doy fuese mio, tendria alguna razon para «ahorrarlo; pero es de Dios, y Dios quiere que se ejecuten sus ór-«denes en la distribucion de sus bienes; no quiero participar de vues-«tra poca fe, pues aun cuando se reuniese en Alejandría el universo «entero para pedir limosna, no se agotarian los infinitos tesoros de «Dios.

«La solicitud del caritativo Patriarca no olvidó la infortunada Je-«rusalen; al saber el saqueo de aquella ciudad, envió á ella á un «hombre piadoso llamado Cresippo, con mucho dinero, vestidos, «trigo y otros víveres, al mismo tiempo que hizo partir á dos obis-«pos y al abad del Monte de San Antonio, con cuantiosas sumas, á «fin de rescatar á los que habian sido llevados cautivos. Del mismo «modo obraron antes, cuando las invasiones de los pueblos del Norte, «san Leon, san Ambrosio, san Agustin y tantos otros obispos, que «no solo fueron las antorchas de su siglo, sino tambien los bienhe-«chores de la humanidad.

«Los diputados del Patriarca le dieron parte de que el abad Mo-«desto carecia de lo mas necesario para el restablecimiento de los «Santos Lugares, y sin pérdida de momento le envió mil monedas de «oro, mil sacos de trigo, mil de legumbres, mil libras de hierro, mil «paquetes de pescado seco, mil vasijas de vino y mil trabajadores «egipcios, con una carta que decia: Perdonadme si nada os envio «que sea digno del templo de Jesucristo; yo mismo quisiera poder «trabajar en el de su santa resurreccion. Con tales auxilios el abad «Modesto restableció la iglesia del Calvario, la de la Resurreccion, «la de la Cruz y la de la Ascension; esta última, que era llamada la «madre de las iglesias, fue construida nuevamente desde sus cimien-«tos hasta su cúpula.»

La leccion siguiente acabará de darnos á conocer aquella viva caridad, cuya relacion es siempre un poderoso incentivo á la virtud, y la mas bella apología del Cristianismo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado en san Agustin un apóstol para la Inglaterra, y en san Juan el Limosnero un padre y un consolador para la Iglesia de Oriente, insultada por vuestros enemigos; bendita sea vuestra Providencia que así vela por las necesidades de vuestros hijos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *jamás diré : No quiero que Jesucristo reine en mí.*

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — PRIMERA PREDICACION DE LOS APÓSTOLES. — SIGLO I.

PREGUNTA. ¿Dónde se retiraron los Apóstoles despues de la ascension del Señor?

RESPUESTA. Á Jerusalen con la santísima Vírgen, y entraron en el Cenáculo para esperar entre la oracion y la meditacion el descenso del Espíritu Santo, que recibieron el dia de Pentecostes.

P. Cuéntame la historia de este milagro.

R. Como á las nueve de la mañana dejóse oir por toda la casa en que se hallaban reunidos los Apóstoles un gran rumor como el que produce un fuerte huracan, y al mismo tiempo aparecieron unas lenguas de fuego que se posaron sobre la cabeza de cada uno de ellos; al momento hablaron todos diferentes idiomas, y cambiados en otros hombres, marcharon á anunciar á Jesús crucificado.

P. Continúa refiriéndome este hecho.

R. Al saber lo que habia pasado acudió al Cenáculo una gran multitud de pueblo, y á pesar de que la componian hombres de todas las naciones, todos comprendian á los Apóstoles; tal milagro, junto con las palabras de san Pedro, convirtió al momento á tres mil personas.

P. ¿Qué hicieron luego los Apóstoles?

R. Bautizaron á los nuevos fieles, despues de lo cual Pedro y Juan se dirigieron al templo, donde curaron milagrosamente á un cojo de nacimiento.

P. ¿Cuál fue el efecto de este nuevo milagro?

R. Este milagro, acompañado de un segundo discurso de san Pedro, convirtió á cinco mil personas.

P. ¿Qué hicieron los príncipes de los sacerdotes?

R. Asustados por los progresos del Evangelio, prendieron y azotaron á los Apóstoles, prohibiéndoles predicar en nombre de Jesús de Nazareth.

P. ¿Qué contestaron los Apóstoles?

R. *Antes se debe obedecer á Dios que á los hombres*, y continuaron su mision; mas irritados los judíos condenaron á san Estéban á ser apedreado.

P. ¿Qué efecto produjo esta persecucion?

R. Propagar á lo léjos el Evangelio, pues parte de los discípulos marcharon á Samaria y á Judea, donde hicieron muchas conversiones.

P. ¿Cuáles fueron las del diácono Felipe?

R. Las mas notables fueron la de un famoso mago llamado Simon, de la ciudad de Samaria, y la de un ministro de la reina de Etiopia que fué á Jerusalen para adorar al verdadero Dios.

P. ¿Qué hicieron san Pedro y san Juan?

R. Fueron á Samaria para confirmar á los nuevos fieles.

P. ¿Qué les propuso Simon el Mago?

R. Que le vendiesen el poder de comunicar el Espíritu Santo y de hacer milagros; san Pedro le reprendió por su conducta, pero en vez de arrepentirse convirtióse en enemigo particular de los Apóstoles.

P. ¿Quién era en aquella época el mas ardiente perseguidor de la Iglesia?

R. Un jóven llamado Saulo, el cual partió para Damasco al frente de una compañía de soldados, á fin de prender á los cristianos de aquella ciudad.

P. ¿Qué le sucedió en el camino?

R. Vióse de repente rodeado de una viva luz, cayó de espaldas, y oyó una voz celeste que decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*

P. ¿Qué contestó Saulo?

R. Impulsado por su terror, contestó: *Señor, ¿quién sois?* Y la voz añadió: *Soy Jesús de Nazareth á quien tu persigues.* — *¿Qué quereis que haga?* preguntó Saulo. — *Vé á Damasco,* dijo la voz, *y allí te*

dirán lo que debes hacer. Fué, en efecto, á la ciudad, y allí fue bautizado.

Oracion y propósito, pág. 17.

LECCION II.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — VIDA DE SAN PEDRO Y DE SAN PABLO. — SIGLO I.

P. ¿Qué hicieron los Apóstoles despues de predicar el Evangelio en la Judea?

R. Partieron á predicarlo por toda la tierra.

P. Refiéreme los trabajos de san Pedro.

R. San Pedro se dirigió á la ciudad de Joppe, donde Dios le manifestó que los gentiles iban á conocer el Evangelio, y que él como jefe de la Iglesia debia ser el que les franquease la entrada en la misma.

P. ¿Por quién empezó la conversion de los gentiles?

R. Por un oficial romano llamado Cornelio, de guarnicion entonces en Cesarea; aquel varon temeroso de Dios y muy caritativo fué al encuentro de Pedro, el cual le bautizó, junto con toda su familia.

P. ¿Á dónde fué san Pedro al salir de Cesarea?

R. Á Antioquía, capital de la Siria, donde estableció su sede; en seguida recorrió gran parte del Asia, y fué á Roma, donde combatió á Simon el Mago, y convirtió á muchas personas, volviendo despues á Oriente.

P. ¿Qué hizo en Jerusalen?

R. Presidió el concilio celebrado en aquella ciudad, al cual asistieron los Apóstoles, y en el cual se decidió no obligar á los gentiles convertidos á seguir ciertas prácticas de la ley de Moisés.

P. ¿Cuántas epístolas escribió san Pedro?

R. Dos, las que respiran la ternura de un padre y la dignidad del jefe de la Iglesia.

P. ¿Á quién fueron dirigidas?

R. Á los fieles diseminados por todo el Imperio romano.

P. ¿Qué hizo luego?

R. Volvió á Roma, donde le esperaba la corona del martirio, que

debia san Pablo compartir con él, despues de haber tomado parte en sus trabajos.

P. ¿Quién era san Pablo?

R. San Pablo era judío de orígen, natural de Tarsis, ciudad de Cilicia, y ciudadano romano por su nacimiento; despues de haber perseguido á los Cristianos, convirtióse en el mas ardiente apóstol del Evangelio, que predicó primeramente en Damasco, teniendo que apelar á la fuga para librarse del furor de los judíos.

P. ¿Á dónde fué?

R. Á Jerusalen, donde vió á san Pedro, y luego á Antioquía, donde hizo tantas conversiones, que los fieles recibieron el nombre de *Cristianos*.

P. ¿Qué hizo en seguida?

R. Partió para la isla de Chipre, cuyo gobernador llamado Sergio Paulo convirtió, en memoria de lo cual tomó el Apóstol el nombre de Pablo.

P. ¿Qué país recorrió despues?

R. Acompañado de san Bernabé recorrió el Asia Menor, y entró en la ciudad de Listra, donde curó á un tullido de nacimiento; á la vista de este milagro, los habitantes, que eran aun gentiles, creyeron que ambos Apóstoles eran dioses, y quisieron ofrecerles sacrificios.

P. ¿Qué le sucedió á san Pablo en la ciudad de Filipos?

R. Habiendo entrado san Pablo en Filipos, ciudad de Macedonia, con un discípulo llamado Silas, libró á una jóven esclava poseida por el demonio.

P. ¿Qué hicieron los dueños de la jóven?

R. Se irritaron extraordinariamente, pues como vaticinaba el porvenir, les hacia ganar mucho dinero, y por esto hicieron azotar y encarcelar á Pablo y á Silas, so pretexto de que turbaban la tranquilidad pública.

P. Continúa la relacion de este hecho.

R. Durante la noche conmovióse la cárcel hasta sus cimientos, abriéronse las puertas, y cayeron rotas las cadenas de los presos; el carcelero pidió el Bautismo junto con toda su familia, y el dia siguiente facilitaron la evasion de Pablo y de Silas, quienes habian convertido á muchas personas de la ciudad.

Oracion y propósito, pág. 29.

LECCION III.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—VIDA DE SAN PABLO (CONTINUACION.—SIGLO I.

P. Continúa la historia de san Pablo.

R. Al salir de la ciudad de Filipos, san Pablo se dirigió á Tesalónica, donde fundó una iglesia de fervientes cristianos, á quienes escribió mas tarde una de sus epístolas; marchó luego á Atenas, donde se presentó delante del senado llamado Areopago; confundió la filosofía y la idolatría, y partió despues para Corinto.

P. ¿Estuvo mucho tiempo en esta última ciudad?

R. Diez y ocho meses, durante los cuales fundó una iglesia á la cual dirigió dos epístolas, en las que se revelan todo el celo, la caridad y la prudencia del grande Apóstol; de Corinto se trasladó á Éfeso.

P. ¿Qué le sucedió en Éfeso?

R. Fue objeto de una violenta sedicion promovida por un platero que vendia estatuas de Diana; antes de salir de la ciudad escribió san Pablo su admirable epístola á los fieles de Roma.

P. ¿Á dónde se dirigió al dejar á Éfeso?

R. Á Jerusalen, llevando á los fieles de esta última ciudad las limosnas de sus hermanos diseminados por el Asia; en su camino entró en la ciudad de Troada.

P. Díme el milagro que en ella obró.

R. Mientras predicaba, durmióse un jóven que se hallaba sentado en una ventana, cayó desde un piso tercero, y murió instantáneamente; san Pablo le devolvió la vida, y partió para Mileto.

P. ¿Qué hizo en Mileto?

R. Reunió á los obispos y pastores de la iglesia de Éfeso, de quienes se despidió, anunciándoles que no volverian á verse; anegados todos en llanto le acompañaron hasta el buque que debia conducirle á Jerusalen.

P. Díme lo que le sucedió en Jerusalen.

R. Fue preso en el templo por los judíos, y entregado al gobernador romano, el cual le envió á Roma para ser juzgado por el tribunal de Neron; san Pablo estuvo dos años encarcelado, predicando el Evangelio á cuantos le visitaban.

P. ¿Obtuvo por último la libertad?

R. Sí, y despues de volver á Oriente, de escribir á las iglesias y á sus discípulos Tito y Timoteo, volvió á Roma en compañía de san Pedro; ambos llenaron de cristianos la ciudad y hasta el palacio de Neron, el cual no pudo sufrir religion tan santa como el Cristianismo.

P. ¿Qué hizo pues?

R. Condenó á muerte á los dos Apóstoles; san Pedro fue crucificado de cabeza abajo, y san Pablo, en calidad de ciudadano romano, fue decapitado : su glorioso martirio aconteció en 29 de junio del año 65 despues de Jesucristo.

Oracion y propósito, pág. 45.

LECCION IV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — VIDA DE LOS DEMÁS APÓSTOLES. — SIGLO I.

P. ¿Quién fue san Andrés?

R. Fue hermano de san Pedro: el mismo Salvador le puso en el número de los Apóstoles; predicó el Evangelio en el Asia Menor y en el país de los escitas, y finalmente fue crucificado en la ciudad de Patras.

P. ¿Quién fue Santiago el Mayor?

R. Santiago, apellidado el Mayor, fue hermano de san Juan Evangelista é hijo de Salomé, prima hermana de la santísima Vírgen; despues de Pentecostes predicó á las doce tribus de Israel, dispersas por diferentes puntos del globo, y penetró hasta en España.

P. ¿Qué hizo luego?

R. Volvió á Jerusalen, donde fue decapitado por órden de Herodes Agripa, el cual no tardó en recibir la pena de su crímen, pues murió poco tiempo despues, devorado en vida por los gusanos.

P. ¿Quién fue san Juan?

R. El mas jóven de los Apóstoles y el amigo particular del Salvador. Despues de Pentecostes, predicó el Evangelio á los partos, pueblo famoso, el único que disputaba á los romanos el imperio del mundo; pasó al Asia Menor y fijó su residencia en la ciudad de Éfeso.

P. ¿Qué le sucedió?

R. El emperador Domiciano mandó prenderle y conducirle á Roma, en donde fue arrojado en una caldera de aceite hirviendo, de la cual salió, sin embargo, lleno de vida.

P. ¿Qué hizo entonces el tirano?

R. Le desterró á la isla de Pathmos, donde escribió su Apocalipsis, es decir, la revelacion de lo que debia acontecer á la Iglesia en los siglos venideros; en seguida volvió á Éfeso, escribió su Evangelio, y tres epístolas á los fieles, y murió á la edad de cien años.

P. ¿Quién fue Santiago el Menor?

R. Santiago el Menor fue hijo de Alfeo y de María, parienta muy próxima de la santísima Vírgen; fue el primer obispo de Jerusalen, desde donde escribió una epístola á todas las iglesias, y fue precipitado por los judíos desde lo alto del templo, impulsados por su odio al Cristianismo.

P. ¿Quién fue san Felipe?

R. San Felipe, originario de Bethsaida, en Galilea, fue uno de los primeros discípulos del Salvador, y predicó el Evangelio en la Frigia, donde murió de edad muy avanzada.

P. ¿Quién fue san Bartolomé?

R. Este apóstol fue tambien galileo; despues de Pentecostes se dirigió hácia las regiones mas bárbaras del Oriente, penetró hasta los confines de la India, y volvió á Armenia, donde fue martirizado.

P. ¿Quién fue san Mateo?

R. Un publicano ó cobrador de contribuciones; convertido por el mismo Salvador, fue puesto en el número de los Apóstoles, y despues de Pentecostes predicó el Evangelio en África, donde murió.

P. ¿Quién fue san Simon?

R. San Simon fue natural de Caná en Galilea; despues de Pentecostes partió para Persia, donde fue martirizado por órden de los sacerdotes idólatras.

P. ¿Quién fue san Judas?

R. San Judas, llamado tambien Tadeo, fue hermano de Santiago el Menor; introdujo la luz de la fe en la Libia, volvió á Jerusalen, y murió en Armenia, despues de haber escrito una epístola á todas las iglesias amonestándolas para que desconfiasen de las nacientes herejías de los Nicolaitas y de los Gnósticos.

P. ¿Quién fue san Matías?

R. San Matías era discípulo del Salvador, y fue elegido en el Ce-

náculo para reemplazar á Judas; la historia no menciona ni sus conquistas evangélicas, ni las circunstancias de su muerte.

P. ¿Cuántos evangelistas se cuentan?

R. Cuatro : san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan. Llámanse evangelistas los que escribieron la vida de Nuestro Señor.

Oracion y propósito, pág. 62.

LECCION V.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — COSTUMBRES DE LOS GENTILES. — SIGLO I.

P. Díme cuál era el estado del mundo al morir los Apóstoles.

R. Hallábanse frente á frente y prontas á llegar á las manos dos sociedades, la gentílica, gastada por sus crímenes y disolucion, y la cristiana, jóven y brillante de virtudes. Roma era la capital del mundo y el centro de la idolatría.

P. Descríbeme someramente la ciudad de Roma.

R. Roma era una ciudad inmensa que contaba cerca de cinco millones de habitantes, ochocientos establecimientos de baños y cuatrocientos veinte templos de ídolos, en los cuales eran adorados treinta mil dioses; uno solo de sus anfiteatros podia contener ochenta y siete mil espectadores; veinte y nueve vias empedradas con grandes baldosas y adornadas á ambos lados con sepulcros de mármol, oro y bronce, conducian desde Roma á las provincias.

P. ¿Eran muchas las riquezas de sus habitantes?

R. Eran tantas que superaban á cuanto puede decirse.

P. ¿Cuál era su religion?

R. Los romanos adoptaron las religiones de todos los pueblos que vencian; así es que se veian reunidas en Roma las supersticiones groseras y las asquerosas divinidades diseminadas por toda la tierra.

P. ¿Cuáles eran sus costumbres?

R. Eran tales que causa rubor el explicarlas; baste decir que los crímenes mas escandalosos estaban autorizados por la religion, por el silencio de las leyes y por la costumbre, y que se cometian públicamente por los niños y por los ancianos, por los grandes y por el pueblo.

P. ¿Cuáles eran sus leyes?

R. Sus leyes eran crueles y odiosas; la mas dura opresion pesaba sobre cuanto podia ser oprimido.

P. ¿Sobre quiénes pesaba?

R. 1.° Sobre la mujer; la cual era esclava primeramente de su padre que podia matarla ó venderla; y luego de su marido que podia venderla ó repudiarla segun su capricho; 2.° sobre el hijo; las leyes permitian darle muerte antes de su nacimiento, y lo ordenaban en determinados casos; permitian además matarle, exponerle, venderle, cuando habia nacido, y la religion le elegia con preferencia para degollarle ó quemarle en honor de los dioses.

P. ¿Sobre quién mas?

R. 3.° Sobre los esclavos; los cuales eran vendidos como animales; marcábanles la frente con un hierro candente; durante el dia les excitaban al trabajo á latigazos, y por la noche encerrábanles en subterráneos; la menor torpeza les costaba la vida; 4.° sobre los prisioneros de guerra, á quienes degollaban sobre el sepulcro de los vencedores, á quienes obligaban á matarse entre sí en el anfiteatro para diversion del pueblo, y á quienes reducian á la esclavitud.

P. Continúa esta enumeracion.

R. 5.° Sobre los deudores, pues la ley permitia al acreedor el despedazar el cuerpo de su deudor insolvente; 6.° sobre los pobres, llamados animales impuros; su pobreza era insultada, y para desembarazarse de ellos, un emperador mandó cargar de los mismos tres grandes buques, con órden de que fuesen echados á pique en alta mar: tal era la Roma gentílica, á la llegada de san Pedro.

Oracion y propósito, pág. 80.

LECCION VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO I.

P. Debajo de la Roma gentílica ¿habia otra Roma?

R. Sí, otra Roma subterránea, habitada por los primeros cristianos, y conocida con el nombre de Catacumbas.

P. ¿Es mucha su extension?

R. Las Catacumbas forman una ciudad de muchas leguas de extension, en la cual se ven calles, plazas, encrucijadas y un gran número de sepulcros.

P. ¿Qué significa la palabra catacumba?

R. Subterráneo y cementerio.

P. ¿Quién abrió las catacumbas?

R. Nuestros padres en la fe.

P. ¿De qué sirvieron?

R. De retiro y de sepultura á los primeros cristianos durante las persecuciones; en ellas se ocultaban, oraban y ofrecian el santo sacrificio, ya para prepararse al martirio, ya para alcanzar la salvacion de sus perseguidores.

P. ¿Qué mas practicaban?

R. Para inspirarse paciencia y valor habian pintado y grabado los principales pasos de la Escritura, análogos á su posicion, tales como *Daniel en la fosa de los leones*, *los tres niños en el horno*, *Nuestro Señor resucitando á Lázaro*, y finalmente ciervos, palomas y vides, símbolos de esperanza, de inocencia y de caridad.

P. ¿Permanecieron los Cristianos mucho tiempo en las catacumbas?

R. Las catacumbas fueron el asilo habitual de los primeros cristianos durante las persecuciones, que duraron trescientos años, cási sin interrupcion.

P. ¿Cuál era su vida?

R. La vida de nuestros padres era admirable por su santidad é inocencia; al orgullo de los gentiles oponian la humildad, no deseando ni ser ricos ni salir de su condicion; á su lujo, una modesta sencillez, notable sobre todo en sus vestidos y en el ajuar de sus casas.

P. Continúa esta descripcion.

R. Al libertinaje de los gentiles oponian la templanza y el ayuno; la mayor sobriedad presidia sus comidas particulares, y aun sus inocentes festines, llamados *agapes*.

P. ¿En qué consistian los *agapes*?

R. En comidas de caridad que se daban entre sí los primeros cristianos; los ricos las pagaban, los pobres eran invitados á ellas, y todos comian juntos, sin distincion alguna, como hijos de la misma familia: la comida empezaba y terminaba con la oracion.

P. ¿Cuáles eran sus ayunos?

R. Ayunaban no solo durante la Cuaresma, sino tambien los miércoles y viernes de cada semana; la Iglesia de Roma ayunaba además el sábado, en memoria del triunfo que consiguiera san Pedro contra Simon el Mago.

Oracion y propósito, pág. 93.

LECCION VII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS (CONTINUACION). — SIGLO I.

P. ¿Qué oponian nuestros padres en la fe á los vergonzosos desórdenes de los gentiles?

R. La pureza de los Ángeles, segun se ven obligados á reconocer sus mismos enemigos.

P. ¿Qué virtud oponian á la sed de oro que devoraba á los gentiles?

R. El desprendimiento y la pobreza voluntaria; contentos con lo necesario, daban el resto de sus bienes para alivio de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, y consideraban las riquezas como un obstáculo á la libertad del alma.

P. ¿Qué oponian á todos los crímenes de los gentiles?

R. Una vida de oracion y de santidad; levantábanse muy de mañana, y su primera accion era la señal de la cruz; vestíanse con modestia, y toda la familia se reunia en un aposento retirado, donde el padre decia la oracion en alta voz.

P. ¿En qué postura oraban?

R. De rodillas ó en pié, con la cabeza descubierta, los ojos elevados al cielo, los brazos extendidos y el rostro vuelto hácia Oriente.

P. ¿Qué hacian despues de la oracion?

R. Se dirigian á la iglesia para oir misa, ó comulgaban diariamente; en seguida salian con modestia, y volvian á sus casas, ó marchaban á sus ocupaciones.

P. ¿Con qué accion daban principio á sus trabajos?

R. Con la señal de la cruz; á las nueve rezaban, y luego continuaban su trabajo hasta el mediodía en que comian.

P. ¿De qué modo?

R. Antes de alimentar su cuerpo, alimentaban su alma leyendo algunas páginas de las sagradas Escrituras; luego bendecian los manjares que debian comer; despues de la comida daban gracias, leian algunas páginas de la Biblia, y volvian alegremente al trabajo, durante el cual entonaban cánticos sagrados.

P. ¿Á qué ejercicios se dedicaban por la tarde?

R. Los que podian hacerlo se dedicaban á diferentes ejercicios de caridad, como visitar á los pobres y á los hermanos presos por la fe; á las tres rezaban de nuevo.

P. ¿Qué hacian durante la noche?

R. Por la noche se reunia toda la familia, y los padres instruian á sus hijos; cenaban, entonaban cánticos sagrados, leian la Escritura, rezaban, y todos se acostaban en busca del reposo despues de hacer sobre su lecho la señal de la cruz.

P. ¿Rezaban durante la noche?

R. Á media noche se levantaban para orar. Tal era la vida de nuestros padres; imitándoles, no solo serémos santos, sino que harémos respetar la Religion por los malos cristianos, como nuestros padres la hacian respetar por los mismos gentiles.

Oracion y propósito, pág. 106.

LECCION VIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS (CONTINUACION).—SIGLO I.

P. ¿Qué oponian nuestros padres á la ley de odio y crueldad que reinaba entre los gentiles?

R. La ley de la caridad universal, cumpliendo exactamente el precepto del Señor, que dice: *Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos*.

P. Explícame tus palabras.

R. Primeramente los padres amaban á sus hijos, y en vez de dar-

les la muerte antes ó despues de su nacimiento, como practicaban los gentiles, tenian un extremo cuidado en conservarlos, mirándolos como un depósito precioso, y nada omitian para educarlos en la virtud.

P. ¿Cuál era su mayor cuidado?

R. Alejar de sus hijos las malas compañías y los libros peligrosos, siendo el Evangelio la única obra que ponian en sus manos.

P. Los padres y las madres ¿se amaban mútuamente?

R. Sí, y con un afecto enteramente sobrenatural, que se manifestaba por una constante afabilidad, por solícitas atenciones, y sobre todo por oraciones fervientes y continuas, cuando uno de los dos tenia la desgracia de no ser cristiano.

P. ¿Imitaban los hijos el ejemplo de sus padres?

R. Sí, y amábanse entre sí con el mas sincero amor; veíaseles orar, combatir y morir juntos en los anfiteatros.

P. Los primeros cristianos ¿se amaban unos á otros?

R. Sí, y hasta el punto de que admirados los gentiles exclamaban: «Ved como se aman y como están prontos á morir los unos por «los otros.»

P. ¿Qué nombre se daban entre sí?

R. Los de padre, madre, hermano, hermana, hijo é hija, para indicar que no formaban mas que una sola familia, y su caridad se extendia á los cristianos de las iglesias mas apartadas.

P. ¿Cuáles eran los objetos particulares de su caridad?

R. Los ministros del Señor, los pobres, y sobre todo los cristianos condenados á las minas á causa de su fe.

P. Nuestros padres en la fe ¿amaban á todos los hombres?

R. Sí, hasta á sus perseguidores, á los cuales prestaban toda clase de servicios y favores, y por los cuales oraban continuamente; además pagaban fielmente los impuestos, y cumplian con todos los deberes de buenos soldados y de excelentes ciudadanos.

P. ¿Á quién se extendia su caridad?

R. Á los difuntos, pues cuidaban mucho de las sepulturas; lavaban los cadáveres, los embalsamaban, los envolvian en finísimos lienzos ó en mantos de seda, y hacian oraciones y limosnas para el descanso de su alma.

Oracion y propósito, pág. 124.

LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — SIGLO I.

P. ¿Cómo consiguieron tan gran santidad nuestros padres en la fe?

R. Aplicándose á cumplir con sus deberes diarios, dividiendo su tiempo entre la oracion, el trabajo y la práctica de obras de caridad, y especialmente huyendo todas las ocasiones de pecar.

P. ¿Cuáles eran estas ocasiones?

R. Los espectáculos, los bailes y fiestas públicas, donde nuestros padres no iban jamás, por causas que son aun las mismas para sus hijos.

P. ¿Cuáles eran?

R. 1.° Los primeros cristianos miraban, y con razon, los espectáculos, las comedias, las tragedias, como una escuela de libertinaje, y creian que un cristiano no debia ir á ver lo que le está prohibido imitar, puesto que es muy difícil no dejarse arrastrar por las pasiones, cuando todo contribuye á inflamarlas.

P. Sigue hablando de esta materia.

R. 2.° Decian que la edad no puede excusarlo, puesto que siempre se es hombre, y por lo tanto débil siempre; que la costumbre no puede autorizarlo, puesto que la costumbre del mundo no es una ley para el cristiano; 3.° que concurriendo á los espectáculos se escandaliza al prójimo, y que si no hubiese espectadores, tampoco habria actores.

P. ¿Qué decian de los bailes y fiestas públicas?

R. Lo mismo que de los espectáculos, y preguntaban á los gentiles, quienes les echaban en cara el no asistir jamás á ellos, si era posible honrar á los señores del mundo de otro modo que entregándose á los excesos de la intemperancia, y ofendiendo al Señor del cielo.

P. ¿Era del gusto de los gentiles conducta tan virtuosa?

R. No, así como la conducta de los hombres de bien tampoco es del gusto de los malos cristianos de nuestros dias: así es que los judíos y los idólatras esparcieron varias calumnias contra nuestros padres y contra la Religion.

P. ¿Quién las refutó?

R. Los apologistas de la Religion refutáronlas con elocuencia, pero mejor lo hacian las virtudes de los Cristianos; sin embargo, en vez de declararse vencidos, sus enemigos empezaron á perseguirles, y millones de víctimas fueron inmoladas por odio de la Religion.

P. ¿Qué nombre se da á estas víctimas?

R. El de *Mártires*, es decir, testigos.

P. Explícame qué son los Mártires.

R. Los cristianos que han muerto en defensa de la fe; el número de Mártires, durante los tres primeros siglos, sube á mas de once millones.

P. ¿Qué observas acerca del martirio?

R. Que es una doble prueba de la verdad de la Religion.

P. ¿Cómo así?

R. 1.° Porque es el cumplimiento de una profecía de Nuestro Señor, el cual anunció que sus discípulos hallarian la muerte á causa de su doctrina; 2.° porque es milagroso el que millones de personas virtuosas de todos países, edades, sexo y condiciones sufriesen toda clase de suplicios por espacio de trescientos años, con resignacion, sin murmurar y sin quejarse.

P. ¿Qué son las actas de los Mártires?

R. La relacion de su causa, de su interrogatorio, de sus tormentos y de su muerte.

P. ¿Cómo se procuraban los Cristianos las actas de los Mártires?

R. De dos modos: 1.° comprando de los escribanos del tribunal el permiso para copiarlas; 2.° mezclándose entre los gentiles sin ser conocidos, cuando se juzgaba á algun Mártir, y escribiendo cuanto sucedia.

P. ¿Qué atenciones tenian para con los Mártires?

R. Les visitaban con frecuencia cuando se hallaban en la cárcel, y, despues de su muerte, recogian solícitos su sangre; les daban sepultura, y sobre sus sepulcros ofrecian el santo sacrificio, no á ellos sino al Dios que les corona.

Oracion y propósito, pág. 138.

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — PRIMERA Y SEGUNDA PERSECUCIONES. — SIGLO I.

P. ¿Cuántas fueron las persecuciones generales contra los Cristianos?

R. Diez, y se llaman generales porque fueron ordenadas por los Emperadores romanos, señores de la mayor parte del mundo.

P. ¿Quién fue el primer emperador romano que persiguió á los Cristianos?

R. Neron, en el año 64 despues de Jesucristo; dicho Emperador mandó incendiar una gran parte de la ciudad de Roma para gozar del espectáculo del fuego, y acusando luego de tal crímen á los Cristianos, hizo morir á gran número de estos inocentes.

P. ¿Qué clase de tormentos les hacia sufrir?

R. Mandábales cubrir de pieles de animales y devorar por los perros; otras veces eran revestidos de un manto de pez y cera al cual ponian fuego, á fin de que sirviesen de antorcha durante la noche. En aquella persecucion murieron san Pedro y san Pablo, y uno de los primeros oficiales de Neron, llamado Tropés.

P. ¿Dejó Dios impune la crueldad de Neron?

R. No, pues los romanos se rebelaron contra él, y vióse obligado á ocultarse en un pantano, donde se hizo dar muerte. Su trágico fin y el de todos los perseguidores nos manifiestan claramente que Dios vela de continuo sobre su Iglesia.

P. Dame otra prueba de lo que acabas de decir.

R. Otra prueba de la continua vigilancia de Dios sobre su Iglesia es la destruccion de Jerusalen, que, despues de crucificar al Salvador, no habia cesado de perseguir á sus discípulos; fue sitiada por Tito, hijo del emperador Vespasiano, en el año 70 despues de Jesucristo.

P. ¿Qué signos precedieron á la destruccion de Jerusalen?

R. Signos espantosos: un cometa en forma de espada estuvo suspendido durante un año entero sobre la infeliz ciudad, y un hombre llamado *Jesús* no cesó de recorrer durante cuatro años las calles

de Jerusalen, gritando noche y dia: ¡Desgraciada Jerusalen! ¡desgraciado templo! ¡desgraciado pueblo!

P. Díme el por qué de tantas señales.

R. Dios las hacia aparecer á fin de que se cumpliese la prediccion de Nuestro Señor, y de advertir á los Cristianos para que abandonasen la ciudad.

P. ¿Qué sucedió durante el sitio?

R. Los judíos se mataban entre sí; la ciudad ofrecia la imágen del infierno, y el hambre era tan horrible, que una mujer se comió á su propio hijo.

P. ¿Cuál fue la suerte de Jerusalen?

R. El dia 10 de agosto Tito se adelantó hasta las inmediaciones del templo, que prohibió incendiar; mas un tizon arrojado por un soldado lo redujo á cenizas, despues de lo cual el vencedor mandó arrasar la ciudad y arar la tierra que ocupaba.

P. ¿Cuál fue el segundo emperador romano que persiguió á los Cristianos?

R. Domiciano, hermano de Tito, al que sucedió en el año 81 despues de Jesucristo.

P. ¿Á qué personas notables condenó á muerte?

R. Á sus propios parientes, y solo porque eran cristianos; mandó además arrojar á san Juan Evangelista en una caldera de aceite hirviendo, mas Dios castigó al tirano de un modo ejemplar, pues fue asesinado en el año 96 despues de Jesucristo, y privado de todos los honores, hasta del de sepultura.

Oracion y propósito, pág. 150.

LECCION XI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — TERCERA Y CUARTA PERSECUCIONES. — SIGLOS I Y II.

P. ¿Por quién fue atacada la Iglesia despues de la persecucion de Domiciano?

R. Por el espíritu de division que alteró la caridad entre los fieles de Corinto; si bien el papa san Clemente les escribió una epístola



que restableció la union tan necesaria á la Iglesia, puesto que estaba próxima una nueva persecucion.

P. ¿Qué persecucion fue esta?

R. La de Trajano: este Emperador entregado á los mas vergonzosos vicios aborrecia á los Cristianos, cuya santa vida era una censura de la suya, y mandó prender á san Ignacio.

P. ¿Quién era san Ignacio?

R. San Ignacio, discípulo de san Juan, era obispo de Antioquía hacia cuarenta años; fue conducido ante el Emperador, el cual ordenó que fuese conducido á Roma para ser allí devorado por las fieras y servir de diversion al pueblo.

P. ¿Qué hizo durante su viaje?

R. Vió en Esmirna á san Policarpo, discípulo como él de san Juan, y á muchos otros obispos que acudieron á ofrecerle los respetos de sus iglesias; luego escribió á los fieles de Roma, rogándoles que no pidiesen su gracia ni á Dios ni á los hombres.

P. ¿Cómo sucedió su martirio?

R. Llegado á Roma el dia 20 de diciembre, último dia de los juegos públicos, fue conducido sin pérdida de momento al anfiteatro, donde dos leones se arrojaron encima de él, devorándole en un instante; sus huesos fueron recogidos con respeto y llevados en triunfo á Antioquía.

P. ¿Cuál fue el fin de Trajano?

R. Este Emperador, gastado por sus vergonzosos vicios, acabó miserablemente como todos los perseguidores de los Cristianos, y su deplorable muerte nos manifiesta que no impunemente es dable rebelarse contra Nuestro Señor.

P. ¿Quién fue el cuarto perseguidor de los Cristianos?

R. Adriano, sucesor de Trajano en el año 116 despues de Jesucristo; este Príncipe cruel, supersticioso y disoluto, consultó á los demonios, quienes contestaron que una viuda llamada Sinforosa no cesaba de atormentarles.

P. ¿Qué hizo el tirano?

R. Mandó comparecer á Sinforosa y á sus siete hijos, cristianos como ella, y le mandó sacrificar á los dioses; Sinforosa se negó á obedecer y fue condenada á muerte junto con sus siete hijos.

P. ¿Tomó alguno la defensa de los Cristianos?

R. Sí; Quadrato, obispo de Atenas, y Arístides, filósofo atenien-

se, presentaron al Emperador la defensa de los Cristianos y la persecucion cesó; sin embargo, Dios dejó caer su brazo sobre Adriano, el cual, presa de una sombría melancolía, se suicidó.

Oracion y propósito, pág. 165.

LECCION XII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—QUINTA Y SEXTA PERSECUCIONES.—SIGLO II.

P. ¿Cuál fue la quinta persecucion general?

R. La de Antonino, el cual entregado á los mas infames vicios, dejó dar muerte á gran número de cristianos, si bien no publicó nuevos edictos contra ellos.

P. ¿Quién fue la principal víctima de esta persecucion?

R. Una matrona romana llamada Felicia, á quien Publio, prefecto de Roma, hizo morir, junto con sus siete hijos, en medio de los mas espantosos tormentos.

P. ¿Suscitó Dios algun defensor á la Iglesia?

R. Sí, san Justino, el cual vindicó tan completamente á la Religion de las calumnias que contra ella propagaban los judíos y gentiles, que el Emperador mandó cesar la persecucion; sin embargo despues de su muerte, que se verificó en breve, su sucesor declaró de nuevo la guerra contra los Cristianos.

P. ¿Cuál fue la sexta persecucion general?

R. La del emperador Marco Aurelio, digno por su orgullo y sus artimañas de ser enemigo de la verdad; san Justino le dirigió una nueva apología, si bien convencido de que tal escrito le costaria la vida; no le engañó su corazon, y fue decapitado.

P. ¿Cuáles fueron las demás víctimas de esta persecucion?

R. Fueron en gran número, mas entre ellos ocupa san Policarpo obispo de Esmirna el primer lugar.

P. ¿Quién fue san Policarpo?

R. San Policarpo fue discípulo de san Juan, con quien habia vivido mucho tiempo. Declarada la persecucion, sus amigos le aconsejaron que saliese de la ciudad; hízolo así el Santo, y se retiró á una quinta poco distante de aquella.

P. ¿Qué le sucedió despues?

R. Fue preso, y despues de dar de comer y de beber á los soldados que fueron en su busca, fué conducido á Esmirna, en medio del anfiteatro y delante del procónsul.

P. ¿Qué palabras dirigió el procónsul á san Policarpo?

R. Estas: «Insulta á Jesucristo,» y Policarpo le contestó: «Hace «ochenta y seis años que le sirvo, y jamás me ha hecho mal alguno; «por el contrario me ha colmado de bienes; ¿cómo, pues, queréis «que insulte á mi Rey y Salvador?»

P. ¿Qué mandó entonces el procónsul?

R. Que Policarpo fuese quemado vivo, mas las llamas no le causaron daño alguno; al contrario formaron un arco, y semejantes á la vela de un buque hinchada por el viento, formaban al rededor del Santo una protectora bóveda.

P. ¿Qué hizo, pues, el procónsul?

R. Al ver el milagro, mandó dar al Santo una puñalada, saliendo la sangre con tanta abundancia que quedó el fuego apagado. De este modo consumó san Policarpo su sacrificio el dia 25 de abril (á las dos de la tarde) del año 166 despues de Jesucristo.

Oracion y propósito, pág. 179.

LECCION XIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—SEXTA PERSECUCION (CONTINUACION).—SIGLO II.

P. ¿Con qué motivo dió Marco Aurelio algun reposo á los Cristianos?

R. Con motivo de la legion Fulminante.

P. Refiéreme este milagro.

R. Cierto dia, el ejército romano mandado por el Emperador, se halló en un desfiladero, sitiado por todas partes por los enemigos y expuesto á morir de sed.

P. ¿Quién lo salvó?

R. La legion Fulminante, compuesta de soldados cristianos; estos se arrodillaron, y con sus fervientes oraciones obtuvieron una lluvia

abundante para los romanos, mientras que una granizada mezclada con rayos dispersó á los enemigos, los cuales arrojaron sus armas.

P. ¿Cómo manifestó Marco Aurelio su reconocimiento por semejante milagro?

R. Escribiendo al Senado y elevando en Roma un monumento que subsiste aun; sin embargo, impulsado por el demonio, no tardó en perseguir otra vez á los Cristianos.

P. ¿En qué país fue más cruel la nueva persecucion?

R. En las Galias, donde la ciudad de Lyon quedó inundada con la sangre de los Mártires.

P. ¿Cuáles fueron los principales?

R. San Pothin, obispo de la misma ciudad, de edad de noventa años, el cual fue sepultado en un estrecho calabozo, donde murió dos dias despues; Maturo y Sancto, quienes despues de haber servido de espectáculo al pueblo y de pasto á las fieras, fueron sentados en una silla de hierro candente, y por último decapitados.

P. ¿Cómo se llamaban los demás?

R. Attale y Alejandro, Blandina y Pontico, jóven de quince años.

P. ¿Quién fue Blandina?

R. Una tímida esclava de una complexion muy delicada; el Señor le inspiró tal fuerza, que llegó á cansar á los verdugos; á todas las preguntas que se le dirigian, contestaba: «Soy cristiana, y no «se comete entre nosotros mal alguno.»

P. ¿Cómo consumó su martirio?

R. Despues de ser expuesta en una red á una vaca furiosa, que la tiró al aire y le magulló el cuerpo, fue degollada.

P. ¿Qué fue de Pontico?

R. Pontico, alentado por santa Blandina, recorrió valerosamente todos los grados del martirio, y consumó su sacrificio por la espada.

P. ¿Hubo otros Mártires en las Galias?

R. Sí, otros muchos, y en particular san Sinforiano de la ciudad de Autun, jóven distinguido por su cuna, saber y agradables dotes, á quien mandó prender Heraclio, gobernador de la provincia, preguntándole por su nombre y profesion.

P. ¿Qué contestó Sinforiano?

R. «Soy cristiano.»

P. ¿Qué hizo el Gobernador?

R. Empleó sucesivamente las caricias, las promesas y las ame-

nazas para inducirle á sacrificar á los dioses; mas como viese la inutilidad de sus tentativas, le condenó á ser decapitado.

P. ¿Qué sucedió mientras conducian al Mártir al suplicio?

R. Su madre, venerable por su virtud mas aun que por sus años, gritóle desde la muralla: «¡Sinforiano, hijo mio, alza tus ojos al cie-«lo; ten valor; no temas la muerte, que es el camino de la vida «eterna!»

Oracion y propósito, pág. 191.

LECCION XIV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—SÉPTIMA PERSECUCION.—SIGLO III.

P. ¿Cómo empezó el siglo III?

R. Con una guerra general y encarnizada contra la Iglesia; y si bien los filósofos y los herejes se unieron con los verdugos para aniquilarla, Dios se encargó de su defensa.

P. ¿Cómo la defendió?

R. Oponiendo á los filósofos y á los herejes dos grandes apologistas, y á los perseguidores una multitud de Mártires; los dos grandes apologistas fueron Tertuliano y Orígenes.

P. ¿Quién fue Tertuliano?

R. Un presbítero de Cartago, nacido en la misma ciudad en el año 160 de Nuestro Señor; en un viaje que hizo á Roma publicó un *Apologético*, es decir, una defensa de los Cristianos, la que presentó á los magistrados del Imperio, dando un golpe mortal al Gentilismo.

P. ¿Cuál fue su obra contra los herejes?

R. Despues de haber confundido á los gentiles, Tertuliano se volvió contra los herejes, refutando todas las herejías pasadas, presentes y futuras, en una obra llamada las *Prescripciones*.

P. ¿Con qué argumento las refutó?

R. Con el siguiente: La verdadera Iglesia es la que se remonta hasta Jesucristo sin interrupcion; la Iglesia católica es la única que se remonta sin interrupcion hasta Jesucristo, luego la Iglesia católica es la única verdadera.

P. ¿Cuál fue el fin de Tertuliano?

R. Tertuliano tuvo la desgracia de caer despues en errores condenables; mas esto en nada rebaja el mérito de las obras que escribió antes de su caida.

P. ¿Quién fue Orígenes?

R. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, nació en Alejandría en el año 185 de Nuestro Señor; dotado de un vasto genio, fue una de las mas brillantes antorchas de la Iglesia, y refutó victoriosamente á uno de los mas peligrosos enemigos de la Religion, llamado Celso; Orígenes incurrió tambien en algunos errores, pero parece que no se obstinó en ellos.

P. ¿Cuál fue la séptima persecucion general?

R. La del emperador Septimio Severo, el cual publicó en el año 200 un edicto de exterminio, corriendo abundantemente la sangre en todas las provincias del Imperio.

P. ¿Cuáles fueron los principales Mártires de esta persecucion?

R. Santa Perpétua y santa Felicia junto con sus compañeros, todos de la ciudad de Cartago.

P. ¿Quiénes fueron santa Perpétua y santa Felicia?

R. Santa Perpétua, de veinte y dos años de edad, era de familia noble y madre de un niño que ella misma criaba: santa Felicia era esclava, presa como los demás Mártires por órden del procónsul Hilario.

P. ¿Qué hizo el padre de santa Perpétua?

R. El padre de santa Perpétua, que era gentil, le suplicó que renunciase á su fe si no queria verle morir de dolor; el procónsul unió sus ruegos á los suyos, pero Perpétua les contestó: «Soy cristiana.»

P. ¿Qué sucedió despues?

R. Conducidos los Mártires á la cárcel, convirtieron al carcelero, así como á muchos gentiles que fueron á verles durante la cena libre.

P. ¿En qué consistia la cena libre?

R. En una comida que se daba á los Mártires en una sala abierta al público, la víspera de su muerte.

P. ¿Cuáles fueron los tormentos de los santos Mártires?

R. Conducidos el dia siguiente al anfiteatro, tres de ellos fueron lanzados á las fieras, mientras que santa Perpétua y santa Felicia, envueltas en redes, fueron expuestas á una vaca furiosa que las magulló en gran manera.

P. ¿Qué pidió entonces el pueblo?

R. Para gozarse en la muerte de los santos Mártires, pidió que fuesen degollados en medio del anfiteatro, recibiendo todos la muerte sin hacer el menor movimiento ni proferir la menor queja.

Oracion y propósito, pág. 206.

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—OCTAVA Y NOVENA PERSECUCIONES.—SIGLO III.

P. ¿Cuál fue el autor de la octava persecucion general?

R. Decio, príncipe feroz, el cual murió miserablemente como Septimio Severo y como todos los perseguidores.

P. Cítame algunos de los Mártires de esta persecucion.

R. Uno de los mas ilustres fue san Pionio de Esmirna, presbítero y discípulo de san Policarpo, quien á cuantas preguntas le dirigieron contestó: «Soy cristiano, hijo de la Iglesia católica.»

P. ¿Qué clase de tormentos sufrió?

R. Todos los imaginables, hasta que por último fue condenado á ser quemado vivo; espirando despues de haber hecho su oracion, sin que el fuego hubiese consumido su barba ni sus cabellos.

P. Díme el nombre de algunos otros Mártires.

R. Durante esta persecucion sufrió tambien el martirio un niño llamado Cirilo, el cual al subir á la hoguera excitaba á los asistentes á entonar cánticos en celebracion de su felicidad.

P. Continúa la enumeracion que te he pedido.

R. En Sicilia fue martirizada santa Águeda, jóven vírgen de ilustre cuna, y heredera de una gran fortuna, la cual prefirió perderlo todo antes que su fe.

P. ¿Cuál fue el autor de la novena persecucion general?

R. Valeriano, quien hizo morir á un gran número de cristianos, entre otros al papa Sixto II.

P. ¿Qué sucedió mientras era este conducido al suplicio?

R. Que san Lorenzo, diácono de la Iglesia de Roma, le preguntó llorando á dónde iba sin él; el santo Papa le contestó: «Me segui-

«rás dentro de tres dias;» prediccion que se cumplió, y Lorenzo fue preso.

P. ¿Qué exigió de él el prefecto de Roma?

R. Los tesoros de la Iglesia; mas el Santo reunió á todos los pobres á quienes la Iglesia socorria, y dijo al prefecto: «Estos son los «tesoros de los Cristianos.»

P. ¿Qué hizo entonces el prefecto?

R. Furioso el prefecto hizo acostar á Lorenzo sobre unas parrillas de hierro, colocadas sobre un brasero; durante este tormento el Santo permaneció tan tranquilo como si se hallase en un lecho ordinario; oró por la conversion de Roma, y espiró dulcemente; san Cipriano le siguió de cerca á la gloria.

P. ¿Quién fue san Cipriano?

R. San Cipriano fue obispo de Cartago é hijo de uno de los primeros senadores de la misma ciudad; despues de haber socorrido á los gentiles diezmados por la peste, fue preso y condenado á ser decapitado. Al oir su sentencia el Santo exclamó: «Alabado sea Dios,» y despues de orar por su Iglesia recibió el golpe mortal.

Oracion y propósito, pág. 222.

LECCION XVI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — DÉCIMA PERSECUCION. — SIGLOS III Y IV.

P. ¿Cómo castigó Dios al emperador Valeriano?

R. De un modo ejemplar: el Emperador fue hecho prisionero por Sapor, rey de Persia, el cual le obligó á arrodillarse y á servirle de escalon para montar á caballo; en seguida mandó desollarle vivo, tiñó su piel de un color rojo y la suspendió en un templo de sus dioses.

P. ¿Cuál fue la décima persecucion general?

R. La de Diocleciano, el cual asocióse en el imperio con Maximiano, Galerio y Constancio Cloro; todos, excepto el último, se hallaban animados de un violento odio contra los Cristianos.

P. Refiéreme el martirio de la legion Tebana.

R. Maximiano tenia en su ejército una legion compuesta de cristianos, en número de diez mil hombres, veteranos todos venidos de Oriente y de los alrededores de Tebas.

P. ¿Qué les ordenó Maximiano?

R. Al llegar cerca de Ginebra, en Suiza, les mandó sacrificar á los dioses, y habiéndose negado á obedecerle, hízoles pasar á cuchillo desde el primero al último.

P. ¿Cómo auxilió Dios á su Iglesia?

R. Enviando al desierto á numerosos Moiseses para que orasen y obtuviesen la victoria para los fieles, quienes iban á ser atacados con no vista violencia; los nuevos Moiseses fueron san Pablo, san Antonio y sus numerosos discípulos.

P. ¿Quién fue san Pablo?

R. San Pablo, primer ermitaño, nació en Egipto por los años 229; á la edad de veinte y dos años se retiró al desierto, donde una cueva le sirvió de habitacion, las hojas de una palmera de vestido, y sus frutos de alimento.

P. ¿Cómo le alimentó despues el Señor?

R. Milagrosamente, como en otro tiempo al profeta Elías, viviendo en el ejercicio de la oracion y de la penitencia hasta la edad de ciento trece años; cuando hubo muerto, dos leones cavaron la sepultura en que san Antonio depositó su cadáver entonando los himnos de la Iglesia.

Oracion y propósito, pág. 236.

LECCION XVII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — DÉCIMA PERSECUCION (CONTINUACION). — SIGLO IV.

P. ¿Quién fue san Antonio?

R. San Antonio, el padre de los cenobitas, nació en Egipto en el año 251, de una familia opulenta.

P. ¿Qué entiendes por cenobitas?

R. Los religiosos que viven en comunidad, y por anacoretas los que viven en celdas ó cuevas separadas.

P. ¿Qué hizo san Antonio despues de la muerte de sus padres?

R. Dió todos sus bienes á los pobres, y se retiró á un desierto de la Tebaida, donde vivió solo durante cuarenta años, transcurrido cuyo tiempo consintió en recibir discípulos; el número de estos fue tan considerable, que edificó muchos monasterios para recibirles.

P. ¿En qué época sucedió esto?

R. En el año 303, cuando el emperador Diocleciano publicó contra la Iglesia el mas terrible decreto de persecucion que se hubiese visto.

P. ¿Sufrió mucho san Antonio en el desierto?

R. Sí, de parte del demonio; mas el Santo lo ponia en fuga con solo la señal de la cruz, práctica que recomendaba mucho á sus discípulos, así como la vigilancia sobre sí mismos, la oracion y la idea de la eternidad.

P. ¿Á qué edad llegó san Antonio?

R. Á la de ciento y cinco años sin el mas mínimo achaque.

P. ¿Qué objetos dejó al morir?

R. Legó á san Atanasio su capa y una de sus pieles de oveja, otra piel semejante á la anterior al obispo Serapio, y su cilicio á sus discípulos, que era cuanto poseia. Despues de hacer estas disposiciones se durmió tranquilamente en el Señor.

P. ¿Quién fue santa Sinclética?

R. Esta Santa descendia de una noble y virtuosa familia, y poseia una gran fortuna, que distribuyó entre los pobres despues de la muerte de sus padres, retirándose á una soledad poco distante de Alejandría, donde tomaron orígen los monasterios de mujeres en Oriente.

P. ¿Por qué estableció Dios las Órdenes religiosas?

R. Para la conservacion y propagacion del Cristianismo, y para el bien de la sociedad.

P. ¿Cuál es el objeto de las Órdenes contemplativas en particular?

R. Orar por los Cristianos que viven en el siglo, expiar los pecados del mundo, y conservar la práctica del Evangelio en toda su primitiva pureza.

P. ¿Qué mas encuentras digno de observarse en el establecimiento de las Órdenes religiosas?

R. Que fueron fundadas en el momento mismo en que los Cristianos iban á relajarse y á corromperse.

P. ¿Por qué?

R. Porque la Providencia quiso conservar en el mundo modelos de la vida ejemplar de nuestros padres en la fe; así es que la vida de los religiosos, y hasta su traje, nos retratan la vida, las costumbres y los trajes de los primeros cristianos.

Oracion y propósito, pág. 255.

LECCION XVIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—DÉCIMA PERSECUCION (CONTINUACION).—SIGLO IV.

P. ¿Qué servicios prestan á la sociedad las Órdenes religiosas?

R. El primero consiste en conservar en toda su pureza la práctica del Evangelio, al cual debe el mundo su felicidad; el segundo, en ofrecer un asilo á gran número de personas cansadas del mundo, rechazadas por este, ó que no pueden permanecer en él sin ser su deshonra y su azote.

P. ¿Cuál es el tercero?

R. El dar al mundo el ejemplo del desprecio de las riquezas y de los placeres, cuyo desarreglado amor es la causa de todos los males.

P. ¿Cuál es el cuarto?

R. El impedir que sean un gravámen para la sociedad un gran número de personas, el repartir abundantes limosnas y el consolar gratuitamente todas las miserias humanas.

P. ¿Qué sucedió despues de la fundacion de las primeras Órdenes contemplativas, destinadas para obtener la victoria de la Iglesia?

R. Diocleciano mandó la sangrienta persecucion que empezó en el año 303 por los principales oficiales de su servidumbre.

P. Díme el nombre de uno de ellos.

R. Pedro, al cual rompieron todos sus huesos á garrotazos, quemándole despues á fuego lento sobre unas parrillas. Despues de estas primeras ejecuciones la sangre corrió á torrentes en todas las provincias.

P. ¿Qué intentaba Diocleciano?

R. Aniquilar hasta el nombre del Cristianismo, para lo cual hizo

colocar ídolos en las calles, en las fuentes públicas, en las plazas y en los mercados, con obligacion de que sacrificasen los transeuntes, los que iban por agua, ó los compradores.

P. ¿Qué Mártires fueron inmolados en esta persecucion?

R. Lo fueron en número infinito, entre otros santa Julita y su hijo san Ciro.

P. ¿Quién fue santa Julita?

R. Santa Julita era de sangre real y natural de la ciudad de Iconio, desde la que se refugió en la de Tarsis en Cilicia, con su hijo san Ciro, de edad entonces de tres años, y dos criadas.

P. ¿Qué le sucedió en Tarsis?

R. Presa por órden del gobernador, llamado Alejandro, fue cruelmente azotada; durante su suplicio el magistrado tomó en brazos á su hijo y quiso acariciarle, mas el tierno Mártir le arañaba el rostro con sus manecitas, y cada vez que santa Julita decia: «Soy cris-«tiana,» repetia: «Soy cristiano.»

P. ¿Qué hizo el juez?

R. El bárbaro juez lanzó desde lo alto del tribunal á la inocente víctima, la cual se rompió la cabeza, y murió bañada en su sangre; santa Julita dió gracias á Dios por la victoria que acababa de conceder á su hijo, y fue decapitada.

Oracion y propósito, pág. 269.

LECCION XIX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — DÉCIMA PERSECUCION (CONTINUACION). — SIGLO IV.

P. Refiéreme la historia de san Focas.

R. San Focas era un hortelano de una inocencia de costumbres y de una sencillez patriarcales: su huerto y su humilde casa le proporcionaban los medios de hacer limosnas y de ejercer la hospitalidad.

P. ¿Cómo sucedió su martirio?

R. El Gobernador de la provincia envió á algunos soldados para que le diesen muerte, y llegando estos sin saberlo á la casa de Fo-

cas, que les ofreció hospitalidad, le rogaron les hiciese conocer á un hombre llamado Focas, á quien tenian órden de matar.

P. ¿Qué les contestó el Santo?

R. Que se encargaba de la comision, y el dia siguiente les dijo: He hallado á Focas: soy yo, no temo la muerte; y le mataron.

P. Díme algo del martirio de san Taraco, de san Probo y de san Andrónico.

R. San Taraco era un veterano, que contaba, cuando fue preso, sesenta y cinco años de edad; san Probo era un hombre muy rico que habia renunciado á todos sus bienes para servir mejor á Jesucristo; san Andrónico era un jóven, descendiente de una de las primeras familias de Éfeso.

P. ¿Quién les mandó prender?

R. Máximo, gobernador de Cilicia, el cual preguntóles por su nombre y profesion, contestando ellos: «Somos cristianos; no tene«mos otro nombre ni estado.»

P. ¿Qué clase de tormentos sufrieron?

R. Rompiéronles los dientes, desgarráronles los costados con garfios acerados, atravesáronles las manos con clavos encandecidos, y desolláronles la cabeza, sobre la que les colocaron carbones encendidos; por último, viendo el Gobernador que nada podia vencerles, les condenó á ser lanzados á las fieras.

P. ¿Cuál fue su muerte?

R. Llegado el dia del espectáculo, soltaron contra ellos un oso y una leona, de talla desmesurada, cuyos rugidos daban temor á todos los espectadores; mas los dos animales se acercaron poco á poco á los santos Mártires, y se tendieron delante de ellos, lamiéndoles los piés.

P. ¿Qué hizo entonces Máximo?

R. Confuso é irritado al ver este milagro, mandó decapitar á los santos Mártires, cuyos cuerpos recogieron los Cristianos durante la noche, dándoles sepultura en una caverna abierta en la roca.

P. Cuéntame el martirio de santa Inés y de santa Eulalia.

R. Mientras corria en Oriente la sangre de los Mártires, regaba tambien todas las provincias de Occidente, donde consiguieron una señalada victoria dos tiernas vírgenes de ilustre cuna y herederas de una inmensa fortuna; la primera de ellas es santa Inés.

P. ¿Quién fue santa Inés?

R. Santa Inés contaba apenas trece años, cuando el gobernador de Roma la pidió en matrimonio para su hijo, á lo que contestó la Santa estar prometida á un Esposo celestial; estas palabras hicieron comprender que era cristiana, y fue condenada á muerte.

P. ¿Cómo la recibió?

R. Sin conmoverse por el espantoso aparato de los instrumentos del suplicio, espiró tranquilamente en medio de las lágrimas de los espectadores.

P. ¿Quién fue santa Eulalia?

R. Santa Eulalia era natural de Mérida en España; trece años contaba cuando se presentó á Daciano, gobernador de la provincia, echándole en cara su impiedad al querer destruir la verdadera religion; Daciano mandó desgarrarle los costados con garfios de hierro candente.

P. ¿Qué hacia la Santa?

R. Contaba sus llagas, y decia tranquilamente: «Os escriben en «mí, Señor; graban con hierro vuestras victorias en mi cuerpo: ¡oh! «cuánto gozo al verlas así escritas!» Finalmente el tirano mandó quemarla viva.

Oracion y propósito, pág. 285.

LECCION XX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — CONVERSION DE CONSTANTINO. — SIGLO IV.

P. ¿Qué observas acerca de la historia de los Mártires?

R. Que Dios los eligió en todos los países del mundo, á fin de manifestar la unidad y catolicismo de la fe; en todas las edades y condiciones, á fin de que sepamos que no hay edad ni condicion que no haya dado Santos al cielo, y que no pueda darlos todavía.

P. ¿Qué observas acerca de la muerte de los perseguidores?

R. Que es una prueba visible de la justicia de Dios y una leccion para nosotros.

P. ¿Cómo así?

R. Porque el castigo que sufrieron ya en esta vida nos enseña á

temer á Dios, y este temor contribuye á afianzar la Religion; así es que los Mártires y los tiranos, cada uno á su modo, contribuyen á la mayor gloria de Jesucristo.

P. ¿Quién dió la paz á la Iglesia?

R. Constantino, hijo del césar Constancio Cloro, el cual se convirtió al ver aparecer en los aires una cruz luminosa, en medio de la que se leian estas palabras: «Por este signo vencerás.»

P. ¿Qué sucedió en seguida?

R. Que en la siguiente noche aparecióse Nuestro Señor á Constantino, ordenándole hacer un estandarte semejante al que habia visto, y prometiéndole la victoria: Constantino obedeció, consiguió el triunfo, entró en Roma y se declaró el protector de la Religion, á la que dió la paz y la libertad en el año 313.

P. ¿Cuál fue el resultado de haberse dado la libertad á la Religion?

R. El cambio de todas las leyes por otras suaves y equitativas: abolió la esclavitud, la poligamia, el divorcio, el derecho de vender y de matar á los hijos; en una palabra, alivió todas las miserias humanas.

Oracion y propósito, pág. 295.

LECCION XXI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. —DIVINIDAD DE LA RELIGION.

P. ¿Qué prueba el establecimiento del Cristianismo?

R. Que la Religion es obra de Dios.

P. ¿Cómo?

R. 1.° Por las dificultades de la empresa; 2.° por la debilidad de los medios; 3.° por la grandiosidad del resultado.

P. ¿Cuáles eran las dificultades de la empresa?

R. Las mayores que puedan imaginarse, pues tratábase de destruir el Judaismo y el Gentilismo, y de reemplazarlos con el Cristianismo.

P. ¿Qué debia hacerse además?

R. Obrar esta revolucion en el mundo entero, y en el siglo de Augusto, el mas ilustrado y corrompido que jamás se haya visto.

P. ¿Qué debia hacerse por fin?

R. Verificar todo esto á pesar de los filósofos que atacaban todas las verdades del Cristianismo, á pesar de los comediantes que las ridiculizaban en los teatros, á pesar de los Emperadores que hacian morir entre los mas crueles tormentos á los que las mismas convertian.

P. ¿Qué medios se adoptaron para conseguir el éxito de la empresa?

R. Los mas débiles que puedan imaginarse.

P. ¿En qué consistian?

R. En doce hombres del pueblo, doce pescadores, sin instruccion, sin dinero, sin proteccion, y lo que es peor, judíos de orígen, y por consiguiente odiosos y despreciables á los ojos de todo el mundo.

P. ¿Cuál fue el resultado de la empresa?

R. El mas maravilloso que jamás se haya visto; fue rápido, positivo, real y duradero.

P. ¿Por qué dices rápido?

R. Porque en pocos años la Religion se propagó por todas las partes del mundo, hasta introducirse en la misma Roma, donde bajo el imperio de Neron contaba con numerosos discípulos.

P. ¿Por qué positivo?

R. Porque hacerse cristiano era lo mismo que aceptar el odio, la pobreza, el destierro, la prision y una espantosa muerte, lo que no fue obstáculo para muchos millones de hombres de todas edades y de todos los países.

P. ¿Por qué real?

R. Porque el Cristianismo lo modificó todo, almas, ideas, costumbres, leyes, así al hombre como á la sociedad entera.

P. ¿Por qué duradero?

R. Porque nada ha podido destruir el Cristianismo, ni los tiranos, ni los impíos, ni los herejes, ni las revoluciones, ni el tiempo destructor de todo lo demás.

Oracion y propósito, pág. 316.



LECCION XXII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.—DESTRUCCION DE TODAS LAS OBJECIONES Y CONVERSION DE LAS MISMAS EN PRUEBAS.

P. ¿Qué resulta, á los ojos de la razon, del establecimiento del Cristianismo?

R. 1.° Que desde hace mil ochocientos años adora el mundo á un Judío crucificado, es decir, lo mas despreciable y odioso entre todo.

P. ¿Qué mas?

R. 2.° Que el mundo, adorando á un Judío crucificado, se ha hecho mas ilustrado, mas virtuoso, mas libre y mas perfecto.

P. Acaba.

R. 3.° Que las naciones, solo adorando al Judío crucificado, salen de la barbarie y de la degradacion; que cuantas se niegan á adorarle permanecen en la barbarie, y que vuelven á ella cuantas cesan en su adoracion.

P. ¿Cómo calificarias semejante hecho?

R. De increible, pero sin embargo es cierto.

P. ¿Cómo lo explicas pues?

R. Los Católicos lo explican diciendo: Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios, el mismo Dios, que triunfó sin trabajo de todos los obstáculos y que comunicó al mundo sus luces y gracias: hubo milagro, y todo queda fácilmente explicado.

P. ¿Qué contestan los impíos?

R. Que no hubo milagro; que Jesucristo nuestro Señor no es Dios, sino un judío como otro cualquiera, y que la conversion del mundo es un acontecimiento muy natural.

P. ¿Qué se deduce de sus palabras?

R. Que para hacer cambiar de religion al mundo entero basta con prender á un hombre, crucificarle, y enviar á otros doce diciendo que aquel es Dios, experimento que deberian hacer los impíos para convencernos.

P. ¿Qué otra cosa puede deducirse?

R. Que los impíos, por no creer en los milagros, se ven obligados á sostener el mayor de los absurdos, como es el de que el mun-

do fue convertido sin milagro por doce judíos, y el de que adora á un Judío crucificado que no es Dios.

P. ¿Qué se sigue de aquí?

R. Que no habiendo la Religion podido ser establecida por obra de hombres, lo fue por obra de Dios; luego es verdadera, pues Dios no puede autorizar la mentira.

P. ¿Qué otra consecuencia se desprende de todo lo que has dicho?

R. Que todas las objeciones contra la Religion son falsas, en cuanto no puede haber verdades contradictorias.

P. Dí la última deduccion.

R. Que todas las objeciones contra la Religion son otras tantas pruebas de su divinidad, pues todas manifiestan la grande dificultad de persuadir al mundo, y por consiguiente la necesidad y la fuerza de los milagros que obligaron al mundo á aceptarla á pesar de todas las pasiones y persecuciones.

Oracion y propósito, pág. 332.

LECCION XXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. —ARRIO, SAN ATANASIO. —SIGLO IV.

P. ¿Por qué medios Nuestro Señor conserva y propaga la Religion?

R. 1.° Por el sacerdocio; 2.° por los Santos; 3.° por las Órdenes religiosas, y 4.° por las misiones.

P. ¿Cuáles son los primeros defensores de la Religion?

R. Los presbíteros, y por esto es que están encargados de enseñar la verdad, á fin de oponerla al error; de dar buen ejemplo, á fin de oponerlo al escándalo; de consolar todas las miserias humanas, á fin de impedir que el hombre sea otra vez tan miserable como en tiempo del Gentilismo.

P. ¿Cuáles son los segundos defensores de la Religion?

R. Los grandes Santos que aparecen cuando mayores son los males de la Iglesia y mas graves sus peligros, para defender la verdad, para dar buenos ejemplos, ó para aliviar las miserias humanas; hay,

pues, tres especies de santos: los Santos apologistas, los Santos contemplativos, y los Santos enfermeros.

P. Díme quiénes ocupan el tercer lugar entre los defensores de la Religion.

R. Las Órdenes religiosas, las cuales son tambien de tres clases: órdenes sábias, órdenes contemplativas y órdenes enfermeras.

P. ¿Á qué se reducen todos estos medios de defensa?

R. Á uno solo, que es la Iglesia, pues en la Iglesia y por la Iglesia son consagrados los presbíteros, y en ella y por ella se forman los Santos y las Órdenes religiosas.

P. ¿Qué medio estableció Nuestro Señor para propagar la Religion?

R. El de las misiones, las que se verifican especialmente cuando un pueblo se hace indigno de la Religion, á fin de conquistar á la Iglesia nuevos hijos para consolarla de los que ha perdido.

P. Despues de las persecuciones, ¿gozó la Iglesia de duradera paz?

R. No, pues como Jesucristo Señor nuestro, debe ser siempre objeto de nuevos ataques.

P. ¿Quién fue su primer enemigo?

R. Arrio, el cual se atrevió á negar la divinidad de Nuestro Señor; condenado y desterrado en el concilio general de Nicea, solo volvió de su destierro para morir ignominiosamente.

P. ¿Quién fue el grande defensor de la verdad contra los Arrianos?

R. San Atanasio, patriarca de Alejandría en Egipto; durante su vida, que fue muy larga, sufrió mucho por la buena causa, y murió santamente en el año 373 de Jesucristo.

P. ¿Cómo reparó Nuestro Señor las pérdidas que la herejía causara á la Iglesia?

R. Dándole nuevos pueblos: san Frumencio llevó la antorcha de la fe á la Abisinia, cuyos habitantes abrazaron con gran ardor la Religion, y una esclava cristiana convirtió la nacion de los iberos.

Oracion y propósito, pág. 348.



LECCION XXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—SAN HILARIO, SAN MARTIN, SAN GREGORIO NAZIANCENO Y SAN BASILIO.—SIGLO IV.

P. ¿Quién fue san Hilario?

R. San Hilario, obispo de Poitiers, fue suscitado por Dios para defender la Iglesia de Occidente contra el Arrianismo, mientras que san Atanasio preservaba de él á la Iglesia oriental.

P. ¿Cuál fue el mas ilustre discípulo de san Hilario?

R. El gran san Martin, el cual, hijo de un tribuno de soldados, vióse obligado á tomar la carrera de las armas, si bien supo hermanar con su ejercicio la práctica de todas las virtudes, especialmente la caridad para con los pobres.

P. ¿Qué hizo despues?

R. Siguió á san Hilario, fundó el primer monasterio que se conoció en las Galias, fue consagrado obispo de Tours, y convirtió á gran número de gentiles, los cuales consolaron á la Iglesia de la pérdida de aquellos de sus hijos que abrazaron el Arrianismo.

P. ¿Qué sucedia en Oriente en aquel mismo tiempo?

R. Mientras que san Hilario defendia la Religion en Occidente y san Martin la propagaba, el emperador Juliano el Apóstata trataba de restablecer el Gentilismo en Oriente.

P. ¿De qué medio se valió para conseguirlo?

R. Para aniquilar á la Religion con un solo golpe, quiso dar un mentís á Jesucristo Señor nuestro, reedificando el templo de Jerusalen; pero al poner la primera piedra del nuevo edificio, salieron de la tierra torbellinos de llamas que obligaron á los trabajadores á emprender una precipitada fuga; igual milagro sucedió siempre que se intentó dar principio á los trabajos, hasta que por último viéronse obligados á desistir del proyecto.

P. ¿Cuál fue el efecto de este milagro?

R. Este milagro, atestiguado por un autor gentil, llenó de gozo á los Católicos y enfureció al Príncipe apóstata, el cual juró vengarse de Jesucristo, pero fue mortalmente herido en un combate.

P. ¿Qué hizo entonces?

R. Tomó airado sangre de su herida en su mano, y la arrojó con-

tra el cielo gritando : «Venciste, Galileo,» nombre que daba á Jesucristo; sus palabras fueron el último grito del Gentilismo espirante.

P. ¿Cómo defendió Dios á su Iglesia?

R. Primeramente confundiendo él mismo á Juliano el Apóstata, y luego inspirando á grandes doctores que le combatieron con sus escritos, como tambien al Arrianismo, cuyos progresos aumentaban de dia en dia. Entre tan insignes doctores debemos hacer mencion de san Gregorio Nazianceno y de san Basilio el Magno.

P. ¿Quién fue san Gregorio Nazianceno?

R. Este Santo nació en Nazianzo, ciudad de Capadocia, de padres cristianos que le educaron en la virtud; enviado á Atenas para que perfeccionase sus estudios, trabó estrecha amistad con san Basilio.

P. ¿Cuál fue el fruto de esta amistad?

R. Esta amistad, que debe servirnos de modelo, fue causa de que ambos se fortificasen contra los malos ejemplos, y de que aumentasen sus progresos en la virtud y en la ciencia.

P. ¿Cómo hacian los demás su elogio?

R. Diciendo que solo conocian dos calles, la que conducia á la iglesia y la que guiaba á las escuelas públicas.

P. ¿Qué fue de san Gregorio?

R. Fue nombrado para la sede arzobispal de Constantinopla, donde sufrió muchas persecuciones por parte de los herejes; retiróse despues á la soledad, y allí compuso excelentes obras que son la gloria y el tesoro de la Iglesia.

P. ¿Quién fue san Basilio?

R. San Basilio fue natural de Cesarea en Capadocia, de una familia mas ilustre aun por su santidad que por su nobleza; llegado á la edad madura retiróse á la soledad, fundó muchos monasterios tanto de varones como de mujeres, y dióles sábios reglamentos, por lo que es considerado como uno de los cuatro patriarcas de las Órdenes religiosas.

P. ¿Permaneció siempre en la soledad?

R. No, pues nombrado á pesar suyo arzobispo de Cesarea, fue otra de las colunas de la Iglesia contra el Arrianismo, hizo temblar al emperador Valente, y murió á la edad de cincuenta y un años, en tal pobreza, que no dejó ni siquiera para pagar los gastos de su entierro.

Oracion y propósito, pág. 63.

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN HILARION, SAN AMBROSIO, SAN AGUSTIN. — SEGUNDO CONCILIO GENERAL. — SIGLOS IV Y V.

P. ¿Qué sucedió á fines del siglo IV?

R. Que el cisma y la herejía fueron causa de infinitos desórdenes; entonces se retiraron al desierto muchos Santos á fin de hacer penitencia por los pecados del mundo, y obtener la victoria á la Iglesia, de cuyo número fue san Hilarion.

P. ¿Quién fue san Hilarion?

R. San Hilarion nació en Palestina, de padres idólatras y ricos: á quince años se retiró al desierto, donde vivió hasta la edad de ochenta y cuatro años, en la práctica de increibles austeridades.

P. ¿Qué palabras pronunció al morir?

R. Sintiéndose próximo á espirar, decia á su alma: «¿Qué temes, «alma mia? hace ya setenta años que sirves á Jesucristo; ¿por qué «te espanta la muerte?»

P. ¿Qué otra nueva herejía apareció en aquella época?

R. La de Macedonio, el cual negaba la divinidad del Espíritu Santo; pero fue condenada en el concilio de Constantinopla, en el que se añadieron algunas palabras al símbolo de Nicea para explicar mejor la fe respecto del Espíritu Santo: aquel Símbolo es el que se canta en la misa.

P. ¿Despues de haber sido condenado Macedonio, ¿gozó la Iglesia de paz?

R. No, pues los sectarios de aquel heresiarca, junto con los Arrianos, la turbaron propagando sus errores; sin embargo, Dios les opuso grandes doctores para confundirles, entre otros san Ambrosio y san Agustin.

P. ¿Quién fue san Ambrosio?

R. San Ambrosio fue hijo del prefecto de las Galias y llegó á ser obispo de Milan, á pesar de sus lágrimas y de su resistencia; el Santo extinguió en su diócesis la herejía arriana, y se mostró siempre firme en la defensa de la causa de Dios.

P. ¿En qué manifestó especialmente esta firmeza?

R. En su conducta para con el emperador Teodosio, el cual habiendo hecho pasar á cuchillo á siete mil habitantes de la ciudad de Tesalónica, se atrevió á presentarse en la iglesia; mas san Ambrosio le detuvo en la puerta y le condenó á una penitencia pública, á la cual el Príncipe se sometió humildemente.

P. ¿Quién fue san Agustin?

R. San Agustin nació en Tagasto, en África; su madre fue santa Mónica y su padre Patricio, gentil de religion, mas fue convertido por las oraciones y paciencia de su virtuosa esposa. En su juventud entregóse Agustin á toda especie de desórdenes, de cuya vida le sacaron san Ambrosio y su madre santa Mónica.

P. ¿Qué hizo despues de su conversion?

R. Se retiró á la soledad, fue despues obispo de Hipona, y confundió á los cismáticos, á los herejes y á los gentiles, reunidos todos para atacar á la Iglesia; como san Ambrosio, vendió los vasos sagrados para redimir cautivos, y murió tan pobre que no tuvo necesidad de hacer testamento.

Oracion y propósito, pág. 377.

LECCION XXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN JUAN CRISÓSTOMO, SAN JERÓNIMO, SAN ARSENIO. — TERCERO Y CUARTO CONCILIOS GENERALES. — CONTINUACION DEL SIGLO V.

P. Díme el nombre de los otros Doctores inspirados por Dios durante el siglo V para defender la Religion.

R. San Cirilo de Alejandría, san Isidoro de Pelusa, san Epifanio, y sobre todos san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, y san Jerónimo.

P. ¿Quién fue san Juan Crisóstomo?

R. Este Santo fue hijo de un general de los ejércitos romanos; nacido en Antioquía, fue educado en la piedad por su virtuosa madre, y era tanta su elocuencia, que hizo cambiar de faz á su ciudad natal.

P. ¿Cómo pasó á ocupar la sede de Constantinopla?

R. El emperador Arcadio hizo nombrarle y consagrarle arzobispo de aquella metrópoli, donde el Santo desplegó igual celo que en Antioquía y obtuvo iguales triunfos; mas desterrado por las maquinaciones de los herejes y de los malvados, murió fuera de su sede en el año 407.

P. ¿Quién fue san Jerónimo?

R. San Jerónimo, nacido en Panonia, fue enviado á Roma para perfeccionarse en las ciencias; allí olvidó durante algun tiempo los buenos principios que de su familia recibiera; mas vuelto en sí, recibió el Bautismo y se consagró enteramente á la oracion y al estudio.

P. ¿Qué retiro eligió?

R. El de Belen, donde vivió el resto de sus dias en la práctica de las mayores austeridades, lo que no le impidió refutar las herejías y cismas, así como ilustrar á la Iglesia con gran número de excelentes obras.

P. ¿Cuáles fueron los mas insignes solitarios del siglo V?

R. San Nilo, san Simeon Stilita, san Arsenio y san Gerásimo, quienes oraban en el desierto para obtener el triunfo de la fe y ablandar la justicia divina.

P. Díme algo de san Arsenio.

R. San Arsenio fue primeramente preceptor de los hijos del emperador Teodosio, y despues de pasar once años en la corte, se retiró al desierto, donde llevó hasta la edad de noventa y cinco años una vida enteramente evangélica, diciéndose con frecuencia á sí mismo: «Arsenio, ¿por qué abandonaste el mundo, y te retiraste aquí?»

P. Díme algo de san Gerásimo.

R. Este Santo fijó su residencia en Palestina, á orillas del Jordan, y fundó una laura muy célebre.

P. ¿Qué se entiende por *laura?*

R. Llámase *laura* á una residencia de solitarios, compuesta de celdas formando círculo, separadas unas de otras, y en medio de las cuales se eleva una iglesia.

P. ¿Cómo vivian aquellos santos solitarios?

R. Cada uno en su celda en un perpétuo silencio, y ocupado en la oracion y en el trabajo manual; únicamente se reunian en la iglesia los domingos para la celebracion de los santos misterios.

P. ¿Celebróse algun concilio general en el siglo V?

R. Sí, dos: uno en Éfeso en 431, en el que fue condenado Nes-

torio, y otro en Calcedonia, en 451, en el que fue condenado Eutiques.

P. ¿Cómo castigó Dios los pecados de los herejes y de los gentiles durante el siglo V?

R. Llamando contra el Imperio romano nubes de bárbaros mandados por jefes terribles, como Átila, rey de los hunos, y Alarico rey de los visigodos, de cuyo furor salvó á Roma dos veces el papa san Leon.

Oracion y propósito, pág. 392.

LECCION XXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN PATRICIO, SANTA CLOTILDE, SAN BENITO. — QUINTO CONCILIO GENERAL. — SIGLOS V Y VI.

P. ¿Qué ves en el siglo V digno de particular observacion?

R. Que en el mismo momento en que las herejías afligian á la Iglesia oriental, convertíanse nuevos pueblos á la fe.

P. ¿Cuáles fueron estos pueblos?

R. Los irlandeses y los franceses.

P. ¿Quién fue el apóstol de la Irlanda?

R. San Patricio, natural de Inglaterra, de donde fue arrebatado á la edad de quince años por una horda de bárbaros que le condujeron á Irlanda, obligándole á guardar ganados.

P. ¿Libróle Dios de su cautiverio?

R. Sí, y de regreso á su patria resolvió volver á Irlanda para predicar la fe; el papa Celestino le consagró obispo y le envió á aquel país, teniendo en breve el placer de verle cási enteramente católico.

P. ¿Quién fue el apóstol de los franceses?

R. Puede decirse que el apóstol de los franceses fue santa Clotilde, esposa de Clodoveo, rey de los francos, á quien se esforzó en convertir á Jesucristo por medio de todas las virtudes; mas Clodoveo lo diferia de dia en dia hasta que hubo llegado el instante de la gracia.

P. ¿En qué circunstancia?

R. En una batalla contra los alemanes vió Clodoveo á su ejército

en desórden, y él mismo expuesto á caer en manos de sus enemigos; entonces invocó el Dios de Clotilde, prometiendo adorarle si obtenia la victoria; su voto fue oido en el cielo, y de regreso á Reims, fue bautizado por san Remigio, obispo de aquella ciudad, junto con gran número de sus oficiales.

P. ¿Cuál fue el fin de santa Clotilde?

R. Santa Clotilde, que veia colmados todos sus votos, se retiró despues de la muerte de su esposo á la ciudad de Tours, cerca del sepulcro de san Martin, donde murió llena de dias y de méritos en 3 de junio del año 545; esta Santa, junto con santa Mónica, son el modelo de las madres y de las esposas cristianas.

P. ¿Quién fue san Benito?

R. El fundador de los Benedictinos, y el primer patriarca de las Órdenes religiosas en Occidente.

P. ¿Dónde nació san Benito?

R. En Italia, é hizo sus estudios en Roma, cuya ciudad abandonó por temor de perder su inocencia, retirándose al desierto de Sublaco, y despues al Monte-Casino, donde fundó el célebre monasterio que lleva su nombre.

P. ¿Fue este el único que fundó?

R. No, fundó otros muchos, para los cuales escribió una regla inspirada por la misma Sabiduría; su primer artículo permite recibir en la Órden á toda clase de personas, á fin de dar asilo á cuantos huian de la invasion de los bárbaros.

P. ¿Qué servicios han prestado al mundo los Benedictinos?

R. Los mas señalados que puedan imaginarse; desmontaron vastas regiones, conservaron las obras de la antigüedad, edificaron á la Iglesia, y llevaron la luz de la fe á naciones enteras.

P. ¿Qué concilio general se celebró durante el siglo VI?

R. El de Constantinopla, en el año 553, en el cual fueron condenados diferentes errores.

Oracion y propósito, pág. 405.

LECCION XXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. —SAN AGUSTIN, APÓSTOL DE LA INGLATERRA; SAN JUAN EL LIMOSNERO.—SIGLOS VI Y VII.

P. ¿Cómo se convirtió la Inglaterra?

R. Un jóven diácono, llamado Gregorio, pasó cierto dia por el mercado de Roma, y vió puestos en venta á algunos esclavos de una rara hermosura; y al saber que eran naturales de la Gran Bretaña y gentiles todavía, exclamó : «¡Lástima es que criaturas tan hermosas «sean esclavas del demonio!»

P. ¿Qué hizo luego?

R. Elevado á la sede pontificia bajo el nombre de Gregorio el Grande, envió á Inglaterra á san Agustin, prior de un convento de Benedictinos de Roma, junto con cuarenta misioneros, y llegados felizmente á aquella isla, penetraron hasta la ciudad de Cantorbery, de la que fue obispo san Agustin.

P. ¿Hicieron muchas conversiones?

R. Admirados por los milagros y virtudes de sus Apóstoles, los gentiles se convirtieron en tropel; el mismo Rey pidió el Bautismo, y en breve fue cristiana toda la Gran Bretaña. De este modo consoló el Señor á su Iglesia de las pérdidas que la herejía le hacia experimentar en Oriente.

P. ¿Qué acontecimiento notable tuvo lugar á principios del siglo VII?

R. La destruccion del imperio de los partos, sobre el cual dejó caer Dios su justiciero brazo, pues desde la aparicion del Cristianismo no habian cesado de perseguirlo.

P. ¿Cómo colmaron los partos ó los persas la medida de sus iniquidades?

R. Precipitándose sobre la Palestina y sobre Jerusalen, pasándolo todo á sangre y fuego, y apoderándose de parte de la verdadera cruz, que se llevaron á Armenia, despues de haber dado muerte á gran número de cristianos y reducido á los demás á la mas espantosa miseria.

P. ¿Cómo vino Jesucristo en auxilio de sus afligidos hijos?

R. Suscitando á un hombre que les consoló, les alimentó, y que contribuyó en gran parte á la reedificacion de Jerusalen; aquel hombre, á quien podemos dar el nombre de Vicente de Paul oriental, fue san Juan, patriarca de Alejandría en Egipto, apellidado el Limosnero por su inagotable caridad.

Oracion y propósito, pág. 416.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE

DEL TOMO QUINTO.

PARTE TERCERA.

LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I).

PÁG.

Vida de la Iglesia : lucha eterna. — Cuadro del siglo I. — Dia de Pentecostes. — Discurso de san Pedro. — Confirmacion de su doctrina por medio de milagros. — Curacion de un cojo. — Pedro y Juan son puestos en la cárcel. — Iglesia de Jerusalen. — Ananías y Safira. — Eleccion de los siete diáconos. — Martirio de san Estéban. — Ventaja de esta muerte y de la persecucion. — Predicacion del Evangelio en la Palestina. — Simon el Mago. — Conversion de san Pablo.. 5

LECCION II.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

El Evangelio pasa á los gentiles. — Bautismo del centurion Cornelio. — Misiones de san Pedro en Cesarea, en Antioquía, en Asia, en Roma, donde combate á Simon el Mago; en Jerusalen, donde es puesto en la cárcel por mandato de Herodes Agripa, y libertado por un Ángel; en Roma, donde san Marcos escribe su Evangelio; en Jerusalen, donde preside el primer concilio, y finalmente en Roma. — Vida y misiones de san Pablo en Damasco, en Cesarea, en Antioquía, en Chipre, en Iconio, en Listra y en Filipos. 18

LECCION III.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Misiones de san Pablo en Tesalónica, en Atenas delante del Areopago, en Corinto, en Éfeso y en Jerusalen.—Le prenden y le envian á Cesarea. —Parte á Roma.—Acogida que recibe.—Aunque preso predica el Evangelio.—Vuelve á Oriente, y despues á Roma, donde entra con san Pedro.— Muerte de Simon el Mago.— Martirio de san Pedro y san Pablo. 30

LECCION IV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Vida, misiones y martirio de san Andrés, —de Santiago el Mayor. — Juicio de Dios sobre Agripa, primer rey perseguidor de la Iglesia. — Vida, misiones y martirio de san Juan Evangelista, — de santo Tomás, —de Santiago el Menor, —de san Felipe, —de san Bartolomé,

—de san Mateo, —de san Simon, —de san Judas, —de san Matías, —de san Marcos y de san Lucas. 46

LECCION V.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Lucha del Gentilismo con el Cristianismo.—Roma pagana. 63

LECCION VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma cristiana. —Las Catacumbas. 81

LECCION VII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea. 94

LECCION VIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea. 107

LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea.—Pormenores acerca de los Mártires. 125

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Principio de la gran lucha entre el Gentilismo y el Cristianismo.—Diez grandes persecuciones.—La primera en tiempo de Neron; retrato de este Príncipe; detalles de la persecucion.—Juicio de Dios sobre Neron.—Juicio de Dios sobre Jerusalen; ruina de la ciudad y del templo. —Segunda persecucion en tiempo de Domiciano; retrato de este Príncipe; san Juan es arrojado á una caldera de aceite hirviendo.—Juicio de Dios sobre Domiciano. 139

LECCION XI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS I Y II).

Epístola de san Clemente á la iglesia de Corinto.—Tercera persecucion, en tiempo de Trajano; retrato de este Príncipe.—Martirio de san Ignacio, obispo de Antioquía; su llegada á Roma; es lanzado á los leones; traslacion de sus reliquias á Antioquía.—Juicio de Dios sobre Trajano.—Cuarta persecucion, en tiempo de Adriano; retrato de este Príncipe.—Martirio de santa Sinforosa y de sus siete hijos. . . . 151

LECCION XII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II).

Quinta persecucion, bajo el imperio de Antonino; retrato de este Príncipe.—Martirio de santa Felicia, romana, y de sus siete hijos; apolo-

gía de san Justino.—Juicio de Dios sobre los romanos.—Sexta persecucion, bajo el imperio de Marco Aurelio; retrato de este Príncipe; martirios de san Justino y de san Policarpo. 166

LECCION XIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II).

Milagro de la legion Fulminante.—Mártires de Lyon; san Pothin, santa Blandina, etc.—Martirio de san Sinforiano de Autun. 180

LECCION XIV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

Bosquejo del siglo III.—Tertuliano.—Orígenes.—Séptima persecucion bajo Septimio Severo; retrato de este Príncipe; martirio de santa Perpétua y de santa Felicia. 192

LECCION XV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO III).

San Ireneo.—San Ferreol y san Frejus.—Juicio de Dios sobre Septimio Severo.—Persecucion particular bajo Maximino; retrato de este Príncipe.—Juicio de Dios sobre él.—Octava persecucion general, en tiempo de Decio; retrato de este Príncipe; martirio de san Pionio, de san Cirilo y de santa Águeda.—Juicio de Dios sobre Decio.—Novena persecucion general, imperando Valerio; retrato de este Príncipe; martirio de san Lorenzo y de san Cipriano. 207

LECCION XVI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS III Y IV).

Juicio de Dios sobre Valeriano.—Persecucion particular bajo el imperio de Aureliano; retrato de este Príncipe; martirio de san Dionisio.—Juicio de Dios sobre Aureliano.—Décima persecucion general bajo el imperio de Diocleciano y Maximino; retratos de ambos Príncipes; martirio de san Ginés, y de la legion Tebana.—La Iglesia consolada: vida de san Pablo ermitaño. 223

LECCION XVII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Vida de san Antonio.—Orígen de la vida religiosa.—Vida de santa Sinclética, primera fundadora de los monasterios de mujeres en Oriente.—Mision providencial de las Órdenes religiosas en general, y de las contemplativas en particular.—Servicios espirituales que prestan á la sociedad.—Oracion, expiacion.—Reclusion.—Historia de santa Thais.—Otro servicio, conservacion del verdadero espíritu del Evangelio. . 237

LECCION XVIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Servicios materiales que prestan á la sociedad las Órdenes religiosas.—

Asilo. — Buen ejemplo. — Limosna. — Bienestar. — Edicto de Diocleciano; martirio de san Pedro, oficial del Emperador. — Persecucion en Nicomedia; suplicios de los santos Mártires; martirio de san Ciro y de santa Julita. 256

LECCION XIX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Martirio de san Focas, hortelano. — Martirio de san Taraco, veterano. — Martirio de santa Inés. — Martirio de santa Eulalia. 270

LECCION XX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

Juicio de Dios sobre Diocleciano, Maximiano y Galerio. — Conversion de Constantino. — Paz dada á la Iglesia. — Influencia del Cristianismo en el derecho de gentes, político y civil. — Caridad. 286

LECCION XXI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Resúmen de lo anterior. — Estudio sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo. — Dificultades de la empresa. — Debilidad de los medios. — Grandiosidad del resultado. — Suposicion. 296

LECCION XXII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Hechos que resultan del establecimiento del Cristianismo. — Doble explicacion de estos hechos. — Refutacion y destruccion de todas las objeciones contra la Religion. — Todas las objeciones convertidas en pruebas de la Religion. 317

LECCION XXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

Medios de conservacion: el presbítero, los Santos, las Órdenes religiosas; — de propagacion: las misiones. — Descripcion de las herejías. — Padres y Doctores de la Iglesia. — Concilio de Nicea. — La Iglesia atacada: Arrio. — Juicio de Dios sobre Arrio. — La Iglesia defendida: san Atanasio; — propagada: san Frumencio en Etiopia. — Conversion de los iberos. 333

LECCION XXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IV).

La Iglesia defendida: san Hilario, obispo de Poitiers; — propagada: san Martin, obispo de Tours; — atacada: Juliano el Apóstata. — Juicio de Dios sobre este Príncipe. — La Iglesia defendida: san Gregorio Nazianceno, san Basilio el Grande. 349

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS IV Y V).

La Iglesia consolada : san Hilarion ; — atacada : herejía de los Macedonios; — defendida : concilio general de Constantinopla, san Ambrosio, san Agustin. 364

LECCION XXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO V, CONTINUACION).

La Iglesia defendida: san Juan Crisóstomo, san Jerónimo. — La Iglesia consolada: san Arsenio, san Gerásimo: lauras de Oriente; vida de los solitarios. — La Iglesia atacada : Nestorianos y Eutiquianos; — defendida: concilios de Éfeso y de Calcedonia; — afligida : invasiones de los bárbaros; sus razones providenciales. — Toma de Roma; — protegida : san Leon, santa Genoveva. 378

LECCION XXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS V Y VI).

Juicio de Dios sobre el Imperio romano. — La Iglesia propagada: conversion de la Irlanda; conversion de los franceses; santa Clotilde. — Continuacion del juicio de Dios sobre el mundo antiguo. — La Religion salva las ciencias y crea una nueva sociedad. — San Benito; poder de su Órden; servicios que presta á la Europa. — La Iglesia afligida en Oriente : violencia de los Eutiquianos; — defendida; quinto concilio general. 393

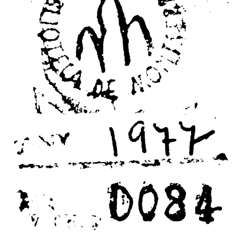
LECCION XXVIII.

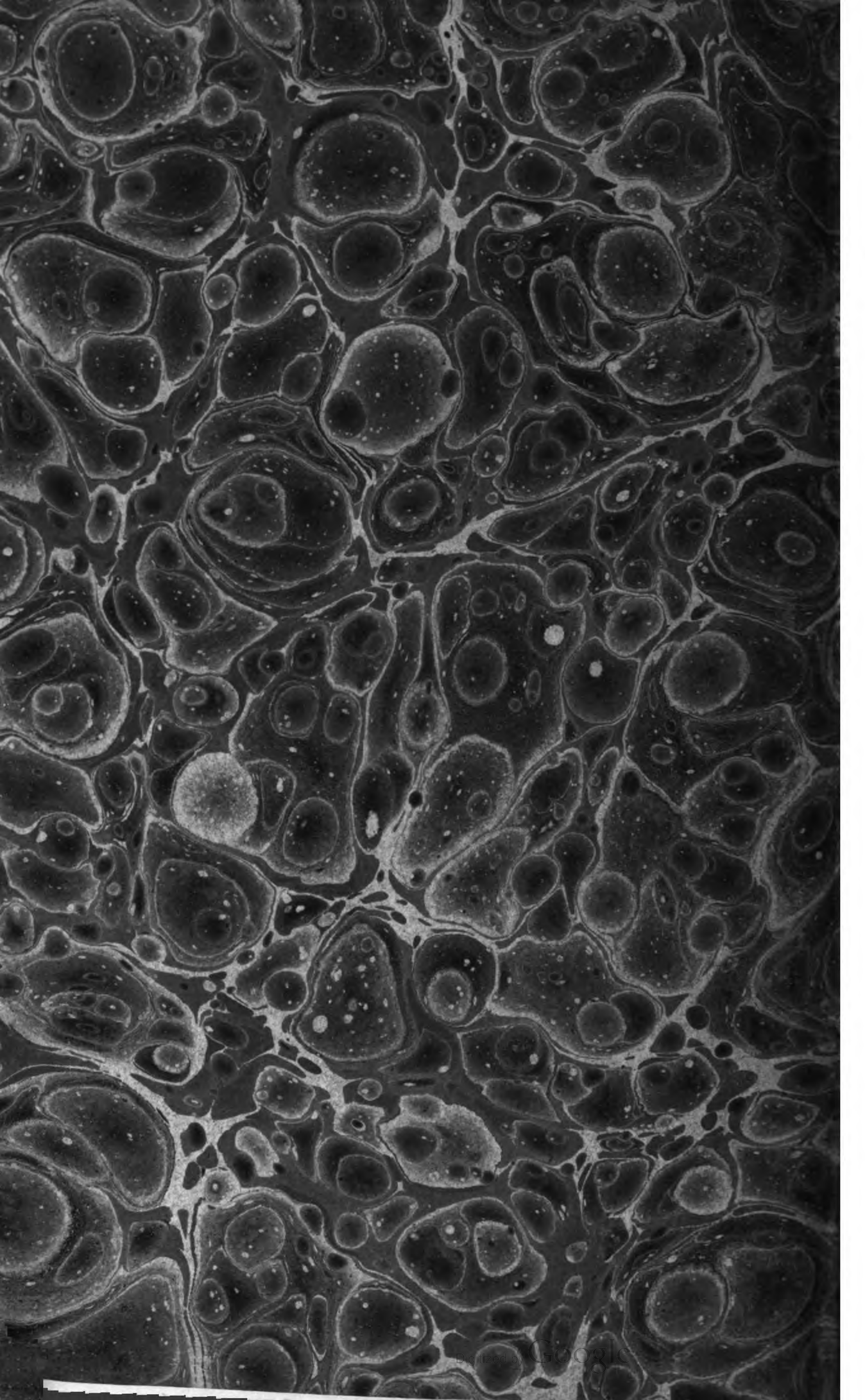
CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VI Y VII).

La Iglesia propagada: conversion de la Inglaterra por los Benedictinos; — afligida en Oriente por los persas: calamidades de la Palestina y de la Siria; — consolada: san Juan el Limosnero, el Vicente de Paul del Oriente. 406

CATECISMO COMPENDIADO. 417

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.


1977
0084




BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
1302010002889
BIBLIOTECA
DE
MONTSERRAT
D
Secció XXI
Format 8º
Número 546/5

